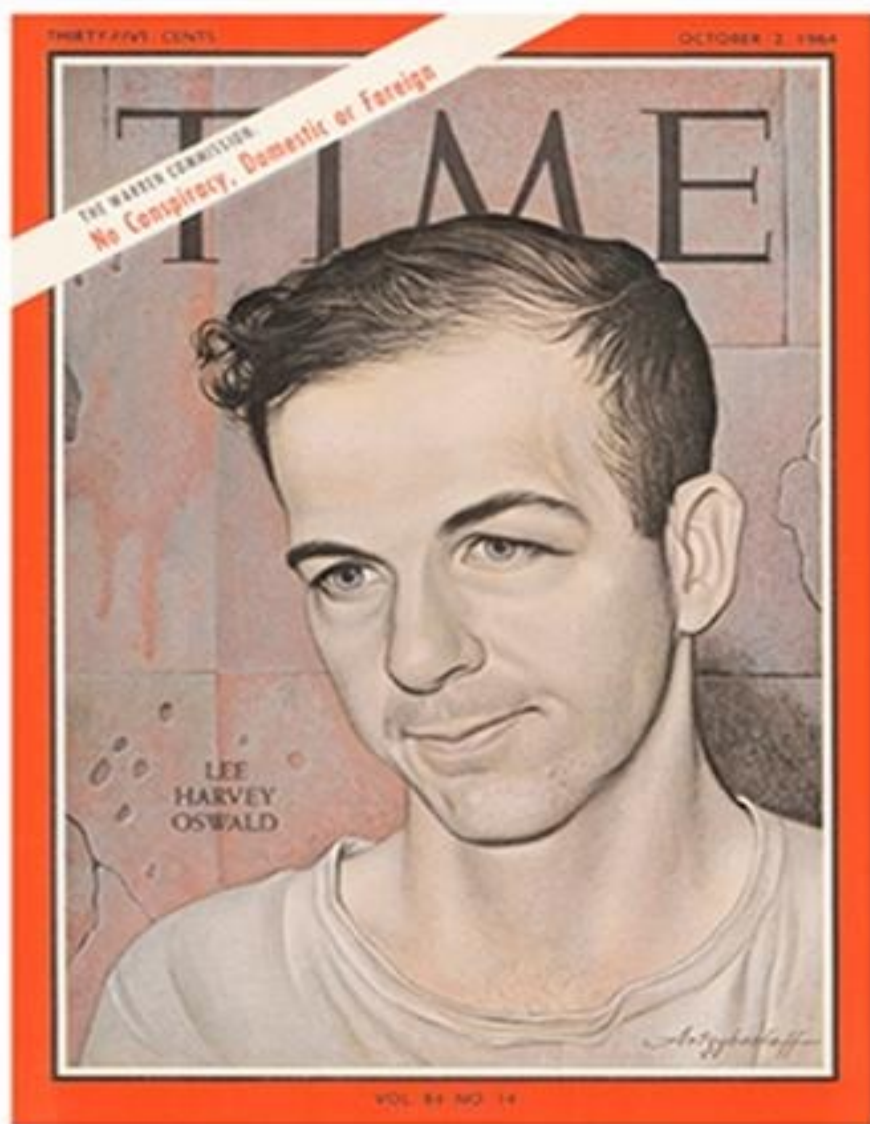


SE
WORLD

Don DeLillo

Libra



Lectulandia

Detrás del asesinato de John F. Kennedy se esconde una compleja conspiración internacional cuya cabeza visible es Lee Harvey Oswald, pero detrás de Oswald hay un niño problemático con un atormentado mundo interior, un joven cuyos ideales entran constantemente en conflicto con la realidad que los niega.

Libra es una especulación asombrosamente veraz, literariamente impecable y escalofriantemente convincente de los sucesos que desencadenaron el asesinato de Kennedy y de la atmósfera general de aquellos tormentosos años en que el derrumbamiento del gran sueño americano abrió la puerta al secretismo gubernamental. De esta época surgen los elementos conspirativos que caracterizan casi toda la obra de este lúcido intérprete de nuestro tiempo.

Figuras reales mezcladas con personajes de ficción con verdadero virtuosismo e intrigas casi inverosímiles en una de las obras mayores de Don DeLillo, una novela que fascina desde la primera página.

Lectulandia

Don DeLillo

Libra

ePub r1.0

Titivillus 01.02.15

Título original: *Libra*
Don DeLillo, 1988
Traducción: Margarita Cavándoli

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A los chicos del 607:
Tony, Dick y Ron*

PRIMERA PARTE

La felicidad no se basa en uno mismo, no consiste en tener una pequeña casa, en dar y recibir. La felicidad se consigue al participar en la lucha, en la que no existe una separación entre la vida personal y el mundo en general.

LEE H. OSWALD
Carta a su hermano

EN EL BRONX

Corría el año en que él viajaba en metro hasta los confines de la ciudad, trescientos veinte kilómetros de vías férreas. Le gustaba instalarse en la parte delantera del primer vagón, con las palmas de las manos apoyadas en el cristal. El tren taladraba la oscuridad. Los viajeros aguardaban en pie en los andenes con la mirada perdida en el vacío, una actitud sustentada por años de práctica. Al pasar a toda velocidad, se preguntaba quiénes eran en realidad. Su cuerpo se estremecía en los tramos de mayor aceleración. Viajaban tan rápido que a veces creía que estaban a punto de perder el control. El ruido crecía hasta un nivel doloroso que él asimilaba como una prueba personal. Otra curva delirante. Había tanto hierro en el chirrido de esas curvas que casi podía saborearlo, como cuando, de pequeño, te llevas un juguete a la boca.

Los trabajadores se desplazaban por las vías adyacentes, provistos de linternas. Estaba atento a las ratas de alcantarilla. Bastaba una décima de segundo para ver una cosa en su totalidad. Y después, las estaciones de los expresos, los frenos gimientes, los viajeros que se apiñaban como refugiados. Entraban hormigueando, rebotaban contra los bordes de caucho, ganaban centímetro a centímetro, quedaban rápidamente asimilados y miraban por encima de las cabezas contiguas hacia ese olvido habitual.

No tenía nada que ver con él. Él sólo viajaba por viajar.

En la Ciento cuarenta y nueve, los portorriqueños. En la Ciento veinticinco, los negros. En la calle Cuarenta y dos, después de una curva que reprimía el grito, se producía el aluvión más intenso: carteras, bolsas de la compra, mochilas de colegiales, ciegos, carteristas, borrachos. No le llamaba la atención que el metro albergara cosas más interesantes que la famosa ciudad que se extendía en la superficie. Allí fuera, en la clara luz de la tarde, no había nada importante que no pudiera encontrarse, en forma más pura, en los túneles que corrían bajo las calles.

Madre e hijo miraban la tele en la habitación del sótano. La mujer había comprado un filtro coloreado para su Motorola. El tercio superior de la pantalla permanecía siempre azul, el central rosa, y el inferior de un verde ondulante. El chico le contó que había vuelto a hacer novillos y había tomado el metro hasta Brooklyn, donde vio a un hombre con un abrigo al que le faltaba una manga. Aquí lo llamaban hacer novillos. A Marguerite no le parecía tan grave que de vez en cuando faltara a clase. Los compañeros se burlaban de él constantemente, y al muchacho le costaba trabajo seguir el ritmo de los demás; habitaba en él la agitación: la realidad asumida de un niño sin padre. Como cuando amenazó con una navaja a la mujer de John Edward. Marguerite consideraba que no valía la pena sostener una áspera disputa familiar en defensa de su nuera. No era una persona demasiado valiosa y la discusión se debía a las astillas de madera, las virutas que él había arrojado al suelo del apartamento de la muchacha, donde todos intentaban volver a formar una familia. Así eran las cosas. Se

negaron a seguir alojándolos y tuvieron que trasladarse a la habitación del sótano del Bronx; la cocina, el dormitorio y todo lo demás en un espacio único, donde desde la pantalla del televisor les hablaban cabezas azules.

Cuando empezó el frío, golpearon las tuberías para avisar al casero: tenían derecho a una calefacción decente.

Marguerite se sentaba y escuchaba las quejas del chico. Aunque no podía prepararle una fuente de chuletas cada vez que a él se le antojaba, no era tacaña con el dinero para el almuerzo, e incluso le daba de más para un tebeo o un paseo en metro. Llevaba toda la vida aguantando la injusticia de esas quejas. Edward la abandonó cuando estaba embarazada de John Edward porque no estaba dispuesto a mantener a un hijo. Robert cayó muerto en una húmeda tarde de verano en Alvar Street, Nueva Orleans, cuando ella estaba encinta de Lee, lo cual la obligó a buscar trabajo. Después, apareció el sonriente señor Ekdahl, el mejor de todos, su única esperanza, un mecánico mayor que ganaba cerca de mil dólares al mes. Pero cometió astutos adulterios, y finalmente ella lo pescó: primero le envió un chico con un telegrama falso y luego, al abrir la puerta, Marguerite lo sorprendió con una mujer en *négligé*. Eso no impidió que Ekdahl montara un divorcio fraudulento y la dejara en una situación apurada. La vida de Marguerite se convirtió en una sucesión de mudanzas a viviendas cada vez más modestas.

En el *Daily News*, Lee vio las fotos de unos griegos que se zambullían desde el muelle por una cruz sagrada, en el *downtown*. Los sacerdotes griegos llevaban barba.

—¿Crees que no sé que debería estar aquí?

—He pasado todo el día en pie —dijo la mujer.

—Es a mí a quien arrastras.

—Jamás he dicho semejante cosa.

—¿Crees que me gusta prepararme la cena?

—Trabajo sin parar. ¿No lo ves?

—No había casi nada para comer.

—No soy de las que se pasan el día llorando.

Los jueves por la noche el chico veía las series policíacas: *Racket Squad*, *Dragnet* y otras. Al otro lado de la ventana con barrotes, la nieve caía oblicuamente a la luz de la farola. El frío y la humedad del norte. Al regresar a casa, Marguerite le comunicó que se mudaban de nuevo. Había alquilado tres habitaciones en la calle Ciento y pico, cerca del zoo del Bronx, un sitio que podía resultar atractivo para un adolescente interesado en los animales.

—Naturalezas escritas al revés —dijo la tele.

Era un piso junto al ferrocarril en un edificio de ladrillos rojos, de cinco plantas, en una calle donde ocurrían desagradables incidentes. Un subnormal de la edad de Lee cojeaba arriba y abajo, metiendo en las narices de los críos más pequeños un cangrejo vivo que había sustraído en el mercado italiano. Era una escena cotidiana. También lo eran las peleas a pedradas. Y los muchachos con ruidosas armas de fuego

fabricadas en el taller de la escuela se habían convertido en otra rutina. Desde la ventana, Lee vio una noche a dos gamberros que metían al gato de la tienda de alimentación en un saco de arpillera y lo golpeaban contra un poste del alumbrado. Lee intentó adaptar sus movimientos al ritmo de la calle. Mantente lejos del asfalto de doce a una y de tres a cinco. Descubre los callejones, aprovecha la oscuridad. Viajaba en metro. Pasaba mucho tiempo en el zoo.

Algunos viejos no hacían más que sentarse en el escalón de la entrada después de haber extendido cuidadosamente sus pañuelos sobre la piedra gris.

Su madre era baja y esbelta, y apenas empezaban a brotarle canas. Le gustaba llamarse «chiquita» a sí misma, broma que se tomaba muy en serio. Durante las comidas, se miraban. Lee aprendió a jugar al ajedrez, con ayuda de un libro, en la mesa de la cocina. Nadie sabía cuánto le costaba leer. Marguerite compraba estatuillas y chucherías, y hablaba de su vida. Él oía sus pasos, la llave al girar en la cerradura.

—Ha llegado otra notificación —le dijo ella—; amenazan con llevarnos a juicio. ¿Has ocultado las anteriores? Quieren celebrar una vista por faltar a clase, y dicen que es el último aviso que envían. Dicen que desde que nos mudamos no has asistido a clase ni un solo día. No entiendo por qué tengo que enterarme de estas cosas a través del correo. Es una bofetada, un shock para mi organismo.

—¿Por qué quieres que vaya? Ellos no me quieren y yo no quiero ir. Lo mejor es seguir así.

—Tomarán medidas severas. Aquí no es como en nuestra tierra. Nos harán un juicio.

—No necesito ayuda para presentarme en el juzgado. Puedes ir a trabajar como cualquier otro día.

—Sabes perfectamente que habría dado el mundo con tal de quedarme en casa y criar a mis hijos. Es algo que me duele. No olvides que yo también tuve sólo a mi madre. Sé que es una situación penosa. Allá en mi tierra trabajé en tiendas y llegué a ser encargada.

Vuelve a la carga. Olvida que el chico está presente. Habla durante dos horas con ese tono agudo y sibilante que se adopta al leer para un crío. Lee observa el dibujo del test de Dumont.

—Amo a mis Estados Unidos, pero no me gustaría verme ante un tribunal, como sucedió con el señor Ekdahl, que me acusó de padecer ataques de ira irrefrenables. Alegarán que hemos sido advertidos oficialmente. Responderé que soy una persona sin estudios que se hace buena compañía a sí misma, y que mantengo la casa limpia. Somos una familia militar. Esa es mi defensa.

El zoo estaba a tres manzanas. Había restos de hielo alrededor del estanque de las aves salvajes. Deambuló hasta el recinto de los leones con las manos hundidas en los

bolsillos de la cazadora. No había nadie. Llegó hasta él un fuerte y cálido olor, el penetrante hedor a carne cruda, a sudor animal y a vapores de orina.

Oyó que se abrían las pesadas puertas y, a continuación, unas voces estentóreas, y en seguida supo de qué iba la cosa: eran dos chicos de la Escuela Pública 44. Se trataba de Scalzo, un fornido muchacho con chaquetón marinero y zapatos ruidosos, acompañado de un pequeñajo mocososo y grotesco a quien Lee conocía sólo por su apodo callejero, Nicky Black. Iban allí para incordiar a las bestias, para provocar los rutinarios alborotos que daban sentido a sus días. Lee entrevió el regocijo que sintieron al verle, una ligera contracción muscular en sus gargantas.

La voz de Scalzo atronó en la alta estancia:

—Todos los días cantan tu nombre al pasar lista. ¿Pero qué clase de nombre es Lee? ¿Es un nombre de chica, o qué?

—Se llama Tex —afirmó Nicky Black.

—Es un soplapollas —agregó Scalzo.

—¿Sabes qué hacen los soplapollas? Díselo, Tex.

—Soplan pollas —intervino Scalzo.

Lee salió por la puerta norte, con una ligera sonrisa dibujada en el rostro. Bajó la escalera y rodeó las ornadas jaulas de las aves de presa. No le importaba liarse a puñetazos. Estaba dispuesto a hacerlo. Ya se había peleado con el chaval que le tiraba piedras a su perro; peleó y ganó; le dio una buena paliza, le golpeó y lo dejó con la nariz ensangrentada. Ocurrió en Vermont Street, en Covington, cuando tenía un perro. Pero este hostigamiento resultaba insoportable. Se metían con él, lo desdeñaban, a veces iban tras él, le pinchaban sin cesar, se hacían los matones, abrían trampas bajo sus pies.

Scalzo se acercó a un grupo de chicos y chicas mayores que fumaban apiñados alrededor de un banco. Lee oyó que alguien decía:

—Un Oldsmobile Rocket de dos toneladas con ruedas reforzadas.

Con la cabeza y el cuello pelados, el rey de los buitres estaba acomodado en su percha. Hay un tipo de buitre que casca los huevos de avestruz lanzándoles piedras con el pico. Nicky Black permanecía en pie a su lado. Siempre utilizaban el alias completo, nunca Nicky o Black por separado.

—Una cosa es hacer novillos, que me parece muy bien, pero a ti hace un mes que no se te ve el pelo. —Sonaba como un cumplido—. ¿Juegas al billar, Tex? ¿A qué te dedicas? ¿Te quedas en casa todo el día? Juegas al billar, ¿verdad? Piensa deprisa. —Amagó un puñetazo a la entrepierna de Lee, quien retrocedió—. ¿Por qué has venido a vivir al norte? Mi hermano estuvo destinado en Fort Benning, Georgia. Dice que en el sur han de llevar un guijarro en una mano para distinguir la derecha de la izquierda. ¿Es cierto?

Nicky Black lanzó unas fintas, ladeó la cabeza y respiró agitadamente por la nariz.

—Mi hermano está en el servicio de guardacostas —le informó Lee—. Lo

destinaron a Ellis Island, y por eso estamos aquí. Lo llaman seguridad portuaria.

—Mi hermano está ahora en Corea.

—Mi otro hermano es marine. Podrían enviarlo a Corea, y eso me preocupa.

—Deberías preocuparte por los jodidos chinos, y no por los coreanos —proclamó Nicky Black.

Su voz denotaba veneración y una débil nota de aflicción. Llevaba unas gastadas Keds y una chaqueta de campaña casi tan raída como la cazadora de Lee. Era pequeño y mocososo, y el lado izquierdo de su cara exhibía una mueca permanente.

—Sé dónde birlar almendras. Podemos tostarlas en el solar cercano a Belmont. ¿Hay almendras en el sur? También sé dónde conseguir esos libros en los que, al pasar las páginas deprisa, ves gente jodiendo. El chico sabe mucho de estas cosas. El chico dejará la escuela en cuanto cumpla los dieciséis. Ya lo veréis. —Escupió una brizna de tabaco de la punta de la lengua—. El chico conseguirá trabajo en la construcción. Primero comprará diez camisas elegantes. Ahorrará dinero, y antes de que te des cuenta será dueño de un automóvil. Una vez al mes lo abrillantaré. El coche le resolverá la vida. ¿Conoces a alguien que esté en mejor situación que el chico?

Scalzo se acercó a paso lento con un ligero balanceo de hombros. Las tapas de sus zapatos rascaban levemente el áspero asfalto.

—Tex, ¿por qué nunca me hablas?

—Nos gustaría oír cómo arrastras las palabras —apostilló Nicky Black.

—Creo que lo haces bien.

—Habla con Richie. Tiene mucha labia.

—Queremos oír cómo arrastras las palabras. En serio. Estoy esperando.

Lee sonrió y echó a andar; pasó junto al grupo de los que inclinados sobre el banco del parque intentaban encender unos cigarrillos a pesar del viento, delante de las quinceañeras con los labios pintados de carmín brillante, de los niños de pantalones claveteados con costuras gruesas y bolsillos pistolera. Deambuló hasta el jardín principal y tomó el sendero que conducía a la salida más próxima a su calle.

Scalzo y Nicky Black seguían sus pasos unos diez metros más atrás.

—Oye, encanto.

—Chupa Clorets.

—Del mal aliento a los dulces besos en cuestión de segundos.

—A la una, a las dos...

—Ya está bien.

—Un, dos, cha cha cha.

—No sabe menearse.

—Será mejor tener cuidado.

—¿Por qué no quiere dirigirme la palabra?

—¿Qué podemos hacer?

—Fumarnos un Fagateeer.

—Demasiaaaado suave.

—Ya está bien.

—Venga hánblanos.

—¿No sabes hablar o qué?

—Vamos, di algo.

—Piensa deprisa, Tex.

—He dicho que ya está bien.

Al llegar a la salida, un hombre con chaqueta de leñador y corbata le preguntó cómo se llamaba. Lee respondió que no hablaba con yanquis. El hombre señaló un punto en la acera, dando a entender que Lee tendría que permanecer allí hasta que se aclarara el asunto. Se acercó a los otros dos chicos, habló unos segundos con ellos y señaló a Lee. Nicky Black guardó silencio. Scalzo se encogió de hombros. El hombre se identificó como un funcionario encargado de vigilar que nadie hiciera novillos. Scalzo se agarró la entrepierna y miró al hombre directamente a los ojos. ¡Y qué, señor! Nicky Black dio unos pasos de baile, con las manos en los bolsillos, y sonrió de oreja a oreja.

Una vez en la calle, el hombre escoltó a Lee hasta un coche patrulla verde y blanco. El muchacho estaba impresionado. Había un poli detrás del volante. El agente condujo con una sola mano y mantuvo la otra, que sostenía un cigarrillo, entre sus rodillas.

Marguerite estuvo levantada hasta tarde contemplando el dibujo del test.

A Lee le chiflan los animales, por eso el zoo es una bendición para él, pero lo envían a un edificio del centro de la ciudad donde los psicólogos le incordian veinticuatro horas diarias. Un reformatorio. Hay portorriqueños para dar y vender. Tiene que ducharse en medio de ese manicomio. John Edward intentó convencerlo de que hablara con el psicólogo, pero Lee no le dirige la palabra a John Edward desde que amenazó a su mujer con la navaja. Lo metieron en un dormitorio de internos. Le preguntan si se muerde las uñas. ¿Practica alguna religión, y yo qué sé qué más? ¿Provoca desórdenes en clase? Señoría, Lee no conoce esa jerga. El lugar está plagado de chicos de estilo neoyorquino. Ven que mi hijo lleva Levis y que habla con acento. Bueno, muchos chicos usan Levis. ¿Qué tiene de raro? Lo atosigan preguntándole si se cree Billy el Niño. Es un chico que jugaba al Monopoly con sus hermanos y tenía unos informes normales cuando vivíamos con el señor Ekdahl, en la Octava Avenida de Fort Worth. Es una cuestión de adaptación, señor juez. Sólo era una navaja de tallar madera, en realidad no le hizo daño y ahora no se hablan, pero son hermanos. Es un muchacho que estudia la vida de los animales, los modos de comer y dormir de los animales, los animales en sus cuevas y madrigueras. ¿Cómo se dice? ¿Guaridas? Señoría, va adelantado. Ya he mencionado que desde su más tierna infancia le gustaban las historias y los mapas. Sabe cosas raras que no tienen nada

que ver con la escuela. Por falta de espacio, este chico durmió conmigo hasta poco antes de cumplir los once años, y ambos hemos vivido en las habitaciones más pequeñas que quepa imaginar mientras sus hermanos se hallaban en el orfanato, en la academia militar, en los marines y en el servicio de guardacostas. Casi todos los chicos creen que su padre colgó la luna. Pero el pobre hombre cayó redondo sobre el césped y ése fue el fin del único período dichoso de mi vida adulta. Desde entonces sólo hemos sido Marguerite y Lee. Somos madre e hijo. No se trata de negligencia. Tal como afirman, hace novillos. Me dicen que él se queda en casa todo el día delante de la tele. Hablan de ingresarlo en un hospital bajo la tutela del tribunal. Proponen que trabaje con los Hermanos Mayores Protestantes. El chico ya tiene hermanos mayores, ¿para qué quiere más? También hablan del Ejército de Salvación. QUITAN las envolturas de las chokolatinas que le llevo a mi hijo. Vacían mis bolsillos. Es un trato degradante. Yo no tengo la culpa de que vista por debajo de la media. ¿Por qué arman tanto jaleo? En Texas, un chico que hace novillos no es considerado como un delincuente al que hay que encerrar para que estudie. Han convertido a mi hijo en un punto del orden del día. Esperan que les pida permiso para llevármelo a casa. No somos los vagabundos por los que nos quieren hacer pasar. En nombre de Dios, y soy cristiana, ¿cómo es posible que una madre negligente tenga un hogar tan decente, que estoy dispuesta a presentar como prueba, con alegres toques de color, un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar? No me da miedo estirar la comida. No es una desgracia cocinar judías y pan de maíz y hacerlos durar. El roñica era el señor Ekdahl, en Granbury Road, en Benbrook, cuando empezaron los adulterios. Pero fue a mí a quien acusaron de excesos y de ataques de ira. Recuperé mi apellido, Señoría. Marguerite Claverie Oswald. Entonces nos trasladamos a Willing Street, junto a las vías del ferrocarril.

Lee dibujó unas figuras humanas, que juzgaron pobres.

El psicólogo llegó a la conclusión de que se encontraba en el nivel superior de inteligencia, de normal a brillante.

La asistente social escribió: «Del cuestionario se obtuvo la información de que se siente como si existiera un velo entre él y las demás personas, motivo por el cual no pueden llegar a él. De todos modos, el joven prefiere que el velo continúe intacto».

La maestra informó que lanzaba aviones de papel en el aula.

Retornó al séptimo curso hasta que acabaron las clases. En el crepúsculo estival, las chicas remoloneaban cerca de los bancos del Bronx Park South: judías, italianas de falda ceñida, chicas con pulseras en los tobillos, sus voces llenas del susurro de los nombres de los chicos, de las letras de las canciones, comentarios que Lee no siempre entendía. Le hablaban cuando pasaba junto a ellas, lo que le llevaba a sonreír

interiormente.

Oh, una mujer que apestaba a cerveza, en el autobús que le conducía a su casa desde la playa. Lee nota en sus ojos el escozor cansino y salobre de un día de mar y sol.

—Mi hermana tenía demasiados hijos para dejarte con ella —dijo Marguerite—. Eso sin contar las peleas normales de la familia. De modo que cuando tenías dos años tuve que emplear a la señora Roach, en Pauline Street. Pero un día, al volver a casa, vi que te había azotado, cubriéndote las piernas de verdugones, y nos mudamos a Sherwood Forest Drive.

El calor entraba en el piso por las paredes y las ventanas, se colaba desde la azotea alquitranada. El domingo, los hombres llevaban pasteles en cajas blancas. En la confitería asesinaron a un italiano, le dispararon cinco veces y sus sesos salpicaron la pared próxima al expositor de tebeos. Los chicos del barrio entraron en la tienda atropelladamente para contemplar los vestigios de salpicaduras grisáceas. Su madre vendía medias en Manhattan.

Una mujer corriente, de unos cincuenta años, con gafas y vestido oscuro, le entregó una octavilla al pie de la escalera de la estación del metro. La octavilla decía: *Salvemos a los Rosenberg*. Lee intentó devolverla, pues supuso que tendría que pagarla, pero la mujer ya no estaba. Regresó andando a casa, oyendo una perezosa voz radiofónica que transmitía un partido. Amigos, hay muchos asientos vacíos. Venid a ver el resto de la primera parte y la segunda completa. Era domingo, el Día de la Madre, y dobló con sumo cuidado la octavilla y se la guardó en el bolsillo para leerla más tarde.

Existe un mundo dentro del mundo.

Tomó el metro hasta Inwood, y salió a la Sheepshead Bay. Allí vio hombres serios que se balanceaban bajo la luz cobriza. Vio orientales, mendigos, hombres que hablaban con Dios, seres que vivían día y noche en los trenes, heridos, con el pelo enmarañado, que dormían arrojados en los asientos de mimbre. En una ocasión saltó los torniquetes. Viajó entre dos vagones, sujeto a la gruesa cadena. Notó en sus dientes la fricción de las ruedas. A veces iban rapidísimo. Le gustaba sentir que iban al límite. ¿Cómo sabemos que el maquinista no se ha vuelto loco? Los viajes le producían un extraño cosquilleo. Las ruedas despedían chispas blanquiazules, imponentes ráfagas de silbidos, al borde del descontrol. La gente se apiñaba, veía todas las formas en el libro de los rostros. Empujaban para entrar, se aferraban a las abrazaderas de porcelana. Él sólo viajaba por viajar. El ruido era potente y poseía una fuerza humana. La oscuridad tenía poder. Se situaba en la parte delantera del primer vagón, con las palmas de las manos apoyadas en el cristal. La vista de las vías era una forma de poder. Era secreto y poder. Las vías captaban cosas secretas. El ruido alcanzaba un furia que Lee localizaba en la mente, una satisfactoria oleada de cólera y dolor.

Nunca más en su corta vida, nunca en este mundo, volvería a sentir esa potencia

interior que crecía hasta convertirse en un chillido agudo, esa secreta fuerza del alma en los túneles del subsuelo de Nueva York.

17 DE ABRIL

Nicholas Branch está sentado en la habitación repleta de libros, la habitación de los documentos, la de teorías y sueños. Se halla en su decimoquinto año de trabajo y a veces se pregunta si se ha vuelto incorpóreo. Sabe que envejece. Hay momentos en los que no logra concentrarse en los datos y debe retornar una y otra vez a la página, a la línea, al detalle concreto de una determinada tarde. Entra y sale de esas tardes, de los cielos ardientes y brillantes que confieren tono y profundidad a los escuetos datos. A veces se queda dormido, repantigado en el sillón, con una mano caída sobre la alfombra de telar ancho. Ésta es la habitación del envejecimiento, la habitación incombustible, con papeles por todas partes.

Pero él sabe dónde está cada cosa. De la estantería de carpetas que cubre la mitad superior de la pared, retira sin vacilar la que busca. Hay montones de cosas a diestro y siniestro. Por todos los rincones se acumulan blocs y casetes. Los libros ocupan altas estanterías que cubren tres paredes y se amontonan en el escritorio, en una mesa y en gran parte del suelo. Hay un enorme archivador atiborrado de documentos tan viejos y apretados que podrían incendiarse espontáneamente. Calor y luz. No existe un método que le permita rastrear el material que contiene la estancia. Recurre a manos y ojos, al color, a la forma y memoria, a la configuración de elementos sugestivos que relacionan un objeto con su contenido. Despierta bruscamente y se pregunta dónde está.

A veces mira a su alrededor, horrorizado por el peso de todo lo que le rodea: una carrera de papel. Está sentado en medio de un aluvión de datos sobre centenares de vidas. Parece no tener fin. Cuando necesita algo —un informe o una transcripción, cualquier cosa, sea cual fuere su nivel de dificultad—, le basta con pedirlo. El supervisor responde con rapidez e insiste con firmeza en enviarle exactamente el documento correcto en un campo de investigación que se caracteriza por la ambigüedad y el error, la tergiversación política, la fantasía sistemática. Y no sólo se trata del documento correcto, o de una oscura nota a pie de página de una fuente abierta. El supervisor le envía material que nadie ve fuera del complejo de la sede central de Langley, material que incluye los resultados de investigaciones internas y archivos confidenciales de la Oficina de Seguridad de la propia Agencia. Branch nunca ha visto al actual supervisor y duda de llegar a conocerlo. Hablan por teléfono, concisos como pinzones de las nieves pero indefectiblemente amables: al fin y al cabo, son compañeros lectores.

Nicholas Branch, sentado en un sillón de cuero suave como un guante, es un antiguo analista retirado de la Agencia Central de Inteligencia, contratado para redactar la historia secreta del asesinato del presidente Kennedy. Seis coma nueve segundos de calor y luz. Convoquemos una reunión para analizar el manchón. Dedicemos nuestras vidas a comprender ese instante, separemos los elementos de cada repleto segundo. Desarrollaremos teorías que brillarán como ídolos de jade,

intrigantes sistemas de supuestos, cuadrifacéticos, elegantes. Seguiremos las trayectorias del proyectil hacia atrás, hasta las vidas que moran en las sombras, hombres de carne y hueso que gimen en sueños. Elms Street. Una mujer se pregunta por qué está sentada sobre la hierba, rodeada de sangre. La calle Diez. Una testigo deja sus zapatos sobre el capó de un coche patrulla, dentro del cual sangra un agente. Branch considera que se trata de una extrañeza casi sagrada. Aquí hay muchas cosas sagradas, una aberración en el seno de lo real. Recuperemos nuestro dominio de las cosas.

Teclea una fecha en el ordenador personal que la Agencia le proporcionó para facilitar los rastreos: 17 de abril de 1963. Los nombres aparecen de inmediato, así como antecedentes, conexiones, lugares. Los cielos ardientes y brillantes. La sombría calle de bonitas casas viejas con estructura de roble norteamericano.

Cocinas norteamericanas. Ésta dispone de un espacio para desayunar, donde un hombre llamado Walter Everett Jr. estaba sentado, pensando —lo apodaban Win—, ajeno a los ruidos matinales que crecían a su alrededor, el revuelo de todo lo conocido, el mosaico palpitante de todo hogar feliz, la tostada que salta, las voces radiofónicas con su tono íntimo y agitado, un zumbido optimista que persistía en el oído. Tenía al lado el *Record-Chronicle*, tal como lo había plegado el repartidor. Las imágenes ondeaban en el orden soleado de los electrodomésticos, siempre había algo en movimiento, un brillo en el aire, tanto que aprender del mundo. Revolvió el café, pensó, lo revolvió de nuevo, sentado bajo la potente luz dejando colgar la cucharilla. Sería justo afirmar que era un hombre bondadoso e indeciso, a juzgar exclusivamente por las apariencias.

Pensaba en los secretos. ¿Para qué los necesitamos y cuál es su significado? Su esposa intentaba coger la azucarera.

Durante el desayuno tenía importantes pensamientos. También pensaba mientras almorzaba en su despacho del Old Main Building. Por las tardes se sentaba en el porche y pensaba. Consideraba natural que los hombres con secretos sintieran una mutua atracción, no porque quisieran compartir lo que sabían, sino porque necesitaban la compañía de sus semejantes, de los compañeros de sufrimientos; un respiro de la otra vida, de la pavorosa realidad de convivir con personas que no convierten los secretos en profesión, deber o negocio unido a la propia existencia.

Mary Frances observó cómo untaba la tostada con mantequilla. Sostenía los bordes de la rebanada con la mano izquierda y pasaba sistemáticamente el cuchillo, una y otra vez. ¿Intentaba repartir de modo uniforme la mantequilla o existían otras exigencias más profundas? Daba pena verlo ensimismado en tamaña tontería, untando eternamente, convirtiendo la rutina en una compulsión huera, sin sentido ni necesidad.

Mary sabía hasta qué punto podía preocuparse. Sabía usar su voz para hacerlo

retornar a lo seguro y simple, entre los platos del desayuno, en el décimo día consecutivo de sol.

—¿No es una de las cosas más bonitas que se pueden ver? ¿Sabes que no me había dado cuenta hasta que nos trasladamos aquí? Me refiero a la gente que sale de la iglesia. Se reúnen a charlar junto a la escalinata. ¿No es una de las cosas más bonitas que se pueden ver?

—Creías que aquí encontrarías forajidos.

—Este lugar me gusta. El único forajido eres tú.

—Creías que verías hombres que trastabillaban hasta entrar en la taberna, sedientos después de haber conducido el ganado.

—Me refiero a las iglesias de cualquier parte. Hasta ahora no había prestado atención.

—A mí me gusta ver la gente que sale de los moteles.

—Hablo en serio. Hay algo hermoso en el jardín o en la escalinata de una iglesia, cuando el oficio acaba de terminar y los asistentes salen lentamente y forman corrillos. Tiene muy buen aspecto.

—Eso es justo lo que no me gusta de los domingos de mi infancia. Un montón de gente chapada a la antigua con la ropa almidonada. Me deprimía muchísimo.

—¿Qué hay de malo en estar chapado a la antigua? Me gusta ser una anticuada con sus años a cuestas.

—No me refería a ti.

Win se estiró y le acarició el brazo, gesto que siempre repetía cuando creía haber dicho algo incorrecto o la había interrumpido. No hagas caso de mis palabras. Confía en mis manos, en mis caricias.

—Es muy agradable —dijo ella.

Solemos acercarnos en busca de consuelo mutuo para nuestra enfermedad. Eso pensaba ante la mesa del desayuno, en la vieja y encantadora casa de principios de siglo, con el porche curvo y los postes de roble cubiertos de catalpas. Tenía tiempo para pensar, tiempo para convertirse en un viejo en gelatina natural, en jabón esculpido, pintoresco y blanco. No era excepcional que los hombres del servicio clandestino se retiraran a los cincuenta y un años. Algún comité había aprobado un plan de pensiones, y efectuaron una declaración sobre las vidas onerosas y arriesgadas que llevaban este tipo de personas: los problemas familiares, la naturaleza transitoria de las misiones. Sin embargo, el retiro de Win Everett no era exactamente voluntario. Estaba el asunto de Coral Gables. Realizó varias visitas al detector de mentiras. Oyó de boca de los tres niveles de especialistas la expresión «agotamiento motivacional». Dos eran psiquiatras de la CIA y el tercero, un contacto autorizado del mundo exterior, ese lugar que le resultaba tan extraño y tan real.

Lo llamaban semirretiro. Una gentileza semántica. Crearon para él un puesto docente y le pagaron un anticipo para que reclutara alumnas aptas como aprendizas de agentes. Tratándose de una universidad para mujeres, era una pulla que hasta Win

apreciaba de manera acerba y masoquista, como si aún estuviera del lado de ellos y se observara a sí mismo desde lejos.

Así acabamos, pensó. Nos espiamos a nosotros mismos. Estamos a merced de nuestro propio destacamento. Un pensamiento para la hora del desayuno.

Dobló la rebanada de pan poco tostado, dispuesto por fin a comerla. Mary percibió el poder de convicción de su cuerpo delgado y ágil. Rostro apacible, ojos claros, frente alta, tristonera y con manchas. Había en él una fe inquebrantable, un sentido de la causa. Mary Frances lo veía con más claridad que nunca ahora que lo habían apartado de los consejos y los grupos de planificación, los equipos de especialistas, los lugares secretos de instrucción. Privado de auténticas obligaciones, del contacto con los hombres y los acontecimientos que nutrían su celo, Win se convertía en puro principio, puro celo. Mary temía que se transformara en uno de esos individuos que mudan su resentimiento en santidad y brillan año tras año con luz pura y torturada. La radio informó que la temperatura rondaba los veintisiete grados. Dios está en Texas vivo y coleando.

Apareció Suzanne, su hija de seis años, con un hambre voraz. Permaneció en pie con la cabeza apoyada sobre el brazo de su papá, con los pies cruzados de manera peculiar, medio hosca; una rutinaria llamada de atención. Tenía el pelo rubio natural de su madre, denso y fino, la tez más pálida que la de Mary Frances y sin esa textura curtida por el viento. Al haber deseado un hijo y perdido la esperanza de tenerlo, Suzanne era la prueba de una existencia carente de egoísmo, una fuerza magnánima que podía convertir su pequeñez en admirado respeto. Win la cogió en brazos y dejó que la niña se derrumbara espectacularmente. Le dio lo que quedaba de la tostada y pronunció sensiblerías, con los ojos grises encendidos, mientras la niña masticaba. En el programa *Life Line* de la KDNT, Mary Frances escuchaba un comentario sobre la necesidad de que los padres estuvieran, más atentos a lo que sus hijos leían, miraban y oían.

«El peligro acecha en todas partes», aseguró una voz severa.

Win se llevó la mano al bolsillo en busca de un cigarrillo. Suzanne salió a la carrera al oír el autobús escolar. Reinó el silencio, la primera pausa del día, el primer y ligero agotamiento. Con su bata de tergal, Mary Frances comenzó a retirar cosas de la mesa, una sucesión de sonidos claros y agudos suspendidos en el aire, discretos como campanillas.

Los dos hombres se encontraban en el despacho provisional de Win Everett, en el sótano del Old Main, bajo un débil y parpadeante fluorescente. Win, en mangas de camisa, fumaba, impaciente por hablar, sorprendido y algo consternado por la profunda agitación que sentía al compartir novedades cara a cara con un antiguo colega.

En el pasillo trabajaban los carpinteros, hombres de pelo cortado al rape y hablar

lento y cansino, que se llamaban a gritos bajo los conductos de vapor.

Laurence Parmenter, un hombre alto y de anchos hombros que vestía camisa azul y traje oscuro, se incorporó en su asiento. Parecía fuerte incluso cuando descansaba, sus rubios cabellos estaban salpicados de plata en las sienes, y tenía el aspecto propio de quien gusta de hacer tratos afablemente, entre bromas y copas. Win pensaba que se trataba de un ser impresionante, seguro de sí mismo, bien relacionado, uno de los hombres que estuvo al frente del encrespado y brillante golpe de estado en Guatemala en 1954, un coleccionista de vinos añejos, amigo y veterano compañero de Bahía de Cochinos.

—Santo Cielo, te han enterrado.

—Universidad Femenina de Texas. Ahora saborea el nombre.

—¿De qué das clases?

—De Historia y Economía. Alguien del DDP me pidió que buscara universitarias prometedoras, sobre todo extranjeras. Si aquí anida una futura primera ministra, lo mejor será que la reclutemos ahora que todavía es virgen.

—¡Por Dios!

—Primero me pusieron en manos de los psiquiatras —explicó Win—. Después me enviaron al exilio. ¿En qué país vivimos? —Ambos rieron—. Repito sin cesar el nombre para mis adentros. Dejo que me impregne. Reflexiono sobre su aura.

—Universidad Femenina de Texas —susurró Parmenter, casi con respeto.

Win asintió. Larry Parmenter y él habían formado parte del denominado SE Detailed, grupo integrado por seis analistas militares y agentes secretos. El grupo era uno de los elementos de un comité de cuatro niveles creado para hacer frente al problema de la Cuba castrista. El primer nivel, el Senior Study Effort, se componía de catorce funcionarios de alto rango e incluía asesores presidenciales, militares de graduación, ayudantes especiales, subsecretarios y jefes de los servicios de información. Se reunieron durante una hora y media. Luego, once hombres abandonaron la estancia y entraron otros seis. El grupo resultante, llamado SE Augmented, estuvo reunido durante dos horas. Después salieron siete hombres y entraron cuatro, incluidos Everett y Parmenter. Era el SE Detailed, grupo que desarrolló operaciones secretas concretas y posteriormente decidió qué miembros del SE Augmented podían conocer dichos planes. A su vez, estos miembros se preguntaron si el Senior Study Effort deseaba saber qué ocurría en el nivel tres. Probablemente, no. Cuando concluyó la reunión del nivel tres, cinco hombres abandonaron la estancia y entraron tres agentes paramilitares para crear Leader 4. Win Everett fue el único hombre presente en los niveles tercero y cuarto.

—En realidad, podría ser peor —reconoció Parmenter—. Por lo menos sigues dentro.

—Me encantaría estar fuera, por completo, de una vez por todas.

—¿Qué harías?

—Crearía una empresa de asesoramiento.

—¿Asesoramiento de qué? ¿Sobre invasiones secretas?

—Ése es uno de los problemas. Soy una especie de mercancía corrompida. La otra dificultad estriba en que tengo muy poca intuición para las aventuras empresariales. Pero sé enseñar. En los archivos disponían de una foto de mi alma antes de la caída. La vieron y me enviaron a Texas.

—No te han despedido, eso es lo que cuenta. Entienden más de lo que crees.

—Me encantaría estar definitivamente fuera. Mientras me encuentre aquí, seguiré trabajando para ellos, aunque sea una broma pesada.

—Win, estoy seguro de que te rehabilitarán.

—¿Acaso quiero que me rehabiliten? Me desagrada el tipo de sentimiento contradictorio que tengo con respecto a este asunto. Por un lado los desprecio y, por el otro, anhelo su amor y comprensión.

La información era peligrosa, y la ignorancia se convertía en una baza muy apreciada. En muchos casos, el DCI, el director de la CIA, no debía enterarse de cosas importantes. Cuanto menos supiera, con más decisión podría desempeñar su labor. Si sabía lo que Leader 4 hacía, de qué hablaban sus miembros o qué mascullaban en sueños, al director le resultaría difícil decir la verdad en una investigación, en una audiencia o incluso en una charla con el presidente en el despacho oval. Los Jefes Conjuntos no debían estar al corriente. Los horrores operativos no eran aptos para sus oídos. Los detalles se convertían en una especie de contaminación. Era necesario aislar de la información a los secretarios. Serían más felices si no sabían nada o se enteraban demasiado tarde. Los subsecretarios se ocupaban de corrientes y tendencias. Esperaban que los confundieran. Confiaban en que lo harían. El ministro de Justicia no debía conocer los pormenores inquietantes, hasta él sólo tenían que llegar resultados. Cada nivel del comité estaba diseñado para proteger a uno superior. Existían complejidades de expresión. Eran necesarias experiencia y comprensión específicas para desentrañar el verdadero significado de algunos comentarios oscuros. Había pausas y miradas carentes de significado. Arriba y abajo del escalafón flotaban acertijos geniales que era preciso evaluar, resolver, ignorar. Tenía que ser así, reconoció Win para sus adentros. Los hombres de su nivel depositaban secretos que temblaban como huevos de reptil. Intentaron envenenar los cigarros de Castro. Diseñaron cigarros provistos de microexplosivos. Desarrollaron una pluma venenosa. Conspiraron con diversas figuras de la mafia para enviar a La Habana asesinos, envenenadores, francotiradores, sabotadores. Probaron una toxina de botulina en monos. Fidel sería presa de calambres, vómitos y accesos de tos, igual que los primates de cola larga, y encontraría una muerte espantosa. ¿Has visto alguna vez un mono que tose sin poderse controlar? Es horrible. Quisieron introducir esporas de hongos en su traje de submarinista. Idearon un proyectil marino que estallaría cuando Castro fuera a nadar.

Los miembros del comité sólo permitían que los de arriba se enteraran de datos generales. Obviamente, el presidente era el objetivo último de sus maniobras de

protección. Todos sabían que JFK deseaba que Castro se enfriara en una losa, pero no se les permitía comunicarle que habían decidido cargar con la empresa de su culpable anhelo. La Casa Blanca sería la cima de la ignorancia. Era como si un líder sin tacha redimiera una antigua verdad que los demás, debido a su misión en un mundo sinuoso, sólo podían admirar en abstracto.

Pero había sombras aún más profundas, extraños y graves silencios que rodeaban los planes para invadir la isla. El presidente estaba enterado, por supuesto... conocía los esbozos, tenía una ligera idea del resultado prometido. Pero el sistema seguía operando como una masa aislante. Podía ver los tonos más suaves. Había que protegerlo de la responsabilidad. Win estaba convencido de que los secretos eran sus propias redes. El sistema se perpetuaría con sus curiosas y obsesivas telarañas, sus equivocaciones, sus pacientes enigmas y sus niveles de pensamiento engañoso, al menos hasta que los hombres llegaran a la playa.

Después de Bahía de Cochinos, nada volvió a ser igual. Win pasó la primavera del 61 viajando entre Miami, Washington y Guatemala para liquidar diversos flecos de la operación, emborracharse con jefes de estación y asesores, e intentar explicar a los líderes de los exiliados qué fue lo que salió mal. Fue el desenmascaramiento de la trama, las primeras semanas de los restos de un naufragio cuya expectativa de vida Win parecía decidido a prolongar a costa de su bienestar, como si quisiera compensar las medidas poco eficaces que provocaron la derrota. El viejo comité fue sustituido por uno nuevo, estructurado con menor habilidad, y —sin que ello constituyera motivo de sorpresa para nadie— la mayor parte de los hombres conservó su lugar en la habitación revestida con paneles de madera. La muerte de Fidel Castro se convirtió de nuevo en tema de conversación. Sin embargo, SE Detailed y Leader 4 no participaron. Los grupos se disolvieron y sus miembros aparecieron no como conspiradores y activistas fracasados, sino como los norteamericanos que en el aparato de la invasión tuvieron el compromiso personal más profundo con la causa de los exiliados. Era precisamente a los verdaderos creyentes a quienes había que apartar. Su contacto con los líderes del exilio, sus esfuerzos por crear y adiestrar la brigada de asalto los había vuelto demasiado sensibles a los cambios políticos, imprevisibles. Todo fue tácito. Los grupos desaparecieron y a sus miembros se les encomendaron misiones diversas que no guardaban ninguna relación con la Cuba castrista, aquella fijación iluminada por la luna en un mar esmeralda.

Cabe señalar que algunos de esos hombres siguieron reuniéndose.

—¿Dará con nosotros?

—Tengo la impresión de que ha llegado —respondió Win.

—Mi avión sale a las cinco y veinticinco.

—Nos encontrará.

Estaban en la barra de Shraders Pharmacy, en la plaza del juzgado. Win revolvió su café, pensó, siguió sentado, volvió a mover la cucharilla, Larry se agachaba en el taburete para ver mejor la sede del juzgado de Denton, un edificio de piedra caliza de

carácter variopinto y enérgico, con torreones, frontones, columnas de mármol, cúpulas puntiagudas, balaustradas y pabellones estilo Segundo Imperio.

—Contemplo estos edificios viejos y recargados en las bulliciosas plazas mayores y los encuentro rebosantes de un agradable optimismo. Míralo. Es realmente imponente. Piensa en un hombre de finales de siglo que llega a una pequeña ciudad del sudoeste y ve un edificio de este tipo. Qué estabilidad y orgullo cívico. Es una arquitectura optimista. Espera que el futuro tenga tanto sentido como el pasado.

Win guardó silencio.

—Hablo del pasado norteamericano contemplado con ingenuidad —prosiguió Larry—, que es el único tipo de inocencia que apruebo.

Aparentemente, el tema era Cuba. Se habían reunido varias veces en un apartamento de Coral Gables, un sitio que Parmenter había utilizado para informar a los pilotos cubanos que se dirigían a Nicaragua. Hablaron de mantener contactos con la comunidad de exiliados, de organizar una red en el gobierno de Castro. Eran cinco hombres incapaces de olvidar Cuba, pero también formaban un grupo de proscritos, lo que daba a sus encuentros un carácter cerrado. Todo se volcaba hacia el interior. Ahora sólo existía un secreto que importara: el grupo mismo.

—No tardaré más de un minuto —dijo Win.

Caminaron bajo un toldo y penetraron en el largo y oscuro interior de la ferretería, lugar de repudiable belleza perdida, con exposiciones de armas de la frontera y antiguas balanzas, en el que Win entraba a menudo para recorrer los dos pasillos como un turista hundido hasta la cintura en medio de ruinas desmoronadas. Tuvo que recordarse a sí mismo que sólo se trataba de material de ferretería. Compró un rascador, y al regresar al coche alquilado de Larry, aparcado junto a la plaza, distinguieron una figura en el asiento delantero, a la derecha; un hombre de anchos hombros con una llamativa camisa deportiva. Se trataba de T. J. Mackey, a quien Win consideraba un vaquero, aunque probablemente fuera el más fiel de los integrantes de Leader 4, un veterano oficial que había entrenado a los exiliados en el manejo de las armas de asalto y supervisado las primeras etapas de los desembarcos.

Parmenter tomó asiento al volante tarareando algo que le divertía. Win se acomodó en el centro del asiento trasero y señaló el camino. Con Mackey presente, la jornada adquiriría sentido. T-Jota no traía noticias de contratos y despidos ni de nuevos nacimientos. Era una de las personas a quien los cubanos seguirían sin chistar. También era el único que se negó a firmar la carta de censura cuando la Oficina de Seguridad controló las reuniones secretas en Coral Gables. Si existiera un lienzo monumental de los cinco conspiradores reunidos, un cuadro que los mostrara con el ceño fruncido y el torso girado, hombres que conspiraban en la oscuridad enfrentados a agentes de seguridad con el pelo al rape y uniformes, de color caqui sin hombreras, podría titularse *Luz que penetra en la caverna de los malvados*. Parmenter y otros dos firmaron cartas de censura que pasaron a formar parte de sus expedientes en el departamento de personal. Win firmó la carta y también aceptó someterse a una

entrevista técnica o a examen con el detector de mentiras. Firmó una carta de renuncia, en la que declaraba que se sometía a la prueba voluntariamente. Firmó un acuerdo en el que manifestaba que guardaría el secreto, en el que afirmaba que no hablaría con nadie sobre esa prueba. Cuando falló ante el detector de mentiras, los agentes de seguridad precintaron su despacho, un cuartucho con una puerta azul en la tercera planta de la nueva sede central de la Agencia en Langley. En el despacho encontraron facturas telefónicas y documentos que parecían demostrar, en medio de las ambigüedades de costumbre, que Win Everett colocaba a gente de su equipo en la Zenith Technical Enterprises, la próspera empresa de Miami que funcionaba como tapadera de la nueva oleada de operaciones de la CIA contra Cuba. Fue demasiado. Primero encabezó un grupo que ignoró la orden de dispersión, y luego organizó una operación privada en el seno de la inmensa y escalonada industria de actividades anticastristas de la Agencia. Sometido a un segundo examen con el detector de mentiras, a la tercera pregunta Win sollozaba ante el aparato, con los electrodos adheridos a la palma de su mano, el manguito alrededor del bíceps y el tubo de goma cruzado sobre el pecho. Cuánto costaba no mentir...

Salieron de Denton rumbo al sur y se internaron en un paraje muy verde. Había tierras de pastoreo abandonadas al mezquite y los enebros, lugares de súbita desolación, un resplandor ardiente, un único árbol achaparrado, nudoso y severo. El cielo se cernía de forma insoportable.

Mackey viajaba con el brazo derecho asomado por la ventanilla, colgado a lo largo de la portezuela. No mostraba el menor interés por el panorama que ofrecía el recorrido. Pasaron junto a una iglesia bautista emplazada sobre ladrillos de ceniza. Mackey respondía a los comentarios con una débil inclinación de cabeza o alzando la mandíbula para manifestar su acuerdo o su regocijo.

—En estos viejos cementerios deben de estar enterradas personas que llegaron en caravanas de carretas —comentó Parmenter—. Predicadores ambulantes y gente que luchó contra los indios. Win, no hay duda de que es una zona muy bonita. ¿Por qué no te estableces aquí, crías a tu pequeña y trabajas para los seriales de conciertos y dramas? Seguramente en la universidad hay un departamento de este tipo. Te aseguro que hablo en serio.

Sus ojos estaban clavados en el retrovisor.

Los psiquiatras no fueron crueles, pero le hicieron tomar conciencia de la enfermedad y del mal. Ellos llevaban consigo la enfermedad. Estaban enfermos. Habían sido descuidados y algunas zonas de sus rostros no estaban correctamente afeitadas. No tuvo valor para decírselo. Eran hombres agradables pero incompletos, o demasiado completos. Distinguió con claridad la pelusa microscópica. Fatiga motivacional. La Agencia se mostraba tolerante ante estos problemas. La Agencia comprendía. La verdad es que Win no había situado agentes en Zenith Technical Enterprises. Su viejo equipo ya estaba allí, colaborando con los nuevos agentes del caso, dispuesto a realizar incursiones por mar desde las bases secretas de los cayos.

En principio, esas pruebas endebles, incompletas y accesorias resultaron demasiado trascendentales para que un hombre de su posición pudiera negarlas de manera convincente. Fue más fácil creer que negar. Habían descifrado sus notas, leído las cintas de la máquina de escribir. ¿Podría explicarles que amaba Cuba, que conocía su lengua y su literatura? Conocían el contenido de sus sacas para quemar. ¿Cómo podía hacerles comprender que ese plan sólo eran las notas marginales de un tonto intransigente?

Se quitó la chaqueta, la dobló a lo largo, por la mitad, y la dejó en el asiento, a su lado. Se palpó el bolsillo en busca de un cigarrillo.

Siguieron la carretera que iba de las granjas al mercado y cruzaron el Old Alton Bridge, que atravesaba Hickory Creek. Win señaló que debían doblar a la derecha. Descendieron por un camino de tierra roja que durante quinientos metros discurría bajo un tupido dosel de robles y nogales. A un lado se alzaba el bosque; pastos al otro. Larry detuvo el coche junto a la cerca del ferrocarril. Win encendió un cigarrillo y se echó hacia adelante desde el centro del asiento. Los dos hombres que viajaban delante permanecieron con las cabezas ligeramente inclinadas hacia atrás, pero en ningún momento se volvieron para mirarlo.

—Cuando mi hija me cuenta un secreto, mueve las manos sin cesar —comentó Win—. Me sujeta del brazo, se aferra al cuello de la camisa, me acerca, me introduce en su vida. Sabe qué son los secretos íntimos. Le gusta contarme cosas antes de dormirse. Los secretos configuran un estado de exaltación, un estado casi onírico. Son un modo de detener el movimiento, de parar el mundo para poder contemplarnos a nosotros mismos. Por eso estáis aquí. Bastó con fijar el lugar y la hora. Vinisteis sin pedir razones. No tuvisteis en cuenta los riesgos que suponía para vuestras carreras el asociaros con Walter Everett hijo después de todo lo ocurrido. Estáis aquí porque todo secreto contiene un elemento estimulante. Mi niña es pródiga en secretos. Sinceramente, me gustaría que fuese más reservada. ¿Acaso los secretos no la sustentan, la distinguen, le dan conciencia de sí? ¿Cómo podrá saber quién es si descubre todos sus secretos?

Los dos hombres aguardaron.

—La invasión fracasó porque los altos funcionarios no analizaron los supuestos básicos. Se dejaron arrastrar por un espíritu de actividad compulsiva. Estaban dispuestos a aceptar los análisis de otros hombres. Eso les aportaba seguridad. El plan nunca estuvo claro. Jamás hubo un responsable. Algunos sabían que se estaba tramando un desastre y permitieron que creciera. Se mantuvieron a distancia. Querían liquidarlo de una vez por todas. Hubo presiones para sacar a todos aquellos exiliados armados de Florida y meterlos en la condenada Cuba. Creo que nadie pensó en lo que les ocurriría cuando los dejáramos en la playa. Ahí entramos nosotros. Estábamos en los campos de aviación, en los barcos, o encerrados en los cuarteles con los líderes de los exiliados. Entre los muertos figuraban sus hermanos e hijos, y hubo soldados norteamericanos armados que les impidieron abandonar el cuartel de Opa-Locka.

¿Qué podía decirle a esos hombres? Me sentía mensajero de la peste y de la muerte. Luego se produjo la larga y lenta caída. Quise santificar el fracaso, volverlo eterno. Si no podíamos vencer, obtendríamos el máximo provecho de nuestro fracaso. Eso fue lo que hicimos finalmente, cuando intentamos que todo siguiera funcionando. No fue más que un ejercicio inútil.

Los hombres del asiento delantero esperaban. Eran pacientes y considerados.

—Hay que resucitar el movimiento —continuó Win—. Las operaciones que la Agencia realiza desde los cayos sólo son pinchazos. Hace falta un acontecimiento electrizante. JFK se encamina hacia la solución de sus diferencias con Castro. Por un lado, considera que la revolución es una enfermedad que podría contagiarse a toda Latinoamérica y, por otra parte, denuncia los ataques guerrilleros y procura que los miembros de las brigadas se unan al ejército norteamericano, donde podrán ser vigilados. Si queremos una segunda invasión, y esta vez un intento con todas las de la ley, sin restricciones ni condiciones, tendremos que actuar deprisa. Debemos llevar la cuestión cubana más allá del límite de estas maniobras encantadoras. Necesitamos un acontecimiento que sacuda y estremezca a la comunidad de exiliados, a todo el país. Sabemos que los servicios de información cubanos tienen gente en Miami. Hemos de organizar un acontecimiento que produzca la sensación de que ellos han golpeado el corazón de nuestro gobierno. Ha llegado la hora de los grandes riesgos. Propongo que acabemos con los paños tibios, con las evasivas y los retrasos.

En el camino apareció una camioneta y cerraron las ventanillas para librarse del polvo. El conductor saludó sin apartar la mano del volante. Aguardaron a que el polvo se asentara y abrieron las ventanillas. Win esperó unos segundos antes de retomar la palabra.

—Hay cosas por las que, sin saberlo, esperamos toda la vida. Cuando ocurren, reconocemos de inmediato quiénes somos y cómo debemos proceder. Es una idea que siempre me ha atraído. Comprenderéis que estoy en lo cierto. Hemos de correr grandes riesgos. Nos hace falta un acontecimiento electrizante. Lo habéis esperado tanto como yo. Estoy convencido, de lo contrario no os habría pedido que vinierais. Tenemos que preparar un atentado contra el presidente. Planeamos cada paso, diseñamos cada incidente que desemboque en el acontecimiento. Montamos un equipo y dejamos una débil huella. Aunque ambiguas, las pruebas apuntan al Directorio Cubano de Información. Dentro del plan hay un segundo conjunto de pistas, aún más oscuras y misteriosas. Éstas señalan a los intentos de asesinar a Castro por parte de la Agencia. Estoy diseñando un plan que abarca a la vez la provocación norteamericana y la respuesta de Cuba. Hacemos todo el papeleo: pasaportes, carnets de conducir, agendas de direcciones. Nuestro equipo de tiradores desaparece, pero la policía encuentra una pista: solicitudes de pedido por correo, tarjetas de aviso de cambio de domicilio, fotos. Creamos una o varias personas a partir de lo que suele llevarse en el bolsillo. Suenan tiros y el país queda conmovido, estremecido. La pista del papeleo conduce a agentes pagados que han desaparecido

en Venezuela y en México. Estoy seguro de que eso es lo que debemos hacer para recuperar Cuba. Aunque el plan contiene niveles y variantes que apenas he explorado, básicamente es correcto. Sé que lo es. Sé a qué se refieren los científicos cuando hablan de soluciones elegantes. Este plan apela a lo más profundo de mi ser. Posee una lógica demoledora. Hace semanas que percibo su despliegue, como un sueño cuyo significado se aclara poco a poco. Es el estado que siempre hemos querido alcanzar. Es la comprensión vital, el secreto vital, y debemos ampliarlo, protegerlo celosamente hasta el momento en que tengamos tiradores apostados en un tejado o en el puente del ferrocarril.

Reinó el silencio. Después Parmenter comentó secamente:

—Como no podemos golpear a Castro, démosle a Kennedy. Me pregunto si ése es el motivo oculto de nuestra presencia aquí.

—Pero no alcanzaremos a Kennedy, fallaremos —puntualizó Win.

Mackey metió varias monedas de veinticinco centavos en el teléfono público de la gasolinera Esso, a unos ciento sesenta kilómetros de la frontera con Louisiana. Intentaba contactar con Guy Banister, ex agente del FBI que dirigía una agencia de detectives en Nueva Orleans. Banister era el canal por el que la CIA suministraba dinero a los movimientos anticastristas de la zona. Mackey lo conoció en la época anterior a la invasión, cuando Banister enviaba armas y explosivos a los exiliados. Había llegado el momento de contactar de nuevo con él.

La voz que respondió no pertenecía a Banister ni a su secretaria. Mackey tardó unos segundos en reconocerla: David Ferrie, investigador, agente mensajero y consejero espiritual. Mackey colgó y cruzó la plaza azotada por el viento rumbo a su coche.

David Ferrie arrugó la cara al oír que colgaban. Era propenso a poner mala cara. Siempre hacía una mueca delante del espejo cuando se aplicaba las cejas de fabricación casera y el tupé de muaré. Ferrie padecía una enfermedad extraña y horrible que no tenía cura. Su cuerpo era totalmente lampiño. Parecía algo arrancado de la tierra, un tallo tuberoso o un hongo muy apreciado por los gastrónomos. Pero no estaba dispuesto a ceder, a desesperarse, a encerrarse en una habitación oscura, a beber batidos y lamentarse. Tenía varios intereses vitales. Uno de ellos consistía en encontrar una cura para el cáncer, y se trataba de un interés casi de toda la vida. Había realizado investigaciones y escrito ensayos sobre el tema. Le interesaba el hipnotismo y era capaz de poner en trance a la gente. La aviación constituía otro de sus intereses profundos y duraderos. Ferrie había sido piloto civil de alto rango en la Eastern Airlines, antes de que la enfermedad lo dejara calvo y de que sus juegos sexuales con muchachos se convirtieran en un hecho del dominio público para desconcierto de los dignatarios de la Eastern. Le interesaba la amenaza comunista. Cuba era otro de sus intereses.

Instantes después de colgar, Ferrie se encontraba en la trastienda del despacho de Guy Banister, haciendo muecas ante el espejo a medida que se acomodaba las cejas semicirculares. Pensaba visitar un centro comercial de Jeff Parish, donde exponían un refugio atómico modélico. Quería estudiar sus dimensiones, ver con qué tipo de provisiones contaba y cómo las habían almacenado. Él ya tenía sábanas de goma y una radio de pilas en la que estaban claramente señaladas las frecuencias CONELRAD. Conocía la existencia, hacia el suroeste, de un búnker de municiones que podía convertirse en un refugio eficaz, profundamente enterrado, aislado, con agua y alimentos para muchos meses. Resultaba estimulante pensar en la bomba desde esta perspectiva. Pensaba que sería muy satisfactorio vivir solo en un agujero, no porque se pareciera a una forma mutante de vida sino para ganar un tiempo adicional mientras en la superficie se desencadenaban fuerzas nefastas. Merecía una recompensa por su desdichada vida.

Laurence Parmenter condujo el Dodge Dart hacia Love Field. De momento, prefería no pensar en el plan de Everett. Escuchó en la radio a un evangelista que disertaba sobre la plegaria minorista y la plegaria mayorista. Ora por ti mismo, ora por el mundo. Win era un hombre prometedor, entregado, leal a la causa, genial, realmente genial, pero había sufrido una crisis nerviosa. Ocurre muy a menudo. Ahora parecía estar bien, alerta, con pleno control de la situación, pero una idea necesita tiempo para dar a revelar sus facetas, sus luces y fuegos cambiantes. Larry no quería abandonar la cuestión. Deseaba recuperar Cuba, y cuanto antes mejor. Tenía intereses en la isla. Tenía derechos, reclamaciones, compromisos financieros secretos con una empresa de arrendamiento con opción a compra que intentaba llegar a un inmenso reparto de tierras a fin de facilitar las perforaciones petrolíferas. Todo eso era antes de que los valerosos rebeldes bajaran de la sierra.

Se dedicaría a pensar en el plan de Everett durante el vuelo a Washington. Bebería un *dry-martini* de Beefeater, picaría cacahuetes salados, rezaría por sí mismo, rezaría por el mundo. A su cabeza acudió de improviso un verso de una antigua canción de borracheras. ¿De dónde provenía? De El Cairo, año 1944, operaciones de moral, Oficina de Servicios Estratégicos. Larry formaba parte de la red de agentes de Groton-Yale-OSS, los llamados espías caballeros, muchos de los cuales ocupaban ahora importantes cargos en la Agencia. Aunque no fuera de buena familia ni hubiera sido elegido, Larry seguía siendo un miembro, dispuesto a aceptar la voluntad de la dirección. Ellos eran los puros, la prolongación natural de las hermandades estudiantiles, iniciaciones y juramentos secretos, el conjunto de suposiciones comunes a los jóvenes de cierta clase social. «Oh, somos alegres agentes, mentimos y espiamos hasta que nos duele», tarareó en voz alta. Intentaba recordar la estrofa siguiente cuando apareció el primer letrero del aeropuerto.

Por la radio, el locutor informó que la policía aún vigilaba la casa y los terrenos

del general de división Edwin A. Walker en busca del pistolero que intentó matar, hacía una semana, a la polémica figura de derechas. No había nuevas pistas sobre el caso.

Al anoecer cae la quietud, la hora del abandono, las casas en sombras, la calle es un espacio privado, una sucesión de misterios. El profundo reposo acalla y silencia lo que sabemos de nuestros vecinos. Se convierte en una especie de intimidad perfumada de jazmín que nos engaña y nos vuelve confiados.

Win estaba en la sala y pasaba las páginas de un libro. Según su esposa, era eso lo que hacía, no leer. Pasaba las páginas hasta que se acababan. Win se preguntó si los dos hombres se habrían dado cuenta de que los había convocado precisamente el 17 de abril, segundo aniversario de Bahía de Cochinos. Era un buen pensamiento para la hora de acostarse. Pasó otra página.

En el primer piso, Mary Frances ya estaba acostada. Se preocupó por la gastada alfombra, pensó en el desayuno y en el almuerzo e intentó no sentirse ridículamente orgullosa de la cocina renovada, amplia, bonita, práctica, con su congelador sin escarcha y los electrodomésticos a juego, en la tranquila calle bordeada de robles y pacanas, sesenta y cinco kilómetros al norte de Dallas.

EN NUEVA ORLEANS

Un compañero de clase, Robert Sproul, lo observó al cruzar la calle. Llevaba los libros colgados del hombro, atados con un cinturón de tela verde y hebilla de bronce: infantes de marina. Tenía la camisa rasgada a lo largo de una costura. Vio manchas de sangre en la comisura de los labios y un moretón verdoso en la mejilla. Sorteó los coches y paso junto a Robert, que corrió a su lado y lo miró con persistencia en espera de algún comentario.

Caminaron por North Rampart, en el límite del Quarter, donde aún se alzaban unas pocas casas de balcones con barandillas de hierro forjado en medio de las fábricas de metal laminado y los solares de aparcamiento.

—¿No vas a contarme qué ha pasado?

—No lo sé. ¿Qué ha pasado?

—Nada, que te sale sangre de la boca.

—No me han hecho daño.

—Basta de bravuconadas. Lee, eres mi héroe.

—Sigamos andando.

—Te han hecho sangrar. Parece que te hayan restregado enérgicamente la cara.

—Creen que hablo de una manera muy rara.

—¿Y por eso te han pegado? ¿Qué tiene de raro tu modo de hablar?

—Dicen que hablo como un yanqui.

Parecía sonreír. Era típico de Lee sonreír cuando no venía al caso, suponiendo que fuera una sonrisa y no un tic de bizco o algo así. Resultaba imposible saberlo.

—Vayamos a mi casa —propuso Robert—. Tenemos once tipos distintos de antisépticos.

A los quince años, Robert Sproul parecía un universitario en miniatura. Vestía zapatillas blancas, pantalón caqui y camisa de cuello abierto. Era la segunda vez que se encontraba con Lee en la calle después de que a éste le dieran una paliza. Unos muchachos le habían atizado en la terminal del transbordador por viajar con los negros en la parte trasera de un autobús. Lee se negó a explicar si lo había hecho por ignorancia o por principios. Era característico de él hacerse el mártir y dejar que le tomaran por tonto, o exactamente lo contrario, siempre y cuando supiera la verdad y tú la ignoraras. Robert pensó que, en realidad, había indicios de graznidos nortños en el modo de hablar de Lee, pero no se le podía culpar por ello, sobre todo si uno estaba al corriente de su vida itinerante.

Pasaba muchas horas en la biblioteca. Primero acudió a la sucursal situada frente a la Escuela Secundaria Warren Easton. Se trataba de un edificio de dos pisos, con una librería para ciegos en la planta baja y arriba una sala de lectura normal. Se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas y durante horas estudiaba los títulos. Buscaba

libros más avanzados que los textos escolares, libros que lo distanciaron de sus compañeros de curso, que cerraran el mundo a su alrededor. Tenían clases de educación cívica y de economía doméstica. Lee quería temas e ideas de alcance histórico, ideas que conmovieran su vida, su verdadera vida, el remolino de tiempo que se agitaba en su interior. Había leído panfletos y visto fotos en *Life*. Hombres con gorras y chaquetas gastadas. Mujeres gruesas con la cabeza cubierta por un pañuelo. El pueblo ruso, el otro mundo, el secreto que abarca la sexta parte de la superficie terrestre.

La sucursal se le quedó pequeña y empezó a ir a la biblioteca principal de Lee Circle. Columnas corintias, ventanas altas y arqueadas, una hilera de cuatro bibliotecarias ante el mostrador, a la derecha de la entrada. Tomaba asiento en la sala de lectura semicircular. Allí había todo tipo de personas, distintas clases sociales, modales y formas de leer. Viejos con la cara pegada a la página, medio dormidos, metidos allí para escapar del mundo exterior. Viejos que cruzaban la sala, hombres con migas de pan en los bolsillos, extranjeros, cojos.

En el catálogo encontró nombres que le hicieron detenerse con un extraño entusiasmo contenido. Nombres que parecían susurros oídos durante años, nombres de la historia y de la revolución. Buscó los libros que ellos escribieron y los que sobre ellos se escribieron. Libros con los bordes gastados, libros cuyos títulos se habían borrado de los lomos, perdidos en el tiempo. Allí estaba *Das Kapital*, tres volúmenes de lomos combados y páginas desteñidas, subrayadas con letra obsesiva. Encontró fórmulas matemáticas, teorías radicales sobre el capital y la mano de obra asalariada. Descubrió *El manifiesto comunista*. Estaba en alemán y en inglés. Marx y Engels. El proletariado, la lucha de clases, la explotación de la mano de obra asalariada. Había biografías y densas historias. Se enteró de que, durante el exilio, Trotski vivió en una zona obrera del Bronx, no lejos de los sitios donde Lee viviera con su madre.

Trotski en el Bronx. Y Trotski no era su verdadero apellido. Y el apellido de Lenin tampoco era Lenin. Stalin se apellidaba Yugachvili. Nombres históricos, pseudónimos, nombres de guerra, nombres de partido, nombres revolucionarios. Esos hombres vivieron aislados durante largos períodos, al borde de la muerte durante largos inviernos en el exilio o la cárcel, palpando la historia, aguardando el momento en que superaría las cuatro paredes y los arrastraría. La historia era una fuerza para esos hombres, una presencia. La percibían y la esperaban.

Los libros eran la lucha. Tuvo que combatir para extraer el sentido esencial de lo que leía. Los libros eran expresión de la lucha. Hubo luchas para escribirlos, para vivir. A Lee le parecía adecuado que, a menudo, esos textos inflexibles fueran masas de densa teoría. Cuanto más difíciles eran los libros, con mayor firmeza establecía la distancia entre sí mismo y los demás.

Encontró suficientes elementos que pudo comprender. Vio a los capitalistas y a las masas. Estaban ahí, a su alrededor, día tras día.

Marguerite tostaba harina en una cacerola de fondo grueso. Se miraban mientras comían. Ella siempre estaba presente, con las manos atareadas y los ojos encendidos tras las gafas de montura oscura. Lee podía ver la tensión y el envejecimiento de su rostro, la piel estirada en la línea del nacimiento del pelo, y sentía una mezcla de compasión y desdén. Veían la tele en la habitación contigua. De la pared colgaban cestas de mimbre en miniatura. El cabello de Marguerite raleaba y se le veía el cuero cabelludo.

—Lillian asegura que te malcrío, que crees que me dominas.

—Soy tu hijo, y tienes que hacer lo que yo quiero.

—Lo admito, aunque no debería decirlo, pero tus hermanos fueron una carga para mí. Exigían una atención que humanamente no era posible darles. En este punto interviene el elemento humano. Cuando recuerdo todas las tragedias... Tu papá sintió un dolor en el brazo mientras cortaba el césped y a continuación cayó muerto.

—Ahora se han alistado para escapar de ti.

—Cada vez que pienso en ser una de esas abuelas a las que se niega el cariño... Los lunes comíamos judías rojas y arroz. Te llevaba a pasear por Godchaux's en cochecito.

Hasta donde la memoria de Lee alcanzaba a recordar, habían compartido siempre espacios minúsculos. Era el recuerdo básico de los Oswald. Podía oler el aire por donde se movía su madre, oler su ropa colgada detrás de una puerta, una fragancia tropical a corsés y agua de colonia. Entraba en el baño inundado del hedor de Marguerite. La oía mascullar en sueños, apretando los dientes de su calavera. Sabía lo que iba a decir, veía sus gestos con anticipación.

—Tengo derecho a algo mejor.

—Y yo. Yo soy el que tiene derechos —insistió Lee.

Le ayudó a colgar los estantes semicirculares. Encontraría una célula comunista y se afiliaría. Era una ciudad con cien clases de extranjeros, ideas e influencias. Algunas personas publicaban anuncios en la prensa para pedir favores a un santo patrón. Había personas que llevaban boina y no sabían más de diez palabras en inglés. En el puerto vio obreros explotados que descargaban racimos de plátanos de cincuenta kilos procedentes de Honduras. Encontraría una célula, permitiría que le encomendaran tareas para probarse a sí mismo.

—Lillian espera un agradecimiento eterno. Vive a base de muchas-gracias y de no-hay-de-qué.

—Cree que somos poco más que pordioseros.

—Cree que debemos estarle agradecidos —repitió Marguerite—. De joven fui muy popular. Estoy dispuesta a insistir en esto.

Habían vivido en French Street, en casa de Lillian, la hermana de su madre. Alquilaron un apartamento en St. Mary Street, y luego se mudaron a una vivienda más barata del mismo edificio. Más adelante se trasladaron al Quarter.

Lee es un chico tranquilo y estudioso que, como cualquier otro, reclama sus

comidas.

—Los Claverie eran pobres pero muy felices. Los lunes comíamos judías rojas y arroz. Aunque permitió que nos quedáramos una semana, sé lo que decían a mis espaldas. Hablan y se inventan cosas, lo cual no me sorprende. Tienen motivos ocultos para no decirme qué opinan. Dicen que siempre salto como leche hervida, que no soy sociable. No se les ocurre pensar que los equivocados son ellos, que con ellos es imposible razonar. Ella dice que me aferro a una palabra y creo problemas, lo cual nos distancia hasta que nos vemos en la calle y entonces todo son saludos y no tardes en hacernos una visita.

—Cree eso porque me da dinero para alquilar una bici.

Vivieron en un edificio de tres plantas en un callejón que desembocaba en Canal Street, con los cuerpos escondidos y los escaparates hirvientes. El edificio tenía una entrada de arcadas decoradas con cumbreras. Era lo que más le gustaba a Marguerite. En todos los demás sentidos era un sitio lamentable. Lee disponía del dormitorio y ella usaba el sofá cama.

En el St. Louis Cemetery Number One, Lee ve a un viejo negro que ronca con los pies cubiertos por los calcetines y el cuerpo recostado en una de las cámaras del crematorio, mientras el sol azota las astillas de cristal ambarino.

Se observaban mientras comían. Lee estudiaba jugadas de ajedrez en la mesa de la cocina. Marguerite describía casas, patios y muebles que se remontaban a las primeras décadas del siglo en Nueva Orleans, donde se crio felizmente. Lee sabía que eran cosas importantes, no negaba el valor de lo que decía su madre ni la fuerza de las imágenes que llevaba consigo. La familia, el dinero, el pasado eran importantes, pero no afectaban su vida real, el yo que giraba hacia dentro, y dejó que la voz de Marguerite se perdiera en el aire.

Ve que un mexicano, o lo que sea, de aspecto rudo adopta de pronto una postura femenina a las puertas de un bar, lo que arranca carcajadas de sus compinches.

Tenía una enciclopedia en un solo volumen que, según su tía Lillian, leía como una novela de piratas. Energía cinética. La gran presa de Coulee. Se afiliaría a una célula comunista. Hablarían de teorías hasta la madrugada. Le encomendarían tareas, misiones nocturnas que demandaran inteligencia y sigilo. Llevaría ropa oscura, cruzaría los tejados bajo la lluvia. ¿Hay mucha gente que sepa que un frailecillo es un pájaro?

Recibió una carta de su hermano Robert, su hermano de padre y madre, que aún estaba en los marines. Arrancó una hoja de su cuaderno de espiral y respondió de inmediato, sobre todo para contestar a sus preguntas. Aunque su hermano le caía bien, estaba convencido de que Robert no le conocía. Era el eterno misterio familiar. No sabes quién soy. Robert recibió su nombre del padre de ambos, Robert E. Lee Oswald. Y de ahí provenía su propio nombre, Lee. Su padre estaba al final del camino de Lakeview, convirtiéndose en polvo.

—Te llevé a Godchaux's a ver la bandera, para que los dos la viéramos. La guerra

no había terminado, vivíamos en Pauline Street y en la fachada de Godchaux's, donde compré el traje gris claro que llevo en la foto con el señor Ekdahl, tomada poco después de nuestro matrimonio, colgaron una bandera de siete pisos. Una bandera norteamericana de siete pisos. Fue cuando provocaste un altercado con la señora Roach por arrojar un juguete de metal.

Lee quería escribir un relato sobre uno de los usuarios de la biblioteca para ciegos. Era el único modo en que podía imaginar su mundo.

Marguerite tenía ojos azules y pestañas oscuras. Era vendedora y cajera, y trabajaba cerca de la tienda de géneros de punto de Canal Street, de la que había sido encargada unos doce años atrás, antes de que la despidieran. Adujeron que no era capaz de sumar ni restar. Marguerite sabía que no era verdad, sintió las vibraciones, oyó los susurros desagradables, las quejas contra el mundo, lo que no fue tan malo como cuando la echaron de Lerner's, en Nueva York, alegando que no usaba desodorante. No era verdad, porque todos los días utilizaba la barra desodorante y, si no daba el resultado que anunciaban en la tele, ¿por qué la aislaban como inadaptada social? Nueva York no podía decir mucho sobre olores extraños.

Lee hacía los deberes en la mesa de la cocina, preguntas que sólo querría responder un idiota. Marguerite le despertaba con insistentes palmadas para que fuera a la escuela, golpeando con los dedos de una mano la palma de la otra. Al verla, algo en su interior sentía la tentación de matarla, a veces incluso en la calle, cuando aparecía inesperadamente. Oía sus pasos, oía sus llaves que giraban en la cerradura. La voz lo llamaba desde la cocina, sonaba el agua de la cisterna del retrete. Conocía sus modulaciones y sus pausas, sabía qué diría, palabra por palabra, antes de que empezara a hablar. Batía palmas en el umbral de la puerta. Levántate y resplandece.

«Es evidente que la definición del valor del capital invertido en mano de obra en tanto capital variable es secundaria, ya que durante el proceso de producción pierde su diferencia específica», leyó Lee.

Intentó hablar de política con la hermana de Robert Sproul, aunque sólo fuera por hablar de algo. Jugaban al ajedrez en el porche de la casa de los Sproul. Robert estaba cerca, redactando una monografía sobre la historia de la fuerza aérea.

La chica, que tenía un año más que Lee, era rubia, de piel tersa y boca fruncida. Lee sospechaba que hacía esfuerzos por no parecer bonita. Había chicas así, ocultas tras una coraza de pulcritud y reserva.

—Eisenhower se libró fácilmente —decía Lee—, y puedo darte un buen ejemplo.

—Lo dudo, pero te escucho.

—Fueron Eisenhower y Nixon los que mataron a los Rosenberg. No hay duda. Ellos son los responsables.

—Me parece que sueñas despierto.

—Te aseguro que no.

—A menos que esté muy equivocada, se celebró un juicio —objetó ella.

—Ike es un tonto redomado. Podría haber impedido la ejecución.

—¿Como en las películas?

—¿Sabes quiénes fueron los Rosenberg?

—Sólo he dicho que se celebró un juicio.

—Pero hay factores secretos, cosas que no salieron a la luz.

La muchacha le miró con severidad. Tenía la estatura adecuada, pues no era demasiado alta. A Lee le gustaba su aire comedido, la forma en que desplazaba las piezas por el tablero, casi tímidamente, sin denotar las ganancias o las pérdidas durante el juego. Lee se sentía entusiasmado y temerario, un genio del ajedrez con las uñas sucias. El señor o la señora Sproul se movían por el interior de la casa.

—En Nueva York leí todo lo que publicaron sobre los Rosenberg. Después de encarcelarlos bajo falsas acusaciones, los ejecutaron en la silla eléctrica. La idea era que todos los comunistas aparecieran como traidores. Ike podría haber hecho algo.

—Y lo hizo: jugó al golf —intervino Robert.

—¿Sabéis que el senador Eastland visitará Nueva Orleans? ¿Sabéis por qué?

—Te está buscando —le respondió Robert—. No sabe qué hace un chico como tú en la Patrulla Aérea Civil.

—Ve rojos hasta debajo de las camas —dijo Lee.

—Le llama la atención un chico sano.

—Lo más importante del comunismo es que los obreros no producen beneficios para el sistema.

—Ha visto tu bonita sonrisa y le preocupa que haya un adolescente comunista en la Patrulla Aérea Civil.

La broma agradó a Lee. Miró a la hermana de Robert para ver cuál era su reacción, pero los ojos de la muchacha permanecían fijos en el tablero. Era una chica bien educada. Solía verla en la biblioteca. Formaba parte de las animadoras de la escuela y actuaba en la última fila, donde pasaba casi desapercibida.

—¿Y qué si eran espías? Sólo lo hicieron porque consideraban que el comunismo es el mejor sistema. Es el sistema que no explota, y por eso te atan a la silla eléctrica.

Lee percibió que uno de los padres, aunque no sabía cuál de ellos, se había acercado a la puerta. Estaba allí, al otro lado de la pared, escuchando.

—Si te fijas cómo se escribe Trotski en ruso, verás que es totalmente distinto —explicó a la hermana de Robert Sproul—. Te diré algo que nadie sabe: Stalin se apellidaba Yugachvili. Stalin significa hombre de hierro.

—Hombre de acero —puntualizó Robert.

—Es igual.

—Qué terco eres.

—Lo importante es que nos mienten con respecto a Rusia. Rusia no es lo que ellos dicen. En Nueva York los comunistas no se esconden, salen a la calle.

—Deprisa, Henry, el insecticida —se burló Robert.

—En primer lugar, produces beneficios para el sistema que te explota.

—Mátalo antes de que escape.

—Siempre intentan venderte algo. Todo se basa en obligar a la gente a comprar. Y si no puedes comprar lo que venden, para el sistema eres un cero a la izquierda.

—No lo encuentro —dijo la hermana.

—¿Dónde se ha metido? —le preguntó Robert.

En la puerta apareció el padre, un hombre alto con una manta a cuadros colgada del brazo. Parecía buscar un caballo. Habló de tareas escolares y de recados, se refirió confusamente a obligaciones familiares. El alivio de la hermana era patente. Podía sentirse y medirse. Se coló junto a su padre y se perdió tranquilamente en el oscuro interior.

El padre acompañó a Lee hasta la entrada y abrió la puerta de par en par. No se dirigieron la palabra. Lee volvió a casa a pie, por el Quarter, y se cruzó con cientos de turistas y asistentes a la convención que se apiñaban bajo la llovizna como la gente que aparece en el noticiario.

Guardaba los libros de marxismo en su habitación, los llevaba a la biblioteca para renovar el préstamo y volvía a traerlos a casa. Si mostraban curiosidad, permitía que sus compañeros de escuela leyeran los títulos, sólo por ver cómo arrugaban sus caras estúpidas, pero no se los enseñaba a su madre. Los libros eran privados, como algo que se encuentra y se oculta, un elemento de suerte que guarda el secreto de lo que eres. Los libros mismos eran secretos, prohibidos y difíciles de leer. Modificaban la habitación, la dotaban de significado. Esos libros explicaban y transformaban la monotonía de su entorno, sus ropas raídas. Lee se veía como integrante de algo inmenso y arrollador. Era producto de una historia radical, su madre y él encerrados en un proceso, en un sistema de dinero y propiedad que día a día disminuía su valía humana, como si de una ley científica se tratara. Los libros le convertían en parte de algo. Algo condujo a su presencia en esa habitación, en esa piel específica, y algo se desencadenaría. Hombres en cuartuchos. Hombres que leían y esperaban, que se debatían con ideas secretas y febriles. Trotski se apellidaba Bronstein. Lee necesitaría un nombre secreto. Se afiliaría a alguna célula que se reuniera en los viejos edificios próximos al puerto. Evaluarían teorías hasta las tantas, pero también actuarían. Organización y agitación. Se movería por la ciudad bajo la lluvia, ataviado con ropa oscura. Sólo era cuestión de dar con una célula. No le cabía la menor duda de que existían. El senador Eastland lo había dicho claramente por la tele: rojos clandestinos en Nueva Orleans.

Entretanto, leía el manual del Cuerpo de Infantes de Marina de su hermano, a fin de estar preparado para el día en que se alistara.

Antes de que abandonara los estudios, en la escuela había dos chicos que no dejaban de llamarlo yanqui. Lo perseguían por los pasillos y le gritaban desde el otro extremo del comedor. Lee sonreía y estaba dispuesto a liarse a puñetazos, pero ellos nunca lo provocaron en serio.

Los nombres que figuraban en las órdenes de pedidos le entusiasmaban: Lisboa, Manila, Hong-Kong. Pronto le dominó la rutina y se dio cuenta de que barcos, cargamentos y destinos no tenían nada que ver con él. Era recadero. Llevaba papeles a otras empresas de transporte y compañías navieras o cruzaba la calle hasta la Aduana, que parecía un templo del dinero, gris e imponente, con sus altas columnas de granito. Debía mostrarse entusiasta y listo. La gente parecía depender de su alegría. Cuanto menos importante eres en una empresa, más esperan tu sonrisa feliz. Desaparecía horas enteras en el cine o se sentaba en un despacho abandonado del segundo piso, donde pasaba largos ratos leyendo el manual del Cuerpo de Infantes de Marina.

Memorizó el uso de la fuerza letal. Estudió principios de instrucción en orden cerrado y el uso de insignias y galones. Efectuó llamadas telefónicas sin autorización a Robert Sproul para leerle fragmentos espeluznantes sobre la lucha con bayoneta calada. La rotación, la cuchillada, el culatazo. La cantidad de fragmentos del manual que podía citar era infinita. Estaba escrito precisamente para él. Leyó las reglas con gran minuciosidad, impresionado por su severidad y precisión, por el torrente de pormenores temibles, misteriosos, meticulosos, perfectos.

Robert Sproul se enteró de que había un rifle en venta, un 22 de cerrojo, un arma salvaje. Aquel frío enero, en la hora libre que Lee tenía para almorzar, se encaminaron a un hotel barato de la zona comercial, emplazado entre tiendas donde vendían bufandas y mueblerías de saldo. El vestíbulo parecía uno de esos pasillos que conducen a los aseos. Las habitaciones estaban en el primer piso, encima de una tienda tapiada en la que había un letrero que decía Formal Rentals. Robert sabía el número de la habitación que ocupaba el vendedor, pero ignoraba cómo se llamaba. Al parecer, se trataba de un conocido de David Ferrie, piloto de una compañía aérea e instructor de la Patrulla Aérea Civil. Ferrie estaba al mando de la unidad en la que Robert y Lee se alistaron aquel verano, aunque Lee sólo asistió a tres sesiones, las necesarias para conseguir el uniforme.

Los chicos se sobresaltaron cuando el capitán Ferrie en persona les abrió la puerta. Aquel hombre próximo a la cuarentena, cariacontecido, amistoso, estaba en el umbral en albornoz y con calcetines de rombos que le llegaban a las rodillas. Hizo ademán de que pasaran y observó atentamente a Lee. Las cortinas estaban echadas. Había ropa por todas partes, comida china que asomaba de unas cajas blancas, y

varios billetes y monedas salpicaban el suelo. La habitación se alzaba entre una especie de estupor, en un espacio temporal propio.

—¡Muchachos, qué alegría volver a veros! Me dijeron que vendrían visitas. Tengo entendido que Alfredo quiere vender su rifle. Asegura que con él mató a un hombre, a un gringo millonario. En sus fantasías, todo latino se ha cargado a un gringo. Comprenderéis que esta vivienda es provisional. Vuestro as de vuelo está en la zona muerta entre una misión y otra.

Ferrie se dejó caer en un sillón, en medio de una montaña de ropa. Robert dirigió una rápida mirada a Lee, con una mueca estrangulada.

—Veamos —añadió Ferrie—. A Robert lo conozco de las clases en el hangar de la Eastern en Lakefront. Parece que ha pasado un siglo. ¿Quién es el tímido peinado con la raya perfecta?

—Asistí a varias clases, pero después lo dejé —respondió Lee.

—De modo que asististe. Lo sospechaba. No, en realidad, estaba seguro. Ibas de uniforme. El uniforme marca la diferencia. Conozco a mis chicos. Jamás olvido a un cadete. ¿Conocéis al cadete Dennis Rumsey? Me visita al salir de la escuela. ¿Conocéis a Warren van Zandt, el gordito? El cáncer de pulmón está devorando al padre de Warren.

—¿Qué hay del rifle? —quiso saber Robert.

—Está por aquí. Es un Marlin calibre 22 de cerrojo. Va con cargador y podréis comprarlo barato porque el percutor se ha roto. Pero tiene fácil arreglo. Llevadlo a un soldador y lo reparará en un santiamén.

—Nadie dijo que estaba roto —se quejó Robert.

—Nunca lo dicen.

—En ese caso, señor, no sé si comprarlo...

—Yo tampoco.

—Si no se puede disparar el rifle tal como está.

—El soldador añadirá una prolongación en un santiamén.

—Pero es un inconveniente.

—Tal vez el placer de usarlo merezca el esfuerzo. ¿Sabéis algo de armas? Las armas forman parte de las cosas que me interesan.

Robert miró a Lee como si quisiera decirle «larguémonos». Parecía haber algo vivo en un rincón. Lee avanzó en esa dirección. Percibió que una especie de mirada bien intencionada estaba adherida a su cara, una sonrisa desconectada de las cosas. Sobre el aparador había una jaula, en cuyo interior correteaban unos ratones blancos.

Se volvió hacia Ferrie y exclamó:

—Ratones.

—¿No te parece que la vida es fabulosa?

—¿Para qué sirven?

—Para investigaciones. Aquí estamos, once años después de la guerra, es una nueva época, una era de esperanza, y nos encontramos en la misma situación que

hace mil años en lo que se refiere a poner fin a la plaga del cáncer. He dedicado toda mi vida al estudio de las enfermedades. Incluso de pequeño le dediqué tiempo. Supe qué era el cáncer mucho antes de oír la palabra. ¿Cómo te llamas?

—Lee.

—Lee, concédete el tiempo que necesites.

Robert Sproul se acercó a la puerta.

—Capitán Ferrie —dijo—, señor, realmente tengo que...

—¿Qué?

—Tengo que irme. Dejaré correr lo de la compra del rifle.

—He estudiado los modelos de coincidencia. —Ferrie se dirigía a Lee—. La coincidencia es una ciencia que aún no ha sido descubierta. Cómo surgen los modelos más allá de los límites de causa y efecto. Estudié geopolítica en Baldwin-Wallace antes de que se llamara geopolítica.

—¿Vienes, Lee?

Aunque Lee quería irse, se sorprendió a sí mismo al quedarse allí con una sonrisa estúpida dirigida a Robert, que le miró extrañado y salió, mejor dicho, se alejó de puntillas. Tal vez Lee pensaba que no era correcto retirarse bruscamente. En ese caso, era Robert quien tendría que haberse quedado. Él era el estudiante de honor, bien educado, el que vivía en una casa con porche techado en medio de azaleas, robles y palmeras.

—Háblame de ti —pidió Ferrie—. En primer lugar, no hagas caso del desorden. Pertenece básicamente a Alfonso, Alfredo, o como demonios se llame. Dondequiera que se instala, aunque sólo sea un minuto, la atmósfera se carga de intenciones criminales. Trabaja en un remolcador de Port Sulphur. Un trabajo que no puede interesar a un chico de mirada inteligente como la tuya. Háblame de tus ojos.

Ferrie se había repantigado en el sillón. En ese ángulo, bajo la luz difusa, parecía un octogenario de ojos desorbitados por el miedo. Se hallaba realmente distante. Lee tuvo la sensación de que llevaba un paso de ventaja por haberse quedado, de que Robert se había largado demasiado pronto, de que este asunto era demasiado bueno para perderselo, y el resto del tiempo que pasó allí experimentó lo que ocurría y, al mismo tiempo —aunque algo separado—, se lo relató a Robert. Tuvo una fugaz visión de sí mismo. Se vio narrándole los hechos a Robert Sproul, y saboreó su estilo descriptivo incluso mientras el instante se desplegaba en el presente, proyectado hacia delante, agitando los brazos como un loco, un dibujo animado, y se sintió ligeramente superior durante la narración. Se quedó hasta el último momento. No había nada más horrible y cobarde que poner pies en polvorosa, pensar que la seguridad es lo más importante, volver a casa con la familia perfecta y la manta a cuadros, y que todo vaya sobre ruedas.

—Si te concedes tiempo, puedes lograr cosas fantásticas. A tu edad aprendí latín. Me quedé entre cuatro paredes y aprendí una lengua muerta por temor a que fuera de allí repararan en mí, me hicieran pagar por ser lo que era.

El capitán Ferrie olvida que estoy presente.

—Cleveland —dijo, como si se tratara de una civilización extinguida—. Mi padre era poli. Me acosa constantemente la idea de los polis, los polis del gobierno, los federales... el FBI. Te persiguen como la peste. En cuanto figuras en sus archivos, no te dejan en paz. Se te pegan como el cáncer, para siempre.

Ese hombre es un desconocido incluso para sí mismo.

—¿Qué pasa con el rifle? —preguntó Lee—. Quizá lo compre. ¿Cuánto quiere ese tipo?

—Quiere veinticinco dólares, pero puedes darme quince. Tratándose de ti, quince. Eres uno de mis cadetes. Cuido de mis muchachos. Llevas uniforme, lo que marca toda la diferencia. Mírame. Me pongo la chaqueta de capitán y esta mierda borrosa desaparece. Me convierto en capitán de la Eastern, hablo como un capitán. Transmito confianza a los viajeros preocupados. Piloto realmente el condenado avión.

Sabe que es extraño, pero no puede evitarlo.

—Si decidiera comprarlo, ¿cómo lo llevo a casa?

—Eso está chupado. Lo envuelves con una manta, puedes usar aquella. El conserje no dirá nada.

A todo lo demás se sumaba el hecho de que tendría el rifle. Saldría con el rifle. Podría decir que había paseado un rifle envuelto en una manta robada por la ciudad de Nueva Orleans. Ferrie observó los ratones enjaulados y emitió unos silbidos. Todo esto se incorporó sin fisuras a la narración de Lee a Robert Sproul, el futuro dentro del presente, el dibujo animado en el seno de los acontecimientos.

—Cabría preguntarse si es posible curar la enfermedad antes de que te liquide. En cuanto te decides conscientemente a curar la enfermedad tal como hice incluso antes de conocer la palabra cáncer, corres el riesgo de contraerla. ¿Comprendes? Lo que te mata es aquello en lo que fijas tu mente, tu obsesión personal y absoluta. Si eres poeta, la poesía te mata, y así sucesivamente. Se sepa o no, cada uno elige su propia muerte.

—Si encontramos el rifle del 22 y lo envolvemos... Debería irme —dijo Lee.

—Pronto será carnaval —le comunicó David Ferrie—. Adiós, pichón.

Grita para pedir la comida. Se desgañita. Estoy en el piso de abajo, visitando a Myrtle Evans y le oímos llamar a su madre; pego un brinco y subo a prepararle su comida, como a cualquier chico.

Nadie sabía lo que sabía él. La vorágine del tiempo, la verdadera vida en su interior. Era su ventaja, su único control. Observaba a su madre mientras tostaba harina, levantando las manos pegajosas y blancas de la cacerola de fondo grueso. Llevaba recados para las compañías navieras. Al borde del sueño caía en el ensueño: el

poderoso mundo del héroe Oswald, con armas relampagueantes en las penumbras. El ensueño del dominio, la perfección de la ira, la perfección del deseo, la fantasía nocturna, las calles resbaladizas por la lluvia, las sombras alargadas de hombres de abrigos oscuros como los de los pasquines de las películas. La oscuridad tenía poder. Llovía en las calles vacías. Siempre aparecían los hombres con sus sombras largas y después el rifle en sus manos, el Marlin con cargador, la idea de disparar a la barriga para prolongar la agonía.

Existe un mundo dentro del mundo. El nombre de partido de Stalin era Koba. Inventaría un nombre secreto, encontraría una célula en los edificios próximos al puerto. Memorizó la matrícula, el color y el modelo de un coche. Hojeó un libro que contenía fotos de los revolucionarios tomadas por la policía. Foto policial: Trotski a los diecinueve. Foto policial: Lenin de frente y de perfil. Richard Carlson como Herb Philbrick, ciudadano corriente, miembro del Partido Comunista, agente secreto del FBI. Ella golpeaba los dedos de una mano contra la palma de la otra. Levántate y resplandece.

Vio a un tipo sentado del revés sobre la moto, con un cigarrillo en la mano y la mirada perdida, cubierto de tatuajes que le recorrían todo el brazo hasta el dorso de la mano.

El ensueño de la chica de falda escocesa. Está tendida sobre la cama y sus pies rozan el suelo. Zapatos marrones y blancos, calcetines blancos, blusa blanca, falda escocesa diez centímetros por encima de las rodillas. El ensueño de la quietud, la perfección del deseo, la perfección del control, las pálidas piernas de la chica ligeramente separadas, los brazos a lo largo del cuerpo, los ojos cerrados. Lee hace que su imagen aparezca y desaparezca. Es lo que sabe de ella, su modo de controlarla, a solas por la noche, observándola inmóvil sobre la cama, por encima de las calles resbaladizas por la lluvia. Tiene la estatura adecuada, labios delgados, y es tímida y estúpida. Lee observa pero no está presente.

En un montón de películas se dice que el hombre que recibe un balazo en el vientre tarda mucho en morir.

Sus manos se alzan blancas y pegajosas. Tostó la harina en grasa hasta que se volvió oscura y barrosa, del mismo color que quería la salsa. Añadió jugo de carne, cebollas, especias. Comieron en la mesa de la cocina. El sonido de su boca al masticar los alimentos. Los ruidos de la calle. Ella estaba siempre allí, vigilándolo, midiendo mentalmente el destino de ambos. Lee tenía dos existencias, la propia y la que ella sustentaba. No logró disparar el 22. Se lo mostró a un mecánico de automóviles, que lo tuvo cinco semanas sin siquiera echarle un vistazo. Discutieron por este asunto. Lee no se amedrentaba a la hora de defender sus derechos. Por último, vendió el rifle a Robert Oswald por diez dólares, ya licenciado de los marines y siempre dispuesto a hacerle un favor, lo supiera o no, a su hermano pequeño Lee.

Marguerite estaba sentada en el sofá y miraba la tele.

A Lee le dolió trasladarse a Nueva York, trayecto que hicimos en un Dodge de

1948, pero allí estaba destinado John Edward, con su esposa y su bebé, y a fin de cuentas somos una familia que nunca ha podido mantenerse unida. Existen algunas mujeres en esta situación que ignoran la historia. Pero Lee ha viajado con el señor Ekdahl y conmigo, y ha viajado solo en tren desde Forth Worth hasta Nueva Orleans cuando tenía once años para visitar a mi hermana, una distancia de más de ochocientos cincuenta kilómetros. Ahora bien, ¿lleva una saludable vida norteamericana? Señoría, respondería que a nuestro alrededor viven muchos ciudadanos correctos y ricos, pero en el French Quarter hay vagabundos y gentes de esa ralea. Hay cierto tipo de bares, aparte del hecho de vivir encima de una sala de billar, y negocios y apuestas en la calle. También diría que pululan las ramera. En defensa de mi posición de madre, diré que en su último curso en Beauregard faltó sólo nueve días mientras yo trabajaba en Kreeger's, en el ochocientos y pico de Canal Street. Su futuro y sus sueños están en el Cuerpo de Infantes de Marina de Estados Unidos, y hemos reñido porque usó una falsa declaración jurada para alistarse, pero esa vez fracasó. Sólo es cuestión de que cumpla los diecisiete, si bien ya ha dejado los estudios para siempre, según dice. Este chico sonríe mientras le dan una paliza y le gusta ver las noticias nacionales por la tele. En cuanto al lugar que ocupa su madre en su corazón, ha trabajado de mensajero y de recadero, y con la primera paga me compró un abrigo de treinta y cinco dólares, entrega dinero a su madre a cambio de casa y comida, y me regaló un periquito en una jaula de pie con un macetero. En la maceta había una hiedra, estaba la jaula, estaba el periquito, había un juego completo de alimentos para el periquito. Se trata de adaptarse, señoría, y él siempre se esfuerza. No hace falta que diga lo difícil que es criar niños sin un padre. Estaba cómodamente instalada, trabajaba como encargada en Princess Hosier, cuando el señor Ekdahl me propuso matrimonio en el coche. Le hice esperar durante un año, y eso que era de Harvard. A pesar de tenerlo todo en contra, siempre me las arreglé para llevar adelante la casa. A menudo me han felicitado por mi aspecto y mis toques de color aquí y allá, y ahora creo que volveremos a Texas para quedarnos con su hermano Robert, para ser de nuevo una familia en Fort Worth, para que el chico pueda estar con su hermano. Y no quiero que me digan que llamo constantemente a las empresas de mudanzas. Nuestro siglo se caracteriza por las mudanzas. Soy una madre de tres hijos que vendió agujas, hilos y algodones en su tienda, instalada en la sala de estar de la casa de Bartholomew Street, una casa de madera con patio trasero, cuando Lee era un bebé de pecho. De joven tenía éxito, señoría. Me crio mi padre, con otros cinco hijos, para que fuéramos felices y patriotas. He hecho lo posible por educar a mi hijo de la misma manera, al margen de todo lo que ha pasado. Digan lo que digan, y nunca dejan de hacerlo, él sabe perfectamente quién ha sido su apoyo principal desde el momento en que lo llevé a casa al salir del Old French Hospital de Orleans Avenue. No soy la madre chalada de las pesadillas de un niño.

George Gobel apareció en la pantalla, rechoncho y con el pelo al rape, con una sonrisa ufana y burlesca y la mano derecha a la altura de la frente en un saludo

fraternal y pueblerino.

Lee estaba en su habitación y leía sobre la conversión de la plusvalía en capital, siguiendo el texto con el índice, palabra por palabra.

26 DE ABRIL

Lo que suele llevarse en el bolsillo. Win Everett se esforzaba por diseñar una figura amplia, una vida. Crearía un pistolero a partir de papeles corrientes con las esquinas dobladas, de lo que contenía una cartera. Parmenter se ocuparía de obtener formularios de documentos de la Rama de Expedientes. Mackey encontraría el modelo del personaje que Everett estaba creando. Necesitaban un nombre, un rostro, una estructura física que pudieran utilizar para introducir su ficción en el mundo. Everett había llegado a la conclusión de que una figura debía ser un poco más visible que las demás, un hombre en el que pudiera centrarse la investigación, alguien que fuera rastreado y probablemente detenido. Tres o cuatro francotiradores se esfumarían, dejando débiles huellas de su relación con el caso. Serían hispanoparlantes, mexicanos, panameños, específicamente adiestrados para cumplir esta misión en Cuba. Entonces la otra figura, una imagen algo más clara, abandonada tal vez en su percha de tirador para que buscara la salida por su cuenta, sería rastreada, encontrada y posiblemente liquidada por el Servicio Secreto, el FBI o la policía local. Lo que exigiera el protocolo. Ese tipo de hombre, un tirador casi anónimo, con una mínima historia conocida, el tipo de persona que frecuenta lugares turbios, desaparece, es arrestado por algún acto violento y lo dejan en libertad para que vuelva a deambular, a aparecer y desaparecer. Mackey encontraría ese hombre para Everett. Necesitaban huellas dactilares, una muestra de su letra, una foto. Mackey también conseguiría a los demás francotiradores. No alcanzamos al presidente. Fallamos. Queremos que se produzca un fallo garrafal.

Win estaba sentado a solas en el porche. Sobre la mesa de mimbre, había un vaso de limonada. Había plantas en cajas y jardineras, y en tiestos de terracota en la escalera. El paseo de ladrillo estaba rodeado de césped. Esperaba a Mary Frances.

De todas las ciudades en que podía intentarse el atentado, Miami parecía la elección óptima. Allí vivían, conspiraban y peleaban cientos de facciones de exiliados que aguardaban una nueva oportunidad: *movimientos, juntas, uniones*^[1]. Win imaginó cómo correría la voz por la zona, a lo largo y a lo ancho de sus viejas guaridas de exiliados: La Moderne Hotel, los despachos de los dirigentes del Frente. Miami poseía una resonancia, un ardor. Era una ciudad de heridas abiertas, de política y sentimientos explosivos. Esa misma inflamabilidad, ese calor y luz cubanos, le condujeron a la decisión de no comunicar el plan a los líderes anticastristas.

Cuatro meses antes, Kennedy había estado en Miami para recibir la bandera de los supervivientes de la invasión, muchos recién rescatados de las prisiones cubanas. Era una limpieza imprescindible de las emociones. El fracaso se reconoció abiertamente, se conmemoró ante cuarenta mil personas en un estadio de fútbol, y todo el material censurado se envió en ondas readaptadas a Televisionlandia, donde lo vio Everett. Respetaba al presidente por haber ido a Miami. Se sorprendió y se

conmovió cuando la primera dama habló en español con los miembros de la brigada. Sin embargo, la ceremonia no reavivó la causa, la vigorosa consagración a una Habana libre. Ahora lo consideraba como puras relaciones públicas, el tipo de brillante imaginería que caracterizaba cada paso de la administración.

El coche frenó en la puerta y él bajó la escalera para ayudar a Mary Frances a cargar con las bolsas de la compra. Acarreó las más pesadas. Se había levantado viento del este y la sensación de una súbita lluvia impregnaba la atmósfera. Se vio entrar a sí mismo, un tío de una calle serena que hace cosas corrientes, sin temor de que lo vigilen.

Se metió en la despensa y Mary le fue pasando cosas. La bombilla estaba fundida, de modo que permaneció en la penumbra mientras acomodaba objetos en los estantes. El ligero olor a cerrado, el frescor del pequeño cuarto, las conocidas etiquetas de frascos y latas le hicieron sentirse como un niño anciano y fatigado, alguien a quien se permitía revivir los momentos más sencillos y profundos, instantes que dejaban una cicatriz en el alma, no la prueba de un dolor concreto sino del tiempo mismo, sistemático, cargado de pérdidas. Intentó registrar la idea de la bombilla fundida para no olvidarse de cambiarla. Oyó un temblor en el cielo y pensó en las tormentas eléctricas de cuando era un chico que crecía en el campo, el chico que procuraba no ser más listo que sus hermanos mayores al ver el cambio de luz y notar que el paisaje se tornaba grave, solemne. Todo echaba a correr por el miedo. Saltaba del aire hacia las cosas y hacia los niños. Aquellas tormentas humeantes que se aproximaban. Solía quedarse en la despensa y contar hasta cincuenta porque en ese momento el trueno cesaría.

—He de recoger a Suzanne.

—Yo acabaré con esto —se ofreció Win.

—¿No tenías una clase?

—La he cancelado.

—Quiero pasar por Penney's a recoger un par de cosas.

—Todos deberíamos pasar por Penney's.

—Sólo se trata de unas cosas que quiero comprar desde hace tiempo. No tardaremos.

—Penney's es nuestro hogar.

—Las bombillas están en la escalera de atrás.

—Esta mujer me adivina el pensamiento. Se acuerda por mí.

—No tardaré —aseguró Mary Frances.

Parmenter le avisaría con antelación si se elaboraban planes para que JFK regresara a Miami. Tarde o temprano el presidente saldría con su séquito de asistentes, guardaespaldas, los que dan apretones de manos y los paniaguados, aparecería en una ciudad, en una calle en la que sería vulnerable. Everett estaba dispuesto a esperar un año con tal de que acudiera a Miami. Allí el mensaje sería más claro, un plan de gran alcance, agudo, telescópico, sin el inútil trastorno humano que

desencadenaría el loco que destaca entre la multitud con la pistola familiar en la mano.

Acompañó a Mary Frances a la puerta.

Consideraría fracasado el plan si el descubrimiento de sus diversas tapaderas no ponía al descubierto los planes de la CIA —en algunos casos, sus propios planes— para asesinar a Fidel Castro. Era la sorpresa que se guardaba como traca final. Era su contribución personal a un público informado. Que vean lo que ocurre en las salas de los comités y en los despachos apartados. Lo que suele llevarse en el bolsillo, los efectos personales del pistolero, los desvíos y los callejones perdidos ayudarán a los investigadores a averiguar que Kennedy deseaba ver muerto a Castro, que se elaboraron complots, que se aprobaron a alto nivel, se pusieron en marcha, y que Fidel o sus principales ayudantes decidieron vengarse. Ése era el mensaje fundamental y la lección moral del plan de Win Everett.

Los dos hombres que compartían una mesa en el Occidental Restaurant tenían ciertas semejanzas físicas. Ambos superaban el metro ochenta, vestían ropa cara, eran robustos y atléticos, y evidentemente se sentían a sus anchas allí, en el ambiente de los Kennedy, en aquella capital que se medía a sí misma por un cierto tipo de virilidad, confianza y promesa, por la gracia de asumir el máximo desafío.

Laurence Parmenter, unos cinco años más joven que el otro hombre, hablaba con el ligero lloriqueo del educado habitante de la Costa Este, una forma de estirar las sílabas que denotaba un irónico amor propio.

El otro, George de Mohrenschildt, que en aquel entonces vivía en Dallas, hablaba inglés con un elegante acento extranjero. No le disgustaba que lo consideraran como un clásico europeo. Al fin y al cabo, lo era; un hombre mundano y encantador, capaz de conversar con fluidez en ruso, inglés, francés, español y, probablemente, en la lengua que se hablara en Togo. (Parmenter sabía que en 1958 había estado en ese país, haciéndose pasar por coleccionista de sellos). El hombre le caía bien a Larry. Lo conocía desde hacía años y sabía que George fue interrogado por la Agencia tras varios viajes al extranjero. Aunque sus intereses comerciales se superpusieron en una o dos ocasiones, no sabía a ciencia cierta cuál era la especialidad de George.

—En mayo iré a Haití —le informó De Mohrenschildt.

—¿Puedo preguntar para qué?

—Claro que sí. Iré a buscar petróleo para los haitianos. Me darán la concesión de una plantación de pita.

—¿Necesitan ayuda para encontrar pita?

—Tengo entendido que crece encima de la tierra.

Ambos contuvieron la risa.

—George, siempre apareces en sitios interesantes.

Rieron al recordar ambos lo mismo, aquella ocasión en que Parmenter visitó una

clínica dental en una población perdida cerca de la base aérea de la CIA en el sudoeste de Guatemala, donde pilotos cubanos y asesores norteamericanos ensayaban la invasión de Bahía de Cochinos. En la modesta sala de espera, con una camisa de imitación de piel de caimán y pantalones cortos de madrás, se encontraba George de Mohrenschildt, conocido también como Jerzy Sergius von Mohrenschildt. Aseguró que estaba recorriendo Centroamérica a pie.

—Todo acabó espantosamente, si es que puede decirse que acabó —comentó George.

—Dilo si quieres.

—Esta administración todavía presiona a Castro. Es ridículo e innecesario. Iré aún más lejos: esta administración en pleno gira alrededor de las cenizas flotantes de la pequeña Cuba comunista. Es paradójico, Larry, y lo digo porque sé de qué lado de la cerca cubana estás. Claro que se trata de tu trabajo y lo respeto.

—*Se trataba* de mi trabajo. Ahora me dedico estrictamente a tareas de apoyo.

—Quisiera creer que la administración no tiene más planes con respecto a Cuba.

—Pues créelo, George. La crisis de los misiles se resolvió con el acuerdo de que no invadiríamos Cuba. Kennedy tuvo la oportunidad de librarse de Castro y acabó por garantizar su permanencia. En este momento existe una generalizada falta de interés por el tema. La dedicación a ese asunto es realmente nula. La administración pasó de una atención total y apasionada a adoptar una actitud de abstención e indiferencia absolutas, y lo hizo batiendo todas las marcas.

—Es la enfermedad norteamericana —opinó George, con una cálida sonrisa.

Aunque era ingeniero petrolífero de profesión, De Mohrenschildt no parecía dedicarle mucho tiempo a esa tarea. Larry sabía que iba por la cuarta esposa, y las cuatro eran de familias acaudaladas. Sin embargo, sus matrimonios no explicaban su clara asociación con los nazis durante la Segunda Guerra, sus lazos patentes con los servicios de información polaco y francés, su expulsión de México, sus claras tendencias comunistas cuando estuvo en la Universidad de Texas, sus contactos soviéticos en Venezuela, las contradicciones de su historia oficial, sus viajes por Nigeria, Centroamérica, Yugoslavia y Cuba.

George tenía cierta propensión a que le detuvieran o le dispararan por diseñar instalaciones en las costas de zonas estratégicas.

De Mohrenschildt conocía a Jackie Kennedy, a sus padres o a algún otro miembro de la familia; cuando se encontraba en Nueva York pasaba horas en el Racquet Club, y técnicamente merecía el tratamiento de barón. Parte del atractivo de George residía en que constantemente emergía de un pasado distinto.

—¿Cuándo dejas Washington?

—Mañana voy a Nueva York, y de allí regreso a Dallas.

—Creía que Dallas era territorio de Walker —observó Larry—. ¿Quién disparó al azar contra el general?

—Ese Walker es un fascista degenerado de la cabeza a los pies. Es muy peligroso

por su racismo y sus cruzadas anticastristas. A esto me refiero cuando hablo de Cuba. Cuba despierta el peor tipo de obsesión norteamericana. Walker es el tipo de general al que relevan del mando por su prédica derechista, encabeza una campaña racista en Mississippi, lo encierran en el manicomio y se establece en Dallas, donde cada día aparece en la prensa con sus tonterías sobre la John Birch Society y sus diatribas contra Cuba. Odio, Larry, odio puro. A causa de las provocaciones de Walker, en Mississippi murieron dos hombres. Lisa y llanamente, se trata de un Hitler en pequeño.

—Hablas como si quisieras golpearle con tu propia mano.

—Te aseguro que no me molestaría. A decir verdad, creo saber quién intentó matarlo. —Un camarero se acercó a toda prisa para recoger una cuchara caída—. Un chico de Dallas que conozco —añadió George—. Digo chico, pero debe de tener veintidós o veintitrés años. Como he superado la cincuentena, todos me parecen chicos y chicas. Siempre y cuando los chicos no parezcan chicas y a la inversa.

—¿Por qué razón se interesó ese chico por Walker?

—La respuesta obvia es la política. Corría 1959, era ex marine y, ¿sabes qué hizo? Desertó a la Unión Soviética. Lo enviaron a una fábrica de Minsk. El desencanto hizo presa en él y regresó. Como era de esperar, la Agencia se interesó por él. Contactos Interiores me pidió que hablara con el chico.

—Un interrogatorio amistoso.

—Ni más ni menos. Me pidieron que adoptara un enfoque paternalista. Tenía que averiguar qué había visto, oído, olido y saboreado. En seguida nos caímos bien. Sospecho que mis propios sentimientos hacia el general Walker pudieron influir para que Lee intentara cargárselo.

—Pero no estás absolutamente seguro.

—No, no estoy absolutamente seguro.

—Y él no ha admitido que lo hiciera.

—No ha dicho una sola palabra. Pero hay indicios, algunas señales, cierta atmósfera, ¿me entiendes? Más una extraña fotografía que él me envió. Lamento sinceramente que fallara.

Volvieron a ocuparse de la comida, su almuerzo. Las voces y la algarabía que los rodeaba se tornaron evidentes: una oleada de noticias ruidosas, un clamor civilizado. George hizo un comentario acertado sobre el vino mientras lo agitaba en la tulipa de pie alto. Una mujer atractiva corrió hacia una mesa, mostrando esa dichosa exasperación que identifica el recorrido que va de los atascos de tráfico y los dramas personales a una isla de próspera calma. A veces Larry pensaba que comer en un restaurante de categoría era el mayor logro del hombre occidental.

—Has hablado de política. ¿Hasta qué punto es izquierdista tu joven amigo?

—Hay algo de política, de emociones y de psicología. Aunque lo conozco bastante bien, faltaría a la verdad si dijera que puedo precisar con exactitud hacia dónde se inclina. Es posible que sea un marxista puro, el más puro de los creyentes.

Pero podría tratarse de un actor de la vida real. Lo que sí sé con absoluta certeza es que es pobre, espantosa y opresivamente pobre. ¿Cuál es la palabra que no encuentro?

—Paupérrimo.

—Eso es. Se casó con una chica hermosa. De verdad, Larry, con una de esas beldades rusas imperfectas. Una joven inocente y frágil. Habla un maravilloso ruso genuino, no soviético. ¿Entiendes lo que digo? Su tío es coronel y trabaja en el Ministerio de Asuntos Interiores.

Larry no pudo contener la risa. Toda la situación era extrañamente divertida. Era fantástica, realmente fantástica. Todos eran espectros, primos o crédulos, agentes dobles, correos, engañados o desertores, o estaban relacionados con alguien que lo era. Todos estábamos enlazados en una descomunal coincidencia rítmica, concatenación o rumor, sospecha o deseo íntimo. George también reía, y emitía un fantástico retumbo semejante al de los instrumentos de viento de madera. Se miraron y rieron. Rieron al apreciar la riqueza de la vida, la naturaleza fabulosa y sorprendente de los asuntos humanos, la buena comida y la buena bebida, el servicio de categoría, las carreras frustradas, el rebosante absceso de locura y pesar. Larry se sentía lozano y satisfecho, un poco mareado, experimentaba todas las sensaciones propias del momento. Le saludó el embajador hondureño. Un hombre de Pemex hizo un alto ante la mesa para contar un chiste verde. Fue un almuerzo maravilloso. Grandioso, exuberante, magistral y totalmente correcto.

Parmenter cogió el autobús de la Agencia para regresar a Langley. Luego redactó un memorándum para la Oficina de Seguridad en el que solicitaba una revisión urgente de George de Mohrenschildt.

En algún lugar de la sala de teorías, en algún cuaderno o en una carpeta, Nicholas Branch tiene una lista de los muertos. Una copia con los nombres de testigos, informadores, investigadores, personas relacionadas con Lee H. Oswald, gente vinculada a Jack Ruby, todas conveniente y sugerentemente muertas. En 1979, un comité seleccionado por la Cámara de Representantes llegó a la conclusión de que estadísticamente no había nada anormal en el índice de mortalidad entre aquellos que tenían alguna relación con los acontecimientos del 22 de noviembre. Branch lo acepta como un dato más en las actas. Está redactando una historia, no un estudio sobre cómo la gente sucumbe a la paranoia. Branch reconoce que existen infinidad de insinuaciones. Está el lenguaje sobre las formas de la muerte: balazo en la nuca; muerte por navajazo; disparo en comisaría; abatido en un motel; le disparó el marido un mes después de contraer matrimonio; colgado de los pantalones de torero en la celda de la cárcel; muerto por un golpe de kárate. Es la épica de neón del sábado noche. Y Branch prefiere creer que eso es todo. Hay suficientes misterios en los hechos tal como los conocemos, bastantes conspiraciones, coincidencias, cabos

sueltos, callejones sin salida, interpretaciones múltiples. Piensa que no hace falta inventar una trama grandiosa y magistral, una trama que se dispara de forma impecable en una docena de direcciones.

Aun así, los casos resuenan, ¿no? En su mayoría son muertos anónimos: bailarinas exóticas, taxistas, vendedoras de cigarrillos, picapleitos trasnochados con las solapas de la chaqueta cubiertas de caspa. Con el correr de los años la violencia ha alcanzado a otros y, cada vez que se produce una nueva serie de contratiempos, Branch observa de nuevo que el asesinato arroja una luz poderosa y duradera, expone pautas y vínculos, revela que este hombre ha conocido a aquel otro, que esta muerte se ha producido en llamativa yuxtaposición con aquélla.

George de Mohrenschildt, el hombre multinacional, un estudio sobre lealtades divididas o sobre la falta de pertinencia de la lealtad, el amigo de Oswald, muere en marzo de 1977, en Palm Beach, de un disparo en la boca con una escopeta del 20. Considerado como suicidio.

Una semana después, la policía encuentra en Miami Beach el cadáver de Carlos Prío Socarrás, ex presidente de Cuba, millonario traficante de armas al que un informador relacionó con Jack Ruby. El cuerpo se encuentra en una silla, y cerca hay una pistola. Considerado como suicidio.

David William Ferrie, piloto profesional, investigador aficionado sobre el cáncer y militante anticastrista, aparece muerto en su apartamento de Nueva Orleans en febrero de 1967, cinco días después de que la prensa relacione su nombre con el magnicidio. Aunque el forense dictaminó muerte natural, algunas personas se preguntan cómo es posible que Ferrie tuviera tiempo de mecanografiar una nota de despedida a un amigo en medio de una hemorragia cerebral. («Así muero, solo y sin amor»). Entre sus pertenencias aparecen tres pasaportes en blanco, una bomba de cincuenta kilos, varios fusiles, bayonetas y lanzabengalas, así como una biblioteca completa de libros y otros materiales actualizados sobre el asesinato de Kennedy.

Eladio del Valle, amigo de David Ferrie y jefe del Comité Pro Cuba Libre, aparece muerto en Miami el mismo día, en un coche, con varios disparos a quemarropa en el pecho y la cabeza abierta de un hachazo. No hay detenciones.

Los documentos se acumulan por todas partes. Branch dispone de informes de homicidios y de diagramas de las autopsias. Cuenta con los resultados de las pruebas espectrográficas realizadas a los fragmentos de proyectiles. Tiene informes de asesores acústicos y especialistas en análisis de manchas. Él mismo estudia las manchas y se inclina sobre fotos tomadas en Dealey Plaza por personas que creyeron que verían pasar afablemente al presidente. Tiene una lupa. Dispone de mapas pormenorizados de los puntos de mira de los fotógrafos.

El Supervisor envía transcripciones de las reuniones a puerta cerrada del comité. Le manda documentos dados a conocer según la Ley de Libertad de Información y también otros que se han preservado de los investigadores corrientes o han sido en gran medida censurados. Constantemente le envía libros nuevos, cada uno con una

teoría brillante, defendible, segura. Ésta es la estancia de las teorías, la estancia del envejecimiento. Branch se pregunta si debería perder la esperanza de terminar algún día.

Aquí están los papeles del FBI sobre el asesinato, ciento veinticinco mil páginas, terror y penas sin fin. El supervisor envía nuevo material sobre la estancia de Oswald en Rusia, material recogido por un desertor del KGB (no es la primera vez que un desertor de este tipo ofrece su versión de los hechos). Recibe nuevo material sobre Everett y Parmenter, sobre Ramón Benítez y Frank Vásquez. Los datos fluyen a través de los años. El agua gotea en su cazo cerebral. Está el 544 de Camp Street, en Nueva Orleans, la dirección más famosa en las crónicas del asesinato. Hace mucho que han derribado el edificio y ahora el solar es una plaza de renovación urbana. El supervisor envía fotos recientes y Branch comprende que debe estudiarlas aunque no pertenezcan al caso. Hay bancos de granito, pavimento de ladrillo y una escultura con pinta de subvencionada, llamada *Fuera de aquí*. Branch ha de estudiarlo todo. Está demasiado involucrado para ser selectivo.

Se acomoda bajo una manta de viaje y se preocupa. La verdad es que no ha escrito tanto. Tiene notas extensas y superpuestas, notas en pilas de un metro, años y años de notas. Pero de auténtica prosa acabada, real, hay muy poco. Es imposible dejar de reunir datos. Sigue llegando material. Hay que evaluar teorías, analizar y llorar vidas. Nadie de la CIA le ha pedido que muestre los avances de su trabajo. Ni un capítulo, ni una página, ni una palabra. Branch va por el segundo supervisor y ya ha conocido al sexto director de la Agencia. Desde 1973, cuando puso manos a la obra, ha visto a Schlesinger, Colby, Bush, Turner, Casey y Webster ocupar la dirección. Branch no sabe si esos hombres llegaron a saber que alguien escribía la historia secreta del asesinato. Quizá nadie lo sepa salvo el supervisor y dos o tres personas de la Oficina de Recopilación Histórica de la CIA. Tal vez sea la historia que nadie leerá.

T. J. Mackey se encontraba frente al mísero edificio de tres plantas que alojaba la agencia de detectives de Guy Banister. Llevaba el pelo castaño claro cortado al rape y vestía una camisa deportiva pegada al torso y gafas de sol. Tenía la costumbre de abrir y cerrar la mano derecha. Llevaba un pájaro tatuado en la membrana entre el pulgar y el índice, y cada vez que abría la mano el ave desplegaba sus alas azules.

Vigilaba a alguien de Camp Street, una vieja crispada, una proscrita de abrigo largo y calcetines blancos, uno de los cuerpos perdidos de Nueva Orleans en esta desasosegada primavera de 1963, que ya era demasiado calurosa, bochornosa y húmeda. Se interesó por la forma en que la mujer adaptaba el paso al bajar por la calle. Aminoró la marcha para que otros le adelantaran. Se desplazó por la pared del 544 con un encogimiento cauteloso, mientras agitaba el brazo para indicar a los peatones que siguieran su camino. Quería que todos la adelantaran para poder verlos.

Mackey disfrutó del momento. Llevaba poco más de una semana en la ciudad y había visto muchos borrachos nerviosos, pero ninguno con esta gracia paranoide.

A su alrededor se alzaban viejos almacenes, tostaderos de café y hoteles de mala muerte. Sobre la entrada original del 544, ahora tapiada, divisó una inscripción: «Edificio de Estibadores y Descargadores Portuarios». Cruzó la calle y entró. Los despachos de Guy Banister Associates se encontraban en el primer piso. Banister, un sesentón duro y sombrío, estaba ante el escritorio. Veinte años de servicio en el FBI, jefe en funciones de la policía de Nueva Orleans, miembro de la John Birch Society y de los Minutemen. Abrió el cajón inferior de su escritorio al entrar Mackey. Le invitó a una copa. T-Jota la rechazó y tomó asiento.

—No quieres beber conmigo. No quieres decirme dónde demonios te hospedas.

—Me voy mañana.

—¿Adónde?

—A la Granja.

—Debe ser grandioso enseñar a los chicos de Swarthmore cómo retorcerles el pescuezo a los amarillos.

—Es una misión.

—Es una jodida vergüenza, T-Jota, eso es lo que es, un hombre como tú, un hombre que se la jugó. Este Kennedy tiene unas cuantas cosas de las que responder. Primero desencadena una invasión sin apoyo aéreo suficiente y luego hace que el movimiento cargue con las culpas. Tiene gente que ataca por asalto las bases de nuestra guerrilla y requisita los envíos de armas.

—¿Y para qué he venido? Has tenido tu oportunidad, Guy.

—No es tan sencillo.

—Tienes más armas que el ejército mexicano.

—Hay prioridades —puntualizó Banister—. Todo hace prever que tendremos un verano caliente.

—Necesitaré algún dinero para gastos de mantenimiento, pagos mensuales, una saludable indemnización por despido.

—¿Cuántos hombres?

—Digamos que varios. Cabe la posibilidad de que necesite un piloto.

—Dentro de diez minutos entrará por esa puerta.

—Maldito sea.

—Cálmate.

—A él no lo quiero.

—No te preocupes por su apariencia ni por sus frases efectistas. Ferrie es un cabrón muy competente. Puede pilotar un avión marcha atrás. Tiene contactos de primera. Trabaja para el abogado de Carmine Latta. Acude a las fincas de Latta y regresa con condenadas bolsas de lona llenas de dinero. Todo por la causa. Puede alquilar un avión pequeño sin que le hagan preguntas ni quedar registrado. Ahora mismo le he pedido que buscara un C-47 para sacar de aquí los explosivos.

Banister abrió de nuevo el cajón del escritorio, sacó un botellín de Early Times y se estiró para coger dos tazas de café de un estante.

—Quiero enviar material seleccionado a una de nuestras zonas de estacionamiento en los cayos —prosiguió—. Granadas para fusiles, minas terrestres, dinamita, armas anticarros de combate, granadas de mortero. Escúchame bien: botes de napalm.

Mackey reparó en la mirada de aquellos ojos plateados. La ira de Banister hacia la administración era, en parte, una reacción ante la vida pública, ante los hombres que resplandecen en el objetivo de una cámara. La magia de Kennedy, el carisma de Kennedy. Su odio poseía cuerpo, fuerza física. Era lo que le mantenía activo pese a las desilusiones de su carrera, la mala salud, el retiro obligado. Mackey cruzó una fugaz mirada con él. Se apiñaban tantos significados, recuerdos, pesares, convicciones, Cuba perdida, Cuba recobrada... un instante humanamente tan denso, tan rico en asociaciones, con lecturas tan profundas, la fuerza de las cosas nunca dichas, que T-Jota desvió la mirada. Abrigaban exactamente los mismos pensamientos.

—¿De dónde sacaste la chatarra?

—De un búnker del bosque. Encajamos la llave en la cerradura y ahí estaba.

—¿Quién lo organizó? —quiso saber Mackey.

—Era un escondite de armas de la CIA. Material que no llegó a usarse en Bahía de Cochinos. Creía que lo sabías.

—Últimamente no me entero de nada.

—No paramos de recibir reclutas. Quieren volver a intentarlo contra Fidel. Los adiestramos en un campamento que no está muy lejos de aquí. Hasta ahora no hemos tenido problemas, toco la jodida madera, y de eso me ocupo yo personalmente, y mantengo alejados a los federales. Pero Kennedy hace todo tipo de maniobras en contra nuestra. ¿Sabías que ha restringido el movimiento de los líderes exiliados al distrito de Dade? No pueden salir de allí. Pretende normalizar las relaciones con Castro. Mantiene conversaciones con los soviéticos. Están cocinando un acuerdo. Cuba tiene garantizado el comunismo. De todo esto Jack sacará una segunda presidencia sin que Moscú le moleste. Está preocupado por su protección y seguridad, y me parece correcto que quiera aumentarla. —Sirvió el bourbon—. ¿Qué hay de lo de Dallas, hace un par de semanas?

—Los tiros contra Walker.

—¿Detuvieron al negro que lo hizo?

Mackey percibió un tono capcioso en la voz del hombre mayor. En medio de la fiebre de inseguridad que se había desatado, Walker consumía espacio periodístico como si fuera una estrella cinematográfica. Que un tirador de puntillas te disparara desde una cerca trasera y fallara era la recompensa perfecta que se le podía ocurrir a Mackey a cambio de cierta fama. Lo reducía a la situación de blanco fortuito de un Mr. Magoo portador de armas.

—Supongamos que puedo proporcionar los rifles.

—Y las miras.

—¿Qué hago con ellos?

—Retenerlos —respondió Mackey.

—¿De quién estamos hablando?

—Mantenlos absolutamente a salvo y preparados.

—¿Cuál es el tema de este encuentro? Necesito saber que entre nosotros existe una confianza absoluta.

—Ya lo sabes, tienes mi palabra. De lo contrario, no estaría aquí.

—No me hagas sentir demasiado viejo para ciertas operaciones. Éste es mi oficio. Para la gente como nosotros sólo existe un tema.

En el escritorio y en el suelo había restos de pintura, y los armarios de acero estaban cubiertos de polvo. Esos armarios contenían los archivos de información de Banister. Poseía historiales de las personas que se afiliaban voluntariamente a los grupos anticastristas de la zona. Guardaba microfilms de las actividades de la izquierda en Louisiana. Tenía nombres de comunistas conocidos. Disponía de material suministrado por el FBI sobre agentes y simpatizantes castristas. Mackey había visto manuales sobre tácticas guerrilleras y números atrasados de una revista racista que publicaba Guy. Había archivos sobre otras organizaciones que alquilaban oficinas en el 544 de Camp Street, organizaciones pasadas y presentes, incluido el Consejo Revolucionario Cubano, alianza de grupos anticastristas reunidos por la CIA con la colaboración de Banister.

—La gente como nosotros —repitió—. Nosotros hemos de afrontar este dilema. Hombres serios privados de una salida. Cuando nos echan a empujones, ¿cómo hacemos para retirarnos a una silla del jardín? Las ocupaciones legítimas y cotidianas no satisfacen nuestras refinadas exigencias. —Rio dichoso—. Durante los veinticinco años que estuve en la Oficina, viví en una sociedad peculiar que prácticamente satisfizo los elementos más serios de mi personalidad. Secretos que intercambiar y guardar, ciertos peligros, la posibilidad de moverme en puntos de tensión, de esgrimir un arma en la cara de la gente. Es una sociedad hechizada. Si tienes tendencias criminales, y no digo que esto se aplique a ti o a mí, uno de los sitios donde dejar huellas es en cualquier organismo que se ocupe de hacer cumplir la ley. —Carcajada breve y alegre—. ¿Hasta qué punto el factor humano es en mí vómito acuoso? Me gustaría saberlo. En los primeros tiempos de mi carrera tuve que ver con el caso Dillinger, el enemigo público número uno. Un famoso final, al salir de un cine de Chicago, el Biograph, una noche sofocante. Durante la guerra formé parte de la Oficina de Inteligencia Naval, igual que el joven Jack Kennedy. —Bebió un trago—. Trabajo de espía, trabajo secreto, inventamos una sociedad en la que siempre se está en guerra. La ley es muy poco flexible.

Dejó la taza de bourbon a un lado y removi6 periódicos y archivos hasta dar con los cigarrillos.

—En la John Birch tenemos cien mil miembros. Es un desmadre. Entonces el general Ted Walker sale de gira con el reverendo Billy James Hargis, de costa a costa, en grandes cochazos. Los Minutemen son más ágiles, se mueven a ras de tierra. Poseen un fervor del que desconfío. Están esperando el Día, con mayúscula. Tienen los cargadores escondidos en sus garajes y saben que el Día está muy próximo. Han mezclado la política con la segunda venida de Cristo. Yo respeto tus métodos, T-Jota. Quieres una unidad pequeña, bien conjuntada y móvil. Nada de esas listas de receptores de envíos por correo que son una chorrada. No buscas teorías ni debate, sólo impacto. Dos o tres hombres que hagan las cosas en serio.

Entró David Ferrie vestido con un pequeño panamá y un polo de cuello caído. Para Mackey, que sólo lo había visto una vez, tenía aspecto de penosa disculpa, como aquel que ha traicionado la confianza popular. (Banister sostenía que era un cura sin hábito). Se movió con un lánguido deslizamiento que hizo crujir sus mocasines.

—No deberías beber a estas horas —reprochó a Banister.

—¿Qué tenemos en la despensa?

Ferrie miró a T-Jota.

—Varios Springfield más viejos que Matusalén. Del treinta cero seis. Son realmente anticuados. Tenemos algunos M-1, y una gran cantidad de Mauser yugoslavos con los números de registro en ruso, si eso te impresiona. También varios M-4 proporcionados por Lacombe. Ayer mismo gasté una carga.

—¿Dónde guardamos las miras? —preguntó Banister.

—La mayor parte de las miras y de los soportes están en el campamento. También hemos almacenado allí algunas miras extralargas. Todo depende de a qué quieras disparar. Si se trata de caza mayor peluda, como Fidel, necesitas un amplio campo de visión porque no deja de moverse. Lo cierto es que yo admiré en secreto al doctor Castro, pero sólo durante un fugaz instante. Quise combatir a su lado.

Su voz era un susurro incrédulo; había algún elemento en los tortuosos vericuetos de su vida que le provocaba infinitas sorpresas. El rostro era increíble, y las rígidas cejas engomadas se encumbran en lo alto de sus ojos claros. Nada de lo que dijera podía aislarse de la extraña realidad de su aspecto, y el más incapaz de separarlo era el propio Ferrie.

—¿Dónde aparcarías un avión al otro lado de la frontera? —preguntó Mackey—. Imagina que abandonas el país a toda prisa.

—Apuntaría en línea recta a Matamoros, debajo de Brownsville. Hay un campo allí. Si prefieres internarte en México, puedes jugar al tejo en los lagos secos. Es imprescindible evitar las zonas pobladas.

—Espero que mi pregunta no te ofenda. ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y cinco, la edad perfecta para un astronauta. Soy la cara oscura y aterradora de John Glenn. Gozo de una excelente salud, si exceptuamos el cáncer que corroe mi cerebro.

—Morirás violentamente —auguró Banister.

—Eso espero.

—Con un nacho clavado en el cuello.

—Sé español —dijo Ferrie, sorprendido de oír esa palabra.

Se dirigió a la trastienda, donde Delphine Roberts redactaba una de las listas para las que un miembro de la empresa siempre reunía material. Delphine era secretaria y ayudante de investigaciones de Banister, una norteamericana hasta la médula, madura y algo canosa.

—Se supone que estas medias no tienen carreras —dijo Delphine.

—Se supone que todo es algo, pero nunca es así. Tal es la naturaleza de la existencia.

—Ya lo sé. ¿Dónde estudiaste filosofía?

—¿Has almorzado?

—Vuelvo a alimentarme a base de Metrecal.

—Pero si tienes una cintura de avispa, Delphine.

Ferrie encendió el pequeño televisor.

—¿Por qué quiere ser comunista un negro? —preguntó la secretaria mientras recorría la lista con un dedo—. ¿No le basta con ser de color? ¿Para qué quieren un tinte comunista?

—¿Estás preguntando por qué son codiciosos?

—Sólo digo que ya tienen bastantes problemas. Además, si eres de color, no puedes ser otra cosa.

Delphine trabajaba junto a la ventana, en un escritorio de formica. Un cartón de los que vienen con las camisas nuevas tapaba un agujero de la tabla.

—La semana pasada organicé un refugio antiaéreo —le contó Ferrie.

—No me preocupan las bombas que caen del cielo. La crisis de los misiles vino y se fue. Me inquietan los soldados que aparecerán una tranquila mañana, los ejércitos que desembarcarán en las playas, los paracaidistas que descenderán entre las nubes. Según un informe que recibió Guy, la China roja concentra efectivos en Baja California.

—Delphine, yo sufro tormentos íntimos que requieren algo más que un ejército.

Por la tele daban *As the World Turns*. Ferrie se sentó en una silla plegable y cruzó las piernas. Se quitó el panamá y lo puso en su rodilla derecha.

—Suelo preguntarme por qué Delphine viene todos los días a este despacho que parece una ratonera. Una mujer como ella, con estudios y lo que hay que tener. Merecería una casa realmente bonita en Coliseum Street. Digamos que sutilezas sociales. Y las Hijas de la Revolución Americana.

—Aquí está el verdadero trabajo de esta nación. ¿Qué lograría en el ayuntamiento o en cualquier agrupación de señoras? Guy Banister es la vanguardia de lo que ocurre en este país, y hasta ahora ha tenido una influencia real. Tareas de reclutamiento, adiestramiento, acopio de información. Siento que es un tipo de contribución que estoy en condiciones de aportar y que no lograría realizar por las vías normales,

mediante el trabajo en comités y esas cosas.

Delphine observó el desteñido tupé rojo de Ferrie, algo semejante a algún resto de basura callejera arrastrada por el viento. Contempló la frente inclinada, el perfil vagamente romano, de pico de águila, bastante impresionante pese a sus orejas demasiado grandes, los aspectos burlescos de su apariencia. De hecho, había visto su perfil antes de conocerlo. Los archivos de Banister incluían una foto policial de Ferrie. Registraba dos detenciones en 1961 en Jefferson Parish, por lo que oficialmente se describió como delitos contra natura.

Miraron la tele.

—Dave, ¿en qué crees?

—En todo. Más que nada, en mi propia muerte.

—¿La deseas?

—La palpo. Soy un cartel ambulante del cáncer.

—No te crea ningún problema hablar de ello.

—¿Me queda otra opción? —preguntó.

En la pantalla, dos mujeres iniciaron un diálogo con movimientos lentos y medidos, mientras bebían café, efectuando unas pausas solemnes para intercambiar miradas dolidas y coléricas. Delphine retornó a su trabajo y, pese al sonido de la tele, intentó oír las voces del despacho contiguo, el ronroneo distante y privado que establecía los límites de sus tardes.

—¿Por qué los homosexuales se sienten atraídos por los culebrones? —preguntó Ferrie, distraído—. Porque nuestras vidas son muy intensas.

Delphine soltó una carcajada obscena. Su torso cayó hacia el escritorio y se agarró a los bordes con las manos para recuperar el equilibrio. Se balanceó, presa de un gran regocijo. David Ferrie estaba sorprendido. Ignoraba que hubiera dicho algo gracioso. Pensó que su comentario era melancólico, pesarosamente filosófico, una frase desperdiciada en una tarde sin rumbo. No era la primera vez que Delphine reaccionaba de forma tan estentórea ante sus comentarios. Consideraba sus frases cómicas más moderadas como verdaderamente extravagantes. Delphine tenía dos tipos de risa. Una lasciva, obscena y abandonada, la respuesta mundana necesaria ante la condición sexual de Ferrie, su sentido de una especie de sabiduría anal que informaba las fuentes del humor de Ferrie. Y para Banister una risa más aterciopelada, gutural y cómplice, deseosa de dejarse llevar, crujiente de complicidad, con débiles susurros intercalados en su voz, una risa que bastaba oír para saber que eran amantes.

—No se trata del propio Kennedy —decía Banister, al otro lado de la puerta—, sino de lo que la gente ve en él. Recibimos una imagen resplandeciente. Brilla realmente en casi todas las fotos. Debemos creer que es el héroe de esta época. ¿Viste alguna vez un hombre que tuviera tanta prisa por ser grande? Cree que podrá convertirnos en otro tipo de sociedad. Pretende lograr un cambio. Para él no somos bastante ingeniosos. No somos maduros, activos, de Harvard, viajeros

internacionales, ricos, guapos afortunados, listos. Con dentadura blanca y perfecta. El mero hecho de verlo me toca los cojones. ¿Sabes qué significa para mí la palabra carisma? Significa que él guarda secretos, los peligrosos secretos que solían guardarse al margen del gobierno. Tramas, conspiraciones, secretos de la revolución, secretos sobre el fin del orden social. Ahora es el gobierno quien tiene la llave de los secretos importantes. Todo el peligro se encierra en la Casa Blanca, de las armas nucleares para abajo. ¿Qué está tramando con Castro? ¿Qué tipo de canal secundario fomenta con los soviéticos? Toca el teléfono y el mundo tiembla. No me cabe la menor duda de que en la rama ejecutiva del gobierno existe un movimiento plenamente consagrado a fomentar el comunismo. Hay que despojar a ese hombre de sus poderosos secretos. Si le quitas los secretos, se convierte en un don nadie.

Banister guardó silencio hasta que la mirada de Mackey se clavó en sus ojos.

—Estoy profundamente convencido de que en el éter hay fuerzas que impulsan a los hombres a actuar. Llámalas historia, necesidad o como prefieras. ¿Qué percibes en el éter? Es lo único que digo, T-Jota. ¿Hay algo en el éter que percibes en tu cuerpo, que te recorre la piel como el sudor tibio? Bebe, bebe, luego tomaremos otra copa.

¡Cuántas cosas se intercambian con una mirada!

Aquella noche Mackey ocupó una pequeña habitación frente a una empresa de suministros quirúrgicos y dos o tres caravanas. Había mil posibilidades contra una de que soplara una brisa fresca. Las caravanas se encontraban en recintos rodeados de escombros y vigilados por perros malhumorados.

Se sentó junto a la ventana, a oscuras, y se untó con loción transparente las picaduras de mosquito que le cubrían los tobillos y los dorsos de las manos. Sería difícil conciliar el sueño en medio de ese bochorno, sin ventilador, mientras los pequeños cabrones zumbadores acechaban a su alrededor.

La pensión se encontraba en un barrio donde las casas y los depósitos de chatarra parecían engendrarse unos a otros. Aunque resulte sorprendente, todas las mañanas cantaba el gallo, y eso que estaba a unas pocas manzanas de las principales arterias.

Cada habitación posee su propia música. Se dio cuenta de que, al alojarse en habitaciones extrañas, a veces escuchaba atentamente, cuando se apagaba el fragor del tráfico, en busca de alguna perturbación tonal, un matiz o un defecto en la textura.

A largo plazo, conseguir armas de Banister era menos arriesgado y, a corto, mucho más sencillo que robarlas en la Granja. Ésta era el lugar secreto de entrenamiento que la CIA tenía en el sudeste de Virginia, doscientas hectáreas arboladas que el mundo exterior conocía como la base militar de Camp Peary. En la Granja, Mackey instruía a los reclutas —graduados universitarios impacientes por hacer carrera en el trabajo clandestino— en el manejo de las armas ligeras. De este modo la Agencia le hacía saber cuál era su sitio por haberse negado a firmar una carta de censura. Vivía a unos quince kilómetros del puesto, pero en los períodos de

ejercicios especiales compartía alojamiento con otro instructor en un viejo barracón de madera convertido en dormitorios dobles. Vestían el traje de faena del ejército y jugaban concentradas partidas de *jin rummy*, mientras oían los sordos retumbos procedentes del emplazamiento de sabotajes.

Se echó loción en los dedos y la extendió con suavidad sobre las picaduras, que todavía le escocían.

Dondequiera que fuese, encontraba mosquitos. Había adiestrado rebeldes en Sumatra y unidades de comando de los ejércitos clientes de la CIA en diversos puntos dejados de la mano de Dios. No pretendía formar parte de la Agencia de por vida. Esperaría a que lo abandonaran o sería más listo que ellos. Había visto demasiadas evasiones y traiciones, combatientes alentados y luego abandonados por motivos políticos. Por algo la llamaban la Compañía. Se creó para ensombrecer las responsabilidades más profundas, las llamadas de confianza en la sangre a las que había que responder. Era la única historia bélica que conocía, la única que existía o que podía existir, y siempre acababa igual: hombres perdidos en la humareda de meditaciones distantes.

Sintió el azote del calor, las vibraciones de medianoche, las sirenas Canal abajo, los gruñidos de un borracho solitario. El mosquito es portador de enfermedades. Cerró la mano derecha. El ave del tatuaje era un águila, *circa* 1958, grabado en una sombría tienda de una de las *esquinas del pecado*^[2] de La Habana, donde prestaba apoyo logístico a un intento de la Agencia por proporcionar fondos al movimiento del rebelde Fidel Castro, tres años antes de la invasión.

Toda habitación posee una música que, si uno sabe escuchar, cuenta cosas.

Murieron hombres buenos porque la administración se demoró, al evaluar opciones hasta último momento.

Para Mackey, que estaba a bordo del buque insignia de la CIA, un viejo transporte de lanchas de desembarco situado a veinticinco kilómetros de Blue Beach, la operación adquirió matices surrealistas. A medida que disponían de información, que los datos fluían en las pantallas del radar y por las radios, con las señales rebotadas en las nubes por los focos de sesenta centímetros de un destructor, tuvo la sensación de que algo se descontrolaba. A lo lejos había un material extraño e imperfecto, una profunda distancia cargada de ilusiones, engaños, perspectivas insólitas.

El mismo barco empleó dos nombres distintos.

Radio Swan, situada en un diminuto islote de guano, emitía códigos disparatados a fin de presionar a las fuerzas armadas fidelistas para que desertaran en masa. «El niño está en la casa amarilla». «Los peces de un solo ojo han picado». La cháchara solitaria resonó durante toda la noche.

En las fotos de reconocimiento comprobaron que las algas eran arrecifes coralinos que obstaculizaron los desembarcos.

Volaron aviones con las insignias cubiertas de pintura y cuando por fin se autorizó a los pilotos a reconocer el interior, tuvieron que recurrir a mapas de carreteras de la

Esso para encontrar el camino.

Los reactores de la marina que debían reunirse con los B-26 que partieron de Nicaragua llegaron demasiado pronto, o demasiado tarde, porque alguien confundió los horarios locales.

En el radar aparecieron dos barcos de municiones que avanzaban a máxima velocidad en dirección equivocada, pero ignoraron los mensajes radiados de que regresaran.

Allen Dulles, director de la Agencia, pasaba el fin de semana en Puerto Rico y pronunciaba ante un grupo cívico un discurso relativo a «el hombre de negocios comunista en el extranjero».

En el barco de Mackey estalló un motín que duró diez minutos.

«El cielo está poblado de oscuras nubes». «El halcón baja en picado al alba».

Por último, se suspendió el segundo ataque aéreo.

Sabía que Everett estaba convencido de que el fracaso no se limitaba a una misión fallida. Respondía a una pobreza generalizada de ideas y medios. Mackey insistió en realizar una interpretación clara y sencilla. No puedes dejarte dominar por la cólera y la vergüenza ante esas interminables complicaciones.

En algún lugar tenía una esposa. Era una complicación en la que pensar. Dos años de estudio, la posguerra, la minería y la metalurgia con una esposa que siempre le animó. Apenas lograba evocar su rostro pálido y abotargado por el alcohol. Por aquel entonces ya era la esposa de un paramilitar. Le gustaba ir al cine. Le gustaba sentarse con el culo hundido en el hueco entre el asiento y el respaldo, con los pies apoyados en el borde de la butaca de delante, en equilibrio como un serio juguete, mientras las balas silbaban. Mackey creía recordar que su esposa tenía una bonita cabellera y que bebía metódicamente, como anticipándose a todo comentario en el sentido de que no se dominaba a sí misma.

El grupo de exploradores desembarcó antes de la medianoche. Mackey era el único norteamericano del bote de goma y en teoría no estaba allí. El bote se deslizó hasta la playa, un hombre dio una voltereta en el agua y corrió por la orilla, recogiendo arena gruesa con ambas manos mientras susurraba una plegaria. Comenzaron a señalar la playa con luces de desembarco para guiar a los efectivos que aguardaban más allá de la rompiente en antiguos y cabeceantes transportes de infantería ligera y cargueros renovados. El lugar no estaba precisamente abandonado. Unos viejos charlaban a las puertas de una bodega, playa arriba. Un explorador, vestido con pantalón y camiseta negra y con la cara cubierta de hollín de los fogones, se acercó a hablar con ellos sin desprenderse del fusil automático. T-Jota no iba armado. No estaba seguro de si era su modo de transmitir a los hombres lo limitado del papel que desempeñaba o si aquella noche se sentía indestructible. El olor del mar resultaba reconfortante. Cerca de la bodega vio aparcado un viejo Chevy y sugirió al jefe de los exploradores, Raymo, que pidiera las llaves a los parroquianos como un gesto de bienvenida de parte de quienes estaban a punto de ser liberados. Deseaba

comprobar si el campamento de la milicia local estaba donde decían los instructores de información. El modelo del coche era del 49 y en el salpicadero destacaba una foto de un baloncestista cubano con la gorra y la camiseta de los Brooklyn Dodgers. Había recorrido unos pocos metros por el pedregoso camino cuando a la luz de las farolas apareció un Jeep, con dos cabezas perfiladas. T-Jota atravesó el coche en la carretera. Raymo se apeó y dijo algo en medio de las ráfagas de su metralleta. Una de cada dos balas era trazadora. Calor y luz. Cuando vació la recámara, en el vehículo yacían muertos dos milicianos, boquiabiertos, y la tapicería echaba humo. Raymo se quedó mirando, con su cuerpo achaparrado absolutamente quieto. Iba descalzo, con unos ridículos pantalones cortos a cuadros, como un habitante de Minnesota en vacaciones, y la canana colgaba debajo de su barriga. Oyeron unos pistoletazos procedentes de la playa y pusieron marcha atrás para regresar a la bodega. Alguien comentó que un explorador había abatido a uno de los viejos por hacer un comentario irreflexivo. Junto al cadáver discutía un corrillo de hombres. T-Jota bajó hasta la playa. Llegaron los hombres rana y ayudaron a desplegar las luces señalizadoras. Ordenó al de la radio que comunicara al buque insignia que desembarcase a los comandantes de brigada y a sus efectivos, que pusiera en marcha la jodida operación. Cerca de la carretera distinguió a una mujer en la puerta de una choza de paja que abanicaba el aire con las manos. Estaban muy cerca de la ciénaga de Zapata, famosa por sus mosquitos.

Leyó el letrero que se alzaba al otro lado de la calle: «Descuento en las batas de laboratorio». De la esquina llegaban voces, la risa peculiar y entrecortada de la gente que sale de un bar. Al romper el alba cantarían el gallo y los perros ladrarían, como en algunos pueblos de chabolas del Caribe.

La memoria era una sucesión de imágenes fijas, una película desglosada en sus componentes. No conseguía darle continuidad. Vio a Raymo que abría la portezuela, un movimiento vacilante, cada uno de cuyos segmentos dejaba una mancha. Las ráfagas de la Thompson fueron los primeros disparos que se oyeron en Bahía de Cochinos. Ello convirtió a Raymo en una figura respetada entre los compañeros de cárcel durante los veinte meses que pasaron en la fortaleza de La Cabaña oyendo las detonaciones de los rifles en el foso, donde tuvieron lugar las ejecuciones, cada descarga cerrada seguida de un eco exacto, una palmada tardía, mientras los prisioneros pensaban en el perro que vivía en el foso y lamía la sangre.

Finalmente el taxi frenó en la puerta.

Entró en el baño y se lavó las manos con agua fría, intentando aliviar el picor allí donde la loción había fracasado. Contrajo la malaria durante su trabajo en Indonesia y de vez en cuando sufría las secuelas, la sensación de que su cuerpo era una ciénaga. Se acercó a la puerta y esperó.

En una ocasión su esposa lo había herido, le arrojó un cuchillo por encima de la mesa de la cocina y le alcanzó en la mejilla izquierda después de una noche indescifrable. Jamás pensaba en ella por su nombre. Pensaba que estaba en un lugar

muy difuso, en una habitación con cortinas y que no se movía del sillón. Es lo que ocurre con los seres queridos cuando mueren. Los sentamos en una habitación para siempre.

Se acercó la mujer, bronceada y con la piel ahumada y agrietada. Dijo que era Rhonda. Llevaba un maquillaje tan denso y oscuro que T-Jota recordó las noches portuarias y la gonorrea.

—Casal dijo que fuera amable contigo.

—¿A qué se refería?

La mujer sonrió y se bajó la cremallera de la falda. Casal era el camarero de La Habana, una cantina del puerto que atendía a marinos mercantes, cubanos resentidos y otros cadáveres arrastrados por la marea.

Resonó toda la noche en el mar: «Escuchad, hermanos míos, el rugido del blanco tifón». Avergonzarte de tu propio país era de lo más siniestro, de lo más espantoso.

Win Everett estaba en pijama y hojeaba un ejemplar de dos días atrás del *Daily Lass-O*, el periódico estudiantil de la Universidad Femenina de Texas. Anunciaban un concurso para animadoras y bailarinas. Se había iniciado la búsqueda nacional de la típica alumna de un centro mixto. Se hallaba repantigado en un sillón de un rincón del dormitorio. Por el periódico se enteró de que el nombre original de la escuela era Instituto y Universidad Industriales de Texas para la Educación en Artes y Ciencias de las Jóvenes Blancas del Estado de Texas. Se saltó el artículo sobre JFK.

En la planta baja sonó el teléfono. Oyó que Mary Frances entraba en la cocina y contestaba. Mary se acercó al pie de la escalera y él dejó el periódico, esperando oírla pronunciar su nombre.

Mary Frances observó cómo bajaba la escalera, casi ingrávido en su pijama, con ese paso suave que había adoptado en los últimos tiempos, como si quisiera demostrar a algún espectador que había tomado el camino de la humildad. Apenas se rozaron cuando Win pasó a su lado, y Mary supo que eso significaba que harían el amor en las sábanas limpias, con la ventana abierta y la atmósfera dominada por el olor a lluvia y hojas goteantes.

Parmenter telefoneaba desde una cabina. Win oyó el ruido de los coches y el ambiente agitado. Observó a Mary Frances subir la escalera, vio que su mano abandonaba la pilastra tallada y se deslizaba por la barandilla casi sin tocarla.

—¿Cómo vamos?

—El teléfono es seguro. Ya no les intereso. Además, lo he limpiado.

Una suave risa.

—¿Sabes hacerlo?

—Me las apaño en el sótano —respondió Win.

—¿Conoces a un tipo llamado George de Mohrenschildt?

—No.

—Hace trabajos ocasionales para Contactos Interiores. He averiguado que también está enganchado con los Servicios de Inteligencia del ejército. Cuba vía Haití. Ahora se dirige a Haití. Es probable que esté relacionado con el tráfico de armas. George es apreciado como procastrista. Creo que se trata de un compromiso auténtico. Opina que nos hemos portado bastante mal. Si mi información es correcta, lo cierto es que actúa contra los intereses de Castro o lo hará nada más llegar a Haití. De todos modos, George no nos interesa directamente. Tiene un amigo joven, un chico al que interrogó por cuenta de la Agencia. Un desertor que se arrepintió tras vivir algo más de dos años en URSS. Logré que George me diera su nombre y efectué algunas comprobaciones. Hay un expediente 201 sobre el chico, que se remonta a diciembre de 1960.

—¿Lo insertó la División de Recursos Especiales?

—Dada la forma en que falsificamos nuestros propios expedientes, ¿cómo podemos estar seguros? No hay indicios claros de que lo colocáramos en Rusia, es lo único que puedo decirte. Pasó parte del servicio militar en Atsugi, una base cerrada en Japón. Era operador de radar. Tuvo acceso a datos relacionados con los vuelos del U-2. Un bonito regalo que entregó a los soviéticos cuando se pasó a su lado. Se casó con una rusa y decidió que quería volver. El joven matrimonio se estableció en Dallas, conoció a George y pasó las veladas con los emigrados de la zona, intercambiando recuerdos. Según George, hace dos semanas y media nuestro joven disparó en la noche contra la infame cabeza del dimitido general de división Edwin A. Walker, del ejército de Estados Unidos.

Reinó el silencio. Win prestó atención a la densa bocanada de aire en el auricular, una ciudad viva, bocinas que sonaban, coches que atravesaban los puentes del Potomac.

—Larry, podría ser un buen hallazgo.

—No hables como si se tratara de un apartamento de tres dormitorios. Podríamos trabajarlo. Un extremista de izquierdas, podemos moldearlo. Relacionarlo con los servicios de información cubanos. Hasta es posible que podamos colocarlo en el escenario. Si cree que actúa a favor de la izquierda, a favor de Castro, a favor de los soviéticos, cualquiera que sea su capricho, le ayudaremos a escoger una fantasía. Nunca faltan motivos para disparar contra el presidente.

—Díselo a Mackey. Comunica a T-Jota los detalles. T-Jota lo incorporará.

Daba la impresión de que siempre estaba a punto de irse a la cama. Siempre era la hora de acostarse. El día transcurría, pasaba y de nuevo llegaba la hora de irse a la cama.

Se dedicó a apagar luces y comprobó que las puertas de la casa estuvieran cerradas. Una vez había visto un U-2 en una salina de Nevada. Parecía la idea infantil de un desarrollado avión de reconocimiento: envergadura anormal, fuselaje elemental que parecía inacabado, con las puntas de las alas abatibles. Pero bajo la estructura de planeador se ocultaba un motor de reacción y podía ascender en un ángulo superior al

de cuarenta y cinco grados, encumbrarse a una altura de 25 000 metros, mientras sus cámaras abarcaban un pasillo de 160 kilómetros de ancho. La oscura dama del espionaje, así lo llamaban los soviéticos. Se cercioró de que el horno estuviera apagado. Lo último que se comprobaba en la planta baja era el horno.

Mary Frances estaba en la cama, expectante. Junto al sillón brillaba una luz tenue. Win notó que se le erizaba el vello corporal al desnudarse. La noche estaba poblada de novedades: almizcle de tierra, corteza húmeda y jazmín nocturno, un frescor aromatizado, la tierra labrada después de la lluvia. Se tendió lentamente. El rostro azotado por el viento y las cejas blancuzcas. El tinte perfumado de sus pechos. La amaría en la muerte, en el sueño secreto. La cabeza de Mary rodó por la almohada, con los ojos fuertemente cerrados. Win escondió la cara en la curva del cuello de su mujer. La noche estaba poblada de agua en movimiento, débiles sonidos húmedos, agua de lluvia que goteaba entre los árboles, agua que caía de los aleros, correteaba en los canalones, sonidos húmedos de neumáticos sobre el asfalto, de neumáticos en una calle mojada. Se incorporó un poco y fundió sus manos con las de ella, con los dedos estirados. Cada uno empujó enérgicamente contra el otro. Una fragancia intensa. Truenos huecos en lontananza. El agua muda en lodos herbosos, deslizándose por los tallos cubiertos de hojas, encharcándose en los centros membranosos de las hojas, gotitas, chispas trémulas, agua en la fronda del roble plantado cerca de la casa, un ligero chapoteo en la malla metálica de la puerta cuando rola el viento. Ella era rubia, blanca y rosada, de áspera textura, de miras más amplias que él y ahora más resuelta, muchísimo más resuelta, y lo único que ella pretendía de Win era algo seguro y simple. Win percibió un ligero sudor y notó que la saliva le colgaba del mentón. Sus manos presionaban con dedos tensos y temblorosos. Win notó una respuesta susurrante en las sábanas, el balanceo del trasero de Mary Frances, humedad en las blancas comisuras de su boca. Win pronunció su nombre y vio que sus ojos se abrían con profundo asombro, con toda la confianza que asignaba a los misterios trillados. Mary estaba en el mundo tal y como él jamás podría estarlo. Significaba el mundo. Win levantó la mano y se secó la saliva. Mary pronunció su nombre de prisa, muchas veces, como una animadora de la última fila, y eso fue todo, todo.

Escucharon la radio el uno junto al otro.

—Me gustaría saber qué se dicen otras personas —comentó Mary Frances.

—¿Cuándo?

—En estos momentos. Me gustaría saber qué se dicen. Tal vez hay cosas en las que ni siquiera hemos pensado. —Se reía de sí misma—. Frases que deberíamos pronunciar.

—¿Mientras hacemos el amor o después?

—Mientras hacemos el amor no vale la pena. Cháchara amorosa ronca y gimiente. No, me refiero a después, a momentos como éste.

—¿Crees que durante todos estos años hemos dicho cosas equivocadas?

—¿No te gustaría escuchar a hurtadillas? No hablo de observar a otros, sólo me gustaría escuchar.

—Dicen que quieren un cigarrillo.

—¿Quién llamó por teléfono?

—¿Dónde están mis cigarrillos? Eso es lo que suele decirse.

—No quiso decirme quién era.

—Era Larry Parmenter. Seguramente lo recuerdas, lo viste en casa de alguien en Miami.

—Apenas me acuerdo de él.

—Fue hace tres años.

—¿De qué quería hablar?

—Eres una mujer muy curiosa.

—Algunas noches necesito que me abracen. Hoy quiero escuchar. Es muy agradable descansar en la cama revuelta y escuchar. Cúbreme de palabras. Somos dos cuerpos cotillas que están solos en la noche. Cuéntame de qué hablasteis.

—De cuestiones muy eróticas.

—Por supuesto, no me cabe la menor duda.

—De los aviones U-2, los que descubrieron los misiles que los soviéticos instalaron en Cuba. Llamábamos pornografía a esas fotos. Los analistas se reunían para interpretar las fotos y decían: «Veamos qué tipo de pornografía recogimos hoy». Si quieres que te diga la verdad, Kennedy miraba las fotos en su dormitorio.

—Sigue hablando —pidió Mary Frances.

—Aviones espías, aparatos teledirigidos, satélites provistos de cámara que distinguen a quinientos kilómetros lo que tú ves a treinta metros. Ven y oyen. Como los antiguos monjes, ya me entiendes, los que consignaban los conocimientos y los anotaban meticulosamente. Estos sistemas acumulan información y la procesan. Todos los conocimientos secretos del mundo.

—¿No crees que sentir el aire en el cuerpo en una noche como ésta es una de las mejores cosas que existen?

—Te diré qué significa: esos sensores orbitales pueden oírnos en la cama. Suponen el fin de la lealtad. Cuanto más complejos son los sistemas, menos convicción tiene la gente. La convicción se nos escapará de las manos. Estos chismes nos vaciarán, nos volverán indecisos y dóciles.

Los años compartidos, los años de provisionalidad, las operaciones secretas, las negativas plausibles y los silencios muertos no le habían dado motivos a Mary Frances para creer que llegaría a conocer con precisión qué tipo de secretos guardaba Win en determinado momento, razón por la cual había algo agradable en esos momentos de verbosidad, en la configuración y alcance de sus meandros. Lo alentaba para que le contara todo lo que pudiese sobre los temas y novedades relativos a su trabajo o, simplemente, las cuestiones que cruzaban por su mente... lo alentaba tácitamente, creando a su alrededor campos receptivos, remansos. Una tarea conyugal

tan natural como elegir las cortinas. Se había convertido en una experta en exhibir un aire de tímida curiosidad y, pese a que a él ya no le quedaba ningún trabajo real por hacer, Mary aún quería saber, deseaba desesperadamente oír. Pero aquella noche se quedó dormida, se relajó poco a poco enroscada en la sábana, con un brazo sobre el pecho de Win. Éste escuchó por la radio a alguien que predicaba el Evangelio con voz clara y brillante, una voz estremecedora, juvenil, certera. Sí, sí, sí, sí. Dios está vivo y coleando en Texas.

Darí­a forma a un ser, construiría una identidad, una maraña de creencias y costumbres más que sutil, sutilísima. Buscaba un hombre de rasgos convincentes. Crearía una habitación en sombras, la habitación del francotirador, que finalmente los investigadores encontrarían, sometiendo cada elemento a un escrutinio implacable, y seguirían a cada amigo, pariente o conocido a su propio cuarto de las sombras. Llevamos vidas más interesantes de lo que creemos. Somos personajes de las tramas, sin comprensión ni visos sobrenaturales. Atentamente analizadas en todas sus afinidades y vínculos, nuestras vidas abundan en significados sugerentes, en temas y giros enrevesados que no nos hemos permitido ver en su totalidad. Win mostraría las simetrías ocultas en una vida anodina.

Una libreta de direcciones con pistas ambiguas. Fotografías diestramente (o toscamente) modificadas. Cartas, documentos de viaje, firmas falsificadas, una historia de nombres falsos. Sería preciso un desciframiento cabal, la conversión en un texto llano. Imaginó equipos de lingüistas, analistas de fotos, expertos en huellas dactilares, especialistas en caligrafía, en pelos y fibras, en manchas y borrones. Los investigadores irían construyendo cronologías. Win les proporcionaría la composición de un Cronos profundo, los conduciría a cuartos en el sótano de ventosos suburbios industriales, a ciudades perdidas en los trópicos.

Apagó la radio y se deslizó por debajo del brazo de Mary Frances. Quería fumar un cigarrillo. Se puso el pijama y en el bolsillo de la camisa, depositada sobre el sillón, encontró dos Winston arrugados. Se sentó a fumar e intentó leer. La tormenta se desplazaba hacia poniente en veloces ráfagas blanquiazules. T-Jota lo introducirá. Win sabía que Mackey era un seudónimo inventado por la Rama de Expedientes. Theodore J. Mackey. A través del tiempo, Win también había utilizado nombres falsos, moneda corriente entre los agentes dedicados al trabajo secreto. El apellido Mackey quedó enfocado por una luz favorable, una luz legendaria, cuando los líderes exiliados supieron que había desembarcado en Blue Beach con los exploradores. En cuanto se puso de manifiesto que la invasión fracasaría, Mackey regresó en un ballenero y recorrió las ensenadas provisto de un megáfono, llamando a los supervivientes y rescatándolos. Win ignoraba su verdadero nombre.

Leyó el *Daily Lass-O*. Se enteró de que en 1905 el centro abandonó su nombre original para pasar a llamarse Colegio de Industrias Artísticas, o CIA. Estaba demasiado cansado para captar la paradoja, la coincidencia o lo que fuera. Existían demasiadas paradojas y coincidencias. Cualquier día algún listillo crearía una religión

basada en las coincidencias, si es que hasta ahora nadie lo había hecho, y amasaría una fortuna. Sí, sí, sí, sí. Buscó un cenicero. Hacía mucho tiempo que no se sentía bien. Desde entonces, cuando quiera que fuese entonces. Se sentía cansado y desmemoriado. Para mantener la concentración, necesitaba hablar consigo mismo mientras conducía el coche, se daba órdenes sencillas y se regañaba. Se liaba con el cambio y compraba jabón infantil en aerosol para su chiquilla. A veces no soportaba quedarse solo en casa. La casa era un sitio aterrador cuando su esposa y su hija no estaban, cuando se demoraban al regresar en coche. Win no dejaba de imaginar accidentes. Una colisión por aturdimiento a la vera del camino. La casa se tornaba oscura a su alrededor.

Todo formaba parte de la larga caída, de la sensación generalizada de estar agonizando.

EN ATSUGI

El oscuro avión descendió y recorrió un arco de cielo brumoso hacia el este de la pista. Poseía la ligereza de la madera balsa, cierto zigzaguo, alas extraordinariamente largas, y sobrevoló los postes del tendido eléctrico que se extendían sobre los arrozales, subió hacia las colinas y se perdió de vista. Un sonido extraño y agudo recorrió el aire, y las personas que vivían en los alrededores de la base abandonaron sus casas; los hombres se acomodaron con las piernas arqueadas para seguir el perfil del descenso; un sonido como el grito de una gaviota infinitamente prolongado, que hacía carambolas en las profundas cuevas que rodeaban la base, las guaridas de los kamikaze de la Segunda Guerra. Los soldados se asomaron a las ventanas del cuartel para contemplar el aterrizaje. Un hombre permaneció junto a la burbuja del radar y miró cruzado de brazos. Dos hombres con gorras de una empresa de servicios públicos hicieron un alto junto al rancho cuando el avión planeó sobre los campos y las alambradas de espino, para posarse suavemente; las puntas plegadas de las alas soltaron chispas al rozar la pista, como en un dibujo animado, en medio del resplandor cretáceo del mediodía.

—El muy cabrón alcanza una altura increíble.

—Lo sé, lo he oído —dijo Heindel.

—Y va rápido; se esfuma antes de que te enteres. Ni te imaginas lo alto que vuela.

—Sé qué altura alcanza.

—Estaba en la burbuja —intervino Reitmeyer.

—Veinticuatro mil pies.

—El muy cabrón preguntó qué vientos soplan a veinticuatro mil pies.

—Se supone que es una pregunta imposible —opinó Heindel.

—Yo trazaba interferencias cuando lo oí. Habla el hombre misterioso.

Donald Reitmeyer tenía una figura corpulenta y fornida, y un paso desgarrado que hacía que pareciera como si se estuviese hundiendo. Vio el tractor que se acercaba para remolcar el avión hasta el lejano hangar. Efectivos con armas automáticas escoltarían el avión y rodearían el hangar. Reitmeyer se quitó la gorra y la agitó para saludar a alguien que se acercaba por la pista derretida y humeante, un hombre menudo que avanzaba con la cabeza inclinada y un hombro caído, el mismo marine que había observado el aterrizaje del avión desde el cobertizo del radar.

—Es Ozzie. Está mirando, como de costumbre.

Heindel gritó:

—Oswald, muévete.

—Un poquitillo más —exclamó Reitmeyer, con una típica expresión macarrónica.

—Anímate, hombre.

—Muestra lo mucho que te interesa.

El trío echó a andar hacia el cuartel.

—Como ya sabemos qué altura alcanza, falta saber cuán lejos llega y qué hace cuando llega a donde tiene que llegar —dijo Reitmeyer.

—Se interna en China —aseguró Oswald.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por lógica y sentido común. Y en la Unión Soviética.

—Lo llaman avión de servicio público —añadió Heindel.

—Es un avión espía, y se llama U-2.

—¿Cómo lo sabes?

—En este caso, por sabiduría popular —respondió Oswald—. Se oyen cosas, y resulta fácil averiguar lo que no oyes. Has visto los edificios que hay tras los hangares del extremo este. Los llaman Grupo Asesor Técnico Conjunto. Pero no es más que un nombre falso en el que se refugian los espías.

—Estás tan endiabladamente seguro... —comentó Reitmeyer.

—¿Qué crees que es, el dormitorio del equipo de lucha libre?

—No diremos nada.

—Asisto a las sesiones de información. Sé cuándo tengo que callarme.

—¿Has visto a los guardias armados?

—A eso iba, Reitmeyer, nadie se acerca a esta base sin autorización.

—Intenta que todos cierren el pico.

—Imagina lo que sería sobrevolar China —observó Heindel—. Sobrevolar la inmensa China.

—China no es tan inmensa —replicó Oswald—. ¿Qué me dices de la Unión Soviética?

—¿Es tan grande?

—Me gustaría recorrerla en tren a lo largo y a lo ancho, y hablar con toda la gente con que me cruce. Más que su magnitud física, es la idea de Rusia lo que me impresiona.

—¿Qué idea? —quiso saber Reitmeyer.

—Coge un libro y léelo.

—Siempre dices lo mismo, como si leer un libro fuera la única respuesta.

—Tal vez lo sea.

—Tal vez no.

—¿Es por eso que soy más listo que tú?

—También eres más tonto —opinó Reitmeyer.

—No es tan tonto como un oficial —intervino Heindel.

—Nadie es tan tonto como un oficial —declaró Oswald.

Lo apodaban Ozzie el Conejo por los labios fruncidos, los hoyuelos y la rapidez con que se movía cuando estallaba una reyerta en el cuartel o en cualquiera de los bares cercanos a la base. Medía metro setenta y cinco, tenía ojos azules, pesaba sesenta y dos kilos, pronto cumpliría los dieciocho, presentaba calificaciones por capacidad y conducta que aumentaron, cayeron, volvieron a aumentar y a caer, y sus

puntuaciones en el campo de tiro eran contradictorias.

A Heindel se lo conocía como Hidell, pero no había una razón especial para ello.

Asistía al cine y a la biblioteca. Nadie conocía las dificultades que tenía para leer frases sencillas. No siempre lograba tener una imagen clara del mundo ante sus ojos. Escribir le resultaba aún más penoso. Si estaba cansado, apenas conseguía interpretar cinco palabras correctamente, escribir una palabra sencilla sin confundir las letras.

Se trataba de un secreto que jamás revelaría.

Tenía una tarjeta de permiso, una chillona camisa hawaiana que le hacía sentirse extranjero en su propia piel, y un asiento de ventanilla en el tren de Tokio.

Fue Reitmeyer quien organizó la cita y le explicó a Lee que bastaría con que se presentara a la hora y en el lugar adecuados y mostrara su conmovedora sonrisa norteamericana. Un millar de placeres prohibidos serían suyos.

Bienvenido a Japón, tierra de puertas correderas y zorras de ojos oblicuos. Deambuló como si fuera invisible por las capas del caótico Tokio crepuscular. Caminó durante una hora viendo los neones que atravesaban la niebla del tráfico, con palabras en inglés que le agredían, FANTÁSTICO, FANTÁSTICO, bajo los cables del tranvía, delante de las tiendas de pasta y los bares. Vio chicas japonesas que paseaban del brazo de seis militares norteamericanos, los cocineros de otras tantas bases, ataviados con chaquetas con dragones bordados. Aunque corría 1957, para Lee aquellos hombres poseían el estilo de guerreros jactanciosos, veteranos de combate que aceptaban todo lo que quedaba al alcance de los ganchos de colgar la carne.

Deambuló por laberintos de callejas repletas de compradores. Se sentía extraordinariamente sereno. Había algo en el hecho de abandonar la base, de encontrarse lejos de sus compatriotas, fuera de Estados Unidos que atemperaba su cautela, aliviaba su piel irritada.

Consultó el trozo de papel donde figuraba el nombre de la chica.

En los callejones había farolas encendidas. Advirtió la presencia de un hombre sin piernas con un acordeón, el pecho apoyado en extraños soportes de metal, como una máquina de coser Singer, y un letrero escrito con ideogramas que aleteaba en su torso.

Encontró a Mitsuko, una muchacha con cara de bebé, algo informe, vestida con falda y blusa blancas y un pañuelo en la cabeza, aguardando junto a un letrero que decía ACCESO A LOS SOLDADOS, el lugar de la cita organizada por Reitmeyer, en una calle de soportales baratos.

Mitsuko lo condujo a un salón de pachinko, una sala larga y estrecha atiborrada de gente que se apretujaba contra unas máquinas verticales. Intentaban meter una bola de acero en un reducido agujero. Las máquinas producían un estrépito febril, semejante al de un taller de estampación. En cuanto vio una máquina libre, Mitsuko accionó la palanca que liberaba la bola. Era la señal del nirvana, o como quiera que

llamaran al estado absoluto. La muchacha clavó los ojos en el círculo gris y observó la bola que giraba y giraba. Estudiantes, viejas en kimono, hombres que parecían educados y con trabajos bien remunerados, se apiñaban en el salón a la espera de que se desocuparan las máquinas. Delante de algunas, había una cola de tres personas, que esperaban pacientemente en medio del torbellino y del humo como si nada las rozara salvo la veloz bola metálica.

Lee comprobó el papel con el nombre de la chica.

Dos horas después estaban en una habitación de puertas correderas y alfombras de mimbre. Algo le dio a entender que no era la casa de Mitsuko. No parecía un auténtico lugar japonés. En la pared colgaba un tapiz de seda, aunque probablemente no fuera de seda. Sobre el tocador, Lee entrevió un calendario con chicas ligeras de ropa y algunas pastillas de jabón Lifebuoy. La chica se quitó las sandalias. Le costaba trabajo creer que estaba a punto del legendario polvo. Tema de un millón de palabras, sonidos, risas y gritos en los descampados y los barracones de su experiencia. Se sintió paralizado al ver por primera vez una chica adulta y desnuda fuera de una revista. Había algo serio en la desnudez de una mujer. Se sentía distinto, serio, paralizado. Formaba parte de algo que recorría el mundo. Entonces, la mano de Mitsuko se acercó prosaicamente a sus pantalones, como si fuera a abrir un grifo. Lee se desnudó y dobló la camisa con las palmeras mecidas por el viento. El momento con el que había soñado. La habitación había existido desde el día en que nació, simplemente esperaba a que él franqueara la puerta. Sólo se trataba de franquearla, de hundirse en el torrente de las cosas.

¿Debía pagarle? Reitmeyer no le había dicho nada. Se vio haciendo el amor con ella. Estaba parcialmente fuera de la escena. Copuló con Mitsuko y controló la escena, a la espera de que el placer lo dominara, lo cubriera como la rompiente, inclinara los árboles. Más que verlo, pensó en lo que ocurría; aunque también lo vio.

El siguiente fin de semana estuvo de guardia, pero regresó a Tokio tan pronto como pudo. Mitsuko sólo aceptó dinero para jugar al pachinko. Era una fanática del pachinko, adicta total, aguantaba durante horas cubierta con un impermeable que no le pertenecía. Lee salía, regresaba, volvía a salir, recorría los locales de striptease y los bares de vaqueros. Se quedaba cerca de la entrada y la observaba mientras jugaba. La gente se apretujaba en el salón. De vez en cuando alguien obtenía un premio: un paquete de caramelos en forma de hoja. Lee la veía levantar el pie derecho y rascarse distraídamente el tobillo izquierdo.

Días extraños en el fabuloso Oriente.

En otra ocasión lo llevó a una habitación de una enorme casa de apartamentos situada cerca de las fábricas y los depósitos de combustible. Olía a azufre y a espuma marina. Desde la ventana podía ver un río, pero ignoraba su nombre. Mitsuko le dijo que tenía treinta y cuatro años. Días y noches extraños. Un rato después de que se vistieran apareció un hombre que se movió entre las penumbras, un hombre joven y delgado que conocía la estancia, que pareció no reparar en Lee y se comportó como si

supiera todo lo que Lee había dicho y hecho. Buscaba su impermeable.

Lee no llegó a comprender la relación que el hombre mantenía con Mitsuko. Podía ser su hermano, primo, amante, tratante o protector, pero no su chulo (Mitsuko no aceptaba dinero). Durante la quincena siguiente Lee lo vio varias veces. Era un tipo interesante, llamado Konno, de pelo ondulado y gafas oscuras. Fumaba un Lucky Strike detrás de otro y conocía el jazz norteamericano, algunos nombres que Lee era incapaz de identificar. Hablaron de política. Bebieron cerveza con ginebra, que Lee llevó consigo a la habitación, aunque luego él sólo dio unos sorbos por cortesía. Konno hablaba un buen inglés, superior al elemental. Siempre vestía ropas y zapatos gastados, y llevaba un pañuelo de seda negra tanto dentro como fuera del apartamento.

La humedad otoñal persistió. La luz de las farolas relucía en el laberinto de callejones atestados de casas y tiendas de madera. Le habían quitado su espacio norteamericano. No es que importara demasiado. Su espacio no había sido más que vagabundeo, una mentira que ocultaba habitaciones reducidas, el televisor, la incesante voz de su madre. Louisiana, Texas, puras mentiras. Lugares sin propósito que giraban en torno a los cuartuchos en los que siempre acababa. Aquí la pequeñez adquiriría sentido. Las ventanas de papel y las habitaciones como cajas eran estados mentales claros, formas de bienestar.

Mitsuko lo guio al territorio del *nûdo*. Carteleras, fotos, panfletos, letreros en las farolas, desnudos en reservados y salas, desnudos de neón y de papel, modelos a fotografiar, desnudos expuestos en medio de luces de colores, extrañamente pálidos bajo el falso resplandor rosado. Calles resbaladizas por la lluvia, como las de sus ensueños, sombras cinematográficas y hombres de abrigo oscuro, la boquita enfadada de Mitsuko, su lenguaje de suspiros e insinuaciones, el ensueño de la quietud, la perfección del deseo, las piernas de ella ligeramente separadas, con los brazos a lo largo del cuerpo.

Mitsuko no hizo nada de lo que Reitmeyer había dicho, y Ozzie tampoco se lo pidió.

En el interior de la burbuja, trabajaba bajo un ardiente resplandor: trazaba rutas de intercepción y vigilaba el osciloscopio en busca de indicios del movimiento de electrones que significaba tráfico aéreo en un sector determinado.

Durante las guardias nocturnas hacía hablar a los oficiales y les preguntaba cosas sobre acontecimientos internacionales. Así se enteró de que sabía más que ellos. Ignoraban las cuestiones elementales: nombres de dirigentes, sistemas políticos. Los oficiales más jóvenes eran los peor informados, universitarios típicos, lo que le sirvió para confirmar una vieja sospecha de cómo funciona el mundo.

Una voz crepitante pregunta por la velocidad de los vientos a veinticuatro mil pies de altitud, una voz que suena fuera de la cúpula de la noche, más allá de los límites

conocidos.

Aunque cerca de la base había bares y chicas de alterne, prefería ir solo a Tokio, donde visitaba a Konno en la inmensa urbanización próxima a las fábricas. La contaminación cobriza era tan densa que ocultaba el sol poniente. Konno fumaba Lucky Strike e insistía en que la lucha existía. Trabajaba sólo media jornada como ascensorista porque el país estaba plagado de universitarios. A veces aparecía Mitsuko, y Ozzie y ella hacían el amor mientras escuchaban los discos de Thelonious Monk, rasguídos extraños y blues melancólicos, pensándolo bien, con un toque japonés. Otras veces Konno lo llevaba al Queen Bee, un club nocturno con rebuscadas atracciones y maravillosas mujeres que aparecían y desaparecían en medio de la humareda como un centenar de versiones de falda con abertura de una presentadora de Howard Johnson. A Lee se le ocurrió preguntarse qué hacían un ascensorista y un soldado de primera en un lugar como aquél.

Konno entraba con los hombros hundidos y arrastrando los pies, se quitaba el impermeable y lo paseaba por el suelo mientras los guiaban hasta una mesa de la zona elevada, más allá de los turistas, los hombres de negocios japoneses, la oficialidad norteamericana y los pilotos contratados (reconocibles por sus camisas pardas de manga corta y sus ridículas gafas de sol, hiciera el tiempo que hiciese). Konno se guardaba las cuentas en el bolsillo sin mostrar la menor intención de pagar, y una noche le presentó a una animadora llamada Tammy, una mujer con vestido plateado y brillante maquillaje.

Konno creía en los disturbios.

Konno creía que Estados Unidos había empleado la guerra bacteriológica en Corea y que aquí, en Japón, experimentaba con una sustancia llamada ácido lisérgico.

Konno creía que la vida es hostil. La lucha consiste en fundir tu vida con la gran marea de la historia.

Para alcanzar el verdadero socialismo, dijo, primero establecemos total y despiadadamente el capitalismo, y luego lo destruimos paso a paso, lo enterramos en el mar.

Era miembro de la Sociedad de Amistad Japonesa-Soviética, del Consejo Japonés para la Paz y de la Asociación Japonesa-China de Intercambio Cultural.

El capital extranjero y las tropas extranjeras dominan el Japón moderno, dijo.

Todas las tropas extranjeras son norteamericanas. Todo occidental es norteamericano. Todo norteamericano está al servicio del capital monopolista.

Tammy llevó a Lee a un templo budista.

Una noche, en el Queen Bee, Konno anunció que MACS-1, la unidad de Lee, pronto partiría a Filipinas. Fue una novedad para el joven marine. Japón comenzaba a gustarle. Le gustaba ir a Tokio. Esperaba una perspectiva histórica más que puramente personal, desde las cenizas, los restos reconstruidos de un paisaje y una economía dinamitados.

¿Por qué lo trasladaban ahora, justo ahora, cuando para variar las cosas iban bien,

cuando había cosas que le gustaban, de vez en cuando una mujer con la que meterse en la cama, personas con las que podía hablar y que no lo consideraban una figura en las sombras?

Acudieron al piso cercano al río. Konno deambuló por la estancia, sin dejar de tironear las puntas de su pañuelo de seda. Dio a entender que había otras personas que conocían al soldado de primera Oswald y admiraban su madurez política. Dijo que algunas cosas podían conquistarse con personas de ideas afines sobre los acontecimientos internacionales, personas situadas en ciertos lugares, con las que era fácil contactar. Regaló a Lee una pistola pequeña y plateada, una maravilla de bolsillo, de cañón corto y doble carga, y le pidió que le consiguiera Lucky Strike en la base.

Reitmeyer intentó alzarlo y ponerlo boca abajo, sujetándolo por las asentaderas y por el cuello de la camisa, una diversión primitiva y sin propósito, para tocar los cojones, pero la lio y acabó por sujetar con una mano el bolsillo lateral de la camisa de Ozzie y con la otra la axila, mientras la víctima aguantaba más o menos paralela al suelo, agarrada a la jamba de la puerta. Al principio Ozzie reaccionó afablemente, pensando que daría un paseo por los aires; al ver que Reitmeyer lo maltrataba y lo tironeaba, negándose a aceptar que no conseguiría nada y sin cejar en su intento de hacerle dar una voltereta, se quejó con impetuosos susurros, con ultimátums y amenazas inconclusas. Luchó por soltarse, al borde de las lágrimas a causa de la frustración, como un crío que se debate en la trampa, verde de ira; al final se relajó por completo, lo que le produjo una satisfacción oculta, conocida, pérfida y desagradable.

Una noche entró por casualidad en un bar de Tokio que parecía un local de maricas, de espectáculos de kabuki o una mezcla de ambos. Los parroquianos eran todos hombres, y los camareros o camareras —a medida que sus ojos se adaptaron a la oscuridad tuvo cada vez más claro que se trataba de hombres— llevaban vivos kimonos, pelucas revueltas y rizadas, la boca perfectamente pintada y la cara cubierta de tiza. Muy pedagógico. Alguien pasó a su lado, un hombre disfrazado que quería acompañarlo hasta una mesa, pero Ozzie se encaminó tranquilamente hacia la puerta, sintiéndose observado, extraño, peculiar, rarillo. En cuanto abrió la puerta, vio en la calle una figura conocida: un marine de su unidad, Heindel, que paseaba por ahí. El terror dominó por unos instantes a Ozzie. No quería que le vieran salir de semejante local. Si se corría la voz, en el cuartel se reirían de él. Se revolcarían como cerdos en una burla horrorosa. El solitario excéntrico que salía sigilosamente de un bar de maricones. Retrocedió a las penumbras y pidió una cerveza, mientras vigilaba la puerta. Hidell, con una chaqueta oscura y un tigre estampado en relieve en la espalda. Ozzie bebió la cerveza y se orientó. La oscuridad le ponía los pelos de punta. De las

paredes salía una música gimiente.

Cogió un taxi y se dirigió al barrio de Konno. De los astilleros y las fábricas manaba humo químico. Por los callejones salían disparados chicos de cabeza rapada montados en bicicletas que recorrían a velocidad de carrera las calles cubiertas de baches.

Hidell significa no digas nada.

No encontró a nadie. Perdido, caminó varios kilómetros hasta conseguir otro taxi. Se dirigió al Queen Bee, donde le recibió una mujer cuya única tarea consistía en saludar a los que entraban. Konno estaba solo en una mesa del fondo. Hablaron largo rato. Por el escenario desfilaban chicas en bañador que giraban la cadera hacia el público, formado por hombres de negocios y oficiales norteamericanos. Era un local enorme y un grupo bullicioso. Konno estaba cansado y ronco, parecía a punto de enfermar. Reinó el silencio en la mesa. Después, Lee dejó caer que un día, en Atsugi, había visto algo interesante, un avión llamado U-2.

Hizo una pausa para percibir qué sentía. Ocupaba un remanso de paz en medio de la música y los aplausos ensordecedores. No estaba conectado con nada de lo que le rodeaba ni tampoco consigo mismo, y hablaba no tanto para Konno como para la persona a quien éste transmitiría la conversación, alguien que se encontraba ahí fuera, en el mundo flotante, un coleccionista de comentarios sueltos, un especialista que vivía en la oscuridad, como los hombres de labios pintados y pelucas de seda hilada.

Añadió que el avión superaba el alcance de las pantallas de radar. Dijo que alcanzaba una altitud de casi ocho mil metros, superior al récord conocido. Sugirió que iba provisto de cámaras sorprendentes y que se dirigía a territorio hostil.

Apenas se dio cuenta de qué estaba hablando. Eso era lo más interesante. Cuanto más hablaba, con mayor fuerza sentía que estaba imperceptiblemente escindido. Todo sonaba tan lejano que sus palabras no podían tener importancia. Ni siquiera miró a su compañero. Permaneció inmerso en una blanca serenidad y dejó flotar las frases. Konno, lo observaba y escuchaba atemorizado, barbudo, oliendo la nicotina que teñía sus dedos, costumbre que parecía sugerir que nunca había lo suficiente... lo suficiente de aquello que anhelabas. Lee siguió hablando serenamente. Diez mil años de felicidad o lo que signifique cuando gritan *banzai*.

Dejó caer que había calculado la velocidad de ascenso del U-2. Aunque no la mencionó, se explayó en otros detalles sobre cuestiones menores, puso a prueba los conocimientos técnicos de Konno pronunciando una conferencia, señaló los fallos en el sistema de seguridad de la base.

Un hombre con esmoquin blanco presentó por sus nombres y apellidos a las bellezas en bañador. Aplausos entusiastas. Konno y Lee saltaron al frío de la noche. Era tarde y reinaba la calma, y Lee se cerró la cazadora. Konno se detuvo a fumar, al amparo del viento, con las rodillas dobladas y la mirada puesta en una desierta calle de neones.

Hidell significa no digas nada.

Ideogramas blancos. Letras romanas que laten en la oscuridad. Konno dijo que esperaban a Tammy, una de las presentadoras, y se mostró algo desanimado, quizá porque necesitaba dormir. La muchacha asomó por una salida lateral envuelta en ropa impermeable, incluidos sombrero y botines blandos, y parecía dispuesta a disfrutar de un bien merecido descanso. Conocía un salón de pachinko que probablemente estaría abierto. Quería jugar al pachinko.

El operador de radar, Bushnell, subía por la escalera exterior del cuartel cuando oyó un ruido agudo, un solitario golpe seco como el de una regla al golpear una mesa. Lo pensó mejor y decidió que no se trataba de ese tipo de sonido. Parecía un chasquido, tal vez un petardo potente. Pero tampoco era eso. Se había equivocado. En realidad, parecía un portazo.

Entró y vio a Ozzie sentado sobre un baúl, a solas en el sector reservado de su unidad, exhibiendo su extraña sonrisa. Tenía una minúscula pistola en la mano y un hilillo de sangre en el brazo izquierdo, por encima del codo.

—Parece que me he disparado —dijo.

Bushnell estudió la perfecta escena. Pensó que el comentario de Ozzie sonaba histórico y encantador, salido de una película o de una serie de televisión.

—Sólo me preocupa de dónde sacaste el arma, ya que soy el oficial de guardia y estoy de ronda.

—¿Le molestaría hacer algo?

—¿Qué quieres que haga?

—Le agradecería que avisara a un miembro del cuerpo de sanidad.

—¿Qué pasa? ¿Estás sangrando? Me parece que te has cortado al afeitarte.

—Tengo un agujero en el brazo.

—¿Ya te afeitas, Ozzie? Me han dicho que tu madre se afeita y que tú no. ¿Qué pasará cuando vean el arma?

—Fue un accidente.

—Y un huevo. Tenías que haber utilizado tu 45.

—Me habría arrancado el brazo.

—Pero es propiedad del gobierno, imbécil. ¿Qué les dirás, que encontraste el arma en una acera a plena luz del día?

—Es que la encontré.

—Por todos los santos, Ozzie, deja de decir tonterías. Estás solo aquí. ¿Qué habría ocurrido si yo no hubiese entrado? ¿Te habrías quedado esperando? Si algo me molesta, es la mala planificación.

—Entretanto estoy herido de bala.

—Es un truco muy manido.

—Estoy sangrando, Bushnell.

—Te lo mereces. Mereces ponerte cada vez más pálido y morir. Es un truco, la

artimaña más conocida del mundo. ¿Esperas que entren y digan de acuerdo, Oswald, está herido de bala, quédese aquí mientras los demás salen a navegar?

—Es lo que espero que digan porque estoy herido de bala.

—Pasas totalmente por alto el hecho de que es una herida superficial, al menos así me lo parece. En cuanto vean que se trata de un arma no reglamentaria, lo considerarán un delito de consejo de guerra.

—Saqué el arma del baúl para devolverla y se disparó.

—Y así nos contarás que es pequeña y perfecta.

—Estoy sangrando.

—Pase lo que pase, te acusarán de comportamiento ilegal, como si tuvieras un arma de asalto.

—Se disparó al caerse. La recogí del suelo, me mareé, pensé que estaba conmocionado, así que cerré el baúl para intentar sentarme sobre él, y así es como me encontré.

—A mí no me digas nada, habla con ellos, imbécil.

—Bushnell, llame a un miembro del cuerpo de sanidad. Alguien tiene que atenderme. Soy un marine herido.

DIAGNÓSTICO: HERIDA POR PROYECTIL, BALAZO EN EL BRAZO IZQUIERDO, NO FUE PARTICIPACIÓN EN 8255.

1. Dentro del comando, en el trabajo.
2. El paciente dejó caer una automática del 45, la pistola se disparó al chocar contra el suelo y el proyectil dio en el brazo izquierdo del paciente, provocando la herida.

SÍNTESIS NARRATIVA:

Este varón de dieciocho años se disparó accidentalmente en el brazo izquierdo con un arma de mano, se supone que del calibre 22. El examen reveló el orificio de entrada en la parte media del brazo izquierdo, por encima del codo. No hubo pruebas de lesión neurológica, circulatoria u ósea. Se dejó cicatrizar el orificio de entrada y el proyectil se extrajo por otra incisión realizada cinco centímetros por encima del orificio de entrada. El proyectil parecía una bala del 22. La herida curó bien y el paciente fue dado de alta para que cumpliera con sus deberes.

QUIRÓFANO: 5-10-57: EXTRACCIÓN DE CUERPO EXTRAÑO DE LAS EXTREMIDADES, BRAZO IZQUIERDO #926.

Tarjeta postal #1. A bordo del *Terrell County*, en el mar de la China Meridional. Ozzie está en la cubierta de popa con Reitmeyer, cuenta los días de maniobras

fantasmas bajo un calor abrasador y se pregunta si volverá a ver tierra firme.

—¿Quieres que te enseñe a jugar al ajedrez?

—Vete a la mierda.

—Es por tu bien, Reitmeyer. Además, de alguna manera hay que pasar el tiempo.

—Cómprate un desierto y piérdete.

—Los mejores ajedrecistas del mundo casi siempre son rusos.

—A la mierda con ellos, vamos a picas.

Los hombres se sienten aturdidos bajo la luz cegadora.

Tarjeta postal #2. Corregidor entre las ruinas de guerra. John Wayne interrumpe el rodaje de una película que está filmando en el Pacífico y visita a los nostálgicos soldados de infantería de marina del MACS-1. Ozzie está a cargo del rancho, ahora siempre le toca el rancho, pero logra echar un vistazo al famoso actor que almuerza con un grupo de oficiales: rosbif con salsa, que él ha ayudado a preparar. Le gustaría acercarse a John Wayne, decirle algo auténtico. Mira hablar y reír a John Wayne. Es extraordinario y sorprendente ver la risa de la pantalla en carne y hueso. Ozzie se siente bien. Este hombre es doblemente real, no engaña ni decepciona. Cuando John Wayne ríe, Ozzie sonríe, se ilumina, casi se pierde en su propio brillo. Alguien hace una foto de John Wayne con los oficiales y Ozzie se pregunta si aparecerá en último plano, sonriendo en el pasillo. Aunque es hora de regresar a los fogones, observa unos segundos más a John Wayne y piensa en el transporte de ganado de *Río Rojo*, la gran escena expectante que da inicio a la película. Quietud, novillos nerviosos, jinetes al alba, la silueta de las colinas, la voz grave y segura del envejecido John Wayne, la voz con tantos matices de sentimiento y tranquilidad, John Wayne que ordena con decisión a su hijo adoptivo: «Matt, llévalos a Missouri». Después las monturas se encabritan, los guías sueltan alaridos, la música y los cantos estimulantes, las caras honradas y barbudas (hombres que cree conocer), toda la gloria y el polvo de la gran travesía hacia el norte.

Lee a Walt Whitman en las ruinas del hospital.

Otra cuestión acerca de Konno. Nunca se dirigió a Lee en tono personal. Parecía recitar, hablarle al dictáfono. Su tono carecía de flexibilidad. No percibía al individuo.

Algo más: técnicamente hablando, no distinguía tres en un burro. Ignoraba la terminología, las expresiones y calificativos de la electrónica de aviación, del reconocimiento a gran altura. Vaya ascensorista. Ja, ja.

Lee no dijo que se había autolesionado con la pistola que le proporcionó Konno. En primer lugar, porque la estrategia no sirvió para permanecer en Japón. Y, en segundo, porque no quería que Konno supiera que había caído bajo su influencia.

Nada de hablar.

Permaneces en posición de firmes hasta que te nombran.

En ningún momento pisas las rayas blancas. Algunos fragmentos del suelo están pintados de blanco. El blanco no se toca. Los pasillos están recorridos por rayas blancas. No puedes tocarlas ni cruzarlas. Cada urinario se encuentra detrás de una raya blanca. Tienes que pedir permiso hasta para mear.

Recibes palizas en la zona que abarca del pecho a la entrepierna, para que los morados no se noten. Así es la tradición. O un guardia te tapa la cabeza con un cubo y lo golpea con la porra.

Si te consignan en una celda, el guardia la limpia a manguerazos contigo dentro.

Existen lugares específicos para castigos llamados el agujero, la caja, la jaula... nombres sugerentes con una historia que resulta conocida por las películas.

Nunca caminas si hay espacio suficiente para correr. Sales y entras a la carrera de tu caja de almacenamiento. Te detienes ante cada raya blanca y esperas hasta que te autoricen a cruzar. Corres por el recinto, con la azada en posición de presenten armas.

Te procesan desnudo, con los brazos estirados sobre la cabeza para sostener el saco de marinero; gritas sí, señor y no, señor al más mínimo sonido. Sólo te permiten que apoyes el saco en la nuca cuando te agachas para que registren tu cavidad anal en busca de material impreso, estupefacientes, bebidas alcohólicas, herramientas para excavar, televisores, utensilios con los que puedas suicidarte.

Así era el calabozo de Atsugi, un extenso edificio de madera con suelos de cemento, varios almacenes, despachos y compartimentos, la zona del llavero y un amplio recinto alambrado que contenía veintiuna literas. El recinto estaba lleno a tope. Los nuevos presos se alojaban en seis celdas de cemento situadas a lo largo de un pasillo señalizado con rayas blancas. Aunque las celdas fueron diseñadas para un solo ocupante, el verano era época de inadaptados, desertores, bebedores agresivos, perdedores natos, rateros, desesperados, hombres con todo tipo de temperamento delicado, y Oswald tenía por compañero a Bobby Dupard, un negro delgado y de ojos tristes, con un tinte cobrizo en el pelo y en la piel.

Como fue el primero en llegar, a Oswald le tocó la cama fija. Dupard tuvo que conformarse con un catre plegable y un colchón infestado de bichitos picadores de cuerpo chato, cosas que podías aplastar entre las uñas y que se dividían en dos, en cuatro y luego en ocho, para arremolinarse de nuevo en sus nidos algodonosos a fin de seguir reproduciéndose. Según Dupard, intentar exterminarlos carecía de sentido.

Por la noche hablaban en voz baja.

—¿Quieres decir que cuando los matas se multiplican?

—Sólo digo que es imposible matarlos. Son demasiado pequeños.

—Duerme encima de la manta —le aconsejó Oswald.

—Pasan igual y te taladran.

—La hemos jodido, son termitas.

—Oye, tío, he vivido años con estos bichos.

—Pon la manta en el suelo. Duerme en el suelo.

—La mitad del suelo está cubierta de rayas blancas, como si lo hubieran previsto. De todos modos, los piojos saltarían sobre mí.

Era un sitio casi vacío, de objetos sencillos y necesidades básicas. Oswald tenía los sentidos profundamente aguzados. Su lengua sabía a hierro. Oía voces del alambrado, guardias que gruñían como perros corpulentos. Cuando regaban el suelo del bloque de las celdas, olía la tierra combinada con el cemento: guijarros, gravilla, escorias y piedras trocadas, lejanamente mezclados con amoníaco, descuidadamente combinados.

Dupard era de Texas.

—Ocupa el primer puesto nacional en homicidios —comentó Oswald.

—Tú lo has dicho.

—¿De dónde eres?

—De Dallas.

—Yo soy de Fort Worth, pero no siempre viví allí.

—Somos vecinos, que coincidencia. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —respondió Oswald.

—Eres un crío. Meten a un crío en la cárcel. ¿A cuánto te han condenado?

—A treinta y ocho días.

—¿Bajo qué acusación?

—Primero me disparé accidentalmente en el brazo y me sometieron a un consejo de guerra, pero dejaron la condena en suspenso.

—Si fue accidental, ¿por qué te castigaron?

—Dijeron que usé un arma no registrada. Tenía un arma personal.

—Que nadie te proporcionó.

—Me la encontré, pero a sus ojos eso no importa si se trata de un arma no registrada.

—Dejaron en suspenso la condena. ¿Qué pasó después?

—Formaron un segundo consejo de guerra.

—Parece que alguien tentó su suerte.

—Se basaron en un incidente, eso fue todo.

—Te creo.

—Hay un sargento, un tal Rodríguez, que me asigna constantemente el rancho. No le caigo bien, y te aseguro que es mutuo. Discutimos más de una vez, y le expliqué lo que sentía por meterse conmigo. Dijo que el consejo de guerra es lo que me mantenía alejado del cobertizo del radar, y luego lo de siempre, que no me visto ni me comporto de acuerdo con las reglas. Lo vi en un bar local y enfilé hacia él. Le dije que me sacara de esos trabajos domésticos. Estábamos cara a cara. Respondió que hablaría en mi nombre y que me largara, pero yo seguí allí. La gente se amontonaba a nuestro alrededor. Mi mente era un torbellino. Testigos potenciales. Le

dije lo que pensaba, eso fue todo. No me pasé de listo, fui claro y transparente. Dije que quería un trato justo. No lo hostigué. Dijo que le estaba presionando. Dijo que no lograría convencerle de que se liara conmigo a puñetazos, que no valía la pena, que así perdería un galón. Algunos tipos nos azuzaron. Insistieron en que Rodríguez debía darme una buena paliza, pero mi intención no era pelear con él. Sólo quería darle mi opinión. Me llamó *maricón* en español. Me dijo *maricón* en voz baja, con una sonrisita. Aseguré que conocía el significado de esa palabra, que se la había oído a los portorriqueños. Conozco ese tipo de palabras. Rodríguez replicó que él no era portorriqueño, y le pedí que no usara palabras portorriqueñas. La discusión subió de tono. Estábamos rodeados. Alguien me empujó y derramé mi cerveza sobre Rodríguez. La derramé accidentalmente. Como te lo cuento: me empujaron. Se lo dije, no me disculpé porque no era culpa mía, todo el mundo empujaba. Sólo quería defender mis derechos militares.

—Baja la voz —murmuró Bobby.

—Así se formó el segundo consejo de guerra. Esta vez me defendí. Interrogué a Rodríguez en la tribuna. Demostré que no era culpable de haberle arrojado la cerveza, lo que técnicamente se considera agresión.

—¿Entonces porqué estamos aquí, teniendo esta charla?

—Dijeron que era culpable de un cargo menor: uso ilegítimo de palabras irritantes con un suboficial de estado mayor. Artículo uno diecisiete. Se acabó.

—Cierra el pico —pidió Bobby.

Vestía una desteñida ropa de faena en la que aún quedaban huellas de los desaparecidos galones de sargento, y trabajaba en los campos, quitaba piedras y quemaba basura. El guardia lucía una 45 y no permitía que ningún preso se acercara a ella. Hablaban o descansaban. Trabajaban bajo la lluvia. La primera semana hubo fuertes tormentas encrespadas, lluvia en extensiones abiertas, lenta y cadenciosa. Los hombres quedaban cubiertos por un humo que olía a basura húmeda y medio quemada. Su inútil trabajo les permitía pasar el día. Pensó que tenía muchas posibilidades de ingresar en la escuela de oficiales. Había aprobado el examen eliminatorio para cabos antes de embarcar. De no ser por el incidente del balazo y el de la cerveza derramada, estaría en buena forma. Tal vez aún estaba en forma. Era lo bastante listo para ser oficial. Pero no era ésa la cuestión, todo radicaba en saber si se lo permitirían. Cortaba matorrales y quitaba piedras pesadas. La cuestión consistía en si esgrimirían esos incidentes en su contra.

—Aterricé aquí como en un sueño —susurró Dupard aquella noche—. Creo que ya estoy muerto. Sólo falta que me arrojen tierra en la cara.

—¿De qué te acusaron?

—Hubo un incendio en mi dormitorio, y me acusaron de haberlo provocado. Mentalmente, podría decir que fue más o menos así. En otras palabras, las pruebas fueron insuficientes.

—Pero lo provocaste.

—No es tan simple. Podría decir que fue así o que fue así y estar convencido mentalmente.

—En realidad, no estabas seguro de querer hacerlo, sólo pensabas en hacerlo.

—Fue más bien: ¿y si dejo caer este cigarrillo?

—Pareció ocurrir mientras lo pensabas.

—Como si sucediera por su cuenta.

—¿Se quemó el dormitorio?

—Sólo se chamuscaron unas cuantas sábanas. Como si te quedaras dormido una décima de segundo con el cigarrillo.

—¿Por qué querías provocar un incendio?

—Se trata de algo que estaba en mi cabeza, la razón exacta por la que lo hice. Hay algo psicológico en juego.

—¿Qué pasó después?

—Sólo una cosa: deserté.

—¿Por qué?

—Porque quiero salir de aquí —respondió Bobby—. No soy un marine, así de sencillo. Deberían darse cuenta y poner fin a este embrollo. Cuanto más dure, menos capaz seré de hacer frente a esta mierda.

En la literatura que leía en la prisión, Oswald siempre encontraba un estafador viejo e ingenioso que avisaba al más joven, le daba consejos prácticos, hablaba con abrumadora filosofía sobre las cuestiones trascendentales. La prisión te lleva a pensar en ese tipo de cuestiones. Te hace desear una perspectiva experimentada, los conocimientos de una figura entrada en años y mirada amable y cansada, un consejero, alguien enterado. No sabía a ciencia cierta qué podía ser Bobby R. Dupard.

Al día siguiente, cuando regresó del destacamento de trabajo, encontró en la celda dos guardias que aporreaban a Dupard. Se desquitaron. Al principio parecía otra cosa, un ataque de epilepsia, un ataque al corazón, pero en seguida se dio cuenta de que se trataba de una paliza. Bobby estaba en el suelo e intentaba protegerse mientras los dos guardias se turnaban para pegarle en los riñones y en las costillas. Un guardia permanecía sentado en el catre de Oswald y se agachaba para lanzar ganchos cortos de izquierda, como quien intenta arrancar un fueraborda. El otro se apoyaba en una rodilla, se mordía el labio y se detenía para apuntar los puñetazos a fin de no golpear los brazos cruzados de Bobby. Bobby ponía cara de esto se va a acabar algún día. Hacía lo indecible por no darles el gusto.

Le llamaban Brillo Head. Esbozaba una sonrisa, como si únicamente la palabra

hablada pudiera despertar su interés. Los guardias siguieron aporreándolo.

Oswald se detuvo en la raya blanca del exterior de la celda. Pensó que si se quedaba inmóvil, miraba distraído a derecha o a izquierda y esperaba con paciencia a que acabaran a fin de pedir permiso para cruzar la raya, los guardias le permitirían entrar sin pegarle.

Detestaba a los guardias, interiormente se ponía de parte de ellos y contra algunos presos, ya que los detenidos estúpidos y crueles se merecían lo que recibían. Sentía que sus rencores mudaban constantemente, experimentaba satisfacciones íntimas, odiaba la rutina carcelaria y despreciaba a los incapaces de adaptarse a ella aunque supieran que estaba destinada a derrotarlos a todos.

Cuando un preso pasaba del recinto alambrado a su unidad, un hombre de las celdas ocupaba su sitio.

Cuando un tío del alambrado la liaba, obtenía su propia celda, un rancho vomitivo y una atención espantosa.

Cuando un hombre de las celdas la liaba, lo arrojaban al agujero, una celda de reducidas dimensiones con suelo de tierra y una gatera para cagar.

A causa de la superpoblación, los presos estaban en movimiento constante, había muchos ceremoniales en las rayas blancas, inspecciones, cacheos, sacudidas y jodiendas.

La noche de la paliza, Dupard no dijo nada, pero Ozzie sabía que no dormía.

Intentó percibir la historia de la celda. Era una historia digna de George Orwell, el territorio de la no elección. Se percató de que se había dirigido en esa dirección desde el día de su nacimiento. Inventaron el calabozo para él. Era otro modo de nombrar las minúsculas habitaciones en las que había vivido.

En una ocasión comentó con Reitmeyer que el comunismo era la única religión verdadera. Hablaba en serio y para causar buena impresión. Lograba enfurecer a Reitmeyer al afirmar que era ateo. Reitmeyer opinaba que tenías que cumplir los cuarenta para colgarte esa etiqueta. Era una posición que ganabas con años de experiencia, como la antigüedad entre los camioneros.

Tal vez el calabozo también fuera un tipo de religión: prisión pura. Algo que llevabas contigo toda la vida, la contrapartida de la política y las mentiras. Esto era más profundo que lo que podían predicarte desde el púlpito. Contenía una verdad que nadie estaba en condiciones de desmentir. Había avanzado en esta dirección desde el principio. Era inevitable.

Trotsky en el Bronx, a pocas manzanas de distancia.

Quizá lo que sucediera fuese que el individuo tenía que dejarse llevar, encontrarse inmerso en el torrente de la no elección, de la dirección única. Es esto lo que vuelve inevitables las cosas. Aprovechas las limitaciones y castigos que ellos inventan para volverte más fuerte. La historia supone fundirse. El fin de la historia consiste en

superar tu propia piel. Sabía que Trotski había escrito que la revolución no nos saca de la oscura noche del yo aislado. En la historia vivimos eternamente, más allá del yo y del ser. No estaba convencido de saber exactamente qué era el ser, pero sabía que se ocultaba en Hidell.

En el pasillo había una bombilla desnuda encendida. Vio a Dupard en la oscuridad, sentado en el catre infestado, con la mirada perdida. Sus muñecas huesudas asomaban por la camisa desteñida. Era tan larguirucho que parecía un chico de dieciséis años, retozón y desmañado, pero corría bien: corría por el recinto, corría hasta el retrete, sin perder de vista las rayas blancas. Cara larga, avergonzado, compungido, y pelo cubierto de polvo, castaño rojizo. Ojos recelosos y dolidos que miraban y pronto se desviaban. Oswald permaneció inmóvil, consciente de un sonido monótono en el bloque, una respiración jadeante, algo lúgubre, un sueño profundo. Dupard se desvistió, se cubrió con la manta y empezó a masturbarse de cara a la pared. Oswald vio cómo contorsionaba los hombros. Se volvió hacia la pared, cerró los ojos y procuró dormir.

Hidell significa no digas nada.

Oswald se había detenido en la raya blanca frente al urinario. Un guardia se desplazó a lo largo de la pared con mirada inquisitiva, con cara de qué hemos encontrado aquí para pasar el rato.

Oswald solicitó permiso para cruzar la raya.

—Te estoy mirando el pelo, imbécil. ¿Cuál debe ser la longitud del pelo en la zona del cuello?

—Longitud cero.

—¿Qué estoy viendo?

—No lo sé.

El guardia le obligó a cruzar la raya a trompicones. Cuando se volvió para volver a franquearla, Lee lo miró a los ojos. Era un tipo de cabeza alargada, medio inteligente, de ojillos brillantes.

Oswald se dio la vuelta para quedar frente al urinario y solicitó permiso para cruzar la raya.

—Te estoy mirando las patillas. ¿Qué estoy mirando?

—Mis patillas.

—El pelo de tus patillas no puede superar cuántos centímetros cuando están totalmente estiradas.

—Dos centímetros.

El guardia estiró los pelos con el pulgar y el índice, retorciéndolos para enfatizar sus palabras. Oswald inclinó la cabeza en esa dirección, no tanto para aliviar el dolor, que era suave, como para demostrar que en esas circunstancias no aceptaría estoicamente el sufrimiento. El guardia lo soltó y le golpeó la cabeza con el filo de la

mano.

Oswald solicitó permiso para cruzar la raya.

—La longitud del pelo de la coronilla no debe superar un máximo de cuántos centímetros.

—Un máximo de siete centímetros y medio.

Esperaba que el guardia lo agarrara de los pelos.

—La bragueta debe permanecer en qué tipo de línea y no debe hacer qué cuando está cómo.

—La bragueta debe permanecer en línea vertical y no debe abrirse cuando está desabrochada.

El guardia se agachó y le asió por los cojones.

—Conozco este tipo de gente.

—Sí, señor.

—Lo detecto a varios kilómetros a la redonda.

—Sí, señor.

—El tipo de gente que no soporta el dolor.

—Sí, señor.

—Marines falsos y lloriqueantes.

Un preso se detuvo ante la segunda raya blanca y solicitó permiso para cruzarla. El guardia lo miró de arriba abajo. Soltó la entrepierna de Oswald. Llovía otra vez. Sacó la porra del cinturón y se acercó al segundo preso.

—¿Cómo te llamas?

—Diecinueve.

—Diecinueve, ¿no conoces el código?

—Solicité permiso para cruzar la raya.

—No pediste permiso para hablar. —Lo golpeó ligeramente en las costillas—. Los presos guardan silencio. En este retrete respetamos las reglas internacionales de guerra. Es mi retrete. Nadie habla sin mi autorización. —Golpeó al preso con la porra—. Los presos corren en silencio. Cuando se les golpea, caen al suelo en silencio. Diecinueve, ¿sabes caer?

El guardia le dio dos porrazos, y luego otros tres más enérgicos, hasta que Diecinueve se dio cuenta de que debía caerse. Se deslizó lenta y cautelosamente hasta el suelo. Su hombro derecho rozó la línea blanca. El guardia lo apartó de una patada.

—En este retrete respetamos los principios del movimiento nocturno. Diecinueve, ¿cuál es el primer principio del movimiento nocturno?

—Por la noche sólo se corre en caso de emergencia.

El guardia agitó la porra sin tomarse la molestia de inclinarse hacia el preso y aplicó un revés displicente que raspó el codo del recluso. El guardia ni siquiera lo miró. Era una de las características del estilo local.

El guardia se dirigió a Oswald.

—¿Por qué lo golpeé?

—Porque recitó el segundo principio.

El guardia agitó la porra y golpeó al hombre en el brazo.

—En este retrete conocemos el manual de memoria —espetó al hombre caído; luego le dio la espalda—. En este retrete conocemos el manual palabra por palabra. Matamos en silencio y con el factor sorpresa. —Oswald tenía una desesperante necesidad de orinar—. En el ataque final, es el marine individual, provisto de su fusil y de su qué, el que cae sobre el enemigo y lo destruye.

—De su bayoneta —respondió el preso.

—Un enérgico ataque con bayoneta, ejecutado por marines deseosos de hundir el frío acero, puede hacer qué, dónde y a quién.

El hombre tendido en el suelo guardó silencio. Se tensó en posición fetal segundos antes de que el guardia retrocediera media zancada y trazara un amplio arco con la porra, que le alcanzó en la rodilla. Oswald deseaba que el guardia le prestara atención.

El guardia dirigió la vista a Oswald, quien se apresuró a responder.

—Un enérgico ataque con bayoneta, ejecutado por marines deseosos de hundir el frío acero, puede sembrar el terror entre las filas enemigas.

El guardia echó la porra hacia atrás, y alcanzó a Diecinueve en el hombro. Oswald experimentó una ligera satisfacción. El guardia tenía la vista perdida a lo lejos mientras repartía porrazos.

Oswald percibió que el guardia se concentraba en él. Estaba preparado para responder a la pregunta.

—Principio número uno.

—Clavar el acero al enemigo.

—Principio número dos.

—Ser despiadado, violento y rápido durante el ataque.

El guardia avanzó medio paso, sujetó la porra con la mano izquierda y golpeó con fuerza la clavícula de Oswald. Éste quedó realmente sorprendido. Suponía que habían llegado a un entendimiento. El golpe le hizo retroceder tres pasos y caer sobre una rodilla. Confiaba en que ya estuviera cumplida la cuota de golpes de la jornada.

—Las respuestas correctas no existen —advirtió el guardia, con la mirada en la distancia.

Oswald se puso en pie, se acercó a la raya blanca, y clavó la mirada en el urinario. Solicitó permiso para cruzar.

—Qué se hace para ejecutar la cuchillada.

—Primero, adoptar la posición de defensa.

—Sigue.

—Segundo, adelantar cuarenta centímetros el pie izquierdo manteniendo el derecho en su sitio.

El guardia balanceó la porra y le golpeó en el brazo. Oswald sudaba, desesperado como estaba por mear, y tenía el pecho húmedo y frío.

—En este retrete no existen respuestas correctas. Es estúpido y arrogante dar una respuesta que consideras correcta.

El guardia le atizó en las costillas con la parte rígida de la porra. Diecinueve seguía tendido en el suelo.

El guardia sacudió la porra y alcanzó a Oswald en un hombro. Era como si quisiera transmitir la impresión de que las preguntas carecían de importancia. Oswald tomó la decisión de mearse. Fue por cólera y como compensación. Sintió que la meada fluía por sus piernas y experimentó un profundo alivio, liberación, buena salud, larga vida para todos.

El guardia preparó la porra y golpeó a Oswald en el cuello. Lee se protegió la nuca. El último porrazo puso en extremo nervioso al guardia. Tenía la mirada perdida, pero no como antes; boquiabierto y como si estuviera ciego; Oswald se dio cuenta de que se encontraban a sólo una palabra de una carnicería personal de las que se habla de vez en cuando, una matanza anónima y sin explicaciones.

Con los brazos cruzados en la nuca, Lee contempló el charco que adquiriría forma a sus pies. Necesitaba pensar.

Respiró hondo y pisó la raya blanca. Miró hacia delante y lentamente bajó las manos hacia los costados del cuerpo. Confiaba en que si se movía lenta y abiertamente y no manifestaba terror, el guardia le dejaría en paz. Pero debía tomar en consideración el estado mental del guardia. Estaban todos presentes para ocuparse de que el guardia saliera airoso. Oswald suponía que el hombre tendido en el suelo lo tenía tan claro como él. Percibió que Diecinueve era consciente de lo que ocurría. Debían permitir que el momento adquiriese cohesión, se reconviniera en algo que todos pudieran reconocer como un miércoles lluvioso en Japón.

Pisó la raya blanca y esperó.

Dupard susurró en la oscuridad.

—Sospecho que quieren devolverme a casa en una caja. Desde que me puse el uniforme verde parezco muerto. Es un traje de ataúd para un imbécil, lo vi en el acto.

—A mí el uniforme me gustó —reconoció Ozzie—. Me daba un aspecto inmejorable. Me sorprendí de lo bien que me sentía. Lo conservé limpio y sin polillas, y no guardé objetos pesados en los bolsillos. Me miré en el espejo y pensé, ése soy yo.

—Vaya broma. Le dijeron a mi madre: señora Dupard, meta a su hijo en las fuerzas armadas. Hay cada vez más locura en las calles de Estados Unidos. Con nosotros su chico estará a salvo.

—Es lo mismo que le dijeron a mi madre.

—Me destinaron a Japón para salvarme de los negros de West Dallas. ¿Se puede creer en semejantes paparruchas? Me metieron entre rejas para que nadie se largara con mi cartera y mis zapatos.

—Todo es responsabilidad del sistema. Para el sistema somos un cero a la izquierda.

—Te aseguro que me prestan toda su atención.

—Nos vigilan constantemente. Es como el Gran Hermano de 1984. Y esto no es un libro sobre el futuro, somos nosotros, aquí y ahora.

—En otros tiempos leía la Biblia —dijo Bobby.

—Yo leía el manual. En vez de estudiar los textos escolares, leía el manual del Cuerpo de Marines.

—Así te haces hombre.

—Entonces descubrí de qué va la cosa. Cómo convertirse en instrumento del sistema, en una pieza manipulable. Es el libro de cabecera del capitalista perfecto.

—Hazte marine.

—Orwell se refiere a la mentalidad militar. El Estado policial no es Rusia. Lo es cualquier Estado donde exista una mente capaz de pensar manuales llenos de reglas para matar.

—¿Dónde está Stalin? ¿Está vivo o muerto?

—Muerto.

—Creo que ya lo sabía.

—Pero Eisenhower no está muerto. Ike es nuestro Gran Hermano, nuestro comandante en jefe.

Permanecieron tendidos en la oscuridad, pensando.

Por culpa de lo que nos hicieron. Por cómo ella tuvo que trabajar, dejarlo, ocuparse de mí, ser despedida, trabajar, dejarlo, recobrar el ánimo y abandonar. Liemos el petate y vayámonos. Juntemos dinero para la próxima mudanza. Toda su vida soportó humillaciones. Así es como te machaca el sistema. Pero ella jamás lo pone en duda. Sólo se debe a las condiciones específicas. La culpa es del señor Ekdahl y de su miserable acuerdo de divorcio. Son los cotilleos a sus espaldas. Son los vecinos, con sus lavadoras Hotpoint y sus Ford Fairlane, con quienes ella compite lo mejor que puede.

—A mi Lee le encanta leer.

Su inefable madre.

Tres días corriendo, sin motivo concreto, cada comida era a base de guiso de conejo, lechuga, zanahorias, agua.

Oswald corrió a lo largo del recinto alambrado, giró en el bloque de celdas y se detuvo en la raya blanca. Dupard estaba en la celda, en calzoncillos, sentado en la cama de Oswald. Su colchón humeaba. Oswald observó las pálidas bocanadas de humo que se apiñaban en el aire. Su compañero de celda estaba tranquilo, triste y pensativo, y se rascaba los pies.

—Bobby, ¿qué ha pasado?

—¿Quieres que deje libre la cama?

—Quédate donde estás.

—No deberíamos hablar.

—Estás esperando las cosas.

—Sólo estoy expulsando los piojos que me taladran la piel. Tío ha llegado la hora de abandonar este sitio.

—¿Solicitaste un colchón nuevo?

—Despedí éste. Me cubrirán la cara de puñetazos.

Bobby estaba tranquilo, algo taciturno, pero más que nada pensativo y resignado.

—Te alargarán la condena.

—Considero que no tienen porqué. No hay culpa alguna por la cual deba ser castigado. Estoy fumigando los piojos para expulsarlos. Dicho de otra manera, estoy haciendo el trabajo que ellos deberían realizar.

—Es tu segundo incendio.

—Baja la voz.

—Sinceramente, no le encuentro sentido a incendiar el colchón.

—Cierra el pico, Ozzie, o te darán por culo.

Dos guardias bajaron por el pasillo, empujaron a Oswald y entraron en la celda. El incendio era tan poca cosa que dejaron pasar cinco minutos antes de buscar agua, minutos que dedicaron a azotar a Dupard.

Oswald permaneció ante la raya blanca y desvió la mirada.

Los trasladaron al recinto alambrado. No sólo guardias, sino compañeros de prisión, un montón de cuerpos que esquivar, esos ojos y esas melodías interiores: terror, pesimismo, violencia psicológica. Dentro del recinto, el truco consistía en mantenerte en tu zona, evitar el contacto ocular, el roce accidental, ciertos gestos, todo lo que apuntara a que había una personalidad tras la unidad teledirigida. La única seguridad estaba en el anonimato.

Desarrolló una voz que le mostró el camino a lo largo de los días. Algo eterno, incesante, idéntico. La prisión era tan irracional que, a la larga, expulsaba el miedo. Corrían los pasillos, corría sin moverse de su sitio. Fregaba el enladrillado del retrete, ordenaba su zona, tendía la cama. El fin de la prisión consistía en limpiar la prisión. Iba a buscar el cubo al almacén y se detenía ante la raya blanca. Habían construido la prisión para mantenerla limpia. Era allí donde instalaban las rayas blancas. Todo, absolutamente todo, dependía de las rayas. La prisión era el sitio donde todas las rayas pintadas en la mentalidad castrense se volvían definitivamente brillantes y limpias. En cuanto lo entendió, supo que les había cogido el punto.

Estaba en la sala de televisión, donde pasaban reposiciones de *American Bandstand*,

de Dick Clark. Reitmeyer entró para estrecharle la mano. Se presentaron seis chicos más para preguntarle por su estancia en la prisión. Vestía su camisa hawaiana, y sonrió presuntuoso mientras respondía que había superado todas las pruebas. Una gran preparación para vivir en Estados Unidos. Te proporciona un matiz competitivo. Ése es nuestro Ozzie, dijeron los compañeros de cuartel. Es el Conejo, es Bugs; salieron uno tras otro y dejaron solo a Ozzie, que miraba a los chicos y chicas de instituto que se arrastraban perezosos por una pista de baile de Filadelfia.

Dos semanas después siguió las instrucciones que le habían dado para llegar a una casa del barrio de Sanya, en Tokio. Cruzó una aldea de traperos edificada con materiales recogidos en otras zonas de la ciudad. Las viejas recorrían lentamente los callejones cargadas con botellas vacías, patas de sillas rotas, restos indefinibles de basura. Las casas te llegaban al hombro, y estaban construidas con viejas cajas de embalaje y tiras de metal laminado; las paredes las rellenaban de trapos y cartones. Había colas de personas para vender su sangre en las unidades móviles, personas cuyos cuerpos parecían huecos, tan menudas, en un colapso tan absoluto. Jamás tocaría fondo. Por mucho que te hundieras en el mundo, siempre quedaban distancias por recorrer, cosas peores que ver y experimentar. Prefirió atravesar con calma ese sector. Quería ver lo que allí había.

Entró en una vivienda y, por una puerta abierta, miró el interior de un piso donde un joven intentaba reparar un mimeógrafo. Konno le había dicho que subiera a la cuarta planta, pero no le facilitó el número del apartamento. El pasillo estaba a oscuras y olía mal. Un crío gemía en alguna de las plantas superiores.

Hidell sube por la escalera antigua y crujiente.

En la cuarta planta encontró dos puertas abiertas. Los estudiantes se movían en el interior de los apartamentos, pasaban de uno a otro. Un joven miró a Ozzie, que se había detenido en el umbral y sonreía con la camiseta y los tejanos cubiertos de polvo. El muchacho le devolvió la sonrisa y señaló una puerta del final del pasillo. Oswald llamó y alguien respondió que pasara. Vio un tatami y una mesa baja. Una mujer se movía por la estancia. Rondaba la cincuentena, tenía cara redonda y peinado de hada, y llevaba un kimono de algodón ligero. Se presentó como la doctora Braunfels. Daba clases particulares de alemán y ruso a los alumnos de la Universidad de Tokio. Tenía entendido que Lee quería aprender ruso. Ozzie respondió que así era y esperó. La mujer se sentó sobre la esterilla, con las piernas cruzadas, al otro lado de la mesa. Le pidió que se quitara los zapatos. Eran gestos amables que coincidían con el escenario.

La doctora llevaba los ojos pintados de azul claro, color que hacía juego con el kimono. Lee no esperaba encontrar una europea. Resultaba alentador, positivo, confirmaba que su decisión había sido oportuna, que se adaptaba a circunstancias favorables. Probablemente ella era importante, una asesora de estudiantes radicales y una agente de reclutamiento o tratante de agentes. Le hizo señas para que se sentara en la esterilla. Lo observó mientras adoptaba una posición incómoda, y luego

comieron pastelitos de arroz envueltos en algas.

—Y tú eres Oswald, Lee —dijo por fin, como si quisiera corregir un desequilibrio y añadiera una última nota majestuosa a un comentario diplomático.

Tras la mujer había unas persianas de bambú y, a un lado, un biombo. El techo era bajo, de madera oscura. La estancia estaba salpicada de pequeños objetos lustrados. Tenías que apreciar la casi desnudez, la disposición de los objetos. Ramas en un florero, encima de la mesa lacada.

Lee le comunicó que quería desertar.

—Estuve pensando que éste es el paso que quiero dar, que nunca podré vivir en Estados Unidos. Quiero una vida como la de los estudiantes, política e inmersa en la lucha. No soy un crío inocente convencido de que Rusia es la tierra de sus sueños. Lo analizo fríamente, a la luz del bien y del mal. Creo que en la Unión Soviética existe algo singular que me gustaría comprobar personalmente. Es la gran teoría hecha realidad. Antes de los quince, empecé a adoctrinarme a mí mismo en la biblioteca de Nueva Orleans. Estudié marxismo. Bastaba con que apartara la mirada de los libros para ver ante mis ojos el empobrecimiento de las masas, incluido el de mi propia madre en su lucha por criar tres hijos con todo en contra. Los escritos socialistas me proporcionaron las claves para entender mi entorno. Las tesis eran correctas. El capitalismo está próximo a morir. Adopta medidas desesperadas. El aire se carga de histeria, con el odio a los negros y a los comunistas. Con los militares he conocido la plena fuerza del sistema. El sistema contiene un elemento que desencadena el odio. Me sería imposible vivir en Estados Unidos. Tendría que elegir entre ser obrero de un sistema que desprecio o estar sin trabajo. Nadie sabe lo que siento. Sinceramente, éste es el ideal que deseo alcanzar. No se trata de algo intangible. Estoy dispuesto a soportar sufrimientos y penurias para abandonar definitivamente mi país.

Esa noche estuvo solo en el Queen Bee, y pensó que había abordado con demasiada prisa la cuestión principal. La doctora no se mostró muy complacida con esas noticias y replicó con otras novedades. Le informó de que un par de semanas después su unidad embarcaba rumbo a Formosa, el punto crítico del momento. Le dijo que, por ahora, quería que descartara toda idea de desertar y se concentrara en obtener acceso a fotos y documentos secretos. Ocupó un buen rato en analizar esta cuestión. Le habló de su trabajo, no de su vida. A la doctora le interesaban sintonías tácticas, códigos de identificación, frecuencias de radio. Quería fotos de los U-2 tomadas por aviones de observación.

Cobraría por todo eso, si bien ella se dio cuenta de que Lee no lo hacía por dinero. Concertó un segundo encuentro en Yamato, cerca de la base, y le dio instrucciones precisas. Habló de manera pragmática sobre procedimientos y aparatos, sobre lo necesaria que era la disciplina, en referencia probablemente al arrugado traje de paseo de Lee y a su barba incipiente. Añadió que admiraba a los japoneses porque eran

capaces de pasar toda la vida intentando hacer bien una cosa.

La doctora tenía labios llenos y manos regordetas. Poseía un falso aniñamiento, varias capas de algo astuto y burlón. Lee aseguró que quería aprender ruso.

En el Queen Bee, esperó a que Tammy acabara de trabajar y pasó la noche con ella en el piso que compartía con dos de sus hermanas. Hicieron el amor más o menos furtivamente mientras las hermanas miraban la tele. Enroscado en un ángulo de la estancia, incapaz de conciliar el sueño y con la cabeza apoyada en el pliegue del brazo de su amante, Lee pensó en varias cuestiones que la doctora Braunfels no conocía. No sabía que lo habían asignado a la cocina desde el primer consejo de guerra. Deberes de rancho, deberes de guardia, una sucesión de destacamentos de mierda... cualquier cosa menos controlar pantallas de radar. No sabía que después del segundo consejo de guerra Lee se había quedado sin identificación de seguridad. Ni siquiera sabía que *se formó* un segundo consejo de guerra; si vamos al caso, ni tan sólo estaba enterada del primero, y menos aún de los incidentes que los provocaron. Había algo más que ella no sabía: lo mucho que Lee estaba dispuesto a arriesgar para sustraer documentos de una zona restringida sin disponer de autorización.

Al recordar su cara tersa y redonda, su voz con fuerte acento, se preguntó en la oscuridad: Oswald, Lee, ¿qué tipo de jodienda tenemos aquí?

Al regresar a Atsugi le dio por ir al cine. Vio dos veces cada película, se mantuvo alejado de todos y pasó horas y horas en la biblioteca de la base estudiando los verbos rusos.

Ozzie pensó: ¿y si lo único que le interesa es exprimirme?

Se encontraron en un piso situado encima de la tienda de bicicletas. En el pasillo había un paraguas abierto puesto a secar. La mujer vestía ropa occidental y llevaba un impermeable sobre los hombros. Se estrecharon las manos como compañeros de habitación en un hospital. La doctora tenía una copiosa e irregular mata de pelo que la hacía parecer demasiado joven y que le indujo a pensar que era una persona poco fiable, incapaz de sobrevivir sin dobles sentidos o diciendo algo que significaba exactamente lo contrario.

—Serás mucho más valioso si sigues cumpliendo tus deberes y te comunicas regularmente conmigo —puntualizó—. Acude a donde te envíen. ¿Por qué no? Queremos que sigas adelante. Y avanzarás aquí, no en Moscú o en Leningrado.

—¿Y si estoy decidido a largarme?

—No es el momento oportuno.

—¿No pueden adiestrarme allá y enviarme de regreso?

—Ya estás de regreso.

Era una broma. Lee le comunicó que no tenía documentos interesantes, aunque cabía la posibilidad de que, en un futuro próximo, se hiciera con ellos. Dependía de varios factores. Entretanto, manifestó su buena voluntad mencionando la cantidad y

tipo de aparatos con que contaba su pelotón y los códigos de los aviones que entraban y salían de la zona de identificación. No le contó todo lo que sabía sobre el U-2. Mencionó algunos datos técnicos, tanteando su reacción ante esas palabras. Le dijo que en la base se comentaba que las cámaras del avión exploraban a través de rendijas múltiples.

—¿Cuál es el ancho de la pista?

Lee lamentó tener que contestar que no lo sabía. La doctora preguntó los nombres de los pilotos de los U-2. Quería manuales técnicos, hojas de instrucciones. Lee dio a entender que dispondría de más información si no se torcían las cosas, aunque todo dependía de algunos factores.

Indudablemente, Lee quería aprender ruso. Incluso había llevado un diccionario de inglés-ruso. Al verlo, la doctora Braunfels se tapó con el impermeable. Le dijo que no volviera a hacerlo. Ella traería los libros que necesitaran.

Se sentaron a la mesa, bajo una tenue luz, para corregir la pronunciación. La doctora pareció quedar impresionada por los esfuerzos de Lee. Si él estaba dispuesto a seguir estudiando por su cuenta, sin llamar la atención, la mujer le proporcionaría toda la ayuda que pudiera. Habló largo y tendido del idioma, aparentemente en contra de sus deseos, conmovida ante la sincera decisión de aprender por parte de Lee.

Al trabajar con ella, emitir nuevos sonidos, observar sus labios, repetir palabras y sílabas, y comprobar que su tono llano adquiría textura y dimensión, Lee casi creyó que se estaba rehaciendo, que daba pie a una versión más grande y profunda de sí mismo. Esa lengua poseía magnitud, una profunda honradez. Pensó que la mujer era una profesora competente, firme y severa, y tuvo la sensación de que intercambiaban un sincero gozo.

—Dentro de un milenio —le dijo Lee—, la gente consultará los libros de historia y sabrá dónde se trazaron los límites, quién eligió bien y quién se equivocó. La dinámica de la historia favorece a la Unión Soviética. Está clarísimo para todo aquel que crece en Estados Unidos y mantiene una mentalidad abierta. Tampoco ignoro los valores y las tradiciones. Lo cierto es que existe el potencial para sentirse atraído por esos valores. Todos desean amar a Estados Unidos. Sin embargo, ¿cómo es posible que un hombre honrado olvide lo que ve en las concesiones mutuas y cotidianas que se parecen a un millón de guerras en tono menor?

Reitmeyer escuchó los saludos, acompañados de diálogos titubeantes y ademanes, entre su intermitente compañero Oswald y el cabo Yaroslavsky. Le llamó la atención que un par de marines se presentaran todos los días a la revista parlotando en ruso. A Reitmeyer le olió mal. Sinceramente, le molestaba que lo convirtieran en una broma secreta, que se rieran al pronunciar ciertas expresiones, que se llamaran camaradas entre sí. A ellos les parecía divertidísimo. Siete, ocho, nueve días corriendo. Era una ridícula jerigonza extranjera. Sólo puede pasar en América, como suele decirse. Pero

estamos en Japón, se recordó, y todos los días son extraños en el fabuloso Oriente.

Vio que Tammy se pintaba los labios con lápiz para cejas, la moda de aquel año entre las adolescentes japonesas. Era más joven que Mitsuko, pero no mucho más. Mitsuko se había esfumado en el mundo flotante y cabía la posibilidad de que Tammy la siguiera en cualquier momento. Ahora posaba para él con una blusa vaporosa y pantalones de torero. A Ozzie ya no le daba vergüenza que otros marines le vieran en compañía de una mujer tan acicalada. Los chicos del MACS-1 no entendían ni jota.

Tammy lo llevó a un local llamado Loneliness Bar, donde las camareras lucían trajes de baño tratados con una sustancia química. El juego consistía en raspar una cerilla en el trasero de la chica que pasaba junto a la mesa. Cuatro soldados negros que hacían el tonto jugaban a encender cerillas en los brillantes traseros. De la falange de cada dedo asomaban fósforos. Chillaban y reían, y no lograban dominar su asombro. Eran negros jóvenes del sur, torpes y espigados, con una simpática actitud bufonesca. Lograron que Lee se preguntara qué habría sido de Bobby Dupard. Ese recuerdo le aguó la velada. Bebió cerveza en medio del hedor de las cabezas de cerillas quemadas y, con frases sencillas, contó su pasado a Tammy. Una noche en la vida del Loneliness Bar.

Tres días después experimentó un ardor insoportable al orinar. Le quemaba por dentro. Dos días más tarde reparó en una densa supuración en el mismísimo órgano. En mitad de la noche se encaminó al retrete para estudiar el líquido, ese horrible goteo amarillento. Le hicieron una serie de pruebas de laboratorio, le aplicaron novecientas mil unidades de penicilina, por vía intramuscular, en el transcurso de tres días, y lo destinaron a tareas ligeras.

Ozzie tenía gonorrea.

El piloto llega en ambulancia, escoltado por guardias armados. Lleva un casco blanco adosado a su traje hermético y se acerca sin tardanza al avión sin identificar. El personal de tierra y los guardias retroceden a medida que el motor emite la aguda señal que siempre provoca que un puñado de hombres salga del cobertizo del radar para contemplar cómo vuela por la pista del reactor bandido-negro. Todo acaba casi en el acto: el sonido agudo aumenta, los artilugios de ruedas y montantes mantienen a nivel las largas alas hasta que el aparato alcanza la velocidad de vuelo. El avión ya cruza el aire, todo está en su sitio, los hombres intentan seguir el rastro de ese ascenso rápido e inclinado, el salto brillante hacia otra piel. Fruncen la cara y contemplan la bruma. El objeto ya ha desaparecido, forma parte de la quietud de las alturas, del cielo llano e implacable, dejando a su paso una serie de maldiciones lentas y cansinas y de murmullos de incredulidad.

Quienquiera que sea, al margen de cuál sea su base o su misión, tarde o temprano

el piloto piensa en los artículos almacenados en la mochila del asiento. Agua, raciones de campaña, cohetes de señales y un botiquín de primeros auxilios; cuchillo de caza y pistola; una jeringa, con su aguja, cargada con una toxina letal y oculta en un falso dólar de plata. («Chicos, preferimos que no tengan ocasión de interrogaros, aunque sabemos que no soltaríais ni una palabra»). También contiene la delicada carga de ciclonita que pulverizará la cámara y el equipo electrónico en una cantidad indeterminada de segundos, después de que el piloto active el cronómetro y encaje los pies en los estribos del asiento eyectable, en el caso de que surgiera la remota posibilidad de que dicha maniobra fuera necesaria. («Supongo que sabéis que el asiento eyectable puede provocar la amputación de las extremidades si las cosas no funcionan a la perfección, por lo que tal vez deberíais pensar en dejaros caer lentamente, como si no quisierais despertar a los niños»). Tarde o temprano, el piloto no puede dejar de pensar en la posibilidad de que ocurra lo peor. Una pérdida de velocidad a altitudes extremas. O un cohete SA-2 que por mala leche estalla cerca y se carga un estabilizador. («No es que los muy cabrones posean los conocimientos técnicos para alcanzar tanta altura»). A continuación se encuentra en la estratosfera, de paseo por los cielos con una mochila en la espalda, e intenta convencer a una mano perezosa para que tire de la anilla. A quince mil pies ocurre automáticamente, *paf*, el penacho naranja se despliega desde sus omóplatos. Se convierte en un descenso solemne. El piloto flota por el azul infinito, al tiempo conmovido por la belleza de la tierra y la necesidad de pedir perdón. Es un desconocido envuelto en una máscara, y cae. Entrevé gente, obreros agrícolas, niños que corren hacia el sitio donde el viento lo posará. Han echado hacia atrás sus toscas gorras. Está lo bastante cerca para oír sus llamadas, las palabras que rebotan se desvían y son conducidas por los contornos de la tierra. El terreno huele a fresco. Desciende hacia la primavera en los Urales y comprueba que esta visión privilegiada de la tierra induce a la verdad. Quiere decir la verdad. Quiere vivir otro tipo de vida, más allá de los secretos, las culpas y la influencia de graves acontecimientos. En esto piensa el piloto mientras se balancea y desciende suavemente hacia los campos rojizos de un paisaje tan delicado y acogedor que casi podría ser su tierra.

20 DE MAYO

Laurence Parmenter reservó una plaza en el vuelo diario a la Granja, la base secreta de instrucción de la CIA en Virginia. El vuelo funcionaba bajo cobertura militar y lo utilizaba, sobre todo, personal de la Agencia que tenía que cumplir breves tareas en la base.

Oficialmente, la Granja se conocía por el criptónimo ISOLATION. Los nombres de lugares y operaciones configuraban un lenguaje especial dentro de la Agencia. Parmenter se interesaba por la forma en que dicho lenguaje encontraba constantemente un nivel más profundo, un nivel secreto al que no tenían acceso los que estaban al margen de los cuadros. Era posible afirmar que, en la Agencia, la hermandad más estrecha correspondía a los encargados de las listas crípticas, a quienes diseñaban las claves y los grupos indivisibles de dos letras y conocían el verdadero nombre de las operaciones. Camp Peary era la Granja, y la Granja era ISOLATION, y probablemente ISOLATION tenía en algún lugar —en una caja fuerte cerrada con llave o en ordenador enterrado— un nombre aún más secreto.

Mostró su placa laminada al PM de la puerta. La placa estaba codificada a fin de que el ojo entrenado supiera qué nivel de autorización tenía su poseedor. Después de la carta de censura, asignaron a Parmenter a lo que jocosamente llamaban la junta de esclavos, una división de apoyo a servicios clandestinos, y le entregaron una nueva placa con menor cantidad de pequeñas letras rojas alrededor del borde. Su esposa solía decir: «¿Cuántas letras tienes que perder para desaparecer?».

T. J. Mackey lo esperaba en la casa del guarda. Llevaba pantalón de faena esmeradamente planchado y tenía la expresión de un portero con abrigo dorado a la entrada de un nuevo hotel. Evidentemente, no quiere que sus amigos lo vean.

Llevó a Parmenter hasta la zona JOT, donde los aspirantes a agentes recibían instrucción en todo lo habido y por haber, de artes paramilitares o contraespionaje. Se sentaron a solas en uno de los cuatro sectores de graderías que configuraban un anfiteatro alrededor del foso. Dos jóvenes luchaban cuerpo a cuerpo en el polvo. Un instructor daba rápidas vueltas a su alrededor y hablaba en una lengua que Larry no reconoció.

—Al principio la suerte nos sonrió, pero hemos llegado a una situación estática —explicó a Mackey.

—Me puse en contacto con Guy Banister.

—En Camp Street.

—Exactamente. Habló con el despacho de campaña del FBI en Dallas en relación con Oswald. Al final le dieron una respuesta. Abandonó Dallas el 24 o el 25 de abril.

—Está casado con una rusa.

—Salió de Dallas el 10 de mayo con el bebé.

—Nadie sabe adónde fue.

—Así es.

—Lo que nos deja en pelotas.

—Supuse que tenías una línea de comunicación.

—Sí, George de Mohrenschildt, pero está en Haití. Además, no quiero que sepa lo mucho que Oswald nos interesa.

—¿Tanto nos interesa?

—Parece adecuado, tanto políticamente como en otros aspectos. Win quiere un tirador con credenciales. Es un ex marine. Logré acceder a su boletín de calificaciones M-1 y a otros registros.

—¿Sabe disparar?

—No está muy claro. Cuanto más analizo los registros, más claramente percibo la necesidad de un analista. En líneas generales, sus clasificaciones dejan mucho que desear. Parece que lo hizo lo mejor posible el día que disparó para que le puntuaran. Lo clasificaron con un dos doce, lo que le convierte en tirador de primera. Sin embargo, le concedieron una denominación inferior. Por lo tanto, o la puntuación o la denominación está equivocada.

—O el chico mintió.

—Deberíamos discutir otro asunto, aunque le dije a Win que me parece prematuro. Me refiero a disparos accidentales.

—Quieres algo realista. Y eso significa ráfagas múltiples de diversas direcciones.

—Win aconseja que alcancemos la limusina presidencial, la calzada, a un hombre del servicio secreto, pero que no disparemos a nadie que vaya en el coche.

—Que alcancemos a un hombre del servicio secreto.

—He dicho alcanzar, no matar.

—No estamos hablando de un experimento controlado —advirtió Mackey.

—Si fuera posible, trataríamos de herir a uno de los hombres que viajan en el coche de la escolta. Tal como se organizan estas cosas, hay dos agentes en cada estribo del coche de la escolta, lo que significa cuatro hombres colgados. El vehículo se desplaza a veinte kilómetros por hora. Como sólo está a metro y medio de distancia del coche presidencial, parece totalmente factible que un agente reciba un balazo dirigido al presidente.

—¿Dónde lo hacemos?

—En Miami.

—De acuerdo.

—Win propone que lo hagamos allí, siempre que sea posible.

—Debe ocurrir en Miami.

—Por supuesto.

—Acordado.

—Tarde o temprano, el presidente se dará un garbeo por Florida. Todos los acontecimientos políticos señalan en esa dirección.

Otros dos jóvenes entraron en el foso. Mackey comentó que eran survietnamitas

instruidos para colaborar con la policía secreta. Llamaban reclutas negros a los extranjeros que asistían a las sesiones de la Granja. Según Mackey, algunos reclutas que debían realizar misiones muy delicadas fueron trasladados a Estados Unidos bajo tales condiciones de seguridad que ni siquiera sabían en qué país se encontraban. Larry pensó que era una exageración. Basta mirar los condenados árboles para saber que estás en Virginia. Tuvo el buen cuidado de no comentarle nada a T-Jota. No convenía discutir con T-Jota sobre temas que pudieran afectar sus intereses.

Mackey comunicó a Parmenter que se mantendría en estrecho contacto con Guy Banister. La agencia de detectives de Banister era la Gran Estación Central de la aventura cubana. Renegados de las más diversas procedencias pasaban por allí. Guy les ayudaría a encontrar un sustituto del chico que justo ahora había desaparecido. Encontrarían a un experto con el rifle y la mira telescópica, un tirador capaz de volarle un dedo a un hombre agarrado a un coche.

Parmenter se fue y T-Jota continuó en las gradas, observando a los vietnamitas que repartían golpes. La nueva estación candente era Saigón. En la base no se hablaba de otra cosa. Meterían Cuba en una caja, lo que para él era perfecto. Que olviden, que encuentren un nuevo juguete. Así tendría aún más fuerza la operación en Miami.

Pocas horas después, Mackey estaba en su caravana, en un bosque de las afueras de Williamsburg. Las luces de los faros flotaron entre los árboles y en seguida oyó el estrépito del Bel Air del 57 de Raymo. Abrió la puerta de la caravana y vio apearse a dos hombres con los movimientos rígidos y pesados propios de quien ha pasado largo rato en un coche.

—Llegáis justo a tiempo para cenar, pero no hay nada —dijo Mackey.

Las palabras sonaron bruscas y diáfanas en la noche tranquila.

—Quizás un trago. Un buchito —sugirió Raymo—. Comimos en la carretera.

El otro hombre, Frank Vásquez, se dedicaba a retirar mantas y ropa del asiento trasero; retrocedió, se irguió, se dio la vuelta con las manos ocupadas, dio un violento empujón a la puerta con la cadera y remató la faena con una dulce patada para cerrarla. Raymo, que caminaba hacia la caravana, meneó la cabeza al ver cómo trataba Frank aquel coche que en otros tiempos fue maravilloso.

—Hay mucho café —ofreció Mackey—. Me alegro de verte. ¿Cómo va todo?

—Me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo va todo?

—Hola, T-Jota.

—Hola, Frank. Creía que te habrías hecho arreglar la dentadura.

—Jamás —declaró Raymo.

Se abrazaron y se palmearon la espalda entre topetazos distraídos.

—¿Cómo va todo?

—Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado, amigo.

De pie junto a la puerta de la caravana, mientras intercambiaban asentimientos, miradas y frases a medias, todo quedaba claramente delineado, sus palabras sonaban moduladas en el aire suave y ligero.

Mackey dispuso un espacio para que dejaran las cosas en la caravana. Se sentaron a beber café. Raymo, un hombre rechoncho de poblado bigote, estaba junto a la mesa plegable. Vestía un sombrero negro de vaquero, camiseta negra, pantalón de faena y botas de combate: su traje de calle. Sin lugar a dudas, Mackey quería que Raymo participara en esto. Raymo era incapaz de encender un fósforo, pasear el perro o rascarse la cabeza sin que su actividad revelara la resuelta energía de su cólera. Era una conciencia tácitamente compartida: Bahía de Cochinos, la batalla de Playa Girón, el nombre daba igual. Incluso su robustez, esa carne compacta, parecía un tipo de energía e intencionalidad. Su camiseta tenía grabado un flamenco. Era la única persona en la que T-Jota confiaba plenamente.

—Pasamos parte de abril en la cosecha.

—Recolectando naranjas en Florida —puntualizó Frank.

—Llenamos cubos de diez cajas. ¿Cuántos kilos crees que contienen?

—Se cayó de la escalera —añadió Frank.

—Hombre, te aseguro que es un trabajo pesado.

—Y después nos fuimos a Live Oak, cerca de la frontera con Georgia.

—Apilamos esos enormes fardos de tabaco —explicó Raymo—. Parecen sábanas descomunales. Acabas deslomado, T-Jota.

Mackey sabía que trabajaban en todo lo que podían, de noche, en su tiempo libre, que hacían cualquier chapuza con el propósito de ahorrar dinero y meterse en un negocio, quizás una estación de servicio o una pequeña constructora.

—Entonces mi esposa nos llamó desde Miami —prosiguió Frank—. Vinimos sin pensarlo dos veces.

Cruzaron Georgia y las dos Carolinas para enterarse de las noticias que T-Jota les tenía reservadas. Sólo podía tratarse de una operación cubana. Ninguna otra cosa haría que T-Jota se pusiera en contacto con ellos, y ninguna otra cuestión los habría llevado hasta allí.

Vásquez estaba sentado en la litera. Su cara era delgada y tristonca y se habría sentido cómodo con un delantal de zapatero en una tienda estrecha y oscura de cualquier calle secundaria de la Pequeña Habana. Tenía dos hileras de dientes en la encía inferior, o quizá sólo fuera una, alineada a la buena de Dios, con zigzags y piezas cruzadas. Le daba aspecto de santo de los pobres. Un hermano y un primo perdidos en Red Beach, otro hermano al que dejaron morir en una huelga de hambre en la cárcel de La Cabaña. En Cuba, Frank había sido maestro. Ahora, entre un trabajo y otro, Raymo y él frecuentaban un campo de instrucción de Everglades con la única arma que poseían entre los dos: un Winchester cubano, montado con componentes de tres rifles y con recambios fabricados a mano. Entrenaban con

algunos de los grupos allí reunidos y vivían en chozas abiertas construidas con troncos de eucalipto y diversas variedades de hiedra. Raymo disparaba el fusil, se colgaba de las lianas y meaba entre los altos pastos. Frank practicaba un poco de tiro al blanco pero, por lo demás, se quedaba quieto, el compinche eterno y silente, vestido como siempre, con un pantalón que le iba demasiado grande y una camisa sepia sin mangas que llevaba suelta.

Al principio, ambos habían estado con Castro en la sierra.

—Frank, ¿tu esposa y tus chicos están bien?

—Se apañan.

—Tres críos, ¿verdad? ¿Y tú, Raymo? ¿No ha aparecido la mujer de tu vida?

Éstos eran los únicos hombres con los que Mackey hablaba así, mediante prolongados y ceremoniosos saludos, pequeños trazos de noticias sobre la familia y otros detalles del ser. Era un prolegómeno imprescindible. Sabía que lo esperaban y había terminado por desearlo. Tenían que decirse algo. Entre ellos sólo existía un tema que no se ajustaba a la charla relajada. Fueron al grano. Mackey les proporcionó los antecedentes de la operación. La respaldaban hombres totalmente consagrados. El objetivo consistía en electrizar a la nación para que tomara plena conciencia del peligro de una Cuba comunista. La Dirección General de Inteligencia sería denunciada como una organización criminal dispuesta a adoptar medidas extremas contra importantes figuras opuestas a Castro.

Les comunicó que se estaba tramando un atentado destinado a implicar a la DGI. Quería que Frank y Raymo intervinieran y les dio algunos detalles operativos. Rifles de gran potencia, posiciones elevadas, una sucesión de pruebas colocadas adrede, alguien que soportara la caída. Habría quinientos dólares mensuales para cada uno, a partir de ese momento, y una bonita bonificación una vez cumplido el trabajo. Aseguró que los hombres que respaldaban el plan eran respetados veteranos de la Agencia que creían profundamente en una Habana libre.

No mencionó a Everett y a Parmenter con sus nombres y apellidos. Tampoco les dijo quién era el blanco ni dónde tendría lugar el atentado. Iría soltando detalles conforme pasara el tiempo, según surgiera la necesidad. No les dijo que se esperaba que fallaran.

Los Parmenter vivían en una pequeña casa de madera al final de una acera de ladrillo de Georgetown. La acera se combaba y ondulaba, y la casa antaño original había adquirido poco a poco un aspecto lamentable, una reliquia pardusca en la que nadie reparaba.

Fue Beryl quien insistió en vivir allí. Dijo que los suburbios municipales no iban con ellos. Cháchara privada mientras compartían copas y cenas con los colegas y sus ansiosas mujeres. Beryl quería vivir en la ciudad. Montantes de abanico, hierros forjados, ventanas emplomadas. La seguridad de una vivienda pequeña y oscura,

salpicada de viejas cosas archiconocidas, libros, alfombras, polvo, la bodega para Larry, cierta pequeñez, cierta imperceptibilidad (si es que la palabra existe). Las casas largas, bajas y de espacios abiertos, con jardín y cobertizo para el coche, la hacían sentir espiritualmente atemorizada.

Vaso en mano, ahora Larry deambulaba por las pequeñas habitaciones vestido con un batín de enormes rayas. Beryl estaba en el escritorio y recortaba artículos de periódico para enviarlos a sus amistades. Era una pasión recientemente descubierta, semejante a la de alguien que, en mitad de la vida, descubre que ha nacido para exhibir perros de pura raza. Comparado con este hábito, nada de lo sucedido hasta entonces tenía significado. Sobre el escritorio se apilaban los periódicos de una semana. Enviaba recortes a todo el mundo. De pronto había una infinidad de cosas que recortar.

—Mira esto. ¿Debo enfadarme o reírme? —Se volvió en busca de su marido—. Larry, mira esto. La CBS ha prohibido a un cantante folk llamado Bob Dylan que interprete una de sus melodías en *The Ed Sullivan Show*. La consideran demasiado polémica.

—¿Qué tiene de polémica?

—Se llama *Talkin' John Birch Society Blues*.

—¿Es blanco o negro? Los blancos no deberían meterse con los blues.

—Es inconcebible, han prohibido que suene en las ondas.

—Me lo pensaré, concédeme diez minutos.

—Chico, conozco muy bien las señales.

—¿Qué señales?

—Sé exactamente lo que significa cuando deambulas por la casa bebiendo ginebra: nostalgia de Guatemala.

Algunas personas creían que Beryl tenía dinero. Era una más de las falsas impresiones creadas a su alrededor. En realidad, tenía una tienda de marcos para cuadros pequeños en Wisconsin Avenue, simplemente un ingreso marginal: litografías, fotos, marcos. Otros la consideraban creativa. Consagrada a las artes más delicadas, a la fabricación de colchas de retazos, las acuarelas. Tenía una actitud y unos modales que, hasta cierto punto, la gente consideraba originales, una especie de aislamiento en medio de la muchedumbre. Llevaba prendas cómodas. Se vestía con ropa deportiva, una mujer menuda semienterrada en tonos pastel. Siempre daba la sensación de permanecer en un sereno retiro debido al miedo o al sufrimiento. Compraba mocasines descartados por la fábrica, nunca se ponía joyas y guardaba instantáneas de su madre en sus libros de cabecera. La gente opinaba que era una heredera de sopas enlatadas que pintaba marinas con pájaros. Se alimentaba a base de papillas y hablaba suavemente, con una ligera ronquera, con cierto atractivo sexual. A los cuarenta y siete era muy sexy. Aún había algo envolvente en ella. El balanceo erótico al andar, la voz oscura. Tenía un modo tajante de espetar amistosos insultos a la gente en la cara. Entraba en una habitación con un suave contoneo y se podía

percibir las expectativas de los presentes. Estaban dispuestos a reír antes de que Beryl dijera esta boca es mía.

Se consideraba una característica de la sofisticación de los Parmenter el hecho de que Beryl despotricara contra la Agencia ante la compañía más diversa, mientras Larry permanecía sonriente.

Y no porque ella hablara en broma.

—No, te aseguro que no me burlo. Admiro lo que hiciste en Guatemala. Discrepo políticamente, pero en otros sentidos me parece admirable. Casi no hubo derramamiento de sangre, lo que me parece realmente loable.

—Fue una operación de manual.

—Claro que la operación habría estado de más si los guatemaltecos no hubiesen recuperado las tierras pertenecientes a la United Fruit.

—¿Eso fue lo que ocurrió? Ah.

—Adoro tu forma de decir «operación de manual».

Sí. También fue la experiencia cumbre en la carrera de Larry, instalado en una emisora de radio supuestamente dirigida por los rebeldes desde un puesto avanzado en la selva guatemalteca. En realidad, las emisiones procedían de un caserón de Honduras y los mensajes intentaban presionar al gobierno izquierdista y acrecentar la inquietud popular. Rumores, falsos partes de guerra, códigos carentes de significado, discursos incendiarios, órdenes destinadas a rebeldes inexistentes. Fue como un proyecto escolar encajado en la estructura de la realidad. Parmenter escribió personalmente el texto de algunas transmisiones y buscó imágenes vívidas, campos de cadáveres en vías de putrefacción, pilotos de cazas que desertaban con sus aviones. Un piloto de carne y hueso arrojó cartuchos de dinamita por la ventanilla de su Cessna. Una bomba de verdad cayó en una plaza de armas y levantó una agorera columna de humo. El gobierno cayó nueve días después de que transmitieran que una fuerza invasora de cinco mil efectivos avanzaba sobre la capital. La fuerza se hizo presente en ese momento: varios camiones y una furgoneta abarrotada, alrededor de ciento cincuenta reclutas andrajosos.

Después, a Larry le presentaron a Eisenhower y mejoró su situación en el estado mayor. Habían pasado nueve años desde entonces. Durante un tiempo, trató con propiedades, empresas legalmente constituidas en sociedad que, de hecho, estaban financiadas y controladas por la CIA. Cuando la Agencia quería hacer algo interesante en Kurdistán o en Yemen, solicitaba su constitución como sociedad en Delaware. En esa época estableció contacto con diversos activos de la Agencia que poseían holdings importantes en zonas sensibles del planeta. Un hombre de la United Fruit, otro del Oil Trust cubano-venezolano (de hecho, se trataba de George de Mohrenschildt). Bancos comerciales, empresas azucareras, traficantes de armas. Una extraña convergencia de motivos y holdings. Intereses en hoteles por aquí, intereses en el juego por allá. Hombres de pintorescas historias, que a veces incluían la cárcel. Comprendió que existía una afinidad natural entre los negocios y el trabajo de

espionaje. También se dio cuenta de que las empresas que ayudaba a crear como cobertura para operaciones de la Agencia podían proporcionar beneficios legítimos... y, yendo un poco más lejos, enormes ganancias personales.

El contacto con hombres acaudalados e influyentes fue una experiencia tonificante para alguien acostumbrado a creer en el genio norteamericano para crear posibilidades de acceso a nuevos niveles de privilegio. Descubrió que se podía ser rico sin nacer como tal. La Agencia poseía ingentes caudales de información sobre las repúblicas bananeras y sus dirigentes. Larry cambió secretos por algunas actividades de apoyo. Pasó una temporada en Cuba, donde organizó transacciones entre el gobierno de Batista y los intereses norteamericanos. Contribuyó a organizar reconocimientos de minerales, acuerdos de urbanización, contratos para perforar, concesiones en los casinos. Viajó a la provincia de Oriente para conocer el alcance de la amenaza rebelde en los campos de caña de azúcar controlados por empresas estadounidenses. El alcance era enorme. Cuando los ejecutivos norteamericanos abandonaron sus calles resguardadas por palmeras y sus grandes casas blancas, cuando cocineros y jardineros buscaron nuevas colocaciones, cuando huyeron los guardias de la compañía, cuando fue invadido el puesto militar local, la fortuna de Laurence Parmenter seguía en el subsuelo de las propiedades petrolíferas inexploradas de Cuba.

—Larry, me gusta ese batín. Pareces Orson Welles en plena profundidad de campo.

Parmenter permaneció en el umbral y sonrió distraídamente ante la conocida monotonía de la voz de Beryl, sin prestar atención a lo que decía.

—Pensándolo bien, te diré a quién me recuerdas. Pareces uno de los barones corruptos de *Iván el Terrible*, deliciosamente envueltos en pieles. Prepárame un trago para hacerte compañía. Deberíamos hacernos compañía.

Después de la revolución surgió el plan de la invasión. Ayudó a crear la Double-Chek Corporation, tapadera para el reclutamiento de instructores de pilotos. A continuación se inauguró Gibraltar Steamship, una empresa cuyo director nominal era un ex funcionario del Departamento de Estado y ex presidente de la United Fruit. Parmenter no siempre sabía dónde acababa la Agencia y dónde comenzaban las corporaciones. Había hombres emparentados por sangre y por matrimonio; había directores de empresa que antaño habían sido agentes de información de alto rango; había asesores gubernamentales que otrora fueron directores de empresa. Se trataba de una sociedad a la que consideraba como una versión del ancho mundo pero con mejor funcionamiento, donde las cosas parecían estar relacionadas casi oníricamente. Ahora el plan era más estricto. Estos hombres creían que la historia estaba en sus manos.

Gibraltar Steamship sirvió de cobertura para las operaciones de propaganda contra Cuba. El dispositivo se llamaba Radio Swan, una emisora escondida en una enorme caravana en una isla perdida del Caribe occidental. La isla Grande del Cisne

era producto de siglos de deyecciones de las aves. Albergaba tres cocoteros y veintiocho personas. Todos coincidieron en que se trataba de una cantidad perfecta, que indicaba aridez y aislamiento, los elementos del oficio que ponía el alma a prueba. Parmenter utilizó para la invasión las mismas técnicas de emisión que dieron buenos resultados en Guatemala. Mensajes enigmáticos extraídos de las películas de espías de los años cuarenta. «Atención, Eduardo, la luna está roja». Imágenes románticas que mencionaban los nombres de la fauna local. «La barracuda duerme al atardecer». «El tiburón deja una estela dorada». Más tarde, Mackey le comentaría a Parmenter que mientras esperaba en el transporte, cerca de Blue Beach, esos galimatías le parecieron el sonido de una mente que pierde el rumbo. Degradaron la operación, convirtieron a las tropas combatientes en una condenada ópera bufa.

Mientras se transmitían los mensajes, Larry estaba en Washington, en la sede central de la Agencia para la invasión, un edificio próximo al Lincoln Memorial. Comía un pastoso mejunje servido en un plato de papel cuando llegó a la sala de mandos la noticia de que JFK no autorizaba la cobertura aérea del desembarco. Al principio, nadie lo aceptó. Era inenarrablemente absurdo y cruel. Por la sala de mandos pasó un coronel vestido con ropa para jugar al golf. Los hombres gritaron a sus superiores, se tornaron muy violentos. Alguien vomitó parsimoniosamente en una papelería, agachado y con las manos apoyadas en las rodillas. Win Everett llegó de Miami, redactó su carta de dimisión, la rompió y regresó en avión a Miami para reunirse con los líderes exiliados encerrados en un barracón de Opa-Locka y convencerles de que no hicieran correr la voz del desembarco. Fue el primer velatorio importante en el sur de Florida durante aquella semana.

Nadie usaba la expresión «operación de manual». Larry pensó en los once millones de panfletos que nunca serían arrojados. Sus panfletos. Tres días más tarde, Radio Swan seguía con sus emisiones y prometía a las tropas abandonadas en la ciénaga de Zapata que pronto recibirían refuerzos. Larry dormía en un catre, vestido con ropa sucia, pero se ocupó de afeitarse todos los días. El afeitado influía en su moral, y necesitaba toda la ayuda que pudiera recabar. Varias semanas antes había pedido prestado mucho dinero para comprar acciones de Francisco Sugar a bajo precio. Azúcar era la palabra mágica. Los enterados aseguraban que se obtendrían beneficios abrumadores en cuanto las plantaciones volvieran a estar bajo control norteamericano.

—La gente piensa que somos el matrimonio más extraño que existe —comentó Beryl.

—¿Por qué? ¿Quién lo piensa? ¿Qué tenemos de extraño?

—Simplemente todo.

—Tengo la impresión de que la gente nos considera interesantes.

—Nos consideran extraños. No tenemos nada en común, ni motivos prácticos para estar juntos. Nunca hablamos de cuestiones prácticas.

—No tenemos hijos ni somos padres. Los padres hablan de cuestiones prácticas.

Tienen motivos para ser pragmáticos.

—Con o sin hijos. Créeme, nos consideran raros.

—No creo que seamos raros, me parece que somos interesantes.

—En cierto sentido, somos interesantes, pero también raros. Se centran en mí. De los dos, yo soy la más rara.

—No me gusta este tipo de conversación, no sé sostenerla.

—Creo que no es constructiva.

—Entonces cambiemos de tema —propuso Larry.

—A decir verdad, amor mío, tú eres mucho más extraño de lo que yo podría llegar a serlo.

—¿Extraño en qué sentido? No tengo nada de raro. Esto me resulta chocante.

—Extraño como un hombre. Raro como alguien de quien jamás podré conocer el fondo, la verdad.

—Afortunadamente, lo que dices escapa a mi comprensión.

—Pese a vivir íntimamente con un hombre años y años, creo que jamás podré imaginar lo que significa ser como él.

—Sorprendente. Creí que eran las mujeres las insondables.

—No, no, no, no, no —replicó Beryl con suavidad, como si corrigiera a un niño quisquilloso—. Es la sabiduría que se transmite del hombre al niño, a través de los siglos, cien generaciones de conocimientos y experiencias. Pero sólo se trata de otra mentira de la Agencia.

Desde el momento en que la CIA interceptó la emisión rebelde del 1 de enero de 1959, en la que se anunciaba que el tirano Batista había huido del país a las dos de la madrugada y que Fidel Castro Ruz era el comandante supremo de la Revolución Cubana, desde aquel momento hasta éste de cuatro años y medio después, en que con su batín a rayas le preparaba una copa a su esposa, Larry Parmenter había estado metido en uno u otro complot para recuperar Cuba. Sigues adelante a pesar de todo, decía Beryl. A su esposa le gustaba recordarle que no era un hombre vengativo, que carecía de firmes convicciones políticas y que no odiaba a Castro ni quería que sufriera daños físicos. De hecho, Larry era famoso por haberse presentado en un baile de disfraces como Fidel Castro, incluidos barba, puro y ropa de faena color caqui, un mes antes de la invasión. En su momento pareció muy divertido.

Había algo que a Larry le desagradaba profundamente: el tipo de sujeto con el que a veces tuvo que tratar en los esfuerzos conjuntos por recuperar las inversiones en Cuba. Los intereses en el juego, los casinos y hoteles, los que por costumbre compraban funcionarios y enviaban un tráfico constante de mensajeros que, con los morrales llenos, se desplazaban por las Bahamas hasta el Banco Internacional de Crédito de Ginebra, hombres que añoraban los millones que antaño recogieran de las mesas de juego de La Habana. No quería tener nada que ver con esos cerdos.

Ese mismo día, algo más temprano, un joven entró en la antesala de Guy Banister Associates, en Nueva Orleans. Delphine Roberts, sentada ante su escritorio, mecanografiaba una lista corregida de las organizaciones de derechos civiles, destinada a los archivos de Banister. El joven, con los tejanos arremangados y con barba de dos días, esperó pacientemente. Delphine dejó de teclear por un momento para acomodarse el pelo cardado, una mala costumbre que estaba decidida a abandonar. Reanudó la tarea, consciente de que el joven observaba el calendario colgado en la pared para convencerse a sí mismo de que no le hacían esperar. Conocía el estilo. Era capaz de mecanografiar un texto complejo y al mismo tiempo examinar a una visita. Y este visitante esbozaba una sonrisilla que parecía decir: aquí estoy, soy precisamente la persona que estáis esperando.

—Quiero presentar una solicitud para ocupar un puesto en la empresa. — Delphine siguió tecleando—. Tengo entendido que aceptan personas para trabajos secretos, como mezclarse con los estudiantes o asistir a reuniones políticas. Me refiero a la recogida de información. Quiero presentar una solicitud para convertirme en agente secreto. Tengo un alias verificable. Serví en las fuerzas armadas. He vivido en el extranjero, en una situación que me ha proporcionado una profunda comprensión de la mentalidad comunista.

Delphine no se inmutó. Siempre se presentaba algún provocador sin cita previa en el 544 de Camp Street. Esta dirección parecía atraer a sujetos con las más variadas historias pintorescas.

Dejó de mecanografiar justo el tiempo necesario para entregar una solicitud al joven. El muchacho dijo que debía regresar a su trabajo en la empresa de cafés de la esquina, pero que llenaría el impreso y lo devolvería por la mañana. Abandonó el despacho.

David Ferrie salió de la pequeña trastienda.

—¿Quién demonios era? —preguntó, con su habitual susurro incrédulo.

—Tiene un alias verificable.

—¿Tenemos solicitudes para agentes secretos?

—No. Sólo hay formularios normales.

—En los que se pregunta estatura y peso.

—No tengo ni idea de lo que piden.

—También se pregunta si existen casos de locura en la familia, o el historial clínico.

—Me da lo mismo lo que pregunten, Dave. Estoy muy, muy ocupada.

—¿Es posible que una persona explique sus enfermedades en un impreso?

David Ferrie entró en el despacho de Guy Banister, que estaba vacío, y se asomó por la ventana de la calle lateral. Intentaba ver al joven cuya voz acababa de oír. ¿Había percibido algo familiar en el tono? ¿Lograría encajar un rostro con esa voz?

Contempló el enjambre de seres que hormigueaban por la calle. Abundan los negros, pensó. Pero ni el menor rastro del chico de voz melodiosa que sueña con ser espía.

EN FORT WORTH

Incluso a su regreso era un militar. Su padre era un veterano. Sus hermanos servían en las fuerzas armadas. Mi propio hermano era marino. Éramos una familia de militares. Cada mes, regularmente, me enviaba una parte de su paga, y cuando se enteró de mis lesiones —se las expliqué por carta— solicitó la licencia porque yo me encontraba incapacitada para trabajar, y durante seis meses trató de ganar dinero para mí. Entonces estaba destinado en California y le dejaron salir antes para que ayudara a su madre.

La herida la causó un frasco de caramelos al caer de un estante; cuatro médicos me han hecho radiografías de la nariz y de la cara y hay que pagar el tiempo que paso trasladándome y los gastos del coche, y la tienda sigue sin soltar la pasta. Soy una mujer incapacitada que no puede ganar un céntimo. Como en los tiempos del señor Ekdahl, que ganaba diez mil dólares anuales y tenía una cuenta de gastos tan abultada que se las arregló para no tener que pagarme.

Olvidaba decir que Lee tenía una voz maravillosa y que a los seis años cantó como los ángeles en Covington, Louisiana. Actuó de solista en la iglesia luterana, cantó *Noche de paz*, puede comprobarlo.

Entonces el chico vuelve del servicio militar y dice que trabajará en un carguero y que me enviará dinero. Fue nuestra única conversación en los tres días que durmió en un catre en la cocina, el único lugar que pude hacerle, aunque también me contó que había aprobado los exámenes del instituto, madre, no sé de qué te sirven si vas a acarrear cajas en un barco.

Durante esos tres días sólo estuvo a ratos, y luego empacó la bolsa y se marchó. Recibí una carta con matasellos de Nueva Orleans en la que decía haber reservado pasaje en un barco para Europa. Es difícil de aceptar, señoría. En la carta no menciona nada de los cargueros. No es capaz de trabajar en nada el tiempo suficiente que me permita encontrar una vivienda para los dos. Dice: «He reservado pasaje». Dice: «Mis valores son muy distintos de los de Robert o los tuyos». Dice: «No te hablé de mis planes porque no creo que puedas entenderlos».

La lucha que pende sobre mi vida es lo que le obligó a irse.

Tarjeta postal #3. A bordo del carguero *Marion Lykes* rumbo a Le Havre. El solitario excéntrico no tiene prácticamente nada que intercambiar con los otros tres pasajeros durante los dieciséis días de travesía. Mares grises, grandes olas, comidas irregulares. Comenta que asistirá a una escuela en Suiza, pero no menciona el nombre de la institución ni los estudios que se propone seguir. Elude los amistosos intentos de una pasajera por fotografiarle. Es una mujer muy simpática, casada con un teniente coronel retirado del ejército de Estados Unidos. Esperaba que en alta mar podría sentarse en la cubierta del barco sin tener que responder a las preguntas de un militar

perspicaz. Con quien menos habla es con el cuarto pasajero, su compañero de camarote, un niño recién salido del instituto que va a Francia para estudiar francés. Es texano, y exteriormente lo bastante parecido a Lee para ser la versión que el mundo prefiere de este tipo de joven. Tiene la sensación de que la sombra de su propia vida continúa interponiéndose en su camino. Los observa cuando cenan en el comedor de oficiales y cree comprender por qué parecen tan satisfechos de sí mismos: han comenzado a percibir la fuerza de ser norteamericanos. Casi brillan con esta certeza, rumbo a orillas extrañas, rodeados y atendidos por una tripulación en parte extranjera y mayoritariamente de piel oscura, se regodean con sus actitudes francas y positivas, sus valores democráticos, su fuerza moral, la forma en que usan el tenedor y el cuchillo y sonríen. Por este motivo Lee no come con ellos ni comparte sus conversaciones.

Ante sus ojos, en un plato blanco, reposa la mondadura en espiral de una naranja. Recuerda los nueve meses que pasó en la Estación Aérea del Cuerpo de Marines en El Toro, California, después de su estancia en Japón. Prosiguió los estudios de ruso, aprendió algo de español (eran los tiempos de Fidel Castro) y desarrolló cierto escepticismo ante la empresa en que ahora estaba comprometido.

En la biblioteca de la base encontró un catálogo con los nombres de los centros de estudio en el extranjero. Examinó la lista en busca de escuelas desconocidas en determinados lugares y escribió pidiendo una solicitud de ingreso al Albert Schweitzer College de Churwalden, Suiza. Tenía que inventarse un motivo para viajar al extranjero, ya que tras el servicio activo los marines están dos años en la reserva.

En el apartado de intereses específicos de la solicitud escribió: *Filosofía, Psicología, Ideología, Fútbol, Béisbol, Tenis, Filatelia.*

Interés vocacional (si ya lo ha decidido): *Ser escritor de cuentos sobre la vida norteamericana contemporánea.*

Bajo cierta luz, el mar se vuelve verde, un revoltijo lento y opaco que él contempla desde la cubierta. Baja y se tiende en la litera, consciente del lento y estrepitoso crujido del barco, como una mente que se agita a su alrededor. Las guindalezas son cabos para echar las amarras.

En la solicitud de ingreso en el Albert Schweitzer no olvidó señalar que, una vez terminadas las clases, pensaba asistir a los cursos de verano de la Universidad de Turku, en Finlandia.

Hidell se arrastra poco a poco hacia el este.

19 DE JUNIO

Mary Frances aparcó bajo un roble en la calzada circular del College of Education, u Old Main. Le gustaba que el despacho de Win estuviera en el edificio más antiguo del campus. Le agradaba aquel edificio, con sus arcadas de entrada y sus columnas de dos plantas. Denton tenía calles ocultas, exhalaba una sensación de historia lánguida, una vieja quietud norteamericana, melancólica e inmutable, y también esas huellas más viejas, ideas y valores más antiguos escritos en piedra caliza y en mármol, en volutas en lo alto de una columna o en los detalles de un friso en forma de billete de banco. Old Main, el palacio de justicia del condado, las casas de amplia fachada, los hogares de porches profundos y umbríos, los árboles, las calles con nombres de árbol... todo eso la colmaba, le hacía pensar que la felicidad vivía minuto a minuto en lo que ella veía y oía. Ser feliz era una tenue conciencia, la suma de las tenues conciencias, día tras día y minuto a minuto, y ahora lo sabía, con el pelo y con la piel tanto como con el corazón.

Suzanne estaba sentada junto a su madre, con los brazos a lo largo del cuerpo y las piernas blancas y delgadas extendidas en una muestra de falsa sumisión. No se dirigían la palabra.

Ahora se podía ser feliz. No hacía falta experimentarlo en retrospectiva, según creía Win, tal como solía explicarlo con sus suaves modales, con la expresión de lo que él llamaba un profesor fracasado ligeramente inclinado hacia la derecha. No se trataba de un brillo ni de una meditación de brazos cruzados. Ahora podía sentirla, acopiarla en los nombres de las cosas que le rodeaban, en los jaboncillos, en los robles y en los delicados olmos. Le gustaba vivir aquí, después en Miami, La Habana, Ciudad de México, Guatemala, alojamiento provisional en el sudeste de Virginia (ISOLATION), huellas polvorientas de casas idénticas cercanas a la costa de Carolina (ISOLATION TROPIC). Irían a la *steak house* de South Locust a comer gambas gigantes con ensalada, patatas fritas y panecillos calientes; después Win propondría que tomaran un helado en Lane's.

Cielos brillantes y ardientes.

Silencio en el coche, en los jardines abrasados.

Suzanne contenía la respiración.

En su despacho del sótano del Old Main, Win Everett hablaba por teléfono con Parmenter.

—¿Cómo es que Mackey está enterado de todo si no he establecido contacto?

—Todo lo que T-Jota sabe procede del despacho de Banister. Oswald confía en una de las personas de Banister.

—Sigue.

—En enero encarga por correo una calibre 38 de cañón corto a una empresa de Los Ángeles. En marzo pide a Chicago una carabina italiana con mira telescópica.

—Armado y peligroso —le comentó Win, en voz baja.

—Y aquí no acaba la cosa. ¿Estás preparado? Reparte octavillas pro castristas por la calle. Hace dos o tres días estuvo en el puerto y entregó octavillas a los marineros que desembarcaban de un portaaviones.

Everett contemplaba el vacío.

—¿Cómo encaja lo que cuentas con el hecho de que dispone de un despacho en el mismo edificio donde se encuentra la agencia de detectives de Banister, justo encima de su oficina, que es el puñetero eje de la cruzada anticastrista en Louisiana?

—No encaja —replicó Parmenter.

—Me alegra oírtelo decir. Creía que se me había escapado algo.

—Sólo sé lo que me cuenta T-Jota, que es lo siguiente: el sujeto entra en el despacho de Banister y dice que busca trabajo de agente secreto. Banister lo instala en una especie de armario de escobas que hay en el piso de arriba. Este cuartucho se convierte en la central en Nueva Orleans del Comité por el Trato Justo con Cuba. Y el sujeto sale a la calle con camisa blanca y corbata y se dedica a repartir octavillas.

Hablaban de Oswald como «el sujeto» del mismo modo que se referían al presidente como *Lancer*, su nombre cifrado para el servicio secreto. Era una costumbre. Se busca la menor superficie posible a la que puedan aferrarse el sufrimiento y el pesar... el sufrimiento de cualquiera, el de todos. Un buen pensamiento para la hora del crepúsculo.

—Necesito comprender bien la secuencia —insistió Win—. El sujeto abandona Dallas. Desaparece, se esfuma de nuestras vidas, una parte prometedor de nuestra operación se pierde definitivamente.

—Y reaparece en el único sitio donde jamás lo habríamos esperado.

—Reaparece, caído del cielo, en Nueva Orleans, en la agencia de Guy Banister, en busca de una misión secreta. El mismo fulano que desertó a la maldita Unión Soviética, que utilizó su rifle comprado por correo para disparar al general Walker. Y se mete de lleno en medio del campo enemigo.

—Mackey iba a pedirle a Guy Banister que encontrara un sustituto de nuestro chico. ¿Y qué pasó? Pues que el original apareció en la calle.

Everett rebuscó un cigarrillo en sus bolsillos.

—Tendrás que abordar al sujeto —señaló.

—Oh, no.

—Tendrás que hacerlo, Larry.

—Amigo, el contacto personal me interesa tan poco como a ti. Pídele a Mackey que se haga cargo de esto.

—¿Dónde está?

—Por lo que sé, sigue en la Granja.

—Muy bien. Escúchame, tienes que conseguir una muestra de la caligrafía del

chico.

—Hablaré inmediatamente con T-Jota.

El pasillo estaba vacío. Win subió la escalera hasta la planta baja. En recepción no había nadie. Salió. Terminado el curso escolar, a lo lejos algunas figuras se desplazaban a cámara lenta, cursillistas de verano, encargados del mantenimiento, y el sistema de riego trazaba arcos superpuestos de rocío, la perezosa brillantez del césped cubierto de telarañas.

Antes del intento de asesinato toca la provocación.

Había ideado un memorándum confidencial del subdirector de Planes para miembros selectos del Senior Study Effort, fechado en mayo de 1961. Aludía al asesinato de dirigentes extranjeros desde una perspectiva filosófica. También incluía un fragmento del oratorio, desconocido para el mundo exterior. *Concluir con daños extremos*. Parmenter se ocupaba de la producción material del memorándum con una máquina de escribir y un papel de carta adecuados.

Dos. Por medio de sus contactos en la Pequeña Habana, Everett había insertado un enigmático artículo en una revista para exiliados publicada en New Jersey. El artículo, procedente de una fuente que no se mencionaba, se refería a una operación organizada en julio de 1961 por la Oficina de Inteligencia Naval de Guantánamo, la base norteamericana próxima al extremo oriental de Cuba. Aunque el artículo era falso, el plan existía y pretendía el asesinato de Fidel Castro y de su hermano Raúl. Este artículo aparecía entre los efectos personales del sujeto después del fracasado intento de asesinato contra el presidente.

Tres. Estaba elaborando un plan que incluía recados telefónicos apuntados en papel de la División de Servicios Técnicos. Garabatos, números de teléfono, abreviaturas de los nombres de complejos venenos producidos por una unidad especial de dicha división, jocosamente llamada Comité de Alteración de la Salud. Cualquiera que rastrease la secuencia de los números de teléfono sería conducido, por un sorprendente y tortuoso sendero, hasta una serie de paradas corrientes (la floristería, el supermercado), así como a la casa de un líder exiliado en Miami, un motel de Cayo Biscayne en manos de la mafia y un yate amarrado en un puerto deportivo de Miami, residencia del jefe de estación de la CIA.

Echó a andar hacia el coche.

Localismos, historias, conexiones que los investigadores deberían evaluar. Tenía otros planes, otros documentos —auténticos— relacionados con atentados contra Castro en los que había participado personalmente durante la fase de planificación. A Parmenter le correspondería hacer llegar indirectamente este material de lectura a periodistas, miembros de subcomités y cualquier otra persona dispuesta a sacarlos a la luz. En cuanto la gente considerara el atentado contra el presidente como la respuesta cubana a los intentos constantes de asesinar a Castro por parte de los servicios de información de Estados Unidos, estaríamos a mitad de camino de recuperar la isla.

Las vio sentadas en el coche. Empezó a sonreír, mientras se protegía los ojos del sol. Se acercó a la puerta de la derecha. La hierba húmeda parecía adornada con lentejuelas en medio del calor y del resplandor. Se aproximó de puntillas, con una sonrisa de oreja a oreja, a la espera de que Suzanne lo viera.

Guy Banister estaba solo en el Katz & Jammer Bar. Tenía su sitio reservado en un extremo, donde la barra se curva para unirse con la pared. Le gustaba sentarse de espaldas a la pared y mirar hacia la calle, contemplar las cabezas de neón que se balanceaban más allá del letrero de Falstaff colgado de la ventana elevada.

El médico le había aconsejado que no bebiera. Y bebía. Que no fumara. Y fumaba. Que dejara la agencia de detectives. Y trabajaba más horas, preparaba listas más largas, transportaba armas, almacenaba municiones, dirigía una red de muchachos sanos que espiaban en las universidades locales.

Dave Ferrie insistía en lo del tumor que crecía en su cerebro, pero era Banister quien sufría pérdidas de conocimiento y mareos, quien sentado ante su escritorio veía cómo le temblaba la mano, allá lejos, como si perteneciera a otra persona.

Tenía sesenta y tres años, y había pasado veinte en el FBI; un agente condecorado que bebía a solas en un bar.

Bajo la chaqueta llevaba un Colt de acero azul, preparado para admitir cartuchos Magnum 357. Guy creía sinceramente que la vieja y fiable 38 especial con cargas estándar de la policía no era arma suficiente para el tipo de situación con que podía toparse un hombre de su posición a cualquier hora del día o de la noche. Amén. El fondo del vaso despedía bellos reflejos castaños. Bebió el último trago de bourbon y miró al hombre que avanzaba hacia él.

—Lo cogimos cuando salía del Biograph de Chicago, en julio del treinta y cuatro, y lo abatimos a balazos en un callejón, a tres puertas de la sala.

—De modo que ahora hablamos de ése —dice el orejudo barman.

—Del señor John Dillinger. De ése hablamos. Llena mi puñetero vaso.

—¿Con o sin hielo?

—Un famoso final. Los forofos del viejo Dillinger podrían decirle qué película echaban cuando lo derribamos a tiros.

—Vale, jefe, me rindo.

—*Manhattan melodrama*, con Clark Gable.

El barman le llenó el vaso sin inmutarse.

—Siempre que tiene lugar un final famoso cerca de un cine, uno necesita saber qué película ponen.

—No me cabe la menor duda, señor Banister.

—Es una historia condenadamente aparente.

Transportó municiones a los cayos para bombardear las refinerías, para Bahía de Cochinos. Tenía tanta artillería guardada en el despacho que tuvo que pedirle a Ferrie

que se llevara una parte a su casa. Ferrie almacenaba minas terrestres en la cocina. Pronto ocurriría algo, ya que un montón de facciones estaban a la espera de una segunda invasión. El gobierno estaba al corriente. Las redadas y los incautamientos se habían convertido en algo habitual. Todo salía al revés.

Vio al chico, Oswald, pasar junto a la ventana, retornaba a su casa después de trabajar en la William Reily Coffee Company. Otra cabeza que salía a flote en el gran torrente de Nueva Orleans.

La mano empieza a temblar allá lejos, no tiene nada que ver con él.

Trabajaba más horas, preparaba listas más largas. Constantemente se presentaban investigadores que le proporcionaban nombres. Quería listas de subversivos, de profesores izquierdistas, de miembros del Congreso con dudosos expedientes electorales. Quería listas de negros, de amantes de negro, de negros armados, de negras embarazadas, de negros de piel clara, de negros casados con blancas y a la inversa. Resultaba imposible fotografiar a un negro. Jamás había visto la foto de un negro en la que pudieran distinguirse las facciones. El que no despidan luz es sólo un hecho de la naturaleza.

El *Times-Picayune* venía lleno de artículos sobre el programa de derechos civiles de JFK. A los Kennedy sí que podías fotografiarlos. En eso eran insuperables. El hombre de los secretos despide un resplandor.

Entregamos la Europa Oriental. Entregamos China. Entregamos Cuba, situada a menos de ciento cincuenta kilómetros de nuestra costa. Nos disponemos a entregar el Sudeste Asiático. Después entregaremos Estados Unidos. Se lo daremos a los negros. Algo que Guy no soportaba de las sentadas y las marchas era el momento en que los condenados blancos se ponían a cantar. Se pierde el espíritu celebratorio. Hace que todos se sientan fatal.

Llamó al barman.

—¿Sabes que Kennedy se hace acompañar de diez o quince personas iguales a él?
¿Lo sabías?

—No.

—¿Nunca has oído ningún comentario al respecto?

—Jamás oí que existieran.

—Pues existen —insistió Banister.

—Tampoco me extraña.

—Son unos quince y, dondequiera que va, lo acompañan. Maldita sea, están siempre listos. ¿Sabes por qué? Se trata de una maniobra de camuflaje. Porque sabe que ha cabreado a un montón de gente.

Banister era viejo como el siglo, veinte años en el FBI y luego en la policía municipal hasta que disparó su arma al techo de un bar para turistas.

Acabó el bourbon y se levantó para irse.

El enemigo público número uno. Era una sofocante noche de julio. Lo atrapamos en un callejón próximo al Biograph.

Su despacho estaba junto al bar, pero no usó la entrada de Camp Street, donde le esperarían para liquidarlo cuando llegara el momento, ahora o más tarde, de día o de noche. Se dirigió a la entrada de servicio de Lafayette y subió penosamente la escalera.

Delphine estaba frente a su escritorio en la antesala. Le miró con cara de pocos amigos, lo cual significaba que sabía que había estado bebiendo. Con semejante querida no necesitaba una esposa.

—Hay algo que considero que deberías saber —dijo Delphine.

—Probablemente ya lo sé.

—Esto no lo sabes.

Guy se sentó en el sofá de vinilo que según Ferrie contenía sustancias cancerígenas y se entretuvo en sacar un cigarrillo del paquete y encenderlo. Tenía un Zippo con el que había hecho la guerra y que aún funcionaba de maravilla, con su piedra y su llama.

—Se trata de Leon, o como se llame el que está arriba, el que trabaja en la habitación vacía.

—Oswald.

—Después del almuerzo subí en busca de unos expedientes que se han volatilizado. En el despacho no había nadie, sólo unas pequeñas pilas de octavillas sobre una mesa. ¿Sabes qué dicen? Manos fuera de Cuba. Trato justo con Cuba. Todo ese material castrista está en una mesa, encima de nuestras cabezas.

Guy Banister sacudió ligeramente la mano que sostenía el cigarrillo.

—Adelante, ¿qué más? —inquirió, con expresión socarrona.

—Guy, no se trata de un chiste. En ese cuartucho hay material de lectura incendiario.

—Ocúpate de que esas circulares no vuelen y vengan en esta dirección. No las quiero aquí abajo. Él tiene su trabajo y nosotros el nuestro. Equivalen a lo mismo.

—Entonces estás enterado.

—Ya veremos cómo se resuelven las cosas.

—¿Qué sabes de él?

—En lo personal, poca cosa. Fundamentalmente trabaja con Ferrie. Ferrie lo recomendó. Es un proyecto de David Ferrie.

—Me gustaría saber adónde apunta —observó Delphine.

Banister sonrió y se levantó. Dejó el cigarrillo en el cenicero del escritorio. Se detuvo detrás de la silla de Delphine y le masajeó la espalda y la nuca. En el escritorio había un ejemplar reciente de *On Target*, la hoja informativa de los Minutemen. Una frase en cursiva llamó su atención. *Incluso en este momento el retículo se centra en su nuca.* Algo se estaba tramando. En el éter había fuerzas que algunos hombres perciben en el mismo momento histórico. Lo sientes en tu piel, en las yemas de los dedos.

—¿Qué hay del hombre que telefoneó esta mañana a primera hora? —preguntó

Delphine—. Sonaba lejos en más de un sentido.

—¿Le enviaste un giro de cincuenta dólares?

—Tal como me pediste.

—Es un hombre de Mackey, alguien nuevo para mí. Le expliqué cómo podía contactar con T-Jota.

Delphine se llevó las manos a los cabellos y dirigió la mirada al cristal ahumado de la puerta del despacho.

—¿Veré esta noche a mi agente del FBI?

Guy se inclinó por encima de los hombros de Delphine para recuperar su cigarrillo.

—Antes de irte, quiero que abras un nuevo expediente: Trato Justo con Cuba. Adjudícale una bonita carpeta rosa.

—¿Qué quieres que guarde en ella?

—Delphine, cuando se abre un expediente, basta esperar para que aparezca material a raudales. Notas, listas, fotos, rumores. Todos los fragmentos y chismes del mundo que no tienen vida hasta que alguien se presenta a recogerlos. Resulta que todo ese material te estaba esperando.

Aquella gélida mañana, Wayne Elko, limpiador de piscinas en paro, se encontraba sentado en un largo banco de la sala de espera de la Union Station de Denver.

Wayne pensó que, desde hacía algún tiempo, siempre llegaba o partía. Jamás estaba en un sitio al que se pudiera llamar hogar. No estaba ni aquí ni allá. Parecía un problema filosófico.

A su lado, sobre el banco, tenía su mochila caqui y una manoseada bolsa de la compra de un supermercado A & P de la costa. Llevaba sus bienes materiales en esos tristes sacos.

Wayne era un hombre que ofrecía grandes posibilidades. Por veinte dólares retrocedía treinta mil kilómetros el contador de tu coche. Tardaba un cuarto de hora. Por cien dólares colocaba una carga plástica y enviaba el coche al cielo si tal era la necesidad de cobrar el seguro. Pero también era capaz de hacerlo gratis, simplemente por el aspecto científico.

La luz del alba se colaba por las ventanas altas y arqueadas. Los bancos medían nueve metros de largo, tenían un respaldo alto y curvo y estaban lustrados. Sobre su cabeza pendían gigantescas arañas de luces. La sala de espera estaba vacía si exceptuamos los dos o tres habituales de la estación, los dos o tres hombres en sombras que veía en cada parada, que moraban en las paredes como las lagartijas. El silencio, las ventanas arqueadas, los bancos de madera y las arañas le indujeron a pensar en una iglesia, una iglesia a la que uno viajara en tren, para luego abandonar el ruido y el vapor y dirigirse a esa estancia alta y vacía en la que podría elaborar sus más serenos pensamientos.

Llevaba diez minutos durmiendo en el banco cuando un policía golpeó con la porra su rodilla levantada. Sonó como la madera hueca. Bienvenido a las Rocosas.

Wayne se levantó, recogió sus pertenencias, cruzó la calle y se quedó inmediatamente dormido en una plataforma de cemento de carga y descarga de un almacén. Este vez lo despertaron los camiones. Deambuló hasta una zona de almacenes refrigerados con viejas vías de doble ancho que cruzaban el empedrado. En el cruce de la Veinte y Blake vio a un hombre que limpiaba un camión de basura. Había un centenar de coches destrozados al otro lado del alambre de espino y mil añicos de cristal por metro cuadrado. Era el barrio de los vidrios rotos de Denver. En la Veinte y Larimer vio algunos hombres que trastabillaban al andar. Borrachos madrugadores que salían a dar un paseo. La Misión Baptista. Préstamos. Por la calle bajó un tipo con un sombrero Crazy Guggenheim; podía ser indio, mexicano, mestizo o Dios sabe qué, y maldecía en una lengua inventada. Hizo pensar a Wayne en los rostros que vio en Everglades y en Cayo Sin Nombre durante su instrucción en la brigada Interpen. Todos los hombres que habían luchado con Castro y que después se cambiaron de bando. Cólera profunda en cada rostro. Fidel traiciona la revolución.

Había convivido con una población cambiante de pícaros comandos en una pensión de Southwest Fourth Street de Miami. Estuvieron varias semanas seguidas entrenándose en los manglares y realizaron incursiones por la costa cubana en una lancha de diez metros, principalmente para desembarcar agentes y disparar contra siluetas. Por lo demás, permanecían cerca de la casa de chilla y limpiaban las metralletas en el patio trasero. Instructores de judo, capitanes de remolcadores, cubanos sin casa ni hogar, ex paracaidistas como Wayne, mercenarios de guerras de las que nadie había oído hablar, libradas en Nigeria o en Malasia. Parecían tipos salidos de la película preferida de Wayne, *Los siete samuráis*, guerreros sin jefe, dispuestos a unirse para salvar una aldea de los merodeadores, para recuperar un distrito y, al final, para verse traicionados. Primero fueron los reactores de la marina que dieron unas pasadas de reconocimiento sobre Cayo Sin Nombre, desbaratando las brújulas de los muchachos embarrados de la cabeza a los pies. A continuación, por cortesía del sheriff del distrito de Dade, detuvieron a cinco comandos de Interpen acogidos a la ley de vagos y maleantes. Después golpearon los agentes de aduanas de Estados Unidos y arrestaron a doce hombres, incluido Wayne Elko con equipo de combate y la cara negra de humo, en el preciso momento en que partían hacia Cuba en la lancha bimotora.

JFK había llegado a un acuerdo con los soviéticos para dejar en paz a Castro. Increíble. Precisamente el candidato al que Wayne habría votado si se hubiera tomado la molestia de inscribirse en el censo. Creía en la nación, la lealtad, las montañas y los ríos. Todo estaba relacionado.

Buscó una cabina y llamó a cobro revertido al número de Nueva Orleans que T-Jota Mackey le entregara un año antes. Dijo a la mujer que contestó que deseaba hablar con el señor Guy Banister.

—Wayne Elko al habla. Parece que me he quedado sin blanca en Denver, Colorado, dígaselo a T-Jota. Estoy buscando trabajo.

Win Everett estaba en el sótano de su casa, inclinado sobre la mesa de trabajo. Tenía delante herramientas y materiales, sobre todo cosas de la casa, pequeñas y baratas: instrumentos cortantes, recubrimientos de acetato, gomas y pegamentos, una goma de borrar blanda, una plancha de viaje.

Se sentía fabulosamente atento y seguro de sí mismo mientras creaba un hombre con tijeras y celo.

Su francotirador aparecería y se esfumaría en un laberinto de nombres falsos. Los investigadores encontrarían la solicitud para alquilar un apartado de correos; el certificado del servicio militar cumplido en el cuerpo de Marines; la cartilla de la Seguridad Social; la solicitud de pasaporte; el carné de conducir; una tarjeta de crédito robada, y unos seis documentos más... bajo dos o tres nombres distintos, cada uno de los cuales llevaría por un sendero que acabara en el Directorio Cubano de Información.

Se esmeró con la tarjeta del Diners Club y quitó la tinta de las letras moldeadas con un rotulador mojado en resina de poliéster. La radio transmitía una música tranquilizadora. Apretó la tarjeta con la plancha tibia y la calentó lentamente para aplastar las letras. Con ayuda de una hoja de afeitar, alisó las protuberancias y salientes que quedaban. Más adelante recalentaría la tarjeta y estamparía nombre y número nuevos con la ayuda de una placa para estampar direcciones.

En sus primeros años como agente de operaciones, Win aprendió diversos trucos de los bajos fondos. Con anterioridad, había dado clases en una serie de pequeños centros de artes liberales del Medio Oeste, lugares como Franklin, en Indiana, donde un colega inteligente y asociado de alguna manera con la CIA lo reclutó para que lo adiestraran como agente secreto. Al instante, la idea le pareció acertada, una respuesta posible al desasosiego interior que experimentaba, la sensación de que necesitaba arriesgar algo importante, poner a prueba sus convicciones morales, para verse a sí mismo íntegramente. Poco después recibía instrucciones prácticas en Cartas y Sobres, o cómo leer la correspondencia ajena sin que nadie se enterara, y de vez en cuando recordaba aquellas tardes de modorra en el pequeño Franklin College. Tras unos años en La Habana y Centroamérica, incluido el puesto de jefe de estación en Guatemala, fue uno de los varios hombres a los que se encomendó la coordinación del adiestramiento de una brigada de exiliados cubanos. A partir de entonces corría de un lado a otro. Demolición submarina en Puerto Rico y Carolina del Norte, maniobras de paracaidista en las afueras de Phoenix, organización de equipos en Nicaragua, Miami, Cayo Hueso.

Ahora se sentía lúcido, mejor que desde hacía bastante tiempo, en la cresta de la ola, despierto.

Luego se ocuparía de la libreta de direcciones del joven, un proyecto importante. En cuanto dispusiera de la muestra caligráfica, Win incorporaría a las páginas en miniatura las pistas suficientes, pistas falsas, abundancia de vida, misterios persistentes, suficientes personas reales e inventadas para que los investigadores estuvieran ocupados durante varios meses.

Desenroscó la tapa del pegamento multiuso. Empleó la navaja para cortar una tira de la hoja de papel opaco en la que estamparía la nueva firma. Cotejó el largo y el ancho de la tira con el espacio vacío del reverso de la tarjeta de crédito. Esparció pegamento sobre la tira de papel y la presionó con suavidad sobre la tarjeta. Escuchó la radio mientras esperaba que se secara.

Entonces siempre tenía prisa. Fort Gulick en la Zona del Canal. Trax Base en Guatemala. Ahora todo estaba más tranquilo. Tenía tiempo para pasar las páginas de los libros que se había propuesto leer.

Después de la libreta de direcciones le tocaba el turno a los nombres falsos. Le gustaba inventar nombres. Quitó el sobrante de pegamento del reverso de la tarjeta con una de las gomas de borrar de Suzanne. Desconectó la radio, apagó la luz y subió la vieja escalera de tablonés.

Su francotirador aparecería detrás de una espectacular tira de gasa. Tienes que enfrentarlos a la coincidencia, al misterio persistente. Así es como se vuelve real.

Comprobó que la puerta principal estuviera cerrada. Los días pasaban volando. De nuevo era la hora de acostarse. Ahora siempre era la hora de irse a la cama. Dio vueltas apagando luces, comprobó que estuviera echado el cerrojo de la puerta de servicio, se cercioró de que el horno estaba apagado. Eso significaba que todo marchaba sobre ruedas.

Algún día esta operación sería estudiada en los máximos niveles de la inteligencia de Langley y del Pentágono.

Apagó la luz de la cocina. Empezó a subir la escalera y se sintió impelido a comprobar de nuevo el horno, pese a estar seguro de que estaba apagado. Se sorprenderían. Crearía coincidencias tan inverosímiles que tendrían que aceptarlas. Crearía una soledad cargada de deseos violentos. Ese tipo de hombre. Una detención, un nombre falso, una tarjeta de crédito robada. Acechar a la víctima puede ser el modo de organizar la propia soledad, de convertirla en una red, una trama de conexiones. Los desesperados dotan de un propósito y destino a su soledad.

El horno estaba apagado. Hizo un esfuerzo para registrar este hecho. Subió y oyó una música suave procedente de la radio del dormitorio.

Ese tipo de hombre. El que se observa a sí mismo, el que vive en un espacio azaroso. Si el mundo es el lugar donde nos ocultamos de nosotros mismos, ¿qué hacemos cuando el mundo deja de ser accesible? Inventamos un nombre falso, inventamos un destino, compramos un arma de fuego por correspondencia.

Lancer se va a Honolulu.

A cierto nivel, actuaba bien. Se sentía alerta, deliciosamente lúcido, en la cresta

misma de la ola. A continuación tocaba la libreta de direcciones. Queremos un fallo espectacular.

Por la KDNT, una voz informaba que un comité de la Organización de Estados Americanos, formado por ocho naciones, había acusado a Cuba de fomentar la subversión marxista en nuestro hemisferio. La isla es el centro de instrucción de agentes. El gobierno ha iniciado una nueva fase en la que estimula la violencia y el malestar en Latinoamérica.

Esos recordatorios no le molestaban. No le hacía falta que los locutores le contaran en qué se había convertido Cuba. Se trataba de una lucha silenciosa. A Win le dominaban una ira y una decisión calladas. No quería compañía. Cuanta más gente creyera en lo mismo que él, menos pura sería su ira. La nación estaba llena de idiotas que degradaban su cólera. Se puso el pijama. Tuvo la sensación de que ahora llevaba el pijama constantemente. El día no había concluido y otra vez era la hora de acostarse. Mary Frances dormía. Apagó la radio y la luz. Habló en su interior con la fuerza que acechaba fuera, el poder que regía el cielo, las infinitas espirales de hidrógeno, la región de la noche eterna, de todas las almas. Simplemente dijo: Por favor, déjame dormir sin soñar.

Los sueños destacaban terrores imposibles de explicar.

EN MOSCÚ

Abrió los ojos en la amplia estancia. Vio paredes altas, viejas sillas de felpa, una gruesa alfombra con olor a humedad. Se levantó de la cama y caminó hasta la ventana. Gente que andaba deprisa, largas colas en la parada del autobús. Se lavó y afeitó. Se puso una camisa blanca, pantalón de franela gris, corbata oscura y estrecha, el jersey de cachemira marrón, y, descalzo, se acercó de nuevo a la ventana. Moscovitas, pensó. Después de un rato se puso los calcetines, los zapatos buenos y la chaqueta del traje de franela. Se miró en el espejo de marco dorado. Tomó asiento en una de las viejas sillas de la habitación de cortinas de encaje y cruzó las piernas con sumo cuidado. Ahora era un hombre que formaba parte de la historia.

Más tarde escribiría en su Diario Histórico la síntesis de aquellos días y de las semanas y meses siguientes. Las líneas, escritas casi todas con mayúsculas, serpentean y se ladean en la página. La hoja está atestada de palabras, de arriba abajo, de margen a margen, palabras tachadas, emborronadas, unidas, intentos de correcciones y añadidos, errores de ortografía, una especie de agobio salpicado de fragmentos serenos.

Le dijo a su guía de Intourist, una joven llamada Rimma, que quería solicitar la ciudadanía soviética.

Está asombrada, pero acepta ayudarme. Me pregunta por mí mismo y por las razones de lo que hago. Le explico que soy comunista, etcétera. Se muestra amablemente simpática. Pero incómoda. Intenta ser amiga. Me compadece, soy algo nuevo.

En su vigésimo cumpleaños, dos días después de llegar, Rimma le regaló una novela de Dostoyevski, en ruso, y escribió en una página en blanco: «¡Mi más sincera felicitación! ¡Que todos tus sueños se hagan realidad!».

A partir de ese momento todo sucedió deprisa. No tuvo tiempo de evaluar significados, analizar viejas actitudes y posiciones. El secreto que había guardado más de un año en el cuerpo de marines —su proyecto de desertión— era, hasta aquel instante, el conocimiento más explosivo de su vida. Ahora, en el despacho de un funcionario calvo, intentó explicar qué significaba para él vivir en la Unión Soviética, en el corazón de la lucha internacional.

El hombre dirigió su mirada más allá de Oswald, hacia la puerta cerrada de su despacho.

—La URSS sólo es grande en la literatura —dijo—. Vuelva a su tierra, amigo, y lleve consigo sus buenos deseos.

Aquel tipo tampoco bromeaba.

Reitero que estoy asombrado, dice que hará averiguaciones y me dará una respuesta.

Le dan una respuesta ese mismo día: el visado de Lee H. Oswald caduca a las ocho de la tarde. Tenía dos horas para abandonar el país. Al parecer, el agente de policía que le comunicó la noticia no sabía que, antes, Oswald había hablado con un funcionario encargado de pasaportes. Lee intentó explicar que el funcionario no le había dado una fecha límite, le hizo abrigar esperanzas de que prolongarían su visado. No lograba recordar cómo se llamaba aquel hombre ni a qué departamento del Ministerio de Asuntos Interiores pertenecía. Describió el despacho del funcionario y su vestimenta. Se sintió desesperado. El policía no sabía de qué hablaba.

Esa falta de comprensión desató sus terrores. Nadie lo distinguía de los demás. Había un truco que no dominaba y que podría arreglar fácilmente las cosas. Otras personas lo conocían, pero él no. Otras personas se apañaban, pero él no. Había llegado muy lejos por su cuenta y riesgo. Le Havre, Southampton, Londres, Helsinki... y luego cruzó en tren la frontera soviética. Había hecho planes, proyectado una nueva vida, y ahora nadie disponía de diez minutos para comprender quién era. Para el sistema era un cero a la izquierda. Se sentó cerca de la ventana y contempló la maleta abierta depositada en un estante del otro lado de la habitación. Aún no había guardado todas sus cosas.

¡Estoy conmocionado!! ¡Mis sueños!

Allí era un extranjero. El descontento no serviría de nada. No podía apelar a su amargura. Se trataba de una amargura norteamericana, y no tenía influencia local. Por primera vez tuvo conciencia de haber hecho algo muy peligroso al abandonar su país. Rechazó ese pensamiento. Detestaba saber algo que prefería ignorar. Abrió la puerta y se asomó al pasillo. La mujer que entregaba las llaves de las habitaciones se encontraba ante un pequeño escritorio, cerca del ascensor, y se volvió para mirarlo. Lee entró en su habitación.

Siete de la tarde. Decido ponerle fin a todo. Me mojo la muñeca con agua fría para suavizar el dolor.

Se detuvo junto a la pica, con la manga izquierda de la camisa arremangada. Dejó de mojarse la muñeca el tiempo suficiente para sacar una hoja de afeitar nueva del neceser con los artículos de tocador. Había puesto a llenar la bañera con agua caliente.

Hidell se dispone a reunirse con su Hacedor, ja, ja.

¿Dónde estaba la gracia? Lee no la vio por ninguna parte. Siempre intentaban hacerle abandonar lugares de los que no quería irse. El agua fría anularía el dolor: era el primer paso. El agua caliente permitiría que la sangre fluyera rápidamente: era el segundo paso. Bastaría con que hiciera una muesca en la piel. Gillette patrocina la Serie Mundial en televisión; usan un loro parlante. Lee se aflojó la corbata con la mano libre.

Han destrozado mis sueños más queridos.

Imaginó que Rimma se presentaba a las ocho en punto y lo encontraba muerto. Llamadas urgentes a las casas de los funcionarios. Observó cómo se llenaba la bañera. ¿Era necesario llenarla? Al fin y al cabo, no se metería, sólo hundiría la muñeca con el corte. Los funcionarios soviéticos llaman a los funcionarios norteamericanos. Siempre fue el forastero, siempre tuvo que adaptarse. Cerró el grifo de agua fría, cogió la hoja de afeitar y se sentó en el suelo, al lado de la bañera.

Entonces me abro la muñeca izquierda.

¿Qué tenía de gracioso? ¿Por qué mientras lo hacía se observaba sin gemir ni llorar? El primer hilillo de sangre manó a borbotones y las gotas salieron en serie del esmerado corte. No se encontraba allí para huir de presiones personales. No era un tipo con problemas matrimoniales. Tenía convicciones firmes, experiencia práctica del mundo. Pasó el brazo izquierdo por el borde de la bañera.

En algún lugar suena un violín mientras veo cómo escapa mi vida.

¿Cómo miden aquí los cortes, por centímetros? Llamadas urgentes a Texas. Soy yo, madre, tendido en un charco de sangre en el Hotel Berlín. Vio que el agua se tornaba de un rosa turbio. Aprendí por mi cuenta con el método Berlitz. Mi ruso deja mucho que desear, pero pondré más empeño. No responderé a preguntas sobre mi familia, aunque diré lo siguiente para su publicación: no es fácil emigrar. No se lo recomiendo a nadie. Supone tener que ir a un nuevo país, ser siempre el forastero, tener que adaptarse siempre. No soy un idealista absoluto. He tenido la oportunidad de observar a los militares norteamericanos en acción. Si alguna vez ha visto la base naval de Subic Bay, ya sabe a qué me refiero. Las máquinas bélicas cubren el horizonte. Pueblos extranjeros explotados para obtener beneficios. Un rato después cerró los ojos y apoyó la cabeza en el borde de la bañera. Relájate y deja que hagan lo que quieran.

Pienso para mis adentros: «Morir es muy fácil».

Me gustaría dar mi versión de los hechos. Me gustaría dar al pueblo de Estados Unidos algo en qué pensar. Lee sabía dónde estaba, podía verse a sí mismo sentado en el suelo de azulejos, pero sé sentía distanciado de la escena.

y «dulce muerte» (con violines).

Sintió soñolencia, una falsa cama. Algo pérfido. Se sintió como un chiquillo en el mundo de azulejos blancos, de cortes, tiritas y agua del baño, ligeramente mareado

por aromas y acritudes, el mordisco feroz del yodo, el ron con aceite aromático de laurel del señor Ekdahl. Existe un mundo dentro del mundo. Hice lo que pude. Ahora que elijan otros. Sintió que el tiempo se acababa. Sintió algo burlón en el aire mientras resbalaba por el borde de la única superficie a la que podemos referirnos, como humanos corrientes, y cayó ensangrentado en el agua tibia.

Ministerio de Sanidad de la URSS.

EPICRISIS

21 de octubre. El paciente fue trasladado en ambulancia al pabellón de entrada del Hospital Botkin y posteriormente remitido al Edificio n.º 26. Herida con instrumento cortante en el primer tercio del brazo izquierdo, con la intención de suicidarse. La herida es de carácter lineal y de bordes definidos. Tratamiento quirúrgico principal con 4 puntos y vendaje aséptico. El paciente llegó de Estados Unidos como turista el 16 de octubre. Se graduó en un instituto técnico en radioelectrónica y radiotécnica. No tiene padres. Insiste en que no quiere regresar a Estados Unidos.

Lo ingresaron con los chalados. La comida era espantosa y le observaban con la mirada reblandecida. Rimma le hizo compañía y luego consiguió que lo trasladaran a la zona de los enfermos normales. Sacó de su abrigo un frasco sin etiqueta y le dijo que bebiera lentamente el contenido. Era vodka con cubitos de pepino. A tu salud, le dijo.

En cuanto le dieron el alta, Rimma lo llevó al departamento de visados e inscripciones. Habló con cuatro funcionarios sobre su intención de hacerse ciudadano soviético. Nunca habían oído hablar de él. Desconocían sus reuniones con otros funcionarios. Le dijeron que tardarían en darle una respuesta. En su nuevo hotel, el Metropole, pasó tres días solo. Fue el primero de los silencios en los que Lee H. Oswald caería durante sus dos años y medio de estancia en la Unión Soviética.

Deambuló por los pasillos junto a los inmensos cuadros de los Héroes de la Unión Soviética. Recibía la llave de manos de la encargada de planta, que se peinaba con trenzas. Lee percibía el olor a barniz y a tabaco.

En su habitación, utilizaba una silla elegante, bajo la araña. Puso en hora su reloj de pulsera de acuerdo con el reloj de la repisa de la chimenea. Desde el otro hotel le habían enviado su reloj, su anillo, su dinero y su maleta, perfectamente embalados. Todo estaba intacto, no faltaba un solo copec.

Dibujó un rudimentario plano de Moscú en su cuaderno, con el Kremlin en el centro.

Durante el tercer día de soledad sólo tomó una comida. Permaneció junto al teléfono, esperando que llamara algún funcionario. Intentó leer a Dostoyevski. Oyó que los turistas pasaban ante su puerta hablando de los sitios de interés, las maravillosas estaciones de metro, las sorprendentes esculturas de mármol y de bronce. Al final del pasillo había una estatua, un desnudo de tamaño natural. El idioma se le resistía. Pensó que progresaría leyendo a Dostoyevski.

31 de octubre. Cojo un taxi y digo: «A la embajada de Estados Unidos».

La recepcionista le pidió que se inscribiera en el registro de turistas. Replicó que estaba allí para renunciar a su ciudadanía norteamericana. Ah. Lo acompañó hasta el despacho del cónsul. Lee escogió un sillón situado a la izquierda del escritorio. Cruzó las piernas con toda naturalidad.

—Soy marxista —declaró. El cónsul se acomodó las gafas—. Sé lo que va a decirme: «Tómese tiempo para pensarlo. Vuelva cuando lo haya pensado y seguiremos hablando». Quiero decir que en este mismo momento estoy dispuesto a firmar el papeleo legal que me permite renunciar a mi ciudadanía.

El cónsul le explicó que preparar esos papeles llevaría cierto tiempo. Su cara parecía decir: ¿Y tú quién eres?

—Tengo datos confidenciales a los que accedí como operador de radar en las fuerzas armadas, lo cual significa que, como ciudadano soviético, los pondré en conocimiento de ellos.

Estaba convencido de haber despertado el interés del cónsul. Vio la escena completa en una versión futura. Tres días solo. Así se convenció de que debía alcanzar el punto de no retorno. Stalin se apellidaba Yugachvili. Kremlin significa ciudadela.

Dejo la embajada regocijado con la confrontación. Estoy seguro de que los rusos me aceptarán después de esta manifestación de fe en ellos.

Permaneció en su habitación y comió con frugalidad, alimentándose de sopas unos cuantos días, atormentado por la disentería, casi dos semanas solo, casi sin blanca, sentado en la silla de felpa, barbudo, con la camisa desabrochada y la corbata puesta.

Lo trasladaron a una habitación más pequeña, muy sencilla, sin baño, y sólo le cobraron tres dólares diarios, como si supieran que ya no podía abonar la tarifa normal de Intourist.

En el cuaderno de taquigrafía escribió su nombre en caracteres rusos.

Días de profunda soledad.

Cayeron las primeras nieves. Dedicaba ocho horas diarias a estudiar ruso, mucho tiempo, con ayuda de dos libros para autodidactas. Comía siempre en la habitación, debía dinero al hotel y esperaba la visita de un subdirector.

Nadie se presentó.

Acudió al departamento de visados e inscripciones. Mencionó su visita a la embajada norteamericana y su deseo de convertirse en ciudadano soviético. Al parecer, no sabían qué hacer con él.

Por la calle, un chiquillo imaginó que sería norteamericano y le pidió un chicle. Temperatura bajo cero. Mujeres de anchas espaldas quitaban la nieve con palas. Por primera vez le sorprendió la enormidad del secreto que giraba a su alrededor. Estaba

en medio de un gran secreto. Otra mentalidad, un espacio infinito de nieve y frío.

Lenin y Stalin yacían juntos envueltos en un brillo naranja, al pie de una escalinata de piedra. Era uno de los pocos lugares de interés que había visitado.

Le quedaban veintiocho dólares.

Escribió en ruso en el cuaderno: *Yo tengo, él tiene, ella tiene, vosotros tenéis, nosotros tenemos, ellos tienen.*

Aún no eran las siete de la mañana cuando dos hombres se presentaron en su habitación. Permaneció descalzo, con el pantalón de franela y la chaqueta del pijama, mientras observaba sus movimientos. Dedujo que no eran el hombre de las nieves y su elfo principal. En aquel momento la habitación era de ellos. No sabía cómo la habían tomado tan rápido, pero experimentaba la sensación de ser un intruso, un turista chapucero. Él tenía la culpa de que hubiesen tenido que madrugar.

No iban vestidos como los funcionarios que conocía. Ni eran de Intourist ni cobradores de facturas pendientes. Uno de ellos llevaba un abrigo de viaje negro y gafas de sol, como un gángster de *Late Show*. El otro tenía más edad, calzaba botas para la nieve y se estaba quedando calvo.

Fue éste quien indicó a Oswald que se sentara en la cama y se presentó como Kirilenko.

—Lee H. Oswald —dijo Oswald.

El hombre asintió y sonrió ligeramente. Se sentó en la silla, con el abrigo puesto, de cara a Oswald y con la mano derecha colgando entre las rodillas.

—Mi pasaporte está en la embajada de Estados Unidos —añadió Lee, sin que le preguntaran—. Lo entregué como prueba de que ya no quiero ser ciudadano de ese país. Se lo dije claramente.

El hombre volvió a asentir y bajó los párpados.

—¿Sabe a qué organización represento? —Oswald sonrió a medias—. Al Comité de Seguridad del Estado. Creemos que, a su manera, ha intentado ponerse en contacto con nosotros. Tal vez no supo muy bien cómo hacerlo. Como comprenderá, somos cautelosos ante todos los intentos de establecer contacto con nosotros. Una vieja costumbre. Con suerte, algún día la superaremos.

Kirilenko tenía ojos azul claro, incipiente barba plateada y papada caída. Era fornido y resollaba un poco. Le rodeaba una sigilosidad que Oswald interpretó como una faceta amistosa. La mayor parte del tiempo parecía hablar consigo mismo, tal como puede desvariar un hombre entrado en años al dialogar con un niño, para divertirse a sí mismo tanto como al crío.

—Dígame, ¿cómo está?

—Tuve diarrea varios días.

Kirilenko asiente.

—¿Se siente feliz de estar aquí, o cometió un error y quiere volver a su país?

—Ahora me encuentro bien. Muy feliz. Todo se ha aclarado.

—Si no he entendido mal, quiere quedarse.

—Quiero convertirme en ciudadano soviético.

—¿Tiene amigos aquí?

—No.

—Su familia vive en Estados Unidos.

—Sólo mi madre.

—¿La quiere?

—Espero no volver a relacionarme con ella.

—¿Hermanas y hermanos?

—Dos hermanos, pero no comprenden los motivos de mis actos.

—¿Y esposa? ¿Está casado?

—Ni me he casado ni tengo hijos.

Kirilenko se acercó un poco más.

—¿Y amigas? ¿No tiene una joven con la que meterse en la cama y en la que pensar?

—A mis espaldas no queda nada. No he reñido con nadie.

—Dígame, ¿por qué se hirió en la muñeca?

—Porque estaba desilusionado. No me permitían quedarme.

Kirilenko asiente.

—Con toda seriedad, ¿sintió que se moría? Me interesa mucho saberlo.

—Quería que lo decidiera otra persona. Ese asunto no estaba en mis manos.

Kirilenko asiente y se le cierran los párpados.

—¿Tiene fondos o le enviarán dinero de Estados Unidos?

—Estoy prácticamente a cero.

—Ropa buena y de abrigo. ¿Tiene botas?

—Se trata de que me permitan quedarme. Estoy dispuesto a trabajar. Tengo formación especializada.

En apariencia, Kirilenko dejó pasar ese comentario.

—¿Dónde trabajará? ¿Quién le dará trabajo?

—Supongo que el Estado. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. Trabajar y estudiar. Me gustaría estudiar.

—¿Me permite preguntarle si cree en Dios?

—No creo.

Kirilenko sonrió.

—¿Ni siquiera un poquito? Esta información es para mí.

—Considero que la religión es pura superchería. La gente organiza la vida en torno a esa fábula.

—Tengo la impresión de que tachó el nombre de su ciudad natal en su pasaporte. ¿Por qué?

—El motivo por el que lo hice ya no tiene razón de ser. Además, no quería que se

pusieran en contacto con mi familia. De todos modos, la prensa habló con ellos. Pero no acepté sus llamadas telefónicas ni respondí a sus telegramas.

—¿Por qué dijo en la embajada que revelaría secretos militares?

—Quería dejarlo sumamente claro para que aceptaran mi renuncia a la ciudadanía.

—¿Y la aceptaron?

—Dijeron que era sábado y que cerraban temprano.

—Su día de mala suerte.

—Dijeron: «Vuelva otro día y haremos lo que podamos».

—Esta charla me gusta.

—No les di la satisfacción de volver a presentarme. Les escribí una carta en la que reiteraba mi posición.

—¿Y los secretos que hasta ahora ha ocultado?

—Estuve en Atsugi. —Kirilenko asintió—. Es una base cerrada en Japón.

—Seguiremos hablando. Sin embargo, me gustaría saber si esos secretos se volvieron totalmente inservibles en cuanto manifestó su intención de revelarlos.

Ese comentario iba dirigido al otro hombre del KGB, que, apoyado en el marco de la ventana, fumaba. Kirilenko logró que sonara como una digresión erudita. Se acercó a Oswald una vez más.

—Dígame, ¿ha sanado bien la herida?

—Sí.

—¿Soporta el frío? ¿No le resulta terrible?

—Me empiezo a acostumbrar.

—¿Y la comida? ¿Come lo que sirven aquí? No está tan mal, ¿verdad?

—La comida del hospital no era buena, pero ocurre lo mismo en todos los hospitales.

Bajó la mirada para ver si el pantalón del pijama asomaba por debajo del de franela. Llevaba el pijama debajo del pantalón del traje, pues se había vestido de prisa para abrir la puerta.

—¿Qué opina del pueblo ruso? Siento una curiosidad personal por saber cómo nos ve.

Lee carraspeó antes de responder. La pregunta le hizo feliz. Había previsto que tarde o temprano se la harían y tenía una respuesta medianamente preparada. Kirilenko aguardó paciente, con cara de pasarlo bien, como si supiera exactamente lo que Oswald pensaba.

Oswald pensaba: en este hombre puedo confiar plenamente.

El humo de las chimeneas de las fábricas flotaba a lo lejos, altos gallardetes absolutamente inmóviles en el cielo gélido y azul. Viajaba con Kirilenko en el asiento trasero de un Volga negro. La ciudad era maravillosa, oníricamente blanca. Intentó

averiguar qué dirección tomaban para buscar los monumentos destacados, pero tras divisar la torre principal de la Universidad de Moscú nada le resultó conocido o recordable. Se imaginó a sí mismo narrando la historia de este recorrido en coche a alguien que se parecía a Robert Sproul, su amigo del instituto de Nueva Orleans.

Fueron Eisenhower y Nixon quienes mataron a los Rosenberg.

La habitación medía cuatro por cinco metros, y albergaba una cama de hierro, una mesa sin pintar y una cómoda en un hueco con cortina. Bajando por el oscuro pasillo aparecía un lavamanos y, más allá, el retrete y una pequeña cocina. Kirilenko comentó algo con el otro hombre, que se ausentó unos segundos, regresó con una silla baja y la dejó junto a la mesa. Dieron a Oswald tres cuestionarios que debía llenar: el primero se refería a su historia personal, el segundo a los motivos de la desertión, y el tercero al servicio militar. Escribió durante todo el día, impaciente, superando la extensión de las preguntas específicas, garabateando en los márgenes y en el reverso de cada impreso. La silla era muy baja con relación a la mesa y se puso en pie para escribir en más de una ocasión.

Por la tarde sostuvo una breve conversación con Kirilenko. Hablaron de Hemingway. Entonces fue el hombre mayor quien se sentó en la cama, sin quitarse el pesado abrigo, y recordó frases enteras de los cuentos de Hemingway.

—Algún día, cuando esté asentado aquí y estudie, escribiré relatos sobre la vida norteamericana contemporánea —declaró Oswald—. Vi muchas cosas, guardé silencio y observé. Vine aquí guiado por lo que vi en Estados Unidos además de las lecturas de marxismo. Siempre he considerado como propio este país.

—Algún día me gustaría ver Michigan con mis propios ojos. Es por Hemingway.

—Los bosques de Michigan.

—Cuando leo a Hemingway, me entra hambre —añadió Kirilenko—. No hace falta que hable de comida para que yo sienta hambre. Es por el estilo. Cuando lo leo, siento un apetito voraz. —Oswald sonrió ante la idea—. Si en algo es genial, yo diría que es en esto. Escribe sobre el barro y la muerte y me despierta el apetito. ¿Alguna vez estuvo en Michigan?

—Fui a donde me mandaron —respondió Oswald.

La tenue luz daba aspecto de cansado a Kirilenko. Tenía las botas manchadas de sal. Se incorporó, sacó su gorra de almizclero del bolsillo del abrigo y golpeó con ella la palma de la otra mano.

—Como tendremos que mantener largas conversaciones, preferiría que me llamara Alek —propuso Kirilenko.

Por la mañana hablaron de Atsugi. Oswald describió una guardia de cuatro horas en la cúpula del radar. Alek quería detalles, nombres de oficiales y de soldados, la configuración del cobertizo. Quería conocer procedimientos, terminología. Oswald le explicó cómo funcionaban las cosas. Mencionó las medidas de seguridad, los tipos de

equipo de búsqueda de altitud. Alek tomaba notas y miraba por la ventana cada vez que el sujeto tenía dificultades para recordar o titubeaba en su discurso.

Se le unieron dos hombres para hablar del U-2. Uno de ellos lo denominó, con total inexpresividad, el avión meteorológico. Llevaron un taquígrafo. Querían que les diera los nombres de los pilotos del U-2 y que efectuara una descripción del despegue y del aterrizaje. No fueron nada simpáticos. El taquígrafo era un viejo que llevaba una escarapela en la solapa.

Si Oswald no conocía la respuesta correcta, se la inventaba o trataba de eludir la situación mediante una sintaxis desordenada. Alek parecía comprenderlo. Se comunicaban al margen de los otros hombres, mudamente, sin gestos ni miradas.

El nombre de un piloto. El nombre de un mecánico o de un guardia.

Los tipos muy inexpresivos se inclinaban hacia él. Oswald narró las ocasiones en que los operadores de radar fueron preguntados por los vientos que soplaban a ochenta mil, noventa mil pies. Describió la voz de *allá fuera*, una voz espesa, hendida, apagada, que bajaba hasta ellos como un sonido dividido en unidades básicas, una lección de física o fantasmas. Le presionaron para que diera datos, nombres. Muchísimas preguntas más. Velocidad aérea, alcance, equipos para interferir el radar. Detestó responder que no lo sabía.

Alek afirmó que seguirían la charla por la mañana. Lee esperaba una señal de Kirilenko. ¿Qué tal lo estoy haciendo? ¿Permitirán que me quede, me asignarán tareas serias, me permitirán estudiar economía y teoría política?

—Cuando me agacho me cruje la rodilla —comentó Kirilenko—. ¿A qué cree que se debe, a la vejez?

Daba la sensación de querer decir que había tiempo para todo. Tiempo para evocar el instante más nimio, tiempo para corregir tu historia, para cambiar de idea. Estamos aquí para ayudarte a esclarecer los temas de tu vida.

Dedicaron muchos días a las primeras experiencias de Oswald en las fuerzas armadas, y mucho más al U-2 y a Atsugi; dividieron cada tema en detalles fraccionarios que luego también desmenuzaron. Por fin se concentraron en MACS-1, su unidad de radar en California.

Castro apareció en escena. Oswald había soñado con ir a Cuba y adiestrar jóvenes reclutas. Era un técnico cualificado y un combatiente, partidario de Fidel.

Se suscribió a un periódico en ruso y a una publicación socialista. Respondía *da nyet* a los chicos del cobertizo prefabricado. Se ponían nerviosos y lo llamaban Oswaldovich.

Le contó a Alek los rumores que había oído acerca de un programa de desertores falsos organizado por la Oficina de Inteligencia Naval. Colocaban agentes en el bloque oriental, una cantidad escogida de hombres que se presentaban como víctimas del sistema norteamericano, solitarios e impresionables, deseosos de adoptar otro tipo de vida.

Era precisamente la época en que él daba los primeros pasos para desertar. Tenía

el plan grabado en la mente. Casi esperaba que la Oficina de Inteligencia Naval lo abordara. Era fácil suponer que ellos estaban enterados de sus comentarios prosoviéticos y de su periódico en ruso. Les diría que pretendía establecer contacto a su manera. Lo adiestrarían a fondo. Sería un desertor de verdad que se presentaría como un desertor falso que se presentaba como desertor de verdad. Ja, ja.

Alek estaba sentado al otro lado de la mesa y jugueteaba con unos frutos secos salados. Dijo que se encargaría de que le trajeran un televisor. Oswald se sorprendió al enterarse de que la programación comenzaba a las seis de la tarde. Era una de las cosas más extrañas que había oído desde que cruzara el océano.

Se presentó el guardia. Aparecía todas las noches antes de la marcha de Alek. Kirilenko jamás se lo presentó, no se dio por enterado de su presencia en el piso. El guardia solía sentarse junto al lavamanos del pasillo, con el sombrero calado en una rodilla.

Hubo datos que Oswald no le facilitó a Alek, como los detalles del sistema de radar MPS-16, que acababan de integrar en la red. Quería comprobar cómo progresaba su amistad.

Pensó que tal vez, las fuerzas armadas de Estados Unidos tendrían que gastar millones de millones para cambiar el sistema ahora que él se había pasado al otro bando. Resultaba en verdad muy fácil tener voz y voto sobre los hombres y los acontecimientos.

Algo más que no comentó a Alek se relacionaba con el programa de desertores falsos. Como nadie se puso en contacto con él, Ozzie decidió someterse a un examen de aptitud en lenguas extranjeras, concretamente en ruso. Sólo lo hizo para tratar de llamar la atención.

Lo puntuaron con una I de insuficiente en todo.

Se presentaron un médico y una enfermera para hacerle un examen físico. Lo auscultaron y le pusieron una luz en los oídos. Lo pesaron, lo midieron y le tomaron muestras de sangre y de orina. Luego llegaron tres hombres y lo trasladaron a un edificio de cemento situado a media hora de distancia. Entró en un apartamento moderno, donde le pidieron que vaciara sus bolsillos. Le hicieron sentar en una silla conectada con una consola provista de papel cuadriculado, lápices indicadores, selectores, conmutadores, etcétera. Le dijeron que apoyara los pies en el suelo. Pusieron tubos y dispositivos en los brazos, el pecho y las manos de Oswaldovich. Uno de los hombres se sentó frente a él. ¿Se llama usted fulano de tal? ¿Alguna vez empleó otro nombre o identidad? ¿Es el azul su color preferido? ¿Es usted agente de los servicios de inteligencia norteamericanos? ¿Está en contacto secreto con alguna persona de su país? ¿Tiene el pelo castaño? ¿Lo han enviado para que asesine a alguna persona o personas? ¿Está casado? ¿Es homosexual? ¿Fuma? ¿Bebe?

Totalmente inexpresivos.

No había indicios de Alek. Oswald se puso en pie mientras lo desconectaban de la consola. Echaba de menos a su amigo y abrió la sospecha íntima que durante la prueba había metido la pata.

Les comentó que Alek le había prometido un televisor.

Entró alguien con las pertenencias de Oswald. Lee pasó tres días en el apartamento. Lo sometieron a pruebas de inteligencia y de aptitud, perfiles de personalidad, exámenes de inglés y de matemática elemental, pruebas de reconocimiento de dibujos y figuras.

Soñó que entraba en la casa de Ewing Street, en Forth Worth, con el pelo empapado después de nadar un rato en la piscina de la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Lenin y Stalin en un resplandor naranja. El Caspio, el mar interior más extenso del mundo, en la frontera entre Europa y Asia. Kremlin significa ciudadela.

Narra la historia de su estancia a un hombre con traje y corbata, en un apartamento vigilado de algún barrio de Moscú. Tal vez se trata de Richard Carlson en su papel de Herb Philbrick en la serie televisiva *I Led Three Lives*. Quizá sea el hombre de la embajada norteamericana, segundo secretario, cónsul o lo que fuere, que se acomoda las gafas y escucha interesado el relato de un ex marine que se ha infiltrado en el aparato de inteligencia soviético como parte del programa de desertores falsos de la armada norteamericana.

Kirilenko estaba de pie en el suelo de parqué de su despacho aislado por tabiques en la Primera Sección del Séptimo Departamento del Segundo Directorio Central del KGB, el Centro, en el número 2 de la Plaza Dzerzhinsky, una laberíntica construcción de piedra que albergaba el viejo edificio principal, la parte ampliada tras la guerra, una prisión —Lubyanka, famosa por los exterminios—, otros edificios menores y un patio visible a través de las ventanas aseguradas con barrotes o gruesas telas metálicas. Le gustaba pensar de pie.

Lo agradable del centro era lo barato que podían conseguirse el caviar y el salmón en el Edificio Doce, al otro lado de la plaza, y el J & B y el Johnnie Walker a dólar la botella. Lo que no resultaba tan agradable era la fuerte sensación de que el terror estalinista existía. También detestaba el sillón que le habían asignado, una pieza moderna y perfilada que quedaba ridícula tras su viejo escritorio de madera.

Una razón para permanecer de pie. Tenía los brazos a la espalda y con la mano izquierda sujetaba el brazo derecho. Pensaba en el chico norteamericano, en Lee H. Oswald. La lección que le había dado Lee H. Oswald consistía en que los casos fáciles nunca son sencillos. Le indujo a pensar en los axiomas clásicos de sus primeros estudios de geometría y aritmética. Fue una pena descubrir que esas

verdades manifiestas, *verdades necesarias*, fallaban tanto cuando se las sometía a un análisis riguroso. Aquí no hay superficies planas. Vivimos en el espacio curvo.

Alek sentía simpatía por el chico. Su mirada delataba aspiraciones descarnadas. Intentaba asimilar el mundo. Datos, palabras, ideas históricas. Luchaba contra su destino, sí, se trataba exactamente de eso, como un ser del universo social de Marx. Creía a pies juntillas en principios y fines superiores, aunque careciera de sentido de la perspectiva.

A los veinte años, lo único que sabes es que tienes veinte años. Todo lo demás es una bruma que se enrosca en torno a este hecho.

Se abrió las venas para quedarse en Rusia.

Claro que los idealistas son imprevisibles. Suelen mostrarse críticos de la noche a la mañana, engañados por las mentiras que se han dicho a sí mismos. Resulta más fácil manejar y mantener a los que desertan por motivos prácticos: dinero, sexo, frustraciones, rencores, vanidades. Nosotros comprendemos y nos solidarizamos. A veces también nosotros nos encontramos al borde del abismo.

Lo habían vigilado desde que llegó a Helsinki, cuando se inscribió en el Hotel Torni, se trasladó al más barato Klaus Kurki, solicitó un visado en el consulado soviético y, de pasada, comentó con un empleado que era un ex marine especializado en radares y en electrónica.

Una buena entrada. Pero no estaba demasiado seguro de sí mismo, no sabía cómo hacerlo.

Le facilitaron la entrada otorgando el visado en cuarenta y ocho horas.

Una vez en Moscú, su guía de Intourist, Rimma Shirokova, transmitió sus más sabrosos comentarios a la Cuarta Sección del Séptimo Departamento, que a su vez los transmitió a Kirilenko. Alek aguardó, dejó que los funcionarios de bajo rango complicaran las cosas, dejó que el chico recorriera su habitación como un león enjaulado; se encargó de que lo trasladaran a un cuarto más barato; esperó y siguió esperando.

Había instalado ciento treinta aparatos de escucha en la embajada de Estados Unidos. En su caja fuerte con cerradura de combinación, Alek guardaba la transcripción de los comentarios de Oswald acerca de que revelaría secretos militares. Gracias a la buena disposición de un empleado de la sección consular, Kirilenko disponía de una foto del pasaporte de Oswald y de una copia del telegrama confidencial enviado por la embajada de Estados Unidos en Moscú al Departamento de Estado, concerniente a la declaración del joven.

RAZÓN PRINCIPAL «SOY MARXISTA». ACTITUD ARROGANTE AGRESIVA.

Un caso sencillo que llevó a Alek a interrogarse sobre la carrera filocomunista de Oswald en las fuerzas armadas. ¿Los servicios de información norteamericanos no se

enteraron? ¿No querrían usar sus simpatías políticas para averiguar cuanto pudieran sobre las personas con que Oswald contactara, sobre los métodos de reclutamiento del KGB, sobre la formación de agentes? Lo recuperarían cuando les conviniera. Entonces Oswald les contaría todo lo que había averiguado, del mismo modo que ahora nos lo contaba a nosotros.

¿Quiere la madre Rusia a este muchacho? Fue útil como experto en radares en una base norteamericana. ¿Qué hacemos con él? ¿Podemos enviarlo al edificio de la Perspectiva Kutuzovsky, donde lo adiestrarán, lo educarán realmente en el marxismo y el leninismo, en microfotografía y escritura secreta, en ruso y en inglés, lo reconstruirán por así decirlo, le darán una nueva identidad y lo devolverán a Occidente como un ilegal?

¿Acaso no es lo mismo que quieren esos seres que viven arrinconados dentro de sí mismos, en madrigueras y escondrijos? Una segunda identidad más segura que la anterior. Piden que les enseñemos a vivir como si fueran otra persona.

Llegaron los resultados de las pruebas y sólo fue aprobada la de orina. Oswald era propenso a la inestabilidad emocional, a manifestar un comportamiento voluble. Padecía alguna variedad de dislexia o ceguera literal. Obtuvo una puntuación alta en ciencias físicas, y baja en casi todas las categorías restantes. El examen con el detector de mentiras resultó más o menos caótico, como casi siempre sucede. *Poco convincente en virtud de diversos factores*. Tal vez el chico estaba asustado.

Se trataba de un caso sencillo —devuélvelo a su casa—; pero Alek tenía que satisfacer su cupo. Había presiones para manejar cierta cantidad de reclutamientos y obtener información maravillosa (o inventarla). La captura decisiva eran los datos sobre el U-2, en los que Alek no confiaba plenamente. ¿Ochenta mil pies? ¿Noventa mil pies? Ningún aparato vuela tan alto. Si vuelas a noventa mil pies, ves las almas de los difuntos rodeadas por un halo de luz blanca. Los hombres que interrogaron a Oswald sobre el avión meteorológico eran funcionarios de la GRU, la inteligencia militar, y aún no se habían pronunciado oficialmente sobre esos datos. ¿Qué podían comentar? Puesto que el chico padecía ceguera literal, ¿no tendría también ceguera numérica?

Alek se sentó en la silla moderna.

La delgada figura de Lee H. Oswald está rodeada de diversos peligros: el inocente que deambula por los alrededores del Centro y hace especular a hombres pensativos. ¿Controlan los norteamericanos sus movimientos? ¿Permitirían que caiga en nuestras manos si pensarán que está enterado de cuestiones importantes? Atsugi es una base clave. También están los informes de Hanna Braunfels, arrancados de los archivos del Séptimo Departamento (Japón, India, etcétera) del Primer Directorio Central. En cierto sentido, ya hemos ido demasiado lejos, hemos desvelado en exceso nuestros métodos ante el chico. Pese a las pruebas y las entrevistas, es posible que sepamos sobre él menos de lo que él sabe sobre nosotros. Lo esperan en algún despacho del Pentágono para escarbarle el cerebro.

A Alek le pagaban para que se volviera loco.

Las pruebas confirmaban un hecho: el chico no tenía madera de agente. Has de poseer dominio de ti mismo, temple, una férrea voluntad. Este chico jugaba al pingpong con sus ideas. A Alek le caía bien, y ya organizaría algo decente. Tiene que estar lejos de Moscú, en un sitio donde no haya corresponsales, donde no exista la posibilidad de que lo usen como propaganda. Habrá que darle un buen apartamento, un trabajo bien remunerado, un jugoso subsidio en nombre de la Cruz Roja; incentivos para que permanezca en este país. Alek estaba convencido de que, con el tiempo, a Lee H. Oswald se le concedería la ciudadanía soviética, se convertiría en un marxista sincero y en un obrero contento, asistiría a conferencias y a gimnasia para masas, encajaría, encontraría su sitio en la historia, en la geografía o en lo que estuviera buscando. Sería un leal Oswaldovich.

De todos modos, aconsejaría que la vigilancia se mantuviera indefinidamente dondequiera que enviaran al chico.

Lee no estaba seguro de que aquel funcionario fuera uno de los hombres que había visto con anterioridad. Había visto demasiados con el mismo traje oscuro.

El funcionario le informó de que aún no habían tenido en cuenta su solicitud de ciudadanía soviética. Sin embargo, le entregaron un documento de identidad para apátridas, número 311479. En cualquier caso, era un simpático papel.

El funcionario le comunicó que lo trasladaban a la ciudad de Minsk. Pronunció el nombre con devastadora claridad, como si estuviera perturbado por un dolor de muelas.

Oswald se permitió un chiste.

—¿Eso está en Siberia?

El funcionario soltó una carcajada, estrechó la mano del norteamericano, le dio una fuerte palmada en la espalda y lo lanzó a la nieve.

Al día siguiente, la Cruz Roja le entregó cinco mil rublos, lo que le dejó anonadado.

Un día después, un Lee H. Oswald recién afeitado partía en tren rumbo a la ciudad llamada Minsk. Siete horas después de salir de Moscú, logró dormir diez minutos en una litera de madera, sobre un colchón y una almohada alquilados. Comió pastel de carne y bebió té, y no consiguió recordar alimentos más apetitosos. Habían entrado en territorio arbolado, mudo y blanco en el atardecer ruso.

2 DE JULIO

David Ferrie condujo el Rambler hacia el sur, más allá de las industrias químicas en las que el gas residual ardía en llamaradas rojas y amarillas. Más adelante, en las ventosas distancias, divisó las chozas de los ostreros alzadas sobre pilotes entre las hierbas de la zona pantanosa. Llegó a un sitio llamado Wading Point, el coto de caza de patos de Carmine Latta. Dejó atrás el letrero que anunciaba Camino Particular y el de Prohibido el Paso, saludó con la mano a tres hombres que charlaban en el jardín y giró por un camino de tierra. En Wading Point siempre había hombres reunidos. Los había visto apiñados ante la puerta de una dependencia o sentados en un vehículo en medio de un camino lleno de baches: cuatro hombres corpulentos embutidos en el Volkswagen de algún sobrino, concentrados en una charla seria.

El porte encorvado, los gestos repetidos, las caras rígidas y la mirada fija, la economía del grupo, el aire formal de exclusión, cuerpos que se inclinaban hacia el centro.

Ferrie era consciente de la *gestalt* de las conversaciones serias. Había estudiado psicología por correspondencia con los maestros italianos. Fue mucho antes de que la Eastern Airlines lo despidiera por degradación moral y por su falsa afirmación de poseer estudios de medicina. Como si un título pudiera resolver el enigma del Camarada Cáncer. Le retiraron el uniforme para siempre.

Condujo hasta un viejo pabellón de caza de la zona pantanosa baja, donde Carmine gustaba de entretenerse con los chicos. Cuatro muchachos asaban una cabra en un espetón situado a las puertas del pabellón, derruido más allá de todo encanto rústico, con nidos de golondrinas adheridos con barro a los aleros. Ferrie aparcó a la sombra y entró en el pabellón. El hombre canoso, de ojos brillantes, con las venas marcadas y la piel llena de manchas, estaba sentado en el sofá, copa en mano. En su presencia, Ferrie experimentaba por momentos un respeto tan absoluto que notaba que se convertía en parte de la conciencia del otro y veía el mundo, la estancia y la dinámica del poder tal como Carmine Latta los percibía.

Carmine mandaba en el negocio de las tragaperras. Carmine tenía prostitutas desde allí a Bossier City, un sitio donde podías contraer una purgación si te apoyabas en una farola. También estaban los casinos, las salas de apuestas, el tráfico de drogas. Carmine manejaba un tercio de la droga cubana hasta que llegó Castro. En la actualidad poseía una flota camaronera que enviaba material desde Centroamérica. La suma de sus negocios producía mil millones de dólares anuales. Carmine poseía moteles, bancos, tocadiscos automáticos, máquinas expendedoras, construcciones navales, arrendamientos petroleros con opción de compra, autocares turísticos. Algunos funcionarios estatales bebían bourbon en su palco del hipódromo. Las malas lenguas afirmaban que canalizó medio millón en efectivo para la campaña de Nixon en septiembre de 1960. Lo que los chicos llaman un sobre descomunal.

—Mi amigo David W. Ferrie. ¿Qué significa la W?

—Whisky wagneriano —replicó Ferrie.

Carmine celebró la ocurrencia y señaló la licorera. El tercer ocupante de la habitación era Tony Astorina, chófer, guardaespaldas y correo ocasional, conocido por razones insondables como Tony Push. Carmine y él guardaban amargos recuerdos del ministro de Justicia. Robert Kennedy era un tema obsesivo aquí, en Wading Point, en la mansión de las afueras de Nueva Orleans, en la zona de pesca del lago Felicity, en el despacho de Carmine, en el Aurora Crown Motel. Carmine estaba resentido. Ferrie vio que el rencor contra Bobby Kennedy avivaba su mirada, una ira decidida, sutil y precisa, minuciosamente desarrollada, como si el rostro viejo y marchito ocultara un delicado secreto, un último y solemne cálculo.

—Sólo digo que todo se remonta a Cuba —insistía Astorina—. Basta con ver la presión que hoy por hoy ejerce el Departamento de Justicia. Si hubieran echado a Castro cuando correspondía, aquí y ahora no nos enfrentaríamos a esta situación.

—Eso es una verdad a medias —opinó Carmine—. Tendríamos un margen de maniobra si Cuba volviera a estar en la empresa. Usas el valor de Cuba para aliviar la presión en el continente. Lo cierto es que nunca nadie dedicó a Castro toda su atención. No jugamos muy limpio.

Todos rieron.

—Echar a Castro sólo fue una fantasía de la CIA. Los muchachos de Florida les siguieron la corriente. Pretendían quitarse de encima al fiscal público. En todo momento podían afirmar que prestaban un gran servicio a su país. Y dio resultado. La CIA los respaldó constantemente.

—Sigo creyendo que todo se remonta a Cuba.

—De acuerdo, pero somos realistas. No hacemos trucos con espejos ni con dobles fondos. Nuestros estilos no concuerdan.

A Ferrie no le sorprendió que hablaran sin tapujos en su presencia. Investigaba cuestiones legales por encargo de Carmine y sabía unas cuantas cosas sobre sus propiedades y operaciones. También conocía las respuestas a algunas preguntas difíciles.

¿Por qué Carmine sentía un odio tan personal hacia Bobby Kennedy, un odio que incluía el deje de su crepitante acento bostoniano?

En abril de 1961, Carmine acude a la oficina de inmigración del barrio, un ejercicio de rutina, su visita trimestral como extranjero. A continuación, sólo sabe que está esposado en el aeropuerto, delante de un avión de la patrulla de fronteras que aguarda en la pista. Lo arrojan en paracaídas sobre San Salvador, sin dinero, sin cepillo de dientes ni muda de ropa. Es su propia Bahía de Cochinos, y coincide temporalmente con el intento de invasión más conocido. Tras una serie de lamentables aventuras y de pasar unos días en un centro de detención de extranjeros de Texas, Carmine logra llegar a casa justo a tiempo para ser acusado de fraude, perjurio y nueva entrada ilegal. Le parece interesante recordar que, cinco años antes, pagó cien mil dólares por su partida de nacimiento salvadoreña. Necesitaba *algún*

documento. Y eso proporcionó al ministro de Justicia la excusa para abandonarlo en aquel país y, a renglón seguido, acusarlo de utilización de un documento falsificado. También es interesante señalar que el cabrón de Bobby amenazó con expulsarlo incluso antes de que la nueva administración asumiera el poder. Pero jamás se refirió a un secuestro. Y aquello fue un verdadero rapto, pero aún más humillante y degradante: un hombre abandonado contra su voluntad en un país tropical, sin la cortesía de llamar por teléfono a sus abogados.

—La CIA presenta un veneno exótico tras otro —añadió Carmine—. Todos acaban en los retretes del sur de Florida.

—Pero... si queremos cortarle las alas a Castro... —observó Tony.

—Se trata de saber si es factible o no. Nosotros no nos lanzamos a empresas descabelladas. —Miró el vaso que tenía en la mano—. Existe otra teoría que explica los motivos por los que Castro sigue vivo. Uno de nuestros hombres en Florida hizo un trato con él.

Tony Astorina estaba apoyado contra la pared, al otro lado de la habitación. Ferrie percibió en él las ruinas de cierta elegancia. Era uno de esos tipos nerviosos y bien vestidos que a los cuarenta abren los ojos, pesarosamente apuesto, casado, con tres hijos y enfermo del hígado, perdidos el encanto y la suerte adolescentes en una montaña de grasa. Se había abierto paso desde el escalón más bajo de la sala de juego del Riviera de La Habana. Ferrie pensó que probablemente contaba con unos cuantos cadáveres en su haber para ocupar la posición en que ahora se encontraba.

—Hablando de Cuba, hace un par de semanas soñé que me encontraba en la piscina de la terraza del Capri con Jack Ruby —explicó Tony—. Al día siguiente caminaba por Bourbon Street y, ¿con quién demonios me encontré? Hablemos de coincidencias.

—Al no saber cómo definir las, las llamamos coincidencias. Pero es más profundo —intervino Ferrie—. Eres jugador. Tienes tacto para los caballos, para las partidas de póquer. Existe un principio implícito: todo proceso contiene su resultado. A veces intervenimos. Lo vemos y lo sabemos. Antes solía toparme con Jack Ruby. ¿Qué hace en Nueva Orleans?

—Compras para bailarinas. Se le cae la baba por una chica del Sho-Bar.

—Con un avión ligero, yo hacía pasadas sobre los cayos y dejaba caer octavillas. Fue poco después de que llegara Castro. Una o dos veces vi a Ruby en Miami.

—Altos en el camino —comentó Tony.

—Llevaba dinero, armas o algo parecido.

—Compraba la salida de gente de las cárceles cubanas.

Ferrie bebía whisky con soda, igual que Carmine. Observaba a Carmine. Movieron al mismo tiempo los vasos, haciendo entrechocar los cubitos de hielo. Las manos del viejo eran largas y delgadas. Tenía mechones de pelo cano en las orejas. Ferrie percibió el olor de la cabra asada.

—Recuerdo que hace seis o siete meses vi en una revista fotos de cañones

antiaéreos en las puertas del Riviera —añadió Tony Push—. Los habían dejado en la calle. Es muy distinto a lo que teníamos, toda una ciudad que podíamos desplumar como a un pollo.

—Todo un país —le corrigió Carmine.

—En aquellos tiempos, La Habana era un condenado paraíso. Las paredes del casino estaban revestidas con hojas de oro. Era realmente hermoso. Teníamos bellas arañas, mujeres con diamantes y estolas de visón. Los repartidores de cartas vestían esmoquin. En la puerta teníamos recepcionistas vestidos de esmoquin. Veinticinco mil dólares por el permiso de explotación de un casino, lo que supone un robo constante, más el veinte por ciento de los beneficios. Batista recibe el sobre, todo el mundo está contento. Dejamos que los cubanos girasen la rueda de la fortuna. Nosotros nos ocupábamos de las mesas de blackjack y de dados. ¿Cómo se llama...? Ah, sí, brocado, las puñeteras cortinas de brocado. Me gustaría ver una sala donde los repartidores de cartas vistan de esmoquin. Y la actividad bullía en toda la ciudad. Las peleas de gallos, los juegos de pelota vasca. En el hipódromo, jugabas a la ruleta entre una carrera y la siguiente. Me gustaría saber adónde fue a parar todo esto.

—Kennedy tendría que haberla reventado cuando pudo —opinó Ferrie.

—Si revientas Cuba, te metes con los rusos.

—Tengo preparadas las sábanas de goma y una cantidad ingente de comida enlatada. Me gusta la idea de vivir en un refugio. Vas al bosque y cavas tu letrina personal. El sistema de alcantarillado es una de las formas del estado de bienestar. Es el embudo del gobierno hacia el mar. Prefiero pensar que la gente va por libre, que cava letrinas en los bosques, en un millón de patios traseros. Cada uno se hace responsable de su propia mierda.

Carmine se acomodó en el sofá. Los cubitos de hielo tintinearón. Ferrie sabía que podía hacer reír a Carmine cuando se le antojaba. Conocía el momento, siempre sabía qué enfoque debía adoptar. Se debía a que compartía las percepciones de aquel hombre.

—Me gustaría decir algo más —intervino Tony—. No albergo resentimientos contra el presidente, pero creo que esa rata rompehuelgas de Bobby presiona demasiado. De acuerdo. Ellos tienen su trabajo y nosotros el nuestro. Y Bobby ha convertido el suyo en una especie de programa personal. Ha transgredido los límites.

—Los dos han transgredido los límites —puntualizó Carmine—. El presidente se excedió al hacer correr la voz de que quería ver muerto a Castro. Te diré una cosa.

—¿Qué?

—Algo que siempre deberás tener en cuenta. Si alguien te crea problemas una y otra y otra y otra vez, alguien con ambiciones, alguien ávido de poder, lo primero que has de pensar es en apelar a lo más alto.

—En síntesis, se toman medidas al máximo nivel.

—Es allí donde se han desmandado.

—En síntesis, se hace un desvío.

—Limpias el primer puesto.

—En síntesis, se organiza todo para que en el nivel más alto haya un hombre nuevo que reciba el mensaje y modifique su política.

—Si cortas la cabeza, no se mueve la cola.

David Ferrie adoraba los refranes. Le gustaba la sensación de dejarse arrollar por la aureola de otro hombre. Y la aureola de poder de un personaje como Carmine era un despertar peculiar. El hombre parecía un pope de los cuentos de hadas, capaz de mirarte y cambiar tu vida, capaz de pronunciar una palabra y cambiar tu vida. Ferrie había desarrollado una teología que se basaba en el anticomunismo militante. En otros tiempos había sido hipnotizador. Estudió idiomas, ciencias políticas, conocía íntimamente las enfermedades y guardaba documentos oficiales que certificaban su pericia como piloto. Todo eso palidecía en presencia de un ser como Carmine Latta.

Carmine tenía una columna de batalla integrada por cuarenta y seis abogados, y estaba dispuesto a gastar millones con tal de evitar una segunda expulsión. Había puesto a trabajar a varios hombres en conspiraciones por estafa, obstrucción de la justicia, derechos de retención de impuestos, mil puñetas detallistas y fastidiosas. Carmine había encomendado a Ferrie que investigara sobre inmigración. Varios funcionarios estatales y presidentes de banco presentaban alegatos en su nombre. Carmine y sus muchachos representaban la industria más importante del estado. Carmine poseía compañías financieras, gasolineras, concesionarios de camiones, flotas de taxis, bares, restaurantes, subdivisiones urbanizables. Carmine se hacía a la medida los bolsillos de los pantalones, tres veces más grandes que los normales, para poder llevar grandes sumas en efectivo.

Ferrie siguió a Tony Astorina por un pasillo flanqueado de dormitorios. Tras la última puerta aparecía una habitación distinta, larga y ancha, amueblada con una mesa de reuniones y doce sillas de piel negra. Sobre una de las sillas había una alta bolsa de lona cerrada con una cuerda. Ferrie distinguió las salientes en ángulo recto que dibujaban los fajos: la contribución de Carmine a la causa. Guy Banister se ocupaba de que los líderes exiliados supieran quién proporcionaba fondos para comprar armas y municiones. Era la donación de Latta a cambio de permisos de explotación de salas de juego en cuanto cayera Castro.

Ferrie regresó al salón.

—Carmine, la llevaré a Camp Street —anunció—. Del primero al último miembro del movimiento se sentirán muy felices, muy agradecidos.

—Todos esperamos que llegue el día —declaró Carmine serenamente—. Sólo queremos lo que es nuestro.

Ferrie estaba convencido de que ese hombre era genial. Carmine había nacido en el peñón de Gibraltar, era hijo de sicilianos y su signo era Tauro. Se trataba de una poderosa fusión de elementos. Ferrie admiraba a los Tauro. Eran personas de tierra, firmes y tolerantes, con dotes para levantar un imperio.

Acarreó la bolsa de paño hasta el coche. Se despidió de los muchachos y salió a la

carretera principal. La astrología es el lenguaje del firmamento, del aspecto y la posición de las estrellas, la verdad al borde de los asuntos humanos.

Raymo enroscó el pañuelo azul y lo ató al cuello de su pastor alemán. El día era sofocante. Tenía una habitación en una casita de estuco coronada por antenas de televisión. No quedaba lejos de la casa de piedra de la Northwest Seventh Street, donde Castro vivió durante su estancia en Miami para recaudar fondos y reunir partidarios de la revolución. Raymo acarició la cabeza del can y murmuró algo en su oreja sedosa. Le puso la correa y siguió al perro escaleras abajo.

Caminó hacia el sur, rumbo a la Calle Ocho, la arteria principal de la Pequeña Habana. Unos perros se acercaron corriendo a las cercas para ladrar a Capitán. Un montón de perros asesinos, un montón de coches con adornos en el capó, que era lo único que valía la pena salvar. Coches viejos que se hundían en el alquitrán. Perros que avanzaban de lado junto a las cercas y ladraban bajo el brillante calor. Viejo y distante, Capitán siguió su camino.

Raymo giró a la izquierda por la Calle Ocho. Pasó ante la joyería, y en los escaparates de las pastelerías vio tartas nupciales de rosa y blanco. Cien hombres se apiñaban en un pequeño parque de la esquina y jugaban al dominó y a los naipes. Aún tenía tiempo de sobra. Compró fruta, y cada media manzana se detuvo para charlar con alguien. En la calle había un gran bullicio. Los hombres formaban grupos y las mujeres saltaban de tienda en tienda. En una ciudad habitada exclusivamente por cubanos, ¿cómo demonios se podía averiguar quiénes eran espías de Fidel?

Más arriba, en Flager Street, Wayne Elko se agachó para sortear las palmeras achaparradas. Llevaba unas botas manchadas de blanco por el agua salada y pensó en hacer un alto para beberse una cerveza Schlitz. Wayne no era muy listo. Había vagado durante casi dos semanas por Florida en busca de T-Jota. Pasó tres días como peón y pregonero de Ten-in-One Carnival, el espectáculo de feria de Jerry Lepke. Tenían una caseta de espadas, una escalera de espadas, un comedor de fuegos, el espectáculo con un bebé de dos cabezas y una encantadora de serpientes que aún usaba correctores dentales. Telefonó a varias personas del movimiento que conocía. Al final, en Miami, recibió un mensaje en Elliot Bernstein Chevrolet, cuyo subdirector de ventas —un guerrillero anticastrista— le permitió dormir en un Impala de segunda mano.

Llega a tiempo, Wayne. Bajó por la Calle Ocho y vio al hombre que buscaba, Ramón Benítez, en la esquina acordada y en compañía de una bestia temblorosa. Conocía de vista a Raymo, de los viejos tiempos en que los exiliados hacían instrucción en orden cerrado en los jardines, bajo la mirada de niños amodorrados.

Se dieron la mano, etcétera.

Wayne se dijo: es un hombre duro. Raymo lo guio una manzana y media hacia el sur. La fachada cubana se convirtió en una versión de Estados Unidos suburbanos.

Soleadas casitas de estuco con jardines de tarjeta postal. Entraron en una casa de una sola planta. En una habitación del fondo sonaba la radio. Salieron por una entrada lateral y tomaron asiento ante una mesa de madera, en un recinto de cemento en cuyo centro se alzaba una estatua de Santa Bárbara.

—Es la casa de Frank —señaló Raymo.

Brazos peludos. Uno de esos tipos macizos a los que no persuades con los argumentos al uso. Sólo piensa en dos o tres cosas y ya ha tomado una decisión con respecto a cada una. Wayne no sabía quién era Frank.

—O sea que aún hay movimiento —dijo—. Tengo un amigo que trabaja en un concesionario Chevy. Fabrica napalm en el sótano con gasolina y jabón para bebés. Duermo en un coche de la sala de exposiciones. Soy el vigilante nocturno oficioso.

—T-Jota sólo quiere que des vueltas un par de días.

—Lo estuve buscando.

—Es un hombre muy ocupado —comentó Raymo, escéptico.

El perro jadeaba en la sombra.

Frank Vásquez apareció con su esposa, dos chicos y algo de comer. La esposa y los hijos observaron al visitante. Wayne esperaba que alguien dijera: «*Mi casa es suya*»^[3]. Le entusiasmaban las gracias del viejo mundo. Pero la familia entró en la casa y lo dejaron con la sonrisa colgando como un trapo.

Los tres hombres comieron en medio del asfixiante calor del mediodía. Wayne no averiguó nada significativo de boca de los dos cubanos. Cuanto más banal la charla, más claro tenía que se estaba tramando algo importante. El almuerzo estuvo tan cargado de seriedad, con esas maneras y tácticas latinas tan severas, que Wayne quedó convencido de que no era una misión para hostigar la costa cubana, como había hecho tantas veces con los comandos de la pensión.

Habló con Raymo y con Frank de la operación en que había participado. Habían sufrido infinidad de contratiempos. Borrascas, cañoneras cubanas, persecuciones por parte de las lanchas de la policía. Describió cómo T-Jota había aparecido de la nada —ni siquiera sabían si era o no de la Agencia— para adiestrarlos en lucha nocturna y en armas. Necesitaban todo lo que pudieran conseguir.

En Interpen, Wayne aún se sentía inmerso en el ritmo agudo de sus tiempos de paracaidista. Se le acababa la juventud. El asunto que se traían entre manos parecía tener un cariz muy distinto. Era un plan oscuro y tétrico. Bastaba con mirar a Frank Vásquez. De ojos tristes, cariacontecido, aplicado, apenas hablaba salvo para contar lo mucho que había sufrido su familia, comentarios concisos, como en un documental sobre una guerra de hacía un siglo.

A Wayne Elko le sorprendió pensar que todo se parecía a *Los siete samuráis*. Se elige a los guerreros independientes, de uno en uno para llevar a cabo una misión peligrosa. Los que están al margen de la sociedad son llamados para evitar la destrucción de un pueblo desvalido. Y esgrimen la espada con las dos manos.

Win Everett estaba en su despacho del campus vacío de la Universidad Femenina de Texas. En medio de tanto calor y luz, le alegraba la penumbra del refugio del sótano. Aquí programaba con toda paciencia su amargura, la afilaba y pulía. Retornaba periódicamente a ello, como si se tratara de una leyenda de juventud, un momento dorado en un campo de fútbol o en un estanque congelado, una empresa de proporciones tan perfectas que sólo podía olvidar a costa de sufrir una profunda pérdida.

El despacho era el sitio al que acudir cuando Mary Frances y Suzanne no estaban en casa. Allí no le molestaba estar solo. Era un lugar donde pensar y buscar la implacable justicia en el recuerdo de lo que le habían hecho: un sitio donde pulir, purificar y aguzar su interpretación del pasado. El tubo fluorescente zumbaba y parpadeaba. Cuando empezó a hacer calor se quitó la chaqueta, la dobló a lo largo, luego por la mitad, y la dejó delicadamente encima de un armario.

Ya no era posible eludir el hecho de que Lee Oswald existía con independencia de la trama. T-Jota había forzado la cerradura del 4907 de Magazine Street, en Nueva Orleans. Resultó imprescindible al comprobar que la Guy Banister Associates no tenía una muestra de la letra del sujeto. El expediente sólo contenía un documento, su solicitud de trabajo, escrito en mayúsculas y sin firmar.

Verdaderamente, Lee H. Oswald era real. Lo que Mackey averiguó sobre él en su breve recorrido por el apartamento hizo que Everett se sintiera desplazado. Le produjo una sensación de profundo pánico y le permitió entrever la ficción que había imaginado, una ficción que existía prematuramente en el mundo.

Ya estaba enterado de lo concerniente a las armas. Mackey lo confirmó: un revólver calibre 38 y un rifle de cerrojo con mira telescópica.

También conocía la historia de las octavillas. Oswald repartía octavillas por la calle. El titular exigía: «¡Manos Fuera de Cuba!».

Estaba la correspondencia de Oswald con el director nacional del Comité por el Trato Justo con Cuba.

Por todas partes había bibliografía socialista. Discursos de Fidel Castro. Un folleto con una cita de Castro en la cubierta: «La Revolución debe ser la escuela del pensamiento liberado». Ejemplares del *Militant* y del *Worker*. Un folleto titulado *La futura Revolución Norteamericana*. Otro, *Ideología y revolución*, firmado por Jean-Paul Sartre. Libros y folletos en ruso. Fichas de papel brillante con caracteres cirílicos. Un álbum filatélico. Un manuscrito de doce páginas titulado: «Diario Histórico».

Estaba asimismo la correspondencia con el Partido Socialista de los Trabajadores. Y una novela, *El idiota*, en ruso.

Había un opúsculo titulado *El crimen contra Cuba*. En la contraportada Mackey vio unas señas estampadas con un sello: 544 Camp St.

Había una tarjeta de reclutamiento a nombre de Lee H. Oswald, y otra a nombre

de Alek James Hidell.

Había un pasaporte expedido a nombre de Lee H. Oswald. Un certificado de vacuna sellado por el doctor A. J. Hidell. Y un certificado del servicio militar, Cuerpo de Marines de Estados Unidos, a nombre de Alek James Hidell.

Encontró solicitudes cursadas con los nombres de Osborne, Leslie Oswald y Aleksei Oswald. Y una tarjeta de socio del Comité por el Trato Justo con Cuba, sección de Nueva Orleans. El miembro es Lee H. Oswald, y el presidente de la sección, A. J. Hidell. En opinión de Mackey, las firmas no eran de la misma persona.

Había una foto de revista de Castro enganchada con celo a la pared.

Por no hablar de la habitación propiamente dicha. Mackey había encontrado casi todo el material en una especie de despensa situada a un lado de la sala. Era un sitio pequeño, oscuro, mísero y desesperado, el escondite perfecto del francotirador, con cucarachas desfilando por los zócalos.

Everett sólo había pedido una muestra de la letra, una foto. Con todo ese material podría dedicarse a la construcción de la historia ilustrada de su sujeto, comenzando por el falso nombre. Le gustaba inventar nombres, ni más ni menos que el nombre justo, ni más ni menos que la textura oral del paso de un vagabundo por la tierra.

Pero Oswald tenía nombres, sus propios nombres. Distintas versiones. Había falsificado documentos. ¿Para qué jugaba Everett en el sótano con la tijera y el pegamento? Oswald poseía su método personal de copiado, sus instrumentos de falsificación. Mackey comentó que había usado una máquina fotográfica, un pigmento opaco, había retocado negativos, empleando una máquina de escribir y un equipo de sellos de goma.

Opinó que el trabajo era una chapuza. Everett no se sintió dispuesto a responsabilizar al chico de los detalles técnicos (Hidell, Hideel). Evidentemente, el asunto era de mayor alcance. ¿Qué hacía con todo ese papeleo inventado, con una cámara Minox escondida en el fondo de un armario?

Everett estiró los brazos unos segundos para despegar la camisa de su piel sudada. Buscó cigarrillos. Pensó que en los últimos días parecía haber más preguntas que hechos y más amargura que preguntas. El quid de la amargura radica en que puedes trabajarla, depurar la angustia y el resentimiento. Es una experiencia que abriga promesas de perfección.

Lancer ha regresado de Berlín.

El afilado y pulido se estaba convirtiendo en puro encono. Aquel esfuerzo por afilar y pulir hasta qué punto había degradado el sentido de su propia valía. Era una cuestión de dimensiones. Se reducía a lo que le habían hecho. Se trataba de encerrarse en su despacho del Old Main y de elaborar su furia.

Lo último que Mackey vio al salir del apartamento fue una novela de James Bond en la mesa situada junto a la puerta.

Nicholas Branch tiene documentos estatales inéditos, informes del detector de mentiras, grabaciones de las frecuencias de radio de la policía correspondientes al 22 de noviembre. Cuenta con ampliaciones fotográficas, planos del edificio, películas filmadas por aficionados, biografías, bibliografías, cartas, rumores, espejismos, sueños. Ésta es la sala de los sueños, la sala donde ha pasado tantos años para aprender que su tema no es la política o el delito violento, sino hombres en habitaciones pequeñas.

¿Se ha convertido en uno de ellos? Frustrado, atascado, atento a sí mismo, a la búsqueda de un modo de conexión, de una salida. Después de Oswald, en Estados Unidos no se exige a nadie que lleve una vida de desesperación soterrada. Solicitas una tarjeta de crédito, compras una pistola, recorres las ciudades, los suburbios y los paseos comerciales, anónimo y más que anónimo, en busca de la ocasión de disparar a la primera cara hueca y abotargada de un famoso, sólo para que la gente sepa que allí hay alguien que lee la prensa.

Branch está atascado, de eso no hay duda. Ha consagrado su vida a comprender aquel instante en Dallas, los siete segundos que quebraron la columna vertebral del siglo en Estados Unidos. Tiene el informe detallado del patólogo forense, su análisis de activación de neutrones. También cuenta con el informe Warren, con sus correspondientes veintiséis tomos de testimonios y documentos, sus millones de palabras. Branch opina que el informe sería la novela oceánica que James Joyce habría escrito si se hubiera trasladado a Iowa y hubiese vivido hasta los cien años.

Allí está todo: partidas de bautismo, boletines de calificaciones, postales, peticiones de divorcio, cheques anulados, fichas diarias de entrada y salida del trabajo, declaraciones de renta, inventarios de pertenencias, radiografías postoperatorias, fotos de cuerdas anudadas, miles de páginas de testimonios, de voces monótonas en las salas de audición de viejos tribunales, una increíble cantidad de testimonios de hombres. Se hallan tan aplastadas sobre la página, penden tan inmóviles en el aire amodorrado, olvidadas la sintaxis y otras reglas, que semejan una especie de rocío mental, la poesía de existencias enfangadas y chorreantes de lenguaje.

Documentos. Está la gráfica dental de la madre de Jack Ruby, fechada el 15 de enero de 1938. Hay una microfotografía de tres pelos del vello púbico de Lee. H. Oswald. En otro sitio (en el Informe Warren todo te remite a otro sitio) aparece una descripción pormenorizada de esos pelos. No son rizados, sino suaves. Las ampliaciones no son muy grandes. Y hay mucho más.

Branch no sabe cómo abordar este tipo de datos. Quiere creer que los pelos corresponden a los archivos. Para su responsable obsesión, resulta vital que todo lo contenido en esa sala justifique un estudio minucioso. Todo corresponde, todo concuerda, el murmullo de oscuros testigos, las fotos de documentos ilegibles y

restos personales sueltos y téticos, cosas recogidas en la agonía: zapatos viejos, la chaqueta del pijama, cartas desde Rusia. Todo es una sola cosa, una ciudad arrasada de trivialidades donde las personas padecen verdadero dolor. Conviene recordar que éste es el libro joyceano de Estados Unidos, la novela en la que nada queda fuera.

Hace mucho que Branch ha perdonado sus fallos al Informe Warren. Se trata de un documento de angustia y confusión humanas demasiado valioso para desdeñarlo o descartarlo. Los veintiséis tomos lo acosan. En los memorandos del FBI aparecen hombres y mujeres que son rastreados a lo largo de varias páginas y que acaban por desvanecerse: camareras, prostitutas, adivinos, directores de motel, propietarios de campos de tiro. Parcas, inconclusas y a su manera perfectas, esas declaraciones persisten en el tiempo.

RICHARD RHOADS y JAMES WOODARD se emborracharon una noche y WOODARD dijo que JACK y él llevarían armas a Cuba. JAMES WOODARD tenía una escopeta, un rifle y probablemente una pistola. Afirmó que JACK poseía muchas más armas que él. DOLORES declaró que no había visto armas de ningún tipo en poder de JACK. Afirmó que en el garaje tenía varias cajas y baúles e ISABEL sostuvo que allí estaban sus pieles, estropeadas por el moho causado por la elevada humedad de la zona.

Fotos. Hay muchas sobreexpuestas, quemadas, borradas más allá de lo normal en el tiempo transcurrido, fotos que sugieren cosas apenas entrevistas pese a la sencillez de los objetos y los parcos comentarios. *Barras de cortina encontradas en un estante del garaje de Ruth Paine*. Ahí están. La foto no muestra ni más ni menos. Pero Branch tiene la sensación de que hay cierta soledad, una extraña desolación atrapada en el encuadre. ¿Por qué las fotos consiguen perturbarlo, entristecerlo? Monótonas, difusas, lavadas por el tiempo, suspendidas fuera de la esencia específica de esta o aquella época, sin discutir, sin aclarar, solitarias. ¿Es posible que una foto se sienta sola?

Esa tristeza lo ata a la silla con la mirada fija. Nota el alma de los lugares vacíos, regresa una y otra vez a las fotos del comedor del primer piso del Depósito de Textos Escolares de Texas. Vacieron habitaciones, garajes y calles para tomar las fotos oficiales. Ahora estaban eternamente vacíos, atascados en el limbo fotográfico. Siente las almas de los que allí estuvieron y partieron. Percibe pesadumbre en los objetos, en las cajas de cartón de los almacenes y en las ropas empapadas en sangre. Respira soledad. Siente a los muertos en esa estancia.

W. Guy Banister, ex agente especial del FBI, especialista en recoger información anticomunista, aparece muerto en su casa de Nueva Orleans en junio de 1964, con su Magnum 357 con monograma en el cajón de la mesilla de noche. Se diagnosticó ataque cardíaco.

Frank Vásquez, el antiguo maestro que luchó a favor y en contra de Castro, halla la muerte delante de El Mundo Bestway, un supermercado de la West Flagler Street de Miami, en agosto de 1966, con tres balazos en la cabeza. Se informa de una pelea entre facciones de grupos anticastristas de la zona. Se redacta un informe sobre una discusión que tuvo lugar algo más temprano en un club. No se producen arrestos en

este caso.

Diez años después, el mismo día y también en Miami, la policía encuentra el cadáver semidescompuesto de John Roselli, nacido Filippo Sacco, una figura del hampa que poco antes había prestado testimonio ante un comité del Senado que investigaba los intentos compartidos de la CIA y la mafia para asesinar a Castro. El cuerpo flota en un barril de petróleo en Dumbfoundling Bay, con las piernas aserradas. Tampoco hay arrestos en este caso.

Branch permanece sentado con la mirada fija.

La Agencia le paga el máximo que alcanzó a la edad del retiro, con actualizaciones periódicas de acuerdo con el aumento del coste de la vida. La Agencia pagó la habitación que él añadió a su casa, esta estancia, la sala de documentos, de las fotos amarillentas. También pagó para recubrir la sala con material antiinflamable. Pagó el ordenador personal que Branch utiliza para estudiar datos biográficos. Branch se avergüenza de pasarle la factura del material de oficina y a menudo presenta una cifra inferior a la que en realidad ha gastado.

Come casi siempre en la sala, limpia un trozo de escritorio y lee mientras come. Se queda dormido en el sillón y despierta sobresaltado, momentáneamente temeroso de moverse. Hay papeles por doquier.

Al caer la tarde se sentaron en las gradas de madera y contemplaron a los viejos que jugaban al softball. Los jugadores vestían camisa blanca de manga corta, pantalón largo blanco y lazo oscuro, amén de gorra de béisbol y zapatillas blancas. Los lazos consiguieron que Raymo se sintiera feliz. Pensó que eran fantásticos, el toque yanqui perfecto.

Frank se sentó una fila más arriba y un poco hacia un lado, y bebió naranjada.

—Aún pienso en los montes —dijo.

—Aún piensas en los montes. Mira al primera base. Te apuesto a que tiene setenta y cinco años, pero sigue moviéndose bien.

Raymo también pensaba en los montes. Estuvo con Castro en el Movimiento del 26 de Julio, con el famélico ejército de barbudos. Por aquel entonces, Fidel era una figura mágica. Resultaba indudable que tenía fuerza, que era mítico. Alto, fornido, de pelo largo, empapado en suciedad, mezclando teoría y exabruptos, se presentaba en cualquier parte, lo explicaba todo, formulaba preguntas a los soldados, a los campesinos, incluso a los niños. Convirtió la revolución en algo que la gente sentía con su cuerpo. Las ideas, las palabras sibilantes palpitaban en los sentidos de todos. Era un Jesús con botas, predicaba allá donde iba, ocultaba su identidad a los campesinos hasta que llegaba el momento espectacularmente oportuno.

—Me sentía mal por la enfermedad, el hambre y la lluvia —explicó Frank—. También porque nunca estuve seguro de mis motivos. Cuando pienso en los montes, recuerdo sobre todo mi propia confusión. Me sentía impulsado en dos direcciones.

Todo me resultó muy difícil.

Era verdad. Frank siempre fue un poco *gusano*^[4], siempre sintió una furtiva admiración por Batista. Y ahora todos eran *gusanos*, gusanos anticastristas según el lenguaje de la izquierda. Frank siempre fue un gusano a medias, un batistiano a medias, incluso cuando luchaba por Fidel.

A Castro le gustaba recordar los primeros días de la insurrección, antes de que Frank y Raymo escalaran la Sierra Maestra. Doce hombres con once fusiles. En la actualidad, Raymo sabe que no fue sólo el 26 de Julio lo que derrocó al régimen. Desde el primer momento, Castro inventó una historia conveniente de la revolución para fomentar sus ansias de poder, para convertirse en el Máximo Dirigente.

El tercera base se agachó y arqueó los brazos. El abuelo de la base del bateador lanzó la pelota hacia el centro izquierda y sus compañeros de equipo lo observaron, casi incorporándose en las gradas. El sol iluminaba las palmeras que había detrás de la parte posterior derecha del campo.

—En estos momentos pienso más que nunca en los montes —añadió Frank.

—Porque eres estúpido, hombre.

—Pero no pienso para nada en la invasión.

—¿Y a quién le interesa pensar en eso? Además, naufragaste.

—Querrás decir que encallé. Pero nuestra confianza seguía incólume.

—Eres estúpido hasta las últimas consecuencias. Desde la playa vi cómo se hundía la popa.

—Aún teníamos ilusiones —insistió Frank, con solemnidad.

—No me extraña que pienses en los montes. En la sierra ganamos.

Frank le pasó la naranjada a Raymo después de beber un par de tragos. Vieron que los viejos, con un lanzamiento, sacaban del campo a dos jugadores; eran más serios y despiertos que los chicos, mecánicamente correctos a los setenta, con sus lazos. Frank y Raymo recordaron que Fidel empleaba la jerga del béisbol cuando hablaba de operaciones. Los atraparemos en el recorrido completo. Ganaremos sin que los cabrones marquen un solo tanto. Bajaron por la escalera y caminaron hasta el coche. Capitán, despatarrado en el asiento trasero, parecía un abrigo robado.

Raymo llevó a casa a su amigo. Sin duda, Frank piensa constantemente en los montes. Estuvo veintitrés días en la sierra. Se quejó del primero al último y, cuando terminó con su rosario de lamentos, volvió a dar clases en la escuela. Impartió clases a los hijos de los hombres que cortaban caña para los amos del azúcar, a los niños que limpiaban y embalaban caña sin cobrar un céntimo.

El edificio donde vivía Raymo quedaba entre el río Miami y Orange Bowl. Aparcó el coche, llevó el perro hasta la boca de riego y entró. El calor era sofocante. Lo primero que oyó fue el quejido de los coches sobre el puente colgante de la Northwest Twelfth Avenue, un sonido que superaba ligeramente el tono natural del mundo, el sonido de alguien que piensa en una habitación a solas.

Las tropas del régimen temían la cordillera. Para ellas los montes significaban la

muerte. Para Raymo no existía ni la más remota posibilidad de morir. En la Sierra rica y exuberante se volvió intocable, incluso durante la última ofensiva importante, durante la cual los lanzamientos repetidos de napalm calcinaron la tierra y el aire. En su interior, todos se creían intocables. Era el sentido de haberse convertido en rebeldes.

Se tendió en la cama y empezó a pensar.

La marcha sobre La Habana llevó algo así como cinco días. Fueron recibidos con el respeto que los héroes merecen en los libros. La consigna era depurar el país. Raymo fue testigo de varias ejecuciones. Acabaron con los violadores, los torturadores del régimen, los que clavaban clavos en los cráneos. Se les pidió amablemente que se situaran al borde de una zanja que les llegaba a las rodillas. Todos acabaron de una manera distinta, cayeron de lado o hacia atrás, con un brazo extendido o contra el cuerpo, pero todos cayeron sin darse cuenta, murieron profundamente sorprendidos.

Entonces aparecieron los comunistas y entraron en los sindicatos y los comités rurales. Castro les dio la legalidad. Tenían Migs embalados a la espera de que los pilotos cubanos aprendieran a pilotarlos. La consigna era pensar en términos colectivos. El individuo debía desaparecer.

Habló de una revolución y nos dio otra. Algunas zonas fueron vedadas a los cubanos. Había técnicos rusos y checos, equipos de construcción rusos miraras donde mirases. Por la noche, en las carreteras, los estudiantes que se oponían al nuevo régimen divisaron camiones que transportaban largos objetos, envueltos en lona, de contornos definidos. Corría la broma de que las palmeras se vendían en el mercado negro. El cargamento estaba formado por los SA-2, los primeros misiles soviéticos que llegaron a Cuba. Estaban en la isla para defender los cielos de los aviones espía de gran altura.

En esos tiempos, Raymo se encontraba en la prisión de La Cabaña, un veterano de Bahía de Cochinos. Sí, así de simple, el héroe barbudo es un gusano. El patio estaba rodeado de depósitos y polvorines antiguos, de galerías con bóvedas de cañón que ahora se usaban como celdas, y él compartía una de éstas con ex guerrilleros castristas, oficiales de Batista, obreros, radicales, sindicalistas, dirigentes estudiantiles, hombres que fueron torturados por el viejo régimen y por el nuevo, el perfecto potaje cubano. El fondo de su celda daba al foso, donde tenían lugar las ejecuciones. Esperaba que John F. Kennedy lo sacara de allí.

Algunas noches oían hasta diez ejecuciones. En una ocasión, Raymo vio a un hombre delgado, iluminado por el foco, delante de los sacos terreros. Llevaba zapatos blancos, camisa oscura, corbata de lazo y un bonito panamá. Tenían tanta prisa por ejecutarlo que ni siquiera le proporcionaron el traje gris de la cárcel, y mucho menos una audiencia o un juicio. Cuando le dispararon, Raymo vio que el sombrero salía volando. Subió por los aires como el sombrero de un dibujo animado. El individuo debe desaparecer.

Otro coche se internó en el enrejado de hierro del centro del puente y se oyó un sordo gemido.

Quería creer que había salido de la cárcel. Ex combatiente de la Sierra y de Playa Girón, se veía reducido a escuchar las incesantes disputas entre Castro y Kennedy, disputas que determinan dónde vive, qué come y con quién habla. Fue un obrero cualificado en Oriente, mecánico en una explotación minera de níquel, propiedad de los gringos, y allí oyó hablar del Movimiento del 26 de Julio, en boca de estudiantes que se referían, con gran poder de convicción, a las injusticias sociales. Ahora colecta fruta subido a una escalera y espera a que los dos máximos dirigentes le digan adónde tiene que ir. Ambos hombres arrastran un halo de grandeza con sus visiones y su porte heroico. Cada uno se mueve como la sombra del otro, su sueño obsesivo. Uno compra lo que el otro vende. Mil cien veteranos de la brigada de asalto fueron puestos en libertad después de que Estados Unidos pagara cincuenta y tres millones de dólares al gobierno de Castro. Raymo estaba en un lateral de Orange Bowl, a tres manzanas de su apestosa cama, y oyó las promesas renovadas, la segunda oleada de vacuidad. Desde entonces habían transcurrido seis meses. Estaba convencido de que no se había librado de nada. Recibía instrucción en los pastos silvestres de Everglades. Sólo en esos momentos se sentía libre.

No podía olvidar el modo en que el sombrero salió disparado de la cabeza del hombre delgado. La sorpresa brusca y chocante, el insulto repentino. Cuando estás convencido de que has visto todas las formas en que la violencia puede sorprenderte, aparece algo nuevo que ni siquiera habías imaginado. ¿Con cuánta fuerza golpean las balas para alcanzar a un hombre en el pecho y hacer que su sombrero vuele un metro y medio por los aires en línea recta? Fue una lección sobre las leyes del movimiento y un recordatorio para la humanidad entera de que nada es seguro.

EN MINSK

La fábrica se alzaba a ocho minutos de su piso. Era regulador de primera, otra forma de llamar a un metalúrgico no cualificado. La fábrica ocupaba diez hectáreas, daba trabajo a cinco mil personas y producía radios y televisores.

El primer día entregó una autobiografía manuscrita al director de la fábrica. Escribió: «Mis padres han muerto. No tengo hermanos ni hermanas».

El director dio la bienvenida al ciudadano Oswald.

A las ocho en punto, el ordenanza de servicio tocaba la campana. Metales chirriantes. Sierras que cortaban el acero en lingotes. Nunca había imaginado que la producción de radios incluyera sonidos tan disonantes.

Constantemente celebraban reuniones. Una gran foto de Lenin observaba a los obreros. Quince reuniones por mes, todas fuera del horario laboral, más la gimnasia diaria obligatoria.

Llevó chicas a la ópera y visitó lugares turísticos. En aquella ciudad industrial había varias estructuras impresionantes, algunas algo extrañas, pensó. El edificio de los sindicatos tenía la fachada de un templo griego, pero las figuras talladas en el friso correspondían a un albañil, un agrimensor, una lanzadora de peso y un hombre con traje de doble botonadura, maletín incluido.

Comió col frita en cafeterías sin mesas ni sillas.

Cada república autónoma está representada por once delegados en el Soviet de las Nacionalidades del Soviet Supremo. Soviet significa consejo.

Aprendo ruso rápido.

Su apartamento del tercer piso tenía cocina y baño. Dormía en un sofá cama. Contaba con una terraza privada que daba a un ancho recodo del río que atraviesa Minsk. El 5 de cada mes recibía el cheque de la Cruz Roja.

Leía en la terraza, escribía en ruso en su cuaderno de taquigrafía. «Muchas gracias», escribió. Los sustantivos neutros que acaban en *o* adoptan una *a*. Escribió la letra de una canción popular.

A lo lejos se divisaban las agujas de una iglesia.

Tenía dinero. Era alguien interesante, un norteamericano, el desconocido con una historia a las espaldas. Estados Unidos era un rumor que recorría las calles, un lugar fascinante en el que la gente no acababa de creer, y deseaban oír lo que él pudiera contarles.

El 1 de Mayo, Día Internacional de los Trabajadores, tuvo lugar un acontecimiento estremecedor en los cielos de Sverdlovsk, en los Urales.

El prisionero se encontraba en una jaula de metal dentro del ascensor. A prueba de luz

e insonorizada. Era un tipo de conciencia descarnada que en ese momento no necesitaba. Ritmo cardíaco irregular. Picor en la pierna derecha. El agotamiento que se centraba en un profundo dolor de cabeza, el zumbido en los oídos.

Cuatro hombres, dos de uniforme, lo trasladaron pasillo abajo. El prisionero percibió su severa satisfacción, algo meritorio en el ambiente, un viejo agravio por fin reparado. Exactamente a esa hora tendría que haber aterrizado en un fiordo noruego.

Lo trasladaron a una pequeña estancia. Tenía que desnudarse una vez más. Toda la tarde le habían pedido que se quitara el traje presurizado, el traje de vuelo, los calzoncillos largos, que se quedara quieto, que se agachara, déjenos echarle un vistazo, póngase este pantalón, cúbrase con esta camisa. Luego lo trasladaban a otro sitio y todo volvía a repetirse.

Supo que estaba en la Lubyanka, en el corazón mismo de Moscú, en la prisión política del KGB en la capital. Tal vez lo sometieran al último registro corporal.

Le entregaron otra muda, que incluía un traje de doble botonadura tres tallas más grande de la que le correspondía, y lo trasladaron a la sala de interrogatorios, donde esperaban doce hombres, tres de ellos con uniforme: dos comandantes y un coronel. No se veía ningún magnetófono. El intérprete tomó asiento junto al prisionero. En la cabecera de la larga mesa se sentó el taquígrafo, que parecía demasiado viejo para consignar algo más allá del nombre y la nacionalidad, y que lucía una escarapela en la solapa.

El prisionero movió ligeramente la cabeza ante esa serie de rostros tétricos. Eran hombres bien asentados en los cuerpos de seguridad del Estado. Pese a que aún no había pronunciado una sola palabra, parecían observarlo con escepticismo. Quizá lo consideraban demasiado bueno para ser cierto. Habían atrapado a un pirata aéreo norteamericano después de cuatro años de vuelos rasantes de aviones sin identificar. El prisionero pensó que le aguardaba una vida de patatas y sopa de col. Tal vez una vida breve. Quizá lo ejecutaran en el patio, como en las películas, al son de tambores que amortiguaran los disparos.

Hubo una brillante llamarada en el cielo por la forma en que se sacudió el aparato, como un coche que pega un frenazo en medio de un atasco.

Comenzó la larga noche de las preguntas. Nombre, nacionalidad, tipo de aparato, tipo de misión, altitud, altitud, altitud. La dificultad de mentir consiste en que tienes que recordar lo que has dicho para repetirlo cuando vuelven a preguntártelo. Fundamentalmente dijo la verdad. Quería decir la verdad. Quería caer bien a esa gente. Unas pocas y astutas mentiras en determinadas áreas, ojalá supiera con certeza qué áreas debía proteger. No lo habían preparado para esta contingencia. Nadie le había dicho qué debía responder. Sólo era un piloto, y eso fue lo que intentó hacerles comprender. Volaba siguiendo cierta ruta, accionaba las palancas de la misión. Era un empleado civil. Consignaba las lecturas de los instrumentos, se desviaba de su curso, efectuaba correcciones. Era un chico de las colinas de Virginia. No fumaba, no bebía ni mascaba chicle. Cuando estudiaba quinto curso, hizo un avión con una caja de

cigarros y se lo regaló a la maestra. Les dijo que volaba a veinte mil pies.

En cuanto examinaran los restos, le interrogarían sobre la unidad de destrucción, dispositivo que no había activado por temor a que detonara antes de que pudiese abandonar el aparato. Muy embarazoso. También le harían preguntas sobre la inyección de veneno que le confiscaron varias horas antes en Sverdlovsk. Sin lugar a dudas, el prisionero se sentía avergonzado. Debería estar muerto. Algunos jefazos se sorprenderían enormemente al saber que seguía vivo. Habían invertido millones para asegurar su muerte.

Cuando acabó el interrogatorio, le entregaron otra muda, lo llevaron a otra sala, le indicaron que se bajara el pantalón y le pusieron una inyección que, supuso, le haría dormir o decir la verdad.

Pasaron por delante del escritorio del supervisor de sección para conducirlo hasta un bloque de celdas de dos pisos. Su celda medía dos y medio por cuatro y medio, y tenía una puerta de roble macizo reforzada con planchas de acero. Había una cama de hierro, una mesita, una silla y una ventana de doble cristalera asegurada con tela metálica. Estaba solo y oía el reloj del Kremlin. Seguramente, ya habría corrido la voz de la desaparición del U-2. Bod, Incirlik, Peshawar, Wiesbaden, Langley, Washington, Camp David. A su manera, resultaba estimulante. Mientras se desvestía por quinta o sexta vez en ese día interminable, agotador e incoherente, reparó en la mirilla de la puerta.

El fuselaje estaba patas arriba, el morro del avión apuntaba hacia el cielo, y todo semejava una pesadilla en la que eres incapaz de hacer nada.

En lugar de torturarlo para arrancarle respuestas satisfactorias, al día siguiente lo enviaron de excursión por Moscú.

Aleksei Kirilenko estuvo presente en la segunda tanda de preguntas. Sobre la mesa había un paquete de Laika con filtro. En la estancia había diez hombres. Las preguntas fluían. El prisionero, llamado Francis Gary Powers, era sincero al decir la verdad la mitad de las veces y la otra mitad mentía con la misma sinceridad. Al menos eso estimó Alek.

No, con anterioridad no había sobrevolado territorio soviético.

No, la CIA no le había proporcionado una lista de agentes secretos que pudiera contactar.

No, nunca estuvo destinado en Atsugi, Japón.

¿Y el avión?

Sí, en otros tiempos el avión estuvo en la base de Atsugi.

Habían cortado el pelo del prisionero al estilo campesino. Alek estimó que le sentaba bien. Tenía la cabeza grande y cuadrada, facciones definidas y la expresión preocupada de un paleta que cruza las calles de la capital.

No, al prisionero no se le ocurrió pensar que al traspasar las fronteras soviéticas

ponía en peligro la futura cumbre.

En el Centro opinaban que Jruschev no haría público que Francis Gary Powers estaba vivo y bajo custodia hasta que en Estados Unidos se publicara la historia, con sus esperanzadoras y patéticas averiguaciones. (Un avión meteorológico sin armamento ha desaparecido en Turquía, en las proximidades del lago Van, después de que el piloto civil avisara que tenía dificultades con el sistema de oxígeno). Sumarían o restarían detalles según fuera necesario. Lo hicieran de una u otra manera, contaban con que el piloto había muerto.

Entonces el primer ministro subiría a la tribuna del Gran Salón, con un modesto racimo de medallas en la pechera de su traje de empresario, y daría a conocer la interesante noticia, acompañada de fotos y de gestos apropiados; su voz caería a ráfagas sobre los delegados, miembros del Presidium, cuerpo diplomático y prensa internacional.

Camaradas, comenzaría, debo comunicaros un secreto. La gran sonrisa, la mano activa y enérgica. Tenemos al piloto del inocente avión meteorológico del que habéis oído hablar. Tenemos los restos del avión. Fue abatido por nuestros misiles tras internarse dos mil kilómetros en territorio soviético. La sombra en el cielo, enviada para fotografiar instalaciones militares e industriales. Tenemos la cámara y las películas. Esgrimiría las fotos espía, bromearía sobre las muestras aéreas que supuestamente debía recoger el avión. Sí, sí, Francis Gary Powers está vivito y coleando, sano y salvo, a pesar de la unidad de destrucción del avión, a pesar del veneno destinado a acabar con su vida, de la pistola con silenciador y del cuchillo. Haría una pausa para beber un trago de agua. Siete mil rublos en moneda soviética. ¿Lo enviaron tan lejos para cambiar los viejos rublos por los nuevos?

Risas, aplausos.

Alek esperaba la escena que Jruschev montaría con el incidente del U-2. La cumbre comenzaría en París al cabo de dos semanas. El liderazgo moral de Eisenhower se va al carajo.

Conforme las preguntas continuaban durante horas, que se convirtieron en días, el prisionero empezó a sentirse inquieto. Los hombres de uniforme, los miembros de la GRU, insistían con el tema de la altitud. ¿No sabían a qué altura volaba el avión cuando lo abatieron? ¿Acaso había sido un blanco accidental con un misil descontrolado? ¿Había descendido con el avión para volver a encender el motor después de sufrir un parada repentina? ¿Por eso le dieron? Corrían rumores de que ni siquiera rozaron el aparato. ¿Y si la CIA había saboteado el avión para dar al traste con la cumbre?

Francis Gary Powers sostuvo sin cesar que volaba a máxima altura cuando notó el impacto y vio la llamarada. Veinte mil metros. Tuvo la sensación de que la GRU opinaba que mentía. Aquellos hombres creían que los U-2 volaban mucho más alto y sabían que los misiles soviéticos no podían alcanzar semejantes altitudes.

¿Estaban convencidos de que el avión volaba más alto de lo que aseguraba el

piloto?

¿Porque Oswald así lo había dicho? Seguramente contaban con fiables corroboraciones de otras fuentes. De todos modos, el incidente fortalecía las afirmaciones del chico. Resultaba evidente que tenía razón con respecto a la altitud máxima del avión. Además, era la única persona en la URSS que poseía información válida y de primera mano sobre el U-2, que era tan norteamericano como Powers, que podía medir las respuestas y las inflexiones reveladoras de su compatriota, que podía evaluar lo que contaba el prisionero sobre personal de tierra, medidas de seguridad de la base y otros datos.

En la imaginación de Kirilenko, Lee H. Oswald se perfilaba como una figura chaplinesca que patinaba en los bordes de acontecimientos decisivos y peligrosos.

De forma inconsciente, sabiéndolo parcialmente o a sabiendas pero sin decirlo, el chico era capaz de crear el caos a su paso, de desencadenar desastres sin darse cuenta de que ocurrían, de crear enigmas en torno a su vida y probablemente de tomarnos el pelo a todos.

Alek nunca había visitado Estados Unidos. Todo lo que sabía sobre este país le indujo a mostrarse cauto ante su impulsividad, su superficial seguridad en sí mismo. En comparación con lo que tenemos aquí, el impresionante tesoro de una historia que persiste en el alma popular, aquello es una cultura de parvulario, indecisa, babeante y desmemoriada.

Los cigarrillos le volvían patriota. Volvió a fumar después de seis años de mordisquear diminutas cositas.

Al menos, Oswald parecía norteamericano. A la larga, Francis Gary Powers se sentaría en el banquillo de los acusados de la sala del tribunal del Salón de las Columnas, llena de candelabros, con su estúpido corte de pelo y su ridícula ropa demasiado grande o demasiado pequeña, y se parecería a un leñador de los Balcanes.

El ciudadano Oswald llegó a la ciudad vestido con su corbata oscura, jersey de cachemira y traje de franela gris. Resultaba agradable estar de nuevo en Moscú.

Lo guiaron hasta la sala pocos minutos después de que comenzara el interrogatorio. Se sentó contra la pared, cinco metros detrás del prisionero, al lado de un agente de seguridad de paisano. Tenía un bloc y un bolígrafo.

La noticia estaba en todas partes, dominaba la prensa y las ondas hertzianas. El U-2 era la noticia más importante desde hacía muchos años. El terrible clamor de las justas voces soviéticas, las históricas mentiras norteamericanas, el deterioro de las relaciones. Escuchó a Francis Gary Powers, que intentaba hacer frente a las preguntas de Roman Rudenko, uno de los principales acusadores de criminales de guerra nazis durante el juicio de Nuremberg. Pensó que un acusador de nazis era un toque demasiado espectacular para un tipo como Francis Gary Powers. El prisionero hablaba como un tío normal y corriente. Hijo de minero de cualquier región apartada.

Le habían pagado para que pilotara el avión.

A lo largo de tres horas ininterrumpidas de preguntas y respuestas, Oswald mantuvo la mirada fija en la nuca de Francis Gary Powers.

Luego acudió al Pabellón de Ajedrez del Parque Gorki a ver la exhibición del fuselaje destrozado del aparato y de una sección de la cola. Habían montado las alas en el centro de la sala. Las vitrinas contenían el equipo de supervivencia del piloto, sus efectos personales y una confesión firmada. Mostraban fotos del piloto bajo un letrero en el que se leía: POWERS FRANCIS GARY EL PILOTO DEL AVIÓN NORTEAMERICANO DERRIBADO. El gentío estaba feliz. Oswald se preguntó si Powers jugaba al ajedrez. Sería un bonito gesto por parte de Alek permitirle entrar en la celda para jugar una partida de ajedrez con Francis Gary Powers.

El agente de civil le acompañó de regreso a Lubyanka. Alek y un guardia uniformado lo condujeron hasta el bloque de celdas. El suelo estaba enmoquetado. La celda de Powers se encontraba en el nivel más bajo. El guardia quitó la tapa de la mirilla de la puerta, y Oswald escudriñó el interior de la celda. El prisionero estaba sentado ante una mesita y trazaba líneas en un papel. Oswald pensó que quizás estaría fabricando un calendario. Hombres en cuartuchos, aislados. La celda es el estado básico. Te meten en una habitación y cierran la puerta con llave. Tan simple que resulta genial. Éste es el tamaño definitivo de todas las fuerzas que te rodean: dos y medió por cuatro y medio. Había algo delicado en Powers. Era el tipo de personas con la que Oswald podría llevarse bien en los cuarteles. El prisionero alzó la cabeza unos segundos y miró claramente hacia la mirilla, como si percibiera que alguien lo observaba. Le habían pagado para pilotar el avión y, de paso, para suicidarse si la misión fracasaba. Pero no siempre cumplimos las órdenes, ¿verdad? Algunas órdenes te obligan a pensar, ja, ja. Deseó decirle al prisionero, desde el otro lado de la puerta: *Tenías razón; me alegro de que desobedecieras*. El prisionero llevaba una camisa escocesa abrochada hasta el cuello. Apartó una mosca y volvió a concentrarse en la hoja de papel. Parecía esforzarse en dibujar las líneas. ¿Cómo se dice «pelotón de ejecución» en ruso?

Alek acompañó a Oswald hasta la sala de interrogatorios, donde permanecieron solos en medio del débil olor a cigarrillos aplastados.

—Lo ha visto desde lo más cerca que era posible. Dígame, ¿le resulta conocido?

—No.

—¿Lo conoce de Atsugi?

—Utilizan casco y careta. Siempre están rodeados por guardias armados. Jamás logré verle la cara a un piloto.

—Quizá de los bares, de los clubes nocturnos.

—No lo recuerdo de nada.

—¿Sabía que hacían vuelos desde Peshawar?

—¿Y eso dónde queda?

—En Pakistán, donde se inició este vuelo.

—No.

—Powers dice muchas mentiras. ¿Qué opina?

—Está confundido. Creo que básicamente dice la verdad. Quiere sobrevivir.

—Insiste en que la altitud máxima era de veinte mil metros. Usted habló de veinticuatro o veintiocho mil.

—Tal vez me equivoqué.

—No creo que se haya equivocado.

—Indudablemente, pude confundirme.

—Parecía muy seguro. Describió la voz del piloto. Tenemos motivos para creer que lo que usted dijo es correcto.

—Veinticuatro es demasiado alto. Puede que creyera oír veinticuatro pero en realidad fueran veinte. Por el tipo de persona que parece ser, creo que Powers dice la verdad.

—¿A qué tipo de persona se refiere?

—Esencialmente honrada y sincera. Colabora tanto como puede. ¿Qué le ocurrirá?

—Es demasiado pronto para saberlo.

—¿Lo llevarán a juicio?

—Casi seguro.

—¿Lo ejecutarán?

—No lo sé.

—¿Lo pondrán ante un pelotón de ejecución?

—No me parece acertado suponerlo.

—Es lo que suelen hacer, ¿no? Los matan a tiros aquí.

Kirilenko sonreía.

—Ya no se hace tan a menudo.

—Déjeme hablar con él.

—No me parece una buena idea.

—Podría hablarle de las virtudes de la vida en la Unión Soviética, de fabricar radios para las masas.

—Las masas necesitan radios para dejar de ser masas.

—Se me ha ocurrido una idea genial. —Hizo una pausa para ordenar las palabras de forma teatral—. Quiero asistir a la Universidad de la Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba.

—Sin duda es un lugar maravilloso. Pero está en Moscú y creo que éste no es el momento oportuno para que usted viva aquí.

—Alek, ¿qué puedo hacer para progresar? Me gustaría estudiar. La fábrica es aburrida y está estrictamente reglamentada. Siempre hay reuniones, hay que leer la propaganda. Todo es igual. Todo tiene el mismo sabor. Todos los periódicos publican lo mismo.

—Está bien. Pensaremos en los estudios de Lee H. Oswald.

—Espero tener pronto noticias tuyas. Cuento con ello.

—Para mi propio conocimiento, me gustaría que me dijera si Francis Gary Powers es un norteamericano típico.

Oswald se dio cuenta de que todo el mundo llamaba al prisionero por su nombre completo; la prensa soviética, la televisión local, la BBC, la Voz de América, los interrogadores, etc. En cuanto hacías algo trascendente, te etiquetaban con un nombre adicional, un segundo nombre que por lo general no utilizabas. Quedabas oficialmente marcado, te convertías en un capítulo de la imaginación del Estado.

Francis Gary Powers. En los últimos días ese nombre había adquirido resonancia, una impresión de acontecimiento fatídico. Sonaba histórico.

—Diría que un hombre trabajador, sincero y honrado se ha visto en una situación en la que se siente aplastado por las presiones de direcciones opuestas. Supongo que eso lo vuelve típico.

Lo dijo en ruso, y notó que Alek estaba impresionado.

Del Diario Histórico.

La llegada del otoño y mi temor a un nuevo invierno ruso quedan suavizados por espléndidos dorados y rojos otoñales en Bielorrusia ciruelas melocotones albaricoques cerezas abundan por estas últimas semanas de otoño tengo un saludable color marrón y estoy atiborrado de fruta fresca.

Mi 21 cumpleaños veo a Rosa, Pavil, Ella en una pequeña fiesta en casa de Ella una judía rusa muy atractiva con la que últimamente he salido a pasear, trabaja también en la fábrica de radios.

Ahora noto que se acerca el invierno. Una creciente soledad me domina pese a mi conquista de Ennatachina una chica de Riga.

Año Nuevo paso en casa de Ella Germain. Creo que me he enamorado. Ha rechazado mis proposiciones más deshonestas.

Después de una agradable caminata de la mano hasta el sine local volvemos a casa, de pie en el umbral le propongo matrimonio. Ella titubea pero me rechaza, mi amor es real pero no tiene nada para mí (¡Estoy demasiado sorprendido para pensar!). ¡Me siento desechado!

Habló de Cuba con sus amistades y le sorprendió que el tema no les apasionara. La situación de Cuba le ponía nervioso con facilidad, y el asunto aparecía siempre en las noticias del *Worker* en inglés, en la radio local y en la BBC. Mikoyan firma un acuerdo comercial con Che Guevara. Rusia envía armamento pesado. Ike rompe las relaciones diplomáticas.

El chocolate era caro. Aquella gente es profundamente golosa. La pastelería estaba siempre a tope. La vida se componía de menudencias: chocolate, un magnetófono, una comida en el restaurante de servicio mecánico.

Sus amigos tenían dificultades con su nombre. No se sentían cómodos al decir Lee. Sonaba a chino o no coincidía con su propia lengua.

Les propuso que le llamaran Alek.

Tarjeta postal #4. Washington, D.C. Corre el 21 de enero de 1961, el día posterior a la toma de posesión de John F. Kennedy, y Marguerite Oswald busca un teléfono público dentro de Union Station. Acaba de viajar durante tres días y dos noches en un tren desde Fort Worth, ha sacado dinero de la póliza de seguros para pagar el billete, ha dejado a cero la cuenta del banco para comprarse unos zapatos y ha viajado todo el tiempo *sentada de pie*, ya que no le alcanzó para pagar una litera en el coche cama. La mujer está frenética, cansada y frustrada. Las cartas a su representante en el Congreso no han obtenido respuesta. No han devuelto sus llamadas telefónicas a la oficina local del FBI. Telegramas al Departamento de Estado. Cartas y llamadas al Comité Internacional de Rescate. El Departamento de Estado habla con el Comité Internacional de Rescate, pero nadie quiere hablar con ella. ¿Resulta realmente tan extraño que emplee la palabra conspiración? Sólo intenta analizar un resumido programa de cosas que no son correctas.

La telefonista de la centralita de la Casa Blanca le responde que el presidente está reunido.

Marguerite introduce otra moneda en la ranura.

La telefonista de la centralita del Departamento de Estado asegura que en ese momento el secretario Rusk no puede ponerse, pero que todo lo que puedan hacer por ella, etcétera, etcétera. La telefonista es negra y durante su infancia Marguerite vivió en un barrio donde se mezclaban negros y blancos, en la Philip Street de Nueva Orleans, jugó con negros y vivió al lado de una maravillosa familia negra, por lo que, tras una infinidad de tiras y aflojas, la ponen en contacto con un hombre que parece hablar desde una oficina y no desde una centralita. El hombre está rodeado de silencio, se presenta como ayudante y le pregunta amablemente qué problema tiene.

—He venido a la ciudad para averiguar algo sobre uno de mis hijos que se ha perdido en Rusia.

Explica al hombre que ella no es una madre quejica, que se está recuperando de una enfermedad y no sabe si su hijo está vivo o muerto. El chico está en el extranjero, trabajando como agente de nuestro gobierno de Estados Unidos. Su hijo tiene derecho a tomar sus propias decisiones, añade, pero cabe la posibilidad de que el gobierno lo haya dejado en la estacada y no sepa cómo salir de una situación difícil.

El ayudante responde que el servicio meteorológico ha previsto que se aproxima una fuerte tormenta de nieve y que tienen orden de irse temprano. Marguerite sospecha que existe una conspiración.

Dice por teléfono:

—No podré sobrevivir en este mundo sin saber que tengo mi estilo de vida americano y que puedo empezar desde la nada. Tengo que trabajar en esto, comenzando desde el momento en que, a los dieciséis años, él estaba decidido a alistarse en los marines, tema por el que discutimos sin cesar mientras vivimos en el

barrio francés de la ciudad.

Marguerite añade:

—Leía día y noche el manual de Robert. Se lo sabía de memoria. Ahora hace más de un año que no tenemos noticias tuyas, y estoy convencida de que él no tiene totalmente la culpa, sea cual sea el modo en que operan los agentes en el extranjero. Estoy aquí para llegar al fondo de la cuestión y saber dónde está.

El hombre del Departamento de Estado dice que todos deben abandonar la oficina a causa de la tormenta anunciada. Evidentemente, se acerca. El servicio meteorológico sostiene que puede desencadenarse en cualquier momento.

A Marina le encantaba oír hablar en inglés. Resultaba estimulante, una especie de aventura. Ni siquiera se había enterado de que en Minsk vivía un norteamericano, lo que era extraordinario. Lo que la gente sentía hacia Estados Unidos jamás se perdía.

Bailó con Alek en el inmenso salón del Palacio de Cultura. El muchacho fue amable, iba bien vestido y le dijo que estaba muy elegante con el vestido de brocado y el peinado alto. Habló en inglés con otros muchachos, pero con ella sólo se expresó en ruso. Marina rara vez había oído hablar en inglés, y no sabía una sola palabra salvo Tarzán, Spam y las letras de algunas canciones.

Marina había llegado a Minsk como la nieve que cae del tejado, decía su tío Ilya. Era hija ilegítima, y se sentía atraída por las personas que escapaban de la norma. Ilya comentó con el norteamericano que su sobrina tenía pajaritos en la cabeza.

Veía a Alek a menudo. Parecían brillar juntos en el corazón de las cosas. Se apropiaban de todo: determinado banco del parque, próximo a los jugadores de ajedrez, cosas corrientes que no tenían nada de extraordinarias. Como le ocurre a la mayoría, se enamoraron. Procedían de mundos distintos y de culturas profundamente diferentes, pero el destino los unió, pensaba Marina. Ahora su corazón latía de otro modo.

Se lisonjeaban, cada uno lograba que el otro se sintiera singular y maravilloso. Es la mentira que todos aceptan a los diecinueve, edad de Marina cuando conoció a ese hombre sorprendente.

Dejó a Anatoly, que parecía un actor de cine, y dejó a Sasha, que era maravilloso en todos los aspectos y, por lo tanto, no estaba destinado a ella.

Alek tenía un piso pequeño y hermoso, y escuchaba a Tchaikovski en el fonógrafo. Llevó a Marina a pasear en barca por el Lago de la Juventud.

Eran iguales a todos, realmente corrientes, y decían lo que todos dicen. Todos los hechos de sus vidas eran preciosos. Al nacer, Marina no llegaba al kilo. Este dato sorprendía a Alek. Era su hechizo particular, un elemento apreciable de Marina. Alek gesticulaba en un intento por dar forma a menos de un kilo de preciosa vida. Los ojos eran azules. Su mote infantil había sido Spichka —Fósforo— debido a su cuerpo delgado, su tendencia a estallar y a hablar brusca y agitadamente. Estas cosas que se

contaban eran como los relatos de un libro que cambia todos los días, y dotaban a su amor de carácter eterno.

Él le contó que su madre había muerto.

Hablaron de todo, del sol y de la luna, de la mosca posada en el cristal. Él se ocultaba en los portales cuando soplaban el viento frío. A lo largo del río bramaba un viento asesino.

El destino los había señalado para ser marido y mujer y, con la llegada de la primavera, fueron al registro civil, sólo seis semanas después de conocerse. Alek la obsequió con un ramo de narcisos tempranos y Marina lució un vestido blanco corto con dibujo de briznas de hierba. Esa noche él le dio tiernamente las gracias por ser virgen.

Cuando regresaba a casa desde su trabajo en la farmacia del hospital, Marina lo encontraba ocupado en lavar la ropa o fregar el suelo. Él no le permitía que lavara su mono de trabajo. Se avergonzaba de la mugre y el sudor, y no le gustaba considerarse un obrero industrial, un trabajador manual, condenado por toda la eternidad a realizar la misma faena.

Todas las noches, a las diez en punto, sintonizaba la Voz de América.

Tenían cicatrices a juego en los brazos, él en el izquierdo y ella en el derecho, cercanas al codo, de la misma forma y tamaño. La sensación del destino, del sino reflejado. Alek le contó que lo habían herido en acción de guerra, en Indonesia, durante una operación contra los comunistas. No le dijo nada sobre la otra cicatriz, la de la muñeca.

Era huérfano como ella, forastero, lo que no estaba nada mal, pero más allá de estos datos Marina no sabía quién era realmente Alek. Tenía la sensación de verlo desde cierta distancia. Nunca se hallaba del todo presente. Él era la otra persona, con quien ella convivía, el norteamericano que le contó que tenía veinticuatro años pero resultó tener sólo veintiuno, como supo el día de la boda, cuando vio cómo estampaban el sello de matrimonio en su permiso de residencia.

Algunas semanas después, Marina se enteró de que la madre de Alek no estaba muerta.

Algunos chicos de la fábrica le comentaron a Marina que era un tío majo, pero que siempre se mantenía apartado, a solas, no formaba parte de las cosas, en temperamento y emociones no tenía nada que ver con un ruso... en síntesis, nada le salía del corazón.

El día que contrajeron matrimonio, Castro obtuvo el Premio Lenin de la Paz. Fue dos semanas después de Bahía de Cochinos.

En su cuaderno, él escribió en español los números del uno al diecisiete, saltándose el cinco y el seis.

—¿Por qué las otras chicas que conocía aquí querían salir conmigo, como tú?

—No lo sé —respondió Marina.

—Porque soy norteamericano. Tiene gracia. Abandoné mi país para protestar

contra las condiciones de vida que allí imperan y ahora soy, para todos, el norteamericano de pura cepa. Te diré una cosa: cuando le propuse matrimonio a Ella, la chica de la fábrica, me rechazó por el mismo motivo por el que salió conmigo: por ser norteamericano. Dijo que tarde o temprano me arrestarían por espía. Su familia opina que soy un espía. Probablemente, ella piensa lo mismo. Es el estado de temor de la vida cotidiana en Rusia. El otro día la vi, está gorda como un tonel.

A Marina le llamó la atención lo mucho que su marido escribía en los nuevos cuadernos de muchas hojas. ¿De qué son las fotos que guarda en el último estante del armario, detrás de las maletas? ¿Qué es ese dibujo a lápiz que parece el plano de la fábrica de radios?

Él le explicó que apuntaba sus impresiones sobre Rusia.

¿Y qué es esa cosa que cuelga de la pared, el dispositivo cercano al sofá cama que no parece cumplir ninguna función? ¿Acaso alguien escucha lo que hablamos?

Incluso ahora, después de Stalin, Marina no sabía muy bien en quién confiar. Hasta su tío Ilya era coronel del MVD. Con su uniforme parecía un héroe al óleo de la Gran Guerra Patriótica. Alek le pidió que averiguara todo lo que pudiera sobre la graduación, el salario y las funciones de Ilya. Marina sabía que el cargo de su tío guardaba alguna relación con la industria maderera. Aunque era un puesto delicado, no estaba relacionado con espionaje ni contraespionaje. Era Jefe de Bosques o algo por el estilo, al menos eso tenía entendido.

Alek le pidió que averiguara más cosas para incluirlas en sus impresiones sobre Rusia.

A veces Alek alquilaba una barca en solitario y la dejaba derivar por el río junto al edificio donde vivían. Gritaba el nombre de su esposa, lo repetía al viento hasta que ella se asomaba a la terraza y saludaba con la mano. Su saludo de respuesta era como el de un niño, un deleite profundo y exaltado. Desde la barca parecía decir: «Míranos, somos un milagro, un milagro auténtico y sincero». Dos años atrás, de vacaciones en Minsk cuando vivía en Leningrado, Marina había reparado en una bonita casa de apartamentos con terrazas que daban al río. Uno de los balcones estaba cubierto de flores, y supuso que sería hermoso vivir allí. Estaba convencida de que era la misma terraza en la que se hallaba ahora, suya y de Alek, saludando mientras la barca se desplazaba lentamente.

El destino es más extenso que los hechos o los acontecimientos. Es algo en lo que creer más allá de las fronteras corrientes de los sentidos, ahora que Dios está tan apartado de nuestras vidas.

Aunque algunas personas no creen en Dios, pero en Pascua colorean los huevos sólo para cambiar la rutina de su vida cotidiana.

Tarjeta postal #5. El desplegable: «Escenas de Minsk». Oswald fotografiado en el Monumento a la Victoria, en el Palacio de Cultura, en la Plaza Stalin. Es un sujeto

bastante alegre, que sonrío frente a la cámara a pesar de que, en realidad, tiene muy pocos motivos para ser feliz.

Han rechazado su solicitud de ingreso en la Universidad para la Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba. Digiere mal la noticia, que le hace sentirse pequeño y despreciable. El jefe de recepción de estudiantes escribe que esa universidad se creó exclusivamente para los jóvenes de países oprimidos de Asia, África y América Latina. Lee se pregunta si consideran que él es un ser privilegiado. Forma parte de la estupidez general con respecto a la vida en Estados Unidos.

¿Qué más? Bien, ha escrito a la embajada norteamericana en Moscú para solicitar que le devuelvan el pasaporte. Está algo nervioso, considerando que se lo arrojó en las narices, que prácticamente los obligó a cogerlo y que dijo algunas cosas de las que se arrepiente con respecto a secretos militares. ¿Lo llevarán a juicio si regresa?

¿Qué más? En la pared de su casa hay un pequeño dispositivo que no es un enchufe, ni un interruptor ni un clavo. Por si esto fuera poco, sigue viendo un coche con el letrero de «Autoescuela» que sube y baja por su calle. Tal vez en su calle se haga el último examen, piensa, pero lo cierto es que nunca hay un alumno en el interior del coche.

Está convencido de que le vigilan porque lo consideran un falso desertor enviado por la Oficina de Inteligencia Naval. Atisba rápidamente la posibilidad de que este organismo espera que salga para que les cuente todo lo que ha averiguado.

Sabe que alguien intercepta su correspondencia porque después de escribir a la embajada norteamericana desaparecieron de pronto los cheques mensuales de la supuesta Cruz Roja, lo que redujo sus ingresos a la mitad. Había aceptado ese dinero porque estaba hambriento y sin blanca y Moscú se hallaba cubierta por la nieve. Prefería no pensar en el verdadero origen de esos fondos. Le pagaban por desertar, por responder a preguntas sobre su servicio militar. Ahora que quiere volver a su país, el dinero deja de llegar.

No hay señales de Alek, ni una palabra. Silencio total.

Quizá todo esto es obra de Alek. Todo está relacionado con él. Le han pedido que le arranque hasta el último dato. Le han pedido que lo acorrale cuando lo único que quiere es estudiar.

Todavía no le he hablado a mi esposa de mi deseo de regresar a Estados Unidos.

Su amigo Erich le presenta a varios estudiantes cubanos y a él le gusta charlar con ellos, intercambiar quejas sobre la monotonía de Minsk. Los cubanos tienen talento y capacidad. Está convencido de que hay un elemento de integridad en la causa cubana. Pero es una batalla perdida. Aquí la gente se aprovecha del partido para prosperar. El partido es un instrumento para obtener beneficios materiales.

Lo fotografían una vez más, con gafas de sol.

Cerca de donde vivía se alzaba una torre de radio de quince metros, rodeada de alambre de espino y patrullada por guardias armados con los perros gruñones de rigor. A poca distancia había dos estructuras más pequeñas, igualmente protegidas, destinadas a interferir las emisiones de alta frecuencia procedentes de Munich y otras ciudades occidentales.

Se imaginó escribiendo su historia para *Life* o *Look*, el relato de un ex marine que ha penetrado en el corazón de la Unión Soviética, observado la vida cotidiana y comprobado cómo el miedo impera en el país. El chocolate cuesta cuatro veces más que en Estados Unidos. Ninguna elección, por muy modesta que sea, queda al albedrío del individuo.

Ha tomado fotos del aeropuerto, del instituto politécnico y de un edificio de oficinas del ejército sólo por tenerlas, por guardarlas para más adelante. Escribió: «Es un curioso extraño la imagen del jefe local del partido cuando pronuncia un sermón político ante un grupo de trabajadores robustos y sencillos que, por un extraño proceso, han quedado petrificados. Están petrificados si exceptuamos a los comunistas de rostro rígido que con ojos errantes buscan cualquier falta de atención por parte de un trabajador, búsqueda que les hará merecedores de una gratificación».

Se imaginó a sí mismo en la sala de espera de *Life* o *Look*, con el manuscrito guardado en una carpeta de cuero apoyada en las rodillas. ¿Cómo se llama? Ah, sí, tafilete.

Convenció a su amigo Erich de que le diera clases de alemán.

Cuando Marina le comunicó que estaba embarazada, él pensó que por fin su vida adquiriría sentido. El padre participaba. Ocupaba un sitio, tenía sus obligaciones. Esa mujer le había proporcionado el golpe de suerte que jamás imaginó. Marina Prusakova, nacida dos meses antes de lo previsto, con menos de un kilo de peso, de Arcángel, en el mar Blanco, a medio mundo de distancia de Nueva Orleans. Le cogió la cara entre las manos. Chiquilla rubia y fina. Labios llenos, cuello alto, niña florida de ojos azules, su delgado y pálido narciso. Ojalá el niño se parezca a ella, incluso en esa curva hosca de la boca, y en sus ojos que despiden fuego cuando se enfada. Bailó con ella por la sala y le prometió que la cuidaría mucho más de lo que nadie lo había hecho. Marina sería el bebé hasta el nacimiento del verdadero niño.

Le contó que las tiendas de Estados Unidos estaban inenarrablemente provistas, llenas de sorprendentes artículos a elegir. Necesitara lo que necesitase el bebé, bastaba con acudir a los grandes almacenes más cercanos. Plantas enteras dedicadas al bebé. Tiendas enteras, únicamente con artículos para bebés. Jamás has visto tantos juguetes.

Fue el primero en llegar a casa, y fregó los platos del desayuno. La oyó subir el último tramo de la escalera, cada día más despacio. Llevaba una bolsa con helado y turrón de cacahuete.

—Se preparan para hacer desaparecer a Stalin —comentó Marina—. Pasé por la plaza y está acordonada.

—Tendrán que usar dinamita.

—Lo bajarán con cadenas.

Marina guardó los alimentos, se sentó ante la mesa de la cocina, detrás de él, y encendió un cigarrillo.

—Es demasiado grande —observó Alek—. Tendrán que volarla.

—Aún hay muchos estalinistas. Supongo que la bajarán con cadenas y se la llevarán al amparo de la noche. Nadie se enterará hasta que sea demasiado tarde.

—Ya lo saben, y por eso han acordonado la plaza. Por favor, apaga el cigarrillo.

—Últimamente fumo mucho, muchísimo menos.

—No es bueno para el bebé. No, no y no —insistió.

—Alek, casi no fumo.

—Los escondes por todas partes. Encuentro cigarrillos en todos los rincones. Es muy perjudicial para el bebé.

—Cada vez fumo menos. Hoy sólo he encendido dos cigarrillos. ¿Qué hay de los visados?

—Recorrí todos los sitios imaginables. Ministerios y departamentos, hice la ronda completa. Marina, son imposibles. Como leen mi correspondencia, en las cartas a mi hermano me quejo de esta burocracia insufrible.

—Escribes a tu hermano y a ellos, dos cartas por el precio de una.

—Estamos ahorrando una fortuna —replicó.

—¿Dónde queda Texas?

Él lavó la cafetera con agua tibia.

—Es donde vive el general Walker, jefe de todos los grupos ultraderechistas y odiosos de Estados Unidos. El titular del *Worker* de hoy decía: GENERAL WALKER SE OFRECE PARA PAPEL DE FÜHRER. Renunció a su mando en el ejército para no tener limitaciones militares cuando intente encabezar un golpe de extrema derecha.

—¿Debo empezar a aprender inglés?

—Más adelante, cuando lleguemos.

Aquellos días con sus noches constituían toda una revelación para Oswald. Era un alma doméstica, se sentía feliz en el hogar, un amo de casa que lavaba los platos y hablaba del empapelado con su esposa. Descubrir todo eso resultó maravilloso. Tenía una posibilidad de evitar la ruina anunciada. En esas pequeñas habitaciones, con Marina a su lado, parecía tan seguro charlar y tocarse, hacer que Rusia se tornara menos inmensa y secreta. Muchas cóleras se desvanecieron al ponerse a leer bajo la lámpara textos de política y de economía, con su esposa cerca, con un vestido suelto,

embarazada, mientras las farolas se reflejaban en el río.

Aquella noche, mientras dormían, oyeron un ruido sordo. Dos, tres, cuatro estampidos huecos, como un poder celestial que rueda por la noche. Alek se quedó quieto, con los ojos abiertos, a la espera de que Marina hablara, pese a saber con exactitud qué diría.

—Alek, ¿son truenos?

Oyó el último retumbo sordo.

—Están dinamitando la estatua de tu líder.

Tishkevich, el jefe de personal, informó al ciudadano Oswald que su rendimiento como regulador dejaba mucho que desear. Le faltaba iniciativa. Reaccionaba sin mesura ante los amables comentarios del capataz. Hacía su trabajo con descuido. Añadió que estaba redactando un informe. Mencionaría estas cuestiones y añadiría que el ciudadano Oswald no participa en la vida social de la fábrica.

No había señales de Alek. Ni una sola palabra. Ni el menor indicio de que estuviera al corriente de que Oswald seguía vivo.

Su madre lo encontró. Le escribió una carta en la que le contaba que el cuerpo de marines le había dado de baja con licencia deshonrosa.

Lee escribió a su hermano para preguntarle si cabía la posibilidad de que el gobierno tomara medidas contra él.

Escribió a la embajada norteamericana para solicitar un préstamo del gobierno a fin de que su familia y él pudieran viajar a Estados Unidos.

Escribió a su madre para pedirle que presentara una petición de ayuda en nombre de Marina.

Escribió a John Tower, senador por Texas, y al Comité Internacional de Rescate.

El proceso completo de canales burocráticos, sistemas infinitos y retorcidos, documentos por triplicado... para él representó un verdadero esfuerzo descifrar esos formularios y rellenarlos.

Estaba escribiendo a John B. Connally Jr. porque creía que era secretario de la Armada. En realidad, era gobernador de Texas.

Apareció Marina con el doctor Spock de bolsillo que una amiga le había enviado desde Inglaterra. Se sentó junto a él para que le tradujera algunos fragmentos al ruso. Le comentó que dar a luz es el secreto de la mujer, se parece a algo que tiene lugar en el lecho del mar, bajo una débil luz y en las aguas calladas, el único misterio que nadie puede resolver aunque conozcamos los mecanismos biológicos que lo producen.

El doctor Spock decía: «No tengas miedo de tu bebé. Tu bebé nace para convertirse en un ser humano sensato y amistoso».

Marina lo observó mientras traducía ese fragmento. Parecía preguntar por primera vez: ¿Qué tipo de lugar es Estados Unidos?

Oswald volvió a ocuparse de la carta. ¿Podía decirle al secretario de la Armada que era un falso desertor? Quería reparar los daños que se había hecho a sí mismo y a los suyos. Conocía sus derechos. Deseaba que lo rehabilitaran con una licencia honrosa. Dado el modo en que interceptaban constantemente su correspondencia, ¿podía decirle al secretario que la inteligencia naval lo había enviado a la URSS para que viviera como un obrero más, estudiara el sistema, fotografiara zonas de valor estratégico y tomara apuntes de los detalles de la vida cotidiana?

Se imaginó a sí mismo en el despacho ministerial, junto a una bandera adornada con borlas, conversando con el secretario, un hombre de mandíbula cuadrada y mirada despejada, un simpático texano.

Amanece. Marina me despierta. Le ha llegado la hora.

La experiencia tenía forma, sentido tradicional y generacional, como su propio padre de pie en el pasillo oscuro a la espera de la noticia de que era niño. La noticia del nacimiento de Robert Oswald. El segundo hijo nacería dos meses después de la muerte del padre.

Escribió sin tardanza a Robert.

Entérate, tengo una hija, June Marina Oswald, de 2,730 kg, nacida el 15 de febrero de 1962 a las diez de la mañana. ¡¿Qué me dices?!

Intentaré alcanzarte, pero sé que me llevas una buena delantera. Ja, ja.

¿Qué tal te van las cosas? Oí en la voz de América que dejaron en libertad a Powers, el tipo del avión espía U-2. Supongo que allí es un notición. Cuando lo vi en Moscú, me pareció un norteamericano simpático y listo.

Mientras Marina estaba en el hospital, dio otra capa de pintura a la cuna de segunda mano. Barrió y fregó todo el apartamento, lavó la ropa, planchó las blusas y las faldas de su esposa. Al final los burócratas insistieron en que el segundo nombre de la niña debía ser el primero del padre. Trasladó la cuna a su lado de la cama y todas las noches dormía a pocos centímetros de June Lee.

Apátrida, con ceguera literal y algo desesperado, se levantó en medio de una noche de primavera y escribió el Diario Histórico.

Lo redactó en dos sesiones, y a las cuatro de la madrugada hizo una pausa para tomar café. Quería explicarse para la posteridad. Algún día la gente leería esas palabras y comprendería los temores y aspiraciones de un hombre que sólo pretendía ver con sus propios ojos cómo era el socialismo.

Fue su adiós a Rusia. Supuso la conclusión oficial de una importante etapa de su vida. Dio validez a la experiencia, del mismo modo que la redacción de cualquier historia presta convicción y forma a los acontecimientos.

Incluso mientras escribía, imaginaba a la gente leyendo esas palabras, gente

conmovida por su soledad y desilusión, hasta por su pésima ortografía, ese lío infantil de las composiciones. Que vean la lucha y la humillación, los esfuerzos que tuvo que realizar para escribir una simple frase. Las páginas estaban repletas, emborronadas, eran insistentes, una verídica imagen de su estado de ánimo, de su cólera y su frustración, de saber algo pero no ser capaz de consignarlo correctamente.

Se remontó al primer día de otoño de 1959 y se lanzó de cabeza, escribiendo con la alta fiebre de un niño durante la cual los sueños de la duermevela, sueños de claros colores, pueden parecer un estado de conocimiento más puro. Experimentó ligeras descargas de entusiasmo al narrar su intento de suicidio con la voz teatral y burlona de Hidell. Era la verdadera voz de aquel episodio. Entonces la había oído al ver que su sangre de pescado se mezclaba con el agua de la bañera (*en algún lugar suena un violín*) y ahora se apresuró a emplearla, sudado y en pijama ante la mesa de la cocina.

El dolor siempre presente, el caos de la redacción. El campo de pequeños símbolos no tenía sentido. Aparecían a una distancia brumosa. No veía con claridad la imagen de lo que se denominaba palabra. La palabra también es una imagen de la palabra. Distinguió espacios, trazos incompletos, e intentó adivinar el resto.

Hizo desesperados esfuerzos por escribir fonéticamente, pero el idioma le engañó con sus incoherencias. Incapaz de ordenarlas, vio cómo se deterioraban las frases. La naturaleza de las cosas era esquiva. Las cosas se colaban por sus percepciones. Era incapaz de aferrar el mundo galopante.

Límites por todas partes. Tomara la dirección que tomase, chocaba con su propia imperfección. Apiñado, chapucero, deficiente. Pero él sabía cosas, no era porque las ignorase.

Salió a la terraza a beber café. La brisa hizo que el pijama sudado se le enganchara al cuerpo. Una *N* de lado se convierte en una *Z*.

Pese a la urgencia por llenar esas páginas, tuvo el cuidado de excluir ciertos datos que podrían utilizar como alegato contra su regreso a Estados Unidos. Sí, hasta cierto punto el Diario satisfacía sus propios fines pero también contaba la verdad esencial, estaba convencido. El pánico, el tono de desilusión y de pérdida eran reales.

Era consciente de que contenía discrepancias, fechas mezcladas. Nadie podía esperar que, después de tanto tiempo, recordase bien las fechas, cosas que no importaban a nadie, nadie lo lee en busca de nombres, fechas y aciertos ortográficos.

Que todos vieran su lucha. Creía a pies juntillas que su vida se desarrollaría de tal manera que algún día la gente estudiaría el Diario Histórico en busca de pistas sobre el corazón y la mente de su autor.

—Alek, será terrible respirar por última vez el aire de Rusia.

—Todos tus amigos te envidian.

—Me sentiré insoportablemente triste en la estación. Nuestros buenos amigos se quedarán en el andén. Nadie creerá que me voy de verdad. Mis tíos serán muy

desdichados. «Marinotchka, es como un viaje al espacio». No soporto la idea.

—Te apuesto a que llorarán de envidia.

—Quiero que arrojen flores cuando salga nuestro tren, que caigan pétalos de narcisos blancos. El aire debe poblarse de flores.

Marina imaginaba el futuro: la estación de tren, la frontera, el barco. Pero no iba más lejos. En su mente no adquiriría forma algo que se asemejara a la fantasía de un hogar.

Su marido, sentado ante la mesa de la cocina, escribía.

Redactó *El Kolectivo*, un esmerado ensayo de más de cuarenta páginas manuscritas sobre la vida en Rusia, la vida en Minsk, la mezquina disciplina de la fábrica de radios. Reunió estadísticas y planteó infinidad de preguntas a Marina sobre precios de los alimentos, costumbres, etcétera. Deseaba analizar el tema del control, el dominio de todos los aspectos de la vida soviética por parte del Partido Comunista.

Escribió *La nueva era*, un breve relato sobre la destrucción del monumento a Stalin en Minsk.

Tomó notas para un ensayo sobre «El asesinato de la historia»: la terrible marcha del comunismo soviético. Deportaciones, exterminios en masa, la prostitución del arte y la cultura, «la reducción intencionada de la dieta en la menospreciada población de consumidores de Rusia».

Marina lloró al abandonar Minsk. En la estación del ferrocarril, semioculto entre el gentío, un hombre los observaba. Marina lo vio fugazmente por la ventanilla. ¿Era su antiguo novio Anatoly, el del pelo rubio revuelto, que una vez le propuso matrimonio, cuyos besos le provocaron vértigo, o se trataba de un agente del KGB? Cuando el tren se aproximó a la frontera con Polonia, Lee cogió las páginas del Diario, las del ensayo, todas sus notas, y se las guardó dentro de los pantalones y de la camisa. Llevaba papeles ridículamente guardados en la entrepierna. Dos agentes soviéticos de aduanas subieron al vagón y Marina los distrajo con la niña. Los agentes echaron un rápido vistazo al equipaje y les desearon buena suerte.

Oswald siguió escribiendo a bordo del *Maasdam*. De Rotterdam a Nueva York. Redactó discursos que tal vez algún día pronunciaría como persona que había vivido prolongados períodos tanto bajo el sistema capitalista como bajo el comunista.

Escribió el prefacio para *El Kolectivo*.

Escribió una obra corta titulada *Sobre el autor*. El autor es hijo de un vendedor de seguros cuya muerte prematura «dejó un débil rasgo de independencia provocado por el abandono».

Las mujeres del barco eran norteamericanas y europeas, estaban al día en todo, vestían con suma elegancia. A su lado, Marina parecía una muchacha menuda, de aspecto lamentable, cargada con un bebé envuelto en pañales de hilo al estilo ruso. Se encerraba en el camarote de tercera clase. Salvo las horas de la comida, pasaba casi todo el tiempo allí.

—¿Debo aprender inglés ahora? —preguntó.

A primera hora del 13 de junio —es decir, June, el nombre de su hija—, Lee salió a cubierta y vio que el perfil sur de Manhattan se recortaba en el horizonte, un arco de anchos edificios apiñados en medio de la bruma. Veía lo que Leon Trotski contemplara hacia el final de su segundo exilio en el extranjero, en 1917: el perfil del Nuevo Mundo. Mientras permaneció en Rusia, apenas pensó en Trotski. Y ahora percibía el espíritu de ese hombre. Trotski era el buscador de asilo, expulsado de Europa, perseguido por la policía secreta. Cruzando el Atlántico rumbo a Wall Street en un oxidado vapor de bandera española.

Lee temía que la policía le esperara en el puerto de Hoboken. Aquí llega el desertor con su esposa y su hija mendicantes. Tenía respuestas preparadas para ellos, dos clases de respuestas que había bosquejado y memorizado en la biblioteca del barco. Si percibía que podría pasar como un viajero inocente, daría respuestas amables y apolíticas. Si las autoridades se mostraban hostiles, si intentaban ponerlo a la defensiva, si contaban con información sobre sus actividades en Moscú, estaba dispuesto a mostrarse desafiante y desdeñoso. Defendería su derecho a tener ciertas convicciones. Les plantaría cara, se burlaría de ellos, los miraría a sus bizcos ojos de policías y les cantarían lo que vale un peine.

Un remolcador se deslizó por el puerto al alba y asomaron los puentes, los muelles, las luces de la carretera que bordea el Hudson.

Si lograban llegar a Texas, todo saldría bien.

SEGUNDA PARTE

Alguien tendrá que recomponerme...

JACK RUBY

Testimonio

15 DE JULIO

La mujer conocía algunos métodos para desaparecer. Podías estar a solas con ella en una habitación y olvidar su presencia. Se fundía con la calma, con lo que la rodeaba. A T-Jota le gustaba pensar que se trataba de un arte refinado durante muchos años.

T-Jota se detuvo junto a la ventana y comió uvas de una bolsa de papel con el lateral rasgado. Norfolk era una ciudad extranjera. Era allí donde los reclutas de la Granja practicaban las artes tenebrosas: allanamientos, caídas letales, ejercicios de vigilancia, audiopenetraciones. Newport News y Richmond también se consideraban extranjeras. Baltimore era y no era el extranjero. Sin embargo, T-Jota no se encontraba allí para supervisar un allanamiento y puntuar la técnica de los aprendices.

La mujer se sentó en la cama, repartió dos manos de cinco naipes y ella misma jugó ambas. Dijo que era de Formosa, y parecía lo bastante joven para hacer de huérfana de guerra en un anuncio de la administración pública. Era la tercera visita de T-Jota a la estrecha habitación. La mujer llevaba una camiseta en la que se leía USS Dickson, y él no se había dado cuenta de cuándo se la puso. Su desnudez no llamaba la atención, resultaba tan natural que parecía involuntaria. A T-Jota no le costaba creer que ésa era su forma de vida habitual.

La observó aplastar una revista contra la pared en su intento de golpear un tábano. Segundos más tarde volvió a olvidarse de la mujer.

Aquello que ronda todo secreto es la traición. Tarde o temprano alguien llega a una situación en la que quiere contar lo que sabe. Mackey no confiaba en Parmenter. Existían mil agentes de carrera como Parmenter. Su convicción más firme se refiere al almuerzo. Tampoco confiaba en Frank Vásquez. Por instrucciones de Mackey, Frank había espiado a los compañeros de exilio en los meses que precedieron a la invasión. Frank era difícil de evaluar. Tenía alma de chivato, un espía menudo, balador y con cara de cabra, pero también fríamente decidido en cuanto se fijaba un objetivo. Mackey no confiaba en David Ferrie. Éste estaba enterado de que las armas de la operación las proporcionaba Guy Banister. Probablemente también sabía que Banister se había ofrecido a enviar dinero de los negocios de Nueva Orleans para mantener el equipo de francotiradores. Cuanto más importante el secreto, menos a salvo estaba en boca de alguien como Ferrie. Habría que reclutar más gente. Al final, cualquiera de ellos llegaría a la situación de contarlo todo. Sabía cómo pensaban esos hombres que flotan por las tramas inventadas por los demás. Están dispuestos a entregarse, en medio de un susurro, a alguien que permanece entre bambalinas.

Acercó una silla a la cama y jugó una de las manos de póquer. ¿Por qué tenía la impresión de que le aguaba la fiesta? La mujer llevaba el pelo muy corto, tenía caderas estrechas y una actitud relajada, casi descuidada, una especie de jerga corporal que T-Jota interpretó como su libre adaptación del estilo local. Caminaba como una niña que lanza un carro por el pasillo del supermercado.

—Debería enseñarte a jugar al gin rummy. Para dos, es más divertido.

—¿Para qué? ¿Piensas volver?

—Podría.

—No podrías.

—No podría.

—¿Para qué aprender? —preguntó la mujer.

A T-Jota le gustaba pensar que las prostitutas eran profundas. Las respetaba. Tenían una percepción rápida —su negocio era rápido— y a veces extraía la conclusión de que serían capaces de decirle cosas de sí mismo que a él se le habían escapado. Tenían acceso a las verdades más descarnadas, lo que le hacía respetuoso y precavido.

La mujer le tomó la mano derecha y la puso contra la suya, haciendo que las palmas se tocaran. Al principio T-Jota no se percató de qué pretendía, y entonces vio que comparaba tamaños. La diferencia hizo reír a la mujer.

—¿Qué tiene de extraño?

Ella le respondió que lo extraño era su mano.

—¿Por qué la mía y no la tuya? Si la diferencia es tan grande, quizá la extraña eres tú, no yo.

—El raro eres tú —afirmó Lu Wan.

Comparó las manos izquierdas y se desplomó sobre la cama muerta de risa. Quizá pensaba que formaban parte de especies distintas. Uno de los dos era exótico... y no precisamente ella.

La cerveza estaba caliente. T-Jota agitó la botella y miró a la mujer.

—Las tiendas están a punto de cerrar —señaló Lu Wan.

El salto lo había dado Everett. Se apoderó de la idea antaño osada de asesinar a Castro y le dio vueltas y más vueltas, considerándola irrealizable y tosca. Encontró una contramedida que, a todos los niveles, tenía más sentido. Era original, factible y limpia. Quien realmente nos interesa es JFK. Mackey reconoció esta verdad. Everett era un individuo complejo y apasionado, capaz de economizar sus pensamientos. En Langley y en Miami aún elaboran planes para darle una sorpresa a Fidel. Era una industria como la de la pasta de madera o la del calzado. Everett había comprendido la conveniencia de quedarse en casa. La idea tenía fuerza y daba lugar a una segunda lectura. Claro que Everett no se proponía abatir a Kennedy en el sentido estricto de la palabra. Bastaba con disparar en plena calle. Quería un fallo quirúrgico.

El segundo en dar el salto fue Mackey. Lo hizo tras conocer el plan de Everett, y condujo en solitario hacia la frontera de Louisiana, con las gafas de sol en el salpicadero bajo la tenue luz del atardecer, justo dos años después de Bahía de Cochinos. Tuvieron que dar un paso más. La obsesión de Everett se difuminaba en aspectos técnicos. El plan se tornó demasiado tortuoso y profundo. Everett buscaba laberintos que se prolongaran al infinito. Era un plan angustioso, volcado sobre sí mismo. Carecía del calor de los sentimientos. Debían llegar a las últimas consecuencias. Resultó revelador el hecho de que en el momento en que comprendió

lo que debían hacer y sintió el choque del aire contra el capó del coche, experimentara una profunda y extrañísima simpatía por el presidente Jack.

En la nevera había zumo de frutas. Bebió un trago y le pasó la botella a Lu Wan. Ésta se limpió la boca con la mano, bebió y volvió a secarse la boca. Desde el río llegó el sonido de la sirena de un barco. T-Jota cogió la botella y la guardó en la nevera; la mujer se quitó la camiseta. T-Jota apoyó una rodilla en el borde de la cama y la vio adquirir imperceptiblemente una segunda piel. Desapareció todo rasgo de personalidad. No había conocido a otra mujer tan capaz de fundirse absolutamente con su propio cuerpo. Poseía un cuerpo que se remodelaba, se convertía en una bola de paja, hacía del sexo un misterio de destellos solares y sombras. T-Jota tenía la mano apoyada en el pilar de la cama. Follaron sobre una revista, y las páginas se adhirieron a Lu Wan haciendo mucho ruido.

Por etapas, a lo largo de un matrimonio, de una especie de carrera como paramilitar errante y de su caída en desgracia oficial, T-Jota se había convertido en un hombre sin domicilio estable. Para cierto tipo de mentalidad, ésta era la materia de que se componía la suprema desesperación. Se acercaba a los cuarenta, andaba suelto por el mundo y nada en él demostraba el tiempo y los riesgos corridos. Pero ahí estaba, poniendo en marcha el coche para el largo viaje al sur mientras experimentaba un extraño filo de satisfacción, sintiéndose cargado de ventajas. Tenía la foto de Jack Kennedy incrustada en la mente y nadie sabía siquiera que estaba allí, un hombre al que solían pagar para que enseñara a otros los fundamentos de la fuerza letal.

Win Everett estaba en el dormitorio de su hija y la escuchaba leer un libro de cuentos con figuras que aparecían de repente. Mary Frances dejaba en sus manos las sesiones de cuentos. La alteraban las poses de artista de Suzanne y opinaba que la niña debía aprender a leer en lugar de a pronunciar frases. Win permanecía atento a cada palabra. Su rostro cambiaba con el de la niña, y variaba de emociones y papeles.

Esos relatos le afectaban de un modo extraño, le producían la sensación de lo que significaba volver a ser niño. Descubrió que podía perderse con el sonido de la voz de su hija. Escudriñaba su rostro, convencido de que podía ver lo mismo que ella, línea tras línea, en el desarrollo serio y decisivo de un relato. Se le iluminaban los ojos. Experimentaba una alegría tan intensa que podía medirse con el lenguaje de órdenes, poderes y dominaciones angelicales. Estaban solos en una habitación también aislada, una habitación que pendía encima del mundo.

Más tarde bajó y se sentó a pasar las páginas de una revista. Sabía que había tomado distancias con respecto al filo de la operación. Utilizaba a Parmenter para hablar con Mackey. Ambos usaban a Mackey para averiguar qué ocurría en el 544 de Camp Street. Desconfiaba de Oswald. Sólo quería conocer datos seleccionados. Ponía demasiada distancia entre sí mismo y los demás. ¿Acaso esperaba que todo se desarrollara por medios ultraterrenales? Cometía los mismos errores que había

cometido el Senior Study Effort antes de invadir Cuba. No sabía si podría retirarse. Hasta cierto punto, deseaba perder el control. Buscaba escapar del miedo y las premoniciones.

Las tramas contienen su propia lógica. Tienden a derivar hacia la muerte. Estaba convencido de que la idea de la muerte se entrelaza con la naturaleza de cualquier trama, tanto la narrativa como la de una conspiración de hombres armados. Cuanto más hermética la trama de una historia, mayores probabilidades de que acabe en muerte. Consideraba que la trama literaria es nuestro modo de localizar la fuerza de la muerte fuera del libro, de oponernos a ella, de contenerla. Los antiguos organizaban falsas batallas para imitar las tempestades naturales y reducir su temor hacia los dioses que guerreaban en el cielo. Le preocupaba la lógica de su trama hacia la muerte. Ya había explicado con toda claridad que deseaba que los tiradores alcanzaran a un agente del servicio secreto, que lo hirieran superficialmente. Lo que le asustaba no era un disparo mal dirigido, una muerte accidental, sino algo más insidioso. Tenía el presentimiento de que la trama avanzaría hasta cierto punto y desarrollaría un desenlace lógico.

Lancer visitará Miami.

Mary Frances pasó junto a la puerta. Abrió un grifo en la cocina. La oyó buscar algo en la escalera trasera. Oyó la radio de la cocina. Esperaba que Mary pasara junto a la ventana del porche, regadera en mano. Era un viejo trasto metálico, gris y abollado. Esperaba oírla caminar por el porche. Aguzó el oído. Mary seguía en la cocina, lo que estaba muy bien. Mientras supiera dónde se encontraba... debía estar cerca y él tenía que saber dónde se encontraba. Eran dos reglas íntimas.

Oyó una voz antigua y conocida por la radio de la cocina, una voz de los viejos tiempos, no logró recordar el nombre del personaje, pero era famoso y conocido, con risas de fondo, y se quedó muy quieto, como si quisiera perpetuar el instante, sorprendido por las complejas emociones que despertaba una voz de otra época, tierna y estremecedora, un chiste de tres frases que lo recupera todo. Pasó otra página.

Aún no se había fijado la fecha para el viaje del presidente. Pero seguro que lo hará, se dijo Parmenter. Quiere visitar Florida porque en 1960 el Estado votó por los republicanos y porque todo el Sur se caga en su programa de derechos civiles. Cabo Cañaveral, Tampa, Miami. Habrá una caravana de automóviles en Miami.

Mary Frances estaba en la puerta, con guantes de goma y un cepillo de fregar en la mano.

—¿Pasa algo raro últimamente? No sé.

—¿Cómo dices? —preguntó Win.

—Con Suzanne. Probablemente no pasa nada.

—No te entiendo.

—Es preocuparse por naderías.

—La niña está bien, perfecta. Es muy sana.

—Tiene una vena morbosa.

—¿A qué te refieres?

—No sé decirlo con claridad. Últimamente parece tenerla.

—¿Cómo?

—Desaparece constantemente... con Missy Tyler. Hay momentos en que se ocultan de mí. No sé, creo que últimamente está muy preocupada, muy introvertida, y temo que haya algo malsano.

—Missy es la pelirroja flaca.

—Una niña adoptada. Se esconden en los rincones y susurran con solemnidad. Cada vez que Missy está de visita se produce una situación rara. Como si la casa estuviera encantada. Produce temor. Algo camina por los pasillos. Tengo la sensación de que soy yo. En esta casa soy una presencia muy sospechosa. Las niñas callan en cuanto oyen mis pasos.

—Tienen su mundo, y ella es muy soñadora —aseguró Win.

—Escucha a un pinchadiscos de Dallas llamado Barbarrara.

—¿Qué música pone?

—No se trata de la música, ya que pone Los Cuarenta Principales, sino de lo que dice entre un disco y otro.

—Por ejemplo.

—Es irrepetible. Se limita a decir aquí estoy, esas cosas. Emplea un lenguaje totalmente distinto. Y la niña se queda pegada a la radio.

—Creo que me temo que creo...

—Lo sé, yo no soy así. La mayor parte de mis inquietudes tienen sentido.

—Me leyó cuarenta minutos sin parar y fue extraordinario, extraordinario.

—«Por favor, papá, quiero seguir leyendo».

—¿Usas los guantes para manipular plutonio?

—«Papá, papá, por favor».

Win subió, con movimientos lentos, con su estilo ligero y callado. Miami posee fuerza, resonancia. Es una ciudad de exiliados, de heridas sin cicatrizar. El presidente quiere que haya una caravana de coches porque las encuestas demuestran que pierde popularidad por momentos. Se presentará en medio de las multitudes con su Lincoln largo y azul, con motoristas que contendrán al gentío y agentes con gafas de sol colgados de los laterales del coche de seguimiento. Lancer se pone en pie para saludar. Es imprescindible herir ligeramente a un espectador o a un agente del servicio secreto para dar validez a nuestras credenciales. Así les demostramos que es real. Tramas. Los antiguos compartían la naturaleza remedando la violencia de un huracán o de una sucesión de truenos. Compartir la naturaleza es la triquiñuela humana más antigua. Buen pensamiento para irse a dormir.

La regadera era de metal arenoso y tenía un horrible pico chato.

Se asomó a la habitación de Suzanne y vio que estaba despierta. A los pies de la cama reposaba un muñeco de trapo y vinilo, un jugador de fútbol americano al que habían llamado Willie Wonder, con hombreras y pantalones brillantes. Win giró la

cuerda de la espalda de Willie y lo soltó en una accidentada carrera a lo largo de la cama. Transmitió la jugada con tono apremiante, describió placajes fallidos y bloqueos campo abajo, añadió el griterío de las gradas, se convirtió en el encargado de anunciar el *touchdown* cuando el juguete cayó sobre la almohada. Suzanne manifestó una alegría que parecía nacer en los dedos de los pies, reptar por su cuerpo y llegar a los ojos hasta volverlos grandes y encendidos.

Si se las ingeniaba para seguir sorprendiéndola, Suzanne tendría motivos para quererlo eternamente.

Mackey atravesó el puente levadizo del río Miami. Las ruedas chirriaron en el enrejado metálico. En medio de la oscuridad, un balandro blanco avanzaba río arriba, un suave misterio de gracia y sigilo. Dos manzanas al sur del puente vio el primer adhesivo de *Volveremos*^[5]. Calles vacías, sus manos pegadas al volante.

Aparcó en una calle lateral y dobló en la esquina en dirección a un enorme depósito de coches. Tardó diez minutos en encontrar a Wayne Elko, ridículamente despatarrado en el asiento trasero de un Impala rojo. La capota estaba retirada y Wayne contemplaba la noche.

—¿Por qué no me ha costado entrar?

—Por algo eres T-Jota.

—Tengo entendido que eres el vigilante nocturno.

—¿De dónde has salido?

—Wayne, he conducido cerca de mil seiscientos kilómetros para verte.

—Y pensar que me había dado por vencido.

Mackey se apoyó en el Impala y contempló la calle como si la visión de un Wayne Elko manchado de barro, descalzo y rodeado de ropa y otras pertenencias, resultara un tanto sórdida para asimilarla instantáneamente.

—Vi a Raymo y como se llame el otro. Hombre, estuve un tiempo con ellos de instrucción en los Glades. Está infestado de gente de Alpha 66. Los adiestramos un poco. En ningún momento les di la espalda salvo para orinar.

—Alpha no nos molestará. Tengo contactos muy antiguos con gente de Alpha.

—T-Jota, ¿eres de la Agencia o algo por el estilo?

—Ya no, Bubba. Vendí mi modesta caravana por una nadería y aquí me tienes. ¿Cómo nos llaman? ¿Retirados?

—Hacemos instrucción con unas armas realmente de mierda.

—Pronto recibiremos armamento.

—Las estrellas son fantásticas. Me gustan los Glades por sus noches despejadas. En lo alto hay un mundo totalmente distinto. Fíjate cómo se encumbran los halcones. No me molestaría salir a dar una vuelta. Me duele la espalda de tanto dormir en el coche.

—Tenemos una amistosa fuente de fondos que pronto acudirá en tu ayuda.

—Mientras estuve en Interpen, teníamos dinero del hotel y del casino.

—Tenemos un tipo en Nueva Orleans.

Mackey no confiaba en Guy Banister. Guy ya se encontraba más allá del bien y del mal, era un hombre otrora capaz al que sus odios habían transformado en feroz e inestable. Entregaba dinero y armas, pero no estaba dispuesto a apoyar la operación a ciegas. Mackey tendría que decirle quién era el blanco o inventárselo. Hiciera lo que hiciese, se arriesgaba a una traición. Guy estaba profundamente metido en causas y asociaciones. Tenía influencia en múltiples direcciones. Era insensato esperar que un hombre de esas características se limitara a contemplar cómo se desarrollaban los acontecimientos. Querría participar activamente. Desencadenaría fuerzas que pondrían en peligro el sistema autónomo que Mackey deseaba crear.

No confiaba en Wayne Elko. No era probable que Wayne cambiara conscientemente de chaqueta. Se debía más bien a su temperamento, su imprevisibilidad. Wayne era famoso por meter la pata hasta el fondo. También formaba parte de su naturaleza violentarse en un abrir y cerrar de ojos. Tenía algo ligeramente viperino. Arrastraba las palabras, divagaba y parecía aletargado mientras se acariciaba el delgado mentón, pero de pronto se ofendía. Y era un individuo que se ofendía en serio. Astroso y desgarbado, con ojos enrojecidos que sobresalían, se consideraba a sí mismo hijo de la clase guerrera. Mackey tenía la certeza de que convencería a Wayne para que hiciera casi todo lo que él quisiese, siempre y cuando lo llevara a transgredir los límites.

—En los Glades practicamos con armas portátiles —le comentó a T-Jota—. Me hicieron usar una pistola contra un blanco fijo. Mentalmente deduje que es lo que tú les pediste.

La misión de Wayne no consistiría, ni remotamente, en acercarse al presidente Jack. Trabajaría con autonomía muy limitada. Se trataba de adaptar el hombre a la naturaleza de la tarea. Correspondía al tipo de asesino íntimo.

EN FORT WORTH

Vestía pantalones cortos como cualquier ama de casa norteamericana. Al principio creyó soñar mientras paseaba por la calle con las piernas al aire, con el pelo corto, y miraba escaparates. Veía cosas que en Rusia no podrías comprar aunque poseyeras riquezas ilimitadas, aunque el dinero no te cupiera en los armarios. Sabía que no llevaba suficiente tiempo en el mundo para hacer comparaciones, y que Rusia había sufrido espantosamente durante la guerra, pero resultaba imposible ver tantos muebles, tantos percheros y más percheros con ropa sin maravillarse.

Tenían muy poco dinero, casi nada. Pero a Marina le hacía feliz caminar por los pasillos del Safeway cercano a la casa de Robert. Los paquetes de alimentos congelados, los colores y la abundancia.

Una noche, cuando regresó de buscar trabajo durante todo el día, Lee se cabreó. Le dijo que se estaba convirtiendo en norteamericana en un tiempo récord.

Eran como personas de cualquier parte, personas que tienen una segunda oportunidad en la vida. Si se peleaban, sólo se debía a que en Estados Unidos él mostraba una naturaleza distinta y ése era el único modo en que podía amar.

Las luces de neón fueron todo un descubrimiento, esas luces de alegres colores en los escaparates y sobre las marquesinas de los cines.

Una noche pasaron frente a unos grandes almacenes, sólo habían salido a caminar, y Marina miró un televisor del escaparate y vio algo extraordinario, tan raro que tuvo que detenerse, fijar la vista y agarrarse a Lee. Era el mundo interior revelado. Se contemplaban embobados a sí mismos desde la pantalla del televisor. Marina salía en la tele. Lee salía en la tele, a su lado, con June en brazos. Marina los miró en carne y hueso y luego observó la pantalla. Vio que Lee sentaba a la niña en su hombro y vio a la gente que pasaba tras ellos. Se volvió para observar a la gente, para comprobar si eran los mismos que aparecían en la pantalla. Aunque tenían que ser los mismos, se sintió obligada a mirar. Jamás imaginó que pudiera ocurrir algo semejante. Caminó hasta salir de la pantalla y volvió a entrar. Contempló a Lee y a June al otro lado del escaparate y se volvió para verlos en la acera. Sus ojos saltaban de la pantalla a la acera. Volvió a salir de la imagen y a regresar. Quedaba aturdida cada vez que se veía retornar.

Lee se detuvo en la entrada de la casa de Robert y vio acercarse a su madre. Parecía más baja, más gruesa, con el pelo gris recogido en un moño. Trabajaba como enfermera sin título pero con práctica, y se presentó de uniforme, de punta en blanco, con gafas de montura oscura y el gorrito ladeado típico de las enfermeras. Era el uniforme oficial de la maternidad y semejaba el ángel del terror y los recuerdos que descendía desde los cielos. Marguerite lo abrazó llorando. Le cogió la cara con las manos y lo miró a los ojos. Buscó al hijo pródigo en el mentón afilado y la cabellera

rala. Tanto amor y sufrimiento perturbaron a Lee. Un sangrante abismo de sentimientos. Lee experimentó pesar y compasión.

La madre le contó que estaba escribiendo un libro sobre su desertión.

Un día estaban viviendo con Robert y al siguiente con la madre de Lee. Él casi no pudo ni darse cuenta. Marguerite alquiló un apartamento en el que cabían todos, aunque ella tuviera que dormir en la sala. Fue como volver a crecer a su lado, con la cama en la sala, y una noche madre e hijo se quedaron despiertos hasta las tantas, después de que Marina y la pequeña se durmieran.

—A mí no me parece rusa.

—Madre, es rusa de la cabeza a los pies.

—Pues la encuentro hermosa.

—Te admira. Dice que la casa está muy limpia y ordenada. Dice que le gusta tu pelo sedoso. Pero nada de libros, madre.

—Fui a ver al presidente Kennedy. He investigado. Tengo un montón de atenuantes que explican tu desertión.

—Madre, no escribirás un libro.

—Es mi vida tal como me vi obligada a vivirla porque no sabía si estabas vivo o muerto. Lee, puedo escribir lo que me pertenece.

—Ella tiene parientes que correrían peligro.

—Así que correrían peligro. Y le has dado a una taquígrafa pública diez dólares para que pase a máquina las páginas de tu libro.

—Es otro tipo de libro.

—Trata de Rusia y de los males de ese sistema.

—*El Kolectivo* es otro tipo de libro. Se refiere a las condiciones de vida y de trabajo. Cambiaré los nombres para proteger a las personas. Te aseguro que apreciamos que le hayas comprado ropa a la niña y que cocines, nos des de comer y todo eso.

—Entregaste a esa mujer los diez dólares que te di para que mecanografíe esas páginas.

—Madre, es un libro de observaciones. Debo dinero al Departamento de Estado por haberme traído. Robert pagó nuestros billetes de avión desde Nueva York. Sólo pretendo encontrar la forma de pagar mis deudas.

—Tengo derecho a escribir mi libro —insistió Marguerite—. Aunque en aquel momento el presidente estaba reunido, durante la tormenta de nieve hablé con figuras del gobierno que se comprometieron a investigar la cuestión.

—No es un libro, sino un artículo. He pasado las notas a máquina para convertirlas en un artículo. Son muchas páginas.

—¿Cuántas páginas pasó a máquina esa mujer?

—Diez. No tenía dinero para más.

—A dólar por página. Me parece un timo.

—Al abandonar Rusia saqué esas notas pegadas a mi piel.

—El otro día Marina vio conmigo una película de Gregory Peck y lo conocía.

—¿Y qué? Es famoso en todo el mundo.

—Tenemos que usar el diccionario para entendernos.

—Poco a poco aprenderá a desenvolverse.

—Creo que ella comprende más de lo que da a entender —opinó su madre.

Lee encontró trabajo como chapista; esclavitud, mugre, muchas horas y poca paga. Dejaron el apartamento de su madre y se trasladaron a una vivienda propia, a un minúsculo bungalow adosado, amueblado, frente a un aparcamiento para camiones y dársenas de carga y descarga. Era la entrada de expedición y recepción de una inmensa operación de Montgomery Ward. Marina iba a la tienda minorista. Caminaba por los pasillos. Le hacía comentarios a Lee sobre el refrigerado interior con hilo musical.

Todas las viviendas de su calle eran bungalós. Todos la llamaban Mercedes Street. En el contrato de alquiler decía Mercedes Street. En el mapa que Lee tenía de Fort Worth ponía Mercedes Street. Pero el letrero que colgaba del poste de la esquina decía Mercedes Avenue.

Lee se sentaba en los escalones de cemento de la entrada, junto a una yuca que aún debía crecer, y leía revistas rusas.

Su madre se presentó con una silla alta para la niña. Les llevó la vajilla. Lee le dijo que no quería la caridad de nadie. Marguerite apareció con un periquito en una jaula. Se trataba de la misma ave en la misma jaula que Lee le regalara en Nueva Orleans, en los tiempos en que trabajó como recadero.

Es la sombra de su vida anterior, que sigue apareciendo.

—Basta —le dijo a Marina—. Mantén la puerta cerrada.

—¿Cómo quieres que le haga eso a tu madre? Es amable con nosotros.

—Mantén la puerta cerrada o se nos echará encima. Impídele entrar por todos los medios. Viene con una cámara para hacerle fotos a nuestra hija.

—Es la abuela.

—Es la primera fase de la mudanza.

—Alek, sólo es una foto.

—Es su modo de insinuarse, de confabularse para instalarse en casa.

—No quieres que venga, pero al mismo tiempo siempre que puedes procuras aprovecharte de ella.

—Para eso están las madres.

—Eres cruel.

—Sólo era una broma. Deja de llamarme Alek. Ya no estamos en el país de Alek. Y June no es Junka. La gente pensará que no sabes los nombres de tu familia.

—Pues no parece una broma cuando le gritas.

—Aún no conoces el sentido del humor norteamericano. Nos hablamos así.

—Tu madre trabajó duro durante toda su vida.

—Te lo dijo con el diccionario. Mamuchka y tú.

—Lo sé, para mí es evidente.

—Lo que llamas evidente sólo es la mitad de la historia.

—¿Cuál es la otra mitad?

Lee le dio una bofetada. Un golpe con la palma que la hizo trastabillar hasta la cocina. Marina se quedó quieta, con la cabeza apoyada en el hombro izquierdo y una mano en alto como expresión de muda sorpresa.

Un hombre le habló desde el otro lado de la tela metálica de la puerta. Lee observó su rostro abotargado, que asomaba por encima de las credenciales que sostenía bajo el mentón: Freitag, Donald, FBI. Ojos oscuros y barba incipiente. Acordaron hablar en el coche del visitante.

En el vehículo había un segundo individuo, el agente Mooney. El agente Freitag se sentó delante, junto a Mooney. Lee se acomodó en el asiento trasero y dejó la portezuela abierta. Recordó que a los agentes del FBI les llamaban federales. Era la hora de la cena y hacía un calor sofocante.

—Simplemente queremos que nos hable de su estancia en la Unión Soviética —empezó el agente Freitag—. Y de su regreso, queremos saber si en algún momento alguien ha entrado en contacto con usted que nosotros debamos saber.

—De modo que si estoy enterado de algo estratégico, a ellos les gustaría saberlo.

—Ni más ni menos.

—Monto ventiladores, no se trata de una industria estratégica.

—Le sorprendería saber cuántas personas relacionan el apellido Oswald con las palabras renegado y traidor.

—Permítame manifestar que nunca abordé a funcionarios soviéticos ni les ofrecí voluntariamente información sobre mis experiencias mientras fui miembro de las fuerzas armadas.

—¿Por qué viajó a la Unión Soviética?

—No quiero revivir el pasado. Simplemente, fui.

—Es una respuesta corta.

—No estoy obligado a dar explicaciones.

—¿Es miembro del Partido Comunista de Estados Unidos?

—No.

El agente Mooney tomaba notas.

—¿Está dispuesto a hablar con nosotros conectado al detector de mentiras?

—No. ¿Quién le dijo dónde podía encontrarme?

—No fue difícil.

—¿Quién se lo dijo?

—Hablamos con su hermano.

—Y él les dijo dónde vivo.

—Así es —confirmó Freitag, satisfecho de sí mismo. Una hilera de gotas de

sudor coronaban su labio superior.

—¿Me someterán a vigilancia?

—¿Qué diría si así fuera?

—En Rusia me vigilaron.

—Por lo que tengo entendido en Rusia vigilan a todo el mundo.

El agente Mooney rio quedamente al tiempo que ladeaba la cabeza.

—Mi esposa me espera con la cena servida —espetó Lee.

—¿Cómo consiguió sacar a su esposa? No basta con pedirlo para que la gente pueda salir.

—No hice ningún trato con ellos.

Analizaron varios temas. Freitag hizo una señal a su compañero, que guardó bloc y bolígrafo. Se produjo una pausa, un marcado cambio de actitud.

—Lo que básicamente nos preocupa es que, si se producen circunstancias sospechosas, nos informe de inmediato de cualquier contacto.

—Me está pidiendo que informe.

—Sólo le pedimos que coopere si aparecen individuos de tendencia marxista o comunista.

—Quiero que me diga si me están reclutando como informador.

—Sólo pedimos su colaboración.

—En el caso de que alguien intente contactar conmigo.

—Exactamente.

—Debo informar al FBI.

—Eso es.

Lee respondió que lo pensaría. Se apeó del coche y cerró la puerta. Miró la matrícula al pasar por detrás para cruzar la calle y dirigirse a su casa. Apuntó el número en su cuaderno, así como el nombre del agente Freitag. Buscó en la guía telefónica el número de la oficina del FBI en Fort Worth y lo apuntó bajo el nombre del agente y la matrícula del coche, simplemente para registrarlo, para acrecentar el historial.

Marina le avisó que la cena estaba servida.

Se sentó en un rincón de la amplia estancia y observó cómo hablaban y comían. Su conversación tenía un sonido roncante. Rusos, estonios, lituanos, georgianos y armenios daban vueltas y escurrían el bulto. Era una velada con la colonia de emigrados, algunas de las veinte o treinta familias de la zona de Dallas-Fort Worth, angloparlantes, rusoparlantes, francófonas, que comparaban sin cesar orígenes y educación. La pequeña June estaba sentada en sus rodillas.

Marina siempre se ponía muy mona para asistir a esas reuniones. La gente se apiñaba a su alrededor y la aguijoneaba para que diera noticias. Era una recién llegada, y algunos de ellos habían arribado hacía décadas, incluso treinta o cuarenta

años atrás. Su ruso puro impresionó a la vieja guardia. Era una mujer menuda y frágil. En su imaginación ellos representaban a las soviéticas como lanzadoras de martillo, musculosos ejemplares de metro ochenta que trabajan en fábricas de ladrillos. Marina permanecía en pie, fumaba y bebía vino. Se vestía con la ropa que ellos le daban: vestidos, medias, zapatos cómodos. El libro cuyo mecanografiado Lee no podía pagar dormía en un armario dentro de un sobre impermeable y seguro, notas en trocitos de papel, en trozos de papel de estraza, y ellos le pagan el dentista y las medias. Todo se mide con dinero. Pasan la vida acumulando bienes materiales y lo llaman política.

Los vio estrecharse las manos y abrazarse. Se quejaron ante Marina de que Lee no los saludaba humanamente. Lo consideraban un espía soviético. Todo el que había regresado de Rusia y no compartía sus creencias era espía de los soviéticos. Ellos creían en los Cadillacs y los acondicionadores de aire.

Le regalaron camisas que Lee devolvió.

Algunos se dejaban caer de vez en cuando por su casa para llevar a Marina al dentista o al supermercado. Le enseñan a comprar. Esto es comida para bebés. Aquí tienes el queso suizo. Lee dejaba los libros de la biblioteca en una mesilla cercana a la puerta para que no tuvieran más remedio que verlos al entrar y salir. Había libros sobre Lenin y Trotski, así como el *Militant* y el *Worker*. Demuéstrales quién eres. No querían oír lo que él podía contar sobre Rusia a menos que fuera negativo. Sólo aceptaban lo malo.

George se acercó y se sentó a su lado. La única persona con quien Lee podía hablar era George de Mohrenschildt. Hombre alto, afectuoso y seguro, aficionado a conversar y con una voz que te rodea como un día calmo.

—Oye, Lee, prácticamente no me has hecho ningún comentario sobre Minsk.

—No es una ciudad interesante.

—Para mí lo es porque de pequeño vivía allí. En tiempos del zar, mi padre era mariscal de la nobleza de las provincias de Minsk. No creas que me aferro a esas tonterías. Pero formo parte de la nobleza báltica, característica que a alguna de mis esposas les chiflaba.

—A veces en Minsk teníamos que hacer cola para comprar verduras.

—¿Prefieres Texas?

—Yo no. Marina prefiere Texas.

—¿Quieres que te cuente cómo es Dallas? Es una ciudad que demuestra que Dios ha muerto realmente. Mira a esas personas, personas en verdad maravillosas, pero vienen por elección a este ambiente de derechas vacío y sórdido. La política municipal les resulta muy conveniente. Anticomunismo por aquí y anticomunismo por allá. Es verdad que algunos han sufrido de una manera espantosa. Sabes lo que opino sobre el marxismo. Sinceramente, la palabra marxismo me resulta muy aburrida. Me cuesta trabajo encontrar una palabra o un tema más aburrido que el marxismo. Sin embargo, tú y yo sabemos que la Unión Soviética existe. Lo

aceptamos y aceptamos las realidades. Para la vieja guardia no hay tal sitio, no existe. No es más que un hueco en el mapa.

George era un cincuentón de pelo oscuro y pecho ancho, geólogo o ingeniero de petróleos, algo por el estilo. Al hablar con George, a Lee le gustaba pasar del inglés al ruso y viceversa. Era capaz de aceptar las bromas, las chanzas e incluso los consejos del otro. George te daba consejos sin hacerte sentir que tenías que agradecerse los por toda la eternidad.

—Marina dice que has escrito unas notas o algo sobre Minsk. No recuerdo exactamente qué dijo, me parece que mencionó impresiones de la ciudad.

—Todo lo que aprendí en la fábrica de radios más la estructura completa de su modo de trabajo y de vida.

Una mujer cogió en brazos a June y farfulló los mismos sonidos que emitían los parientes de Marina, balanceando a la pequeña y hablándole atropelladamente.

—Estoy aquí —prosiguió George—, miro a esa niña maravillosa y digo para mis adentros: lo siento mucho, pero es igualita a Jrushev. Es un Jrushev en miniatura, de cabezota redonda, calva, y ojillos almendrados.

—En lo que al aspecto se refiere, sí, prefiero a Kennedy.

—Admiro a Kennedy. Creo que es muy bueno para este país.

—En lo que al aspecto se refiere, Jacqueline.

—Y su esposa, Jacqueline, también. La conocí en Long Island cuando aún era una cría. Era realmente hermosa. Tengo entendido que este presidente es muy libertino. No es que lo considere un defecto, sería el último en afirmar semejante cosa. Te diré algo acerca de las mujeres: te aman por tus debilidades. Te aman precisamente por tus fallos. Y eso, amigo mío, crea problemas.

Lee volvió a encontrarse con la niña en sus brazos.

—Es muy importante lo que Kennedy hace por los derechos civiles —apuntó—. Tuvo un mal principio con el desastre de Bahía de Cochinos, pero creo que aprendió la lección.

—Ha cambiado.

—Vi cómo atletas norteamericanos negros alcanzaban la máxima gloria para su país y luego regresaron a casa.

—Para mí es una humillación encontrarme en una habitación en la que no hay un solo negro presente —comentó George.

—Y se encontraron con el odio ciego y la discriminación.

—Kennedy intenta introducir cambios. Va muy despacio, pero lo está haciendo. Me parece humillante no poder ser amigo de un negro sin sufrir las consecuencias entre mis amistades o en mi profesión. Vivo en University Park. Somos un término municipal. Si una familia negra intenta mudarse a nuestro barrio, el municipio compra la casa a un precio dos o tres veces superior al valor real. Y la familia desaparece como por arte de magia: si te he visto no me acuerdo.

—Allí hay muchos sentimientos contra Kennedy.

—Es nefasto. Las jóvenes matronas de Dallas cuentan los chistes más irritantes. Sus ojos se iluminan de una manera extrañísima. Para mí, está claro que les gustaría verlo muerto.

George atravesó la estancia para abrazar a una pareja de ancianos. Lee sonrió ante la escena. Observó a la gente que se paseaba por la estancia con un plato de comida en la mano. Un hombre ofreció a Marina un cigarrillo de una pitillera blanca y negra. Lee tenía una buena colección. Había escrito a una pequeña editorial de Nueva York solicitando, por veinticinco centavos, un folleto titulado *Las enseñanzas de Leon Trotski*. Le respondieron con una carta en la que decían que estaba agotado. Al menos le enviaron una respuesta. Guardaba esas cartas. La cuestión es que existen y están dispuestos a responder. Había iniciado una colección de documentos.

Marina jamás rechazaba un cigarrillo.

Pensaba escribir al Partido Socialista de los Trabajadores para pedir información sobre sus fines y programa. Trotski es la forma pura. Resultaba satisfactorio solicitar y recibir por correo material tan desconocido. Era una vía de comunicación con almas solidarias, secreto y poder. Le daba perspectivas más allá de la vida en el bungalow y la empresa de soldaduras.

Es el tipo de mujer que no rechaza nada. Le entusiasma que le regalen cosas. Te acepta cigarrillos, dinero, sujetapapeles, sellos, lo que quieras darle. Se trata de una mujer que resplandece ante el regalo más nimio.

Trotski se apellidaba Bronstein.

Un bungalow adosado en una calle sin pavimentar. Dormía junto a su Junie y en medio de la noche la abanicaba con una revista.

A su regreso, George hizo algo extraño: movió la silla y se sentó frente a Lee, de espaldas a la estancia. Llevaba un pañuelo que asomaba en punta por el bolsillo de la chaqueta. Su corbata era marrón.

—Lo que te decía es que me muestres tus notas, estén como estén, porque tratan de Minsk y me interesan.

—También hablo del sistema, de que el sistema corrompe el sentido general de las ideas históricas.

—Muy bien, fantástico, tienes que dejármelas.

—No están mecanografiadas —reconoció Lee.

—¿Mecanografiadas? Ya me ocuparé de que las pasen a máquina. Por favor, no te preocupes por eso.

—Se titulan *El Kolektivo*. Investigué a fondo. Leí publicaciones y analicé toda la economía.

—¿Tienes algo más? Me gustaría ver todo lo que hayas escrito en esa época. Observaciones inocentes, la ropa que usa la gente, muéstramelo todo.

—¿Por qué le interesa?

—Está bien, te lo diré. En realidad, es muy simple. En los últimos años me han abordado varias veces para que hable sobre mis viajes al extranjero. Es algo rutinario.

En síntesis, señor De Mohrenschildt, estuvo aquí y allá y nos gustaría saber qué vio, con quién se reunió, cuál es el trazado de la fábrica que visitó, etcétera. Es información de rutina y todos los años miles de viajeros dicen está bien, esto es lo que vi. Se la conoce como División de Contactos Interiores, y hay un hombre de la CIA que me pidió que hablara contigo sin levantar la liebre, en términos amistosos. Y eso es lo que estoy haciendo. Es un buen tipo, un sujeto sensato. Siempre salgo de viaje, siempre regreso, y a mi vuelta encuentro en la puerta de casa al señor Collings y mantenemos una charla amistosa, copa en mano. He escrito comentarios sobre mis viajes, que le entrego voluntariamente, y, Lee, también he entregado cosas al Departamento de Estado porque según mi filosofía debo aceptar, digamos, el colorido del lugar donde vivo y me gano la vida en determinado momento. Para mí, un país es como un negocio. Paso de uno a otro según se presentan las oportunidades. En Yugoslavia aprenderé croata. Aprenderé francés dialectal tal como lo hablan los haitianos. Así sobrevive alguien que ha pasado por una revolución, una guerra mundial y unas cuantas vicisitudes más. Siempre estoy dispuesto a cooperar. Acepto el colorido. Es mi modo de hacerles saber que no soy el enemigo. Un gesto necesario. No estoy en el mercado para que me persigan. En síntesis: éste es mi itinerario, aquí están mis notas y mis impresiones. Tomemos una copa y seamos amigos.

—No está acabado de mecanografiar.

—Por favor, sabes perfectamente que tengo una empresa consultora en la que hay papel, bolígrafos y hasta una mecanógrafa. Te daré una copia, por supuesto, así como las notas originales.

—También entregará una copia al señor Collings.

—Por descontado. Acopian información y la analizan. La cooperación puede resultar útil a cualquier persona en tu situación. Hablemos claro, estás viviendo en la estrechez. Si yo soy una especie de señor Collings y percibo el afán de cooperar en un individuo capaz de apreciar y extraerle el jugo a un trabajo mejor pagado, me siento propenso a hacer una llamada telefónica. Ocurre constantemente.

Lee balanceó a la niña en sus rodillas para calmarla.

—George, ocurre que me gustaría publicar *El Kolectivo*.

—Te aconsejo que no lo hagas. Diría que no, que no es éste el momento idóneo para ti. Analicemos el trabajo y luego hablemos de su publicación. Te garantizo que, pase lo que pase, serás recompensado. Esas gentes tienen mil vías y llegan a todos los confines del universo. Resulta realmente asombroso. ¿Sabes cómo volviste a entrar en este país? Cuando alguien deserta se incluye su nombre en la lista de vigilancia del FBI. En esos casos preparan una tarjeta de búsqueda. Pero te devolvieron el pasaporte y dejaron entrar a Marina. Te concedieron un préstamo y te permitieron regresar.

—No dejaron de vigilarme.

—Aún te vigilan porque eres un individuo interesante. Estoy seguro de que les encantaría conocer los contactos que estableciste en la Unión Soviética. Tú y yo tendremos una animada charla en privado, en un sitio donde la pequeña no pueda

oírnos.

George sonrió. Ambos rieron.

Primero Freitag y su compañero, y ahora el mentado Collings. Se apiñaban a su alrededor como hormigas en una cáscara de melón.

Lee contempló a Marina. Permanecía en pie con los hombros hundidos y escuchaba con atención a alguien. Incluso en medio del calor y del humo se la veía impecable y fresca. Deseó decirle: Nunca me ames por mis debilidades. Jamás cargues con mis culpas. No pienses que eres la responsable cuando el que falla soy yo. Siempre soy yo el que falla.

La golpeó en un lado de la cabeza y ella amenazó con devolverle el golpe. Lee se sentó y abrió una revista. Ella se dio cuenta de que pasaba las páginas sin mirar. Buscó algo que arrojarle. Cogió una hoja de papel, hizo una bola con ella y se la lanzó. Le alcanzó en el brazo, pero Lee no reaccionó. Marina se sentó a la mesa y comió parte de la cena, sin dejar de mirarlo. Quería que se sintiera incómodo, que le resultara difícil leer. Se sintió ridícula después de haberle arrojado un papel.

—Nada de cigarrillos —ordenó Lee—. No quiero que fumes. Y es definitivo, para siempre.

—A veces me agrada fumar.

—No es bueno para la niña. Es malo, malísimo. ¿Puedes llenar de agua la bañera? Parece que es mucho pedir que al volver a casa, después de una jornada de ruido y sudor, me encuentre con la bañera llena.

—No fumo mucho. Me parece que es una cantidad razonable.

—Perezosa, eres una perezosa.

—Preparo la cena. Friego el suelo de rodillas.

—Yo friego de rodillas —puntualizó Lee.

Arrojó la revista, que chocó violentamente contra la pared. La pequeña se echó a llorar. Lee se levantó y se acercó a Marina.

—Yo friego de rodillas —repitió.

Le asestó un bofetón. Marina permaneció en la silla, con restos de comida en el plato.

—Yo friego de rodillas.

La mujer se cubrió la cara. Lee volvió a golpearla. Luego regresó a su asiento y cogió un libro. Marina llevó el plato con sobras al fregadero y lo dejó en el pequeño cubo sin vaciarlo. Lo dejó allí para que él lo limpiara. Y lo haría. Después de una pelea quedaban restos que Lee siempre limpiaba.

—Le hablas a esos rusos de nuestro modo de vida, nuestro modo de hacer el amor, nuestras vidas privadas.

—Así se comunican los amigos —respondió Marina.

—Para ti todo es público.

—Confío en que los amigos comprenden cómo son las cosas. ¿Con quién más puedo hablar? Necesito a esos amigos.

—No hace falta que les cuentes nuestra vida privada. No quiero que vengan aquí, no los dejes entrar.

—Debo impedir la entrada a tu madre. Debo impedir la entrada a mis amigos.

—Mi propio hermano habló con el FBI.

—No es un secreto para nadie el lugar donde vivimos. ¿Qué les dijo? La gente sabe dónde vivimos. No podemos ocultar que vivimos aquí.

Lee se puso a leer. Marina abrió el grifo y miró el agua que se escapaba en el sumidero. La pequeña lloraba.

—Te gusta el alcohol —le recriminó Lee, sin dirigirse realmente a ella.

—Enséñame inglés.

—Esperas a que vuelvan a llenarte la copa.

—Nunca te quise. Me compadecí de un extranjero.

—Y entretanto, cigarrillos.

—Le cuento a mis amigos cómo me pegas. No es que golpees fuerte, sino que tengo la piel muy sensible. Por eso ven los morados.

Marina estaba en pie ante el fregadero, de espaldas a la sala. Lo oyó levantarse y acercarse. Cogió una esponja y se puso a limpiar los bordes del fregadero. Lee le pegó en la mejilla. Se quedó inmóvil unos segundos, pensando si bastaría con esa bofetada. Luego volvió a su sitio y Marina mojó la esponja y fregó una mancha de la encimera.

Enfrente estaban descargando. Marina oyó los motores de los camiones, voces masculinas. Comió otro bocado de las sobras y limpió el alféizar de detrás del fregadero.

—Les repito que se ocupa de mi bienestar. Da golpes muy suaves. Pero tengo una piel muy sensible que se amorata fácilmente.

Lee se acercó y le aporreó los dos brazos. Marina cerró el grifo. Él siguió golpeándole los brazos con las manos abiertas.

—Les repito que él no tiene la culpa de que me cubra tan fácilmente de morados.

Marina se tapó la cabeza con las manos a modo de protección. Lee le iba golpeando los brazos como si se tratara de un juego infantil. Le pegaba rítmicamente, primero con la derecha y después con la izquierda. Se movía callada, acompasadamente a sus espaldas y respiraba por la nariz. Marina percibió su esfuerzo de concentración.

Permaneció acostada a oscuras mientras pensaba en el papel que había arrugado y lanzado. Era la séptima lección. Un anciano de la colonia rusa le enviaba hojas por correo para que mejorara su inglés. En la parte superior de la primera página, el viejo escribió en ruso, con unas letras muy grandes: *Me llamo Marina*. Esperaba que ella lo escribiera debajo en inglés. Segunda lección: *Vivo en Fort Worth*. Tercera lección: *Los martes hacemos la compra*. Cada lección ocupaba una página. Marina le enviaba

el trabajo terminado, él lo corregía y se lo devolvía por correo, junto con las nuevas lecciones. La séptima lección estaba arrugada y el anciano se preguntaría qué había ocurrido.

Lee salió del baño y se acostó. Marina notó que se deslizaba entre las sábanas con cuidado de no molestarla en el caso de que estuviera dormida. Obviamente, le daba la espalda.

Volvió a pensar en Holanda. Era algo reciente, surgido de la nada, ese pensar en Holanda, en su viaje en tren a través de Europa y en la sorpresa que experimentó al ver los pueblos holandeses y oír el repique de las campanas de las iglesias. Es el país más limpio del mundo, inenarrablemente limpio, con casas cómodas, calles impecables y, en los prados, cercas absolutamente rectas.

No quería que su pequeña se amamantara con una leche nerviosa.

Pensó que llevarían una vida ordinaria en todos los sentidos. Simples momentos que se acumularían. Tenían cicatrices a juego en el brazo, lo que significaba que el destino los había marcado para que se conocieran y se enamoraran.

Pensó en recorrer los pasillos de Montgomery Ward. Dejaba el calor para internarse en un mundo de hilo musical y suaves tañidos de campana. Los suelos estaban pulidos. Los corredores eran larguísimos, bordeados de expositores de cosméticos y mostradores repletos de bolsos brillantes, por no mencionar los vestidos expuestos en otras salas. Percibía todo tipo de fragancias.

Lee deseaba asistir a la universidad por la noche y cursar estudios de política y economía, pero se interfería la necesidad de ganar el sustento.

Marina lo veía lejano incluso cuando la golpeaba. Lee nunca estaba presente de cuerpo entero.

Mamuchka le regaló unos modestos pantalones cortos, plisados, de grandes bolsillos. Ahí existía una diferencia de pareceres.

Sabía que Lee intentaba averiguar si ella aún no dormía. Estaba a punto de decir algo o de acercarse para tocarla. Probablemente la tocaría, se incorporaría sobre el codo y le tocaría la cadera con la mano suavemente curvada. En la oscuridad, Marina percibió su deseo como una corriente de aire. Estaba realmente presente. Lee aguardaba, pensando si sería el momento oportuno. Era su propia esposa y tenía que pensárselo.

Marina volvió a pensar en Holanda.

Recordó el desembarco en Nueva York. La noche en un hotel en medio de cataratas de neón, de ríos y lagos de neón.

Es alguien a quien ves desde lejos.

Aromas. Y los suelos extraordinariamente limpios. Se detuvo en un sector con televisores apilados a diestra y siniestra. Vio la tele durante media mañana, cinco programas distintos y simultáneos. Deambuló por los pasillos. Se estaba fresco y tranquilo. Nadie te dirigía la palabra a menos que hicieras una pregunta o compraras algo y Marina carecía de medios para hacer tanto lo uno como lo otro.

Lee salió a comprar alimentos, y ella se quedó sola con la niña en un viejo hotel de Nueva York; cogió una toallita húmeda y quitó el polvo de las persianas venecianas.

Presintió que él iba a tocarla, estaba a punto de tomar la decisión de tocarla después de la paliza y de todo lo que se habían dicho.

Aunque el destino los había unido, Marina no sabía a ciencia cierta quién era en realidad su marido. No estaba segura a pesar de que compartían el cuarto de baño. Cuando hacían el amor no sabía quién era él.

Cuando Marina supiera inglés, él se volvería menos distante. Era la pura verdad.

Los martes hacemos la compra.

Cuando hacían el amor, lo hacían con ternura, llenos de sincera piedad.

En una pared próxima al bungalow ven un cartel fijado de mala manera.

EL VATICANO ES LA PROSTITUTA DE LA REVELACIÓN.

Lee lo traduce para Marina.

Marguerite estaba tranquila. Se encontraba ante la tabla de planchar, ocupada en dejar impecable la blusa del uniforme. Planchaba de cara a la sala, amueblada con un sofá coronado por una montaña de alegres cojines, dos cómodos sillones, un escritorio, el televisor y un soporte decorativo con una maceta alargada de la que colgaba la hiedra. Planchaba el uniforme siempre que podía, y lo mantenía almidonado y níveo. Trabajaba en casa de otras gentes, de palabra, en algunos de los mejores hogares de Fort Worth, donde se encargaba de los hijos de los ricos.

Le comenté a la mujer que faltan dos semanas para el cumpleaños de Lee y que no tiene mono de trabajo, así que preguntó: «Señora Oswald, ¿qué talla tiene?». Le respondí que más o menos la misma que su marido. Sacó la ropa de trabajo descartada por su marido, varios pantalones en lamentable estado, y quiso que le pagara diez dólares. Vaya mujer, sabe que me gano la vida a duras penas, sabe que son un joven matrimonio que empieza a vivir en un nuevo país. Esto es lo que significa ser rico en Fort Worth, querer que una enfermera te pague la ropa de segunda mano. Hoy estoy tranquila, señorita, pero todo esto perdura en mi mente, es otro caso de una situación turbulenta. Desde el primer momento en que le miré a los ojos vi a otro muchacho. Fue como preguntar: ¿qué le han hecho allá a mi chico? Su piel ya no era clara y tersa, como antes. Su cara estaba tensa, un matiz de arena que pasa a un matiz gris ceniza. Su pelo estaba ensortijado de manera incomprensible. Se le caía, él mismo lo dijo, de una melena completa a tan rala en la frente que casi se le veía el cuero cabelludo. Robert y yo le hicimos inclinar la cabeza para mirarle la

coronilla a la luz, señor juez, en esta familia los hombres siempre han tenido una buena melena, y él aún es un chiquillo. Dijo que es a causa del frío de Rusia. Pensé para mis adentros que se debía a los tratamientos de choque. Ésta es mi conclusión, después de que fuera agente de nuestro gobierno y estuviera perdido un año. Hay muchas explicaciones si recordamos el incidente ocurrido cuando mirábamos la tele en mi apartamento de West Seventh Street, después de que ella volviera con unas enaguas de canacán y unas medias que Lee le compró con los pocos dólares que le dimos Robert y yo. Estábamos viendo la tele y ella me dijo: «Mamá, es Gregory Peck». Miré la película y ahí estaba Gregory Peck montado a caballo. Vayamos a mis sospechas, ¿qué sabe una extranjera sobre las estrellas de cine? Sinceramente, creo que es algo que conviene analizar. Reconozco que no he viajado por el extranjero, pero cuando pienso en Minsk y en el frío glacial me pregunto: ¿en qué lugar de esa ciudad están las revistas sobre cine? ¿Dónde están las salas en las que muestran nuestro Oeste? Soy una persona que se sumerge de lleno en las cosas y este incidente muestra las características de lo que intento expresar. ¿Quién es esa chica y qué hace aquí? ¿La han entrenado para que se dé cuenta de más cosas de las que demuestra? Intento preguntarle a Lee si es feliz, si ella lleva correctamente la casa, porque tienen un montón de amigos rusos que se han asentado, con coches y casas, y que han intervenido públicamente. No quieren permitir que esta rusa se arregle sola. Se imaginó cómo era Estados Unidos y esa gente está decidida a no desilusionarla. Hoy me lo tomo con calma, pero soy la que le compró los pantalones cortos un poco más largos. El Señor me llamaría mentirosa si afirmara que dejé de llevarles cosas después de que él me dijera se acabó, pero sólo fueron los pantalones cortos y el periquito. Llevé el periquito para dar un toque de color, ya que era verde brillante, para animar ese hogar en un nuevo país.

Él liberó al periquito. Abrió la jaula y lo dejó marchar. Señor juez, era un chico que adoraba los animales.

Con los pantalones cortos la respuesta fue: «No, mamá, mí no quiere». Le dije: «Marina, eres una mujer casada y lo correcto es que lleves unos pantalones cortos algo más largos que los que usan las más jóvenes». Replicó: «No, mamá, no bueno». Sostengo firmemente que esa chica no era hogareña. Y el hombre trabajaba. Vi con mis propios ojos que ese hombre volvía a casa y no tenía la cena lista. Ese matrimonio no cuenta con una criada que le prepare la cena al hombre que trabaja. Somos una familia que se ha esforzado por mantenerse unida. Su papá cobró primas de seguros hasta que cayó fulminado en el jardín, cuando cortaba el césped en medio de un calor asfixiante. Desde entonces hemos sido Marguerite y Lee.

La familia espera que seas una cosa cuando en realidad eres otra. Te deforma. Tienes un hermano con un buen trabajo, una esposa simpática e hijos agradables, y todos quieren que seas una persona a la que puedan reconocer. Tienes una madre de

uniforme blanco que te sujeta de los brazos y llora. Estás atrapado en sus mentes. Te moldean y cincelan. Tienes que irte para verte a ti mismo con claridad.

Era domingo, y estaba en el vestíbulo vacío del Republic National Bank Building de Dallas. Mármol castaño por todas partes. Esperaba a De Mohrenschildt. Era la segunda vez que se reunía con George. Llevaba una camisa blanca y los pantalones de confección de tela tosca que había comprado en la tienda estatal de Minsk.

George apareció con un manajo de llaves. Las agitó a modo de saludo y caminó hacia los ascensores. Subieron hasta el piso dieciséis y recorrieron pasillos desiertos. La atmósfera estaba cargada y densa, con olor a moqueta, a mala ventilación. George vestía pantalones cortos de jugar al tenis y una camisa con el emblema de un caimán. Tenía un amplio despacho con varios diplomas colgados de la pared.

—Has estado leyendo historias sobre ese general tocado del ala.

—Conozco su existencia desde que estaba en Rusia —replicó Lee.

—Ahora se ha liado con Cuba. Siéntate. Tengo tus notas.

—Sólo refleja las opiniones de lo que piensa la mayoría. Walker representa lo que dice y hace la Norteamérica blanca.

—Existen misiles preparados para aniquilarnos y basta abrir el periódico para ver a ese hombre.

—Es Mississippi, es Cuba, dondequiera que se le presenta la oportunidad.

—Se está metiendo con Cuba. Se lanzará de cabeza sobre Cuba. Ya lo veremos.

—Preguntan por mi correspondencia —dijo Lee.

—¿A qué te refieres?

—Un inspector de correos habló con el casero sobre el tipo de correspondencia que recibo.

—¿Qué tipo de correspondencia?

—Cosas que algunos considerarían subversivas.

—¿Por qué lees ese material? Es realmente aburrido. Me lo sé de memoria sin necesidad de leer una sola palabra. Es la definición misma del aburrimiento.

—Me asedian desde diversos ángulos —añadió Lee, y soltó una ronca carcajada nasal.

George le entregó una copia del texto mecanografiado. Le devolvió el manuscrito original, fragmentos de páginas, notas azarosas, notas autobiográficas, notas para discursos.

—Lee, no me siento nada decepcionado. Es un buen trabajo, sobre todo el ensayo principal. Creo que sin duda tienes posibilidades de trasladarte a Dallas para realizar un nuevo trabajo, algo más conveniente. Vendrás a mi casa. Estarás cerca, para que resulte fácil visitarte. Te diré algo muy interesante sobre la casa en la que vivo: está a menos de tres kilómetros de la vivienda del general Walker.

George le apuntó con el índice y levantó el pulgar.

Se abrió la puerta y entró un hombre alto con el pelo canoso muy corto. Estaba muy bronceado, vestía traje marrón con camisa azul y tenía que ser Marion Collings. George los presentó. Collings poseía una figura estilizada, la delgadez y el buen estado físico de un hombre mayor que quiere hacerte saber que está decidido a vivir más que tú.

George se retiró.

—El ensayo que ha escrito es impresionante, muy minucioso —empezó Collings—. Le agradezco que nos haya permitido leerlo. Captó cosas que normalmente sólo percibe un observador cualificado. Muchos datos interesantes sobre la fábrica de radios y los obreros. Un trabajo bien organizado, con una comprensión profunda de la interacción social. Diría que no podíamos haber empezado mejor. Contamos con un sólido punto de partida.

—Le dije a George casi todo lo que recordaba y que no incluí en *El Kolectivo*.

—Sí, George y yo hemos tenido una charla a fondo. Pero diría que la principal omisión es profundamente reveladora.

—¿A qué se refiere?

—Lee, si me lo permite, es realmente inconcebible que permaneciera más de dos años y medio en la Unión Soviética como desertor y no tuviese ningún contacto con el KGB.

—Tuve una entrevista con Asuntos Internos, MVD, a fin de conseguir el permiso definitivo para salir del país.

—¿Quién autorizó su entrada? Solicitó un visado en Helsinki y se lo dieron en dos días. Por lo general tarda una semana. Casualmente sabemos que, en aquella época, el cónsul soviético en Helsinki era agente del KGB.

—Quizás ustedes lo supieran, pero yo no. Están por todas partes. Pero eso no significa que negociara con ellos. Me fui para buscar una vida mejor.

—Lee, si me lo permite, le diré que en cuanto supimos que quería dejar el país, le allanamos el camino. Es usted una persona interesante. Ha vivido mucho tiempo en el corazón de la URSS. Nos gustaría relacionarnos con usted. Somos muy pragmáticos. No nos preocupa qué tipo de tratos hizo con el Segundo Directorio Central. Tuvo un idilio y rompió la relación. De acuerdo, ocurre todos los días. Lo único que queremos es que nos proporcione algunos detalles. No somos del FBI. No buscamos venganza, ni detenerlo y juzgarlo. Sólo pretendemos relacionarnos con usted. Un toma y daca, ¿entiende?

—¿Me vigila el FBI?

—No lo sé —respondió Collings—. ¿Cómo quiere que sepa semejante cosa? —Fue como si le preguntaran el punto de fusión del titanio—. Escúcheme, es muy sencillo. Sólo queremos saber cómo lo trataron. A quiénes vio, dónde y qué dijeron. No es preciso que sea ahora mismo. Hemos esperado deliberadamente varias semanas para entrar en contacto con usted. Nos desagrada atosigarlo. Comprendemos la deserción, el desencanto, las presiones mentales. Sus escritos demuestran que sabe

con exactitud el tipo de material que merece la pena consignar. Entiéndame bien, no pedimos confesiones ni disculpas. No es nuestro estilo. —Se apoyó en el borde del escritorio de George—. Todo dato es inocente hasta que le interesa a alguien, momento en que se convierte en información. Estamos en un edificio de cuarenta plantas cuyo exterior es de aluminio ligero y repujado. ¿Qué pasa con esto? Datos tan aburridos pueden resultar muy significativos para determinados individuos en un momento dado. Un viejo que come un melocotón es información si corre el mes de agosto, ocurre en Ucrania y usted es un turista con la cámara fotográfica a cuestas. Dicho sea de paso, cuando quiera puedo conseguirle una Minox. Aún queda un espacio para la información humana. George, sin ir más lejos. George nos proporciona material que analizamos rápidamente y entregamos a otros organismos.

Lee se mantenía impertérito.

—¿Puedo llamarle Lee?

—Bueno.

—Lee, no tiene el diploma de instituto, sino un simple título de equivalencia. No tiene título universitario. Tiene una licencia deshonrosa. Ha pasado casi tres años en la URSS, lo cual significa un vacío en su historial laboral o tres años en la URSS. Elija lo que prefiera. Ahora bien, me bastará con hacer una llamada telefónica para que tenga un puesto en una empresa de Dallas que hace trabajos muy interesantes, tareas confidenciales, donde empezará desde abajo pero tendrá posibilidades de aprender un oficio con futuro.

Marion Collings se apoyaba en el escritorio, bien bronceado, sincera y correctamente bronceado, tan esbelto y en forma que podía chasquear los dedos y hacer caer al suelo cualquiera de los cuadros que colgaban de la pared.

—Le garantizo que se trata de un trabajo para el que se encuentra usted preparado y que podrá empezar en cuestión de días. Muy bien, dígame qué quiere hacer.

Minox es la cámara espía famosa en todo el mundo. Hidell ha visto esa marca en varios libros.

Caminó por el centro vacío de Dallas, en un domingo vacío en medio del calor y la luz. Sintió la soledad que siempre le desagradaba reconocer, un aislamiento más vasto que Rusia, sueños más extraños, un resplandor blanco y mortecino que escuece. Deseaba comportarse con una clara percepción de su papel, hacer por una vez una jugada que no fuera frustrante. Avanzó entre las sombras de las torres de las agencias de seguros y de los edificios de los bancos. Pensó que el único modo de poner fin al aislamiento consistía en llegar al extremo en el que ya no estaba separado de las auténticas luchas que lo rodeaban. El nombre que damos a esa encrucijada es historia.

12 DE AGOSTO

Brenda Jean Sensibaugh, conocida profesionalmente como Baby LeGrand, estaba sentada ante el tocador del camerino del Carousel Club, entretenida en aplicarse pomada de color piel sobre un grano que le había salido junto a la boca. La estrecha mesa se encontraba atiborrada de cepillos para el pelo, tazas de café, termos, cajas de maquillaje, fotografías en papel brillante, vaporizadores y espumas y cajas de Kleenex, abarcaba la longitud de la habitación y sustentaba cuatro espejos sin marcos. Brenda llevaba un albornoz de su hermana. Por la KRLD pasaban *Life Line*, un programa patriótico en el que criticaban los gastos federales.

Para esparcir bien la pomada, Brenda tuvo que empujar el interior de la mejilla con la lengua, hinchando la cara, lo que le creaba dificultades para hablar. Charlaba con la chica del espejo contiguo, Lynette Batistone, que parecía recién salida del instituto.

—Tal vez te conceda un adelanto —señaló Brenda—. Pero cerciérate de que esté de buen humor cuando se lo pidas.

—Ya conozco sus adelantos —replicó Lynette.

—Me refiero a Jack. Y si no te lo da, que no espere buenos resultados en otros campos. Querida, ¿con quién hablaste?

—Me lo dijo Molly Bright.

—Olvídate de Molly. El rollo es que Jack se conmueve si le hablas. Se deshace. Es un charlatán. Pero no creo que tengas que luchar para salir del club.

—Eso es lo que he oído. Tengo entendido que es muy estricto.

—¿Qué?

—Amenaza a las chicas diciéndoles: «Imbécil, te arrojaré por las malditas escaleras».

—Querida, escúchame bien, esto no es una empresa de contabilidad. ¿Qué más da algún que otro taco?

—Constantemente tiene ataques y se pone a gritar —insistió Lynette.

—No te pondrá un solo dedo encima.

—Molly Bright se ofreció para reemplazar a Blaze y se armó un jaleo tremendo.

—Y dale con Molly. Te diré algo sobre Molly. Si la mierda fuera música, Molly sería la banda. Si tanto necesitas el dinero, habla con Jack. Y no te olvides de mencionar los alimentos. Jack reacciona ante todo lo que se refiere a la comida.

Lynette vestía un traje vaquero, incluidas fusta y una pistola de cañón largo. Brenda opinaba que la muchacha tenía talento pero muy mal gusto. Lo que hacía ni siquiera podía considerarse striptease. Básicamente se dedicaba a la provocación, a la que añadía unos pocos contoneos y toques.

—En Nueva Orleans me dijeron que el famoso Jack está subiendo.

—Es dueño de otro club.

—Ya lo sabía.

—El Vegas —añadió Brenda—. Pero no sé si está subiendo, eso tendré que pensarlo.

—¿Qué hay de esos perros que veo constantemente?

—Jack tiene unos perros a los que considera su familia. Viven en el club, con excepción del que se lleva a casa.

—Como protección.

—No creo que tenga nada que proteger salvo a nosotras, las que nos dedicamos al striptease.

—Tengo que mear —exclamó Lynette.

—La otra rareza de Jack es que te preguntará si lo consideras marica. «Lynette, ¿crees que soy marica? ¿Te parezco de la otra acera? Hablo en serio, dime, según tu experiencia, ¿doy de marica?». Puedes estar segura de que te hará todas esas preguntas. «¿Te sorprenderías si alguien te dijera que soy homosexual? ¿Hablo como lo haría un marica que intentara ocultarlo?».

—¿Qué debo responder? —quiso saber Lynette.

—No tiene la menor importancia. Jack es así.

En Commerce Street se apeó Jack Ruby, panzudo, calvo, de pecho y hombros de oso, de cincuenta y dos años, portando tres mil dólares en efectivo, un revólver cargado, un frasco de Preludin y una notificación de un juzgado de delitos menores por haber entregado un cheque sin fondos en unos grandes almacenes.

Jack entró en el camerino.

—Silencio, quiero oír qué dicen —le espetó a Brenda.

Escucharon en la radio el programa *Life Line*. Hacían un comentario sobre el heroísmo y contaban cómo había declinado. Jack tomó asiento ante un segundo espejo, con la cabeza gacha para prestar la máxima atención a la radio.

«No hace mucho —dijo el locutor—, en Estados Unidos, se preguntó a treinta y cinco universitarios inteligentes de los cursos de historia dónde quedaba Guadalcanal. Menos de la tercera parte había oído hablar de este lugar. Tres mil años de historia militar no contienen relato más espléndido que el heroísmo glorioso de Guadalcanal, ciento por ciento norteamericano, tan verazmente norteamericano como la cabaña de troncos de la frontera y los espacios abiertos. Pero ahora nadie habla de este tema. La celebración del día de las Naciones Unidas recibe cien veces más publicidad».

Jack llevaba un traje oscuro, camisa y corbata blancas de seda y un sombrero de fieltro de ala flexible que lo centraba, le daba claridad y dirección, como a un detective durante una misión.

—Estos temas me encantan —comentó Jack—. Cuando hablan de nuestro país, brota en mí algo poderoso. Tendrías que haberme visto cuando murió Roosevelt, cuando lo anunciaron por la radio. Iba de uniforme y lloraba como un crío. ¿Dónde está mi Amazona Cachonda?

—Ha ido a mear.

—¿Está que arde? Ya no sé qué hacer. Tengo miedo de que me quiten la licencia.

—Sólo es striptease —objetó Brenda.

—Fue la gran atracción de Bourbon Street. Pero aquí no estoy seguro, tal vez crean que va demasiado lejos cuando se quita la braguita.

—Jack, sólo le interesa la publicidad.

—Podría convencerla de que en este club se ponga otro chisme.

—Se ponga lo que se ponga, se lo quitará y lo hará caer.

—Dallas pone el límite en el vello púbico. Por ella podrían cerrarme el local.

—En mi opinión, es demasiado joven.

—Es parte del atractivo. La competencia intenta doblegarme.

—¿Por eso le pagas más que a nosotras?

Jack se irguió, incrédulo.

—¿Cómo dices? —preguntó—. ¿De dónde has sacado semejante idea?

—Pagas a Lynette casi el doble que a las demás.

—Brenda, te juro que no estoy enterado. Sostengo que no sé de qué hablas.

—Le pagas más y te quejas de que por su causa pueden cerrar el club.

—Le doy beneficios para que siga siendo atractiva. Me la juego porque lo necesito.

—En tu cabeza te has montado la historia de que la competencia intenta acabar contigo, pero sólo son la competencia y se ganan la vida como nosotros.

—Brenda, ya está bien, puedes irte a la mierda.

—Lo mismo digo, señor Ruby.

—Sólo soy el propietario de este local y debo estar aquí.

—Ni más ni menos.

—Y tengo que escuchar semejantes disparates.

—Ellos no tienen nada mejor que hacer que meterse con Jack. Y Jack es el más tramposo listillo de la tierra.

—Pásame un Kleenex.

—Ahora que he abierto la boca, quiero añadir que siempre te pierdes en tu propia cabeza. Sostienes tu propia conversación y sólo escuchas tus voces interiores.

—No te imaginas hasta qué punto me buscan las pulgas.

—Por eso en este local por la noche no se oyen más que gritos.

—Sólo tengo a mis perros y a mí mismo.

—Me alegro.

—Brenda, deberías conocer mi vida anterior, que aún me obsesiona. Juro por Dios que te estoy diciendo la verdad. Mi madre pasó treinta años de su vida afirmando que tenía una espina clavada en la garganta. No dejamos nunca de hacerle caso. Médicos, clínicas, durante años buscaron la espina con todo tipo de instrumentos. Por último la operaron. Te aseguro que en la garganta no tenía nada. Volvió del hospital a casa y todavía sentía la espina.

—¿Y qué? No es más que una mujer y una madre.

—Que Dios me ayude, treinta años, mis pobres hermanos... Bah, olvídalo. Y esto es lo menos importante. Sólo pretendo que te hagas una idea. Mi padre estaba siempre borracho. Pero ya no me preocupa lo que se hicieron entre sí o a mí. Soy incapaz de guardar rencor. Sólo siento amor y respeto por esa gente porque vinieron a este mundo a sufrir. Por eso lo olvidé, no me preocupé, me largué.

—Jack, ¿por qué no te casaste?

—En el fondo soy muy desaseado.

—Cuidas tu aspecto personal, te vistes y te acicalas.

—Brenda, en el fondo de mi corazón existe un caos descomunal.

Escucharon los chistes del presentador. Jack se inclinó hacia la radio y prestó atención un rato más.

—Amo los sentimientos patrióticos que estos temas me inspiran. Apoyo en un ciento por ciento a mi país. ¿En qué más confío? Por momentos mi propia voz me resulta horripilante. Soy incapaz de controlar la voz interior. Existen presiones indecibles.

—Todo el mundo sufre presiones. Incluso nosotras. Nos haces trabajar siete días por semana.

—En términos corrientes, la mitad que la mayoría.

—¿Por qué no te casas con tu Amazona Cachonda? Te arreglaré la vida.

—Aunque es una famosa buscona de Nueva Orleans, no está dispuesta a hacer nada innatural.

Alguien gritó que Jack tenía una visita. Ruby posó la mano en el hombro de Brenda y salió del camerino. Sólo lo separaban seis pasos de su despacho, donde Jack Karlinsky lo aguardaba sentado en el sofá junto a uno de los perros.

—Es mi dachshund Sheba —dijo Jack Ruby—. Bájate, pequeña.

El sesentón Jack Karlinsky era un asesor de inversiones que no tenía despacho, teléfono comercial, empleados ni clientes. En su casa de veinte habitaciones, en las afueras de Dallas, el faro antiniebla del Servicio de Guardacostas iluminaba el jardín toda la noche.

—Quiero saber si estas enterado.

—Vayamos con calma, Jack. He venido para llegar a un acuerdo.

—Hay personas que, tras una larga relación, están dispuestas a dar la cara por mí. He hablado por teléfono con Tony Astorina.

—Sé que tienes conexiones, pero no es lo mismo que decir que fulano de tal está *conectado* —puntualizó Karlinsky.

—¿Cuba no significa nada?

—Sé perfectamente que hiciste varios viajes.

—Cuando Cuba era un tema popular para los medios de comunicación.

—También hiciste algunos trabajos para el FBI —añadió Karlinsky.

—¿De qué estás hablando? ¿Oigo fantasmas?

—Por favor, en marzo de 1959 ofreciste voluntariamente tus servicios al FBI. Te han abierto expediente.

—Jack, lo sabes tan bien como yo.

—Informador y delincuente potencial. Informaste un poquito por aquí y otro poquito por allá.

—Lo hice para protegerme en el caso de que presenten una denuncia contra mí, para cubrirme las espaldas.

—Jack, personalmente considero que no tiene la menor importancia. Me alegro de que seas conocido en Nueva Orleans y en Dallas. Eres un rostro muy popular en Dallas.

—Tengo relaciones que se remontan a los viejos tiempos de Chicago, que es el elemento de mi vida del que estoy más orgulloso; hablo de Newberry Street, Morgan Street, de las carretillas y las bandas.

—Todos amamos las historias del viejo Chicago. ¿Por qué crees que nací aquí? Nadie nace en Dallas. Todos amamos el viejo Chicago, la vida callejera y las épocas difíciles. Pero ahora hablamos de un préstamo considerable y, como es lógico, los muchachos quieren saber quién hará uso de su capital.

Jack revolvió los cajones del escritorio.

—Oye, te mostraré los avisos de retenciones fiscales, el rechazo de propuestas de compromiso. Me fríen con los impuestos indirectos. Jack, me están matando. Tienen historiales así de gruesos sobre mi persona. Sigo funcionando para poder soltar efectivo poco a poco. Doscientos, doscientos cincuenta dólares. En síntesis, para demostrar que me preocupo. Pero es como mandar a un chico con un recado. Debo más de cuarenta y cuatro mil a Hacienda, y por si eso fuera poco el sindicato quiere que reduzca las horas de trabajo de las chicas, tengo al lado un competidor que me está destrozando con sus espectáculos de aficionadas y está la chica de Nueva Orleans que acabará por conseguir que me cierren el local de tanto quitarse la braguita.

Jack Karlinsky poseía una risa invisible. La oías sonar en su garganta, pero en su rostro no aparecía nada que se asemejara a una sonrisa. Vestía chaqueta deportiva y polo, y fumaba un puro. Jack observó los zapatos y el corte de pelo. Por todos los costados se notaba que aún estaba aprendiendo a vivir.

—Le he dicho a mi abogado que acepte ocho centavos por dólar.

—Jack, te lo echarán en cara.

—Lo sé.

—No es una propuesta que les encante aceptar.

—Entonces tendré que hacer algo.

—Tendrás que decidir a quién prefieres deberle el dinero. No se trata de dinero llovido del cielo. He logrado un acuerdo y no pretendo obtener el cinco por ciento semanal, como el usurero del barrio. Hablamos de un préstamo de cuarenta mil dólares. Nos referimos a la friolera de mil dólares semanales.

—Lo que significa un total de noventa y dos mil dólares en un año.

—O sigues pagando intereses.

—Hasta que me corten los cojones.

—Exactamente, Jack.

—Sólo por saberlo, ¿qué ocurrirá si una semana no puedo pagar?

—Si sólo es una semana, lo dejarán correr. Jack, no pretenden volarte la tapa de los sesos. Lo dejarán correr.

—¿Y si son dos o tres semanas?

—El procedimiento consiste en pedir un segundo préstamo. No me parece una buena idea porque te encontrarías pagando intereses por una cantidad cuando en realidad te dan otra inferior. Con el corazón en la mano, ¿quieres mi consejo?

—Venga.

—En tu lugar, no aceptaría el préstamo. No puedes pagar esas cifras con el tipo de negocio que tienes. Te hundirás un poco más.

—Es mi calvario, Jack.

—Será tu calvario, pero no tu dinero.

—Sólo por hablar, ¿qué ocurrirá si dejo de pagar cinco, seis semanas?

—Si estás totalmente en pelotas, dejarán de dar cuerda al reloj. Significa que hay que pagar la deuda principal y olvidar los intereses. En resumen, como conocemos a este tío, acordaremos quedarnos con una parte de su negocio más la suma original. No volarán el edificio.

—Pero se quedarán con mi negocio.

—Es lo que te juegas.

—¿Y si no puedo pagar la deuda principal?

—Jack, de eso estoy hablando. Te aconsejo que busques otras soluciones.

—El banco pondrá pegos a un crédito. No me concederán ni diez centavos.

—Piensa en tus amigos y parientes. Búscate un socio.

—No sé trabajar en sociedad. Ya tengo inversores. Mi hermana administra el Vegas y nos peleamos constantemente.

—No te vuelvas irracional. Tienes que entender algo importante: Jack no estás preparado. Entiende que me refiero a conectado.

Comenzaron a sonar los tambores.

—De acuerdo. Diles lo siguiente. Estoy dispuesto a aceptar quinientos semanales de interés durante un año cuando se anime el negocio de las convenciones.

—Logré un buen trato.

—Jack, comunícales lo que acabo de decirte. Menciona que hablo muy a menudo con Tony Push. Tiene fama de estar muy próximo a Carmine Latta.

—Carmine no se dedica mucho a los préstamos.

—Sólo te pido que digas que soy conocido de Tony Astorina.

Karlinsky le miró. La cuenta atrás muda. Aseguró que haría todo lo que Jack le pedía. Poseía una voz grave, uniforme y sensata, que ahora sonaba hueca; una casa

con un faro gigante y una piscina turquesa perfecta, así como cuatro hijas y un hijo. Jack Ruby se preguntó si hacía falta todo eso para parecer invencible. Se estrecharon la mano en la puerta y a continuación el hombre mayor entró de nuevo en la oficina, sólo un instante, como si quisiera revelar un agradable secreto.

—Mira, la chaqueta es de mohair.

Caminaron juntos hasta la estrecha escalera que conducía a la calle. Volvieron a estrecharse la mano. Sonaba el saxofón. Jack se acercó a la barra, pidió un vaso de agua y tomó un Preludin para tener una perspectiva de futuro favorable. Luego deambuló entre las mesas para mezclarse con la clientela. ¿Qué sentido tiene dirigir un club si no puedes hacerlo?

La cena en casa fue un acontecimiento relajado con conciertos de clavecín en el estéreo y ramalazos de conversación. Beryl observó a su marido, que se llevaba la copa de vino a los labios. En lugar de beberlo, Larry mascaba el vino para saborear la tonalidad, para comprobar si era o no seco. Así se erige la civilización, solía decir. Mascamos el vino.

—No pareces contento —señaló Beryl—. Hace un tiempo que no te veo contento. Quiero que vuelvas a sentirte bien. Di algo gracioso.

—Tú eres graciosa.

—Siempre soy la graciosa, la rara, la pequeña. Preferiría que interpretaras uno de esos papeles desagradecidos.

Comieron unos segundos en silencio.

—¿Recuerdas la crisis de los misiles? —preguntó Larry—. Han pasado casi diez meses desde que los U-2 fotografiaron misiles ofensivos en Cuba. ¿Quieres saber una cosa? Han averiguado algo nuevo.

—¿Estoy interesada en saber de qué se trata?

—Un equipo soviético de topografía descubrió un yacimiento petrolífero de grandes dimensiones. Está justo en la zona donde obtuve contratos de perforación. La semana pasada vi las fotos. Eran tan detalladas que reconocí el terreno. Estuve allí. Pisé ese suelo. Visité los campos. Realizamos estudios de minerales. Tuvimos un firme respaldo financiero.

—Tu petróleo, tu yacimiento.

—El nuestro. Más vale que sea nuestro y no de los condenados rusos. Puedes imaginarte lo que le harán a la isla: le chuparán la sangre.

—No me cabe la menor duda. Pero a veces resulta difícil convivir con un hombre que nunca, absolutamente nunca, se relaja.

—Tienes razón; no me relajo.

Durante un rato dejaron correr el tema. Beryl se levantó y cambió la cara del disco. Llovía con fuerza y divisó a alguien que cruzaba la calle a la carrera.

—Te daré una buena explicación sobre las obsesiones —prosiguió Larry.

—Oh, sí, por favor.

—Tengo una visión amplia del tema.

—Santo cielo, sí.

—La misión de un servicio de inteligencia consiste en resolver las obsesiones de una nación. Cuba es una idea fija. Se vuelve espinosa en un sentido en que Rusia no lo es. Está más irresuelta y provoca más daños a la psique. Y nuestra misión consiste en anular la amenaza psíquica, saberlo todo sobre Castro, descifrar sus intenciones, socavar sus instituciones hasta tal punto que pierda la capacidad de modelar nuestro modo de pensar, la forma en que por la noche conciliamos el sueño.

—Quizá lo que no comprendo es por qué Cuba. ¿Qué sé de esa isla? ¿Es antillana, hispana, blanca, negra, mulata, latinoamericana, criolla, china? ¿Por qué consideramos que nos pertenece?

—No es una cuestión de pertenencia. Se trata de algo que funcionaba maravillosamente bien, de que la inversión privada tenía ocasión de contribuir a que un país se elevara en el mundo, y Cuba estaba creciendo en distribución, industrialización, alfabetismo y servicios sociales. Cualquier alumno de instituto puede sostener sin dudarlo que se habrían contenido los errores y excesos del régimen de Batista sin necesidad de una revolución y, por cierto, sin su ingreso en la órbita del comunismo.

Volvieron a guardar silencio. La fuerza de los sentimientos de Larry llevó a Beryl a hacer una pausa. Él no creía firmemente en muchas cosas. Beryl sintió un encogimiento interior, la vieja y patética disposición a ceder sin presentar batalla. ¿Había algo por lo que luchar? Desconocía el tema. Veía el mundo en recortes de prensa y pies de fotografías, el mundo se tornaba estafalario. Se ve mejor en las columnas que envías a las amistades. Refúgiate exclusivamente en la ironía. Si su objetivo era pasar desapercibida, ¿para qué presentar batalla?

—En cierto sentido, todo tiene mejor aspecto —añadió Larry—. Hay algunas cuestiones de las que no estoy nada descontento. Me encuentro a punto de emprender una reaparición profesional. Se habla de trasladarme a la Oficina de Finanzas. Hay una unidad de campo en Buenos Aires. No es un asunto discutible, por supuesto. Trabajaré en mercados monetarios y me ocuparé de que dispongamos de divisas para determinadas operaciones.

—¿Buenos Aires es una perita en dulce?

—No sé qué lugar ocupa en el reino de las frutas y las verduras. Me parece realmente positivo de su parte que me brinden esta oportunidad. La Agencia comprende. Estoy sorprendido de lo mucho que comprenden. Por este motivo algunos vemos la Agencia bajo una perspectiva que nada tiene que ver con puestos, instituciones ni gobiernos. Estamos sumamente agradecidos por su comprensión y confianza. La Agencia siempre está dispuesta a ver a un hombre bajo una nueva perspectiva. Es la naturaleza del oficio. Existen zonas opacas, existen nuevas perspectivas. Cuanta mayor es la ambigüedad, más creemos, más confiamos, más nos

unimos.

Resultaba extraordinaria la frecuencia con que le hablaba a Beryl de estos asuntos. La Agencia era el único tema inagotable de su vida. Agencia Central de Inteligencia. Beryl la consideraba la iglesia mejor organizada de todo el mundo cristiano, una misión que recababa y almacenaba todo lo que todos decían, lo reducía a un micropunto y lo llamaba Dios. Ella necesitaba vivir en habitaciones reducidas y polvorientas, firmemente acodada, fuera del alcance de las cosas vertiginosas, del calor, la luz y los espacios extraños, y Larry necesitaba la gran nave protectora de la Agencia. Estaba convencido de que, en última instancia, no se puede saber nada relacionado con los motivos y necesidades humanas. Siempre existe otro nivel, otro secreto, la vía por la cual el corazón desarrolla un engaño tan misterioso y complejo que sólo puede considerarse un tipo de verdad más profunda.

Sobre la mesa había un jarrón con anémonas. Sonó el teléfono y Beryl lo cogió en su escritorio del salón. Llamaba un tal Thomas Stainback. Supo por el tono de voz que Larry atendería la llamada arriba. Se detuvo en la puerta. Al verla, Larry se apartó de la mesa. Esperó a que él subiera la escalera hasta la habitación de huéspedes y contestara para colgar delicadamente el auricular. Regresó junto a su café.

—Aquí estoy —dijo Parmenter, y esperó a que Everett planteara la primera pregunta de la lista.

—¿Qué sabemos de fechas?

—A mediados de noviembre.

—Tenemos tiempo. Me gustaría saber qué está haciendo Mackey.

—Sabe que hemos elegido Miami. Pero no le he dicho cuándo.

—Díselo de inmediato.

—No consigo dar con él —reconoció Parmenter.

Se produjo un silencio.

—¿Lo han cambiado de misión?

—He indagado con toda delicadeza. No está en la Granja ni en ningún otro sitio en el que racionalmente pudiera encontrarse. No ha dejado huellas. Parece que ha decidido sumergirse una temporada.

—Ha cambiado de misión —afirmó Everett.

—Win, lo investigué. Fui realmente minucioso. No está bajo cobertura secreta. Debería estar adiestrando a los JOT, pero no es así.

—¿Significa que se ha largado? No podemos actuar sin Mackey.

—Se está instalando. Eso es todo. Ya se pondrá en contacto.

—No puede largarse.

—Ya se pondrá en contacto. Sabes que es de hierro.

—He tenido un presentimiento —reconoció Everett.

—Se está instalando. Una mañana subiré al coche y lo encontraré. Está tan deseoso como nosotros de que ocurra.

—Durante las últimas semanas he tenido la premonición de que algo falla.

—Todo marcha sobre ruedas: la ciudad, la fecha, los preparativos. Se trata de un individuo absolutamente fiable.

—Creo en la fuerza de las premoniciones.

Larry colgó. Bajó y encontró a Beryl sentada a la mesa, con el periódico, la taza de café y la tijera. Había páginas extendidas sobre las copas de vino y los platos de la cena.

Larry se abstuvo de comentar las manías de su esposa. En opinión de Beryl, los recortes de prensa que enviaba a sus amistades representaban un estilo epistolar muy razonable. Existían mil artículos que recortar, y todos decían algo relacionado con sus sentimientos. Larry observaba cómo leía y recortaba. Beryl usaba gafas de media luna y manipulaba con seriedad la tijera. Consideraba que era una forma de expresión personal. Opinaba que ningún mensaje que pudiera enviar a una amiga era más íntimo y revelador que un artículo periodístico sobre un acto violento, un demente, la casa de un negro volada con una bomba, un monje budista que se prende fuego. Porque ésas son las cosas que nos enseñan como vivir.

Baby LeGrand estaba al final de la pasarela con las rodillas dobladas y las manos cruzadas en la nuca, y la batería retumbaba al son de las sacudidas de su pelvis; al mismo tiempo, paseaba la mirada por la sala y discernía figuras por debajo de las luces de colores, vidas completas que era capaz de esquematizar en segundos, oh, marineros y estudiantes, los de siempre, más una camarera que lleva refuerzos a los bebedores empedernidos, una mocosa de ropa ceñida que resalta sus tetas. Se pasó un cinturón entre las piernas y lo deslizó a cámara lenta por el pubis. Dirigió una mirada a la mesa de los polis fuera de servicio que bebían cerveza a precio especial. Vio al manitas que con la Polaroid sacaba instantáneas de los clientes, que luego Jack entregaría como regalo. Son hombres de traje y corbata, de negocios en la ciudad, y tíos que vienen acompañados para hacerlo entre una reunión y otra. Brenda conoce a los tipos de esa calaña. Le gustan los polis más jóvenes si son de ojos azules. Conoce hasta la mancha de tomate más ínfima en la corbata más estrecha porque lo único que se puede comer es pizza del restaurante vecino, que alguien se ocupa de meter en el microondas. Entretanto, el batería acelera el ritmo y un marinero grita vamos vamos vamos. Pasea el cinturón por el humo y el suelo, y escudriña el bar en busca de los pelagatos que Jack trae de la calle, hombres melancólicos y vagabundos de los que se compadece. También está el elemento de las apuestas o como se llame, el elemento siciliano y de las máquinas expendedoras, hombres de artes violentas que permanecen impassibles en el fondo del club. Abarca la totalidad del Carousel con una mirada de cinco segundos, que incluye a los turistas de Topeka. Están diciendo vamos vamos vamos. Reclaman una prenda. Quieren el trozo de seda que se pasó entre las piernas. Han venido para bañarse en la carne de la sonámbula, la chica que despierta

desnuda en medio del vibrante gentío. Ésta es la sensación que siempre domina a Baby L. Sufre un ataque en medio de la noche, como si estuviera embrujada, y despierta desnuda en otro sueño, en el que los desconocidos intentan aferrarse a su cuerpo. ¿Alguno de los presentes conoce la absoluta verdad? Le gustaría convertirse en una agente de la propiedad inmobiliaria que conduce a los posibles compradores en una furgoneta pintada de color madera. Una corredora de fincas premiada y vestida con un traje color verde helecho. Pero se arquea bajo el proyector, de cara al gentío, gotea sudor de su vientre y de sus muslos, y las borlas de sus medias se agitan al son de la música.

Realizó el característico giro de pechos, uno en el sentido de las agujas del reloj y el otro hacia el lado opuesto, y desapareció velozmente.

Se duchó, se envolvió en una toalla y se sentó en el camerino a fumar. En esos momentos, un cigarrillo se convertía en el más puro de los placeres conocidos.

Lynette estaba sentada ante el espejo contiguo, vestida de calle. Inclina la cabeza sobre un ejemplar de *Look*.

—Si tuviera dos dedos de frente, cobraría lo que me deben y me largaría —le dijo Brenda—. Tengo dos críos, uno de siete y otro de cuatro, y la mitad de las veces estoy demasiado cansada para darles un beso.

Lynette pasó la página y comentó:

—Te juro que Bobby Kennedy es lo mío. Bobby es el único que podría volverme loca. Tiene ese encantador destello de tío duro. Si estuviera diez minutos con Bobby, perdería la chaveta.

—A mí no me conmueve.

—Con él podría ir al fin del mundo.

—¿Dónde está eso, Lynette?

—Sus ojos transmiten maldad, pero es como si él no estuviese enterado.

—Creo que lo sabe —opinó Brenda—. Prefiero a su hermano. Me parece que Jack funcionaría mejor en la cama. Prefiero un amante con responsabilidades. Me mantengo a distancia de los apocados.

—Bobby es muy deportista.

—El presidente es lo bastante maduro para atender a una mujer como nosotras. Aunque no es que esté dispuesta a quedarme con él.

—Necesitas un peinado cardado como los de Jackie.

—Creo que necesito algo más.

—Brenda, tienes unos buenos parachoques.

—Tetas, tetas y más tetas. Te has metido con mi talón de Aquiles. Tener mucho talento por delante supone un montón de problemas.

—¿Qué es lo que hace el secretario de Justicia?

—¿Me estás tomando el pelo? Es el poli principal.

—¿El poli o la polla principal?

—Es lo mismo —respondió Brenda.

En el local hubo una conmoción. Oyeron algunas voces y el sonido de cristales rotos. Lynette pasó otra página.

—¿Crees que si a una persona le dices exactamente cuándo naciste, hasta la hora y los minutos, puede saberlo todo de ti?

—Por contestar con un dicho, me huele a chamusquina —replicó Brenda.

El barullo creció. Esas cosas se perciben en las paredes. Brenda se puso la bata, caminó hasta el final del pasillo y se asomó. Entre la barra y la entrada vio un frenesí de cuerpos y brazos, cuatro tipos, Jack incluido, que empujaban sin contemplaciones a un hombre que parecía peinarse con petardos. Jack intentaba arrojar al hombre escaleras abajo, y los demás intentaban impedirlo por considerarlo excesivo. Brenda esperó hasta que el manitas perdió su sitio en medio del nudo móvil, se hizo a un lado y agitó una mano que tal vez había recibido un mordisco.

—¿Qué pasa? —preguntó Brenda.

—Parece que ese tío le tocó el culo a una de las camareras. Ya sabes, la palpó al pasar.

—¿Desde cuando matamos a la gente por estas cosas?

—Ya sabes cómo se pone Jack cuando alguien intenta propasarse con las chicas. Está furioso.

Jack separó al hombre del resto de los individuos y los dos bajaron rápidamente por la estrecha escalera, desaforados, rebotando contra la barandilla, casi disparados rumbo a la calle.

Los parroquianos los siguieron; bajaron deprisa en fila india con gran estrépito. Brenda dio una profunda calada al cigarrillo y regresó al camerino para concluir la charla.

Una vez en la calle, Jack derribó al otro tipo. Lo pisoteó, lo pateó con rabia, como si intentara quitarse caca de perro de los zapatos. El tipo se largó calle abajo y pasó entre la fila que había delante del club vecino, donde esa noche se celebraba un striptease amateur. Jack lo persiguió, seguido por cinco o seis clientes del Carousel. Aunque el hombre era mucho más veloz, en mitad de la manzana se volvió dispuesto a plantarle cara. Era una actitud disparatada que logró enardecer aún más a Jack, que arremetió contra el sujeto. La fuerza y el ímpetu del empujón derribaron al tipo. Jack le atizó dos patadas; el hombre le agarró del tobillo y lo hizo caer sobre la acera a cámara lenta. Comenzó a reptar hacia una señal de aparcamiento. Jack estaba de rodillas y sujetó una pierna del fulano para impedirle llegar hasta el poste. Uno de los clientes del club intentó separar a Jack y le habló tranquilizadamente. El individuo seguía avanzando hacia el poste. El significado de lo que ocurría resultaba evidente: si el tío lograba llegar... Dos clientes separaron a los luchadores, pero Jack logró asestar dos patadas en el pecho del tipo, quien se puso en pie y desvió la mirada. Tenía los pantalones desabrochados. Jack le golpeó con fuerza en la cabeza, por encima de los hombros de quienes se interponían, y el tipo caminó hasta el medio de la calle y se quedó quieto, lo cual obligó a los coches a esquivarlo. Se arregló la ropa.

Permanecía inmóvil en medio del tráfico. No miró a los hombres de la acera, agitados por la carrera y la refriega.

Jack caminó calle abajo. Al llegar a la cola que había ante la puerta del otro club, estrechó las manos de algunas personas y repartió tarjetas con el nombre y los horarios del Carousel. Montó en su Olds blanco y se largó para aclararse las ideas.

El coche de Jack era una chabola ambulante. Los perros habían destrozado la tapicería y las alfombrillas. Se habían comido el relleno del asiento trasero, así que los muelles estaban a la vista. En las ventanillas se veían huellas de patas. Había ocho cajas vacías de bebidas alcohólicas encajadas en el asiento trasero. Cada vez que frenaba o giraba, por el suelo del coche rodaban botes de comida dietética. Llevaba doscientos dólares encima del salpicadero, guardados en papel de carnicería manchado con sangre de costillas de cordero. En la guantera guardaba varios Preludin, así como un gorro de baño, varias multas impagadas, diversas libretas de direcciones, una serie de condones sueltos, unas nudilleras de hierro y una guía con los programas de la tele.

Sintonizó la KLIF, buscando a un disc jockey llamado Barbarrara. Necesitaba una voz conocida para serenarse.

Condujo por el centro de Dallas. A veces ocurre que tengo que aporrear a los tipos que crean problemas en el club. Si te acojonan hasta ese extremo, estás materialmente condenado. Se palpó la chaqueta para sentir la 38, guardada en una cartera del Merchants State Bank junto a tres mil dólares en billetes recién salidos del horno, enrollados y firmemente sujetos con bandas elásticas de color rosa.

Probablemente fue la charla con Jack Karlinsky lo que le hizo saltar contra el tío que le metió mano a la chica cuyo nombre ni siquiera recordaba. Necesitaba el dinero, y no tenía a nadie más a quien apelar. Tenía deudas por todas partes, y no dejaban de hostigarlo. Aunque mañana tuviera cuarenta mil dólares en la mano, los problemas persistirían. Debía levantar el negocio. También estaba pendiente lo del sindicato y las chicas. Contaba con un funcionario corrupto en la Costa Oeste que ya había rechazado su petición de un préstamo, y ahora Karlinsky mostraba la misma actitud.

De modo que la chaqueta es de mohair. Debiste comprar dos: una para cagarte en ella y la otra para cubrir la mierda.

Tenía entre manos un asunto consistente en meter una moneda en una máquina que te lava el coche. Su hermano Sam vendió uno de sus dos aparatos y se interesó por la nueva máquina. Nunca ocurriría, pero era posible intentarlo. Había probado distintas cosas con sus diversos hermanos, desde vender saleros y pimenteros hasta bonitos bustos de Roosevelt. También vendió bisutería, accesorios para máquinas de coser y remedios para la artritis desde Chicago hasta San Francisco.

Treinta años con una espina clavada en la garganta.

Barbarrara dijo:

«Sé en qué estáis pensando. Opináis que me lo invento, pero no es así. Si va de

mí a vosotros, es verdad. Es real, chicos. Ésta es la pregunta que me gustaría formularos esta noche: ¿quién va en serio y a quién envían para tomar notas? Estáis ahí fuera, en las profundidades de la noche, escuchando en secreto, y el motivo de tanto sigilo se debe a que no sabéis en quién confiar salvo en mí. Nosotros somos los únicos que no somos ellos. Esta modesta frecuencia del éter es el camino hacia el cielo. No me lo estoy inventando. En el mundo sólo existen dos cosas: las cosas que son verdad y las que son más verdaderas que la verdad. Necesitamos este pequeño camino particular en el que poder congregarnos. Porque estamos en la D Mayúscula, que significa Deja de ser Diferente. ¿Me oís bien? ¿Es clara la señal? Somos el solapado secreto que ellos intentan desvelar. ¿Pensáis que me lo invento? Pues no me lo estoy inventando. Barbarrara dice: Comed los cereales con tenedor. Haced las tareas escolares en la penumbra. Y confiad en vuestra radio antes que en vuestra madre».

Jack no tenía la menor idea de lo que decía aquel tipo. Se tragó un Preludin, porque anula la indecisión y te permite hacer lo que quieres.

Condujo hasta la *delicatessen* del Ritz y aparcó en la puerta. Abrió el maletero y arrojó en su interior la cartera con el arma y los fajos de dinero para no olvidarlo más tarde. El maletero estaba lleno a rebosar de barras con pesas, un traje de verano, un bote de pintura, un rollo de papel higiénico, juguetes y galletas para perros, una cartuchera, un zapato de golf con un billete de un dólar y alrededor de cien fotos en papel brillante de la Amazona Cachonda, fotos que había traído de Nueva Orleans. Podéis decir que esto es mi vida porque no está más ordenado que mi casa.

Entró en el Ritz y encargó doce bocadillos con doble ración de mostaza y mahonesa. Rosbif, carne en conserva, pavo en lonchas, lengua, encurtidos al eneldo, ensalada de col, salsa, ensalada de patatas, gaseosa de cereza, ginger ale, etcétera. Pidió al encargado que cuidara sobre todo los bocadillos porque estaban destinados a la comisaría.

Regresó al coche. Nuestra policía se merece lo mejor porque arriesga la vida cada vez que cruza el umbral. Ésta es una ciudad de asesinatos. Paf. Tenía que acordarse de regresar al club más tarde para recoger a su dachshund Sheba, vaciar la caja y coger su sombrero. No le gustaba andar sin sombrero porque todos veían su incipiente calva. Se sometía a tratamientos de cuero cabelludo que creía que le servían, aunque en realidad lo dudaba.

Condujo hasta las dependencias de la comisaría y el tribunal; notó un molesto picor en la rodilla izquierda y se arremangó la pernera mientras conducía. Tenía una herida profunda. Una pelea callejera concentra tu atención hasta el punto de que sólo una hora después te das cuenta de que estás sangrando. Siguió al volante con la pernera arremangada por encima de la rodilla. Ninguna persona en su sano juicio lo respaldaría financieramente porque regalaba copas a pobres diablos y recogía a personas y perros de la calle. Se apeó, bajó la pernera y entró en la zona vieja del edificio, por entre las altas columnas.

Cogió el ascensor hasta el segundo piso, sujetando la caja con la comida y las bebidas, pensando que si no hacía algo pronto, se quedaría para siempre sin negocio, si es que le permitían seguir teniéndolo, si es que no lo convertían en un don nadie. Salió del ascensor y bajó por el corredor hasta la oficina de menores. Notó que la sangre goteaba sobre su zapato. Al ver a los hombres de uniforme recién afeitados, deseó decir: «El sentimiento que más orgullo me produce en la vida es ser amigo de la policía de la ciudad más norteamericana del mundo».

Muchas veces el rabino le decía: «No seas tan emotivo».

EN DALLAS

A medianoche, Lee Oswald estaba en la Lavandería Rápida Sleight, esperando que su ropa se secara mientras leía a H. G. Wells. Sólo había otro cliente, un obeso de aspecto medroso que llevaba unas zapatillas sin abrochar para contener sus pies hinchados. Olía fatal. Lee estaba inclinado sobre el primer tomo de *Esquema de la Historia* y se mordía la cutícula del pulgar, con el libro abierto sobre las piernas.

Vivía intermitentemente separado de Marina y Baby June.

Se acercó el encargado del turno de noche, un negro desgarrado que dijo con tono monocorde:

—Es hora de cerrar, es hora de cerrar, a casa.

Llevaba las sábanas de algún cliente en un cesto de malla roja.

El obeso se levantó y se acercó a la secadora para recoger su ropa. Lee siguió con la lectura, inclinado sobre el libro al tiempo que se mordía un nudillo. El gordo salió cojeando.

Transcurrieron tres minutos. La secadora que contenía la ropa de Lee dejó de girar. Siguió inmerso en la lectura. Percibió que el encargado le miraba fijamente desde metro y medio de distancia. Pasó la página y decidió leer hasta el final del capítulo, para el que sólo faltaban unas líneas. Leyó poco a poco, haciendo un gran esfuerzo de concentración para captar el significado de la cruda verdad contenida en esas sílabas.

—Oye, chico, ya está bien, me tienes harto.

Los griegos y los persas. Alzó la mirada. El encargado tenía el labio inferior caído, la piel de color orín con un manchón de pecas en los pómulos y las manos colgantes. Lee pensó *Japón* antes de precisar un nombre o una serie de circunstancias. Lo supo en un santiamén: aquel negro era Bobby Dupard, su compañero de celda en la cárcel de Atsugi.

Dupard tardó un rato en recordar quién era Lee. Bobby miró con atención y estudió la cabellera de Lee, con una incipiente entrada en el lado izquierdo, donde se hacía la raya; estudió la mirada extraviada, la barba de tres días, la camisa con una costura reventada cerca del cuello; en realidad, estudió muchas cosas, cuatro años más de madurez, exilio y penurias. Ozzie el conejo. El recuerdo se coló de manera complicada en la expresión de Dupard.

—Ocurre que ya no miro de cerca a los blancos, así que tardo un rato en reconocer al individuo con quien hablo.

No hablaron de Japón, sino de West Dallas, donde Bobby vivía con su hermana y sus tres sobrinos pequeños en una urbanización de cientos de edificios que se prolongaban como cuarteles entre el río Trinity y Singleton Boulevard. Lo llamaban el Parque de las Viviendas. Cercado, aislado de la ciudad, con tuberías arrancadas sobre los jardines de barro. Bobby trabajaba seis días por semana en la lavandería, de las siete de la tarde a medianoche. Dos veces por semana asistía a un curso de dibujo

industrial en el Instituto Técnico Crozier, en el centro. En ocasiones cubría el turno del mediodía a las cuatro como mezclador en una panadería, sustituía a los enfermos y a los ausentes. Regresaba a casa con la ropa cubierta de polvo blanco. Su madre había muerto. Su padre vivía en otro sector de la urbanización, Bobby no sabía exactamente en cuál. Desde el autobús 52 veía a su viejo sentado delante de un servicio de autogrúa, bebiendo una lata de cerveza Big Kat. Bobby sabía que su padre no le reconocería aunque se acercara a saludarlo. Su padre le hablaría del mismo modo en que se dirigía a los demás: le explicaría sus conversaciones con el Señor.

Eso era West Dallas: humo de la fundición y vidas arrasadas.

Ahora Bobby tenía indicios de fino pelo en la barbilla. Sus ojos habían perdido cierto temor azogado. Observó a Lee de soslayo, fría y fijamente, al tiempo que asentía lentamente con la cabeza para evaluar los comentarios.

Lee explicó que vivía en la clandestinidad. Había dejado el último trabajo sin dar explicaciones. Había desaparecido de las últimas señas. Tenía un apartado de correos. Su hermano no sabía en qué barrio de Dallas vivía. Su madre suponía que seguía en Fort Worth. A raíz de varios malentendidos, su esposa vivía con algunos amigos. Ahora Lee trabajaba en una empresa de artes gráficas. No mencionó la naturaleza ocasionalmente reservada de su trabajo. No dijo nada sobre Marion Collings. Por intermedio de George de Mohrenschildt, Collings le presionaba para que le diera detalles acerca de sus contactos con el aparato de seguridad de la URSS. Evitaba a Collings. Evitaba a las autoridades de correos. Se ocultaba de los federales. Escribía direcciones falsas en todos los formularios que llenaba. Después de cumplir con su trabajo, hacía carteles y los enviaba al Partido Socialista de los Trabajadores. En el fondo del armario guardaba una cámara espía oculta en un saco de marinero.

No habló de Marina ni de lo mucho que la añoraba, la necesitaba, y de cómo le enfurecía saberlo. Intentar luchar contra esto, otra conciencia furtiva de la que no podía librarse.

Japón quedaba en el olvido. Bobby habló del sur, de los perros policías y de las bombas incendiarias, de la integración del viejo Mississippi. Era un acontecimiento cotidiano el metraje televisivo sobre la ira segregacionista, las multitudes de manifestantes negros que cedían ante la carga de la policía antidisturbios, derribados masivamente. Manifestantes golpeados en pleno rostro, heridos a pedradas. Alguien cae y los blancos se acercan para patearlo. Los polis sujetan las porras, con una mano en cada extremo, y las giran bruscamente. Mira sus ojos. Mira a los bomberos que bajan de un salto de los camiones. Abren las mangueras y es como si una cólera infernal hiciera danzar a la multitud.

La urbanización estaba plagada de barbacoas improvisadas: barriles de gasolina de doscientos cincuenta litros partidos horizontalmente por la mitad y colocados boca abajo sobre patas metálicas: humo que se eleva, mangueras que arrojan agua por la tele.

La ropa giraba en una docena de secadoras Loadstar.

—Me parece que todo el sistema opera para conseguir que el negro se humille — comentó Bobby—. Haz la estafa pequeña, bebe alcohol barato. Es lo que han planificado para nosotros. Ozzie, te diré en qué estoy. Cuando leo la página de sucesos del periódico, miro los nombres para averiguar si el autor es blanco o negro. Hay algunos nombres que sólo son negros. Los estudio de cerca. Digo: adelante, hermano. Digo: hazles esto a ellos. ¿Qué influencia tenemos, aparte del odio? No pretendo agotar al blanco con mi capacidad de sufrimiento. Intento aprender un oficio que me mantenga cuerdo.

Permanecieron en la lavandería hasta las dos de la madrugada. Dos noches más tarde volvieron a charlar mientras Bobby cargaba máquinas y doblaba ropa. Al día siguiente, Lee salió un rato antes, se reunió con Bobby en el centro, cuando éste salió de su clase de dibujo, y cogieron el autobús hasta el barrio de Oak Cliff, donde se encontraba la lavandería y donde vivía Lee, en una zona de pensiones y carrocerías oxidadas que reposaban entre la mala hierba. Compartieron una caja de donuts y siguieron hablando. Esa misma noche, Lee recorrió a pie las seis manzanas que separaban su vivienda en Elsbeth Street de la lavandería y conversaron hasta la hora de cerrar, charlaron de política, de racismo y de Cuba mientras las máquinas giraban y los rezagados arrojaban puñados de ropa en el agitado jabón.

Al día siguiente se les ocurrió una idea: metamos una bala en la cabeza de general Walker.

Marina, en pie, acunaba a la pequeña June. Lee había limpiado la vivienda para recibirla. Estaba contento de verla. Cogió a la niña y le habló en falso japonés al tiempo que sacudía la cabeza. Todos rieron.

Se dedicó a estudiar los horarios de autobuses. El autobús de Preston Hollow, el 36, tenía una parada a manzana y media de la residencia del general. Pasó a pie por delante de la casa, que estaba apartada de la calle y muy próxima a Turtle Creek, una exuberancia de olmos y álamos de Virginia, un remanso de paz. El mero hecho de caminar por la calle le hizo sentirse invulnerable. Memorizó la matrícula de un coche aparcado al principio de la calzada de acceso y lo apuntó en su cuaderno, donde anotaba horarios, distancias y otras observaciones.

Marina le preguntó si ahora estaba dispuesto a enseñarle inglés.

Envío 29,95 dólares a Seaport Traders para comprar un revólver del calibre 38 con cañón recortado. Estaba fabricado por Smith & Wesson y se lo conocía como el Commando de cinco centímetros. En la hoja de pedido se inscribió como A. J. Hidell y dio como dirección el apartado de correos 2915, Dallas, Texas.

Al día siguiente asistió a clase de mecanografía. Era su primer día y se sentó en la última fila, no le dirigió la palabra a nadie y estudió el teclado de la máquina. Parecía chino. Colocó el papel, apoyó los dedos en las teclas e intentó entender por qué las letras estaban donde estaban. Fue una imagen de su humillación. La matrícula le

había costado nueve dólares. George le había asegurado que si sabía escribir a máquina algún día obtendría un trabajo mejor.

Enero de 1963 tocaba a su fin.

Estaba en el cuarto oscuro en compañía de otro aprendiz, el lisiado Dale Fitzke. Dale llevaba un zapato ortopédico. Se movía como un péndulo y tenía el cutis terso y claro, increíblemente suave, lo que le hacía parecer un chico de doce años.

Estaban hombro con hombro ante las bandejas de revelado. La gente entraba y salía, pasando como podían por detrás de ellos. Había unas débiles luces que creaban la sensación de que se trataba de un cuarto radiactivo.

—¿Y tú qué tipo de persona eres? —preguntó Dale—. Para mi familia soy un bicho raro. Pero han dejado de esperar grandes cosas.

—¿Qué esperaban?

—En lo sexual, ahora contienen el aliento. ¿Qué es lo que más te gusta del cuarto oscuro? Tiene el mismo aspecto que le veía a mi habitación cuando tenía fiebre. Las fiebres de la infancia fueron los mejores tiempos. La temperatura me subía vertiginosamente. ¿Qué piensas de esta empresa?

—Me gusta. Comparado con otros, este trabajo resulta muy interesante.

—Tengo la sospecha de que estas tareas diversas y variadas no son lo único que ocurre aquí. Te daré un ejemplo. ¿Quieres que te dé un ejemplo?

—¿Cuál? —se interesó Lee.

—Me dijeron que no me acercara a las mesas de trabajo del sector de composición. No estoy autorizado. No quieren mirones.

—Puedes mirar, nadie te lo impedirá. Yo siempre miro.

—Lo mismo digo —aseguró Dale, con un temblor en la voz—. Te contaré lo que veo si tú me dices lo que ves.

—Tienen listas de nombres para el Servicio Cartográfico del Ejército.

—¿Nombres de qué?

—Nombres de lugares.

—He visto lo mismo. Componen los nombres en tiras de papel de siete centímetros y medio.

—Algunos nombres están escritos con caracteres cirílicos. Sé que es ruso. Es para los mapas de los objetivos soviéticos.

Ambos hablaban en voz muy baja.

—Si me prometes que no se lo dirás a nadie, te contaré lo que oí por casualidad —añadió Dale—. Los mapas se confeccionan a partir de fotos. Las fotos son el verdadero secreto. Han sido tomadas por los U-2. —La luz era de un extraño rojo neón—. ¿No es una maravilla estar enterado de algo así? Me encanta poder intercambiar con alguien una información tan fascinante. Y si tú me lo dices, yo te lo cuento. Los U-2. Cuando oí hablar por primera vez de este asunto, en los tiempos de

Eisenhower, pensé que decían disparates y más disparates.

Era sábado y cobraban horas extras. Siempre que podía, Lee curraba los sábados pues sabía que perdería el puesto en cuanto Marion Collings abriera la boca.

—¿Te gusta esta gente? —preguntó Dale—. Te vi leer una revista rusa. Todos lo comentaron. Aquí la gente es amistosa hasta cierto punto. Tampoco es que me preocupe lo que lee la gente. ¿Recuerdas lo que de pequeño sentías al sudar bajo las mantas? La fiebre es algo secreto. Es como caer por un pozo por el que nadie puede seguirte, pero no experimentas terror ni dolor porque ni siquiera sientes que eres tú mismo. Me encanta acurrucarme bañado en sudor.

—De pequeño me operaron del oído. Aún recuerdo los sueños que tuve después de que me pusieran la máscara.

—¡Yo sufrí *cuatro* operaciones! ¡*Me encantaba* que me anestesiaran! —Dale gesticulaba a media luz, mientras el líquido goteaba de sus manos a la bandeja—. Lee, ¿qué tipo de mentalidad tienes? Una vez le oí decir a mi madre: «Tom, nunca será genial». Hablaba con mi hermano Tom. Repetí esa frase durante la cena cien mil veces.

El misterioso U-2. Lo había seguido de Japón a Rusia y ahora estaba aquí, en Dallas. Recordó cómo se posaba, caía dulcemente, ligero como una pluma, a merced de los vientos, navegando gracias a ellos. Al menos eso parecía. También recordó la voz del piloto que llegaba fragmentada, con los gruñidos y el sonido borroso de un altavoz averiado. A veces, al borde de un sueño intermitente, aún oía aquella voz.

—Yo estaré atento y tú también —prosiguió Dale Fitzke—. Después nos reuniremos aquí y charlaremos otro ratito.

Asistía a clases de mecanografía en Crozier, el mismo instituto donde Dupard seguía un curso de dibujo industrial. Siempre que podían organizar los horarios, se reunían en un aula vacía. Hablaban de estrategia y de filosofía, a la espera de que llegara el revólver por correo.

—¿No te parece demasiada casualidad que Walker viniera a vivir a Dallas? —preguntó Bobby—. Ya está bien, hombre. Ha venido porque aquí están la furia y el odio. Ésta es la ciudad que Walker se inventó.

—¿Has leído el diario de hoy? Sale de la ciudad para efectuar una gira de conferencias. Visitará veintinueve ciudades y no regresará hasta abril.

—¿Se dedicará a una gira para exterminar a los negros?

—Se trata de la operación Midnight Ride. Los peligros del comunismo aquí y en el exterior. Se concentrará exclusivamente en Cuba. Le encanta meterse con Cuba. Si tenemos que esperar hasta abril, al menos que valga la pena. Le daremos el 17, segundo aniversario de Bahía de Cochinos.

—¿Quién disparará?

—Yo —respondió Oswald.

—Supongo que nada podrá detenerte.

—Seré yo quien lo haga.

—Si lo hacemos el 17, tendré que comprobar si ese día hay clases.

—¿De qué estás hablando?

—No quiero faltar.

—Bobby, necesito un cómplice. No basta con entrar y dispararle. La casa tiene un emplazamiento peculiar. Hay un callejón, y tal vez necesitemos un coche.

—Puedo conseguirlo. Siempre puedo pedir prestado un coche. Nadie puede confiar en la velocidad de sus piernas. Entonces le haremos caer al suelo. Ese hombre merece tragar un poco de sangre.

—En ruso existe una expresión para los asesinatos que suponen derramamiento de sangre: *mokrie dela*. Significa asuntos mojados. Es como el punzón para hielo que le clavaron a Trotski.

—Y nosotros se lo haremos a él —afirmó Bobby.

Se mudaron a la cercana Neely Street, a otro apartamento amueblado, dos habitaciones en una casa de madera con porche de cemento y balcón con los postes hundidos. Podían poner macetas e imaginar que estaban en Minsk. Había un pequeño cuarto adicional, del tamaño de un ropero, donde Lee llenaba su cuaderno y ponía al día la correspondencia y otros escritos.

Trasladaron sus pertenencias en el cochecito de Junie. Realizaron seis o siete viajes con la vajilla, cosas de bebé, cartas de Rusia. Lee hizo solo el último viaje y, para evitarse otro, empujó el cochecito hacia el oeste por Neely vestido con casi toda la ropa que tenía.

Al cuartito se accedía desde la sala y desde la escalera que había junto al piso. Ambas puertas se cerraban desde dentro. Semejaba un compartimiento estanco, que formaba parte del edificio al tiempo que estaba separado del mismo. Lee lo llamaba su estudio. Logró meter una mesa, una silla y una lámpara, y allí se puso a trabajar en sus notas para la muerte del general.

Se dedicó a tomar fotos de la casa de Walker. Tenía una cámara de cajón que guardaba en una bolsa de papel durante los viajes en autobús. Fotografió el enrejado de la parte trasera, el callejón que se prolongaba desde el aparcamiento de la iglesia mormónica hasta Avondale Street. Sacó algunas tomas de las vías del tren donde, si era necesario, podía ocultar el arma.

Existe un mundo dentro del mundo.

Tomó notas pormenorizadas sobre la situación de las ventanas traseras de la casa. Estudió mapas de Dallas. Dio los últimos toques a los documentos falsos que confeccionó en el trabajo, fuera de horas. Cuando llegara el arma para Hidell al correo, tendría lista su identificación para retirar el paquete. Rellenó los documentos con la máquina del instituto.

Le agradaba que Dupard le respaldara. Era un oprimido. Dupard era la fuerza de la historia, la demostración de un sólido frente contra la embestida de la extrema derecha.

El 12 de marzo volvió a usar a Hidell y envió 21,45 dólares a Klein's Sporting Goods de Chicago para comprar un rifle militar italiano de 6,5 milímetros, el Mannlicher-Carcano, provisto de mira de cuatro potencias.

La lluvia caía sobre las calles solitarias.

Estaba encerrado en la minúscula habitación, donde creaba un diseño y una red de conexiones, experimentaba una profunda sensación de destino. Era una segunda existencia, el mundo privado que se desplegaba en tres dimensiones.

Buscó una armería y compró un cargador apto para el Mannlicher, capaz de disparar seis o siete cartuchos sin verse obligado a volver a cargar.

Calles resbaladizas por la lluvia. Se dirigió a pie a la lavandería y, rebosante de entusiasmo, habló con Dupard sobre la conveniencia de realizar un disparo de largo alcance dada la disposición de la casa y los jardines. Luego volvió a encerrarse en su estudio y nadie se enteró de que había salido.

En medio de la sala, descalzo y en pijama, probó el cerrojo. Sacudió el mango, echó el cerrojo hacia atrás, luego hacia delante y bajó bruscamente el mango. Lo levantó, echó el cerrojo hacia atrás, luego hacia delante y bajó de golpe el mango. Se miró en el espejo colgado encima del sofá. Accionó el mango del cerrojo, lo echó hacia atrás, hacia delante y bajó bruscamente el mango.

Marina había salido a hacer la compra. Junie estaba en la trona, cerca de la ventana y hacía rodar una canica sobre la bandeja.

Detrás de la casa había un patio, un pequeño recinto de tierra con un par de forsitias. El tendedero corría paralelo a la cerca posterior, y Marina colgaba pañales. Los inquilinos de la planta baja habían salido.

Transcurrieron diez minutos. Lee bajó por la escalera exterior de madera. Llevaba el rifle en una mano y un par de revistas en la otra. Vestía jersey negro de manga corta y pantalones oscuros. El revólver colgaba en su cadera.

Marina vio cómo apoyaba el rifle en la escalera y subía de nuevo. Regresó pocos segundos después con la cámara de cajón, una Imperial Reflex que había comprado en Japón por una bicoca.

—¿Para qué quieres hacer esto? —preguntó Marina—. Espero que los vecinos no nos vean.

—Para que Junie me recuerde.

—¿Para qué quiere ver una foto de su padre lleno de armas? No sé sacar fotos.

—Aguanta la cámara a la altura de la cintura.

—En mi vida he tomado una foto.

—No importa. Quiero que conserves una copia para mi niña.

—Vestido de negro de la cabeza a los pies. Lee, estás loco. ¿A quién persigues con esa arma? ¿A las fuerzas del mal? Me hace gracia. Es una estupidez y no impresiona a nadie. Puro espectáculo.

Lee posó en un rincón del patio, con el rifle en la mano derecha, el cañón hacia arriba y la culata apoyada en la cintura, a pocos centímetros del 38 enfundado. Las revistas *Militant* y *Worker* estaban en su mano izquierda, desplegadas como naipes. Marina accionó el obturador.

Lee posó una vez más, ahora con el rifle en la mano izquierda y las revistas bajo la barbilla, visible la palabra *Militant*, mientras su sombra se extendía hasta la puerta de madera y su delgada sonrisa era arrastrada por la luz y el tiempo hacia el marco de la memoria oficial.

A las ocho y media en punto, Lee se encontraba en un ángulo de la gasolinera Gulf de North Beckley, y el olor a gasolina flotaba en la noche. Hacía treinta y cuatro grados, temperatura récord para esa fecha. Llevaba un impermeable militar colgado del hombro izquierdo, y con la mano derecha sostenía una Coca-Cola medio vacía que había sacado de la máquina expendedora cercana, lo que justificaba su presencia en aquel lugar.

No le quitó ojo de encima a un Ford marrón que entró despacio en la gasolinera y se detuvo cerca de los surtidores. Parecía un modelo del 50. Vio que Dupard se apeaba y permanecía junto a la portezuela abierta, mirando a un lado y a otro. Bobby vestía un mono azul claro y una pequeña gorra redonda, en la pechera llevaba bordadas las palabras American Bakery, y una gruesa capa de harina cubría su cara y su ropa, blanqueándole las cejas y los dorsos de las manos.

Lee se acercó al coche, con el brazo izquierdo rígido bajo el impermeable y el rifle paralelo a su cuerpo, con la culata encajada en la axila. No hablaron hasta que el coche comenzó a rodar rumbo al norte y el rifle reposó en el suelo, bajo el asiento.

—Bobby, ¿cómo es posible?

—¿De qué hablas?

—Vas vestido con ropa de trabajo.

—Se presentó la oportunidad de hacer horas extras, y me vi obligado a aceptar porque esta noche no trabajo en la lavandería.

—¿Soy yo quien te impide ir a la lavandería? ¿Es ése el problema?

—Sólo he dicho que surgió la ocasión y que he trabajado cuatro horas extras.

—Podrían identificarte. Supongo que esta noche no quieres llamar la atención.

—Nadie ve una mierda. Actuaremos deprisa y a oscuras. ¿Dónde está el revólver? Lee se quitó el 38 del cinturón y lo depositó en el asiento, entre ambos.

—¿Conseguiste las balas? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Dupard—. Compré quince balas en la calle a un estudiante. Son de dos fábricas distintas, pero especiales del calibre treinta y ocho, así que preveo que no habrá problemas.

—Y yo preveo que no las usaremos. Sólo conviene tenerlas por si las moscas...

En el primer semáforo en rojo, Bobby abrió el tambor y sacó seis balas del bolsillo de su mono de trabajo. Las puso en la recámara.

—Te diré que existe una buena señal —dijo Lee—. Encargué el revólver en enero y el rifle en marzo, pero las armas llegaron el mismo día. Mi esposa diría que es el destino.

—¿Qué le dijiste que harías esta noche?

—Cree que estoy en la clase de mecanografía. Hace dos semanas que las dejé. Me despidieron del trabajo, el sábado fue el último día.

—Hombre, temo que me echen a mí también.

—Dijeron que mi trabajo no era correcto. Tenía que ocurrir. Del mismo modo que tiene que ocurrir lo de esta noche. En La Habana se enterarán. Antes de medianoche la noticia llegará a oídos de Fidel.

Cruzaron el río Trinity por el viaducto de Commerce Street.

—Por lo que he visto, el rifle parece un excedente de guerra. ¿Estás seguro de que funciona?

—Lo envolví en el impermeable y lo llevé cuando cogí el autobús de Love Field. Bajé hasta el lecho del río al oeste de la autopista libre de peaje, hasta un sitio donde la gente pone a prueba sus armas. Parece una guerra a plena luz del día.

—La funda y la correa parecen de un saxo tenor.

—Encajan a la perfección. Todo funciona. Todo encaja. Planifiqué este asunto con sumo detalle. Tuve que visitar seis armerías hasta encontrar munición para una carabina como ésta.

—Se me ha metido en la cabeza que el general debe morir.

—Yo hago el primer disparo —recordó Lee, en voz baja.

—No puedo seguir sintiéndome mal constantemente.

—Un disparo limpio a cada ventana.

—Me gustaría verlo en el suelo.

—Hay menos de cuarenta metros —señaló Lee.

—Por Mississippi, por John Birch, por el KKK, por todas las putas habidas y por haber.

Bobby tenía la mirada extraviada. Durante un rato guardaron silencio. El calor penetraba por las ventanillas. Subieron por Stemmons hacia Oak Lawn Avenue.

—En Avondale giramos por un callejón que cubre setenta y cinco metros hasta el aparcamiento de la iglesia —explicó Lee—. Vamos despacio. Me apeo hacia el final del callejón. Tú sigues y en la calzada de acceso a la iglesia giras a la derecha. Estarán celebrando un oficio. Harás de mormón rezagado. Te detienes y esperas. Apaga los faros. Apunto con el rifle a través del enrejado de la parte trasera de la casa

de Walker. Tendré una línea de tiro clara. Tú esperas. Ahora veo su imagen. Le gusta que la casa esté bien iluminada. Por la noche pasa horas en su estudio.

Se había suscrito a *Time* por treinta y nueve semanas. Imaginó la fotografía del patio trasero en *Time*. El seguidor de Castro con sus armas y su prensa subversiva. Imaginó la portada de *Time*, una imagen que se veía a lo largo y a lo ancho del mundo socialista. El hombre que disparó contra el general fascista. El amigo de la revolución.

—En La Habana apreciarán lo que hicimos el 17 de abril —añadió Lee—. Se cumplen justo dos años. Más que cualquier otra cosa, fue la invasión lo que produjo gente como el general Walker.

Giraron por Avondale. Lee se percató de que Bobby lo miraba fijamente, con las cejas blancas de harina.

—¿Diecisiete? ¿De qué diecisiete hablas? —preguntó Dupard.

—Hoy es miércoles, ¿no?

—Hoy es *diez* de abril.

Ted Walker estaba en el escritorio de su despacho. Era un solterón de cincuenta y tres años, de aspecto normal, alto, de cejas salientes, carne algo fofa en la barbilla y el cuello, cuerpo ligeramente encorvado, el clásico vecino que es severo con los niños. En aquel momento se ocupaba de sus impuestos.

Era el chiste más gracioso de Estados Unidos: el general Walker se ocupa de sus impuestos.

Acostumbraba hablar de sí mismo en tercera persona. Hablaba con los periodistas sobre el caso Walker, sobre los intentos por cerrarle la boca a Walker. Este sentido de un yo público resulta natural si se piensa en la atención concentrada y vibrante que le había concedido la prensa local en el último mes de octubre, donde corrió a la par de la crisis de los misiles cubanos. Fue el presidente Jack quien dijo en *Morning News*: «Estoy seguro de que el pueblo de Dallas se alegra cuando cae la tarde».

Las señoras de edad adoran a Ted. Son las últimas y auténticas creyentes. Él les recita el poema de sus vidas vacías.

Un cigarrillo se consumía en el cenicero. Walker estaba sentado de espaldas a la ventana y tachaba cifras en un bloc, impuestos, se ocupaba de sus impuestos, como cualquier infeliz del Aparato de Control Real. En la bandeja de su derecha se apilaban cartas de los verdaderos creyentes. Las mujeres de la Cruzada Cristiana, los hombres de la John Birch, los semijubilados, los airados, los traicionados, los que continuaban con las manos vacías. Tenían un íntimo conocimiento del Aparato de Control. No se trataba de la política de tierras lejanas. No se trataba de los acuerdos de los especialistas en traición y los blandos, las débiles hermanitas, los hacedores de la política en la que todos pierden. El Aparato no sólo paralizaba a nuestras fuerzas armadas, sino a nuestra vida personal, y frustraba toda ambición norteamericana

normal, infiltraba nuestras mentes y nuestros cuerpos en la fluoración, con la fiebre progresiva de los sindicatos, la prensa izquierdista y el impuesto sobre la renta, enfermedades modernas que minan la voluntad nacional de rechazar el avance enemigo.

Los chinos comunistas se concentran al otro lado de la frontera de California. Existen informes contrastados.

Damas y caballeros, éste es el hombre que trepó a la base del monumento a los confederados en Oxford, Mississippi, para arengar a millares de ciudadanos contra la integración en las universidades. El hombre que por así decirlo, encabezó una insurrección cubierto con su orgulloso Stetson gris. Oh, ¡la que armó! Cuatrocientos agentes federales, quinientos policías estatales y municipales, helicópteros, Jeeps, coches de bomberos, tres mil miembros de la Guardia Nacional, gas lacrimógeno por las calles, coches en llamas, piedras que volaban a diestro y siniestro, perdigones y disparos de francotiradores, dos muertos, incontables heridos, doscientos detenidos, camiones militares llenos de soldados, mil seiscientos soldados de combate reunidos contra unos pocos millares de estudiantes, jóvenes del mundo rural y patriotas del Sur. Aquí está el motivo, el origen y la causa de semejante revuelo: un negro tristón que se cubre la cara con un pañuelo para impedir que el gas lacrimógeno le haga llorar.

Traed vuestra bandera, vuestra tienda de campaña y vuestra sartén.

Ésa es la esencia de lo que Ted dijo realmente. Como una saga de los niños exploradores, un par de días al saludable aire libre.

A su izquierda había otra bandeja, ocupada por artículos de prensa recortados por un colaborador. Ahí tienes a Ted presentándose a las elecciones para gobernador en las filas demócratas, primaria en la que el Aparato de Control se ocupará de que termine sexto de los seis candidatos, lo que según cualquier cálculo significa ser el último. Ahí está con su querida madre Charlotte, a las puertas de una sala de audiencias de Oxford, mientras crepitan las hojas de los eucaliptos y los arces. Fue cuando intentaron encontrar una justificación para encerrarlo en un pabellón de chalados en compañía de un montón de idiotas catatónicos. El Aparato en su fase más negra, recién salido del manual comunista, intentando encerrar en una habitación acolchada a un veterano condecorado. Es a esto a lo que se opone el general, damas y caballeros, patriotas, leales miembros de la Birch, integrantes del Consejo de Ciudadanos Blancos, Niños Exploradores, Cristianos y la madre que los parió.

En la sala de reuniones del Viejo Senado le pidieron que nombrara a los miembros del Aparato de Control Real. Es como nombrar las partículas del aire, moléculas o células. El Aparato es, precisamente, aquello que no podemos ver ni nombrar. Caballeros, no podemos medirlo ni fotografiarlo. Es el misterio que no podemos atrapar, la trama que somos incapaces de desentrañar. Lo cual no quiere decir que los conspiradores no existan. Resultan elegidos como funcionarios de nuestro gobierno, miembros del gabinete, filántropos, hombres que se reconocen

entre sí mediante señales secretas, que trabajan en las sombras con el propósito de controlar nuestras vidas.

No dijo todas estas cosas. Murmuró y se quejó en la estancia llena a rebosar, y por último asestó un puñetazo en plena cara a un periodista.

A veces me confundo. Hacemos frente a tragedias del habla, tragedias del cuerpo humano. Existen fuerzas que estamos imposibilitados de comprender.

Apagó un cigarrillo y encendió otro. Últimamente se cansaba en seguida. Era el efecto retroactivo de la Operación Midnight Ride, la sucesión de paradas de una noche en Louisville, Nashville, Amarillo, su peregrinación para despertar a la Norteamérica profunda, para que le escucharan, Saint Louis, Indianápolis, etcétera, y aún estaba en vías de recuperación. Los beatniks organizaban piquetes; era el más condenado grupo de imitadores de Castro que había visto en su vida.

Ha llegado la hora de bajar y liquidar el azote que se ha posado en la isla de Cuba.

El asunto le cansaba y alteraba; lisa y llanamente, le afectaba. Esas mortíferas habitaciones de hotel en las que se sentía más solo que nunca y despojado de comodidades. A veces me siento confundido y perdido, dispuesto a entregarme a mi solitaria desesperación, harto de arrastrar y eludir lo que sé y siento. Pienso en esos chicos desgredados de tejanos holgados, portadores de pancartas, que vomitan improperios a la noche. Son blandos bajo esa errante cabellera cubana. Hoteles. Allí es donde se produce el cambio, donde se convierte en un desconocido que deambula mentalmente hasta el corazón del otro bando, limitándose a seguir sus sentimientos de toda la vida.

Algunos creen que un negro es un blanco quemado por el sol.

Lo pasó mejor cuando se presentó a las primarias por Texas. Las multitudes se divertían. Cantaban y tarareaban, eran gente con esperanzas, no las almas vencidas de Midnight Ride. Tachó números y sumó los dólares de los impuestos, pero sólo pensaba en las banderas que ondeaban en los salones de todo el condenado Estado, la enseña colgante, las diáfanos voces norteamericanas que entonan una canción.

*Ponte la gorra Pro Azules
con la Estrella Solitaria
y pondremos a Ted Walker en camino.*

¿Qué fue eso, un petardo? Con un único movimiento se volvió hacia la ventana y se puso en pie, pero lo hizo despacio, mientras pensaba. ¿Los chicos del barrio lanzaban petardos? ¿Volvimos a poner la tela metálica? Vio que la tela metálica estaba en su lugar y la ventana cerrada. Todas las ventanas estaban cerradas porque habían encendido el acondicionador de aire. Se apartó de la zona iluminada y algo llamó su atención. En la pared había un agujero del tamaño de una moneda de medio dólar. Intentaba aclararse. Volvió a mirar hacia la ventana y vio que en el cristal había líneas radiales próximas al travesaño del marco de madera. Se apartó un poco más de

la zona iluminada. El cigarrillo se consumía en el cenicero. Subió a buscar el revólver. Bajó deprisa. Salió por la puerta trasera y se detuvo en la oscuridad, arma en mano, con la mirada atenta, realmente inmóvil, percibiendo el calor como un muro de aire. Entró de nuevo en la casa y llamó a la policía. Fue entonces cuando notó que tenía astillas de cristal y de madera en el vello de su brazo derecho, debajo de la manga arremangada, mezcladas con fragmentos granulados, brillantes como arena, supuso que residuos del casquillo de cobre de un proyectil de gran velocidad.

No se sorprendió. Todos los elementos del Aparato de Control conspiran desde hace tiempo, planifican y tramam con todo cuidado para hacer callar a Walker. Es lo que se consigue al disparar sobre la gente.

Cogió unas pinzas, se sentó en el butacón y se quitó los residuos de metal del brazo mientras aguardaba la llegada de la policía.

Marina estaba preocupada por Lee. Por la mañana él le comunicó que se había quedado sin trabajo. Le echó la culpa al FBI. Dijo que probablemente se habían presentado en el taller y preguntaron acerca de él. Y ahora tardaba en regresar a casa. ¿Regresaba a casa después de hacer qué? Había dicho que tenía una clase de mecanografía, pero las clases acababan a las siete y cuarto, hacía ya tres horas, y además era miércoles, y los miércoles no había clases.

Lee quería que ella regresara a la URSS. En Estados Unidos no podía mantener a su esposa e hija. Le pidió que escribiera a la embajada soviética en Washington. ¿Pagarían el billete de regreso de una ciudadana rusa y de su hija pequeña?

Marina volvía a estar embarazada, uno de los modos en que interviene el destino.

Al menos, tenían un balcón en el que June podía gatear al aire libre. Cuando se separaron, después de Fort Worth, Marina se alojó con seis familias distintas, pasaba algunas noches con ésta y luego iba a casa de aquella. Tanta mudanza le había afectado los nervios. Lee pasó una noche con ella en uno de los hogares rusos. La nevera estaba llena y tenían abrelatas eléctrico. Y dos teléfonos. Hicieron el amor con la tele encendida.

Lee le dijo a la casera de Elsbeth Street que Marina era checoslovaca.

En una ocasión, Lee le pegó delante de testigos porque la cremallera de su falda estaba entreabierta. Le pegó delante de testigos.

Holanda era un lugar inenarrablemente limpio. Era el país de sus sueños, con casas cuidadas y críos de punta en blanco.

En Oak Cliff había tiendas de saldos. Las visitaba para escapar del calor y deambulaba por los pasillos. Visitó zapaterías y otras tiendas que llamaban del ejército y de la marina. Mientras caminaba por los estrechos pasillos, mentalmente compró esto y descartó aquello.

Aunque ella no quería, tal vez todos regresaran a Rusia. Tal vez se trasladaran a Nueva Orleans. Él no hacía más que hablar de Nueva Orleans, su ciudad natal, una

ciudad portuaria como Arcángel, donde Marina se crio.

Lee se ocupaba de casi todas las tareas domésticas, y los domingos le llevaba el desayuno a la cama. Marina era imparable cuando se trataba de dormir hasta tarde. La gente le regalaba cosas y él la insultaba.

Lee cogió el autobús hasta Field of Love, donde hizo prácticas de tiro con su rifle. Discutieron por este asunto. Él le pegó, Marina le arrojó algo y Lee volvió a pegarle, le dio un puñetazo que le provocó una hemorragia nasal.

Los martes hacemos la compra.

El hecho de que él perdiera su trabajo era una desgracia más. Sin embargo, las pautas de la vida no pueden verse por días o semanas fugaces. Quizá su destino consistía en vivir en una ciudad portuaria, sentir la brisa marina y entrever las tiernas promesas del futuro.

Lee nunca se había retrasado tanto. Algo hizo que Marina echara un vistazo a su estudio. Encontró una nota escrita en ruso en la mesilla que usaba como escritorio. Constaba de once puntos numerados, y algunas palabras estaban subrayadas.

Perturbada, Marina leyó deprisa.

Lee le decía que no se preocupara por el alquiler. El día 2 había pagado la renta. Había pagado el agua y el gas. Le pedía que enviara recortes de periódicos (si es que en la prensa aparecía algo acerca de él) a la embajada soviética. Aseguraba que la embajada acudiría en su ayuda en cuanto se enteraran de todo. Decía que la Cruz Roja la ayudaría. Añadía que en el trabajo le debían dinero. Vete al banco y cobra el cheque. Le pedía que conservara sus papeles personales y añadía que podía tirar o regalar su ropa.

El punto número once rezaba: «Si sigo vivo y me cogen prisionero, la cárcel está al final del puente que siempre cruzamos para ir al centro».

Marina permaneció unos segundos en el cuartucho. Luego se dirigió tranquilamente a la cocina, dobló la nota y la ocultó en un libro ruso titulado *Libro de consejos útiles*.

Lee regresó a la gasolinera Gulf y bebió otra Coca-Cola, con la camisa adherida a la piel. Se acercó a la oficina, donde sonaba una radio. Calculó que pronto darían la noticia. Cada vez que acababa una canción y alguien hablaba por la radio, daba unos pasos más hacia la puerta de la oficina, atento a palabras apremiantes como *abatido*, *muerto*, *agonizante*, ese entusiasmo que trepa por el pecho cuando hay noticias que hablan de una violencia extrema. Las armas estaban en el coche, junto al impermeable verde, a unos cien kilómetros de distancia, en algún punto del gueto de West Dallas. Las recuperaría en uno o dos días, o cuando no hubiera peligro.

Dio un buen sorbo y dejó colgar la botella entre el índice y el dedo corazón. Todo se desarrollaba muy despacio. Dentro de la oficina charlaban dos hombres con monos de engrasadores. Era una habitación muy iluminada, con montones de latas de aceite

para motor y un calendario de pared muy cachondo. Lee se acercó un poco más. Intentó dar la impresión de que era un gandul que vagabundeaba por la ciudad.

Se hacía tarde. Ya no entraban coches en la gasolinera. Por la radio sólo daban rock and roll. Acabó la Coca-Cola, dejó la botella en la caja de envases vacíos y se encaminó hacia su casa, en medio de un calor que le partía la cabeza de dolor.

George de Mohrenschildt escuchaba la radio del coche y cambiaba a menudo de emisora. Intentaba oír las últimas noticias sobre el atentado contra Walker. El asunto le fascinaba. Evidentemente, había fallado por los pelos. El proyectil cambió de curso al chocar contra el marco de la ventana. La policía no dio más datos. Era frustrante. Estaba ansioso de noticias. No quería que el episodio se perdiera en el olvido.

Condujo el convertible Galaxie hasta Oak Cliff. En el asiento, a su lado, había un enorme conejo rosa para Baby June.

Hacía tiempo que no veía a Lee. Resultaba obvio que el muchacho se sentía usado, maltratado y abandonado. Todos los pesares del diccionario del mendigo. Pero la culpa era suya. Le bastaría con hablar con Collings de hombre a hombre. Hasta cierto punto, George admiraba su resistencia. Contenía cierta pureza, pero igualmente le parecía aburrida.

Se estaba urdiendo un nuevo abandono. George se iba a Haití, y sabía que Lee sentiría que la única persona que se interesaba por él se lavaba las manos. A George le interesaba explorar ese país llamado Haití. Conocía al principal banquero, lo que implicaba muchas posibilidades. Prospecciones petrolíferas, centros de recreo, sociedades. Además, muy, muy secretamente se estaba organizando un envío de armas. De los cajones de los escritorios surgían empresas que servirían de fachada. Había cuentas bancarias numeradas, fletes de barcos imposibles de rastrear. Un compañero del Pentágono quería que George le proporcionara cobertura para una operación anticastrista con base en Haití.

Por fin dio con Neely Street. Pensó en las personas que consumían sus vidas en sitios así. Lee se sentaba en ese agujero y leía complicados textos de economía, teorías de izquierda que eran un galimatías. Resultaba lamentable, interesante, aburrido, estúpido; y también exasperante. George no había previsto que se enfurecería al ver dónde vivían Lee y Marina. Había algo grave e inquietante en ese tipo de miseria. Todo era raquítrico, provisional, derrotado. Todo estaba desviado. Resultaba repelente, no mucho mejor que un tugurio de Puerto Príncipe. George se dio cuenta de que nunca más se divertiría con Lee, con el joven de extraño pasado y modales poco corrientes.

Marina y Lee abrieron la puerta.

—Vaya, amigo mío —exclamó George, con su voz más sonora—. ¿Cómo fallaste a ese hijo de puta?

Estaba convencido de que reirían, pero Marina y Lee retrocedieron hasta la sala.

La atmósfera se tornó asfixiante. Evidentemente, en aquella casa el chiste no tenía gracia.

Entregó el conejo de Pascua y les comunicó que se iba a Haití por negocios a largo plazo y que le gustaría que se mantuvieran en contacto.

Vio cómo se transformaba la expresión de Lee. Se sintió mal. Dejaba al joven solo, sin alguien que lo acompañara en sus ideales y dificultades.

Marina fue a la cocina a preparar té y, dirigiéndose a ella, George expresó su visión de Haití: hoteles, casinos, centrales hidroeléctricas, empresas de procesamiento de alimentos. Lee tomó asiento en el sofá. Esbozó su peculiar sonrisa, esa mueca que hacía pensar a George en el cómico de una película muda cuando la pantalla ennegrece alrededor de su cabeza.

—¡Por fin alguien sonrío! Me parece una reacción muy tardía. Entro con un chiste y nadie dice esta boca es mía. Creí que me encontraba en el valle de las almas perdidas. Pero ahora veo que asoma una sonrisa. Por favor, dime cuál es la gracia.

—Le envié una foto —explicó Lee.

—¿Qué foto?

—El tipo de foto que una persona mira y por la que quizá llega a comprender algo que hasta ese momento no había entendido.

—Me parece muy misterioso —comentó George.

—Tal vez ve la verdad con respecto a alguien.

De vuelta a casa, George pensó en el apretado programa de citas que tenía en Nueva York y Washington a fin de allanar el terreno para diversos aspectos de la empresa haitiana. Tenía compromisos con la Oficina de Minas, Lehman Trading, Chase Manhattan, Manufacturers Hanover Trust, el Pentágono, la ICA, la CIA. De hecho, el último encuentro era estrictamente social, una cita para almorzar con un viejo amigo de la Agencia, Larry personaje de Bahía de Cochinos que, por otra parte, era un tipo decente y divertido, un conocedor de los buenos vinos.

Sentado ante el escritorio, abrió y leyó la correspondencia de los tres últimos días. Encontró el sobre que le había enviado Lee Oswald. Sólo contenía una instantánea. Lee aparecía vestido de negro, con un rifle en una mano y varias revistas en la otra. George no supo si mostrarse interesado o hastiado. Miró la parte posterior de la foto. Decía: *A mi amigo George, de Lee Oswald.*

George comprobó el matasellos: 9 de abril. El día anterior al del atentado contra el general Walker.

Estudió la segunda inscripción. Estaba en ruso, era la letra de Marina y resultaba evidente que la había escrito sin que Lee se enterara, la había colado antes de que él pegara el sobre y lo echara en el buzón, un mensaje personal de la esposa del presumido al amigo mayor y mundano.

Cazador de fascistas... ¡¡jja ja ja!!!

6 DE SEPTIEMBRE

Wayne Elko estaba sentado ante la ventana de una choza de escopetas en los brazos pantanosos del río, al oeste de Nueva Orleans. En las ventanas no había cristales, sino polvorientas tiras de plástico, y contempló a los tres hombres desdibujados que realizaban prácticas de tiro en un bosquecillo de cipreses y sauces.

En aquella zona había más chozas, salpicadas aquí y allá, utilizadas por los domingueros que iban a buscar ranas y cangrejos de río.

Bruma temprana. Los disparos sonaban débiles y lejanos, suaves sonidos de pistolas de aire comprimido en la densa atmósfera.

David Ferrie, presencia magnética y gracioso jefe de los juegos, disparaba a las latas con un 22.

Raymo, el cubano barrigón, disponía de un Winchester remodelado que gustaba de desmontar y volver a montar, pasar luego un trapo por el ánima y lijar la culata.

El tercero, Leon, accionaba el cerrojo de una carabina antigua; apuntaba, disparaba y accionaba el cerrojo.

Ferrie explicó que se trataba de un campamento nuevo y rápidamente organizado, lo que daba cuenta de la falta de comodidades terrenales. El sitio de costumbre era Lacombe, más cerca de Nueva Orleans, donde diversas facciones anticastristas habían aprendido tácticas guerrilleras hasta que los agentes federales efectuaron una redada y cogieron un descomunal alijo de dinamita y revestimientos para bombas. Este proyecto sería reducido y limitado. No habléis con nadie. Respetad el entorno. Aguardad el momento oportuno.

Wayne pensó que esas reglas rayaban en el misticismo.

Sabía que no estaban allí sólo para hacer prácticas de tiro. T-Jota los quería secuestrados, sobre todo a Raymo y a Wayne. El asunto se resolvía por sí mismo y quería encerrados a sus francotiradores, en un sitio donde pudiera encontrarlos.

Wayne se detuvo delante de la choza, con sus Levis, con el pecho lechoso y surcado de venas al descubierto. Se estaba dejando crecer el pelo a la altura de la nuca, una cola de rata que trenzaba primorosamente. Caminó descalzo por la tierra húmeda. Se avecinaba una tormenta, todo estaba tranquilo y había una luz metálica, la tensión aumentaba. Los gorjeos de los pájaros sonaban preocupados y espectrales.

Frank Vásquez había regresado a los Everglades para espiar a Alpha 66. Los demás charlaban junto a un tronco caído. Wayne llevaba un cuchillo de monte en una funda de cuero colgada del cinturón, nada más que por pura ostentación. Ferrie sonrió al verlo descalzo.

—Aquí sí que tenemos un valiente.

—Jamás entenderé lo de la gente y las serpientes —replicó Wayne—. ¿Qué daño hacen? Jamás me han tocado. He tenido encontronazos con serpientes, pero nunca me han tocado.

—No se trata de que te toquen, sino de pisarlas —intervino Raymo—. Ocurre si

no miras dónde pisas.

—Cabeza morena —dijo Leon.

—Yo tengo un miedo ancestral —reconoció Ferrie—. Todos mis miedos son ancestrales. Está relacionado con el sistema de las conexiones cerebrales. En la azotea tengo almacenados un millón de años de terror.

Ferrie llevaba un salacot aplastado y sus expresivas cejas se curvaban sobre los ojos como la pintura de un payaso. Entregó el rifle a Wayne. Lo observaron mientras caminaba hasta el muelle inclinado y trepaba al esquife. Había dejado el coche en un camino de tierra, más o menos a un kilómetro aguas abajo, y el esquife era el único modo de entrar y salir de la zona.

Se turnaron para disparar sobre un blanco de silueta que otrora había pertenecido al FBI. Luego entraron en la alargada choza para comer.

Espaciadas y gordas, las primeras gotas de lluvia golpearon las chapas. Se sentaron alrededor de la mesa y charlaron del trabajo, faenas sueltas, tareas de temporada. Wayne les habló de su época como limpiador de piscinas en California. Leon se refirió a una fábrica de radios, tornos y máquinas chirriantes, el suelo empapado de aceite, las manos de los trabajadores teñidas de negro. Raymo mencionó las manos de los cortadores de caña cubiertas de cortes, pegajosas y ennegrecidas por el jugo.

Fue la primera vez que Wayne oyó a Leon pronunciar más de dos palabras seguidas. Aunque no sabía dónde encajaba Leon, evidentemente era un tipo de componente especial con su propio giro o chifladura. Se movía de aquí para allá con la carabina italiana. Los otros parecían crear un vacío a su alrededor, como si se tratara de un santo o de un apestado.

Hablaron de las cárceles en las que habían estado.

—En otros tiempos, creía que lo mejor de Castro fue la época que pasó en Chirón —comentó Raymo—. Estuvo entre rejas en Cuba y en México. Solía decir que esa experiencia era su honor y su fuerza. Si lo encerraron por sus convicciones, salió de la cárcel con prestigio. La historia es totalmente distinta en lo que se refiere a las prisiones de Castro. Salimos cabreados y asqueados de La Cabaña. Fuimos los gusanos de la CIA.

—A mí me metieron en una prisión militar —apuntó Leon.

—¿Por qué?

—Por política, igual que a Fidel. Hace un mes pasé la noche en una cárcel de Nueva Orleans. También por política.

—Estuve tres días en un calabozo —intervino Wayne—. Interceptaron nuestra lancha diez minutos después de dejar los cayos. Habíamos violado la ley de neutralidad. Nos sacó T-Jota. Se las ingenió para solucionarlo. Retiraron las acusaciones como por arte de magia.

—Castro pasó catorce meses en una celda de aislamiento —añadió Raymo—. Los aprovechó para leer a Marx. Leyó a todos los rusos. Nos contó que leía doce horas

diarias. Leía a oscuras. Siempre estudiaba, siempre lo analizaba todo. Años después vi cómo ejecutaban a los hombres que habían combatido a su lado en las montañas.

—La historia es clara: todo hombre que tiene convicciones acaba en la cárcel —concluyó Leon—. Es una fase necesaria en la evolución de todo movimiento que se opone al sistema. Y por último funde sus convicciones con la lucha real.

—He pensado mucho y os hablaré de mis convicciones —prosiguió Raymo—. Creía en Estados Unidos, el país que no podía equivocarse. Era más grande que todo lo demás, mayor aun que Dios. Puesto que contábamos con el pleno apoyo de Estados Unidos, no podíamos perder. Nos lo dijeron, nos lo dijeron, lo prometieron, lo repitieron hasta la saciedad. Contamos con el respaldo total de las fuerzas armadas. Desembarcamos convencidos de que la fuerza aérea y la marina nos apoyarían. Era imposible perder. Contábamos con el respaldo de los poderosos Estados Unidos. ¿Y qué pasó? Acabamos en las ciénagas, perdidos y hambrientos, a esas alturas nos alimentábamos de cortezas de árbol, y por la radio decían: «Atención, brigada, el búho ulula en el granero». —Miró de un rostro a otro y rio—. «Mañana, hermanos míos, el niño lisiado trepará a la colina». —Todos rieron—. Nos desarmaron, sujetaron nuestras manos con una larguísima cadena enlazada y nos metieron en transportes de tropas para trasladarnos hasta el campamento de la milicia más cercano. Nos sobrevoló un avión y grité, les dije a nuestros hombres: «Muchachos, no disparéis, es uno de los nuestros».

Tenía la mirada encendida y dichosa. Paseó los ojos de Leon a Wayne, rio disparatamente y dio un soberano puñetazo en la mesa. Los platos de latón saltaron. Cuando se quietaron, Raymo contempló durante dos minutos seguidos los huevos con patatas fritas. Se frotó el bigote con el índice y empezó a comer.

—Comimos de verdad cortezas de árbol —repitió, esta vez sin alegría desaforada, mientras masticaba lentamente.

Más tarde vieron llegar a T-Jota, en medio del aguacero, una lluvia sinuosa arrastrada por el viento. Los árboles se inclinaban a sus espaldas. Llevaba una bolsa de mulotón sobre el hombro derecho y otra bajo el brazo izquierdo. Entró en la choza y las abrió. Una contenía dos estuches de cuero, y la segunda sólo uno. Los estuches estaban forrados con fieltro verde y contenían cada uno un par de rifles de alta potencia. Los hombres sopesaron las armas, mascullaron y las pasaron de mano en mano. El manto de lluvia se ondulaba y chasqueaba.

—Las miras están en el coche —dijo T-Jota.

Se sentaron a charlar de armamento. Wayne estaba convencido de que las armas propiciaban la amistad, lo que podía o no ser una paradoja. Su experiencia vital y el cine le indicaban que la paz puede desgastar los lazos de la amistad. Ésa era la lección de los samuráis. La acción es verdad y la verdad titubea cuando acaba el combate y los aldeanos quedan libres de proseguir con sus proyectos. Volvemos a sobrevivir, volvemos a perder, dice un personaje de *Los siete samuráis*.

T-Jota aún tenía la cara empapada. Sentado en medio de un charco apoyaba el

codo derecho sobre la mesa, con el brazo levantado, y abría y cerraba la mano. Estaba más locuaz de lo que Wayne esperaba. Raymo también tenía ganas de hablar. Las armas configuraban un lenguaje y una memoria. Por casualidad, Wayne oyó parte del diálogo entre T-Jota y Leon. Aludía a que Leon no utilizaría uno de los nuevos rifles, sino que usaría el Mannlicher con el que había ido al campamento. Era evidente que se trataba de un acuerdo mutuo.

El viento azotaba la choza. Hablaron durante horas, contaron anécdotas divertidas y sangrientas. Wayne se sentía conmovido y ligero como un pájaro.

Frank Vásquez estaba en la carretera de Mississippi, al volante del decrepito Bel Air de Raymo. Para él, conducir era antinatural. Era literal en la interpretación de los límites de velocidad y se ponía tenso cada vez que aparecía una señal de carretera, ya que no siempre entendía los símbolos y temía desencadenar una sucesión de desgracias. Desde su salida de Miami, en dos ocasiones había tenido dificultades. Por dos veces se había equivocado de carretera. Cerca de Pensacola, pasó una noche en un motel en cuyo aparcamiento estalló una reyerta entre cuatro o cinco individuos; sus pies aplastaban la grava, respiraban pesadamente, y una mujer lloraba en el interior de un descapotable blanco.

No tenía por costumbre estar solo en Estados Unidos, lejos de los hispanoparlantes, sin Raymo a su lado.

Le llevaba noticias a T-Jota. Alpha planificaba una operación de gran envergadura en Miami, para noviembre. Aunque al principio no captó la naturaleza de la misión, debía de ser singular pues implicaba una ciudad norteamericana en lugar de un puerto o refinería cubanos.

Frank había pasado dos semanas y media en el campamento de Alpha, próximo a la Carretera 41, junto a militantes de otros grupos y facciones, donde practicaron carreras de obstáculos entre los pinos mal cortados. Un día lo abordó el secretario general de Alpha. Quería que Mackey participara en una operación para resarcirse del fracaso de Playa Girón. Tenían un alto concepto de Mackey. Los cabecillas de la misión opinaban que debía participar en esa acción.

Nadie mencionó fecha ni lugar. Frank extrajo esos datos de la charla general. La camaradería le oprimía. Detestaba la instrucción y los tiros. Los jefes de Alpha usaban gafas de sol, botas de combate, boinas y barbas. Si eran tan airadamente anticomunistas, ¿por qué querían parecerse al Che Guevara?

Recordó la anécdota que Raymo le había contado: después de un combate en la Sierra, el Che se presentó en una mula cubierta de barro para hablar con los milicianos capturados. ¿Qué fue lo primero que hicieron? Le pidieron un autógrafo. Fue entonces cuando todos supieron que Batista estaba liquidado.

Frank pensó en las montañas, en la espesa cobertura verde, en el humo que bajaba de las cumbres, que a cierta altura desaparecía y que seguía luego hacia abajo. La

lluvia era absoluta. Vivían en cuarteles camuflados, a veces en medio del barro, y él pensaba en los ideales por los que combatía: la plena dignidad para el pueblo cubano. Justicia para los hambrientos y los desheredados. Desde el primer día supo que no se quedaría. No era rebelde ni en cuerpo ni en espíritu, tenía una personalidad corriente.

Su madre, la autora de sus días, le dio la bienvenida con una sonrisa pesarosa.

Frank daba clases del primer curso al sexto, a menudo mezclados, en una escuela situada en las lindes de la población de la compañía. La compañía era la United Fruit. Tenía dos hermanos que trabajaban como capataces en los cañaverales y que vivían con sus esposas e hijos, cada familia en una habitación de tres por tres en una hilera de diez cuartos construidos de espaldas a otros diez cuartos iguales, en un largo edificio erigido sobre pilotes de metro y medio de altura. Los cortadores de caña y sus familias vivían debajo de este edificio, en cuchitriles bajos fabricados con cartón y arpillera.

Era imposible no percibir que los ejecutivos norteamericanos de La United vivían en hogares elegantes y con servidumbre en calles sombreadas por cocoteros. Frank no responsabilizaba a la compañía, sino al gobierno. Esperaba que sus hermanos abandonaran los cañaverales y se convirtieran en obreros cualificados de la inmensa fábrica. La United no hacía caso omiso de las ambiciones. De obreros fabriles podrían progresar a personal administrativo o técnico. Cada uno podía tener dos habitaciones en una casa situada en una calle que por la noche permanecía iluminada. Los gringos respetaban a los que trabajaban bien, a los que conseguían que las cosas se hicieran. Era previsible que los más competentes progresaran.

Entonces llegaron los barbudos, sus antiguos camaradas, y quemaron los cañaverales. Resultaba coherente a la luz de la historia de Cuba. Lo primero que hacen los que se rebelan es quemar la caña de azúcar. Se trata de una afirmación sobre la dependencia económica y el control extranjero. Frank vio cómo ardían los campos y supo que detrás estaban los comunistas. Lo había temido desde siempre. Pero hay más, algo que no sabemos. Las llamas arreciaron y saltaron de un cañaveral a otro. Hacía mucho que la policía privada de La United se había largado.

Una vez en La Habana, hizo cola con centenares de personas en la acera de la embajada de Estados Unidos, a la espera de solicitar un visado. Y ahora estaba en la carretera, cerca de la frontera con Louisiana, y conducía en dirección a las nubes de la tempestad.

Durante su cuarto día con Castro, disparó contra un explorador del gobierno, apuntando con la mira telescópica. Fue espeluznante. Accionas un botón y un hombre cae muerto a cien metros. Le resultó absurdo y distante, todo estaba falseado. Era un truco de las lentes. El hombre es una imagen definida. Después aparece del revés. Luego está del derecho. Disparas a una serie de imágenes transmitidas a través de un tubo metálico. Aunque la fuerza de la muerte debería ser descomunal, ¿cómo saber a qué tipo de hombre has matado o quién era más valiente y fuerte si tienes que mirar a través de capas de cristal que transmiten la imagen pero diluyen el significado del

acto? La guerra tiene conciencia o es asesinato común y corriente.

Frank sabía qué planificaba Alpha. Pensó y pensó y sólo podía ser una cosa. En cuanto se enterara de que el presidente visitaría Miami, ya no habría nada más en que creer.

Más tarde, sus hermanos también huyeron del castrismo y escaparon con gran riesgo hasta Cayo Hueso en una balsa de transporte de barriles de petróleo. También regresaron por mar; uno murió en los combates en las playas y el otro fue capturado y trasladado a la prisión fortaleza, donde lo dejaron morir de hambre, su modo de exhortación pública, una manifestación en contra de las palizas y ejecuciones.

Hombres fervorosos, exiliados y luchadores anticomunistas, despegaron de los cayos en aviones Cessna y Piper Comanche para lanzar artilugios incendiarios sobre los cañaverales de Cuba. Los campos volvieron a arder.

Aquí, en la carretera del Profundo Sur, advirtió algo que demostraba la forma extraña y absoluta en que el odio hacia el presidente se internaba en ciertos estratos culturales, en la vida cotidiana. Durante el primer y largo día en las carreteras, había entrado en Georgia por error y pasó por delante de un cine al aire libre donde ponían una película sobre el joven Kennedy, el héroe de guerra. Se titulaba *PT 109* y debajo del cartel figuraba un reclamo adicional. *Vea cómo los japoneses estuvieron a punto de atrapar a Kennedy.*

Vaya si lo acojonaron las señales que vio en las carreteras de Estados Unidos. Aquí estaba Louisiana bajo una copiosa lluvia. Le contaría a T-Jota todo lo que había visto y oído durante su estancia en los Glades con Alpha 66. No era difícil extraer la conclusión: Kennedy era el objetivo de esa misión.

Aunque sabía que era pecado, en el fondo de su corazón anhelaba ese asesinato.

El supervisor envía fotos de la autopsia de Oswald. Nicholas Branch se siente obligado a estudiarlas, aunque desconoce qué información puede extraer de ellas. Aparecen los ojos abiertos, la gran herida en el costado izquierdo, los dos lomos de gruesa costura que se encuentran bajo la clavícula y descienden en una única línea hasta los genitales, dibujando la letra Y. El ojo izquierdo está vuelto hacia la cámara, vigilante.

El supervisor envía los resultados de las pruebas del departamento de balística, pruebas realizadas en cráneos humanos y de cabras, en bloques de gelatina mezclada con pienso para caballos. Hay fotos de calaveras con la región craneal derecha volada. Hay primeros planos de cabezas de cabra destrozadas por proyectiles. Branch examina la foto de un modelo en tejido de gelatina «vestido» como el presidente. Se trata de una escultura realmente modernista, un bloque de gelatina cubierto por la tela del traje y la camisa, en el que asoma un trozo de camiseta oscurecido por el proyectil. Existen documentos relativos a las velocidades de salida. Está la foto de un cráneo humano relleno de gelatina y tapado con piel de cabra para remedar el cuero

cabelludo.

El supervisor envía memorándums del FBI relativos al cerebro del presidente, que faltan desde hace más de veinte años de los Archivos Nacionales.

Envía una bala realmente deformada que se disparó con fines experimentales a través de la muñeca de un cadáver sentado. Ahora nos encontramos en otro nivel, piensa Branch, más allá de todo documento. Quieren que *toqué y huelo*.

No sabe por qué, después de tantos años, le envían ese material espantoso. Huesos astillados y horror. Para él no tiene otro significado. No hay nada que comprender ni conclusiones que extraer de esas fotos y estadísticas, del melancólico proyectil con la punta aplastada y aplanada como una moneda a la que un tranvía le ha pasado por encima. (¡Qué viejo es!). Las ensangrentadas cabezas de cabra parecen burlarse de él. Acaba por pensar que ése es el propósito. Le restriegan por las narices la sangre y los restos. En realidad, dicen: «Vamos, mire, éstas son las verdaderas imágenes. Ésta es su historia. He aquí un cráneo triturado como tema de reflexión. He aquí el plomo que penetra en los huesos».

También dicen: «Mire, toque, ésta es la auténtica naturaleza del acontecimiento. Nada que ver con sus bonitas ambigüedades, sus vidas sobre los principales actores, sus compasiones y pesares. No se trata de su habitación llena de teorías, de su museo de factores contradictorios. Aquí no hay contradicciones. Su historia es sencilla. Fíjese en el hombre tendido sobre la losa. Los ojos abiertos con la mirada fija. La cabeza de cabra exuda material elemental».

Dicen: «Éste es el aspecto que se adquiere cuando nos disparan».

¿Qué puede hacer Branch para olvidar las contradicciones y discrepancias? Son la esencia del díscolo relato. Uno de los primeros documentos que analizó fue el informe médico sobre la herida por arma de fuego con la que se autolesionó el soldado de primera Oswald. En un apartado se afirma que el arma corresponde al calibre 45. En el siguiente, se dice que al 22. Los datos son elementos solitarios. Branch ha visto de qué manera el sentimiento se aferra con uñas y dientes al dato más sólido.

Los ojos de Oswald son grises, azules, pardos. Mide metro setenta y cinco, setenta y ocho, ochenta. Es diestro, es zurdo. Conduce, no sabe conducir. Es tirador de primera y no le acierta a tres en un burro. Branch ha comprobado que todos estos planteamientos se hallaban sustentados por las declaraciones de testigos presenciales y por las conclusiones de la comisión investigadora.

El aspecto de Oswald es tan cambiante que sus fotos parecen de hombres distintos. Es robusto, frágil, de labios delgados, de facciones fuertes, extrovertido, tímido y con aire de empleado de banca, con el cuello como una columna de un zaguero. Se parece a cualquiera. En dos fotos tomadas durante su servicio en el Cuerpo de Marines, es un asesino torvo y un héroe con cara de ángel. En otra está sentado de perfil con un grupo de compañeros reclutas sobre una estera de junco, bajo las palmeras. Cuatro o cinco hombres miran a la cámara. Todos se parecen a Oswald.

Branch opina que son más semejantes a Oswald que la figura de perfil, oficialmente identificada como Oswald.

Los matices, las imágenes múltiples y las percepciones escindidas —color de ojos, calibre del arma— de Oswald parecen un presentimiento del porvenir. La incesante basura fáctica de las investigaciones. ¿Cuántos disparos, cuántos tiradores, cuántas direcciones? Los acontecimientos desgarradores generan su propia red de incoherencias. Las realidades más simples escapan a la autenticación. ¿Cuántas heridas en el cuerpo del presidente? ¿Cuál es el tamaño y la forma de las heridas? Vuelve a aparecer el Oswald múltiple. ¿No es *él* quien aparece en la foto de un grupo de personas delante de la escalera del Depósito de Textos Escolares, justo cuando empieza el tiroteo? Branch reconoce que se trata de una semejanza sorprendente. Lo reconoce todo. Lo cuestiona todo, incluidos los supuestos básicos que hacemos sobre nuestro mundo de luz y sombra, objetos sólidos y sonidos vulgares, y nuestra capacidad de medir dichas cosas, de determinar el peso, la masa y la dirección, de ver las cosas tal como son, recordarlas con claridad y poder decir qué sucedió.

Se refugia en sus notas, que se están convirtiendo en un fin en sí mismas. Branch ha llegado a la conclusión de que aún es prematuro efectuar un serio intento por convertir las notas en la historia coherente. Tal vez siempre sea prematuro, porque siguen llegando datos, porque constantemente ingresan en el registro nuevas vidas. El pasado cambia a medida que él escribe.

Cada nombre lo lleva a hacer un recorrido por el mapa del laberinto de Dallas.

Jack Ruby se llamaba en realidad Jacob Rubenstein. Adoptó como segundo nombre Leon en homenaje a un amigo, Leon Cooke, abatido a balazos durante un conflicto laboral.

Existen varias versiones sobre el nombre de George de Mohrenschildt. En ocasiones utilizaba el alias de Philip Harbin.

Carmine Latta fue bautizado como Carmelo Rosario Lattanzi.

Durante los años que pasó en el servicio clandestino, Walter Everett utilizó el seudónimo de Thomas R. Stainback.

Lee Oswald usó una docena de nombres, incluidos el invertido O. H. Lee y el peculiar D. F. Drictal. Empleó este último en el espacio dedicado al testigo en la orden de pedido por correo que llenó para comprar el revólver. Branch ha dedicado muchísimas horas a desentrañar la estructura interna de D. F. Drictal. Se siente como un niño con un rompecabezas de letras que se esfuerza por crear una palabra bonita; y ha logrado encontrar fragmentos de los nombres Fidel, Castro, Oswald y Dupard. Cabe la posibilidad de que D. F. Drictal sea la dislocada fusión de personajes literarios y reales, de la palabra y la política, el testigo de la decisión de asesinar al general Walker. Branch se pregunta si alguna vez Oswald se percató de que el nombre de pila y la segunda inicial del general coinciden con las de Edwin A. Ekdahl, durante un tiempo padrastro del pequeño Lee y el hombre a quien Marguerite Oswald nunca dejó de responsabilizar.

El disc jockey de Dallas conocido como Barbarrara se llamaba Russel Lee Moore, y también utilizaba el nombre de Russ Knight.

El hombre que se hacía llamar Aleksei Kirilenko, seudónimo de un agente secreto del KGB, era en realidad Sergei Broda, de acuerdo con los archivos proporcionados por el supervisor.

Tras infinitas peticiones, Branch ha averiguado a través del supervisor que Theodore J. Mackey, conocido como T-Jota, se llamaba en realidad Joseph Michael Horniak, y que fue visto por última vez en Norfolk, Virginia, en enero de 1964, en compañía de una presunta prostituta, probablemente de origen asiático, de nombre desconocido.

Mackey, sentado en el coche, escuchaba a Frank Vásquez. Frank estaba entusiasmado y cansado. Lo repitió todo tres veces, y citó a la totalidad de los dirigentes de Alpha, exactamente y con ademanes. Ambos estaban rodeados por la noche en los pantanos, el coche se encontraba aguas abajo de la choza, con los faros apagados, y las escandalosas ranas llenaban la atmósfera con su croar.

Frank había llegado a la conclusión de que Alpha pretendía asesinar al presidente. Parecía pensar que Mackey no se lo creería. Sin embargo era algo muy fácil de creer. En los últimos tiempos Mackey se lo creía todo, incluida la facilidad con que Frank entró y salió del campamento de Alpha para transmitir todo tipo de rumores y noticias.

Alpha no se caracterizaba por sus severas medidas de seguridad o por su discreción. Sus miembros celebraron ruedas de prensa para anunciar las incursiones contra instalaciones cubanas y cargueros soviéticos. En una ocasión invitaron a un fotógrafo de *Life* para que asistiera a uno de los ataques, diez hombres en dos botes. Aunque la tormenta dio al traste con la misión y las fotos, *Life* publicó un artículo: los valientes chicos de Alpha. El sur de Florida estaba plagado de miembros de Alpha, incontables, devotos, con los dientes apretados.

—T-Jota, ¿todo este tiempo has estado planificando lo mismo, alcanzar a Kennedy?

—Le ha llegado la hora, simplemente.

—No creo que sea tan fácil matar al presidente de Estados Unidos. En Miami llevará protección adicional. No es lo mismo que presentarse en una capital pequeña, entrar en palacio y comprar a los guardaespaldas por un puñado de dólares.

—Han bajado la barrera, Frank. Cuando Jack dio la orden de acabar con Castro, se sumergió en un mundo de sangre y sufrimiento. Nadie le dijo que debía residir en él. Hizo la elección con su hermano Bobby. En consecuencia, nos guiamos por la elección de Jack. Y cuando una idea prende...

—No es que no desee que ocurra.

—Oh, creo que sucederá.

—Alguien tiene que pagar por lo de Cuba.

—Frank, tú y yo lo exigimos.

—Todo apuntará a Castro. Dirán que es la fuente, que él envió los hombres.

—Eso es lo que queremos. Pero aunque no ocurriera así, aunque todas las marchas no entraran, por lo menos tenemos a nuestro blanco. Alguien tiene que morir. Y está en nuestro pensamiento que Jack es el elegido.

—Esto suena a Alpha. Suelen decir que alguien debe morir.

—Ya no pueden contenerlo.

—¿Iremos con ellos?

—¿Por qué no, Frank?

—¿Confías en que serán capaces de dirigirlo?

—Cruzan el mar para volar cargueros rusos. Qué cuernos, se trata de un hombre en un coche descubierto.

Frank necesitaba descansar.

—¿Quién hay en el campamento? —preguntó.

—Raymo, Wayne y un visitante. No hables mucho con él. Sonríe con amabilidad y estréchale la mano.

Oswald quería que rastrearán su pista y que dieran a conocer su nombre. Tenía propósitos personales, un puerto seguro y digno de un héroe en Cuba. Quería usar un rifle que pudieran rastrear hasta él a través del transparente Hidell. Mackey se mostraba cauto. El chico tenía una historia vertiginosa y en Nueva Orleans jugaba con Ferrie a una especie de juego del espejo. La derecha es la izquierda y la izquierda es la derecha. Sin embargo, todavía encajaba en el perfil bosquejado por Everett seis meses atrás. Existían los documentos caseros, la bibliografía socialista, las armas y los nombres falsos. Era un elemento del plan original que aún tenía sentido.

Mackey encendió los faros para iluminar el esquife. Frank embarcó, encendió el fanal y la barca se desplazó en silencio entre las lentejuelas de agua y los árboles hundidos.

Mackey siguió sentado en la oscuridad.

Algunas de las operaciones más osadas de Alpha estaban dirigidas por elementos secretos de la Agencia. Alpha contaba con mentores de la CIA. Eran individuos que Mackey ni remotamente conocía, y no siempre eran conocidos por los cabecillas de Alpha. El agente del caso se presentaba para proporcionar dinero y consejos sobre misiones de sabotaje. Limitaría los contactos a uno o dos miembros de Alpha. No sabrían su verdadero nombre ni su posición en la Agencia. Siempre hay algo de lo que no te informan. Alpha funcionaba como una clínica para chiflados. La Agencia tenía una visión y se ocupaba de que Alpha la plasmara.

Demasiadas personas, demasiados niveles de conspiración. Mackey debía proteger el intento no sólo de Alpha, sino de Everett y Parmenter. Ahora que se había alejado de los contactos y los había dejado con sus jeroglíficos, quizá decidieran dar a conocer el plan. Y después Banister, Ferrie y los que se ocupaban de repartir los

fondos. Tenía que proteger el intento, defenderlo de la traición.

Agitó la mano ante el zumbido pertinaz que rondaba su oreja. El mosquito es portador de enfermedades. Se apeó del coche y aguzó el oído. Había algo raro. Entonces oyó, entre los árboles, un inmenso frufrú que el viento tornaba cada vez más fuerte. Tardó unos instantes en comprender que sólo era el agua que golpeaba las hojas, las gotas de lluvia agitadas por el viento que caían de una hoja a otra.

Su coche estaba aparcado junto al de Raymo. Había tres horas de camino hasta Nueva Orleans, donde hablaría con Banister sobre Alpha 66. Se lo haría saber a todos, y luego todos se lo contarían a todos los demás.

Mackey concentraría los esfuerzos en Miami. Introduciría hombres y armas en Miami. Accedería a llevar a cabo una operación conjunta con Alpha. Pondría los cimientos. Pondría a la gente y el dinero en actividad. El 18 de noviembre en Miami. Erigiría una fachada en Miami.

EN NUEVA ORLEANS

Lo primero que hizo fue tomar el autobús hasta el final de la línea de Lakeview para visitar la tumba de su padre. El guarda le ayudó a encontrar la lápida. Permaneció allí, en medio de la luz y el calor, buscando un modo de sentir. Imaginó un hombre de traje gris, un cobrador de Metropolitan Life. Después su mente recorrió un centenar de escenas locales. Oh, aquellos paseos en bici por City Park. Todos los viernes, cuando tenía once años, después de coger solo el tren desde Texas, las cenas de marisco en casa de tía Lillian. Se ocultaba en el trastero y leía historietas mientras sus primos reñían y jugaban.

Un hombre de traje gris que se toca el sombrero al paso de las mujeres.

En Exchange Alley había un negro acucillado en el bordillo que se afeitaba en el espejo lateral de un coche aparcado, con el tazón y la brocha en la acera, a sus pies.

Lee buscó Oswald en la guía telefónica y se dedicó a rastrear parientes perdidos.

Lee buscaba trabajo. Mintió en todas las solicitudes. Mintió innecesariamente pero con un propósito. Inventó antiguas direcciones, referencias y puestos anteriores, actitudes laborales, anotó nombres de empresas inexistentes y de otras que estaban en activo, aunque jamás había trabajado en ellas.

Una entrevistadora apuntó en su ficha: *Traje. Corbata. Amable.*

Marina, sentada en un sillón en el porche lateral protegido con tela metálica, sostenía en una mano el vaso medio lleno de gaseosa que Lee había estado bebiendo. Era casi medianoche, y aún había humedad, calor y pesadez. Éste era su nuevo hogar: tres habitaciones en una casa de madera decorada con cierta cursilería y unas cuantas malas hierbas en la parte delantera y el lateral.

Lee había salido a tirar la basura. Como no estaban en condiciones de comprar un cubo grande, tres noches por semana Lee salía sigilosamente a tirar la basura en los contenedores de los vecinos. Iba con el pantalón corto de jugar a baloncesto, de los tiempos de su infancia o de la de alguno de sus hermanos, sin camiseta, y se deslizaba por la manzana de Magazine Street correspondiente al 4900 en busca de un cubo al que arrojar la basura.

Marina lo vio regresar y subir por la calzada de acceso del vecino, que era el modo de entrar a su parte de la casa. Lee llegó al porche y le quitó el vaso de la mano. Las voces de la tele viajaban a través de los patios traseros y las calzadas de acceso.

—Aquí estoy, pensando que él ya no me quiere.

—Papá ama a su esposa y a su hija.

—Piensa que lo retengo como si fuera una cuerda o una cadena. Por su actitud parece que lo retengo. Él cuenta con el mundo de altos vuelos de sus ideales. Todo sería perfecto si no tuviera una esposa que lo retiene.

—Estamos aquí para empezar de nuevo —replicó Lee.

—Pienso que él quiere que regrese a Rusia. A eso se refiere cuando habla de empezar de nuevo.

—Rusia es una posibilidad. También he pensado en la de secuestrar un avión, coger un avión e ir a Cuba. Más adelante, June y tú podríais ir a vivir a la isla.

—Le disparaste a un hombre.

—Tal vez no acabamos con él.

—Yo he acabado con él.

—Está prohibido ir a Cuba.

—Tú también acabaste con él. Me dejaste una nota.

—La pequeña Cuba necesita militares y asesores preparados.

—Me diste un susto de muerte. Y ahora quieres robar un avión. ¿Quién lo pilotará?

—El piloto, imbécil. Yo lo secuestro, lo rpto. Durante un vuelo a Miami, cojo el revólver y me meto en la cabina de vuelo. Se llama cabina de vuelo.

—¿Quién es imbécil? ¿A quién te refieres?

—Mi revólver de cañón corto, mi Commando de cinco centímetros. —Marina soltó una carcajada—. Secuestro el avión y les pido que me dejen en La Habana.

Ambos rieron. Se turnaron para beber el refresco. Después Lee dio una vuelta con el pulverizador para acabar con las cucarachas. Desde la puerta Marina lo observaba. Había muchas cucarachas, una cantidad realmente extraordinaria. Marina le dijo que no conseguiría matar una sola cucaracha con el insecticida barato que compraba. Lo siguió hasta la cocina y le explicó que las cucarachas se beben el insecticida barato y se reproducen. Lo observó al rociar cuidadosamente los zócalos, con toda precisión, para no desperdiciar ni una gota.

A la noche siguiente, Lee la llevó al French Quarter y volvieron a casa en tranvía. Los turistas miraban a la pareja rusoparlante. La exótica Nueva Orleans.

Hicieron el amor en el camastro de la habitación cerrada. Lee tuvo la sensación de que ella quería algo más, más cuerpo, dinero, cosas, emoción, y lo supo por los detalles técnicos del acto, en los misteriosos minutos de respiración entrecortada.

Le pagaban a dólar cincuenta la hora por engrasar cafeteras. El encargado de mantenimiento se quejaba de que no entendía las anotaciones de Lee en el cuaderno de trabajo. Se quejaba de que nunca encontraba a Lee, de que tenía que recorrer el edificio de punta a punta para encontrarlo. Lee le apuntó con el índice y alzó el pulgar, reteniendo el gesto unos segundos. Después bajó el pulgar y exclamó: «Pum».

Ya no existía la biblioteca principal de Lee Circle. Tuvo que preguntar dónde se encontraba la nueva. Caminó hacia el norte y luego hacia el este, y al dar con el edificio sacó un cartel de un sobre marrón y lo desplegó. En los ángulos superiores el cartel tenía un par de agujeros atravesados por una cuerda. Se instaló delante de la

biblioteca con el cartel colgado del cuello y se dedicó a repartir folletos que había recibido por correo, procedentes del Comité por el Trato Justo con Cuba.

Llevaba una camisa blanca de manga corta y corbata oscura. En el cartel había escrito con carboncillo: *Viva Fidel*^[6].

Aproximadamente un minuto y medio más tarde aparecieron los federales. Se acercó lentamente un individuo con la sonrisa de un amigo al que no se ve desde hace mucho tiempo. Era el agente Bateman.

—Le aseguro que no he venido a arrestarlo ni a hostigarlo. Busquemos un sitio donde podamos conversar.

Se dirigieron a un lamentable restaurante cercano a la estación de Trailways. Era sábado por la tarde, a última hora, y no había nadie. Se sentaron a la barra y emplearon un rato en estudiar la lista de precios que colgaba de la pared. Probablemente, el agente Bateman era más joven de lo que aparentaba a primera vista, un hombre de cabeza alargada, calvo, como el entrenador y profesor de ciencias de un instituto en cualquier serie de televisión. Lo único elegante eran sus zapatos, que brillaban más allá de lo imaginable.

—Le tenemos en los archivos de la oficina de Nueva Orleans. Soy yo quien no le quita ojo de encima.

—De modo que usted se ocupa de mi expediente.

—Desde que desertó. Como nació aquí, llegan preguntas sobre usted.

—Me gustan los techos altos y los robles vivos.

—¿Por eso ha regresado?

—Ya han hablado conmigo una vez, un tal Freitag.

—Eso ocurrió en Fort Worth. Yo estoy en Nueva Orleans.

—Mi época rusa ha concluido. Ocurrió hace mucho tiempo. ¿Por qué no puedo vivir mi vida sin que alguien ronde a mi alrededor?

—Tengo una hipótesis: en el mundo no existe nada más difícil que vivir una vida abierta. Sería capaz de sostener que semejante cosa no existe.

—¿Qué quiere? —preguntó Lee.

—¿Ahora mismo? Quiero un bocadillo caliente de queso y bacon crujiente. Pero es imposible porque lo preparan todo junto y el queso se derrite antes de que el bacon esté listo. Es una ley física. Por eso te dan bacon blando y burbujeante. Estoy enterado de su correspondencia con el Trato Justo con Cuba de Nueva York, con el Partido Socialista de los Trabajadores y todo lo demás. Interceptaciones rutinarias de correspondencia. Podría dedicar unas cuatro horas diarias a amargarle la vida. Podría visitar su trabajo. Podría emitir avisos para que usted, su esposa y sus parientes fuesen entrevistados y vueltos a entrevistar hasta el fin de los tiempos. —Lee aún llevaba el cartel colgado del cuello—. O podría sentarme a hablar con usted sobre nuestros intereses mutuos. Por ejemplo, si quiere continuar con sus actividades políticas sin ser acosado a diario.

—Eso es lo que usted quiere.

—Se han adoptado medidas severas. Este asunto anticastrista se ha desmadrado. Existe un grupo llamado Alpha 66 que ataca por sorpresa los barcos soviéticos atracados en puertos cubanos. La gente de Washington está muy descontenta. Resulta muy embarazoso para la administración, que se ha decidido a ponerle fin, y el FBI tiene órdenes de reunir información sobre los grupos que trafican con armas y hacen incursiones.

A Lee se le ocurrió que este hombre pensaba que en Fort Worth había cumplido alguna misión para el agente Freitag. Debía de figurar en los archivos como marxista que cooperaba, ja, ja, o como informador político a media jornada.

—En la ciudad hay una agencia de detectives que es el centro neurálgico del movimiento anticastrista de esta zona —prosiguió Bateman—. La dirige un tal Guy Banister, que en otros tiempos perteneció al FBI. En un sentido general, nos encontramos en el mismo bando. Con Banister intercambiamos información constantemente. Pero a veces, cuando surge la necesidad, damos media vuelta o damos la vuelta entera. Quiero introducirme en Guy Banister Associates. Estoy a la caza de una oportunidad, una grieta en la pared. A propósito, me gustaría formularle una pregunta: ¿formó parte de la Oficina de Inteligencia Naval cuando estuvo en Rusia? Sé que nuestra oficina de Fort Worth envió un comunicado a la Inteligencia Naval.

—Tenían un programa de falsos desertores.

—Estoy enterado de que infiltraban gente.

—Existen zonas difusas en la Oficina de Inteligencia Naval. Y yo soy una de esas zonas.

Bateman pareció divertirse con este comentario.

—Me parece una observación apropiada porque en esta ciudad y en este momento concreto, lo negro es blanco y lo blanco es negro. En síntesis, las distinciones se han ido al garete. —Su voz denotaba cierto entusiasmo—. Banister recluta estudiantes. Hace que los estudiantes se introduzcan en los conflictos universitarios para controlar la actividad izquierdista. Usted está en edad de estudiar. Conoce el lenguaje de la izquierda y el de la derecha. Conoce Cuba.

—Abordo a Banister para una misión pero, de hecho, soy informador del FBI.

—Nosotros empleamos la palabra informante. No es una terminología sórdida ni chocante. ¿Qué le parecería tener cierta participación en este sentido? Le sorprendería la posición que ocupan algunos de nuestros informantes. Sin pensar demasiado, diría que podríamos reunir a la asociación de ex alumnos de una universidad respetable.

Contemplaron durante unos instantes los platos, concentrados en lo que acababan de decir. De la pared colgaba una felicitación de Navidad que empezaba a ponerse gris.

—Ahora dígame, ¿sigo adelante? Este asunto exige confianza. Es difícil de conseguir. Hace falta cierto tipo de individuo. Estas actividades son arriesgadas y azarosas, pero también existe una sólida confianza. Cuenta con todo mi respaldo, que

es lo que proporciono a los informantes. —Lee dirigió su atención a la comida, sin definirse—. Podría funcionar más o menos de la siguiente manera. Entra usted en la oficina de Banister. Está bien situada con respecto a su lugar de trabajo, justo en la esquina. Les dice que es un ex marine y menciona sus contactos con el FBI en Texas. Dice con toda claridad que detesta a Castro. Les dice que quiere hacerse pasar por izquierdista para infiltrarse en las organizaciones locales.

—Puedo decirles que voy a inaugurar una organización.

—No es mala idea.

—Por ejemplo, la oficina local del Trato Justo con Cuba.

—Eso abre unas cuantas posibilidades.

—Podría conseguir grandes cantidades de octavillas en Nueva York, más las solicitudes de afiliación.

—Parece prometedor. Dígale a Banister que abrirá una sucursal en esta ciudad. Así atraerá a los castristas. Reúna nombres y direcciones. A Banister le encantan las listas bien hechas.

—Es el pez que se muerde la cola.

—Parece que esté usted fingiendo.

—No estoy fingiendo.

—Claro que está fingiendo.

Siguieron con la comida. Bateman añadió que si Guy Banister quería contrastar los antecedentes de Oswald, contactaría con la sede local del FBI, concretamente con él, que le proporcionaría información escogida. También dijo que no tenía permitido beber café. El director lo había prohibido para que el FBI se viera libre de estimulantes adictivos.

—Creo que a Banister le interesará, pero no espere fondos. Para él sólo sería una actividad suplementaria sin importancia. Haré que le den el salario de informante, doscientos dólares mensuales. Organice su proyecto con esa cifra. Desde luego, me contará lo que hacen en el 544 de Camp Street. Nunca están quietos.

—Quiero estudiar política y economía.

—Es usted un tío interesante. Todos los organismos que hay de aquí al Himalaya tienen en sus archivos algo sobre Oswald, Lee. Hay algo que quiero dejar claro: nadie más comparte sus servicios, es la política del FBI. No puedo hacer tratos con un informante relacionado con otro organismo. ¿Estamos de acuerdo?

—Claro —respondió Lee.

—Puede continuar con sus actividades políticas a cara descubierta. Ahí está el encanto de la situación. Y trabaja a la vuelta de la esquina de aquella gente. El emplazamiento es perfecto.

Lee fue en autobús hasta Camp Street, con el cartel guardado en el sobre, y pasó varias veces por delante del edificio. Las calles estaban en sombras. En Lafayette Square sólo había borrachos y una mujer de abrigo largo y gruesos calcetines blancos que pareció molestarse porque Lee le pisaba los talones. Se detuvo para cederle el

paso, mascullando, e hizo un ademán para que se diera prisa.

Trotsky es la forma pura. En medio de la acera descansaba el asiento trasero de un coche. Un hombre cubierto de mugre y de vómito estaba allí despatarrado, con un brazo colgando, y parecía tan enfermo, herido o chalado que no resultaba posible disfrutar de aquel asiento de coche sin coche depositado en medio de la acera.

Trotsky apartaba cucarachas de las páginas mientras leía teoría económica en un cuchitril de Siberia Oriental, desterrado con su esposa y su pequeña hijita.

El lunes, durante el descanso de diez minutos en el trabajo, se acercó hasta el 544 y pidió una solicitud. El edificio tenía dos entradas, dos direcciones: una para la persona que eres y otra para la que dices ser.

Por noventa y ocho centavos compró un juego de sellos de goma marca Warrior. Escribió al Comité para el Trato Justo con Cuba para solicitar la apertura de una sucursal y, antes de obtener respuesta, acudió a una imprenta, dijo apellidarse Osborne e hizo imprimir mil octavillas. *¡Manos fuera de Cuba!* Puso el sello a varias octavillas, algunas con su nombre y otras con el de Hidell. Alquiló un apartado de correos, visitó otra imprenta y encargó solicitudes y tarjetas para los socios. Hizo que Marina falsificara la firma de A. J. Hidell en el espacio destinado al presidente de la sucursal y envió dos tarjetas de miembros honorarios a los dirigentes del Comité Central del Partido Comunista de Estados Unidos.

A medianoche salía con los pantalones cortos dorados y las sandalias de tiras de cuero para dejar la basura en los cubos de los vecinos; a veces recorría tres o cuatro manzanas hasta encontrar un cubo que pudiera contener otra bolsa de huesos y porquerías.

Cuando llevó la solicitud cumplimentada a Guy Banister Associates, en la entrada del edificio vio a un hombre que creyó reconocer. Era el capitán Ferrie, el instructor de la Patrulla Aérea Civil, el hombre que siete años atrás, recordó Lee, tenía una jaula con ratones en la habitación de un hotel, donde lo vieron él y su amigo Robert cuando querían comprar un arma del 22. Lee se acercó y notó que había cambiado mucho. Parecía llevar mechones de pelo enganchados a la cabeza, como pelaje animal engomado. Sus cejas eran altas y brillantes.

Tuvo la sensación de que Ferrie le esperaba.

—Si no me equivoco, ayer o anteayer estuviste en el despacho.

—Presenté una solicitud para un trabajo de media jornada.

—Trabajo secreto. Oí tu voz. Me dije que conocía esa voz. Otro cadete perdido que vuelve a los brazos del capitán Dave.

Se echaron a reír, de pie en la entrada. Un coche frenó bruscamente y las palomas de la plaza de enfrente emprendieron el vuelo.

—¿No te parecen fantásticas las sorpresas que nos depara la vida? —preguntó Ferrie.

El Comité por el Trato Justo le recomendó que no abriera una sucursal. Fueron amables, simpáticos y cometieron errores de ortografía, y de todas maneras lo importante era la correspondencia en sí. Guardaría hasta el último papel. Eran sus credenciales. Cuando llegara el momento, podría presentar a los funcionarios cubanos pruebas documentales de que era amigo de la revolución.

Además, no necesitaba el respaldo de Nueva York para abrir un despacho. Tenía su propio juego de sellos de goma. Le bastaba con poner las iniciales del comité en octavillas y folletos. Estamparía algunos números y letras, y eso los volvería verídicos.

David Ferrie lo condujo al Habana Bar, un sombrío palacio cercano al puerto. Abierto las veinticuatro horas, ritmos latinos en el tocadiscos automático, gentes con aspecto de absentismo crónico, incapaces de ser coherentes: exiliados, tratantes de cargamentos, marineros sin papeles, media docena de seres amorfos, en su mayoría hombres solitarios sentados a mucha distancia uno de otros ante la larga barra.

Ferrie y Oswald ocuparon una mesa.

—El encargado del local está relacionado con el Consejo de la Revolución Cubana.

—¿De qué lado están? —preguntó Lee.

—¿No te gustaría adivinarlo?

—Este local no tiene buen aspecto.

—Es deprimente.

—Deben ser anticastristas.

—Los fedes vienen y hablan con él sobre quién es quién en el movimiento. Si no lo hicieran así, de poco se enterarían. Ven a un mocoso mexicano con el pelo mal cortado y lo toman por un guerrillero cubano.

—¿De dónde ha sacado esa palabra?

—¿Cuál? ¿Fedes? Es mi palabra. Hace años que la uso.

—Yo creía que era mía.

—Me la debiste oír —le replicó Ferrie—. Ocurre constantemente. La gente cree inventar cosas que, en realidad, han salido de mi boca. Sé cómo colarme en la mente de los demás. Me meto en la mente de los otros. —Hablaba con una voz nasal que arrastraba sinuosamente la duda de si debía o no ser creída—. Evidentemente, tú y yo tenemos percepción extrasensorial. Probablemente abarca años y continentes. ¿Alguna vez has vivido fuera de Estados Unidos? —Lee asintió—. Creo que siempre hemos estado en la misma longitud de onda. Me gustaría experimentar con el

hipnotismo a distancia, con el hipnotismo por teléfono o por televisión. Es un arma política fabulosa. Una mujer me persigue porque, según dice, hipnoticé a su hijo para poder estimularle oralmente los genitales. En Lakefront doy lecciones de vuelo a los chicos.

Ferrie lo llevó a visitar a un hombre que vivía en una cochera restaurada de Dauphine Street, detrás de un alto muro blanco con una puerta roja en el medio. Se trataba de Clay Shaw, un individuo alto y de edad madura, con la cabeza esculpida y sorprendente cabellera blanca. Permaneció en pie en el centro de la amplia estancia que abarcaba la totalidad de la planta baja. Cortinas de seda, objetos de bronce, suelos de corcho cubiertos por alfombras orientales. Vio a dos jóvenes sentados, alertas y despiertos.

—¿Qué día naciste? —fue la primera pregunta de Shaw.

—El 18 de octubre —respondió Lee.

—Libra. Es un Libra.

—La balanza —observó Ferrie.

—El equilibrio —apostilló Shaw.

Ese diálogo pareció suficiente para que se enteraran de todo lo que querían saber.

Clay Shaw vestía ropa deportiva bien cortada y tenía la actitud relajada de alguien educado en todas las cosas buenas de la vida. Cuando sonreía, parecía hincharse una vena que iba del rabillo del ojo derecho al nacimiento del pelo.

—Tenemos al Libra positivo que ha conquistado el dominio de sí mismo —dijo—. Es equilibrado, sensato, un ser sensible respetado por todos. También tenemos al Libra negativo que, por así decirlo, es algo inestable e impulsivo. Se deja influir fácil, muy fácilmente. Está preparado para dar el salto al vacío. Sea como fuere, lo importante es el equilibrio.

—Lo traje para mostrarle tu colección de látigos y cadenas —comentó Ferrie. Todos rieron—. Clay tiene látigos, cadenas, capuchas y capas de color negro.

—Para el martes de carnaval —intervino uno de los jóvenes, y todos volvieron a reír.

Lee dejó que su sonrisa flotara en el aire, a quince centímetros de su rostro. Estuvieron un cuarto de hora más y salieron al crepúsculo.

—¿Cree en la astrología? —preguntó Lee.

—Creo en todo —respondió Ferrie.

El piloto llevó a Lee a su apartamento, habitaciones oscuras con muebles rotos y objetos religiosos. Las estanterías, forradas con papel autoadhesivo veteado, se inclinaban bajo el peso de muchos cientos de libros de medicina y derecho, enciclopedias, pilas de registros de autopsias, libros sobre el cáncer, patología forense

y armas de fuego. En el suelo había barras con pesas. En la pared colgaba un documento enmarcado, una licenciatura en psicología de la Phoenix University... Bari, Italia.

Lee fue al baño. Los estantes de cristal estaban repletos de frascos de color ámbar con pastillas y cápsulas. Vio cápsulas sueltas en el suelo y en la bañera. Diversas capas de filamento pegajoso cubrían el lavamanos y la pared contigua: el tipo de pegamento que se usaba para sujetar la peluca de mohair. En la sala, Ferrie se puso a hablar de su enfermedad incluso antes de que Oswald saliera del lavabo.

—Se llama alopecia universalis. De misteriosa etiología y sin cura conocida. En vez de ocultarla, yo la adorno, la acicalo. Como Dios me hizo payaso, hago bufonadas. Cuando se me empezó a caer el pelo, pensé en la inminencia del apocalipsis, en que la bomba caería sobre Louisiana. La bomba confirmaría mi autenticidad, me convertiría en un santo. Los refugios atómicos se consideraban el cuarto de estar del mañana. Me hallaba dispuesto a vivir en el agujero más humilde. Entonces estalló la crisis de los misiles. Fue el instante existencial más puro en toda la historia de la humanidad. Para entonces ya había quedado totalmente lampiño. Te diré que estaba preparado. Jack, aprieta el botón. El único modo en que podía perdonar a Kennedy por el hecho de ser Kennedy consistía en que sembrara la destrucción en Cuba. Compré diez cajas de alimentos enlatados y dejé en libertad a los ratones.

Ferrie se asomó por la ventana. En la pared, a su lado, colgaba una imagen de Jesús con esos ojos que siguen a la persona que se desplaza por la estancia. La voz de Ferrie era un susurro.

—Entonces se planteó la teoría de las grandes altitudes. La pelambrea cae súbita y totalmente si estás expuesto a grandes alturas. La han sufrido los pilotos que pasaron demasiado tiempo en altitudes ultraelevadas, por ejemplo los pilotos de los U-2.

—¿Alguna vez pilotó un U-2?

—No puedo responder a esa pregunta. Los nombres de quienes pilotan esos aviones constituyen el secreto mejor guardado del gobierno. Y hablando de secretos, te haré a ti una pregunta. ¿Por qué quieres hacer trabajo secreto para el movimiento anticastrista cuando para mí está claro que eres partidario de Castro, un combatiente de Fidel?

Se apartó de la ventana y miró de frente a Lee, que como respuesta sólo pudo esbozar su peculiar sonrisa.

Así empezó todo. Lee pasó muchas noches en el porche protegido con tela metálica, limpiando el Mannlicher, probando el cerrojo del Mannlicher, formulando planes después de medianoche.

A través del *Militant* se enteró de que en México podía conseguir el visado para

Cuba, eludiendo así la prohibición de viajar. Trabajaría para la revolución como asesor militar. Era una ambición antigua y profunda. Se alegrarían de contar con un ex marine de ideas progresistas.

Acumuló correspondencia y la guardó en la habitación sobrante con los demás papeles, los discursos de Castro y los folletos sobre el socialismo.

Repartió folletos en el muelle de Dumaine Street y habló con una docena de marineros sobre Trato Justo con Cuba. Se acercó un policía portuario y le aconsejó que se largara.

Ferrie le permitió jugar a dos bandas. Banister le adjudicó un pequeño despacho del 544 para que almacenara su material. Apenas habló con Banister. Tuvo la impresión de que era difícil hablar con él. Estampó el sello con las señas de Camp Street en parte del material. Le permitieron entrar y salir a sus anchas.

Fue un verano loco. Casi todas las tardes las tormentas estremecían la ciudad. Por la noche, calor y relámpagos. De las salinas llegaban nubes de mosquitos. Con el correr de las semanas, percibió un cambio en su entorno. Los del 544 empezaron a considerarlo de otro modo: los cubanos que entraban y salían, los jóvenes que se hacían pasar por alumnos de Tulane para recabar información sobre izquierdistas e integracionistas. Lee había perdido su carácter de bicho raro o enigmático. Sentía que se movía bajo una luz especial. Ahora lo observaban atentamente.

La secretaria de Banister suponía que su nombre de pila era Leon. Ferrie empezó a llamarlo Leon, en honor a Trotski. De esta forma, los errores adquieren un tierno significado.

La primera dama estaba embarazada, igual que Marina. Leyó que al presidente le gustaban las novelas de James Bond. Fue a la sucursal de la biblioteca en Napoleon Avenue, un pequeño edificio de ladrillos de una planta, y retiró varias novelas de Bond. También leyó que el presidente estaba familiarizado con las obras de Mao Zedong y Che Guevara. Fue a la biblioteca y retiró una biografía de Mao. También consiguió una biografía del presidente, en la que se decía que Kennedy había leído *El Nilo Blanco*. Fue a la biblioteca en busca de *El Nilo Blanco*, pero lo habían prestado. Se llevó *El Nilo Azul*.

John F. Kennedy tenía mala ortografía y una letra fatal.

Se sentaba en el porche, con el pantalón corto de baloncesto, y leía las obras de ciencia ficción recomendadas por Ferrie. Hacía pruebas de puntería con el Mannlicher sin balas. Aún tenía el texto de las clases de mecanografía de Dallas y algunas noches se sentaba con el libro abierto en la página en la que figuraba el diagrama de un teclado de máquina de escribir. Hacía prácticas de tocar las letras en orden alfabético: la *a* con el meñique izquierdo, la *b* con el índice izquierdo, y tecleaba repetidamente la hoja sin mirar, tal como le enseñaron.

—Papá, aquí tienes la basura —dijo Marina.

Pasaba largos ratos en el taller Crescent City, que se encontraba al lado de la empresa de café para la que trabajaba. Se presentaba con su cinturón de electricista,

en el que llevaba la pistola engrasadora, destornillador, alicates, cinta aislante, etcétera. Alargaba media hora sus diez minutos de descanso, se sentaba en la oficina a leer revistas sobre armas y charlaba con el encargado. Había jarras de cerveza en el alféizar de la ventana y mapas en la pared. Podía pasar diez minutos mirando un mapa.

El taller Crescent City tenía un contrato con el gobierno por el cual guardaba y mantenía cierta cantidad de vehículos utilizados por los organismos locales.

Los domingos la calle quedaba vacía, el taller permanecía cerrado y semejaba una iglesia española abandonada dentro de la cortina de rejilla bajada, mientras la luz se colaba por las altas y polvorientas ventanas. Allí se reunía con el agente Bateman, que tenía una llave de la oficina. Cruzaban el despacho y se sentaban en uno de los coches destinados al servicio secreto y al FBI. Lee le contaba lo que había averiguado en el 544 de Camp, que no era mucho. Quería usar la Minox, pero Bateman le dijo que no, no, no y no. Entregó a Lee un sobre blanco que contenía un fajo de billetes muy manoseados, como el dinero que ahorran los niños.

Lee insistió en que quería saber el número que le habían asignado como informante, y Bateman le contestó que era el S-172. Lee añadió que quería pedir el pasaporte y le preguntó si surgiría algún problema debido a su historia como desertor. Bateman le aseguró que se ocuparía de averiguarlo.

Enjambres de mosquitos. Se imaginó mecanografiando un ensayo sobre teoría política, basado en experiencias que ningún compañero de estudios podía reivindicar, con una manzana a medio comer a su lado.

Cuando Lee adopta cierta expresión, ojos vivaces, la boca cerrada y apretada, acaba por pensar en su padre. Relaciona esta expresión con su padre. Está convencido de que su padre podría haberla empleado. Siente que proviene de su padre. La expresión le domina con una sensación extraña, se apodera de él de forma inequívoca, y entonces su padre está presente, sobrenatural, enérgico y cabal, un encuentro entre dos mundos.

—Leon, sé algo de ti que me parece fascinante. Se trata de algo que prácticamente nadie más sabe. Son muy pocos los enterados. Eres el jinete nocturno que hace dos meses y medio disparó contra el general Ted Walker en Dallas. —Lee se quedó con la mente en blanco—. No puedo decirte cómo lo supe, pero hay personas interesadas en ti —prosiguió Ferrie—. Al principio sólo me guié por una corazonada. Pensé que Leon y yo teníamos un vínculo psíquico. Le llevé tu solicitud a Banister. Estaba preparado para hacerle frente. Le diría a Guy: «Se trata de un tío que quiere espionarnos. Quiere usarnos, pero acabaremos por aprovecharnos de él. No me refiero a la manipulación ni a la conversión política. Está convencido hasta los tuétanos de que

es un izquierdista de cuerpo entero. Y como es Libra, es capaz de ponerse en el lugar del otro. Es un hombre que tiene contradicciones». Estaba dispuesto a decirle a Guy: «Aquí tienes a un recluta de los marines que lee a Marx». Estaba dispuesto a decir: «Es un chaval situado en la balanza, dispuesto a inclinarse hacia uno u otro lado».

Lee acabó su cerveza sin decir esta boca es mía.

—No tuve que sacar la cara por ti, me bastó con pronunciar tu nombre. Banister se hallaba ansioso por apoderarse de ti y no soltarte. Resulta que ha hecho investigaciones sobre ti en nombre de un viejo compinche. Un tal Mackey. Habías desaparecido. Nadia sabía dónde te metiste después de lo de Dallas. Guy exhibió su mejor sonrisa cuando le dije que engrasabas cafeteras en la empresa de la esquina y que querías formar parte de nuestro personal. Cogió el teléfono y exclamó: «*Adivina qué he encontrado*».

Ferrie pidió dos cervezas más.

—Estás sometido a un profundo escrutinio —añadió—. Banister ignora la naturaleza exacta del papel que han planeado para ti, pero pronto lo averiguará.

Aquella noche, en el Habana, había tres, cuatro, seis cubanos con camiseta y pantalones de camuflaje y las botas manchadas de barro blanco y seco.

—¿Temes que te atrapen por lo de Walker? Jamás me hablaste de Dallas.

—Nunca lo comento con nadie.

—Crees que ellos lo saben. Basta con que pronuncies la palabra Dallas para que todos lo sepan. La cárcel es aterradora. Lo primero que hacen al detenerte es mirarte el culo.

—Eso lo aprendí cuando ingresé en el Cuerpo de Marines.

—Te miran el culo antes de preguntar cómo te llamas. Es como un ritual de los pigmeos del Congo.

Lee era incapaz de beber más de una cerveza sin sentirse mareado.

—¿Practicas alguna religión? ¿Asistes a la iglesia?

—Soy ateo.

—Me parece una tontería —replicó Ferrie—. ¿Cómo puedes ser tan gilipollas?

—La religión es represiva, un arma más del Estado.

—Corta el rollo. No ves más allá de tus narices. Debes comprender que existen cosas más profundas que la política. Nuestra piel política no es más que la delgadísima capa externa. Me educaron en el catolicismo en Cleveland. —Ferrie abrió burlonamente los ojos, como si el comentario le hubiese sorprendido—. La penitencia fue el sacramento más importante de mi adolescencia. Estaba obsesionado con los confesionarios, pasaba de uno a otro. Lo sentía más como un pecado que como un modo de absolver los pecados. Allí experimentaba un placer realmente furtivo. Contaba mis pecados, me los inventaba, hacía mi acto de contricción, me acercaba al altar, rezaba la penitencia y volvía a ponerme en la fila. Los sábados por la tarde había cuatro confesionarios que funcionaban a destajo. Recorría el circuito. Me arrodillaba en la penumbra y le susurraba mis pecados a un hombre con faldas.

Por dos veces fui al seminario para aprender el oficio. Incluso abrí mi propia iglesia. Sólo un tonto rechaza la necesidad de ver más allá del telón.

Lee acudió a los servicios y se encontró rodeado de estática, como en un espacio atravesado por líneas grises. Pasó dos minutos encerrado en los aseos. Cuando regresó a la mesa, Ferrie prosiguió con su perorata.

—¿Kennedy no sabía que Cuba es grande? ¿Nadie le dijo que es imposible invadir una isla de ese tamaño con mil quinientos hombres?

—Cuba es pequeña.

—Cuba es grande. ¿Por qué consintió en realizar la invasión si no pensaba ir hasta las últimas consecuencias? ¿Por qué prometió la victoria militar y luego se echó atrás? Porque le faltó valor. Puso sordina a todo. Lo ablandó. Quería una invasión sutil. Me sorprende que Castro se diera cuenta de que lo atacaban.

—Cuba es pequeña.

—Te diré a qué se debe el rencor —continuó Ferrie—. Es algo que Guy repite todos los días. Es un tema delicado para Guy. Piensa que Kennedy y Castro están en contacto. Se escriben cartas en secreto, envían emisarios. Hacen propuestas amistosas. Es algo que no nos dicen, de lo que no estamos enterados. Pero eso no es todo, aquí hay gato encerrado. Y la historia se compone de la suma de los elementos que no nos cuentan.

Una vez en la calle, Lee se peleó a empujones con un latino con picaduras de viruela y una cruz de plata colgada al cuello. Ni se enteró de cómo se desató la trifulca. Incluso mientras sujetaba al hombre por los bíceps y le hablaba cara a cara, no recordaba los motivos de la disputa. Se juntaron algunas personas, sobre todo por falta de un entretenimiento mejor. Por último llegó a casa y se acostó.

Leía revistas sobre armas en la oficina del taller. Uno de los jefes de la empresa apareció en la puerta y le ordenó que regresara a su puesto. Vuelve a los motores, a los fuelles, las tolvas, los trituradores y las cintas transportadoras.

Recibió el pasaporte al día siguiente de solicitarlo.

Entró en la habitación sobrante de su casa y creyó que algunas cosas estaban cambiadas de lugar. No podía haber sido Marina, que tenía bien claro que allí no debía entrar. Lee revisó sus papeles y echó un vistazo al armario donde guardaba las armas. Había algo distinto, una diferencia imperceptible, como un eco lejano, como cuando en lo más recóndito del sueño sabes algo sin ser consciente de cómo y por qué lo sabes.

Una mujer que parece semínola, de cabeza cuadrada o con el aspecto que sea, en realidad Lee no está seguro, se aparta del gentío en el mercado francés y está a punto de darle un buen susto con esos ojos extraños y planos de una santa en éxtasis.

Seguía siendo el único militante de la delegación de Trato Justo con Cuba en Nueva Orleans. Pero carecía de importancia. El verano se convertía en una visión, en

una historia. Lee sentía que era arrastrado, empujado, que dejaba de ser un individuo digno de compasión, que el aislamiento había cesado.

Marina empujó el cochecito de bebé por la calle donde vivían. Intentaba leer los nombres de las calles escritos en la acera, en las baldosas de color azul claro.

¿Intentaría él devolver a su esposa y a su hija a Rusia, o todos se trasladarían a la pequeña Cuba, donde existía un socialismo más puro y un verdadero regocijo popular?

La noche anterior, al levantarse a las dos de la madrugada a beber un vaso de agua, Marina se había encontrado a Lee en el porche, en calzoncillos, con el rifle sobre las rodillas.

Por la noche, Lee sufría hemorragias nasales. Una vez Marina vio cómo su cuerpo temblaba durante media hora.

Le pidió que le tradujera los artículos de revistas sobre los Kennedy. Era algo que a él no le molestaba y a veces añadía detalles de su propia cosecha.

En las fotos tomadas junto al mar, con el pelo alborotado por el viento, el presidente se parecía a su antiguo novio, Anatoly, el del cabello desgredado y el que le daba unos besos de mareo.

En ocasiones, Lee no se lavaba durante varios días seguidos. Llevaba la misma ropa y le pedía que no remendara sus calcetines ni los codos de los jerseys raídos. Era un cambio radical de actitud. Lee parecía decir: aquí estoy, mira lo que produce el sistema.

Marina sabía, estaba absolutamente segura de que la señora Kennedy daría a luz un varón. Le dijo a Lee que sin duda sería un varón y que poco después ellos también tendrían un niño.

Le avergonzaba reconocer que era una mujer de antojos.

Estaba embarazada, como la señora Kennedy, pero aún no la había visto un médico. Lee la llevó al Charity Hospital, un impresionante edificio gris que parecía un lugar en el que entrabas para no salir jamás. En el vestíbulo de mármol colgaban enormes retratos de médicos en bata, médicos con el cielo a las espaldas, hombres que pensaban en temas más importantes que la vesícula biliar y los riñones. Las dificultades comenzaron en la recepción. Una mujer explicó a Lee que se trataba de un hospital estatal y que sólo atendían gratuitamente a los pacientes que llevaban cierto tiempo residiendo en Louisiana. Marina no había cumplido el período requerido.

Tanto mármol la hizo sentirse como una refugiada. Casi suplicante, Lee siguió a un médico pasillo abajo. Habló con otro que caminaba en dirección contraria, suplicando y discutiendo al mismo tiempo, demudado y pálido. Los rechazaron.

Lee deambuló por el vestíbulo y habló y contó su historia a personas que siguieron su camino sin inmutarse. Era un negocio más. Convierten en negocio el

dolor y el sufrimiento. Nadie sabía qué decirle, y al final fue de un lado a otro en silencio, caminó hasta agotar su ira.

Marina no intentó aliviar ni minimizar esa ira porque, en el fondo, estaba convencida de que era justa.

Empujó el cochecito frente a algunas tiendas con grandes letreros. Pronunció en su mente aquellas palabras: Washateria. Martinee una hora. A medida que se alejaba hacia el norte y hacia el este veía cada vez menos gente.

Se preguntó cuántas mujeres tendrían visiones y sueños relacionados con el presidente. ¿Qué se siente al saber que eres el objetivo de mil anhelos? Es como si por la noche él flotara sobre el paisaje, colándose en sueños y fantasías, colándose en el acto de amor entre maridos y esposas. Por la noche flota desde la pantalla del televisor hasta el dormitorio. Flota de la radio al lecho de Marina. Había momentos en que lo esperaba, escuchaba realmente a última hora para oír las pocas palabras de un discurso o de una rueda de prensa grabada más temprano, esperaba la voz del presidente, con la radio en una mesa próxima a la cama.

Marina y Lee tenían la misma cicatriz en el brazo.

La pregunta básica que no la abandonaba ni de día ni de noche era: ¿la obligaría a regresar a Rusia?

Marina le dijo: «Un espíritu pesimista gobierna la casa. No recibo felicidad».

Él hablaba con June de la pequeña Cuba. ¿Amas la pequeña Cuba? ¿Te cae bien el tío Fidel? En la pared colgaba una foto de Castro que Lee había recortado de una revista soviética. ¿Qué opinas del tío Fidel? ¿Amas y apoyas a la pequeña Cuba?

A veces, mientras Lee le hacía el amor, Marina pensaba en el presidente, en las fotos tomadas junto al mar.

Lee la acosaba para que escribiera a la embajada soviética en Washington, para que enviara cartas lacrimógenas solicitando visados y el abono de los gastos de viaje. Marina sabía que él estaba confundido respecto al futuro.

Ella era una gatita ciega que siempre regresaba a la persona que la acariciaba, sin tener en cuenta que además la trataba con crueldad.

Sacó a Junie del cochecito y la dejó andar. A Junie no le gustaba caminar cogida de la mano. Andaba sola, por su cuenta, alegría y esfuerzos incesantes.

A las dos de la madrugada estaba sentado en el porche con el rifle sobre las rodillas.

Caminaron por muchas calles tranquilas. Las casas eran viejas, silenciosas, y algunas tenían galerías de hierro colado y blancas columnas. En la calle no había nadie más. Era una tarde sofocante y plomiza. Se detuvo en una esquina y vio los coches que atravesaban un cruce a siete manzanas de distancia, pero nada se movía en la cercanía y Marina se preguntó si se trataba de una zona cerrada a las actividades normales durante ciertas horas del día. Martinee una hora. Pasaron junto a casas con la entrada tallada y magnolias y palmeras erguidas en el jardín. Intentó coger la mano de Junie. El calor se tornó asfixiante. Pasaron ante una casa de doble galería y, a

través del ventanal de la sala, divisó los frescos. Puso a June en el cochecito, la obligó, la metió a la fuerza. Se volvió en la dirección que suponía conducía a casa y caminó deprisa, sin mirar las casas viejas, silenciosas y elegantes. Pensó en inglés: ¿dónde se ha metido la gente?

Bateman le habló de un grupo llamado Directorio Estudiantil Cubano. Tenía su sede en una tienda de ropa situada a poca distancia del Habana Bar. Un día se presentó allí la Fuente Confidencial S-172 y habló con un tal Carlos, un treintañero de pelo brillante con gafas de sol.

Llevó su viejo manual de instrucción del Cuerpo de Marines para que supieran quién era y qué posición ocupaba. Un minuto después hablaban de puentes, de volar puentes, colocar cargas de dinamita, fabricar explosivos caseros, armas caseras.

Carlos no parecía deseoso de explicarle cómo podía incorporarse a la lucha contra Castro. No aceptó la oferta de Lee de ingresar en la organización, ni siquiera una contribución en efectivo. Desconfiaba de los infiltrados. Lo dijo claramente. Corrían tiempos difíciles.

A pesar de todo, sostuvieron una charla cordial. Lee dejó su manual de instrucción como gesto de buena voluntad y aseguró que pronto volvería. Se estrecharon la mano en la puerta.

¿Y qué pasó? Cuatro días después Lee está en Canal Street, con su letrero de *Viva Fidel*, repartiendo octavillas a favor de Castro. Aparece Carlos con dos amigos. Lee ve que Carlos se queda de una pieza y se acerca furibundo.

Se acercó en actitud amenazadora y se quitó las gafas. Lee cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió. No quería liarse a puñetazos con Carlos. El tío le caía bien. Carlos poseía esa cualidad latina por la que caía bien de buenas a primeras.

—Está bien, Carlos. Si quieres pegarme, aquí estoy.

Se quedó cruzado de brazos y sonrió con afabilidad. La gente se amontonó e hicieron retroceder a Lee hacia la entrada de Walgreen. Uno de los compañeros de Carlos arrebató las octavillas de las manos de Lee y las lanzó al aire. Hubo cierto revuelo. Apareció un coche patrulla, luego otro y poco después todos atravesaban el aparcamiento arenoso de la comisaría del primer distrito en North Rampart.

Lee exigió ver al agente Bateman, del FBI.

Media hora después, Bateman entró en la sala de entrevistas con las manos extendidas, las palmas hacia arriba, y expresión rígida.

—Quería saber cuántos miembros hay en mi delegación de Trato Justo —explicó Lee.

—¿Qué les dijo?

—Treinta y cinco.

—Bueno. ¿Por qué me mete en esto?

—Porque no sé qué son capaces de hacer si no demuestro que estoy vinculado a

los organismos encargados de hacer cumplir la ley.

—Sólo ha provocado un escándalo público. Lo que se llama perturbar la paz.

—Sáqueme de aquí.

—No puedo.

—En nuestro trato no figuraba que me detuvieran.

—Usted se hizo detener. Si lo saco, todo quedará al descubierto. Ya ha hecho bastante mal las cosas al dar mi nombre. ¿Le preguntaron por qué quería verme?

—Me hicieron preguntas sobre Karl Marx. Respondí que el verdadero Marx no era comunista, sino socialista.

—Lee, me siento profundamente decepcionado.

—Bueno, no podía permitir que me enterraran. Tengo esposa y una hija.

—Sólo perderá una noche.

—Necesitaba demostrar que hay alguien, una persona con autoridad que sabe quién soy.

—Sólo ha provocado un escándalo. Dígales lo menos posible. Hágales creer que es un chico de aquí con ideales políticos.

—Les dije que soy luterano.

—Genial —opinó Bateman, desconcertado.

Lo fotografiaron de frente, de perfil y de cuerpo entero, y a continuación le tomaron las huellas dactilares y de las palmas. Le pidieron que se bajara el pantalón y se agachara. Más tarde, encerrado en el calabozo se imaginó tal como aparecería en las fotos de la policía, solemne y un poco calvo. Escuchó a los borrachos y a los neuróticos. A medida que la noche avanzaba encerraban a más gente. Un gritón y un bailarín. Metieron a un negro con sombrero de papel de aluminio, un gorrito religioso fabricado de Reynolds con dijes que colgaban del ala.

Trotsky cogió su nombre de un carcelero de Odessa y lo trasladó a las páginas de mil libros.

Fue Lee quien comunicó a Marina que el hijo de la señora Kennedy había muerto durante la noche. El niño había nacido prematuro y con problemas respiratorios. Marina lloró junto a la ventana. El acontecimiento la afectó con la fuerza de algo que había temido en todo momento sin permitirse exteriorizarlo. El hijo del presidente vivió treinta y nueve horas. Lloró por los Kennedy y también por sí misma y por Lee. ¿Cómo iba a llorar por el pequeño de la señora Kennedy y no pensar en el hijo que llevaba en las entrañas? Ahí reposaba un futuro que estaba marcado.

Lee se presentó ante el tribunal. Al entrar advirtió que la sala estaba dividida en un sector para blancos y otro para personas de color. Tomó asiento en el centro mismo del sector para gente de color y aguardó a que citaran su caso. Se declaró culpable y

pagó diez dólares de multa. Estrechó la mano a Carlos y se fue.

Verás, en realidad nada de eso tenía importancia. Lo que contaba era reunir las experiencias, documentarlas, guardarlas para el escrutinio de los funcionarios cubanos. ¿Cómo se llama? ¿Dosier?

A las puertas del tribunal se encontraba un equipo de televisión de la WDSU, que rodó unos cuantos metros de Lee H. Oswald para pasarlos en el telediario de la noche.

Cuatro días después, Lee estaba otra vez en la calle y repartía octavillas delante del International Trade Mart.

Al día siguiente fue a la radio para hablar de Cuba y del mundo.

Bill Stuckey, presentador de *Latin Listening Post*, esperaba a un cantante folk de barbas y uñas sucias. Oswald estaba limpio y afeitado, con camisa blanca y corbata, y bajo el brazo llevaba un cuaderno.

Se acomodaron en el estudio, en compañía del técnico que grabaría la entrevista. Stuckey se lanzó de inmediato y presentó a Oswald como secretario de la delegación en Nueva Orleans del Comité por el Trato Justo con Cuba.

Lee dijo: «Sí, en mi condición de secretario estoy a cargo de mantener los archivos y de proteger a los miembros para que sobre ellos no recaiga una publicidad o una atención indebidas, ya que no las desean».

Añadió: «Como fui educado en Nueva Orleans y me inculcaron los ideales de la democracia y la imparcialidad, resulta obvio para mí que Cuba y el derecho del pueblo cubano a la autodeterminación son inalienables».

También dijo: «Como bien sabe, cuando nuestros antepasados redactaron la Constitución llegaron a la conclusión de que la democracia creaba un ambiente de libertad de discusión, de debate, de búsqueda de la verdad. El derecho, el derecho primordial a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Ésta es mi definición de la democracia, el derecho a formar parte de una minoría y no ser reprimido por ello».

Stuckey lo dejó hablar de la United Fruit Company, la CIA, la colectivización, la dictadura feudal de Nicaragua, los movimientos de liberación nacional. En total, treinta y siete minutos que Stuckey se vio obligado a reducir a cuatro y medio para su programa de cinco minutos, lo que fue una pena pues Oswald efectuó una presentación inteligente y clara, y su modo de eludir encerronas apuradas fue sumamente lúcido.

Al concluir la entrevista, Stuckey invitó al secretario Oswald a beber una cerveza. Luego envió una copia de la cinta al FBI.

Así sucedieron las cosas, fue ese tipo de verano. Un día perseguía cucarachas con una espátula para voltear crêpes y las aplastaba... Las aplastaba con una de esas espátulas de plástico blando que puede comprarse en cualquier parte. Había perdido su trabajo. Lo despidieron porque no daba golpe, lo cual era bastante sensato. Las tormentas

estremecían la ciudad. En Jackson, Mississippi, mataron a Medgar Evers, secretario de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color. Más tarde dinamitarían la iglesia baptista de la calle Dieciséis de Birmingham, murieron cuatro muchachas negras y hubo veintitrés heridos. Un día cazaba cucarachas en la cocina, sin afeitarse y con la misma ropa que vestía desde hacía una semana, y al siguiente estaba con un desaliñado traje ruso y corbata estrecha, con el cuaderno a su lado, participando en un debate radiofónico en *Conversation Carte Blanche*, otro programa sobre asuntos públicos de la WDSU. En esta ocasión se habían informado de antemano y tenían preparadas preguntas sobre Rusia y su deserción, lo que le sorprendió. Accionaba el cerrojo del Mannlicher. Limpiaba el Mannlicher. Fueran quienes fuesen, ellos tenían planes para él. Relámpagos y calor por las noches. Fue fácil creer que le habían vigilado durante años, que habían hecho cosas a su alrededor, sabedores de que ya llegaría el momento.

Un hombre, un loco, o lo que fuera, boxeaba con un adversario imaginario a las puertas de los aseos del Habana.

A veces Ferrie no sabía si una anécdota era divertida o triste. Le habló a Lee de la ocasión en que intentó perfeccionar un minúsculo lanzacohetes de señales provisto de reloj. Soñaba con fabricar miles de aparatitos y adosarlos al cuerpo de los ratones. Quería lanzar los ratones en paracaídas sobre los cañaverales cubanos. Estaba impelido por la imagen de cincuenta mil ratones que se dispersaban entre la caña al tiempo que los relojes encendían los cohetes de señales. Aseguró que deseaba convertirse en el Aníbal del mundo de los ratones, y el fracaso del plan pareció abatirlo.

—Durante la revolución, Castro hizo quemar los cañaverales de su propia familia —explicó Lee.

—Escúchame. El asunto Walker pertenece al pasado. Tienes que olvidarlo. La muerte del general Walker no significa nada para Fidel. Es un gilipollas, un mierdica anticuado. Hoy nadie hace caso de Walker. Tu disparo fallido lo liquidó más certeramente que si hubieras hecho blanco. Lo dejó colgado en el crepúsculo. Se ha convertido en una molestia. Carga con el estigma de que alguien le disparara y errara.

—¿Cómo sabe que quiero volver a intentarlo?

—Leon, ¿hace falta que lo pongamos en palabras? ¿Acaso no sabemos en qué momento una muerte atraviesa el aire? Se están reuniendo a tu alrededor. Banister dice que son hombres serios. Han visitado tu vivienda.

—Me di cuenta. Tuve la sensación de que alguien había estado allí.

—Lo sentiste. ¿Te das cuenta? No hace falta pronunciar palabra. La balanza se inclinará y entonces lo sabremos.

—¿Qué buscaban?

—Indicios de que existes. Pruebas de que Lee Oswald coincide con la figura de

cartón recortada que han estado modelando. Eres una rareza histórica, una coincidencia. Diseñan un plan y tú encajas como anillo al dedo. Te pierden y aquí estás. Todo tiene su pauta. Hay algo en nosotros que influye en los acontecimientos. Hacemos que las cosas ocurran. La mente consciente sólo expresa una faceta, pero somos más profundos. Nos prolongamos en el tiempo. Algunos somos casi capaces de prever la hora, el lugar y la naturaleza de nuestra muerte. Lo sabemos en un plano más profundo. Es como un idilio, un coqueteo. Yo la busco, la persigo discretamente.

En aquel momento, el boxeador y su contrincante imaginario estaban en otro plano, se movían con suma lentitud y resolvían las ecuaciones. El boxeador permaneció en su sitio, cabizbajo, y arrastró los brazos por el torso como si encontrara resistencia, una fuerza que lo frenaba, como una gesticulación en el espacio.

—Tu hombre, Kennedy, mantiene su propio idilio con la idea de la muerte. Los que se preocupan del coraje también tienen sueños sombríos. Es verdad que Jack está algo acosado por la muerte, pero no patológicamente ni de una manera tétrica y espeluznante, como yo. Es algo poético. Ahí tienes a tu Jack.

—No es mi Jack —puntualizó Lee.

—Conoce el camino. Varias veces estuvo al borde de la muerte. Mataron a su hermano en la guerra. Su hermana murió en un accidente aéreo. Y ahora ha perdido un hijo. Y es católico. El católico la conoce desde la más tierna infancia. Incienso, música de órgano, cenizas en la frente, la hostia en la lengua. Las mejores cosas brillan de temor. La Parca. Solíamos mantenernos alejados de ciertos callejones, de algunas calles oscuras. Ella esperaba agazapada, con su aliento de beoda y su hedionda ropa interior. Se dedicaba a los niños.

Una de las chicas del bar se contoneaba junto al tocadiscos automático, una texana del oeste que parecía pulida con chorros de arena, con la cabellera y la piel oxigenadas y ralas pestañas doradas. Ferrie la llamó. Sacó del bolsillo una corbata de lazo negro y se la dio. La muchacha la anudó al cuello de la camisa de Lee. Consideraron que le sentaba bien. La chica se llamaba Linda Frenchette y se llevó las manos a la cara, dobló los pulgares y simuló que tomaba una foto a Lee.

—No fuma ni bebe —afirmó Ferrie—. Jamás suelta un taco. Debemos ser simpáticos con él.

—Simpático por lunático —bromeó Linda.

—Tú vas delante y yo detrás, como en los autochoques —propuso Ferrie.

Les pareció una ocurrencia genial. Subieron al Rambler de Ferrie y condujeron por Magazine. La canción del paseo era *Llevando a Lee a casa*. Linda Frenchette se sentó en el asiento trasero. Tenía una copa de vino llena de tequila y la tapaba cada vez que el coche frenaba. Encontró una caja de comida con figuras de dibujos animados pintadas en el exterior y, dentro, varios cigarrillos liados a mano. Ferrie cogió un pitillo y lo encendió mientras Lee conducía desde el asiento derecho. Hachís, dijo el capitán Dave. Subieron las ventanillas y dejaron que se acumulara el

humo denso, fuerte y profundo. Ferrie pasó el canuto: una cosita regordeta ahusada en ambos extremos. Llevaban a Lee a casa.

Aparcaron frente a una bonita casa con porche de dos plantas, a un par de puertas de la vivienda de Lee. Éste había usado varias veces el cubo de basura de esos vecinos. Linda encendió otro porro. Se lo fueron pasando. Eran las tres de la madrugada y, con las ventanillas cerradas y la acumulación de humo, el mundo prácticamente no existía. Dieron instrucciones a Lee sobre el modo de fumar hachís. Discutieron sobre el asunto con energía. Lee sólo fumaba por fumar. Ferrie recitó la historia del hachís y encendió otro canuto. Tardó una eternidad. Todo se deslizaba lentamente. El calor resultaba insoportable y el humo quemaba la garganta de Lee. Linda se mojó la lengua con tequila y le lamió la oreja con ternura. Estaban en un sitio donde cada latido del corazón necesitaba tiempo.

—Es uno de esos momentos en que no sé si lo estoy viviendo o lo estoy recordando —comentó Linda.

—¿Qué es lo que estás viviendo? —preguntó Ferrie.

—En síntesis, ¿estoy en casa, en la cama, pensando en esto, o todo está ocurriendo aquí y ahora?

—¿A qué todo te refieres? —insistió Ferrie.

Su voz sonaba lejana. Abrió la ventanilla para que saliera el humo. Lee miraba fijamente hacia delante. Por su pechera cayó ceniza ardiente. Se dio cuenta de que Linda se inclinaba desde el asiento trasero. Linda palpaba, no hay otra palabra para expresarlo, la hebilla de su cinturón y la bragueta.

—Por Dios, espero estar en casa porque la idea de tener que volver me agota.

Lee permitió que Ferrie le abriera la bragueta. Linda hizo saltar la picha en su mano y se dobló sobre el asiento, con la boca abierta de par en par, soltando un cómico gruñido.

Lee mantenía la vista fija hacia delante. Notó que Linda respiraba por la nariz. La chica cambió de posición y se golpeó la cabeza con el cenicero que sobresalía. Lee intentó recordar el nombre de una muchacha con la que se había propuesto salir, una chica de falda escocesa, cuando aún estaba en edad de concertar una cita.

La voz de Ferrie le llegó a través de una atmósfera cargada, moviéndose muy despacio, una palabra, otra, profundamente moduladas, como los anuncios de películas épicas, esas letras extendidas a través de un desierto bíblico.

—Leon, hace mucho tiempo que te vigilan. Piensa en ellos. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? Estoy con ellos, pero también contigo. Hay cosas que nos ocultan. Ocurre siempre. Siempre hay gato encerrado. Hay algo que no sabemos. La verdad no es aquello que sabemos o sentimos, sino lo que aguarda más allá. Compartimos una conciencia, como esta noche. El hachís nos vuelve turcos. Compartimos una patria y un espíritu. Linda tiene razón. Ahora estás en casa, en la cama, recordando.

Ferrie se estiró por encima de la mujer, en precario equilibrio, para arreglar la corbata de Lee.

Marina tenía una invitación permanente para pasar una temporada en Dallas con su amiga Ruth Paine. Ruth sería de gran ayuda cuando naciera el bebé. Conocía a algunos emigrados de Dallas y deseaba mejorar su ruso, lo que daba a Marina la oportunidad de devolverle el favor.

Parecía que la etapa de Nueva Orleans había tocado a su fin. Hasta cierto punto, jamás había comenzado. Lee deseaba que Marina volviera a Rusia para quedar libre de responsabilidades. Marina pensaba que él optaría por Dallas, al menos de momento.

Ruth Paine pasaba por Nueva Orleans de vuelta de su estancia en el Este o en el Medio Oeste y llevaría a Marina a Dallas. Marina lo habló con Lee. Él iría a México para conseguir el visado a Cuba, y Marina y June se trasladarían a Dallas con Ruth Paine, una buena amiga cuáquera.

Después verían qué decisiones tomaban.

Disparaban en medio de la luz neblinosa. Él estaba apartado de la actividad, vacío después de lanzar una ronda, otra y otra más. Se limitaba a escupir plomo. Los demás tenían muy poco que decirle y guardaban una distancia calculada. Le parecía bien. Era un verano en el que los contornos de las cosas adquirían forma.

David Ferrie llevaba orejeras y disparaba sobre latas llenas de salsa de tomate. La sangre de los mercados para las masas brotaba a borbotones en medio de la brisa matinal. No llevaba los protectores auditivos usuales en los campos de tiro. Se cubría con orejeras baratas y corrientes, pero podía disparar. El cubano disparaba. El tipo ágil, Wayne, el de la cara larga y perdida, cargado de hombros, disparó un par de tandas y se largó.

Ferrie debía regresar a Nueva Orleans para hablar en la Joven Cámara de Comercio. Afirmó que regresaría al día siguiente para llevar a Lee a su casa.

El jefe, T-Jota, parecía divertido con la presencia de Lee. Era un hombre de aspecto honorable, algo barrigón, con un tatuaje de un pájaro que parecía escapar de su puño. Un hombre Marlboro, pensó Lee.

T-Jota conocía su deseo de ir a Cuba. ¿Se lo había dicho Ferrie? ¿Lee se lo había contado a Ferrie? ¿Lo sabía el agente Bateman? ¿Le había dicho a Bateman para qué quería el pasaporte? Esas preguntas atravesaron velozmente la mente de Lee. No tenía la menor importancia. El verano comenzaba a adquirir la forma de una visión.

T-Jota le indicó que hiciera prácticas con el Mannlicher, no con los rifles nuevos. No era otra su intención. Fue Lee quien pidió que lo llevaran al campamento. Le había dado el coñazo a Ferrie. Necesitaba prácticas de tiro, familiarizarse con su arma.

Pero se había quedado sin munición. Resultaba difícil conseguir munición para ese tipo de carabina. Había visitado todas las armerías de Nueva Orleans. T-Jota se

mostró divertido, omnisciente. Dijo que disponía de una amplia provisión, conseguida directamente en la Western Cartridge Company en virtud de tratos anteriores. ¿Te das cuenta? Todo está bajo control. Cada cosa encaja en su lugar.

Se acomodó en un saco de dormir, en el suelo de la larga choza.

Tiene mucho que mostrar a los cubanos. Está la correspondencia con el Comité por el Trato Justo y el *Worker*. Tiene las octavillas y las tarjetas de afiliación.

Sabe una cosa con certeza: estudiará política y economía.

Llévalos a Missouri, Matt.

Aún persiste el enredo de su licencia, que se niegan a convertir en honrosa.

Marina cree que está en otro municipio, que busca trabajo en la industria aeroespacial.

El presidente lee novelas de James Bond.

Tiene pruebas de sus suscripciones a publicaciones de izquierda. Tiene la citación judicial, donde se describe el incidente que desembocó en su detención.

La revolución debe ser una escuela de libre pensamiento.

Las calles resbaladizas por la lluvia.

El futuro está en el espacio o en asistir a cursos nocturnos de teoría económica.

Ahora trabaja en un nuevo proyecto que apunta en su cuaderno de taquigrafía. Incluye títulos como Marxista, Organizador, Agitación Callejera, Colaborador Radiofónico y Conferenciante. Bajo estos encabezamientos anota breves descripciones de sus actividades, con añadidos. Tiene el artículo de prensa sobre su aparición ante el tribunal, con su nombre correctamente escrito. Tiene las declaraciones de renta que cogió de los despachos de la empresa de artes gráficas de Dallas para la que trabajó; las guardó para un caso como éste. Pueden valer como información.

Soy un experto en agitación callejera. Tengo un rasgo de independencia bastante acentuado y provocado por la desidia.

La industria aeroespacial.

Ferrie sólo planteó el tema cuando se unieron al tráfico, a la llamarada reluciente en las afueras de Nueva Orleans.

—¿Sabías que el presidente Jack ha trabajado horas extras para poner a Castro bajo tierra? Es la más secreta de las operaciones secretas. Si quieres saber cómo lo sé, te diré que hago investigaciones legales para Carmine Latta. Carmine está al tanto. La Agencia ha trabajado con figuras del hampa para acabar con Fidel.

Estaban rodeados por una luminosa aglomeración. Las caras se aplastaban contra las ventanillas.

—Oye, no pueden hacerlo sin que Kennedy se entere. Cada vez que tiene un asunto sucio, ¿a quién consulta? La CIA es el cagadero del presidente.

Los niños se movían y bizqueaban a causa de la luz cegadora.

—Carmine ha hablado con gente de Chicago y de Florida. Es una información sorprendente, Leon, y deberías evaluarla. Piénsalo bien. A cierto nivel, el gobierno busca la reconciliación con Cuba; en otro plano, envía asesinos.

Al día siguiente —9 de septiembre—, Lee leyó el *Times-Picayune* y se enteró de que Castro acusaba a Estados Unidos de tramar asesinatos.

Decía: «Los dirigentes de Estados Unidos deberían pensar que si colaboran en los planes terroristas para eliminar a los dirigentes cubanos, ellos mismos tampoco estarán a salvo».

Lee leyó varias veces el artículo. Tuvo la sensación de que Ferrie, Banister, todos ellos controlaban las noticias, eran unos sabelotodo. Sólo era una coincidencia que un día Ferrie mencionara una cosa y al día siguiente apareciera en el periódico. Tal vez eso resultaba aún más extraño que el control absoluto.

Coincidencia. En el brazo pantanoso del río supo, a través de Raymo, que el nombre de guerra de Castro era Alex, y que procedía de su segundo nombre, Alejandro. Lee solía hacerse llamar Alek.

Coincidencia. Banister lo buscaba como un loco, sin saber en qué ciudad, estado o país se encontraba, y él atravesó la puerta del 544 y solicitó trabajo secreto.

Coincidencia. Encargó el revólver y la carabina con seis semanas de diferencia. Llegaron el mismo día.

Coincidencia. Lee siempre leía dos o tres libros a la vez, igual que Kennedy. Cumplió el servicio militar en el Pacífico, igual que Kennedy. Tenía muy mala letra y una terrible ortografía, igual que Kennedy. Sus esposas quedaron embarazadas al mismo tiempo. Sus hermanos se llamaban Robert.

A la segunda noche de su regreso a casa volvió a sufrir hemorragias nasales. Había sangre en la almohada. Marina le dijo que temblaba mientras dormía.

Lo sabían todo sobre él, incluso dónde conseguir munición para su rifle. Además, los fedes leían su correspondencia. Además, Marina llevaba casi ocho meses de embarazo, se quejaba del estilo de vida y se burlaba de sus principios como luchador a favor del progreso. Faltó a dos citas con Bateman. El dinero le importaba un cuerno. Podían guardárselo. Ellos no eran sus dueños ni lo controlaban. Adelgazó. Notó la diferencia cada vez que se vestía y se miraba en el espejo. Adoptó una calculada posición en el porche protegido con tela metálica y apuntó con el rifle a un hombre que cruzaba la calle, en el centro mismo donde se unen la cabeza y el cuello, maldiciendo porque el cañón se desvió por efecto del viento. Decidió volver a estudiar español. Consiguió el visado turístico en el consulado mexicano. Puso en orden sus documentos y recortes. Todo era para la pequeña Cuba, para que los cubanos supieran quién era.

Podía conseguir el visado y pedir que lo sellaran para una fecha posterior. Regresaría a Dallas y se cargaría al fascista de Walker. Retornaría a México, con la

seguridad de tener ya el visado, un hecho concreto, la garantía del viaje a La Habana. En Cuba lo recibirían como a un héroe.

Con anterioridad, en una o dos ocasiones se había dedicado a estudiar español. Esta vez le resultaría fácil.

Ferrie llamaba a su rifle «el Chupahombres».

Ató el parque y el cochecito a la baca de la camioneta de Ruth Paine, una Chevy verde del 55 con manchas de óxido y neumáticos desgastados. En el interior del vehículo metió maletas y cajas, todo lo que poseían. Ahora pertenecía a Ruth Paine. Coló el rifle, desmontado y envuelto en una manta vieja firmemente atada con cuerda. Hizo un nudo de viejecita.

Le dijo a Ruth Paine que probablemente iría a Houston o a Filadelfia a buscar trabajo. Los ojos de Marina estaban húmedos de inquietud y afecto. Lee pasó los dedos por su cuello blanco y alargado. Reprimió las lágrimas. Pensó que su rostro, dominado por la pesadumbre, se arrugaría como el de un niño.

Aquella noche caminó bajo la copiosa lluvia con una bolsa tras otra de basura, metió periódicos viejos en el cubo de un vecino y rompió las botellas de gaseosa. ¿Lo observaban? ¿Alguna anciana insomne siguió la pista de esos ejercicios de medianoche? Regresó a su casa al trote, volvió a salir segundos después y bajó a toda prisa por la calzada de acceso con más basura. El chico que no le dirigía la palabra a nadie en esa calle.

A la noche siguiente permaneció en el porche a la espera de que el autobús parara en Magazine, en la acera de enfrente. Cuando por fin llegó, Lee cruzó la calle a la carrera, cargado con dos bolsas de lona y dejando a deber dos semanas de alquiler.

Al llegar a la terminal de la Trailways, se dirigió a la taquilla para comprar un billete a Houston, primera etapa del viaje a México. David Ferrie estaba junto a la taquilla. Llevaba una arrugada chaqueta deportiva a cuadros, y de su bolsillo sobresalía un periódico. Parecía un bufón al que quedan dos días de vida.

—¿Te vas a México a conseguir el visado para la pequeña Cuba?

—Así es —confirmó Lee.

—¿Y no le pensabas decir una sola palabra al capitán Dave? Esto no me gusta nada, Leon.

—Usted no quiso decirme lo que ellos esperan de mí. Me veo obligado a elaborar mis propios planes.

—Sabían que te ibas. No te han quitado ojo de encima. Personalmente, este asunto me molesta. Leon, ¿piensas ir ahora a Cuba? Aún no hemos cumplido nuestro trabajo.

—Regresaré.

—No lo dudo. ¿Sabes por qué? No conceden fácilmente un visado a los norteamericanos. Además, tienes ganas de regresar, quieres cumplir nuestro trabajo.

—¿Qué quieren que haga?

—A estas alturas, ambos conocemos la respuesta.

—Usted la conoce, yo no.

—La has sabido casi en todo momento. Creo que la conociste antes que yo. Viniste a los pantanos para disparar con tu «Chupahombres». Sabes de qué lado estamos. Sabes que no escogeremos un blanco que se adapte a tus gustos. De todos modos, quisiste venir. Supongo que estaba en el aire. Sinceramente, estoy convencido de que me has superado.

Un negro de botas altas paseaba por la terminal vendiendo yo-yos que brillaban en la oscuridad.

Ferrie convenció a Lee de que comieran juntos. Si de verdad quería partir, al día siguiente Raymo le llevaría a Houston en coche. Así se ahorraría el billete y gozaría de las comodidades de un coche grande.

Comieron huevos revueltos en el apartamento de Ferrie. Bajo la mesa de la cocina había un arsenal de explosivos. Ferrie se dejó puesta la chaqueta y esgrimió el tenedor mientras hablaba.

—He visto el material de Trato Justo que guardas en el 544. Reparé en algo de lo que no te has percatado. Los Libra nunca se fijan en las referencias a sí mismos. El símbolo oficial del Comité por el Trato Justo con Cuba es un hombre que sostiene una balanza en alto. Del mástil cuelgan dos platillos. Dondequiera que vas, te acompañan. Leon, ¿hacia dónde te inclinarás?

—No sé qué quieren que haga.

—Claro que lo sabes.

—Dígame dónde ocurrirá.

—En Miami.

—Eso no significa nada para mí.

—Hace semanas que lo sabes.

—¿Qué ocurrirá en Miami?

Ferrie tardó una eternidad en masticar y tragar.

—Piensa en dos líneas paralelas —dijo por fin—. Una es la vida de Lee H. Oswald. La otra representa la conspiración para asesinar al presidente. ¿Qué es lo que cubre el espacio entre ambas? ¿Qué es lo que vuelve ineludible la relación? Existe una tercera línea que surge de los sueños, las visiones, las intuiciones, las oraciones, los niveles más recónditos del yo. No la generan los principios de causa y efecto como a las otras dos. Es una línea que atraviesa la causalidad, el tiempo. Carece de una historia que podamos reconocer o comprender, pero impone una conexión. Sitúa al hombre en la senda de su destino.

25 DE SEPTIEMBRE

Lee despertó en el sofá poco después de medianoche. Se despejó de inmediato. El televisor descansaba en un estante y la imagen parpadeaba, pero no tenía sonido. Oyó que Ferrie hacía gárgaras en el baño. El olor del hachís se adhería a todo, al pelo y a la ropa de Lee, a la tela del sofá.

Vio que Ferrie entraba desnudo en la sala. Se había quitado las cejas y el tupé. Estaba triste y pálido, descolorido, y caminó desde la penumbra del fondo hacia la luz palpitante de la tele. Parecía un ser de la tierra del *nūdo*, un desnudo rapado en una cabina de Tokio, un monje desnudo al que uno paga para hacerle fotos, una variación infinita del desnudo real, una sátira para turistas. Se le veía poco claro, casi borrado. ¿Podía notar si Lee tenía los ojos abiertos?

Se detuvo unos instantes entre los libros y las lámparas de pie, como si hubiera olvidado algo. Estaba en pelotas, ¿qué podía haber olvidado? Lee se volvió para dar la espalda a la sala. Se movió como alguien que duerme, rodó. Cerró los ojos. Masculló como alguien que duerme a pierna suelta.

Ferrie se sentó en el borde del sofá y se estiró hasta apoyar una mano en el estómago de Lee, por encima de la camisa, una mano sobre Hidell, y se agachó, con aliento a enjuague bucal.

—Las personas han de ser amables entre sí.

Deslizó la mano. Manos de pulpo, pensó Lee. Se trataba de una expresión antigua, algo que decían en el instituto, lo que las chicas decían de los chicos: tiene manos de pulpo.

—Las personas han de ser amables —susurró el capitán Dave.

Se estiró a lo largo en el sofá, se acomodó detrás de Lee y la mano trazó círculos en la zona central, se movió poco a poco sobre los pantalones de Lee. Éste no permitió que le desabrochara el cinturón. Forcejearon durante unos instantes. Lucharon por la hebilla del cinturón sin cambiar de posición en el sofá. Lee mantuvo los ojos cerrados. Manotearon y se golpearon. Ferrie era fuerte. Con una mano sujetaba enérgicamente la muñeca de Lee. Cuando uno sujeta con las manos la muñeca de otro y ambos giran en direcciones opuestas, el movimiento se denomina quemadura india. Otra expresión de los viejos tiempos, probablemente de la escuela primaria.

—Las personas son amables, amables, amables...

Daba la sensación de que ahora presionaba con el cuerpo. La mano se había apaciguado. Lee apretó las piernas. Seguía con los ojos cerrados. Sintió en su cara la tela áspera del sofá. Ferrie jadeaba encima de él, le cubría la cabeza y el cuello con su fuerte aliento.

Notó que se le humedecían los pantalones. Procuró no tomárselo a pecho. Se separaron, Ferrie le pasó una toalla y se cubrió con un albornoz. Prácticamente todo había ocurrido en la oscuridad.

—Cuando regreses a Dallas, deberías visitar algunos sitios.

—Me voy a México.

—Hablo de tu regreso. Alguna noche tendrías que dejarte caer por un local llamado Gene's Music Bar. O en el Century Room, que según me han contado acaba de inaugurarse.

—¿Para qué?

—Para conocer gente.

—¿Qué tipo de gente?

—Gente que te gustará conocer. Personalmente no conozco los bares de Dallas, sólo te estoy pasando información. No vayas al Holiday, es un antro de indeseables. No es para ti, Leon.

—No sé de qué me estás hablando.

—Lo sabes, por supuesto. El Gene's Music Bar ocupa el primer puesto de tu lista. Seguro que querrás participar en la acción. Ya me contarás de qué se trata.

De nuevo el hachís.

—Hachís —exclamó David Ferrie—. Es una palabra interesante, muy interesante. Proviene del árabe. Es el origen de la palabra asesino.

Por la mañana, a Jack Ruby le gustaba beber zumo recién exprimido. Compraba ocho pomelos y los sacaba de la caja con mirada inflexible como si pensara que era lo único que podía salvarlo. Había pomelos repartidos por toda la nevera. Le gustaba golpear la superficie de un buen pomelo. Era algo seguro. Le gustaba sopesarlo. En su mente, el zumo tenía que ver con nadar varios largos en una piscina o hacer ejercicios con las pesas. Cuando tenía tiempo se convertía en un obseso de la forma física.

Más allá del umbral de la cocina comenzaba el caos de su vida de solterón. La vivienda parecía una oficina de objetos perdidos. A Jack no le desagradaba. Detestaba y temía las habitaciones de hotel. Le bastaba recordar aquel período, diez años atrás, en que se deprimió por los fracasos comerciales, cuando los problemas de dinero trepaban por su espalda y le presionaban el cráneo. Las cosas iban tan mal que alquiló una habitación en un hotel barato sin ascensor y pasó aislado ocho semanas con las cortinas cerradas, comiendo apenas lo suficiente para sobrevivir. Era un don nadie. No tenía ganas de vivir. Fue la única época en que le dominó la desesperación, que es la tristeza más intensa del espíritu, la más difícil de superar.

Tal vez por ese motivo Jack tenía un compañero de vivienda; para escapar al pavor de la soledad. ¿O sólo se debía a su costumbre de recoger seres descarriados, gente sin ningún medio? George Senator contaba cincuenta años, vendía postales, se había divorciado por correo y había cursado educación básica. Durante años realizó las tareas más diversas: cocinero de comidas rápidas, vendedor de fantasías, vendedor de ropa de mujer cuyo territorio había dejado de ser el estado de Texas para reducirse

a los yermos de las liebres. Echaba una mano en el club y de vez en cuando cocinaba algo para Jack, pero no asaba bien y nunca aprendió la química orgánica de los demás, las delicadezas dietéticas que se vuelven tan importantes.

Al salir de la cocina con el vaso de zumo en la mano, Jack apenas miró a George que, abotargado en el sofá con una bata raída, tosía con las manos ahuecadas.

—Espero una importantísima llamada telefónica. Durante una semana no te acerques al aparato.

—¿A quién llamo por teléfono? —preguntó George.

—No lo sé, al servicio meteorológico.

—La meteorología me importa un huevo. Ni siquiera me acerco al teléfono.

Jack apenas lo oía. Era capaz de compartir el apartamento y de moverse y dar vueltas como si su compañero no existiera. Su mente funcionaba demasiado rápido para que alguien como el informe George captara su discurrir. Ni siquiera sabía qué aspecto tenía la habitación sobrante desde la llegada de George. Tal vez la hubiese pintado de color naranja. No es que le desagradara tener a George en casa. Ocurre que cuando te acostumbras a la presencia humana, creciendo como yo con siete hermanos más los dos que murieron de pequeños, notas que algo falta.

Vivir en solitario es un estado de tensión, lo que ambos compartían.

Jack se tomó un Preludin con el zumo de pomelo. Vagó por la sala, intentando decir mentalmente lo que pensaba. Seis semanas y ninguna noticia. Lo tenían colgado de la cuerda floja. Entró en la cocina y preparó más zumo. Le hacía falta un tratamiento capilar. Había desatendido todos los aspectos de su cuidado personal.

—¿De quién es la llamada? —preguntó George.

—De un tío de Nueva Orleans al que conozco desde hace la tira.

—¿Es por dinero?

—Me dijo que hoy estaría en Dallas. Lo estoy esperando.

—¿Qué pasó con el otro? —inquirió George.

—¿Con Karlinsky? Es un purista. Sospechaba que no ocurriría nada y eso fue lo que pasó.

—Y decidiste contactar con Nueva Orleans.

—Pasé por encima de Karlinsky, pasé tres metros por encima de su cabeza.

—¿Y el otro te ofreció una oportunidad?

—Ya veremos.

—¿Le dijiste directamente que necesitas un préstamo?

—Ya estaba enterado de mi situación. La conocía desde junio, cuando nos encontramos en la calle. Yo había ido a Nueva Orleans a buscar a la Amazona Cachonda para el club.

—No conozco Nueva Orleans —dijo George.

—Es una ciudad donde conseguir dinero no es tan difícil.

Se puso la chaqueta y el sombrero, cogió la cartera y el revólver, alzó a Sheba de su silla y bajó hasta el coche. Dejó a la perra en el asiento delantero, abrió el maletero

y guardó la cartera. Condujo hasta Commerce Street y compró un par de periódicos en el puesto de la esquina. De regreso al coche vio la ropa sucia en el asiento trasero, tal como la había dejado hacía seis, siete u ocho días, atada con el pantalón del pijama. Buscó un vaso de agua. Estaba nervioso. Fue marcha atrás media manzana, hasta el Carousel, y observó la ortografía de los nombres de las chicas en la marquesina. Varios turistas de Topeka contemplaban las fotos de la entrada. Jack se presentó, les estrechó la mano, les entregó su tarjeta, sacó la perra del asiento del coche y subió la estrecha escalera. Al entrar en el club vacío, se dio cuenta de lo inspirativo que había sido para él abandonar la escuela en Chicago, aún apodado Sparky, para revender entradas de boxeo y vender claveles a las puertas de los salones de baile. Ahora es propietario de un club, una cara conocida, con anuncios en la prensa, algo que sólo puede ocurrir en Estados Unidos.

Entró en su despacho, telefoneó a la administración local de Hacienda y avisó de que debía postergarse la entrevista programada pues no había podido compilar debidamente sus documentos. Era una frase sugerida por su abogado. Acordaron una nueva cita y se comprometió a llevar mil trescientos en efectivo para zanjar la cuestión del delito. Otra frase.

Deambuló hasta la barra, se sirvió un vaso de agua y tomó un segundo Preludin para acelerar la jornada y pensar de manera constructiva. Sonó el teléfono de su despacho. Entró de prisa y respondió. Era George, desde el apartamento. Había recibido la llamada que esperaba. El hombre estaba en Dallas. Tony Astorina. En el Carousel al mediodía.

Los perros de la habitación trasera ladraban para que les dejaran salir. Jack cogió el coche y condujo la manzana y media que le separaba de la *delicatessen* del Ritz. Compró media docena de bocadillos y bebidas y regresó al club.

Telefoneó su hermano Sam. Se le habían ocurrido nuevas ideas para la producción de esas cosas de plástico, esos artilugios que giran colgados en la entrada de gasolineras y garajes para darles un aspecto alegre.

Llamaron del *Times Herald*.

Llamó una especialista en striptease conocida como Double DeLite.

Llamaron de la KLIF.

Llamó Russell Shively, de la brigada de detectives.

Llamó su hermano Earl. Intentó convencer a Jack de que abandonara la idea de la tabla giratoria. Jack pretendía fabricar una máquina para hacer ejercicio compuesta por dos tablas de fibra con algo así como cojinetes de bolas entre ambas. La idea consistía en ponerse en pie sobre las tablas, que giraban y oscilaban, lo que servía para divertirse y para adquirir tono muscular.

Apareció Tony Astorina, que saludó con una amistosa sacudida e inclinación de boxeador. Parecía incapaz de realizar otro movimiento. Tenía cara de preguntar dónde estaba el café. Jack ya lo tenía listo. Hablaron de los preparativos. Aunque Tony rondaba los cuarenta, vestía a la moda joven. Sus ojos quedaban casi ocultos bajo la

masa de carne. Dijo que tres cuartos de hora más tarde debía estar en otro sitio. Se las ingenió para que pareciera una cita importante. En aquel momento, a Jack no le interesaba ese tipo de comentarios. Quería creer que Tony se hallaba interesado en la conversación y que no estaba de paso, para matar el tiempo.

Los ladridos de la habitación trasera sonaban débiles y roncós, como los perros de una aldea china.

—Jack, la usura no es lo nuestro —explicó Tony—. Puedo remitirte a otra gente. Pero no sería sincero si te dijera qué puede ocurrir. Estos clubs son negocios poco sólidos.

—Los chicos me conocen en cuatro, cinco ciudades.

—Tu fama dice que Jack Ruby es un judío duro. Por decirlo claro. Recurre a los sindicatos.

—Restos metálicos y chatarra.

—Hizo muchas cosas de las que puedes sentirte orgulloso.

—Fanfarroneo demasiado. Estallo por temperamento. Tengo la tesis de que hay que tomar la iniciativa. Debes lanzarte rápido y con fuerza antes de que se enteren de que se están peleando. Diez segundos más tarde vuelvo a ser un encanto.

—Insisto en que el problema no es el temperamento. Todo consiste en saber de dónde sale el dinero para devolver los créditos.

—De los negocios, de los clubs. Y de otras empresas que tengo en mente. Sólo digo que eres íntimo de Carmine.

—Soy amigo de Carmine. Pero no puedo plantearle algo semejante. Carmine tiene importantes... no me hagas hablar, tiene entre manos cosas increíbles. ¿Crees que dedica el día entero a los negocios? Posee una organización que se ocupa de los negocios. Siempre está reunido o tiene una conferencia. Dirige un país, Jack.

—Sólo te pido que le digas una palabra al oído, que le transmitas la idea.

—Le plantean demasiadas ideas, cosas surgidas de la nada, cosas de las que jamás oí hablar. Como lo que acabo de averiguar sobre Kennedy y esa mujer. Duró dos años. Mo hablaba constantemente con Carmine.

—¿Qué mujer?

—¿No sabes quién es Mo?

—Giancana.

—Sam.

—Giancana.

—Durante dos años, Kennedy se acostó con la amante de Sam. Yo no tenía ni puñetera idea. Lo hicieron en Nueva York y en Los Angeles. En Chicago lograron reservarse veinte minutos, plis plas, mientras él estaba en la ciudad para recaudar fondos. —Jack intentaba imaginarse lo que oía—. Y Carmine recibió informes. Ella lo vio aquí y allá. Él dijo esto y aquello. Durante dos años, Jack. Hasta en la Casa Blanca lo hicieron.

Jack era incapaz de imaginar que el presidente de Estados Unidos se tiraba a la

amigueta de Momo Giancana. En alguna parte había un error. Se trata de un tío de los barrios bajos de Chicago, de Dago Town, a cuatro o cinco manzanas de donde se crio Jack. Éste había sido compinche de dos guardaespaldas de Mo. Hacía décadas que oía hablar de Giancana, desde los tiempos en que le apodaban Mooney. Era un timonel de la pandilla del 42. Cincuenta o sesenta arrestos. Cumplió condena en Joliet y en Leavenworth, pero en la actualidad era una figura influyente. Chicago, Las Vegas, etcétera. ¿Y había compartido una mujer con el presidente? Jack sabía que sería difícil encarrilar nuevamente la conversación hacia el préstamo para un negocio a punto de tocar fondo.

Tony seguía allí, pero sólo físicamente. Estaba rodeado por un aire de partida, cierta inquietud que Jack podía percibir en sus manos, como un fumador que deja el hábito.

—Jack, vine porque somos viejos amigos.

—En los viejos tiempos nadábamos juntos en la azotea del Capri.

—Ya te he dicho que no he venido a tomar café.

—Tony, te lo agradezco.

—He venido porque somos viejos amigos.

—Nos desvirgamos en habitaciones contiguas.

—Por todos los santos, aquello fue en La Habana.

—Tony, tengo proyectos para pintar el club. Algo totalmente nuevo. Quiero recubrirlo de un rojo sedoso, como en los viejos tiempos. El negocio de las convenciones es de rentabilidad inmediata. Si se lograra que Carmine pensara en esto un par de minutos, cualquier día, mientras viaja en coche...

—Ojalá pudiera darte una chispa de esperanza.

—Te lo agradezco.

—Lo llevo en coche de aquí para allá. Te diré qué es lo más importante que hago para Carmine: todas las mañanas le pongo el chaleco y lo ato bien atado.

—¿Qué chaleco?

—El chaleco, hombre, su armadura. Dirige un puñetero país.

Se estrecharon la mano en lo alto de la escalera. Tony abrazó a Jack, quien por unos instantes se sintió conmovido.

—Quiero hacer algo. Me gustaría enviarte una tabla giratoria. Quiero que la uses, Tony. Es un modelo de prueba. Solíamos nadar juntos.

Jack llamó a George Senator al apartamento.

Llamó a su hermana Eva.

Llamó al rabino Hillel Silverman.

Llamó a Lynette Batistone, la Amazona Cachonda, para decirle que después de todo no podía tomarse la noche libre. Double DeLite tenía dolor de estómago en Grand Prairie.

Jack abrió la puerta de la habitación trasera y los perros salieron disparados y a la greña. Hay algo en la confianza de un perro que compensa buena parte de las

puñaladas traperas de esta vida. Separó a Sheba del revoltijo de pelos y fue a buscar el coche. Condujo una manzana hasta el banco. Condujo hasta el Sheraton y entró en la cafetería para contarle a la cajera un chiste que, estaba seguro, la haría desternillarse. Entró en varias tiendas en busca de un determinado complemento para personas sometidas a dieta. Oyó sirenas y pensó en seguir las, para aumentar los niveles de adrenalina, pero bruscamente se desinfló y se sintió muy pesimista.

Este tipo de depresión le hacía sentirse anónimo. ¿Quién era? ¿Por qué motivo tenía que preocuparse alguien por él?

Condujo un rato, luego se detuvo en una panadería y compró un pastel de queso. Lo llevó al edificio de la comisaría y el tribunal y subió en ascensor hasta el tercer piso. Asomó la cabeza en varios despachos y llevó el pastel a la sala de prensa. Aparecieron cuatro o cinco administrativos y detectives. Jack tomó un Preludin con un sorbo de café frío que encontró en un vaso de papel abandonado. Alguien reparó en la cicatriz que Jack tenía donde había estado su dedo índice. Fue un ligero contratiempo debido a una antigua disputa. Contó dos chistes que fueron muy celebrados. Recorrió el pasillo hasta Homicidios y buscó a Russell Shively, quien, sentado tras su escritorio, leía el *Field and Stream*. Era un tipo larguirucho, con la cara curtida por el sol, que para Jack constituía la representación del policía texano.

—Russell, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—¿Cómo coño quieres que lo sepa?

—¿Alguna vez te he hablado de suicidio?

—Creo que no, Jack.

—Russell, ahora te digo que si alguna vez menciono el suicidio o la expresión matarme a mí mismo o acabar conmigo, no será una amenaza gratuita para llamar la atención. Si alguna vez respondes al teléfono y oyes una voz que dice que va a matarse y piensas que es la mía, la de Jack Ruby, desde ahora te digo que no será un farol.

Como esos comentarios parecían llovidos del cielo, Russell Shively miró a Jack a los ojos y asintió, sin saber qué responder.

Jack se calzó el sombrero de fieltro de ala flexible y salió. Cogió el coche y condujo hasta el Carousel. Pensó que tenía que hacer varias llamadas telefónicas. Algunas botellas y latas rodaban por el suelo del automóvil. Recordó la refriega que había desembocado en el dedo amputado. Hacía doce años se había liado en una pelea frenéticamente salvaje con un guitarrista del Silver Spur, local que por entonces Jack regentaba. El guitarrista le arrancó de un mordisco parte del índice izquierdo. Fue un mordisco único, sostenido y decidido, con balanceo de cabeza, durante un feroz forcejeo, y la parte superior del dedo quedó colgando, de modo irreparable. Resultó negativo para la imagen pública de Jack, pues deseaba unirse a los masones, francmasones o como coño se llamaran, por los contactos comerciales y la camaradería. Pero los masones no aceptaban a nadie que careciera de alguna parte del cuerpo. Se trataba de una antigua regla que figuraba en todos sus libros.

Llamó a su abogado.

Llamó al *Morning News* para poner un anuncio del club.

Llamó a una especialista en striptease conocida como Janet Alvord.

—Janet, ¿te parezco amanerado? ¿Qué tal te suena mi voz? La gente dice que ceceo. ¿Es así como le suenan los invertidos a una persona neutral? ¿Crees que lo tengo escondido? ¿Podría ir en cualquiera de las dos direcciones? Janet, no te asustes. Quiero que me digas toda la verdad.

Mientras tanto, el barman había llegado. Jack se quejó porque, en su opinión, los vasos no estaban relucientes. Divisó a una nueva camarera, que se presentó con una blusa escotada y fruncida. La llevó a un rincón y le contó un chiste. La chica poseía una risa estruendosa.

Le contó otro y se alejó deprisa; luego se dio la vuelta para verla reír en el rincón.

Le gustaban las mujeres con escote pecoso.

Se dirigió al coche y volvió a casa para cenar temprano. Porque ¿qué significa ser judío en un sitio, en un estado como el de Texas? Sientes que no debes abrir la boca ni destacar. De todos modos, adoraba la ciudad. Le permitía vivir a su manera. No se veía obligado a ocultar lo que era. No tenía que aguantar chistes judíos por parte del presentador del club. El presentador sabía que un solo chiste judío podía hacerlo aterrizar en urgencias. Ninguna queja. Pero ahí está esa ligera sensación que a veces tienes de que te ocultan algo. Se había criado en las afueras, en las guerras de barriada. ¿Qué era Dallas comparado con todo aquello? Solía volver a casa con la ropa manchada de sangre por haber dado la cara por los judíos. Iba a buscar a sus hermanas a la parada del tranvía en Dago Town para cerciorarse de que nadie las silbaba y las llamaba judías, o las seguía chasqueando los labios o les ponía un dedo encima. Ninguna queja. Pero ahí está la impresión de que te encuentras desplazado. Tenía amigos en la policía. Le gustaba conceder un préstamo a cualquier agente joven que acababa de ser padre. Los polis de paisano iban a su club. No eran muchas las ciudades que podía nombrar en las que un judío entra en comisaría y oye decir: Hola, Jack, ¿cómo estás? A esta ciudad le debo la vida.

George anunció que esa noche cenarían espaguetis.

—Pensé que había abadejo a la plancha.

—¿De dónde quieres que lo saque?

—¿No vine a casa con abadejo? ¿Cuándo fue?

—No lo sé —respondió George.

Jack tomó un Preludin con algo de zumo que quedaba.

—Pregúntame si soy desdichado.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a lo que dijo mi amigo.

—No hay préstamo.

—Están a punto de cerrar con candado mis clubs.

—Jack, tomas demasiadas píldoras.

—Desde un punto de vista médico, son contra la obesidad.

—Nadie está tan gordo.

—Necesito estos estímulos —reconoció Jack.

Cogió los periódicos que había comprado por la mañana y se encerró en el lavabo. Todas las lecturas de Jack tenían lugar en el lavabo. Era la mejor parte de su jornada. Leyó la sección de vida nocturna, los anuncios de los clubs, el cotilleo local, la columna de espectáculos. Había muchos espectáculos en la ciudad. Echó una ojeada a la competencia. Se serenó mientras cagaba. Recobró la calma y la paz.

Después fue a la cocina y se puso a charlar con George.

No quería llegar al extremo de tener que dormir de nuevo en el club. Poco antes había pasado por un período en el que no tenía dónde vivir. Estaba en pleno cambio de apartamento y no tenía mucho dinero para gastar. Dormía en el club. Allí vivía, comía y dormía en una cama plegable, en un cuarto trastero contiguo al de los perros. Toda su vida se desarrollaba bajo el mismo techo. Apestaba a cerveza, a tabaco, a perro y a todo lo imaginable. Fue la segunda peor época de su vida, después de la etapa en el Cotton Bowl Hotel, donde permaneció ocho semanas en la oscuridad. Se negaba a volver a descender a esos infiernos, a no tener donde vivir, a quedar totalmente al margen de las normas.

George aseguró que la mejor manera de saber si los espaguetis están cocidos es sacar uno del agua hirviendo y lanzarlo contra la pared. Si se pega, están en su punto.

Jack cenó deprisa y partió hacia el club en su resistente Oldsmobile.

Guy Banister continuaba en su despacho después del anochecer, con su cabeza de viejo león inmersa en grandes pensamientos. Algún infeliz meaba en la calle, empapando la pared del edificio. La lámpara del escritorio estaba encendida. Guy abrió el expediente sobre los chinos comunistas. Lo guardaba para los momentos tranquilos del día, ya que era el expediente de la pesadilla final y debía analizarlo con detenimiento.

A Baja California llegan condenadas decenas de miles de soldados de la China roja. Se movilizan, se concentran, crecen. En sus gorras lucen estrellitas rojas. De hecho, el expediente no contenía ninguna novedad, sino los rumores y sospechas de siempre. Están allá abajo, en las arenas claras, con sus chaquetas acolchadas, reunidos en una inmensa ola silenciosa, a la espera de una orden. No hacían falta análisis ni actualizaciones. Había algo clásico en esa concentración de chinos.

Banister quería creer que era verdad. Y creía que era verdad, pero también sabía que no lo era. Ferrie le aseguró que, lo fuera o no, carecía de importancia. Lo significativo estribaba en el arrobamiento del miedo a crecer. Todo quedaba confirmado y justificado. Hasta la última violencia y mentira, incluso cada vez que había engañado a su esposa. Le permitía derrumbarse interiormente, fundirse con el temor y el miedo. Eso fue lo que dijo Ferrie. Explicaba sus sueños. Los chinos

provocaban sus sueños. Todos los terrores e indisposiciones del sueño, la imposibilidad de expresarse, están pintados con tinta china.

Hombres que bajaban flotando, envueltos en seda blanca. Prefería pensar en una masa no mecanizada, hombres silenciosos que recogían los paracaídas ocultos entre las arenas claras. No se trataba de misiles ni de satélites, pura tecnología presumida. El expediente chino albergaba el enjambre humano, con chaquetas acolchadas, que se concentraba cerca de la frontera. Era un temor digno de saborearse lentamente.

Se abrió la puerta y entró Ferrie, quebrando el ensueño. Se apoyó en la pared para comer patatas fritas de una caja.

—He venido a entregar un informe. No creo que te guste demasiado.

—¿Dónde está Oswald?

—Ahora está en Houston. Pedí a Frank y a Raymo que lo llevaran. Cogerá el autobús a México capital.

—Mackey afirma que puede arreglar las cosas para que los cubanos lo rechacen. En México tiene relaciones con la Agencia. Sin duda, la Agencia ha infiltrado a alguien en la embajada cubana. Confiamos en que Leon regresará a Texas. Sabemos que la camioneta aparcada delante de su casa tenía matrícula de Texas. Su esposa y su hija partieron en ese vehículo.

—Estoy seguro de que llevaban el rifle.

—¿Se ha inclinado hacia nosotros? —inquirió Banister.

—Eso es lo que supongo que no te gustará oír.

—Ha dicho que no.

—Exactamente, pero aún hay tiempo.

—¿Sabe detrás de quién vamos?

—Lo sabe.

—Y no le interesa.

—Hace falta tiempo. Ha librado una fuerte batalla interior.

—Dave, Oswald es tu proyecto.

—Esta mañana estuvimos charlando, pero sólo hasta donde él se muestra dispuesto a hablar. Aún no ha dado el salto.

—Insistes en que te introducirás en su mente.

—Estoy en su mente. Estoy allí como un jodido lavacoche.

—Le disparó a Walker.

—Ése es el quid de la cuestión. Walker era un asunto político, pero es imposible entusiasmar a Leon con respecto a Kennedy. Considera que ha enmendado errores anteriores. Está algo fascinado por la magia de Kennedy. —Banister sintió deseos de romper algo. Ferrie prosiguió—: Leon es el tipo de persona que en cualquier momento puede perder el control, sólo que aún no ha sucedido. ¿Dónde está Mackey?

—En Miami. Ha montado dos casas. Una para la gente de Alpha y otra para su equipo.

—¿Y si Leon participa?

—Si Leon participa, la noche anterior lo llevas en avión a Miami —respondió Banister.

—Y después, ¿qué?

—Lo resolveremos sobre la marcha.

—En cuanto ocurra, habrá que sacarlo de allí —señaló Ferrie—. No quiero verlo abandonado ni muerto. Dejará el rifle y se largará, como los demás.

—Es una posibilidad abierta —replicó Banister.

Ferrie lanzó la caja vacía a la papelera.

—¿Confías en Alpha 66?

—¡Qué remedio! Han estado enfebrecidos desde Bahía de Cochinos, lo que significa dos años y medio con el termómetro en el culo. Están preparados y nadie duda de su capacidad.

—¿Confías en Mackey?

—Confío plenamente en Mackey —confirmó Banister—. Quiere una muralla de tiradores. Ocho hombres, que pueden llegar a diez, situados en alto a uno y otro lado de la calle. Quiere una galería de tiro.

—Suponía que Mackey preferiría una operación bordada.

—Lo que quiere es lo otro, y lo tendrá. Nos guste o no, Alpha participará, de modo que lo mejor es unificar fuerzas. Mackey lo aprovechará al máximo. En cuanto den a conocer la ruta de la caravana de automóviles, explorará la zona y definirá posiciones. El héroe entra en la ciudad, tralalá. Será lo primero que extraigamos de la caja de sorpresas.

Bajaron la escalera e hicieron un alto en la entrada del edificio.

—Tenemos algo más en marcha —añadió Banister—. Queremos dejar huellas de las actividades de Oswald desde hoy hasta el momento en que se lleve a cabo la operación. Una sucesión de incidentes. Queremos crear la reputación de Oswald como alguien que más adelante la gente recuerde, alguien metido en cosas raras.

—¿Y si Oswald no se presta?

—Creamos nuestro propio Oswald, un segundo, un tercero, un cuarto. Haga lo que haga después de su paso por México, el plan se pondrá en práctica. Mackey quiere a los Oswald por todo Texas. Quiere que Alpha proporcione los individuos. Hablé con Carmine Latta sobre el respaldo financiero para esta operación.

—El encargado de hablar con Carmine soy yo.

—Esta vez no.

—Yo soy el contacto.

—Cierra el pico y te contaré lo que ha sucedido.

—Carmine y yo armonizamos.

—En Dallas hay una sucursal de Alpha cuya sede central se encuentra en una casa destartalada. Hoy Carmine ha enviado a su guardaespaldas a Dallas con los bolsillos llenos a rebosar de dinero contante y sonante.

EN MÉXICO D.F.

Tarjeta postal #6. México D.F. Una capital antigua y moderna. Extensa e íntima a la vez. Una ciudad de contrastes. Leon está en su habitación del Hotel del Comercio y cuenta los pesos que le quedan. Tiene un mapa callejero en el que ha señalado claramente los destinos de la jornada. Tiene los documentos y recortes. Tiene su diccionario de español-inglés de treinta y cinco centavos, con el logotipo del canguro. (Nuevo, conciso. *New, concise*). Le gusta viajar por el extranjero, como al presidente.

Recorre a pie los tres kilómetros que separan su hotel de la embajada cubana. Explica a la recepcionista que se va a Rusia y que quiere pasar una temporada en Cuba. Es más fácil conseguir un visado de tránsito pues los cubanos recelan de los norteamericanos. Además, todo el que está de camino hacia Rusia goza del beneficio de la duda.

La mujer estudia su antiguo permiso de trabajo soviético, la prueba de su matrimonio con una ciudadana soviética, la prueba de su dirección del movimiento del Trato Justo con Cuba, el recorte de prensa de su detención y otra serie de documentos.

La mujer no dice *sí*, pero tampoco dice *no*^[7].

Lo envía a hacerse fotos para la solicitud de visado. Lee se detiene ante la embajada soviética, situada a un par de manzanas. La proximidad resulta tranquilizadora. La embajada se encuentra en una gran mansión gris con columnas en la entrada y bonitas buhardillas. Hay centinelas armados y una alta verja de hierro con púas en la parte superior. Leon piensa, conforme entra, que probablemente lo estén filmando con una cámara oculta.

Un funcionario estudia los documentos. Dice que sería conveniente que Leon regresara con el visado de tránsito para Cuba en mano.

De acuerdo. Se hace las fotos y regresa a la embajada cubana. La mujer le explica que debe conseguir el visado de entrada soviético para que le den el visado de tránsito para Cuba.

De acuerdo. Regresa a la mansión. El funcionario le informa que, en el caso de que se lo otorguen, el visado tarda cuatro meses. Leon explica que cuando estuvo en Finlandia consiguió el visado en dos días. El funcionario le recuerda que están en México, y Leon casi espera que añada: «Semillero de intrigas».

Toma el plato del día: carne con arroz. Cuesta cuarenta y dos centavos. Busca el menú en el diccionario, come unos bocados y vuelve a buscarlo.

Al día siguiente se presenta en la embajada cubana y exige ver al cónsul. Le grita al hombre que le atiende. Sostienen un diálogo estentóreo y agresivo. Leon conoce sus derechos y es partidario de la revolución.

Después visita a los soviéticos y le pide al funcionario que consulte a la embajada en Washington. Tienen cartas archivadas. Su esposa es rusa. Se casaron el mismo día

que Castro obtuvo el Premio Lenin de la Paz.

Leon sospecha que este hombre pertenece al KGB y menciona a Kirilenko. ¿Es o no una buena idea? Al menos es un hombre, un vínculo. Leon también piensa que no sólo lo fotografían cámaras soviéticas ocultas, sino cámaras de la CIA escondidas en el edificio de enfrente, en un coche aparcado o, por lo que sabe, colgadas de un satélite en el cielo.

Le ha correspondido la habitación número 18. Octubre está a punto de empezar y él cumple años el 18. David Ferrie nació el 18 de marzo. Han hablado de esta cuestión. El año de nacimiento de Ferrie es 1918.

El domingo va al cine por la tarde y por la noche.

Al día siguiente visita la embajada cubana, habla por teléfono con la soviética y luego la visita. Piensa que probablemente la CIA coloca aparatos de escucha en los teléfonos de la representación soviética.

Cuba y Rusia. Rusia no está totalmente excluida. De hecho, podría regresar a Rusia si a Marina le concedieran el visado. Podría ir de visita o a quedarse. Podrían volver a ser una familia.

Leon pregunta al funcionario soviético si ha llegado la respuesta al telegrama enviado a Washington. Le dice que puede ofrecer información a cambio de los gastos de viaje hasta la URSS. Menciona de nuevo a Kirilenko.

Por la tarde consulta un ejemplar de *Esta Semana*, que ha cogido en el vestíbulo del hotel. Acontecimientos y lugares en inglés y en español. Aquí todo ocurre por partida doble y sus ojos pasan constantemente de un idioma a otro.

Al día siguiente, en ambas embajadas le comunican que no se han producido novedades. Vuelve a mostrar los documentos y la correspondencia. Los documentos son la base de cualquier reclamación o petición. Un hombre con documentos se vuelve real.

Pero se trata de una trampa burocrática en dos, tres idiomas, y nada surte efecto. Lo rechazan, se lo quitan de encima. Cuesta creer que los representantes de la nueva Cuba le traten de esa manera. Siente una profunda desilusión. Tiene la impresión de que vive en el centro del vacío. Desea percibir una estructura que lo incluya, una definición lo bastante clara para concretar a dónde pertenece. Pero el sistema flota a través de él, a través de todo, incluida la revolución. Para el sistema es un cero a la izquierda.

Por tercera o cuarta vez come en el pequeño restaurante contiguo al hotel. Piensa que, a partir de las escuchas telefónicas y de las fotos tomadas por las cámaras ocultas, fluyen las comunicaciones entre los diversos organismos de Estados Unidos.

Hasta ahora ha sido el único norteamericano del hotel y del restaurante. Nota que alguien lo observa, un hombre sentado en una mesa próxima a la cocina, y llega a la conclusión de que no es mexicano. Leon cree haberlo visto fugazmente al entrar, pero no desea mirar en esa dirección y comprobar quién es. Percibe en el hombre algo que no desea saber. Suena música, probablemente un fandango, en la radio situada en un

estante. Se mueve en la silla y da claramente la espalda a la esquina donde se encuentra el hombre. Lo curioso, lo raro, extraño y singular es que Leon está convencido de que ese hombre es T. J. Mackey. Bebe un sorbo de agua. Nota que la sangre sube tumultuosa por su espalda. Por aquella mirada fugaz sabe que el hombre no es latino. Sabe que tiene hombros anchos y el pelo corto. Saca el diccionario del bolsillo sólo por hacer algo, para ocupar las manos, y lo hojea. No fue más que una mirada fugaz, un borrón. Bebe agua lenta, casi formalmente, consciente de sí mismo, en una postura correcta y seria, como la que adopta cualquiera que se sabe vigilado.

Al cruzar la plaza oye que alguien grita «Leon», pero pronunciado más a la española que a la inglesa, y llega a la conclusión de que no lo llaman a él.

A las ocho y media de la mañana del día siguiente, sube a un autocar y ocupa el asiento número doce, plaza que ha reservado a nombre de H. O. Lee. Sólo diecisiete horas después, cuando se acercan al Puente Internacional, Leon se da cuenta de que ha olvidado visitar la casa de Trotski, la vivienda fortificada de México D.F. en la que Trotski pasó sus últimos años de exilio. El pesar le hace sentirse sin aliento, físicamente débil, pero descarta con rapidez la idea, diciéndose que no tiene la menor importancia.

Lleva dos plátanos en una bolsa de papel, los saca y se los traga antes de que el autocar llegue al puesto de aduana. Supone que está prohibido pasar fruta por la frontera y prefiere no tener el menor roce con las autoridades.

4 DE OCTUBRE

Mary Frances pasó la aspiradora por el suelo de la sala. Se sentía hinchada y cargada de hormonas. El mero hecho de existir, de poner un pesado pie delante del otro, exigía un gran esfuerzo. Era viernes, las clases ya habían terminado, y pasó la aspiradora alrededor de Suzanne, quien, arrodillada en el suelo, veía en la tele unos dibujos animados. Pasó la aspiradora sobre el saliente que separaba la sala del comedor, alrededor de la mesa y debajo del aparador de roble. Hoy su cuerpo presentaba mucha resistencia, había demasiadas fuerzas contrapuestas.

Win pasó ante la puerta con un cuchillo en la mano.

Mary empujó la aspiradora hasta la sala. Era una Hoover de hacía cinco años, con el receptáculo en forma de satélite espacial. Le extrañó poder pasar la aspiradora por delante de Suzanne y que la niña no se quejara. La pequeña veía a través de ella y oía las voces de los dibujos animados a pesar del estruendo de la Hoover.

Después de la cena, Win bajó al sótano para investigar un ruido. Se vio bajar por la escalera de madera, con la cabeza algo inclinada y los dedos de la mano derecha extendidos. Mary Frances decía que las casas siempre hacen ruido. Percibió el olor de la trementina y comprendió que era posible quedar enganchado, entregarse a ese olor volátil, persistente, a pino, toda tu vida girando sobre el eje de los efluvios de la trementina. Mary Frances le aseguró que las casas se mueven y cambian de sitio constantemente.

Gracias. Pero a veces se trata de algo más.

Win regresó a la sala y se sentó junto a ella para oír la radio. A Mary le gustaban los predicadores evangelistas, hombres de una elocuencia que ponía los pelos de punta.

—¿No te encuentras bien? —se interesó Win.

—Estoy muy bien.

—Quiero que te sientas bien.

—Estoy muy bien.

—Si no estuvieras bien, sería devastador. No debe ocurrir, ¿de acuerdo? A decir verdad, no podría soportarlo.

Mary tenía un catálogo de Sears sobre el regazo. Había hecho compras por catálogo cuando los destinaron a zonas perdidas. ISOLATION TROPIC. Win se preguntó qué diablos habría ocurrido con Mackey.

—Ya está bien de solemnidades —exclamó Mary.

—¿No te gusta que se ocupen de ti?

—Tal como lo haces, no.

—El ama de casa que nunca tiene tiempo para sí misma. ¿No disfrutas con estas atenciones?

—Tal como lo haces, no. Te muestras tan afligido que se me congela la sangre.

Win rio. Oyeron que Suzanne cruzaba la cocina tarareando una canción infantil muy popular. Mackey había esquivado todos los intentos de Parmenter por dar con él. ¿Qué significaba? Según Larry, lo más probable era que se hubiera largado. No quiere hacerlo, quiere cambiar de carrera. Se terminó. Lo intentamos.

*Alubias, alubias, el fruto musical,
cuantas más comes, más suenan.*

Parmenter había viajado a Buenos Aires para conocer su nuevo destino. Aquí está el futuro de la Agencia, le dijo a Everett. Hay que seguir el rastro de las divisas. Mover y ocultar dinero. Crear reservas monetarias. Financiar grandes operaciones con complicadas redes de dinero.

Lancer viajará a Texas.

—¿Notaste su tono indiferente? —preguntó Mary Frances.

—Sólo es una rima infantil. ¿A qué tono te refieres?

—No, me refiero al modo en que ensayó la indiferencia, para que no nos enteráramos de lo que debíamos oír.

—Fue indiferente porque es indiferente.

—¿Dónde está el cuchillo para carne que has usado para rascar pintura? Nos estamos quedando sin cuchillos.

Premoniciones. El comentario sobre el viaje del presidente apareció en el *Record-Chronicle* de la semana pasada. Una breve gira por Texas en noviembre, después de su estancia en Florida. Paradas en Houston, San Antonio, Fort Worth y Dallas. La noticia estaba escondida en el periódico. Eran tres o cuatro líneas que sólo una persona profundamente interesada en el paradero del presidente podía descubrir. A Win le llamó la atención que el presidente Jack tomara esa dirección. La conspiración iba al encuentro del conspirador, en el supuesto de que lograra pasar de Miami. Parmenter podía equivocarse. Tal vez algo seguía vigente, un movimiento una lógica demoledora.

—No he logrado encontrar el rascador de pintura —se excusó Win.

—Deja en paz los cuchillos.

—Pasa algo con el rascador de pintura. Sabes que está allá, lo estás mirando, pero no logras distinguirlo del fondo. Seamos sinceros: el fondo es inmenso y confunde.

Buscaba una solución para la culpa y el miedo. No era lo bastante fuerte para sobrevivir a los daños que podría provocar esa operación si se convertía en una segunda vida. Casi anhelaba que lo descubrieran. Hasta cierto punto, el hecho de que le hicieran frente, lo sometieran al detector de mentiras y le obligaran a decir la verdad sería una liberación. Win creía en la verdad. Temía y le agradaba la posibilidad de que lo sometieran al detector. La Oficina de Seguridad dispone de modelos diseñados para caber en una maleta. Podían interrogarte en casa. Llegarían con una Samsonite en la que caben dos trajes. Desembalarían el aparato y mezclarían

algunas preguntas de control con el material de fondo. Su cuerpo haría el resto, revelaría los datos no protegidos. La máquina se interpone entre el hombre y sus secretos. Hay algo íntimo en el detector de mentiras. Mide la conducción epidérmica y oye tu sudor. Da pie a que te entregues. Las mentiras aceleran la respiración y hacen martillear la sangre. Se trataba de una idea anticuada, vieja y pintoresca, pero había visto con sus propios ojos lo bien que funcionaba. Falló una prueba y se derrumbó al comenzar la siguiente. El detector de mentiras, o polígrafo. Poseía un agradable sonido técnico, especializado, pero seguía siendo tradicional, descifrado, provenía del griego.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi pequeña? —gritó Win.

—En su habitación —respondió Mary Frances.

—La queremos aquí abajo, necesitamos que alguien nos dé ánimos.

—En cuanto se mete en su habitación, el tema está cerrado. Se acabó la jornada.

—Yo tuve que compartir mi habitación —comentó Win.

—Gracias a Dios, tuve una habitación para mí sola.

—Supongo que sabes que muy pocas de las grandes figuras históricas tuvieron su propia habitación.

—Adoraba mi dormitorio.

—¿Estás diciendo que no has vuelto a tener nada tan bonito? —Y luego añadió a gritos—: Baja a charlar con nosotros o nos sentiremos muy triiiiistes.

Win salió al porche para investigar un ruido. Encendió un cigarrillo. Oía una radio lejana. Una voz antigua, una voz radiofónica de otra época puede restituir los recuerdos. Aquella casa alimentaba recuerdos: el porche curvo, los postes de roble cubiertos de catalpa.

Aunque conocía todas las técnicas inventadas para superar a la máquina, sabía que sería incapaz de ponerlas en juego. Creía en el detector. Deseaba cooperar, demostrar a todos que la máquina funcionaba a la perfección. Ese tipo de artilugios nos vuelve dóciles y flexibles, deseamos satisfacerlos. El polígrafo era su única esperanza de liberación después de lo que había hecho, de lo que había desencadenado en medio de la multitud. Un modo de escapar a la muerte porque, con el tiempo, la compasión cubriría sus rostros. Todos comprenderían que sólo buscaba lo mejor para su patria. Amaba a su país. Amaba a Cuba, conocía su lengua y su literatura. No se limitaría a afirmar y negar. Les hablaría para explicarles que la lógica de toda conspiración conduce a la muerte. T-Jota está en alguna parte, mascando chicle y bizqueando a causa del resplandor. Ellos asentirían y comprenderían. Sus miradas transmitirían el perdón. Al fin y al cabo, no son despiadados. Puedes despotricar contra la Agencia, pero lo cierto es que perdona.

Dios está en Texas vivo y coleando.

Entró y apagó la radio. La jornada ni siquiera había transcurrido y ya tocaba volver a acostarse. Comprobó que la puerta principal estaba cerrada y apagó la luz del porche. Recorrió el pasillo por enésima vez, comprobó que la puerta de atrás estaba

también cerrada y el horno apagado. Salvo la luz de la cocina, lo último que comprobaba en la planta baja era el horno. Apagó la luz de la cocina y subió la escalera.

Tropezó casi al final, un vulgar traspíe, sin hacerse daño y sin consecuencias, pero Mary Frances salió disparada del dormitorio, en silencio, para cogerlo del brazo y guiarlo.

Win se sentó en el borde de la cama y se quitó los zapatos. Mary, que lo observaba, se esforzaba por interpretar su expresión.

—Sólo fue un tropezón.

—Eso me pareció.

—Resbalé como un tonto.

—Mañana a las diez tienes un seminario. En el edificio de artes y ciencias.

—Quiero que estés bien —insistió Win—. Tienes que estar absolutamente bien. No podemos pasar por una situación en la que no te encuentres totalmente bien. Sería incapaz de seguir adelante si no estuvieras bien. Cuento contigo para todo lo que importa.

La Agencia perdona. No había un solo integrante de los niveles superiores de los cuatro directorios que no apreciara los peligros del trabajo clandestino. Les satisfaría su voluntad de cooperar. Por añadidura, admirarían las complejidades de su plan, pese a ser incompleto. Había en él arte y memoria. Había sentido de la responsabilidad, de la fuerza moral. Y era una imagen tangible de sus propios deseos oscuros. Nunca se sintió tan integrado en la Agencia como durante los primeros y jadeantes días del desarrollo de esa conspiración.

Una vez en pijama, permaneció en pie al lado de la cama. Había olvidado comprobar si el horno estaba apagado. Tendría que bajar a comprobarlo. Mary Frances, tendida a oscuras y casi dormida, respiraba profundamente. Tiene que comprobar que el horno está apagado y registrar ese hecho. Eso significa que una noche más están a salvo.

Mackey, de pie junto a la nevera, bebía agua de una jarra. Llevaba chándal y gorra de béisbol. Había adoptado la costumbre de salir a correr por la noche para controlar su peso.

Se quitó la gorra y la lanzó al aire. Se sentó ante la mesa de la cocina y mondó una naranja. La casa se alzaba al final de una calle sin pavimentar, aproximadamente a un kilómetro del corazón de la Pequeña Habana.

Entró Raymo y preguntó:

—¿Cuándo has vuelto?

—Esta tarde.

—¿Has oído los rumores? Alguien ha planeado lo mismo en Chicago.

—Llamó Banister. Leyó un teletipo del FBI en el que se habla de un intento de

asesinato.

—Un equipo de cuatro hombres. Como mínimo, uno podría ser cubano. En Chicago esperan a JFK el 2 de noviembre.

—Esperaremos nuestro turno.

—Si se corre la voz, podría sucedernos lo mismo.

—Eso espero —replicó T-Jota—. En realidad, he tomado medidas para acelerarlo. Es la única posibilidad de tener éxito. Lo haremos rápida y decididamente. Mantén el pico cerrado y no se lo cuentes a Frank ni a Wayne.

—Olvidaremos Miami.

—Correcto.

—Entonces no traemos a Leon aquí.

—Correcto.

—¿Dónde está?

—Cogió un autocar de Transportes del Norte hasta Laredo. Te apuesto lo que quieras a que viaja de allí a Dallas en un Greyhound. Lo importante es que los cubanos le rechazaron. Leon se quedó sin visado. Todo empieza a tomar forma. Queremos algo modesto, espontáneo, un homicidio semejante a los que ocurren en Texas todos los días.

—JFK.

—El mes que viene visitará Dallas. Este hombre no para de viajar. Dondequiera que va, alguien desea algo de él. Grandes esfuerzos por expresar deseo y cólera. No sé muy bien de qué se trata. Tal vez es demasiado guapo para seguir vivo.

Separó un par de gajos y se los dio a Raymo.

—Será mejor que alguien vigile a Leon.

—Sospecho que Leon se ocultará de nosotros —opinó T-Jota—. Sabe qué tramamos y no está muy convencido. De momento, tenemos nuestro propio modelo de Oswald. Alpha ha desplazado individuos por todo el Estado. En el último momento tendremos que encontrar el original.

—Cuando lo llevamos a Houston, no intercambié más de diez palabras conmigo. Sólo habló con Frank.

—¿Y qué dijo?

—En seguida se lio con Frank. Quería que le diera clases de español.

A oscuras, Suzanne se sentó en la cama. Sabía que ellos dormían. En cuanto dejaba de oír el ronroneo de la radio, le bastaba con contar hasta cien. Ambos dormían a pierna suelta. Éste era el momento ideal para trasladar las Figurillas. Necesitaba un escondite más seguro. En el ropero había tanto desorden que cualquier día lo limpiarían, y las Figurillas estaban escondidas en el bolsillo de la bolsa para zapatos que colgaba en el interior de la puerta. Si encontraban las Figurillas, sería el fin de Suzanne. Ya no le quedaría protección en este mundo.

Por fortuna había encontrado un buen sitio donde mantenerlas a salvo.

Saltó de la cama y levantó la persiana hasta la mitad para que entrara la luz de la farola. Se desplazó subrepticamente con el camisón que le llegaba al suelo. Sacó las Figurillas de la bolsa de los zapatos y las depositó en el estrecho anaquel que había detrás de la vieja cómoda que un día fuera de la abuela. El anaquel sobresalía tres centímetros casi en la parte inferior de la cómoda. Sólo su mano pasaba por el espacio entre la cómoda y la pared. Era el sitio ideal, ya que las Figurillas estaban sentadas y se mantenían en equilibrio. Se trataba de un hombre y una mujer de barro que Missy, su mejor amiga, le había regalado por su cumpleaños. Eran indios de un poblado, con el pelo y la ropa pintados de negro, y ojos y boca señalados también con puntitos negros.

Regresó a la cama y se tapó.

Las Figurillas no eran juguetes. Jamás jugaba con ellas. La razón de su existencia era permanecer ocultas hasta que llegara el momento en que ella las necesitara. Debía tenerlas cerca y protegidas por si las personas que se hacían llamar mamá y papá eran, en realidad, otros.

EN DALLAS

Cuatro mujeres tomaban café y pasaban el rato en torno a la mesa de la cocina, en casa de la señora de Ed Roberts. En la encimera había un cesto de ropa doblada. Ruth Paine volvió a gesticular y pidió silencio. Todas esperaron. En ruso imperfecto, habló amablemente con Marina Oswald, que la escuchó y sonrió, con un dedo doblado en el asa de la taza. Se hablaba de niños, maridos y médicos, el parloteo habitual, pero a Ruth le resultaba interesante. Le permitía hablar en ruso. La señora de Bill Randle, sentada a su lado, asentía a medida que Ruth iba traduciendo. Dorothy Roberts escudriñaba el rostro de Marina para cerciorarse de que entendía. Querían hacerle sentir que formaba parte de las cosas.

Los chicos armaban jaleo en la habitación contigua. Ruth Paine dijo a sus dos vecinas que el marido de Marina no había tenido suerte a la hora de buscar trabajo. Había decidido vivir en una pensión de Oak Cliff hasta encontrar trabajo y un apartamento para su familia. Marina estaba a punto de dar a luz.

Dorothy Roberts habló de Manor Bakeries. Esa panificadora tenía un servicio de reparto a domicilio. También estaba Texas Gypsum, donde, según le habían dicho, contrataban personal.

Ruth Paine explicó que el marido de Marina no sabía conducir, lo que reducía las posibilidades.

Linnie Mae, la señora de Bill Randle, dijo que, después de todo, tomaría una ración de pastel de moka. Tenía realmente un aspecto tentador.

—¿Hace calor para octubre o soy yo? —preguntó Dorothy Roberts.

La puerta de una furgoneta se cerró violentamente en la acera de enfrente.

Linnie Mae Randle mencionó a su hermano. Comentó que días atrás había dicho que necesitaban otro empleado en el almacén de libros en el que trabajaba, situado en el centro de Dallas.

Ruth tradujo para Marina.

Apareció una de las niñas y se mojó el dedo para recoger migas de la mesa.

Dorothy abrió la puerta que comunicaba con el cobertizo para el coche.

—Queda en Elm Street, cerca de la autopista de Stemmons.

Cinco minutos después, Ruth, Marina, June Lee, y Sylvia y Chris —los hijos de Ruth— cortaron por el jardín hasta la residencia de los Paine, situada al lado, un sencillo rancho con cochera adosada. Al llegar a la puerta, Ruth se dio la vuelta y vio que Marina se acercaba lentamente, ancha y pesada, transportando otra alma de la oscuridad al mundo, o mejor dicho a los suburbios de Dallas. La familia Oswald se estaba poniendo a la altura de los Paine. A Ruth no le molestaba. Ni siquiera le molestaba que Lee fuera de visita una vez por semana. Estaba separada y, en realidad, era agradable contar con un hombre que realizaba ciertas tareas en la casa.

Cuando entraron, Marina le pidió a Ruth que telefonara. Ruth buscó en la guía el número del Depósito de Textos Escolares de Texas. Habló con un tal Roy Truly para

solicitar trabajo para un joven veterano de las fuerzas armadas cuya esposa está embarazada, tienen una niña pequeña, lleva una temporada en paro, desea conseguir un empleo, está dispuesto a trabajar media jornada o completa, y quiero saber si existe la posibilidad de que haya una vacante.

Marina permanecía a su lado, esperando a que Ruth tradujera.

Era un edificio de ladrillos de siete plantas, con un anuncio de Hertz en el techo. Lee se encargaba de preparar los pedidos. Cogía las hojas de pedido de la rampa del primer piso y las ponía en su sujetapapeles. Por lo general, luego subía al sexto a buscar los libros. Casi todos los que hacían ese trabajo eran negros. Por la tarde celebraban carreras con el ascensor. Portazos, voces que retumbaban en el hueco de la escalera, risas, insultos. Llevaba los libros a las chicas del primer piso, al sector de embalaje, donde controlaban y expedían la mercancía.

Infinidad de libros. Pilas de diez cajas de libros. Cajas con el sello de Libros. Con el sello que decía Diez Rolling Readers. Alcanzaban una altura superior a la de las altas ventanas. Las cajas son tan grandes que tienes que luchar con ellas. Abres una caja y te llega el olor del papel, de las hojas y la encuadernación. Los recuerdos de la escuela te embargan.

Le gustaba tener un sujetapapeles. El sujetapapeles le hacía sentir que ésa era una manera medianamente digna de ganarse el sustento. No tenía que aguantar máquinas de mierda. En ese trabajo no había suciedad ni grasa. Sólo se levantaba polvo cuando por la tarde los hombres corrían hacia los ascensores, tres o cuatro tipos pisoteaban los viejos suelos de madera para iniciar la carrera... Entre los libros se alzaba una nube de polvo soleado.

Lee estaba en el comedor de casa de los Paine y se preguntaba dónde se habrían metido las mujeres. Marina y Ruth aparecieron con un pastel y cantando Cumpleaños Feliz. Lo sorprendieron. Se emocionó. Rio y lloró. Veinticuatro años.

Era viernes, y pasó allí la noche. Al día siguiente, se sentó por la tarde en el suelo a ver una doble sesión por la tele, y Marina se recogió a su lado, con la cabeza apoyada en sus piernas.

La primera película era *Suddenly*. Frank Sinatra es un veterano que se presenta en una pequeña ciudad y se apodera de una casa que comunica con la estación de trenes. Ha ido para asesinar al presidente. Lee percibió inmovilidad a su alrededor. Tuvo la extraña sensación de que lo observaban para ver cómo reaccionaba. Se espera que el presidente llegue ese mismo día, en tren. Irá a pescar a un río de montaña. Por los coches y los peinados, Lee se percató de que la película había sido rodada en los años cincuenta, lo cual significaba que el presidente era Eisenhower, aunque nadie pronunciara su nombre. Se sintió relacionado con los hechos de la pantalla. Era como

las instrucciones secretas que entran en las redes de señales y frecuencias de emisión: la ajetreada atmósfera de las transmisiones. Marina dormía. A través de la noche enviaban un mensaje a su piel. Frank Sinatra coloca en la ventana un rifle de alta potencia y aguarda la llegada del tren. Lee sabía que fracasaría. Al fin y al cabo, sólo era una película. Tenían que arreglarlo para que fracasara y muriera.

Después vio *We Were Strangers*. John Garfield es un revolucionario norteamericano en la Cuba de los años treinta. Se propone asesinar al dictador y hacer volar por los aires al consejo de ministros en pleno. Lee sabía que eran los días del férreo gobierno de Machado, conocido como el presidente de los mil crímenes. Las calles estaban oscuras. La casa quedaba sumida en la oscuridad salvo por la pantalla parpadeante. Una cinta vieja y arañada que contenía sus sueños. La perfección de la ira, la perfección del dominio, la fantasía nocturna. John Garfield y sus reclutas cavaron un túnel bajo el cementerio. Lee se sintió en su propia salsa: pasaban esa película sólo para él. No necesitaba hacer que la película apareciera y desapareciera. Ocurría por su cuenta, bajo la luz temblorosa, con un mechón de pelo que se agitaba en un ángulo de la pantalla. John Garfield muere convertido en héroe. Tiene que morir. Eso es lo que da pábulo a la revolución.

Al concluir la película, Lee permaneció sentado mientras sonaban los estentóreos anuncios de última hora, uno tras otro, hombres de habla rápida que mostraban batidoras, champús milagrosos, y Marina yacía a su lado, dormía y respiraba suavemente.

No sólo las películas le hicieron percibir cierta extrañeza en el ambiente. Era también la época del año. Celebraba su cumpleaños en octubre. En ese mes se había alistado en los marines. Se disparó a sí mismo en el brazo, allá en el Lejano Oriente, en octubre. Octubre y noviembre eran meses de toma de decisiones y de graves acontecimientos. Llegó a Rusia en octubre. Fue el mes en que intentó suicidarse. Había visto por última vez a su madre un año atrás, en octubre. En octubre estalló la crisis de los misiles. Marina lo abandonó y regresó en noviembre pasado. Noviembre fue el mes en que, con Dupard, decidieron cargarse al general Walker. Había visto por última vez a su hermano Robert en noviembre.

Los hermanos de ambos se llamaban Robert.

Llevó a Marina a la cama, se sentó a su lado y murmuró naderías para ayudarla a conciliar nuevamente el sueño. Sintió la fuerza de su quietud, el ardor y la confianza femeninas, y la del hijo que llevaba en sus entrañas. En seguida se pondría a ahorrar para comprar una lavadora y un coche. Conseguirían un apartamento con balcón, y para variar tendrían sus propios muebles, piezas modernas, funcionales y limpias. Son modos corrientes de dejar de sentirse solo.

La casera le permitía guardar un pote de mermelada y leche en un rincón de la nevera. Se reunía media hora por semana con los demás inquilinos para ver la tele,

eso era todo. Jamás les dirigió la palabra ni levantó la mirada para verlos con claridad. Eran figuras grises aposentadas en viejos sillones, totalmente anónimas. Se había inscrito como O. H. Lee.

La pensión se encontraba en una zona de Oak Cliff que él conocía al dedillo. Enfrente quedaba la gasolinera Gulf en la que se había citado con Dupard. La lavandería rápida, que ahora se llama Reno's, se encontraba a media manzana. Visitó la lavandería y se enteró de que Bobby ya no trabajaba allí. Durante el día, el local era lugar de encuentro de media docena de mujeres con sus desaliñados críos. Éstos comían y jugaban. Las expendedoras de Coca-Cola escupían botellas por la ranura.

Su habitación medía dos metros y medio por tres y medio. Cama, tocador y ropero. Pasaba horas allí, leyendo el *Militant* y el *Worker*. Una noche cogió el autobús 22 para ir al centro. Deambuló por las calles y observó los bares. Anduvo hasta South Akard y se detuvo a las puertas del Gene's Music Bar. Dos hombres le rozaron al entrar y los siguió. Se quedó cerca de la puerta. El local estaba repleto. A lo largo de las paredes había bancos duros, desbastados. Podría limpiar fácilmente el local con un AR-15, el arma que utilizan para la protección del presidente, si disparaba en automático. Se proponía pasar allí tanto tiempo como pudiera sin llamar la atención, mirando, viendo cómo se ponen de acuerdo los invertidos.

Alguien dijo:

—No es asunto mío *pero...*

Lee intentó escoger a una persona con la que tal vez le interesara hablar, un tipo comprensivo. Atrajo algunas miradas de soslayo, y luego cara a cara. Tenía dos opciones: acercarse a la barra y pedir algo de beber o largarse. Decidió que en aquella visita sólo quería estudiar el ambiente. Regresaría con una mayor certeza, sin sentirse tan extraño y a la defensiva. Hidell significa no digas nada. Salió al aire fresco y se dio cuenta de que estaba sudando. Regresó a la pensión y leyó hasta la última palabra del *Militant* de la semana anterior. También leyó entre líneas. Percibes si quieren que hagas algo en nombre de la lucha. Publican un mensaje escondido en el texto.

Tres días después del nacimiento de Rachel, Lee asistió a un mitin en el Memorial Auditorium. El principal orador era Edwin A. Walker. Lee se quedó en la parte trasera del salón y observó a la gente que entraba. El secreto que acarreaba consigo le hacía sentirse intocable. Era él, el hombre que lanzó un disparo que erró por los pelos. Se trataba de un secreto y de una fuerza. Y allí estaba, entre ellos, entre los miembros de la Birch y los derechistas, con el 38 bajo la cazadora de cremallera.

Había alrededor de mil asistentes. Walker permaneció en pie, con su Stetson alto, y se quejó y despotricó contra las Naciones Unidas. Aplausos y más aplausos. La ONU era un elemento activo de la conspiración comunista internacional. Aplausos y más aplausos. Lee ocupó una butaca situada aproximadamente en mitad del pasillo. Percibió la pequeñez y el rencor de los asistentes. Necesitaban arrojar a alguien al

suelo y pisotearlo durante quince minutos. ¿Así os sentís mejor? Walker empezó a discursar sobre algo llamado Aparato de Control Real. Habló de una manera torpe que no comprometía a nada, no obligaba a nada. A un lado había un estandarte de los subtenientes, y al otro la bandera de los Confederados. Lee bajó por el pasillo, agachado para no impedir la visión a nadie, y encontró un asiento cerca del escenario. Walker era un hombre cansado. Su rostro parecía el de un actor maquillado para denotar fatiga y envejecimiento. Lee vio la imagen de un manchón rojo brillante en la pechera de la camisa de Walker, justo debajo del corazón.

Fuera de la sala, la gente se apiñó en torno al general e intentó tocarlo, mostrarle la cara. Walker caminó despacio hacia el coche que lo aguardaba. Lee se abrió paso en medio del gentío. La gente situaba su rostro en la línea de mira de Walker. Lo llamaban y se estiraban por encima de otros cuerpos. Lee cruzó una mirada con el general y sonrió, como diciendo: apuesto a que no sabe quién soy. Me he vuelto intocable. Tenía la mano dentro de la chaqueta y aferraba la culata del 38 sólo por hacerlo, por acercarse y demostrar qué sencillo, cuán extrañamente fácil resulta hacer notar tu existencia. Vio una imagen de la multitud espantada, que gritaba mientras se dispersaba, *No, no, no*, y a Walker en el suelo, sin sombrero, una foto de primera página en el *Morning News*.

Cogió el autobús hasta la pensión. Se sentó en la cama con el revólver en la mano. Disparar ahora contra Walker era un gesto sin porvenir. No sabía cómo llegar a Cuba. Lo más probable era que no lo aceptaran aunque se cargara al general y lograra escapar. Para Edwin Walker, la historia estaba cumplida. Lee guardó el revólver en un cajón del tocador. Se dirigió a la cocina y bebió un sorbo de leche, de pie en la oscuridad.

¿Qué tendría que darle a Fidel para que le permitieran vivir feliz en la pequeña Cuba?

Estaba al volante de la furgoneta de Ruth Paine. El polvo se arremolinaba en la superficie de grava del inmenso aparcamiento. Era domingo y el solar estaba vacío.

Ruth Paine era una treintañera alta y esbelta, de mandíbula alargada, pelo rizado de muñeca y gafas de bibliotecaria. Ruth se volvió en el asiento y miró hacia atrás.

—Despacio, despacio, despacio —repitió—. Hazlo muy despacio.

Lee condujo treinta metros marcha atrás, frenó bruscamente y ambos pegaron un respingo. Se quedaron mirando el aparcamiento azotado por el viento.

—¿Le dijiste dónde vivo?

—No sé dónde vives —respondió Ruth—. Me di cuenta de que no lo sabía cuando me lo preguntó. Marina tampoco lo sabe. Ponlo en marcha y daremos algunas vueltas.

—¿Te dijo cómo te encontró, cómo supo que Marina está contigo?

—Me pareció un hombre muy sensato. Estoy segura de que no te creará

problemas en el trabajo. Dijo que no lo hará y yo le creo.

—¿Sabe dónde trabajo?

—Se lo dije. No se me ocurrió nada mejor. Lee, representan al gobierno. —Lee miró por el parabrisas—. Ponlo en marcha, conduce hacia aquella papelera y al llegar dobla a la izquierda.

De pronto Lee recordó. Antes de irse a México, había dejado unas señas en el correo de Nueva Orleans para que le remitieran la correspondencia. Eran las señas de Ruth Paine. ¿Por qué lo buscan? Porque saben que visitó las embajadas soviética y cubana. Lo han filmado. Han grabado su voz. ¿Cómo lo llaman? ¿Escuchas electrónicas clandestinas?

—Suelta un poco el acelerador —aconsejó Ruth.

En la papelera habían pegado una octavilla que decía EL VATICANO ES LA ZORRA DE LA REVELACIÓN. Efectuó el giro correctamente y enderezó el volante.

—Quería saber quién te visita y quién te llama por teléfono. Le respondí que tus contactos sociales en casa de los Paine consistían sobre todo en marcar el número del servicio horario. Le pareció graciosísimo.

Si los fedes habían sido capaces de encontrarlo, Guy Banister podría hacer lo mismo. Éste averiguaría todo lo que los fedes supieran. Un voluminoso periódico dominical se dispersó por los aires y las páginas volaron frente a ellos. Lee paró el coche y miró fijamente a través del parabrisas.

—Probemos una vez más la marcha atrás —propuso Ruth Paine, en voz baja.

Vio un comentario en el *Morning News* sobre la visita de JFK a Dallas. Un almuerzo el 21 o el 22 de noviembre. Leyó el artículo por encima. Apenas paseó la mirada por la superficie de las palabras. Era un día fresco y despejado. Vio un carro de la compra que salía rodando lentamente de un callejón.

Marina salió de la casa durante la segunda visita del agente del FBI. Dio vueltas alrededor de su coche, intentando adivinar de qué modelo era. No entendió lo que decían las letras metálicas pero memorizó la matrícula, tal como había ordenado Lee, y al regresar a casa la anotó en un papel, pero puso mal un número.

Lee escribió una carta a la embajada soviética en Washington con la máquina de Ruth Paine. Tuvo que mecanografiarla varias veces y también tuvo dificultades con el sobre, ya que mezcló la dirección y el remite y olvidó algunos números y palabras. Pero valió la pena por ver cómo las frases aparecían claras y sólidas, con una fuerza que su letra era incapaz de transmitir. Se quejaba del tan cacareado FBI. Intentó comunicar entre líneas a la embajada que era conocido en el KGB. Solicitó visados de entrada en la Unión Soviética y comunicó el nacimiento de su hija. Culpó a los cubanos del episodio en México D.F.

Luego escribió una nota al agente del FBI, y durante la hora del almuerzo la llevó a la oficina local. Se la entregó a una recepcionista y se largó. Por lo que había entendido, el agente se apellidaba Hardy y ésa fue la única palabra que anotó en el sobre. Ni firmó ni fechó la nota, en la que decía que estaba harto de que el FBI molestara a su esposa y que, si no los dejaban en paz, tomaría medidas. Añadía que pertenecía al FBI de Nueva Orleans, donde le habían asignado un número cifrado oficial que podía verificarse.

El fin de semana hizo prácticas de aparcamiento con Ruth.

Volvió a sufrir hemorragias nasales.

Jugó con la pequeña Rachel, que, como su papá, tenía hoyuelos. Meses atrás, David Ferrie le había dicho que los hoyuelos eran una característica de los Libra.

Nicholas Branch tenía una cinta magnetofónica grabada en Miami nueve días antes de que el presidente visitara esa ciudad. La conversación fue grabada secretamente por William Somerset, un informador de la policía. El hombre que hablaba con Somerset es Joseph A. Milteer, miembro del Congreso de la Libertad y del Concejo de Ciudadanos Blancos de Atlanta.

SOMERSETT: Creo que alrededor del dieciocho, Kennedy vendrá a pronunciar un discurso.

MILTEER: Puedes apostar hasta el último dólar a que dirá muchas cosas sobre los cubanos. Hay tantos aquí...

SOMERSETT: Sí, es verdad, vendrá con mil guardaespaldas. Por eso no te preocupes.

MILTEER: Cuantos más guardaespaldas traiga, más fácil será alcanzarlo.

SOMERSETT: Dime, ¿cómo coño imaginas que sería mejor darle?

MILTEER: Desde un edificio de oficinas con un rifle de alta potencia. Sabe que es un hombre marcado.

SOMERSETT: ¿Es verdad que intentarán cargárselo?

MILTEER: Sí, claro, se está cociendo. Y en este asunto no hay cuenta atrás. Tenemos que estar listos para lo que se tercie. En la cuenta atrás, se abalanzan sobre ti, pero si estás listo no pueden hacer nada. La cuenta atrás sirve para una operación lenta y preparada. Cuando se trata de una operación de emergencia, tienes que estar listo.

SOMERSETT: Chico, si le dan a Kennedy, debemos saber qué terreno pisamos. Puedes estar seguro de que si lo hacen se armará un buen jaleo.

MILTEER: Removerán cielo y tierra. No hay duda. Si ocurriera algo semejante, en pocas horas detendrían a alguien, aunque sólo fuera para quitarse al público de encima.

Cuando los miembros del servicio secreto oyeron la cinta, convencieron a los hombres del presidente para que cancelaran la caravana de automóviles programada para Miami. Kennedy viajó en helicóptero desde el aeropuerto hasta un hotel céntrico, donde habló con un grupo de periodistas.

Branch tiene dos teorías con respecto a este incidente.

Primera: T. J. Mackey comunicó la noticia de la conspiración directamente a Milteer o a los de su círculo. Se sabe a ciencia cierta que Mackey estaba conectado con la unidad de inteligencia de la policía de Miami, y cabe la posibilidad de que supiera que controlaban a Milteer. Milteer, un georgiano de sesenta y dos años, era conocido por participar en la resistencia violenta a la integración.

Segunda: Fue Guy Banister quien habló a Milteer del proyecto de atentado en Miami y, sin pretenderlo, dio al traste con la operación.

(El servicio secreto no dio detalles sobre las conversaciones grabadas con los agentes encargados de la seguridad del presidente en Dallas. Después del magnicidio, el FBI interrogó superficialmente a Milteer).

Branch también ha desarrollado una teoría sobre los dobles de Oswald que durante casi dos meses estuvieron activos básicamente en Dallas, pero asimismo en otras ciudades texanas. Opina que Mackey creó ese plan con el propósito de tener ocupado a Alpha 66, para que sus miembros se encontraran tan empantanados en acuerdos y montajes rígidos que no pudieran adaptarse en cuanto la primera brisa derrumbara la fachada de Miami. Joseph Milteer había aludido a la diferencia entre cuenta atrás y estar listo. Mackey quería cerciorarse de que Alpha quedaba inmovilizada en la cuenta atrás. Pero él estaría listo.

Fue una operación tosca. Alguien que se parece a Oswald entra en un concesionario de automóviles, dice llamarse Lee Oswald, asegura que pronto recibirá dinero, prueba un Comet a alta velocidad y hace un comentario sobre su retorno a Rusia. Alguien que dice llamarse Oswald acude a un armero y hace montar una mira telescópica en su rifle. Alguien que se parece a Oswald acude seis veces a un campo de tiro en un período de trece días y se dedica a disparar a los blancos de los demás.

Todos esos incidentes ocurrieron en momentos en que se sabía que el verdadero Oswald estaba en otra parte.

Últimamente con más frecuencia, a Nicholas Branco le parece que «Lee H. Oswald» es un diagrama técnico, el fragmento de un ejercicio de manipulación secreta de la historia. La fotografía tomada por cámaras ocultas de la CIA a un hombre que pasa ante la embajada soviética en México D.F. tiene una tarjeta de identificación que reza «Lee H. Oswald». Aunque por aquel entonces Oswald se encontraba en México D.F., el de la foto es otro: de pecho ancho, cara redonda y pelo corto, al final de la treintena o principio de los cuarenta. Otro tipo de doble. A nadie sorprende que Branch sólo piense en términos numéricos en el día y mes del asesinato: 22/11.

Sin embargo, existe algo aún más curioso que el error de identificación. El

hombre de la foto corresponde a las descripciones físicas que Branch ha visto por escrito de T. J. Mackey.

(El supervisor jamás ha podido proporcionar una foto de Mackey etiquetada como tal).

Branch se repantiga en su sillón de cuero como un guante y contempla las montañas de papel que le rodean. El papelamen escapa de la habitación y franquea el umbral rumbo a la casa propiamente dicha. El suelo está atiborrado de libros y papeles. El armario está repleto de material que aún no ha leído. Tiene que encajar nuevos libros en los estantes, meterlos por la fuerza, insertarlos de lado, apretar y conservar todo. En esa estancia no hay nada que pueda desechar por impropio o anticuado. A uno u otro nivel, todo tiene importancia. Es la sala de los datos solitarios. El material sigue llegando.

El supervisor envía treinta tomos más del expediente de ciento cuarenta y cuatro volúmenes que la CIA ha acumulado sobre Oswald. Envía cajas con los informes de las investigaciones y las transcripciones de los juicios relacionados con personas lejanamente conectadas con los acontecimientos del 22 de noviembre. Envía los informes de los forenses sobre los muertos.

Salvatore (Sam) Giancana, el jefe mafioso que se crio en Chicago cerca de donde vivía Jack Ruby, aparece muerto en junio de 1975 en su sótano recién terminado, con un disparo en la nuca y seis alrededor de la boca, en forma de costura. Cinco días después debía declarar ante un comité del Senado encargado de investigar las conspiraciones contra Castro. Aparece el arma asesina y se sigue su pista hasta Miami. No hay arrestos.

Walter Everett Jr., el creador de la trama, aparece muerto en mayo de 1965 en la habitación de un motel de las afueras de Alpine, Texas, donde colaboraba con el rector del Sul Ross State College. Se dictaminó que había muerto de un ataque cardíaco. Estaba inscrito como Thomas Stainback.

Wayne Wesley Elko, ex paracaidista y mercenario en sus ratos libres, aparece muerto en enero de 1966 en una habitación de motel de las afueras de Hibbing, Minnesota. Se dictaminó una sobredosis de morfina. En su camioneta, la policía halló herramientas e hilo de cobre robados en una mina de hierro cercana, y un crío de dos años dormido en un asiento de coches para bebés.

Francis Gary Powers, el piloto del U-2, consigue trabajo en la KNBC de Los Ángeles. Pilota un helicóptero e informa sobre el tráfico y los incendios de matorrales hasta que un día de agosto el Bell Jet Ranger se queda sin combustible y cae en picado sobre un campo donde unos muchachos juegan al béisbol. Powers muere en el acto.

El accidente tiene lugar a unos cinco kilómetros de Skunk Works, un edificio con ventanas tapadas de la Lockheed Aircraft, donde veintidós años antes se desarrolló el primer U-2.

Branch recela de estos casos de fácil coincidencia. Piensa que alguien quiere

encaminarlo hacia las supersticiones. Le gusta que cada cosa sea lo que es. ¿Acaso un hombre no puede morir sin el consiguiente ritual de la búsqueda de pautas y vínculos?

El supervisor envía un estudio de cuatrocientas páginas sobre las semejanzas entre la muerte de Kennedy y la de Lincoln.

Wayne compartió el asiento trasero con el viejo pastor alemán de Raymo. Se proponían viajar ligeros de equipaje. Habían salido de Miami a toda velocidad, y cogieron tan sólo lo imprescindible, por lo que resultaba difícil entender para qué llevaban el perro, corpulento y mareado, falto de oxígeno.

Viajaron de noche.

Raymo condujo y Frank se sentó a su lado. Casi todo el tiempo hablaron en español, y Wayne ni se molestó en descifrarlo. Su mente aún estaba perturbada por la certeza de lo que iban a hacer: cruzarían la frontera. Parecía de ciencia ficción. Te transportaba más allá de los pórticos corrientes.

Frank condujo un rato y Wayne viajó en el asiento delantero. Por suerte no usaban el Bel Air. Era un Mercury del 58 con la carrocería picada de viruela y el motor más que a punto, una maravilla que funcionaba a la perfección. Wayne puso la radio a todo volumen. El viento silbaba. A excepción del rifle que llevaba Mackey, el resto de las armas nuevas estaba en poder de Alpha. El rock and roll resonaba en pleno rostro de Wayne. Mediada la noche pasaron por Tallahassee.

El padre de Wayne solía decir: «Dios creó gente corpulenta y gente menuda, pero Colt inventó el calibre 45 para igualar las cosas».

No era ésta una misión de búsqueda del promedio social. Se trataba de un viaje a toda marcha para cruzar la frontera. Wayne no hacía más que sacudir la cabeza para que todas las piezas encajaran en su sitio. Esos movimientos temblorosos atrajeron la mirada de Frank, que estaba al volante. A Wayne lo asombraba que en Estados Unidos pudiera existir semejante idea. Y él estaba en el corazón del proyecto mientras el viento sacudía el coche.

Hicieron un alto para orinar en medio del campo, bajo la llovizna.

Wayne cogió el volante cuando las primeras luces del alba rojiza rompieron a sus espaldas. En ese momento no había radio ni vientos. Frank dormía en el asiento trasero y se quejaba.

—Aún intento comprender —musitó Wayne, y miró a Raymo—. ¿Lees ciencia ficción?

—Wayne, ¿estás loco?

—Hay algo que solía sentir antes de saltar por la noche. Me preguntaba: ¿sucede de verdad?

—Te aseguro que esto es real.

—Ya lo sé.

—Primero suspenden Chicago de repente y luego van a Miami sin la caravana de automóviles. *Ellos* saben que es real.

Wayne siguió observando a Raymo, y de vez en cuando miraba la carretera. El coche funcionaba a la perfección, se portaba maravillosamente bien.

—Parece una carrera a través de la noche —comentó, burlescamente nervioso.

—Pagan muy bien. Piensa en lo que ganas en una jornada.

—Somos hombres elegidos a dedo para la misión más importante de nuestra vida.

Adelantaron un convoy de vehículos militares. Un rato después, Raymo señaló el asiento trasero y dijo:

—Se me acaba de ocurrir algo.

—¿Qué?

—Creo que debería sacrificarlo.

—¿De qué hablas? ¿Del perro?

—Ha perdido la coordinación. Cuando intenta incorporarse, le resbalan las patas traseras.

—El sistema nervioso empieza a fallar.

—Detesto llevarlo a la perrera. Allí los sacrifican con gas.

—Y tú no quieres gas.

—Detesto esa idea.

—Pero sabes que hay ciertas cosas que son ineludibles.

—He tenido a este perro desde antes de Girón.

—Y ahora te falta valor.

—¿Te molestaría ocuparte de este penoso asunto?

—Pararé en cuanto pueda —aseguró Wayne.

Escudriñó el rostro de Raymo, inexpresivo, y ocho kilómetros más adelante tomó el desvío que conducía a un aeropuerto regional.

Llevaba un cuchillo de caza envuelto en un par de jerseys, dentro del saco de color caqui.

Paró en el arcén cubierto de hierba de un camino largo y recto que discurría junto a una cerca de cadena coronada por alambre de espino. Se apeó y esperó a que Raymo depositara al perrazo sobre la hierba. Vislumbraba perfiles de hangares y de avionetas. Raymo subió al coche, condujo treinta metros y se detuvo. El perro se incorporó a la vera del camino. Wayne se acercó por detrás y se puso a horcajadas sobre el animal. Aún había estrellas. Aferró al perro por el cogote y tiró con fuerza. Las patas delanteras se agitaron en el aire y Wayne movió la mano derecha bajo el morro del perro. Gruñó al cortar la garganta del animal. Dejó de hacer fuerza con la mano izquierda. El perro cayó violentamente y quedó tendido entre los pies de Wayne, en un charco de sangre. Volvió a gruñirle al animal y caminó hasta el coche, esgrimiendo el cuchillo ensangrentado. Quería que Raymo lo viera, sólo como señal, un gesto cuyo significado no podía expresarse con palabras.

Ahora estaba en condiciones de dormir. Dormitaron todos un rato a última hora

de la mañana. Más tarde, a oscuras, captaron por radio los primeros latidos de Dallas, un zumbido y un crujido en los límites de la banda de frecuencias, y escucharon una voz extraña que resonaba en la larga noche.

«Os diré algo, corazones míos, esta noche la gran D está nerviosa. Se acerca el momento. Fijaos que la gente dice cosas espeluznaantes. Sentid cómo la noche se abalanza sobre nosotros. ¿No lo percibís a vuestro alrededor? El peligro está en el aire. Se ve en las calles: carteleras, pegatinas y octavillas. Dicen cosas horribles de nuestros dirigentes. Esta mañana, cuando paseaba por la calle, en un escaparate vi un dibujo en zigzag y de pronto pensé: Es *una esvástica*. ¿Creéis que me lo invento? Pues no. Permitidme trasladar un pensamiento a través del ozono para que vuestros relojes dejen de funcionar. ¿Cómo sabemos que realmente es *él* quien viene a visitarnos? ¿Habéis oído los rumores según los cuales viaja con una docena de sosias cuando se interna en tierra de nadie? Sólo lo hace para desorientar al enemigo. Tal vez nos toque Jack séptimo o Jack décimo. O todos al mismo tiempo en diversos escenarios. Personalmente lo comprendo, o quizá se debe a que soy receptivo a las fantasías ajenas. Algunas cosas son verdaderas y otras son más veraces que la verdad misma. Oh, el ambiente está caldeado. ¿Acabáis de sentir la tensión? ¿Sabéis lo que representa Dallas en el plano del universo? Somos como cualquier otro sitio, mejor dicho, como cualquier otro sitio que desea ser. Vestimos, hablamos y pensamos de manera semejante. Somos un *modelo* para el país. No me lo estoy inventando. Sin embargo, el ligero escozor se transmite. ¿No notáis como pugna por subir a la superficie? La gente dice que entrará en la ciudad montado en el triciclo de Caroline. No es lo bastante duro para conducirnos a Armagedón. Los antiguos terrores de la noche. Lo estamos viendo, sabemos que está aquí, sentimos que está aquí. Tiene que ocurrir, sucederá algo extraño, oscuro y temible. Barbarrara dice: La noche cae sobre la gran D.»

Raymo, Wayne y Frank nunca habían estado en Dallas y se preguntaron de qué hablaba ese chalado.

Miércoles. Lee salió de la pensión y se encaminó al bar donde desayunaba casi todas las mañanas. Observó las matrículas de los coches aparcados en North Beckley, en busca de la del agente Hardy.

Tendrían sus propios muebles, modernos, y una lavadora para Marina.

Pidió huevos pasados por agua. Comió con el codo izquierdo apoyado sobre el periódico doblado. El ruido y las conversaciones le rodearon. Incluyó la cabeza sobre el diario y leyó el cuarto o quinto artículo aparecido durante la última semana sobre un profesor de ciencias políticas de Yale detenido en la Unión Soviética por espía. Lo arrestaron a las puertas del Hotel Metropole, uno de los sitios donde Lee se había hospedado. Lo detuvieron y luego lo pusieron en libertad. En realidad, el artículo trataba de Lee. Últimamente, todo lo que oía, veía y leía trataba de sí mismo. Le

transmitían mensajes a su piel.

Caminó hasta la parada del autobús, sin dejar de comprobar las matrículas. Un Mercury de color cobre avanzaba al mismo ritmo de Lee calle abajo. Tenía cristales ahumados. Se hallaba dispuesto a identificarse como O. H. Lee y a no decir nada más. Conocía sus derechos. Sus derechos estaban garantizados. No soportaría el menor hostigamiento.

Se abrió la ventanilla, David Ferrie apoyó el codo en la portezuela y se volvió para mirarlo.

—No puedo llegar tarde al trabajo —dijo Lee.

Fueron en coche hasta el Depósito de Textos Escolares. Lee interrumpió varias veces la conversación a fin de dar instrucciones, temeroso de equivocarse el camino.

—¿Has leído la prensa? —preguntó Ferrie—. Publicaron un artículo cada dos días. Primero dijeron que venía y luego que almorzaba en el Trade Mart. Luego hablaron de la caravana de coches que desfilaría por el centro. Y por último los periódicos de ayer, los dos, que vi con mis propios ojos. Hay un plano calle por calle de la ruta del desfile de coches. De Harwood a Main. De Main a Houston. De Houston a Elm. Bajaré por Elm hasta la autopista de Stemmons. Pensé para mis adentros: el viejo Leon lo está *viendo*. ¿Qué sentirá? ¿Qué sentiste, Leon? Debió de ser un momento inefable, como una visión en el firmamento. Se te debió parar la circulación.

—Sólo sé que recorreré cinco ciudades en dos días. Aquí estará un par de horas.

—Sabes dónde vives y dónde trabajas.

—A decir verdad, ayer no leí el diario.

—*Por supuesto* que lo viste. Decía que el presidente pasará bajo tu puñetera ventana. El condenado edificio da a Elm Street, ¿no? Su coche bajará por Houston en línea recta hacia ti. Después descenderá por Elm. Pasará lenta y grandiosamente a tu lado. Es el único sitio del mundo donde trabaja Lee Oswald. Y en el único momento del día en que se sienta a solas junto a la ventana y disfruta de su almuerzo. Las coincidencias no existen. Como no sabemos qué nombre darles, hablamos de coincidencias. Ocurren porque tú las haces ocurrir.

Ferrie estaba acalorado y casi gritaba. Lee le indicó que girara a la izquierda. Ferrie sujetó con fuerza el volante.

—Te das cuenta de lo que significa. Te muestra lo que tienes que hacer. Nosotros no decidimos que trabajaras en ese edificio ni organizamos la ruta del desfile de automóviles. No tenemos tanta influencia ni poder. Hay algo más que genera este acontecimiento, un pauta que va más allá de la experiencia. Algo que *te echa de un empujón* del giro de la historia. Creo que hasta ahora se te ha dado muy mal. Querías entrar en la historia. Te equivocaste de enfoque, Leon. Lo que realmente quieres es salir, largarte, dar el salto, encontrar tu sitio y tu nombre en otra esfera.

Lee le dio indicaciones para llegar a Houston Street y aparcaron frente al viejo tribunal, al sur, de espaldas al Depósito de Textos Escolares, situado a manzana y

media. Ferrie se quitó saliva de las comisuras de los labios. Estaba jadeante. Lee, impertérrito, miraba por la ventanilla.

—Leon, esto es lo que estabas esperando.

—Entro a trabajar a las ocho.

—Ese edificio ha estado esperando a que Kennedy y Oswald convergieran.

—Por curiosidad, ¿cómo averiguó dónde vivo? Los fedes no lo saben, sólo conocen mi lugar de trabajo.

—Conocen tu lugar de trabajo. Por eso lo sabemos. Anoche te seguimos del trabajo a casa. Nos interesas más que a ellos. Escucha, pasé media noche en el coche, frente a tu pensión. *Tenía miedo* de entrar a verte. Ahora que está a punto de ocurrir, estoy acojonado. El miedo circula por mis venas. Fíjate en lo que estamos haciendo. ¿Te figuras el caos, la condenada angustia que provocaremos? Haremos contraer el cáncer a medio mundo. Me quedé sentado en el coche. Tenía miedo de dar la cara. Pensé en lo que le hacíamos al pobre Leon. Pensé que el pobre Leon había leído el artículo del diario. De Harwood a Main. De Main a Houston. De Houston a Elm. Como si se tratara de una nana espeluznante. Leon se arrodillará delante de la ventana y *lo hará*. Y yo soy uno de aquéllos, soy el agitador, soy el loco responsable.

Lee sacó un chicle del bolsillo y lo partió en dos. Ofreció medio a Ferrie, que se lo arrancó de un manotazo.

—¿Dónde está el rifle?

—En un garaje del suburbio en que se aloja Marina.

—Una vez hecho, te llevarán en coche a Galveston. Allí me reuniré contigo. Estaremos a una ciudad de distancia del lugar de los hechos. Habrá un avión preparado para emprender el vuelo desde Galveston. Volaremos a Yucatán, a un lugar llamado Mérida. Cruzarás la península en coche. Te meterán en un barco rumbo a La Habana. Te quieren allí. Se adapta a sus fines tanto como a los tuyos. El barco está preparado. Te darán un nombre y documentos. —Ferrie lo miró apenado—. Ah, más vale no olvidarlo: hay algo que no sabemos. Por ejemplo, en Yucatán podrían matarnos a los dos. Lee soltó una risilla y expulsó aire por la nariz. Luego se dio la vuelta para mirar el reloj adosado al letrero de Hertz que había en el tejado del depósito. Se apeó del coche y echó a andar.

Poco después de la hora del almuerzo, pasó ante el despacho de Roy Truly, situado en la planta baja. El señor Truly, que lo había contratado, charlaba con uno de los vendedores de libros. Lee vio que el vendedor entregaba un rifle al señor Truly. En la puerta había dos o tres hombres que conversaban entre ellos. Lee se acercó. El vendedor dijo que acababa de comprar dos rifles, un 22 para regalárselo a su hijo en Navidad y otro para cazar ciervos, que era el que miraba el señor Truly. Los otros siguieron dando su opinión desde la puerta. Lee vio que el vendedor guardaba el 22, caminaba hasta el ascensor y apretaba el botón del sexto piso. No le sorprendió ver armas en el edificio. ¿De qué iba a sorprenderse? Todo se refería a él. Todo lo que ocurría le pertenecía.

Jueves. T. J. Mackey se encontraba en la entrada del Archivo del Distrito. Cruzó la calle hasta el triángulo ajardinado entre Maine y Elm. Contempló las vías del ferrocarril que se extendían sobre el triple paso subterráneo. Atravesó Elm al trote y se detuvo en la pendiente herbosa de delante de la columnata. Caminó hacia el vallado que delimitaba el aparcamiento, y desde allí observó Elm. Se dirigió hacia la señal de la autopista de Stemmons. Por todas partes circulaban coches a gran velocidad. Miró hacia el cielo y se frotó la boca.

Más tarde se sentó en un Ford oscuro, en los límites del centro, y le quitó la envoltura a un bocadillo. Era una zona de viejas casas encajonadas, con las vías del ferrocarril parcialmente pavimentadas, y los laterales de los inmuebles revelaban ladrillo y argamasa dejados al descubierto por la demolición de edificios adyacentes. Todo espacio aprovechable se dedicaba a aparcamientos: callejones, solares polvorientos, antiguas zonas de carga y descarga. Predominaba el persistente silencio de mediodía, una lejanía que a Mackey le resultó extraña pues sólo estaba a manzana y media del gentío y el tráfico. Vio que Oswald se acercaba vacilante.

Estaba convencido de que Oswald quería ser el único tirador. Es lo que ocurre con los solitarios, con aquellos que sueñan eternamente con un gran momento. Sería bastante fácil hacérselo creer. También tenía que cerciorarse de que Oswald no disparase hasta que la limusina le hubiera superado y se encaminara hacia el triple paso subterráneo. T-Jota quería un fuego cruzado. Si Oswald fallaba, su segundo tirador estaría en posición ideal: tendría el coche casi de frente. T-Jota no confiaba en Oswald para ese disparo. Se trataba del mismo chico que no había acertado al general Walker a menos de cuarenta metros; un hombre inmóvil en medio de una habitación perfectamente iluminada. Además, el Mannlicher es un arma vieja, tosca y poco fiable. Si dispara y falla mientras el coche sigue en Houston Street, acercándose a él, sin posibilidades de que el segundo tirador efectúe un buen disparo, tendremos que largarnos con las manos vacías. Como francotirador Oswald era superfluo, sólo servía de apoyo. Su papel consistía en proporcionar artefactos de interés histórico, un arma rastreable, todos los recortes y tesoros de su carrera cubana.

T-Jota vio que Oswald divisaba el coche e inclinaba ligeramente la cabeza. Se acercó y subió, con un bocadillo y una botella de leche.

—¿Cómo está la recién nacida?

—Muy bien. Está realmente bien.

—Se acercará a ti a lo largo de una calle, girará en Main y se acercará a Houston —explicó T-Jota—. No lo cojas en ese momento, no es el adecuado. Se trata de un blanco fácil, el más fácil que cabe esperar, pero te estará viendo. Hay un coche de vigilancia, unos quince polis en moto, el vehículo del servicio secreto con ocho agentes, cuatro de ellos colgados de los estribos. Todos se apiñarán alrededor de la limusina presidencial y mirarán hacia ti. En cuanto se produzca el disparo, sabrán con exactitud de dónde salió. El edificio se llenará de policías. Te recomiendo, insisto en

ser categórico: espera. Espera a que giren por Elm y se dirijan al paso subterráneo y la autopista. No es un disparo difícil. Apunta al bulto, a la parte central de su cuerpo o a la que resulte visible a través de la mira. Pero espera, aguarda a que se aleje por Elm. Y luego espera a que supere el roble. Tiene que superar ese árbol. Calculo que el primer disparo tendrá lugar a menos de sesenta metros. A partir de ese momento, todo depende de lo que tarde en reaccionar el conductor. Supongo que el estampido rebotará en el paso subterráneo. No sabrán con certeza de dónde proviene. Como ahora estás detrás de ellos, les costará más trabajo distinguírte en el paisaje. Ganarás segundos adicionales. Tal vez diez segundos adicionales, lo que te permitirá llegar a la planta baja. Podría ser decisivo. Espera. Toma conciencia de que tienes que esperar. Ni se te ocurra asomarte por la ventana antes de que el coche llegue al roble. Y espera a que la limusina supere el árbol.

El plan contenía un elemento que los niveles y sutilezas de Win Everett no podían proporcionar: la suerte. T-Jota vio que Oswald apartaba la lechuga del pan y la comía por separado.

—Una vez en la calle, abandona la zona a toda velocidad. Por Jefferson Boulevard, no lejos de tu pensión. Acude a West Jefferson, por la acera norte, al número 231. Es un cine con fachada de estilo español y podrás entrar, ya que abre a la una menos cuarto. Entra, elige una butaca y mira la película. Al anochecer te llevaremos a Galveston y al alba estarás fuera del país.

Mackey hizo una bola con el papel del bocadillo y la arrojó por la ventanilla. Sacó cuatro cartuchos del bolsillo, los agitó en la palma de la mano y los dejó caer en la fiamblera de Oswald.

—Estoy seguro de que no necesitarás más de cuatro.

—No habrá tiempo.

—Confía en tus manos.

—He accionado mil veces el cerrojo.

—¿Cómo se llama la pequeña?

—Mi esposa le puso Audrey, por Audrey Hepburn en *Guerra y paz*, de Tolstoi. Pero su segundo nombre es Rachel, y la llamamos así.

—Esta operación te encantará —aseguró T-Jota.

Mackey vio que Oswald recorría el callejón que desembocaba en Griffin Street y luego se dirigía hacia el sudoeste, de vuelta al trabajo.

Lo fundamental es que Kennedy muera.

El paso siguiente es que muera Oswald.

En cuanto se conozcan las tendencias izquierdistas de Oswald, las autoridades llegarán a la conclusión, querrán llegar a la conclusión, de que fue reclutado, usado y asesinado por agentes castristas.

Guy Banister alertaría al FBI con respecto al alias Hidell.

David Ferrie pasaría una noche solitaria en Galveston.

Marina y Lee, en el patio trasero de la casa de los Paine, columpiaban por turno a los críos: Sylvia, Chris, Junie y los dos pequeños de la casa de al lado. Aunque era ya casi de noche, los chicos se negaban a entrar. Había dos columpios y dos adultos para columpiarlos.

—Aún no me has dicho qué haces aquí en jueves.

—Echo de menos a mis niñas —respondió Lee.

—Ni siquiera has avisado de que vendrías.

—Si vinieras a vivir a Dallas...

—No.

—Entonces no tendría que venir de visita y todo cambiaría. No aguantaré mucho más en la habitación de la pensión.

—Aquí las niñas están mejor.

—¿Sabes cuánto mide mi habitación?

—Ruth se siente feliz de hospedarnos.

—Papá cree que no le quieres.

Bajaron a dos niños de los columpios y subieron a otros dos. Marina seguía enfadada con Lee por no haberle contado que usaba un nombre falso. Lo descubrió cuando Ruth telefoneó a la pensión y preguntó por Lee Oswald. Deseaba que ese asunto disparatado terminara de una buena vez: pura comedia. Primero una cosa y luego otra.

—¡Más alto! —gritaron los niños.

—Te compraré una lavadora —afirmó Lee.

—Un coche nos vendría mejor.

—Ahorro todo lo que puedo. Primero tenemos que alquilar un apartamento.

—No.

—Si vinieras a vivir a Dallas...

—No.

—Las chicas quieren estar con su papá.

—¿Y con quien hablaré durante el día? Aquí charlo con Ruth, que es una gran ayuda para mí.

—Podríamos tener un balcón, como en Minsk.

A la hora de la cena, Ruth propuso que los tres se cogieran de la mano y explicó que era el modo cuáquero de bendecir la mesa. Se espera que cada uno recite una plegaria para sus adentros, si bien para Marina resultó evidente que el silencio de Lee no era nada religioso.

Mientras Marina fregaba los platos, apareció Ruth y dijo desconcertada que alguien había dejado encendida la luz del garaje. Llegaron a la conclusión de que probablemente había sido Lee mientras buscaba un jersey entre sus pertenencias. Casi todas las cosas de los Oswald estaban guardadas en cajas en el garaje de Ruth.

Una vez en el dormitorio, Marina se desvistió. Lee estaba sentado y vestido, salvo por los zapatos y los calcetines. Se disponía a acostarse, como cualquiera allí, en

aquel lugar norteamericano.

—Todo cambiará.

—No.

—Primero tendríamos que convivir.

—Creo que no hay motivos para darse prisa.

—Si vinieras a vivir a Dallas...

—Aquí los niños juegan en el jardín y cuento con Ruth.

—He ahorrado un poco.

—No quiero amamantar nerviosa a mi pequeña.

—Para variar, tendríamos muebles nuestros.

Marina estaba desnuda al otro lado de la cama. Se acercó a la silla para coger el camisón. Lee la observaba. Marina pensó que estaba a punto de decirle algo. Se puso el camisón y retiró las mantas. Todo era corriente, sencillos movimientos que se sumaban mientras la lluvia caía sobre el césped.

A primera hora de la mañana, Lee se había ido ya. Marina encontró pequeños puñados de dinero en el tocador y, sorprendida, lo contó. Sumaban ciento setenta dólares. Tuvo la certeza de que era todo lo que Lee poseía.

Tres veces le había pedido que se fuera a vivir con él a Dallas. Las tres veces se negó. Se quedó pensativa junto al tocador. Era una pauta archiconocida: cosas que ocurren por tríos. Existía cierta fuerza aciaga en el número tres. Marina sabía desde siempre que significaba mala suerte.

22 DE NOVIEMBRE

En el aeropuerto, la gente se subió a los carros de equipaje y trepó por los postes del alumbrado. Infinidad de personas se aferraban a la cerca de cadena, esgrimían banderas y esperaban que se iluminara el letrero de la Puerta 28. Pese a que todos iban con impermeables, ahora brillaba el sol y el 707 descendió imponente hasta detenerse en la pista. Se apearon de los coches a la carrera. Formaron una barrera a lo largo de la multitud. Había niños sobre los hombros de algunos adultos. De los cuerpos apiñados emanaba un estado de ánimo, un ávido espíritu de asentimiento. Los miembros del comité de recepción ocuparon su sitio al pie de la rampa y se arreglaron la ropa y el pelo. Se abrió la puerta de cola y la primera dama apareció en un halo rosa, traje y sombrero a juego, seguida del presidente. Cierta sonido, un respeto, recorrió el gentío, una especie de reconocimiento que se perpetuó en el aire. Personas apiñadas, expresiones de cierta sorpresa que semejaban un dolor sordo. «Aquí estoy», o «Jack», o «Míreme». El presidente se tocó la solapa, se encogió de hombros para acomodarse la chaqueta y descendió por la rampa. El sonido se convirtió en un suave rugido, una expresión de asombro. La multitud sacudió la cerca. Se acercaron a la carrera desde la terminal, arrastrando los bolsos de mano y las cámaras. Había cámaras por todas partes, en alto, se percibía el chasquido de los obturadores, y entre las masas asomaban letreros de sus lugares de origen.

Jack y Jackie, bienvenidos a la Gran D.

Después de los apretones de mano y los saludos de rigor, Jack Kennedy se apartó del personal de seguridad, esquivó varios charcos y se aproximó a la cerca. Extendió una mano hacia el gentío, que se abalanzó; cada individuo miró al que estaba a su lado para hacer coincidir sus reacciones. Jack se desplazó a lo largo de la cerca, apuesto y bronceado, esbozando su famosa sonrisa hacia el muro de caras boquiabiertas. Se parecía a sí mismo, como en las fotos; un timonel de dientes blancos y brillantes que bizquea a causa del resplandor del mar. Apenas había indicio de la hinchazón que a veces afectaba su rostro, hinchazón debida a la cortisona que le aplicaban para combatir el mal de Addison, un aparato ortopédico en la espalda para la degeneración de los discos vertebrales. Se lanzaron sobre la cerca y le rodearon innumerables personas y manos. La blanca sonrisa se amplió. Quería que todos se enteraran de que no tenía miedo.

El Lincoln era de color azul marino, un destello iridiscente de pavo real, y en los parachoques delanteros ondeaban la bandera norteamericana y el estandarte presidencial. Delante viajaban dos agentes del servicio secreto, en los traspontines iban el gobernador Connally y su esposa, y los Kennedy ocupaban el asiento trasero. El Lincoln salió detrás de un coche de vigilancia sin identificar y de cinco motos conducidas por policías municipales de casco blanco típicamente inexpresivos. A lo largo de ochocientos metros se extendía la variopinta comitiva de descapotables alquilados, camionetas, turismos, automóviles de escolta del servicio secreto,

vehículos de comunicaciones, autobuses, motos, los Chevy de recambio, Lyndon, Lady Bird, miembros del Congreso, ayudantes, esposas, hombres con Nikon y Rolleiflex, cámaras de televisión de los noticiarios, radiófonos, rifles automáticos, escopetas, revólveres de reglamento y los códigos para desencadenar un ataque nuclear.

El Lincoln parecía brillar por su cuenta. La luz del sol rebotaba en los parachoques y en el capó, sacaba destellos a la tapicería. El gobernador saludo con su Stetson marrón, ondeaban las banderas y la primera dama llevaba un ramo de rosas apoyado en el brazo. La bruñida superficie del coche reflejaba las escenas callejeras. No es que en el paisaje circundante hubiera mucho que ver: el aislamiento del aeropuerto. Edificios horizontales con el tejado cubierto de grava. Carteleras en las que se ofrecían apetitosos chuletones. Espectadores rezagados, con cara de valientes, que saludaban en medio de esos espacios lúgubres. Y un hombre en pie, solitario, a la vera del camino, que esgrimía un ejemplar del *Morning News* abierto por la página que había asombrado a todo el mundo: *Bienvenido a Dallas, señor Kennedy*. Se trataba de un anuncio insertado por un grupo llamado Comité Norteamericano de Comprobación de Datos. Quejas, acusaciones, fantasías patrioterías... en realidad, no tenía nada de extraordinario, ni siquiera su publicación en un periódico de primera, si exceptuamos el hecho de que el texto llevaba un reborde negro. Amablemente agorero. Jack Kennedy había visto antes el anuncio, y ahora que el centro de Dallas, flanqueado por torres, apareció en la distancia, se volvió y comentó en voz baja con Jacqueline: «Estamos a punto de entrar en el país de los chalados».

Pero era importante que lo vieran en un coche descubierto, sin la parte superior transparente, sin agentes en los estribos. Aquí estaba entre ellos en una época de profundas divisiones, el país escindido en dos, cada ejército enfurecido y Jack que los sujetaba a ambos. ¿Tuvo presentimientos? Durante semanas había llevado consigo un trozo de papel en el que había garabateado los versos de una puñetera ruina shakespeariana. *Giran hasta hacerme pedazos y desmembrarme*. Pero era importante que el coche avanzara con suma lentitud, que las multitudes pudieran verlo. Exposición máxima, como dicen los publicistas. Además, ¿a quién le interesa un presidente con corazón de paloma?

Le aguardaban multitudes amistosas. Los descarriados de las afueras, figuras rígidas, cedieron su lugar a grupos más numerosos, a aglomeraciones. Aparecieron en los cruces. Se subieron a los parachoques de los vehículos en medio del tráfico detenido y gritaron su nombre. Pancartas, banderas, gentes cada vez más apretadas, en filas de a quince, personas apiñadas en el bordillo, esforzándose por divisar la brillante limusina. Los policías montados en sus Harley bordearon las filas irregulares. Había gente contra las paredes de los edificios, gente que no veía la limusina sino figuras que se deslizaban, espíritus del aire diáfanos, oníricos y serenos. Cerca de Harwood, la multitud era impresionante. Se trataba de una aglomeración, de una fuerza de choque. Las motos rugían sin cesar, ese sonido transmitía cierto

entusiasmo, cierta exaltación, y el presidente saludaba con la mano, sonreía y susurraba: «Gracias».

Aviso: mantener a la multitud detrás de las barricadas. Aquí han bajado a la calle.

Calle tras calle, el gentío comprendió por qué estaba ahí. El mensaje saltó en el espacio de un apretón de cuerpos al de al lado. Los había llevado un contagio, algún misterio de impulso común, cientos de miles procedentes de tantas historias y modos de ser, procedentes de alguna experiencia de la noche anterior, una convergencia de sueños, para reunirse y gritar cuando pasara el Lincoln. Allí estaban para convertirse en acontecimiento, en conciencia, para sorprender a los miedos fomentados por viejas creencias, la cruda y cautelosa fe de la ciudad de los que se hacen ricos de la noche a la mañana. La Gran D superó su reserva y sus sospechas para desencadenar el rugido de una columna de arena que se eleva. Allí estaban para rodear el cuerpo frágil de un hombre y reclamar su sonrisa, recibir algún don de la generosidad de su alma.

Aviso: al acercarse a Main ir realmente despacio.

Se internaron en los fuegos del mediodía. Doce manzanas por Main Street, algunas brasas del melodrama de los pueblos, de Hallmark y Walgreen y Thom McAn, dispersas entre las torres de los bancos. Aparecieron las motos, un gruñido constante y acelerado, una tensión que mordía las lindes de toda conciencia. La llegada del Lincoln provocó un estremecimiento que recorrió toda la calle. Cada rugido acallaba el siguiente. Había cuerpos asomados a las ventanas, chiquillos temerarios que saltaban. *Están aquí. Son ellos. Son reales.* No sólo Jack y Jackie montaron en la mecha del fervor popular. La muchedumbre se internó en el calor y la luz. Una certeza, la autoconciencia, cargó el ambiente. Ésta era una nueva ciudad, una idea que se desplazaba a la velocidad del sonido, que golpeaba el anciano corazón silenciado, una ciudad de voces rugientes. Ruidosa, ardiente y vibrante. La multitud superó cuerdas y barricadas. Las motos abrieron cuñas y los agentes abandonaron los estribos del coche escolta para trotar a los lados del Lincoln. ¿Fue aterrador permanecer sentado en medio de todo eso? ¿Acaso pensó Jack que ese fervor bordeaba la violencia? Estaban demasiado cerca, prácticamente encima de él. Los miraba y susurraba: «Gracias».

Los hombres de gafas oscuras regresaron a los estribos en cuanto la caravana de automóviles inició el giro hacia Houston Street y la última inclinación anterior a la autopista.

Durante la carrera de la hora del almuerzo, cuatro jóvenes se abalanzaron hacia los ascensores tipo jaula, entre risas roncadas y empujones. Lee oyó cómo se llamaban entre sí. Polvo. Pintura blanca amarilleada en las viejas paredes de ladrillo. Pilas de cajas a diestra y siniestra. Viejas tuberías para incendios y columnas cubiertas de cicatrices. La capa de polvo aún resultaba visible a un metro de altura. Libros

desparramados por el suelo. Ya había escondido el sujetapapeles, lo había encajado entre las cajas próximas a la pared oeste. En el quinto piso no había ni una mosca.

Se detuvo junto a la ventana del sureste, dentro de una barrera de cajas. Las más grandes formaban una pared de metro y medio de altura y albergaban cierto recuerdo, la sensación de un cómodo escondite infantil, lo que le indujo a sentirse apartado y protegido. Dentro de la barrera había cuatro cajas más: una puesta a lo largo sobre el suelo, dos apiladas, y la cuarta, pequeña, apoyada en el alféizar de ladrillo. Servía de banco, de apoyo, de soporte para el arma. El papel de envolver que había utilizado para ocultar el rifle se encontraba en el suelo, cerca de sus pies. Polvo. Del techo colgaban telarañas desgarradas. Vio en el suelo un moneda de diez centavos, la cogió y se la guardó en el bolsillo.

Miró hacia Houston Street a medida que se acercaba la caravana de coches, lenta y vívida bajo el sol. La gente se dispersaba por los jardines de Dealey Plaza, había alrededor de ciento cincuenta personas, muchas con cámaras fotográficas. Sostuvo el rifle más o menos en posición de presenten armas y se asomó a la alta ventana. Todo le resultaba dolorosamente claro.

El presidente tenía el pelo castaño y la primera dama resplandecía con su traje rosa y su sombrero redondo. Lee se alegró de que la mujer tuviera tan buen aspecto... por su propio bien, por las cámaras y por las fotos que pasarían a formar parte del archivo histórico.

Divisó al gobernador John Connally en uno de los trasportines, con el Stetson sobre las rodillas. Le gustaba el rostro de Connally, una robusta cara texana. Era el tipo de hombre capaz de tomarle cariño a Lee si llegaba a conocerlo. Cajas con el sello de Libros. Diez Rolling Readers. Todos estaban contentos con el tiempo que hacía.

El coche blanco de vigilancia giró, y las motos lo siguieron. El Lincoln pasó a sus pies, torció a la izquierda, trazó la curva cerrada hacia la izquierda y casi pareció rotar sobre su eje. Todo era lento y claro. Lee se agachó sobre una rodilla, apoyó el codo izquierdo en las cajas apiladas y acomodó el cañón del arma en el borde de la caja del antepecho. Buscó la nuca del presidente. El Lincoln, que quedó bajo la protección del roble, avanzaba a quince kilómetros por hora. Preparado por la izquierda, preparado por la derecha. A través de la mira vio brillar la plancha del coche.

Disparó a través de una abertura en la protección frondosa.

El presidente empezó a reaccionar en cuanto el coche quedó de nuevo al aire libre.

Lee alzó la culata y echó el cerrojo hacia atrás.

El presidente reaccionó, levantó los brazos y puso los codos en alto y muy separados.

De pronto, por todas partes asomaron palomas que procedían de los aleros y que volaban hacia el oeste.

Seca y clara, la detonación retumbó en la plaza.

El presidente apretó los puños junto a su garganta, con los brazos curvados hacia fuera.

Lee echó el cerrojo hacia delante y sacudió la culata.

Ahora el Lincoln se movía más despacio. Casi estaba mortalmente quieto. Permanecía desnudo en medio de la calle, a ochenta metros del paso subterráneo.

Preparado en la línea de fuego.

Raymo se apeó del atestado Mercury en el aparcamiento situado sobre el terraplén herboso a poco más de la mitad de camino de Elm Street. La empalizada rodeaba la zona de estacionamiento, bordeada de árboles y arbustos. El parachoques trasero del coche rozó la empalizada. Cerca había diez o doce coches aparcados, y muchos más en los espacios de los lados norte y oeste.

Raymo se desperezó e hizo girar los hombros. Se subió enérgicamente las pelotas, tres sacudidas rápidas con la mano izquierda. La empalizada medía cerca de metro y medio, de modo que era demasiado alta para saltar con un movimiento del brazo izquierdo. Caminó hasta la parte trasera del coche y se subió al parachoques. Miró por encima de la empalizada y distinguió un trozo de terreno ajardinado. El coche de vigilancia se acercaba al giro de Elm Street.

Frank Vásquez se apeó por la portezuela del conductor. Llevaba un Weatherby Mark V, de mira montada, cargado con proyectiles de punta blanca que estallan al chocar. Permaneció junto al parachoques trasero hasta que Raymo estiró la mano. Frank le entregó el arma.

Regresó al asiento del conductor. Al subir el coche se balanceó y Raymo le miró cabreado.

Aún persistía débilmente en el aire el clamor de Main Street, una especie de susurro, y Frank, de espaldas a los acontecimientos, permaneció sentado ante el volante con el oído aguzado. Podía ver hacia el noroeste más allá de la estación de trenes. Depósitos de agua pintados de blanco. Postes eléctricos que se perdían en la lejanía llana y severa. Pura luz y cielo. Pensó que podía ver hasta los confines de Texas.

Raymo se quedó al oeste del punto en que dos sectores de la empalizada formaban un ángulo casi recto. Desde la profunda penumbra de los árboles contempló un escenario bañado por el sol. A ambos lados de Elm, pequeños grupos se reunían en la hierba, familias con cámaras, como en una excursión. La limusina entró en la calle. La gente, de pie en la acera norte de Elm, de espaldas a Raymo, se protegía los ojos del sol. Todos saludaban, Kennedy saludaba con la mano, aplausos, sol, el fuerte resplandor en el capó de la limusina. Una chiquilla cruzó la hierba a la carrera. Los hombres colgados. Cuatro hombres colgaban de los costados del coche de escolta, pocos metros detrás del Lincoln azul.

Dallas Uno. Repita. No lo he captado todo.

Leon disparó demasiado pronto, mientras el coche circulaba bajo el árbol. La detonación sonó como una carga débil, defectuosa, sin suficiente pólvora.

Kennedy reaccionó tardíamente, al principio sin sorprenderse, y alzó los brazos con lentitud, como alguien que practica en una máquina fija de remo.

El chófer redujo la velocidad; se quedó estupefacto. El otro agente se quedó estupefacto. Aguardaban una voz que explicara qué ocurría.

Las palomas levantaron el vuelo.

Raymo deslizó la culata del arma sobre la empalizada. Apoyó firmemente los pies en el parachoques. Su antebrazo izquierdo, que rodeaba el arma, estaba encajado entre la parte superior de dos estacas. Inclino la cabeza hacia la culata. Esperó, observando a través de la mira.

Desde el césped, una mujer vio que la limusina asomaba por detrás de un letrero de la autopista y que el presidente se aferraba el cuello. Oyó un sonido agudo, como el de un coche que petardea, y se dio cuenta de que era el segundo que percibía. Creyó ver que un hombre arrojaba a un niño al suelo y se echaba sobre él. En realidad, no oyó el primer sonido hasta que percibió el segundo. Una niña corrió hacia la limusina saludando con la mano. El ruido se quebró y se astilló, abarcó toda la plaza. No tenía el menor sentido.

Había tanta claridad que Lee se vio a sí mismo en el enorme almacén de cajas apiladas, libros dispersos, viejas paredes de ladrillo, bombillas descarnadas: una figurilla medio escondida en un rincón.

Realizó un segundo disparo.

Vio que el gobernador, que miraba hacia la derecha, se volvía en dirección contraria y súbitamente se agazapaba. Era una reacción de sobresalto. Sabía que recibía ese nombre pues lo había leído en las revistas sobre armamento.

Levantó la culata, echó el cerrojo hacia atrás y lo empujó hacia delante.

Por favor, permanezca preparado unos instantes.

Es verdad, la primera vez disparó demasiado pronto y alcanzó al presidente por debajo de la cabeza, cerca del cuello. Era una tontería que, hasta cierto punto, podía descartar. Es verdad, su segundo disparo no dio al presidente pero hirió a Connally. Y el coche seguía allí, apenas se movía. Vio que la primera dama se inclinaba sobre el presidente, que había caído. Un hombre aplaudía en el extremo de la mira telescópica.

Lee echó la culata hacia abajo y apuntó. Oyó cómo el casquillo rodaba por el suelo.

En el asiento, entre Jack y Jackie, había rosas. El interior del automóvil era de un bonito azul claro. El hombre se encontraba tan cerca que podía haberles dirigido la palabra. Se detuvo en el bordillo y siguió aplaudiendo. Una mujer gritó en dirección al coche: «Eh, queremos hacerles una foto». El presidente parecía muy desconcertado, con la cabeza inclinada hacia la izquierda. El hombre, que seguía aplaudiendo, inmerso en pleno caos, contemplaba los cuerpos tendidos, con la sensación de que por todas partes había armas.

Bill, conéctame. Conéctame.

Bobby W. Hargis, escolta motorizado de la parte posterior izquierda, se dio cuenta de que oía disparos. Había una mujer que sacaba una foto y otra mujer, seis metros detrás, que hacía la misma foto, si bien ésta incluía a la primera mujer. No pudo discernir de dónde procedían los dos disparos, pero supo que habían herido a alguien de la limusina. Un hombre arrojó a un niño al suelo y se echó sobre él. Hargis tuvo tiempo de pensar que se trataba de un veterano mientras el gobernador Connally se deslizaba en el traspontín y su esposa lo sostenía, lo cogía en brazos. Hargis giró a la derecha justo después de ver que una chiquilla de bonito abrigo cruzaba el césped en dirección al coche presidencial. Torció el cuerpo hacia la derecha para mantener la moto rumbo oeste por Elm, y entonces la sangre y la materia, esa cosa inolvidable, la llovizna de hueso, sangre y tejido, le golpeó en pleno rostro. Creyó que le habían disparado. La materia le golpeó como la deflagración de una posta de caza y la oyó chocar y salpicar su casco. La gente se había tendido sobre el césped. Mantuvo la boca cerrada para que aquel liquido no lo ahogara.

John se había desplomado en el traspontín. Nellie Connally lo sujetó entre sus brazos. Apoyó la cabeza en el hombro de su marido. Simulaba ser él. Ambos estaban vivos o los dos estaban muertos. No podían ser uno más uno. En ese momento el tercer disparo desparramó materia por todas partes: tejido, fragmentos óseos, claros tacos de tejido, desorden acuoso, tejido, sangre, materia gris desparramada sobre todos ellos.

Nellie oyó decir a Jackie: «Han matado a mi marido».

Podría haber sido la voz de la propia Nellie o alguien que hablaba en su nombre. Pensaba que John había muerto. En ese instante el gobernador apenas se movió y al mismo tiempo ella pensó que Jackie se había apeado del coche, había ido al extremo trasero, pero ahora había regresado. John se movió en sus brazos. Eran un solo corazón que latía al unísono.

Nos han dado. Lancer está herido. Llévennos rápidamente a Parkland.

El coche aceleró y todo se movió muy deprisa. Nellie pensó que debía ser terrible, un espectáculo espantoso para la gente que miraba, ver que el automóvil avanzaba a toda velocidad con los hombres heridos. ¡Qué horror, qué espectáculo!

Oyó decir a Jackie: «Tengo sus sesos en mi mano».

Todo sucedió a gran velocidad.

El hombre del jersey blanco, el que aplaudía, vio manar la materia de la cabeza del presidente. Pasaron las motos. Aparecieron las armas, en el segundo vehículo distinguió a un hombre con un rifle automático. El segundo coche pasó a su lado. Una moto coleó en la ladera herbácea cercana a la estructura de cemento de la columnata. Alguien provisto de una cámara cinematográfica se había subido al contrafuerte y apuntaba en aquella dirección; el hombre del jersey blanco, con las manos a la altura de la cintura, pensaba que debía echarse al suelo, que debía dejarse caer. Una luz brumosa rodeaba la cabeza del presidente. De la bruma emanaban dos chorros blancos rosados de tejido. La cámara cinematográfica filmaba.

Lee estaba a punto de efectuar el tercer disparo, lo estaba haciendo, apretaba realmente el gatillo.

La luz era tan brillante que resultaba sobrecogedora.

Hubo una ráfaga blanca en medio del marco. Una mancha terrible, un estallido. Algo salió disparado de la cabeza del presidente. Cayó hacia atrás, rodeado de polvo y bruma. Súbitamente volvió a aclararse, se deslizó y quedó quieto en el asiento. Oh, está muerto, está muerto.

Lee apartó la cabeza de la mira y observó directamente. De la estructura de columnas salía un muro de cemento blanco y detrás se alzaba una empalizada. Sobre el muro había un hombre con una cámara. La empalizada estaba envuelta en sombras. En las vías que se deslizaban por encima del paso subterráneo estaban detenidos varios vagones de mercancías.

Se puso en pie y se alejó de la ventana. Supo que había fallado el tercer disparo. Enloqueció. Falló en todo. Metió la pata. Levantó el cerrojo.

Paso. Paso. Paso.

Lee ya estaba hablando con alguien sobre el asunto. Tenía la imagen, se vio a sí mismo al narrarle la historia a alguien, a un hombre de cara texana robusta pero amistosa. Puso de relieve las contradicciones. Explicó cómo lo engatusaron para obligarle a formar parte de la trama. ¿Cómo lo llaman? ¿Un montaje? Vio la imagen de un despacho con la bandera adornada con borlas y fotos de dignatarios colgadas en las paredes.

Echó el cerrojo hacia atrás, lo empujó hacia delante y bajó la culata. Atravesó en diagonal el almacén, rumbo al extremo suroeste, donde se encontraba la escalera. Pilas de diez cajas de libros. Ese olor a papel y a encuadernación.

Comenzaron a sonar las sirenas y aparecieron las armas.

La niña dejó de correr hacia el coche, se detuvo y miró alelada a su alrededor.

Una mujer con una cámara se dio la vuelta y notó que le hacían una fotografía. Otra mujer de abrigo oscuro la apuntaba con una Polaroid. Sólo entonces se percató de que, a través del visor de su cámara, acababa de ver que alguien recibía un disparo. Tenía la cara y los brazos salpicados de sangre. Pensó que resultaba muy extraño, que la mujer del abrigo era ella y que ella era quien había recibido el disparo. Se sintió atontada y extraña, cubierta de un rocío claro. Se sentó cuidadosamente sobre la hierba. Se dejó caer y permaneció sentada. La mujer de la Polaroid no se movió. La primera mujer se sentó en la hierba, soltó la cámara y miró el material incoloro que salpicaba sus brazos. Las palomas se arremolinaron en las copas de los árboles. Pensó que si estaba herida lo mejor que podía hacer era quedarse sentada.

El agente Hill se apeó del estribo izquierdo y actuó deprisa. Sonó otro disparo. Subió al Lincoln por el escalón del parachoques y estiró la mano izquierda hacia la empuñadura de metal. El sonido fue doble. Hubo dos disparos o uno solo y el potente impacto, el proyectil que chocaba contra algo duro. Quería llegar hasta el presidente, acercarse, proteger el cuerpo. Vio que la señora Kennedy se aproximaba. Intentaba apearse del coche. Se arrastraba por la parte trasera, con las dos manos apoyadas y la rodilla derecha sobre el asiento posterior. El agente pensó que la primera dama perseguía algo y se dio cuenta de que había visto algo que pasaba volando, un destello, algo que volaba hacia el extremo de la limusina. Empujó a la mujer hacia el asiento. El coche arrancó bruscamente y Hill estuvo a punto de caer. Se encontraban en el paso subterráneo, a oscuras, y cuando salieron a la luz vio que Connally estaba empapado en sangre. Espectadores y niños saludaban con las manos. Hill se aferró a la empuñadura. Iban a gran velocidad. Los cuatro pasajeros se hallaban bañados en sangre, apiñados y agachados. El agente se tendió en la parte posterior. Tuvo un pensamiento, un reconocimiento: la primera dama intentaba recuperar un fragmento del cráneo de su marido.

Hill se agarró con fuerza. Vio el interior de la cabeza del presidente. Avanzaban a ciento veinte kilómetros por hora.

ÚLTIMA HORA

SSSSSSSSSS

MANCHADO DE SANGREEEE

KENNEDY GRAVENTE HERIDO

SSSSSSSSSS

MEJOR QUE SEA MEJOR

GRAVEMENTE HERIDO

La visibilidad de Raymo quedó fugazmente reducida. Tuvo que esperar a que el

lado derecho de la limusina superara el contrafuerte de cemento. Sabía que Connally estaba herido. Tuvo tiempo de pensar: Leon los escoge de uno en uno. Tuvo la sensación de que la gente se agachaba y se dispersaba a pesar de que no aparecía en su campo de mira. Vio claramente el coche, que se aproximaba con lentitud. Siguió con atención la cabeza de Kennedy. Estaba tendido sobre la izquierda, con los ojos fuertemente cerrados a causa del dolor. Cuarenta, treinta y cinco metros. Disparó. Al hombre se le pusieron los pelos de punta. El proyectil rozó y siguió su camino. Raymo se apeó de un salto del parachoques y subió al asiento trasero. Frank arrancó. Avanzó entre los automóviles aparcados detrás del Depósito de Textos Escolares. Se dirigió directamente hacia los tres vagones de mercancías en los que se leía Hutchinson Northern. Raymo se inclinó hacia delante. Vigila, hombre. No dijo una sola palabra.

Compruebe si el presidente aparecerá por aquí. Hay mucha gente esperando. Necesito saber qué debo anunciar a los que están aquí.

Frank encontró una callejuela que desembocaba en la arteria principal. Condujo una manzana hacia el este por Pacific Avenue. Giró a la izquierda en Record Street. Almacenes y aparcamientos. Sintió que dentro de su cuerpo tenía alguien que efectuaba esos giros y movimientos. Procuró no pensar en el futuro. Ante sí apareció la carretera elevada. Experimentaba un miedo insoportable ante lo que sucedería cuando acabaran los giros y las señales de tráfico. Ignoraba qué sentiría cuando recuperara su cuerpo.

Aparecieron las armas.

Los polis abandonaron las Harley para subir corriendo la ladera con las pistolas desenfundadas. Los agentes del servicio secreto que viajaban con la caravana de coches amartillaron sus automáticas y esgrimieron armas de mano.

Las palomas invirtieron el sentido de su vuelo y aletearon hacia el este.

Mackey observaba desde la columnata sur, situada frente a Elm, Main y Commerce. Allí no había nadie en los jardines ni bajo los árboles. Era la otra mitad de la plaza, situada a menos de cien metros del escenario, pero totalmente aislada, ardiente y vacía bajo el resplandor. Estaba apoyado en una columna, cruzado de brazos. Las gafas de sol le colgaban de la mano derecha.

Las sirenas comenzaron a gemir. En la puerta del Depósito de Textos Escolares, policías con rifles y escopetas apuntaban hacia arriba. Hombres que apuntaban y gente que miraba hacia arriba.

FUERA DE NXR

BOLETÍN

SSSSSSSSSS

ZA FRANCO TIRADOR GRAVEMENTE

HERIDO

FUERA TODOS QUÉDENSE
FUERA Y
LÁRGUENSE APÁRTENSE

Una niña se tapó las orejas con las manos. La caravana se quebró, varios vehículos frenaron y otros pasaron a toda velocidad. El tráfico normal se adentró en Elm. Muchas personas subieron a toda prisa la escalera que separaba la empalizada de la columnata. Una condenada multitud. Figuras tendidas sobre la hierba. Un hombre daba puñetazos en el capó de un coche. Mackey vio que un individuo se apeaba de un coche y se echaba al suelo. Gritos y chillidos descarnados. Gente de rodillas. Otras personas estaban sentadas, cámara en mano, sin aliento e incrédulas.

Vio un coche de bomberos que bajaba por Main. Lo más ridículo que había visto en los últimos veinte años.

HABLANDO EN EL TT
POR FAVOR U U APÁRTESE DE ESTA
FRECUENCIA
SSSSSSSSSS
APÁRTESE APÁRTESE
SSSSSSSSSS
ZRA FRANCO TIRADOR HIRIÓ GRAVEMENTE
PRESIDENTE KENNEDY
CENTRO DALLAS HOY
QUIZÁ MORTALMENTE

Desde aquella distancia, Mackey no tenía muy claro si la gente que subía la escalera del terraplén era un grupo de linchamiento u hombres y mujeres desconcertados, a la desbandada, que corrían en compañía de los demás. Se sintió sediento y deprimido. Llegaban gritos ásperos y extraños desde los jardines y desde el retumbante paso subterráneo, un espesor de voces, puro esfuerzo desesperado, como el habla de los sordomudos.

Lee ocultó el rifle en el suelo, entre las hileras de cajas, cerca del letrero de la escalera. Les resultaría fácil encontrarlo. Pero tenía que esconderlo, hacer lo que esperaban, inducirlos a creer que no quería que lo identificaran. Pasaba lo mismo con el sujetapapeles, que ya había escondido, y con los pedidos sin satisfacer que contenía. Deseaba proporcionarles algo que descubrir, una capa que quitar.

Le agradaba la idea de un trabajo para el que hacía falta un sujetapapeles. Bajó la

escalera de prisa y se dirigió al expendededor de refrescos del primer piso. Una botella de Coca-Cola en la mano le haría sentirse seguro. Era un soporte, algo que acarrear como expresión de su bienestar. Pensó que tal vez necesitaría un soporte para salir del edificio.

Oyó a sus espaldas una voz que decía: «Venga aquí».

Se trataba de un policía, que entró a la carrera en el comedor con el arma en la mano. Llevaba sobre la gorra uno de esos protectores plásticos para los días de lluvia. Lee se volvió y caminó poco a poco en dirección al agente. Puso una expresión que puede verse en cualquier transporte público: anónima y soñadora. Se ocupó de no reparar en la pistola que le apuntaba al pecho.

En ese momento entró Roy Truly y el poli preguntó: «¿Trabaja aquí este hombre?». El señor Truly respondió afirmativamente y ambos se encaminaron hacia la escalera. Lee compró la Coca-Cola, deambuló hasta la planta baja y salió por la entrada principal, con un agujero en la manga de la camisa, a la altura del codo.

El agente Grant permanecía bajo el toldo de la entrada del Trade Mart, a poca distancia de la autopista de Stemmons. Explicaba a dos dirigentes empresariales locales cómo comportarse ante los Kennedy. Oyó sirenas cada vez más próximas. Vio el coche de vigilancia, las motos, el Lincoln que avanzaba a ciento veinte y a alguien despatarrado en la parte posterior. Lo seguían otros vehículos a alta velocidad, era una escena realmente absurda, un autobús de prensa pasó como un rayo. Preguntó la hora a uno de los empresarios. Todos consultaron sus relojes y situaron el acontecimiento en un marco en el que estaban de acuerdo.

EL LAAAAAAAAA

Un hombre sostenía el brazo de Mary, que lloraba. Le había cogido la cámara fotográfica e intentaba quitársela. Dijo ser Featherstone, del *Times Herald*. Jean, la amiga de Mary, decía: «Me pareció ver un perro en el asiento, entre ellos. Dije que podía imaginar a Liz Taylor o a los Gabor viajando con un perro, pero no me figuro a los Kennedy de gira con sus perros». Mary no se enteraba de nada, lloraba y forcejeaba en defensa de su cámara. Aquel periodista no le soltaba el brazo. La arrastraba hacia Houston Street. Jean no conseguía ponerse en pie. Permanecía sentada en la hierba e intentaba poner fin a su disertación acerca de haber visto un perro en el coche. Quiso hablarle a Mary y por último dijo: «Al fin me di cuenta de lo que era esa cosa aterciopelada. En el asiento, entre ellos, había un ramo de rosas».

Volábamos por esa autopista con los hombres agonizantes en nuestros brazos e íbamos Dios sabe dónde. Todo pasaba a gran velocidad. Había un cartel en el que se leía: Hora de Patinar Sobre Ruedas.

Lee se apeó del autobús en medio del atasco de tráfico y caminó hasta la terminal de la Greyhound para tomar un taxi. El tránsito se hallaba colapsado por motivos más que obvios, de modo que coger el autobús había sido una mala idea. Se dirigió hacia el sur por Lamar, rodeado por el ulular de las sirenas, y vio un taxi vacío. Allí estaban ligeramente apartados de la enorme congestión.

Se sentó junto al conductor, pero en ese momento una simpática viejecita asomó la cabeza por la ventanilla y dijo que necesitaba un taxi. Lee hizo ademán de apearse y ofreció el taxi a la anciana. Sin embargo, el conductor arrancó y Lee le dio unas señas situadas a pocas manzanas de su pensión. Era una carrera de cinco o seis minutos y había que atravesar el viejo viaducto. El taxista comentó que todos los coches patrulla emitían en el código tres: luces y sirenas conectadas. Se preguntó qué ocurría.

Lee se bajó del taxi y se encaminó hacia el norte por Beckley, mientras oía un sonido discordante y sentía que la tensión nerviosa comenzaba a apoderarse de él.

¿Qué aspecto tengo?

Para cualquiera que me vea, ¿de dónde parece que vengo?

Observó los números de las matrículas de los coches aparcados.

¿Tengo la pinta de alguien que abandona la escena del crimen?

Tenía el estómago vacío y sabor a óxido en la boca, algo que mana de las encías.

La antigua y desigual tristeza de este sector de Oak Cliff, los carteles de «Se alquilan habitaciones» y los árboles que perdían sus hojas, los tenderos, las fachadas derruidas.

Lamentó no haber llevado consigo la Coca-Cola.

La casera miraba la tele, donde pasaban noticias de última hora. La mujer dijo algo, pero Lee pasó de largo. Entró en el lavabo y meó y meó. La orina no paraba de salir.

Un sonido discordante en el aire.

Entró en su habitación y abrió el cajón del tocador en busca de su 38. Era de sentido común: no podía salir desarmado. En este día, necesitaba protección.

Ellos encontrarían el rifle de Hidell. Tenía documentos a nombre de Hidell en el garaje de Ruth Paine. Su cartera estaba llena de cosas a nombre de Hidell. En consecuencia, sólo era de sentido común llevar la pistola de Hidell. Había una docena de capas que quitar. La totalidad apuntaba a Hidell.

Recogió las balas dispersas por el cajón. Dupard las había comprado en la calle.

¿Detonarían?

Se había dejado la chaqueta azul en el trabajo. Cogió la gris. Dondequiera que pasara la noche, y el resto de su vida, tal vez necesitara una chaqueta. Además, ocultaba el arma.

La habitación. La cama de hierro.

Para cualquiera que me mire, ¿qué aspecto tengo, con un bulto a la altura de la cadera, bajo la chaqueta?

Varón blanco desconocido. Figura esbelta.

Franqueó la puerta y bajó por la acera. Tenía dificultades para saber qué debía hacer. Su lucidez se había esfumado. En el aire flotaba una estática de inquietud.

¿Qué aspecto tengo?

¿Destaco al andar por la calle?

Al bajar por Beckley pensaba que lo único que podía hacer era ir al cine donde supuestamente lo recogerían. Sabía que no podía confiar en ellos, pero no tenía otra opción. Contaba con catorce dólares y un billete para el autobús. Le habían jodido. Quizá se estaba metiendo en la boca del lobo. Un pensamiento lo obsesionaba: la idea de que ahora eran otros los que decidían. Quería creer que todo estaba más allá de su poder.

Vio un coche patrulla que avanzaba hacia él y giró a la izquierda por Davis, sabiendo que lo había hecho demasiado deprisa. Las calles se encontraban prácticamente vacías. Aunque el coche había quedado fuera de su vista, vio realmente que el poli lo observaba bajar por Davis, con ojos entrecerrados que no hacían más que escudriñarlo.

De acuerdo, había disparado una vez, pero no lo mató. Según su mejor saber y entender, le había dado en la zona de los omóplatos o en el cuello, pero no lo hirió de muerte. Luego falló y alcanzó al gobernador. Después erró de cabo a rabo. Hay circunstancias que ellos ignoran. ¿Están seguros de que era él quien estaba asomado a aquella ventana? Todo podría ser distinto de lo que suponen: un montaje.

Varón blanco y delgado. Alrededor de metro setenta y ocho.

El coche patrulla volvió a aparecer por Patton y Lee caminó hasta la mitad de la manzana siguiente. Dio media vuelta, regresó hasta Patton y se dirigió hacia el sur. Pretendía engañar al coche. Calculó que si avanzaba en la dirección en la que había visto el vehículo, éste se encontraría en otra parte.

¿Parezco un sospechoso que huye?

¿Ya han averiguado quién falta del Depósito de Textos Escolares?

¿Qué nombre doy si me preguntan cómo me llamo?

Bajó por Patton hasta la Novena. A esa hora del día en la calle no había nadie. Pretendía regresar deprisa a Beckley, cruzar y llegar hasta Jefferson. Junto al bordillo vio una docena de viejos secadores de pelo.

Y un colchón en un jardín.

Soñaba con escribir cuentos sobre la vida norteamericana contemporánea.

Esperaba encontrar el coche en la Décima y Patton, alejándose de él. Pero el vehículo rodaba hacia el este, a su derecha, en su misma dirección. Cruzó la calle, echó a andar hacia el este y el coche quedó a sus espaldas, le pisaba los talones, avanzaba a quince o veinte kilómetros por hora, a velocidad de desfile, burlón.

Por el rabillo del ojo distinguió el número de la portezuela del coche patrulla. Tenía dibujado un diez. El coche llevaba el número diez y él estaba en la calle Décima.

No supo quién se detenía primero, si él o el coche. Fue como si a ambos se les ocurriera la misma idea. Se acercó a la ventanilla del acompañante.

Hablaron al mismo tiempo.

—Agente, ¿hay algún problema? —preguntó Lee. El poli, un hombre de facciones marcadas con algo así como un octavo de sangre india, preguntó a su vez:

—Amigo, ¿vive por aquí?

Lee metió la cabeza por la ventanilla, percibió el olor de viejas colillas y dijo:

—¿Tiene algún motivo para hablar conmigo?

—Me dio la impresión de que había adoptado tácticas evasivas.

—Estoy caminando por la calle a plena luz del día.

—En mi opinión, hace lo imposible para evitar que se fijen en usted.

Una voz graznaba por la radio del coche patrulla.

—Sólo soy un ciudadano de a pie.

—En ese caso, tal vez esté dispuesto a decirme a dónde se dirige.

—No creo estar obligado a responder a esa pregunta. Vivo en este barrio y se lo digo pese a que es más de lo que me obliga la ley.

Adoptó la postura, la actitud de alguien que se siente acosado sin razón. Aunque contaran con una descripción de los testigos que miraron hacia aquella ventana, ¿hasta qué punto era precisa?

—Se lo aconsejo por su propio bien.

—Sólo estoy de paseo por la calle.

Sólo había otra persona a la vista, una mujer que se acercaba al cruce de la Décima y Patton.

—¿Lleva o no el carnet de identidad?

—Resido aquí.

—Se lo digo por última vez.

No le gustaban los modales de los polis, siempre le había molestado que los agentes del orden permanecieran sentados en el coche y que tuvieras que acercarte documentos en mano, constantemente doblado, inclinado hacia la ventanilla.

—Sólo le he preguntado cuál es el motivo.

—Será mejor que me muestre sus papeles... y deprisa.

—Le he oído.

—Entonces, ¿a qué espera?

—Soy un ciudadano de a pie.

—Se lo pido por última vez.

Volvieron a hablar simultáneamente. El poli permanecía sentado en su Ford y se ponía cada vez más terco. Una voz dijo por la radio: *Pelo revuelto*.

Estamos en la calle Décima y este coche es el número diez. Todos los factores convergen.

—Escúcheme bien, si tengo que apearme de este vehículo...

—Acosamiento.

—Muéstreme las manos.

—Por eso nunca nos entendemos.

—Ponga las manos en el maldito capó.

—Ya lo he oído.

—Hágalo de una vez.

El poli asió la manecilla de la puerta de su lado, sin apartar la mirada de Oswald. Ahora se situarían en otro plano.

—Sólo pregunto cuál es el motivo.

—Las manos, *las manos*... póngalas donde pueda verlas.

—Tengo derecho a pasear por la calle sin ser acosado.

El policía abrió la portezuela.

—Muévase muy despacio —ordenó.

—Un hombre que sale a dar una vuelta por su ciudad —comentó Lee.

Volvieron a hablar los dos al mismo tiempo.

El poli quedó al otro lado del coche. Apenas había tráfico. Lee sacó su 38 del cinturón y disparó cuatro veces por encima del capó, parpadeando y mascullando. Pobre e imbécil policía. Abrió la boca y se deslizó por el parachoques. Lee vio una mujer a unos veinticinco metros de distancia e, indudablemente, sus miradas se cruzaron. La mujer dejó caer algunas cosas y se tapó la cara con las manos. Lee enfiló al trote hacia Patton y giró en dirección sur; sacó de la recámara los cartuchos vacíos y recargó sin dejar de correr.

Helen se quitó las manos de los ojos. Estaba sola en medio de la calle y gritaba. La gorra del policía había quedado algo apartada del cuerpo. El hombre yacía de lado y perdía mucha sangre. Helen cogió su bolso y sus zapatos de trabajo y avanzó hacia el agente, mientras pedía ayuda y gritaba. Caminó inclinada y le gritó al cuerpo caído.

En la calle aparecieron varias personas y un hombre bajó de una camioneta. Helen se acercó al cuerpo sin dejar de gritar. El hombre de la camioneta subió al coche patrulla y dijo: «Hola, hola, hola». Helen vio que la sangre adoptaba formas ovaladas en el pavimento. Se movió alrededor del cuerpo y dejó los zapatos de trabajo en el capó del coche. Hizo un alto, se inclinó y contempló las heridas del pecho y la cabeza. No podía dar crédito a las cantidades ingentes de sangre que veía.

El mexicano repitió, en dirección al salpicadero: «Hola, hola, hola».

Poco después apareció una ambulancia y muchos coches patrulla con sus luces rojas y sus sirenas, vehículos en las aceras, en los parterres, y hombres que tomaban

fotos de las manchas en la calzada. Helen se detuvo delante de una casa de madera a mitad de la manzana, a la que por alguna razón había ido a parar, e intentó contarle a un detective lo que acababa de ver. Explicó que trabajaba como camarera en el Eat Well del centro de Dallas y que se dirigía a la parada de autobús para ir al trabajo. Fueron tres o cuatro disparos a una velocidad espeluznante.

En el escenario del crimen había un par pequeñas zapatillas de lona blanca sobre el capó del coche patrulla del agente Tippit. Los hombres de Homicidios se preguntaban el por qué alrededor del vehículo. Discutían cuál era el sentido de aquellos objetos.

Wayne Elko, sentado en la última fila del Texas Theater, en la zona central, veía una película en blanco y negro titulada *Grito de batalla*, con Van Heflin y un grupo de actores a quienes no conocía. Ya ha transcurrido una hora de película y Van Heflin acaba de dispararle a Atong, el bandido filipino. Tiene lugar poco después de Pearl Harbor, y Wayne estaba convencido de que los japoneses se preparaban para desencadenar un ataque nocturno contra los guerrilleros filipinos y sus amigos norteamericanos. Bajo la chaqueta llevaba una pistola de tiro al blanco con el cañón recortado y veinte centímetros de tubo deflector adosados a éste. En la sala había siete espectadores más. El disparo sonaría como si alguien tosiera.

Sale una guerrillera de tejanos muy ceñidos. Wayne creía que Hollywood inventa ese tipo de mujer para tardes como aquélla, desprotegidas y blancas, para hombres sin objetivos que se ocultan en la penumbra. Fue entonces cuando Leon apareció en el pasillo. Se quedó unos segundos en pie para adaptarse a la oscuridad. Tenía el pelo revuelto, la camisa por fuera de los pantalones y cara de asustado y desbordado. Escogió una butaca a tres hileras del fondo. Estaba dos filas por delante de Wayne y cuatro butacas a la izquierda.

Con calma, Wayne, no metas la pata.

Wayne contempló los rostros plateados que denotaban miedo y deseo. Esperaba que el ruido de la proyección aumentara, que los japoneses atacaran el campamento guerrillero con ametralladoras y granadas. Pensaba abandonar su fila, situarse detrás de Leon, susurrar un suave *adiós*^[8], accionar el gatillo estriado y echar a andar hacia el vestíbulo.

Aguardaría el ruido y los gritos.

Dejaría que aumentara la tensión.

Así es como lo hacen en las películas.

No llegó tan lejos. Cuatro o cinco minutos después de la aparición de Leon, se abrió una puerta de salida próxima al escenario y vislumbró unas figuras perfiladas. Por la parte trasera entraron varios hombres, y sonaron voces en el vestíbulo. Alguien encendió las luces de la sala y Wayne vio que la policía peinaba los pasillos. Sobre el escenario se encontraban dos agentes que acariciaban las culatas de sus armas y

miraban de aquí para allá.

La película se interrumpió con un desmayado sonido.

Registraron a dos hombres de las primeras filas. Subieron por los pasillos. Varios agentes más aparecieron en otra salida. Las sirenas resonaban en la calle. Un poli se bajó de un salto del escenario. Otro desenfundó su arma. Wayne, no pierdas los estribos. Un poli de cara redonda se acercó a Oswald. Leon se incorporó y dijo algo. Cuando el policía se adentró en la fila, Leon intentó pegarle. Lo alcanzó en la cara con fuerza. La gorra giró alrededor de la cabeza del agente. Golpeó a Leon, que se volvió con una mueca de dolor y luego giró pistola en mano.

Todos se abalanzaron sobre él. Policías que gruñían y que chocaban sus rodillas contra las butacas. El primer poli y Leon estaban en los asientos y forcejeaban para hacerse con el arma. Los agentes maldecían. Wayne oyó un clic y pensó que alguien había apretado el gatillo. Se lanzaron sobre Leon desde la fila de atrás y lo sujetaron del cuello y del pelo. Leon estuvo a punto de arrancarle la placa a uno de ellos. Se desencadenó un forcejeo general, torpe e intenso, que pareció prolongarse hasta el infinito.

Le arrancaron la pistola de la mano e intentaron esposarlo. El cine estaba plagado de policías. Le dieron una buena paliza.

En cuanto consiguieron esposarlo, lo condujeron al pasillo. Aún había agentes arrodillados en los bordes de las butacas que recogían gorras y linternas. Lo llevaron al vestíbulo con presteza y lo rodearon.

Wayne oyó decir a Leon mientras franqueaba la puerta:

—Brutalidad, brutalidad policial.

Durante unos instantes los espectadores quedaron desconcertados. Poco después, los que estaban en pie retornaron a sus butacas. Alguien de las primeras filas gritó:

—Luces.

Otro tío inclinó la cabeza de lado y repitió:

—Luces, luces.

Todos aguardaban en sus asientos, mientras las sirenas se perdían a lo lejos. Batieron palmas.

—Luces, luces —gritó también Wayne.

Quince segundos después las luces de la sala se apagaron y volvieron a proyectar la película.

Los espectadores se repantigaron satisfechos. Wayne percibió lo que sentían, la presuntuosa convicción de que todo volvía a estar en su sitio. No sólo se trataba de ver el final de esa cinta; había también un segundo largometraje titulado *El infierno de la guerra*.

El detenido estaba dentro del ascensor de uso restringido que conducía a las celdas. Entraron cuatro detectives, hombres ágiles de corbata y traje oscuro, altos Stetson y

expresiones indescifrables.

La multitud de periodistas se apiñaba y mecía en los pasillos. Aguardaban a que el detenido bajara hasta la sala de interrogatorios del segundo piso del edificio que albergaba la comisaría y el tribunal. Había varias cámaras de televisión sobre plataformas rodantes y cables colgados de los alféizares, que atravesaban los despachos de los subjesos. Nadie controlaba las credenciales. Los reporteros se apoderaron de los teléfonos y entraron en los lavabos en pos de los funcionarios policiales. Seres totalmente desconocidos deambulaban por los pasillos: acusados procedentes de otros sectores del edificio, testigos de otros delitos, turistas, individuos que mascullaban, borrachos con la camisa rasgada. Parecía un manicomio, pura confusión. Los rumores salían disparados. Llegaron los disc jockeys para informarse, parpadeantes, dubitativos, recelosos. Un periodista tomaba apuntes en un bloc que apoyaba en la espalda del jefe de policía.

Organizaron un sonsonete.

—Queremos verlo, que lo bajen.

Pasaban las horas. Los rostros inexpresivos se sucedían junto a las paredes del pasillo. Expectantes, varios hombres se acuclillaron junto a los ascensores. Percibían que había algo incompleto: brechas, huecos, asientos desocupados, vestíbulos vacíos, desconexiones, ciudades oscuras, vidas detenidas. La gente se sentía falta de noticias. Sólo las noticias les permitirían recuperar la totalidad, restablecer la sensibilidad. Trescientos periodistas en un espacio cerrado, presionando para arrancar una palabra. La palabra es un deseo mágico. Una palabra de cualquiera. Con una sola palabra podrían dedicarse a enrejar el mundo, crear una superficie inmediata que la gente puede ver y palpar. Teléfonos que suenan, altercados a punto de estallar, humo en los ojos, una atmósfera de muerte, un dolor pendiente. ¿Está vivo Connally? ¿Está Johnson a salvo? ¿Ha decretado la alerta máxima el Comando Aéreo Estratégico? Se sintieron aislados en el seno de ese viejo bloque municipal de granito gris texano. Oían sus propios informes a través de las radios y de los televisores portátiles. Sin embargo, ¿qué sabían realmente? Las noticias se hallaban en otra parte, en el Parkland Hospital o en el Comando Aéreo Uno, en la mente del detenido del cuarto piso.

Alguien afirmó que estaba a punto de bajar. Se produjo una especie de revoloteo contenido, como el de abejas exasperadas. Luego, empujones a diestra y siniestra, la lucha por ocupar posiciones. Cuando el detenido apareció en la puerta del ascensor, un hombre delgado y esposado, con un ojo a la funerala y barba incipiente, los periodistas enloquecieron un poco más. Los fotógrafos, agachados, retrocedieron, los micrófonos asomaron en medio del gentío, todos gritaron e intentaron acercarse a él. El aullido, la pasión, ocuparon el pasillo. Las cámaras de los noticiarios flotaron por encima de las cabezas de los escoltas. Éstos tuvieron que abrirse paso a codazos para guiarlo a la puerta de la sala de interrogatorios. Un ojo amoratado, un corte encima del otro, la camisa por fuera. Parecía un muchacho cualquiera que sale a la puerta a

fumar un cigarrillo. Su rostro mostraba un desafío protector, cierta inflexibilidad. Se dispararon los flashes. Los focos de la televisión achicharraron las cabezas más próximas. Los reporteros se quedaron con las miradas fijas y gimieron. Era difícil respirar en medio del tumulto que rodeaba al detenido. Todos le miraban. Todos gritaban.

—¿Por qué mató al presidente?

—¿Por qué mató al presidente?

Lee respondió que le negaban el derecho a darse una ducha. Le negaban sus derechos higiénicos básicos. Los escoltas le acompañaron hasta la puerta de la sala.

Interrogado, acusado y exhibido en las ruedas de reconocimiento. Percibió el calor de las multitudes del pasillo cada vez que salió del ascensor, notó el profundo rigor del aire húmedo. Asesino, asesino.

Una vez en su celda, pensaba en las formas en que podía enfocar la situación. Podía plantearla de una manera o de otra. Todo dependía de lo que ellos supieran.

Ocupaba la celda central del bloque de máxima seguridad, en la zona de detenciones. Mantuvieron vacías las celdas de la derecha y de la izquierda. Dos guardias vigilaban constantemente en el pasillo cerrado con llave.

Cada vez que lo devolvían a la celda le obligaban a quitarse la ropa. Entraba en su celda en ropa interior. Temían que utilizara la ropa para autolesionarse.

Una litera, un lavamanos desportillado, un agujero en pendiente en el suelo. El retrete con cisterna brillaba por su ausencia. Tuvo que usar un agujero.

Le miraron el culo. Entraron dos hombres del FBI, que le afeitaron el vello de los genitales y guardaron meticulosamente las muestras en bolsitas de plástico.

La revolución debe ser una escuela de libre pensamiento.

En la sala de interrogatorios había policías de Dallas, agentes del servicio secreto y del FBI, policías montados de Texas, sheriffs de distrito, inspectores de correos y un jefe de policía. Pero no había magnetófono, ni taquígrafo.

No, no poseía un rifle.

No, no le había disparado a nadie.

No era el hombre de la foto que habían encontrado en el garaje de Ruth Paine: el individuo que tenía un rifle, una pistola y revistas de izquierdas. Evidentemente, se trataba de un montaje fotográfico. Habían cogido su cabeza y la habían superpuesto en el cuerpo de otro. Les dijo que había trabajado en una empresa de artes gráficas y que conocía personalmente dichas técnicas. El único elemento de la foto que le pertenecía era el rostro, que ellos habían encontrado en algún sitio.

Negó conocer a un tal A. J. Hidell.

No, jamás había estado en Ciudad de México.

No, no estaba dispuesto a someterse a un análisis con el detector de mentiras.

Le preguntaron si creía en algún Dios. Respondió que era marxista aunque no

marxista-leninista.

Quedó claro que ellos no captaban la diferencia.

Cada vez que lo bajaban, oía su nombre por las radios y los televisores, Lee Harvey Oswald. Le resultaba muy extraño. No se reconocía a sí mismo en la pronunciación completa del nombre. La única ocasión en que utilizó su segundo nombre fue para escribirlo en una solicitud que presentaba una casilla para tal fin. Nadie le llamaba así. Y ahora sonaba en todas partes. Lo oía llegar de las paredes. Los periodistas lo citaban. Lee Harvey Oswald, Lee Harvey Oswald. Le sonaba extraño, absurdo e inventado. Se referían a otra persona.

Los hombres de los Stetson le ayudaron a franquear el gentío rumbo al ascensor. Alzó sus manos esposadas y cerró el puño. Fogonazos y gritos roncós. Le gritaban preguntas, armaban un escándalo que impedía oír sus respuestas. El ascensor subió hasta el bloque de las celdas.

En la cárcel. De nuevo en chirona. Entre rejas. En prisión. Las luces parpadean cuando pulsan el interruptor. Hasta pronto, mamá.

Las calles resbaladizas por la lluvia.

Cursos nocturnos de teoría económica.

Se quedaba en la celda y aguardaba el próximo acontecimiento. Sabía que era tarde. Imaginó la calle donde vivía Ruth Paine, con sus jardines y sus sicomoros. ¿Marina estaba en la cama, asustada, arrepentida, pensando que tendría que haber sido más respetuosa con él, que tendría que haber comprendido la seriedad de sus ideales? Deseó telefonarle. La imaginó cogiendo el teléfono, un soñoliento brazo tibio por el contacto con las sábanas, y el saludo confiado y susurrado, con los ojos aún cerrados.

No pienses que la culpa es tuya, porque el responsable soy yo. El responsable siempre soy yo.

Ahora volvían para bajarlo otra vez. Estaba convencido de que lo pondrían en libertad en cuanto lograra decidir cuál era la historia correcta que debía contarles. Del mismo modo que los rusos dejaron en libertad a Francis Gary Powers. De la misma forma que pusieron en libertad al profesor de Yale arrestado por espía. Acusaciones amañadas.

Lo trasladaron al salón de reuniones del sótano. Era la cuarta vez que, en el mismo día, bajaban al detenido. Las tres anteriores fue para ruedas de reconocimiento. Ya era medianoche, y querían celebrar una reunión formal y controlada con la prensa.

Infierno y alboroto. La muchedumbre se apiñaba al fondo del salón. Los periodistas recién llegados de la Costa Este y de Europa, con los rostros surcados de sudor y las corbatas desanudadas, aún intentaban entrar. El detenido se quedó en pie en el escenario, delante de la pantalla utilizada en las ruedas de reconocimiento. Tenía las manos esposadas a la espalda. Los fotógrafos se acercaron y se arrastraron como

cangrejos por debajo de él. Los periodistas le gritaron, un quejido de sonidos confusos que semejaban un discurso carismático. El jefe de policía no lograba entrar en el salón. Finalmente se abrió paso apartando con las manos a los presentes. Estaba preocupado por la seguridad de su detenido.

Un hombre fornido se deslizó entre el gentío y presentó a los periodistas de otras ciudades a los polis de Dallas. Repartió la nueva tarjeta que había hecho imprimir para publicitar su club. ¿Quién podía ser si no Jack Ruby? Se sentía orgulloso de aquella tarjeta, con una línea que perfilaba una copa de champaña y una chica con el culo al aire y medias negras. Era un aliciente para los clientes y tenía clase. Nadie se extrañó de la presencia de Jack en el salón de reuniones. Poseía la capacidad de aportar cierto aire autoritario. Buscaba a un periodista radiofónico llamado Joe Long porque en el coche llevaba una docena de bocadillos de corned-beef que pensaba entregar al equipo de la KLIF que trabajaría toda la noche para transmitir el frenético relato a la incrédula ciudad. Divisó a Russ Knight, Barbarrara, e incluso organizó una entrevista, allanando el terreno a fin de que Russ pudiera grabar al fiscal del distrito para transmitirlo por la emisora local. Esa noche Jack hacía de reportero y de pronosticador. Estaba totalmente a cargo de las reacciones mentales. Llevaba un bloc y un bolígrafo, por si captaba algún comentario que pudiera ofrecer a la NBC.

Eso es, chicos, hacedle fotos a la rata.

Decidió que tal vez más tarde iría al *Times Herald* para ver cómo iban las cosas en el taller de composición. Llevaba en el coche una tabla de muestras y se le ocurrió que podía efectuar una demostración, aunque sólo fuera para divertirse un rato. Siempre resultaba divertido ver a Jack bailando una agitada rumba para mostrar las ventajas de su tabla.

El horror de la jornada lo dominó. Comenzó a sollozar y se puso a hablar con un periodista junto a la pared del fondo.

Chicos, preguntad al cabrón por qué lo hizo.

Los reporteros no dejaban de gritar. El detenido intentó responder a las preguntas o hacer una declaración, pero nadie lo oía. Era un motín en plena comisaría. Estaban demasiado apiñados, lo cual representaba un peligro, y los detectives intervinieron para poner fin a la sesión incluso antes de que comenzara.

Lo trasladaron de nuevo a la celda. Se quedó en calzoncillos y se sentó en la litera, pensativo, notando que el barullo del salón de reuniones aún resonaba en su cuerpo. La celda es el estado básico, la cruda verdad del mundo.

Podía inclinar la situación en un sentido o en otro, de acuerdo con lo que ellos fueran capaces o incapaces de demostrar. No estuvo para nada en el quinto piso. Estaba en el comedor, almorzando. Había sido víctima de un montaje descarado. Hacía años que organizaban ese montaje, le vigilaban, lo usaban, creaban una concatenación de pruebas con la inocente realidad de su vida. También podía decir que sólo era parcialmente culpable, que le habían endilgado la responsabilidad de los verdaderos conspiradores. Es verdad, disparó algunos tiros desde la ventana, pero no

mató a nadie. En ningún momento tiró a matar. Jamás tuvo intención de provocar una baja. Sólo pretendía destacar una cuestión política. Eran otros los responsables del asesinato material. Crearon un montaje para que él apareciera como el único tirador. Superpusieron su cabeza en el cuerpo de otro individuo. Falsificaron su nombre en diversos documentos. Lo convirtieron en el embaucado de la historia.

Si era necesario, daría los nombres de todos.

EN DALLAS

La Dealey Plaza es simétrica. Alberga un par de columnatas a juego, empalizadas, triángulos de césped y estanques, divididos en el medio por Main Street, que asoma desde el triple paso subterráneo en dirección al centro de Dallas. Por un lado de Main, Elm Street sale del paso subterráneo trazando una curva y continúa elevándose gradualmente más allá del Depósito de Textos Escolares de Texas, donde Lee Oswald se asomara a una ventana del quinto piso, con un rifle en las manos. Al otro lado de Main, Commerce Street traslada el tráfico de entrada hacia el este, por delante del Carousel Club, seis manzanas hacia el corazón del centro, donde Jack Ruby permanece en su despacho a las cuatro de la madrugada, ocupado en maldecir al presuntuoso cabrón que se cargó a nuestro presidente.

Jack estaba solo y vomitaba. Devolvió las comidas de las tres últimas semanas. Lloraba cinco minutos y vomitaba los cinco siguientes. Sería incapaz de soportar una vez más la mención de Oswald. Incluso en el fondo de su propia mente, el apellido acechaba al cabo de todo pensamiento encogido. Algunos clubs permanecían abiertos los viernes por la noche. Jack cerró el Carousel y el Vegas. Se comprometió a cerrar todo el fin de semana como expresión de duelo por la muerte del presidente.

Vomitó en una bolsa de polietileno de las que había hecho fabricar para su tabla giratoria. Después cogió el teléfono y llamó a George Senator, su compañero de vivienda.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Pero qué preguntas? Estaba durmiendo.

—Eres un cabeza de chorlito. Han matado al presidente.

—Jack, eso ocurrió ayer.

—Saldremos a tomar fotos. ¿Dónde está la Polaroid?

—En el club.

—¿Has visto los carteles de Juicio Político? Hay uno por aquí. Pasaré a buscarte.

—Quiero que sepas que existe una interferencia constante entre la hora en que yo me despierto y la hora en la que tú te acuestas. Lamentablemente, no coinciden.

—Vístete deprisa —ordenó Jack.

Buscó la cámara y condujo el coche hasta su bloque de apartamentos. Estaba situado frente a una autopista y parecía un motel veleidoso. Todo el escenario era de quita y pon. George sentado en la escalera de hierro, con ropa holgada y zapatillas. Se dirigieron al centro.

Jack le explicó en qué consistía la misión.

En primer lugar, existía el anuncio publicado en el *Morning News*, que se titulaba: *Bienvenido a Dallas, señor Kennedy*. Toda una sucesión de mentiras y calumnias. No es que Jack comprendiera claramente todos los puntos del anuncio; lo que más le llamó la atención fue el tono irreverente y, por supuesto, el reborde negro. Y, desde luego, el hecho de que el anuncio estuviera firmado por un tal Bernard Weissman. Un

judío o alguien que se hacía pasar por judío para mancillar a los judíos. Después, por pura casualidad, pasó ante una cartelera con llamativas y rimbombantes palabras: *Juicio Político a Earl Warren*. El anuncio incluía el número de un apartado de correos, lo mismo que la cartelera. Al pensarlo mejor mientras relataba ambos incidentes, Jack se convenció de que se trataba del mismo número.

—Así es que intento relacionar los dos hechos.

—Crees que se trata de la misma persona.

—Por lo cual la misma persona o grupo está detrás de ambos incidentes. Puesto que van contra el presidente, intento ponerme en la piel de un cronista de sucesos.

Recorrieron los límites del centro para intentar encontrar la cartelera sobre Earl Warren y comprobar el número del apartado de correos. Jack estaba seguro de que se trataba de una conspiración. La John Birch Society y el Partido Comunista eran los principales sospechosos. Llevaba bloc y bolígrafo para anotar los detalles.

Esa sensación pura pero solitaria cuando no hay otros coches a tu alrededor. Los semáforos sólo cambian de color para ti.

Tuvo otra vomitera en la autovía central. Se limitó a abrir la portezuela, mientras sujetaba el volante con la mano derecha, y bajó la cabeza para vomitar sobre el pavimento. Sabía qué dirección llevaba porque veía la línea blanca, que se extendía a pocos centímetros de su cara. George le gritaba para que frenara o le dejara el volante. Jack se incorporó. Dijo a su compañero que no se preocupara, que de joven había hecho lo mismo en las calles más duras de Chicago. Formaba parte de la supervivencia. Se agachó de nuevo para volver a vomitar. Debido a los ataques que sus emociones habían soportado, vomitó la mitad de su vida a través de la portezuela abierta.

Divisaron la cartelera en Hall Street. George se apeó y sacó tres fotos con flash. Para Jack Ruby, se trataba de seguir la huella de una pista importante y conseguir pruebas materiales. Ahora debían buscar el anuncio a fin de comparar los números de apartado. Jack no recordaba dónde había metido el periódico. Entraron en la cafetería del Southland Hotel para recuperarse de tantos sobresaltos. El local estaba a punto de cerrar o a punto de abrir. Un negro viejo y encorvado pasaba la fregona. Se sentaron en la barra y vieron un ejemplar del *Morning News*, que parecía estar esperándolos. Se miraron. Jack hojeó el periódico hasta encontrar el anuncio. George hizo fotos.

Los números de apartado no coincidían.

Jack buscó a alguien a quien pedir café. No realizó el menor comentario sobre los números de los apartados. Tenía la mirada extraviada, opaca y embotada. Le parecía imposible que un redomado don nadie, un cero a la izquierda en camiseta, decidiera matar al presidente porque le daba la gana.

Pasaron en coche por delante del Carousel para contemplar el letrero que Jack había colgado, en el que sólo figuraba una palabra, CERRADO.

Volvieron al piso. Jack durmió unas horas, despertó, tomó un Preludin con zumo de pomelo y vio por la tele a un famoso rabino neoyorquino. El hombre poseía una

maravillosa voz de barítono. Elogiaba al norteamericano que luchó en todas las batallas, visitó todos los países y regresó a Estados Unidos para recibir un balazo en la espalda.

Dada la magnífica capacidad expresiva del rabino, Jack experimentó un arrebató de pesar. Apagó el televisor y cogió el teléfono.

Llamó a cuatro personas para comunicarles que sus clubs permanecerían cerrados el fin de semana.

Llamó a Chicago, a su hermana Eileen, y sollozó.

Llamó a la KLIF y pidió que lo pusieran con Barbarrara.

—Si quieres que sea sincero, jamás sé de qué hablas, pero siempre que puedo te escucho —confesó Jack—. Tu voz tiene la virtud de ser tranquilizadora.

—Es la radio personalizada. El futuro está ahí, Jack.

—Además, ¿cuándo tengo ocasión de ver una barba en Dallas?

—Soy el único.

—Russ, eres un buen tipo y te he llamado para hacerte una pregunta.

—Adelante, Jack.

—¿Quién es Earl Warren?

—Earl Warren. ¿Hablamos de blues o de rock and roll? Hubo una Earlene (Hermana Mayor) Warren que cantó una temporada en la Costa Oeste.

—No, me refiero al Earl Warren de los carteles de Juicio Político. Los carteles de color rojo, blanco y azul.

—Juicio Político a Earl Warren.

—Exacto.

—Jack, es el presidente de la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos.

—Los últimos acontecimientos me han dejado anonadado.

—Te comprendo.

—Es lo peor que ha ocurrido en nuestra ciudad.

—Aparece un hombrecito y lo pone todo patas arriba. Y sobre nosotros recaerá la culpa de sus actos.

—Ni se te ocurra pronunciar su nombre —exclamó Jack—. Me hace sentir aún peor. Es como si viera a un perro que se revuelca en el fango jugando con mi hígado.

Sábado por la tarde. Lee Oswald estaba sentado en un pequeño recinto de cristal con un teléfono en el estante de su derecha. Se abrió la puerta del otro lado. Ella avanzó patizamba, con los ojos secos, con papada y el pelo como la nieve pura, largo, blanco y brillante. Tomó asiento al otro lado del tabique. Lo miró con atención, estudiándolo, asimilándolo. Los dos levantaron el auricular.

—Cariño, ¿te han hecho daño? —preguntó.

Le contó que se había enterado de la noticia por la radio del coche, había dado media vuelta y vuelto a casa para telefonar al *Star-Telegram* y pedir que la llevaran a

Dallas en un coche de la prensa. Luego la interrogaron dos agentes del FBI, ambos apellidados Brown. En nombre de la seguridad de la nación, dijo que quería dejar absolutamente claro que su hijo Lee Harvey Oswald había regresado de Rusia a Estados Unidos con dinero proporcionado por el Departamento de Estado. Fue toda una noticia para los Brown, que abrieron desmesuradamente los ojos.

—Mamá, nos están grabando.

—Ya lo sé. Mediremos nuestras palabras. Les dije que hacía un año que no veía a mi hijo. «Vamos, señora Oswald, usted es su madre». Les expliqué que había vivido en diversas casas como enfermera y que ellos no me comunicaron a dónde se mudaron. «Pero usted es la madre, es la madre». Les aseguré que ni siquiera sabía que tenía una nueva nieta. Hube de soportar un año de silencio y ahora, a cada minuto, por la radio dan noticias familiares.

Esos hombres, los Brown, buscaban sospechosos por todas partes. La gente de la revista había hospedado a la familia en una habitación del Adolphus Hotel. Guardaban el máximo secreto. Los trasladaban de un lugar a otro con grandes precauciones. Estaban todos: la madre acusada, el hermano, la esposa rusa, las dos niñas pequeñas. Iban acompañados de dieciocho o veinte hombres que desconfiaban de ellos y recelaban mutuamente. Había agentes del FBI, del servicio secreto y personal de la revista *Life*. También había un hombre que no dejaba de hacer fotos. Marguerite se bajó las medias y también sacó la foto de la madre bajándose las medias el día después del que se convirtió en histórico.

—Hicieron cosas sin mi consentimiento —le comunicó a Lee—. Controlo todas las afirmaciones que hago, y si publican algún error sabré que todo está en contra nuestra, que se remonta a Rusia.

Las niñas tenían diarrea y había pañales tendidos de una pared a otra de la habitación del hotel. Y pensar que tuvo que morir un presidente para que Marguerite se enterara de que había vuelto a ser abuela.

Cuando Marina entró a hablar con Lee, ignoraba que la policía había encontrado copias de las fotos que le tomó en el patio trasero de Neely Street. Estaban con las pertenencias de Lee en el garaje de Ruth Paine. Marina también encontró dos copias, que la policía pasó por alto, en el libro del bebé de la pequeña June. Las fotos en las que aparecía con el fatídico rifle. El arma primero en una mano y luego en la otra.

Había doblado ambas fotos y las había guardado dentro del zapato.

—No tienes de qué preocuparte —la consoló Lee por teléfono—. Cuentas con amigos que te ayudarán.

Resultaba doloroso verlo en ese estado. No sólo se trataba de las magulladuras y los cardenales. Éste era el tipo de hombre que aparece en sueños, una figura distorsionada en la oscuridad que está más allá de las noches corrientes.

Marina pensó en el rostro tierno del chico con el que se había casado, en el

sorprendente norteamericano que la había invitado a bailar. Por aquel entonces era un rostro casi lleno, sonrosado por el frío, con la raya del pelo bien hecha y la ropa planchada. Él era incluso más limpio que ella, muy pulcro a la hora de acostarse, limpio en todos sus hábitos.

Después apareció el trabajador de Texas y Louisiana, en ocasiones salpicado de grasa, cada vez más flaco, que perdía pelo, rendido de cansancio, que sufría hemorragias nasales mientras dormía, y se negaba a mudarse de ropa. Y ahora esta visión, este hombre de nariz aquilina y ojos oscuros, con una ceja hinchada y ropa que le quedaba grande. Ahora este espectro de piel gris. Marina miró la emergente nuez de Adán, la llamativa nariz. Lee tenía los pómulos tan hundidos que su nariz se convertía en un pico de ave. Marina pensó que, dado el mal aspecto que tenía, debía de ser culpable.

Lee le pidió que no llorara. Su voz sonaba suave y pesarosa. Le informó que estaban grabando hasta la última palabra que pronunciaban.

En consecuencia, Marina no pudo hablarle de las fotos que llevaba en el zapato, ni de lo que había descubierto la noche anterior, después de que la policía se fuera. Había encontrado la alianza matrimonial de Lee en la cómoda del dormitorio, dentro de una taza de café. Lee la había dejado con el dinero a primera hora de la mañana del viernes.

El dinero, las fotos, la alianza matrimonial. Tres veces le había pedido que se fuera a Dallas a vivir con él. Y Marina le respondió no, no y no.

Ahora Lee le pidió que le comprara zapatos a June. No sufras, insistió. Besa a las niñas de mi parte.

Los guardias lo levantaron de la silla y caminó hacia atrás hasta la puerta, sin dejar de mirarla.

En mi tierra, tía Valya prepararía col fermentada, lustraría los objetos de cobre, se ocuparía de las cosas de cada día y saldría con tío Ilya para visitar a los Andrianov, una vida sin giros ni interrupciones súbitas, y aguardaría la llegada de las copiosas nevadas.

Ni siquiera estaba enterada de lo del policía. No sabía lo que le había pasado al gobernador Connally. Horas después, aquel mismo día, alguien le comunicó que acusaban a Lee de herir a uno y de matar a sangre fría al otro.

Lo acompañaron hasta la celda. Se desvistió y entregó la ropa al guardia. Almorzó judías blancas, patatas hervidas y carne.

Allí no había nada que le desconcertara o le llevara a preguntarse qué ocurriría después. El clamor de los periodistas en los pasillos no le sorprendía. Los leguleyos formulaban preguntas obvias e incluso en los casos en que no adivinaba lo que le preguntarían, seguía tratándose de cuestiones rutinarias y cotidianas. La celda era la misma habitación de toda la vida. Estaba sentado en una litera de madera, en ropa

interior. Había un lavamanos cuyo grifo perdía. No encontró nada nuevo. Se hallaba dispuesto a asumirlo día tras día, a asimilar el papel a medida que se desplegara. No le temía a nada. Aquí se sentía fuerte. Todos los elementos de este sitio y situación estaban destinados a fortalecerlo.

Hasta había recuperado el apetito. Aquélla fue la primera comida que realmente devoró. Tenía un tazón de café. Lo bebió lentamente. Meditó. Oyó hablar en voz baja a los guardias en el estrecho pasillo.

Podía optar por una tercera vía. Podía decirles que había sido un francotirador solitario. Lo hizo por su cuenta, había sido el único. Se trataba de la culminación de una vida de lucha. Lo hizo para protestar contra los objetivos anticastristas del gobierno, para llevar la causa marxista al corazón del imperio norteamericano. No había contado con ayuda de nadie. Fue su plan, su arma. Tres disparos. Todos dieron en el blanco. Era un tirador experto con el rifle.

Sábado por la noche. David Ferrie daba vueltas en coche por Galveston, Texas. Tenía la piel de mono ladeada sobre la coronilla. Su mente había alcanzado un estado de extremismo histérico.

Cuando dispararon contra el presidente, se encontraba en una sala de justicia federal de Nueva Orleans, en la que el juicio por la deportación de Carmine Latta se fallaba a favor del viejo.

Cuando la policía detuvo a Leon, Ferrie estaba en su apartamento, preparando la maleta para el viaje a Galveston. Había guardado en el neceser su vieja gorra de capitán de la Eastern, con galón de oro. Oyó la noticia de la captura por la radio.

Fue eso lo que desató su pánico. Se dejó dominar por él instantáneamente. Ferrie opinaba que el pánico era una reacción animal del organismo para asegurar la supervivencia de la especie. Era mucho más antiguo que la lógica. Terminó de preparar el equipaje, mucho más rápido, y se dirigió apresuradamente al coche.

Durante horas dio vueltas por los alrededores de Nueva Orleans, atento a las últimas noticias. Luego llenó el depósito y se dirigió hacia el oeste en medio de una tormenta brutal, uno de esos estallidos celestiales de furia costera, y siete horas después llegó a Houston.

Dio más vueltas alrededor de Houston. A las cuatro y media de la madrugada se registró en el Alamotel. No estaba de humor para juegos de palabras patrióticos. Habló en español con el recepcionista, se metió en su habitación y realizó una serie de llamadas telefónicas a personas de Nueva Orleans: amistades, amantes, sacerdotes. Buscó consuelo en esas llamadas y habló en español incluso con aquellos que no sabían de la misa la mitad.

Temía que Leon facilitara su nombre a la policía.

Temía que asesinaran a Leon.

Temía que Leon, vivo o muerto, llevara en la cartera su tarjeta de socio de la

biblioteca. Creía recordar que en una ocasión le había prestado su tarjeta a Leon.

Por la mañana compró los diarios y café y se sentó en el coche a escuchar la radio. Tuvo la sensación de que su vida temblaba en la punta de la lengua del periodista. Condujo hasta una pista de patinaje e hizo varias llamadas telefónicas. Banister no quiso ponerse. Latta estaba en una reunión. Telefonó a varios adolescentes a quienes había enseñado a pilotar. El órgano de la pista de patinaje emitía un sonido que le indujo a pensar en la muerte absoluta. Regresó al coche.

Había algo en esa época del año que le deprimía profundamente; cielos encapotados y viento cortante, la caída de las hojas, el anochecer, oscurecía muy temprano, la noche llegaba antes de que te dieras cuenta. Es el terror. Es la desnudez del alma. Oye el susurro de las palomas. Aquí llega el invierno hasta la médula. Nosotros lo hemos liberado sobre la tierra. Seguramente existe una canción o un poema, alguna magia popular a la que podemos apelar para aliviar este miedo. El hombre de las nieves. Está aquí, en el paisaje y en el cielo. Lo hemos dejado suelto. Abrimos el terreno y aquí está. Cogió la Interestatal 45 en dirección sur. No quería que mataran a Leon. Experimentaba una saturada sensación de muerte, el temor en el blando tuétano de sus huesos, la parte succionable, ahora que se aproximaba a Galveston.

Dio vueltas alrededor de Galveston. Probablemente el avión seguía en el aeropuerto. Pensó que podía montarse en el Piper Aztec y escapar a México sin el asesino. No parecía una locura, sino un ritual acorde con los acontecimientos.

El acontecimiento era la muerte absoluta y sólo un ritual podía salvarlo de sucumbir.

Se hospedó en el Driftwood Motel. Habló por teléfono en español.

¿Qué hacía en Galveston? ¿Acaso no había ido para pilotar el avión? Lo de volar le apetecía. Era un piloto, un maestro del aire. Estaba dispuesto a entregarse a la muerte si se presentaba al final de un vuelo a través del brillante golfo, en un llano marrón y abrasado de México, apartado, bajo un calor sofocante, con las montañas temblorosas en medio de la neblina. Insistía en que ésas eran las reglas. México es un sitio donde comprenden la dignidad de las reglas de Tánatos.

Contactó con Banister por teléfono. Guy le comentó que se estaba tramando algo, un plan arriesgado, una posibilidad remota. David Ferrie decidió dormir bien y, por la mañana, emprender el regreso a Nueva Orleans.

Había coronas y arreglos florales desplegados por los parterres de Dealey Plaza, señales de pesar y de despedida, y a medianoche Jack Ruby recorrió las calles en coche, absorbiendo la atmósfera y las emociones. Rodeó la plaza seis veces. Pasó frente a siete u ocho clubs para saber quién había abierto. Le enfureció de manera patriota ver que unos ciudadanos sacaban provecho de la congoja de los demás, se confabulaban para ser los únicos que abrían sus negocios durante el fin de semana de

dolor nacional. Durante todo el día había visto la tele en diversas paradas de su recorrido por el centro de Dallas. Aquella muerte estaba en todas partes. Imágenes de la familia doliente. Nuevas representaciones en la escena del crimen. Jack pensó que aquel acontecimiento tenía la posibilidad de tornarse históricamente más importante que la muerte de Jesús. Demasiado impacto y reacción. Parecía que estaban reviviendo la crucifixión de Cristo. Que Dios ayude a los judíos. Botellas vacías de refresco rodaban entre sus pies.

Regresó a casa y sacó varios alimentos de la nevera. Sentía la imperiosa necesidad de atiborrarse para luchar contra la desesperación. Quería manipular alimentos, cocinarlos y olerlos, ver cómo chisporroteaba en la sartén la sangre animal. Recobrar músculo y sangre. Recobrar cartílagos. Necesitaba masticar carne y que el agua con gas burbujeara entre sus dientes. Añade reservas a mi fuerza de voluntad.

Empleó diez minutos en preparar un bocadillo pero no tuvo valor para comerlo. Fue a la sala y cogió el periódico para comprobar si se veían bien sus anuncios, los avisos de que sus clubs permanecían cerrados. George, tendido en el sofá con el viejo batín de Jack, tenía una lata de cerveza en la mano.

Jack telefoneó a Detroit, a su hermano Earl.

Llamó a su hermana Eva a Dallas para hablar por tercera o cuarta vez de lo ocurrido. Eva se puso a llorar. Estaba profundamente conmovida. Jack le pasó el teléfono a George porque quería que su compañero oyera el llanto de su hermana. Era un sollozo quebrado y seco. Auténtico. Jack y Eva lloraban, y George se quedó con el auricular apoyado en el lado izquierdo de la cabeza y con cara de impresionado.

Jack se acostó. En medio de la oscuridad, fijó la mirada en el techo. Cada vez que pasaba un camión por la autopista de Thornton, producía un sonido semejante al de papel que se rasga. Sonó el teléfono, Jack fue a la sala y contestó. Escuchó durante unos veinte segundos. Se vistió y se trasladó en coche hasta el Carousel.

Subió por la estrecha escalera y encendió las luces. Los perros empezaron a ladrar en el cuarto trasero. Se sentó en el despacho y se mesó los cabellos. Necesitaba urgentemente un tratamiento capilar.

Oyó pasos. Poco después, Jack Karlinsky entró en el despacho. Parecía cansado. Llevaba la camisa abierta y su cuello se veía arrugado y estriado. A aquella hora parecía un hombre viejo, vencido. Sacudió pelos de perro del sofá y se sentó.

—Jack, lo que le ocurre a esta ciudad es terrible. A cada hora que pasa hay nuevas noticias de dolor en el extranjero y de incredulidad ante lo ocurrido. Los europeos ya hablan de conspiración. ¿Qué podemos esperar? Ellos llevan siglos de puñales clavados a traición, maquinaciones y envenenamientos. Es un pensamiento negativo, aumenta una tensión que es mala para la ciudad y para nosotros...

—Cuando pienso que mi padre salió de una aldea polaca...

—Eso es, de una aldea polaca.

—Para ir a parar al sindicato de carpinteros de Chicago.

—Para criar a un hijo que ahora tiene sus propios negocios, Jack. Es esto lo que queremos defender. ¿Sabes cuál es el primer comentario que hace la gente sobre esta tragedia? ¿Sabes qué dice mi madre, a sus ochenta y ocho años, en la residencia para ancianos? Me llamó por teléfono. ¿Hace falta que te explique lo que me dijo? «Gracias a Dios, Oswald no es judío».

—Gracias a Dios.

—¿Tengo o no razón? ¿Cuántas personas han dicho exactamente lo mismo en los dos últimos días? «Gracias a Dios, Oswald no es judío».

—«Sea lo que sea, al menos sabemos que no es judío».

—¿Tengo o no razón? Eso es exactamente lo que dice la gente.

—Cada vez que pienso en mi viejo... —se apenó Jack Ruby.

—Por supuesto, yo digo lo mismo.

—No hizo más que beber y beber. Estuvo muchos años en paro. Mi madre habló en yiddish hasta el día de su muerte. Nunca aprendió a escribir su nombre en inglés.

—Ésa es exactamente la situación en que nos encontramos hoy. En mi opinión, hay cosas que reclaman protección.

—Yo creo profundamente en la defensa de nuestros derechos naturales.

—No ocultes tu identidad.

—No te ocultes, no huyas.

—Es un tema del que hasta hoy no había hablado con Carmine. Estuve charlando con el propio Carmine en persona. Mencionó que estaba preocupado por Oswald. Toda esa palabrería sobre una conspiración da mala imagen al país. Te diré lo que quiere el pueblo: quiere que Oswald desaparezca. Así se acallan los cotilleos. Jack, la gente quiere borrarlo del mapa. El mero hecho de verlo es un incordio.

—Desencadena una oleada de emociones que puede dar lugar a cualquier cosa.

—Es una oleada que se percibe en la calle. Nos arrastró a todos. Nos guste o no, estamos implicados. Piensa en el anuncio de grueso reborde negro que apareció en la prensa. Estaba firmado con un apellido judío. La gente repara en esas cosas y no las olvida. Hay infinidad de malos sentimientos dirigidos a los judíos.

—Me siento como si me hubieran arrojado a un pozo de mierda.

Jack Karlinsky asintió.

—Te diré algo claramente: el hombre que logre abatir a Oswald será considerado el más valiente de Estados Unidos. Basta esperar a que alguien intente echarlo de este mundo. No paran de hablar de actividades de la mafia. La gente quiere que quede vacío el espacio que ocupa. Lo haga quien lo haga, levantarán un monumento en honor de ese acto. Es el camino más corto hacia el heroísmo que quepa imaginar.

—Habla con Carmine.

—Carmine te mencionó. Fue a través de Toni Push. Te conocen de Nueva Orleans, Jack.

—Hice algunas cosillas en los tiempos de Cuba.

—Está relacionado con esa antigua cosa italiana, siciliana. En pocas palabras,

Carmine dijo: «Quitadme este fastidio de encima». En pocas palabras, Oswald irrita a todo el mundo. Está al tanto de algunos proyectos. Conoce algunos nombres a los que no deja de darles vueltas. «Apartad a este objeto». Carmine quiere despejar el panorama.

—Esta tarde pasé por comisaría y sólo se habla de que lo trasladarán a la cárcel del distrito.

—Te diré que se trata del procedimiento obligado en un caso criminal. La forma en que ciertos asuntos legales se manejan en esta ciudad parece cosa de chalados. Si cometes un delito violento, tienes probabilidades de salir por tu propio pie. Es una de las características del clima local. Lo sabes tan bien como yo. Jack, es más fácil que disculpen un asesinato a que perdonen un allanamiento de morada.

—Depende de la conducta de la gente.

—¿Tengo o no razón? Se considera que así se resuelven los problemas al estilo del Viejo Oeste. Está muy arraigado en el modo de pensar. Si un negro se carga a otro negro en un tiroteo, ni siquiera hay juicio.

—A nadie le preocupa lo suficiente como para presentar una demanda.

—Eso es exactamente lo que estaba diciendo. Es más o menos lo mismo que volarle la tapa de los sesos a un tipo como Oswald. ¿Te figuras una larga condena por la que tarde mucho en salir?

—La gente prefiere perderlo de vista.

—Entonces verás la fiesta que montan. Jack, tal como están las cosas, ¿qué representas para la ciudad de Dallas? Para sus habitantes eres un hombre de Chicago, un trabajador del norte. Peor aún, un judío. Eres un judío implantado en el corazón de la maquinaria de los gentiles. ¿A quién pretendemos engañar? Eres el amo de locales de striptease. Culos y tetas. Eso es lo que significas para Dallas.

—¿A quién engañamos?

—¿A quién engañamos en esta ciudad?

—Cuando pienso en mi madre...

—Eso es exactamente lo que digo.

—Mi madre perdió los cabales de mala manera. No soy capaz de describir tanto horror. Solía mirarla a los ojos, pero no veía nada que pudiera considerarse humano. Gritaba y se enfurecía. Así fue su vida. Mi padre le pegaba. También nos cascaba a nosotros. Ella nos pegaba. Pensaba que jodíamos entre nosotros, que hermanos y hermanas follábamos constantemente. Jamás fui a la escuela. Combatí. Repartí sobres por cuenta de Al Capone.

—Es lo que digo, ahí iba yo. Se crea una presión negativa para todos.

Hubo un silencio breve pero cargado.

—«Gracias a Dios, no es judío».

—«Gracias a Dios, sea lo que sea, por lo menos no es judío».

—Jack, estoy seguro de que por la calle oyes lo mismo que yo oigo desde hace casi dos días. Quien asesine a ese cabrón comunista salvará a la ciudad de Dallas de

la vergüenza mundial. Eso es lo que dicen en la calle.

—¿Y qué dice Carmine?

—Es una buena pregunta, porque aquí cuentas con un aliado. Dispones de protección y apoyo. El propio Carmine abordó el tema del préstamo. Creo que sus exigencias te encantarán.

—¿A cambio de qué?

—De que te ocupes de limpiar la ciudad.

—Plantéalo de otro modo.

—Jack, has dado tumbos toda tu vida. Ahora tienes la oportunidad de coger algo sólido. ¿Te gustaría acabar tus días como vendedor de pelapatatas en Plano, Texas? Construye algo. Hazte un nombre.

—Jack, ¿qué me estás sugiriendo?

—Que lo borres del mapa.

—Que me lo cargue.

—Que lo pierdas en la multitud —añadió Karlinsky, apesadumbrado.

Aunque le quitó la envoltura a un cigarro, no lo encendió. Parecía viejo y cansado. Estaba como un paciente en la sala de espera, preocupado y tenso, echado hacia adelante en el sofá.

—Carmine propone que nos olvidemos por completo del préstamo. Hacemos el préstamo y cancelamos la deuda para siempre: cuarenta mil dólares. A entregar tan pronto como sea posible. Sólo se trata de saber cuándo. Esperamos que sea en seguida. Preferimos que no haya una gran demora.

—¿Y qué pasa con mis clubs?

—Entretanto los cuidaremos. Estoy convencido de que serás testigo de su renacimiento. Piensa en la cantidad de personas que querrán decir que visitaron el Carousel, el club de Jack Ruby, el que acabó con Oswald.

—Para ver qué ambiente hay.

—Grandes manadas de gente de otras partes. Jack, ¿tienes algún arma?

—¿Y tú qué crees?

—Carmine cuenta con la plena cooperación de los chicos de Dallas que tienen gente que presta ayuda a la policía. La policía sacará a Oswald del edificio a través del sótano. Está programado para poco después de las diez de la mañana. Hay dos rampas que conducen a la calle.

—Main Street y Commerce.

—Es lo que digo, Jack. Las rampas estarán fuertemente protegidas y las entradas del edificio acordonadas. La verja de acordeón que separa las dos partes del edificio tendrá echado el cerrojo. Desconectarán la electricidad de los ascensores salvo el de las celdas, que es el que utilizarán para bajar a Oswald.

—Probablemente podré acercarme por una de las rampas.

—Espera, escúchame.

—En el edificio todos me conocen.

—Nada de eso, mañana no podrás bajar por una rampa. Sólo permitirán la entrada de periodistas con acreditación, y ahí se acaba todo. Una cantidad limitada, sobre todo reporteros gráficos. Se trata de un traslado muy delicado. Dispondrán de agentes adicionales. Están decididos a que todo transcurra sin contratiempos.

—¿Y cómo lo hago para entrar?

—Jack, a eso iba. Hay un callejón a lo largo de la pared este del edificio. Allí no llamarás la atención. A medio camino verás una puerta que da a la parte nueva del edificio, al anexo principal. Está siempre cerrada, pero nos ocuparemos de que mañana esté abierta. No está vigilada. Entrás en el edificio. Una vez dentro, encontrarás varios ascensores y una escalera. Baja por la escalera de emergencia. Así te las arreglarás para llegar al sótano.

—¿Cómo lo sacarán?

—Esposado a un detective. Del otro lado también tendrá un detective. ¿De qué tipo de arma dispones?

—Una 38 de cañón corto. Cabe en el bolsillo del pantalón.

—Tendrás la erección más notoria de todo Estados Unidos.

Karlinsky rio sombríamente, fue una especie de gruñido ronco. Jack estaba sentado ante el escritorio, con la mirada perdida. La conversación acabó en ese punto.

Jack pasó una hora a solas, calculando cómo pagar los últimos salarios y facturas sin la recaudación del fin de semana. Aquel malabarismo aritmético le produjo dolor de cabeza.

Buscó un número de teléfono en su libreta de direcciones. Llamó a la casa de Russell Shively, su amigo detective. Eran más de las tres de la madrugada. Jack escuchó los timbrazos del teléfono solitario.

—Diga, ¿quién habla?

—Hola, Russell.

—¿Quién coño habla?

Jack guardó silencio.

—Mañana, durante el traslado a la cárcel del distrito, asesinarán al cabrón de Oswald en el sótano de la comisaría.

Volvió a hacer una pausa y colgó.

Lee Harvey Oswald permanecía despierto en su celda. Había llegado a la conclusión de que acababa de encontrar el trabajo de su vida: después del crimen viene la reconstrucción. Tendrá motivos que analizar, la riquísima cuestión de la verdad y la culpa. Tiempo para reflexionar, para evaluar las cosas. Se trata de un crimen que, sin lugar a dudas, produce material para una interpretación profunda. Podrá variar la perspectiva de aquel momento realzado, las sombras fijas en el césped, la limusina rutilante e inmóvil. Dispondrá de tiempo para ahondar en el conocimiento de sí mismo, para explorar el significado de lo que ha hecho. Variará la acción de cien

maneras, la acelerará y la pasará a cámara lenta, modificará los puntos más importantes, buscará matices, verá cómo cambia toda su vida.

Ése era el verdadero comienzo.

Le proporcionarán papel y libros. Llenará su celda de libros referidos al caso. Tendrá tiempo de instruirse en derecho penal, balística, acústica, fotografía. Devorará y consumirá todo lo relacionado con el caso. La gente irá a verlo, primero abogados y luego psicólogos, historiadores, biógrafos. Ahora su vida tenía un único objetivo claro llamado Lee Harvey Oswald.

Kennedy y él eran socios. La figura del tirador asomado a la ventana era inseparable de la víctima y su historia. Estos elementos sustentarían a Oswald entre rejas. Le proporcionarían lo que necesitaba para vivir.

Cuanto más tiempo pasara en una celda, más fuerte se volvería. Ahora todos sabían quién era, lo que le dotaba de fuerza. Evidentemente empezaba un tiempo mejor, un período de lecturas profundas sobre el caso, de autoanálisis y reconstrucción. Ya no veía la prisión como una maldición para toda la vida. Había descubierto la verdad sobre la habitación. Podía vivir sin dificultades en una celda más pequeña que aquélla.

Domingo por la mañana. Jack dio las vueltas de costumbre para poner en marcha el día. Tardó un rato en sonreírle al mundo. Bebió zumo de pomelo y deambuló por la sala. George leía el periódico en el sofá, y Jack siguió caminando con esa mirada que denotaba que no veía nada.

—Jack, sabes que me cuesta mucho expresar con palabras lo que veo en la cara de los demás, pero no creo que tengas buen aspecto.

Jack encendió el televisor. Se lavó y se afeitó con una Wilkinson porque le gustaba el nombre. Se puso aftershave hasta que le ardió la cara. Preparó huevos revueltos y café y hojeó la primera sección del *Times Herald*, aún en calzoncillos, mientras desayunaba. Leyó la carta abierta a Caroline Kennedy y le resultó tan conmovedora que la comida se le atragantó. Se representó mentalmente la tragedia del presidente y de su encantadora familia.

Sonó el teléfono. Era Brenda Jean Sensibaugh, Baby LeGrand, que llamaba desde su apartamento en Fort Worth.

—Jack, tengo que pagar el alquiler. En casa no hay nada de comer para los niños ni para mí.

—Acabo de levantar el auricular.

—Voy derecha al grano para no perder más tiempo. Anoche teníamos que haber cobrado.

—Sabes perfectamente bien por qué cerramos.

—No estoy diciendo que cerrar fuera un error, pero dime qué puedo hacer para sobrevivir hasta la próxima semana si no cobro.

—Pediste un adelanto.

—Jack, no seas odioso ni antipático conmigo. Sólo te pido un pequeño anticipo para que mis hijos coman antes de que acabe el día. Sabes que puedes confiar en mí. Sólo te pido lo que necesito para acabar el día con el estómago lleno y para poner una cifra moderada en la mano del casero a fin de que me deje en paz.

—¿Cuánto quieres, zorra?

—Veinticinco dólares. Me resulta imposible ir a Dallas, pero si envías un giro telegráfico o lo que sea, bajaré al centro a recogerlo.

Jack recordó que había una oficina de telégrafos a media manzana del edificio de la comisaría y el tribunal. Brenda estaba de suerte. Si se apresuraba, podría enviarle los veinticinco pavos y acto seguido acabar con ese cabrón de Oswald.

Se tragó un Preludin con el último sorbo de café y se vistió. Traje oscuro, sombrero de fieltro gris, nudo Windsor en la corbata de seda. Cogió a Sheba y le dijo a George que iba al club. Una vez en la calle, dejó a la perra en el asiento delantero y puso el coche en marcha.

Se le había hecho tarde. Si no llegó a tiempo, está claro que no soy el elegido. Dio una vuelta por Dealey Plaza, desviándose ligeramente, para contemplar una vez más las coronas. Preguntó a Sheba si tenía hambre, si quería una lata. Aparcó frente a la oficina de telégrafos. Abrió el maletero, sacó la comida para perros y un abrelatas, preparó el alimento, se lo dejó en el asiento delantero. Sacó dos mil dólares de la cartera y se los metió en los bolsillos porque así se mueve por el mundo el propietario de un club. Se guardó el arma en el bolsillo derecho del pantalón. En la cinta del sombrero su nombre brillaba en letras doradas.

Cruzó la calle y llenó el formulario para enviar el giro. El empleado selló el recibo a las 11.17. Jack iba aún más retrasado de lo que suponía. Por primera vez en el día se dio prisa, y menos de cuatro minutos después estaba en el oscuro garaje que se extendía bajo la comisaría.

Si entro con tanta facilidad, significa que ellos quieren que lo haga.

Cruzó la vacía zona de aparcamiento en dirección a un par de Ford sin identificación que aguardaban en el espacio existente entre las rampas. Oyó voces que decían «ya llega, ya llega», y en un primer momento pensó que se referían a él. Subió por una ligera pendiente y se detuvo junto a un grupo de periodistas. Retumbos, voces, rebotes huecos poblaban el patio, motores de coche y equipos que producían un sonido metálico. Por todas partes había policías de paisano y altos mandos con gorra blanca. Los detectives bordeaban las paredes que iban de la oficina de las celdas hasta las rampas. Aunque Russell estaba allí, Jack ni siquiera tuvo tiempo de cruzar la mirada con él. Casi todos los reporteros y tres cámaras de televisión se encontraban en la rampa que comunicaba con Main Street, a la derecha de Jack. En lo alto de la otra rampa aguardaba un camión blindado.

«Ya llega».

«Ya llega».

«Ya llega».

La puntualidad era absoluta, el emplazamiento era exacto. Se encendieron los focos. Todo fue en blanco y negro, toques de luz y grandes sombras. Vio que un grupo de agentes salía de la oficina de las celdas escoltando al detenido, que llevaba un jersey oscuro y parecía un don nadie salido de la nada. Los periodistas se estremecieron. Fogonazos, gritos que retumbaron en las paredes, a Jack todo le resultó extraño, como si ya lo hubiera vivido, y permaneció bajo la luz artificial del sótano húmedo, con las rampas sucias por el humo de los tubos de escape y una sobrecarga de octanos en la atmósfera.

Ya llega.

Jack se apartó del gentío y de antemano vio cómo ocurría todo. Sacó la pistola del bolsillo, la movió disimuladamente, la golpeó contra su muslo. Se abrió un sendero. Nadie se interponía entre Oswald y él. Jack levantó el arma. Dio una última zancada y disparó una vez, un tiro al centro del cuerpo y a pocos centímetros de distancia. Oswald cruzó los brazos y sus ojos se tensaron. Emitió un sonido, un gruñido ronco, grave y desolado. Inició la caída a través de un mundo de dolores. Una maraña de cuerpos cubrió al pistolero, todos aquellos hombres con Stetson que respiraban con dificultad y luchaban por hacerse con la pistola. Alguien clavó una rodilla en la barriga de Jack. No entendió por qué adoptaban esa actitud. Puesto que lo conocían, resultaba innecesaria. Se sintió aún peor al oír la voz de Russell Shively por encima de otros sonidos.

—Jack, *Jack*, hijo de puta.

Un disparo.

Se oye un disparo.

Oswald ha recibido un tiro.

Oswald ha recibido un tiro.

Resonó un disparo.

Reina una confusión generalizada.

Han cerrado todas las puertas.

Santo Cielo.

Resonó un disparo mientras lo trasladaban al coche.

Un disparo.

Reina una confusión generalizada.

Tropezones y forcejeos.

Mientras lo sacaban.

Ahora vuelven a entrarlo.

Oswald abatido.

La policía ha bloqueado toda la zona.

Todo el mundo atrás es el grito, es el grito.

*Un hombre fornido con el sombrero puesto.
Oswald se derrumbó.
Una de las escenas más delirantes.
Luces rojas y ululantes.
Un hombre de sombrero gris.
Se las ingenió para entrar.
La protección y los cordones policiales.
Ciudadanos, policías.
Ahora el joven Oswald está aquí.
Lo sacan rápidamente.
Está tendido.
Tiene una herida de arma de fuego en la parte inferior del abdomen.
Está blanco.
Oswald blanco.
Tendido en la ambulancia.
Le cuelga la cabeza.
Ha perdido el conocimiento.
Cuelga.
Su mano cuelga por encima del borde de la camilla.
La ambulancia se lo lleva a toda velocidad.
Luces rojas y parpadeantes.
El joven Oswald parte a toda velocidad.
Está blanco, blanco.*

¿Recuerdas la ambulancia de Atsugi, de color verde camuflaje, que temblaba bajo la bruma provocada por el calor en la pista de aterrizaje, y del piloto que se apeaba? Lee no se sentía nada bien. Primero le dispararon y luego intentaron hacerle la respiración artificial. Durante el período de instrucción en los marines le habían enseñado que la respiración artificial es lo último que se le hace a un hombre que sufre heridas abdominales. Se vio a sí mismo recibiendo el tiro tal como lo captó la cámara. Miró la tele en medio del dolor. Aunque no tenía la sensación de movimiento, la sirena emitía ese ruido aterrador de avanzar a toda velocidad por las calles. Un hombre le habló al oído y le dijo que, si deseaba decir algo, sería mejor que lo hiciera en el acto. En medio del dolor, en medio de la pérdida de sensaciones salvo en la zona dolorida, Lee se vio reaccionar ante el calor taladrador del proyectil.

¿Recuerdas que el piloto parecía un astronauta con casco y traje de goma?

Todo le abandonaba, todas las sensaciones externas se disparaban hacia el espacio. Aunque sabía que seguía en la ambulancia, ya no oía la sirena ni la voz del hombre que quería hacerle hablar, un texano amistoso, a juzgar por su tono. Lo único que le quedaba era el dolor burlón, la imagen del rostro demudado por la tele. Muerte

e infierno contenidos en Hidell. Miraba la pantalla en una habitación oscura, en el cubículo televisivo de Dios sabe quién.

El abandono de lo que llevamos con nosotros, crepúsculo y humo de chimenea. ¿Qué hace el metal en su cuerpo?

Sufría. Sabía lo que significaba el dolor. Bastaba con ver la tele. El brazo sobre el pecho, en la boca una mueca de entendimiento. El dolor anuló las palabras y luego el pensamiento. Para él no quedaba nada salvo la trayectoria del proyectil. Penetración en el brazo, el estómago, la aorta, el riñón, el hígado y el diafragma. No quedaba nada salvo la más descarnada conciencia del proyectil. Y la bala propiamente dicha, el cobre, el plomo y el antimonio. Habían introducido metal en su cuerpo y eso era lo que provocaba el dolor.

¿Te acuerdas de los hombres que contemplaban el despegue del reactor? Costaba trabajo aceptar la rapidez con que se perdía en la bruma.

Lo ingresaron en Parkland a las 11.42. Motivo principal: herida de arma de fuego.

Comprobaron que el corazón estaba débil y no latía. Fue imposible provocar latidos eficaces. Las pupilas estaban fijas y dilatadas. Ausencia de flujo sanguíneo en las retinas. Ausencia de actividad respiratoria. Fue imposible mantener un pulso regular. Expiró a las 13.07.

La industria aeroespacial.

Es la blanca pesadilla de la luna, en lo más alto del cielo ruso. Yo y también tú. Es un desconocido enmascarado que va cayendo.

Desde fuera, damos por sentado que la conspiración es la consecución perfecta de un plan. Hombres silenciosos y anónimos, de corazón insensible. La conspiración es todo aquello que no es la vida cotidiana. Es el juego interior, frío, seguro, sin desviaciones, eternamente fuera de nuestro alcance. Nosotros, los inocentes, los que intentamos buscarle un sentido a las sacudidas cotidianas, somos los imperfectos. Los conspiradores poseen una lógica y una osadía que supera nuestra capacidad de comprensión. Todas las conspiraciones representan la misma historia de hombres que encuentran coherencia en un acto delictivo.

Pero quizá no. Nicholas Branch cree saber que no es así. Ha averiguado lo suficiente sobre los días y meses precedentes al 22 de noviembre y sobre esta fecha concreta para llegar a la conclusión de que la conspiración contra el presidente fue un asunto tortuoso, un asunto que, a corto plazo, triunfó sobre todo gracias al azar. Listillos e imbéciles, ambivalencia, voluntad férrea y diversas casualidades. Branch no sólo dispone de material procedente de las investigaciones internas de la Agencia —Everett y Parmenter cooperaron en diversa medida—, sino información clave con respecto a las últimas etapas de la trama, originarias de fuentes situadas dentro de Alpha 66.

El material no deja de llegar. El supervisor envía diarios de vigilancia del FBI.

Envía una cronología cinematográfica de treinta y cinco horas de metraje no montado por las cadenas y rodado durante el fin de semana del 22 de noviembre. Envía una versión ampliada por ordenador de la película Zapruder, la cinta doméstica de 8 mm rodada por un fabricante de ropa de confección que se encontraba en un contrafuerte de cemento de Elm Street cuando se efectuaron los disparos. Los expertos han estudiado hasta el último matiz difuso de la película Zapruder. Es el cronómetro básico del asesinato y el símbolo principal de la incertidumbre y el caos. Allí está el poderoso momento de la muerte, los manchones, borrones y sombras circundantes.

(El análisis de la película y otras pruebas inducen a creer a Branch que el primer disparo se realizó mucho antes de lo que suponen la mayoría de las hipótesis, probablemente en el fotograma 186 de Zapruder. El gobernador Connally fue alcanzado dos coma seis segundos más tarde, en el Zapruder 234. El disparo que acabó de forma aplastante con la vida del presidente tuvo lugar cuatro coma tres segundos después. Aunque ha llegado a claras conclusiones en este aspecto, de todas maneras Branch estudiará la versión informatizada de la Zapruder. A estas alturas está demasiado comprometido para abandonar).

El supervisor envía un informe especial del FBI que incluye la descripción pormenorizada de los sueños de los testigos presenciales después del magnicidio y del asesinato de Oswald.

El supervisor envía material sobre Bobby Dupard. Branch sólo conoce la existencia de Dupard a través del supervisor. ¿Y cómo lo sabe el supervisor? ¿Acaso Dupard habló con alguien sobre su intervención en el atentado contra Walker? ¿Oswald mencionó su nombre a alguien de Nueva Orleans?

En el historial existen omisiones inquietantes, huecos ocasionales. Obviamente, Branch sabe que la Agencia es un sistema cerrado. Sabe que no informarán a otros organismos, y mucho menos al público, de lo que han averiguado. Por eso la historia que le han encomendado escribir es secreta, destinada exclusivamente a la colección cerrada de la CIA. Sin embargo, ¿por qué no le entregan cierto material a él? Hay cosas que no le dicen. En los últimos tiempos, el supervisor tarda en satisfacer ciertos pedidos de información y parece ignorar olímpicamente otras cosas. ¿Qué es lo que retienen? ¿Hay más cosas? Branch se pregunta si existe un límite para la entrega de información recogida por medios clandestinos. Son incapaces de darlo *todo*, incluso a uno de los suyos, a alguien que se ha comprometido a guardar el secreto. Antes de retirarse, Branch analizaba información, buscaba pautas en montones de datos azarosos. Consideraba que los secretos eran cosas pueriles. En un sentido general, no se dejaba impresionar por los logros de los agentes del servicio clandestino, los manipuladores de espías, el personal de actividades encubiertas. Consideraba que habían desarrollado una formidable teología, una recopilación formal y cifrada de conocimientos que básicamente servían de material de juego, el mantenimiento de secretos, uno de los placeres y conflictos más agudos de la infancia. Ahora se pregunta si la Agencia protege su propia identidad, su verdad, su teología secreta.

El supervisor le envía material literario: veinticinco años de novelas y obras de teatro sobre el magnicidio. Envía largometrajes y documentales. Envía transcripciones de las discusiones de grupos de expertos y de debates radiofónicos. Branch no tiene más opción que estudiar ese material. Aún le quedan unas cuantas cosas importantes por aprender. Debe analizar vidas. Dominar los datos es fundamental.

Ramón Benítez, el hombre que se encontraba en el montículo de hierba, aparece en una foto tomada en abril de 1971 en la inauguración de la llama eterna de la Cuban Memorial Plaza de la Octava Sudoeste de Miami. La urna que contiene la llama reposa en una columna de casi cuatro metros. Cinco placas recuerdan los nombres de los caídos: *A los mártires de la brigada de asalto*^[9]. El supervisor envía informes imprecisos en el sentido de que Benítez, bajo otro nombre, fue varios años taxista en Union City, New Jersey. Por lo demás, nada.

Aquel día también estaba presente y fue retratado en las fotos Antonio Veciana, fundador de Alpha 66. Ocho años y medio después le dispararán y lo herirán en Miami. Ocurrirá luego de que se publique el informe especial del Senado sobre los asesinatos, informe que incluye la afirmación de Veciana en el sentido de que Lee Oswald se entrevistó en Dallas con un agente del servicio de información norteamericano poco antes del 22 de noviembre. No habrá detenciones.

Brenda Jean Sensibaugh, la cabaretera a la que Jack Ruby envió un giro telegráfico, aparece ahorcada con sus pantalones de torero en una celda de Oklahoma, en junio de 1965, tras ser detenida acusada de provocación con fines de prostitución. Se dictamina como suicidio.

Dos días después, Bobby Renaldo Dupard muere de un disparo durante un atraco a mano armada en la ferretería Ray's de West Dallas, en la que trabajaba como encargado. Branch relaciona de inmediato el nombre de la tienda con uno de esos datos inútiles pero persistentes que por la noche le impiden conciliar el sueño. Se trata de la misma tienda en la que, en 1960, Jack Ruby adquirió la pistola que utilizó para matar a Oswald.

En enero de 1967, mientras esperaba la revisión del juicio por el asesinato de Oswald, Jack Leon Ruby muere de cáncer. Durante su estancia en la cárcel intenta suicidarse golpeándose la cabeza contra la pared de la celda e intentando meter el dedo en un enchufe mientras permanece de pie en un charco de agua.

Durante las vistas de la comisión le dice a Earl Warren, presidente de la Corte Suprema, que lo han utilizado para ciertos fines, que quiere contar la verdad y abandonar este mundo. Pero primero tienen que llevarlo a Washington. Le contará la verdad al presidente Johnson.

Vive en una celda de una zona aislada de la cárcel del distrito, un pequeño habitáculo cuadrado con retrete y un colchón en el suelo. Un guardia le lee la Biblia. Jack está convencido de que el hombre lleva un aparato de escucha oculto en el uniforme. Ponen a buen recaudo sus comentarios acusatorios y borran los que

demuestran que su crimen no fue premeditado sino un arrebatado de conciencia personal.

Cuando se siente muy taciturno, una nulidad, relee los telegramas que le enviaron en los días inmediatamente posteriores al asesinato. BRAVO JACK CON AFECTO. SEÑOR RUBY ES UN HÉROE. APRECIAMOS TU VALOR Y TU CORAJE. MATASTE A LA SERPIENTE. NO MERECE LA CÁRCEL SINO UNA MEDALLA. BESO TUS PIES NACIDOS EN HUNGRÍA AFECTUOSAMENTE. Luego recuerda el veredicto de culpabilidad, la pena de muerte, la inversión de pequeños detalles técnicos. Sabe que Dallas quiere verlo muerto y enterrado, lo mismo que a Oswald. Sabe que la gente considera los disparos de aquel fin de semana como fogonazos de un único homicidio incandescente y dice que ése es el crimen cometido por Jack. Teme que le hayan asignado un papel equivocado. Corre por la celda y se golpea la cabeza.

Se pone el mono blanco de la cárcel y toma notas cuando sus abogados se presentan en la sala de entrevistas, cuyas paredes están plagadas de micrófonos ocultos. Insiste en someterse a la prueba del detector de mentiras porque sabe que la sinceridad y la autenticidad de la verdad son cualidades más que preciosas para los norteamericanos. Garabatea en un bloc: «Parece que cuanto más te internas en algo, incluso siendo consciente de lo que hiciste, más se vuelve contra ti, te lava el cerebro, sabes que eres débil precisamente en aquello en que quieres decir la verdad». En julio de 1964, las autoridades acceden a someterlo a un análisis poligráfico. Los resultados son poco concluyentes.

Empieza a oír voces. Oye gritar a uno de sus hermanos cuando la gente quema sus ropas a las puertas de la cárcel del distrito.

Está convencido de que matarán a todos sus hermanos por lo que él ha hecho.

Cree que la gente distorsiona sus palabras incluso mientras las pronuncia. Existe un proceso que tiene lugar entre la emisión de la palabra y el momento en que ellos fingen oírla correctamente, pero de hecho la modifican para que se atenga a lo que quieren que signifique.

Está convencido de que los judíos norteamericanos son introducidos en máquinas de muerte y asesinados en ingentes cantidades.

Se han equivocado al asignarle el papel o le han dado el de otro, el de Oswald. Ahora forman parte del mismo crimen. Están metidos en el mismo saco de aquí a la eternidad.

Salen los abogados y entran bailando los médicos. El cáncer se propaga. Lo huele en las manos de los examinadores. Jack Ruby lee los telegramas.

¿Acaso alguien comprende plenamente su desesperación, el largo y lento tormento de una vida caótica que se remonta a la desdentada Fanny Rubenstein en Roosevelt Road, chillando en medio de la noche, que se remonta a la más temprana incomprensión que recuerda, un vago, un pupilo del Estado que vive en hogares adoptivos; que se remonta al primer golpe, la sorpresa de lo que significa ser un don nadie, saber que no eres nada, recibir cada día de todos tus días, año tras año tras año,

el mensaje de tu insignificancia?

Presidente Warren, no entiendo nada.

Jack empieza a fundirse con Oswald. Ya no distingue la diferencia entre ambos. De lo único que está seguro es de que falta un elemento, que han suprimido por completo. Jack Ruby ha dejado de ser el hombre que mató al asesino del presidente para convertirse en el que asesinó al presidente.

Por eso introducen a los judíos en máquinas, por su culpa. Es el poder y el ímpetu de los sentimientos de las masas.

Ahora Oswald está en su interior. ¿Cómo puede luchar contra la certeza de lo que es? La verdad del mundo lo extenua. Baja la cabeza y corre hacia la pared de cemento.

Nicholas Branch estudia los informes de los psiquiatras. Lee hasta altas horas de la noche. Se queda dormido en el sillón. Hay momentos en que se ve incapaz de seguir adelante. Se siente desanimado, casi paralizado por la sensación de muerte. Los muertos pueblan la estancia. Las fotos de los muertos ejercen una pesarosa influencia en su mente, la mente de un anciano. Pero insiste, sigue bregando, toma notas. Sabe que no puede escapar. Este caso le acosará hasta el final. Claro que ellos lo sabían desde el principio. Por eso construyeron esa habitación, la sala del envejecer, la sala de la historia y los sueños.

Domingo por la noche. Beryl Parmenter veía la televisión en su casita de Georgetown. Pasaban una y otra vez la escena del disparo.

Una y otra vez. La pantalla está cubierta de hombres de espaldas anchas y sombrero que rodean a Oswald, que lleva la cabeza descubierta y tiene las facciones blanqueadas por los focos a excepción del ojo izquierdo, que brilla sombríamente. Fornido y cargado de hombros, Jack Ruby aparece en escena. Su mano está rodeada de brillante estática cuando aferra el arma. La imagen tiembla. La sorpresa y el dolor reflejados en el rostro de Oswald lo separan de quienes le rodean. Está solo, muy lejos, es el único que no pregunta qué ha ocurrido. Después del disparo se produce un frío momento de calma. Luego todo se hace pedazos.

Beryl no quería a esa gente en su casa.

La cámara no lo capta todo. Parecen faltar fotogramas, niveles de información. Aunque el disparo es fugaz y simple, resulta excesivo para asimilarlo, está demasiado mezclado con energías liberadas. Cada reposición permite atrapar un nuevo detalle. Esta vez Beryl nota que Ruby lleva gafas de montura oscura en el bolsillo de la camisa. Oswald muere sin sufrir transformaciones.

¿Por qué lo pasan una y otra vez? ¿Acaso el hecho de mostrarlo mil veces permitirá que Oswald desaparezca definitivamente? Beryl supo exactamente qué pensaba Ruby: quería borrar del mapa al hombrecillo. Quería que desapareciera. No quería verlo, oírlo ni pensar en él. Igual que los demás, Jack, nosotros también

queremos borrarlo de la faz de la tierra. Ahora se ha ido, pero no sirve de nada.

Beryl admiraba al presidente Kennedy. Incluso se había sentido personalmente involucrada en su ascenso, con una especie de interés lejano, pues los Kennedy vivieron una temporada en una casa de ladrillo de N Street, prácticamente a la vuelta de la esquina, cuando Jack era senador. Deseaba sentir satisfacción por la muerte de Oswald, cierta recompensa, pero las repeticiones de la escena sólo sirvieron para ahondar y prolongar el horror. Se convirtieron en un horror sobre el horror.

No quería a esa gente en su casa, si bien se sentía moralmente obligada a mirar. Ellos seguían mostrándolo, y Beryl miraba. Había quitado el volumen porque las voces de los periodistas la conmovían hasta provocarle el llanto. Había llorado durante todo el fin de semana, llorado y mirado. No lograba anular la sensación de que la habían descubierto. Aquellos hombres armados y con sombrero estaban en su casa. Eran imágenes del otro mundo. La habían localizado, la habían obligado a mirar, y eso no se parecía en nada a los artículos de prensa que recortaba y enviaba a sus amistades. Sentía que esa violencia se extendía hasta el infinito; hombres de sombrero oscuro, de sombrero gris con cinta oscura, de Stetson marrón, de gorra blanca con brillante visera y placa sujeta con alfileres en el frente. El hombrecillo sin sombrero exclamó «Oh», o «No».

Horas más tarde el horror se tornó mecánico. Siguieron torturándola con esa cinta, proyectando sombras a través de la máquina. Fue un proceso que arrancó la vida a los hombres de la película, los encerró en los fotogramas. A Beryl acabaron por parecerle eternos, idénticamente muertos.

Larry catalogaba vinos en la bodega.

Se echó a llorar una vez más. Deseaba salir a rastras de la habitación pero había algo que se lo impedía. Probablemente se debía a Oswald. Había algo en la expresión de Oswald, la mirada a la cámara antes de que le dispararan, que lo situaba entre el público, entre nosotros, el resto de los mortales, insomnes en nuestros hogares... una mirada, el modo de decirnos que sabe quiénes somos y qué sentimos, que ha llevado nuestras percepciones e interpretaciones a su sentido del crimen. Hay algo en la mirada, una inteligencia maligna, demasiado fugaz pero trascendental, una relación prácticamente desteñida por el resplandor de los focos, que nos dice que está al margen del instante, mirando con los demás. Era esto, esto y la sensación de que ocultarse era una cobardía, lo que mantenía a Beryl en la sala.

Él comenta el documental incluso mientras se filma. Entonces recibe un tiro, un tiro, un tiro y su mirada se convierte en otro tipo de certeza. De todas maneras, nos ha hecho partícipes de su agonía.

Volvieron a pasar la secuencia a primera hora de la mañana. Beryl se quedó en la sala y miró. El teléfono sonó por enésima vez. La mujer no se movió. El dolor demudó el rostro de Oswald. Beryl no aceptaría ninguna llamada durante aquel fin de semana invernal.

25 DE NOVIEMBRE

El camino trazaba una curva ascendente a través del cementerio entre robles y olmos, por encima de terrenos herbáceos salpicados de lápidas, y dos polvorientos coches patrulla avanzaban despacio, sin compañía, a una velocidad ridículamente majestuosa. Se detuvieron en la cima, a las puertas de una bonita capilla de arenisca, para entregar a los deudos a su dolor organizado. De inmediato fue evidente que algo fallaba. La familia descendió de los coches y se encontró con agentes del servicio secreto y personal del cementerio reunidos en la arcada, que mostraban el severo orgullo que exhiben los funcionarios de poco rango ante un deber que menosprecian. El viento silbó por el este, barrió las extensiones de la pradera industrial entre Dallas y Fort Worth. Marguerite Oswald se detuvo en el atrio de la capilla con su vestido negro y sus gafas de montura negra, sosteniendo en brazos a la nueva niña, la nieta cuyo nacimiento le habían ocultado, y una expresión de profundo dolor porque alguien había suprimido el oficio. Alguien ordenó que retiraran el cadáver de la capilla. La capilla se encontraba vacía. El cuerpo no estaba presente.

Llamaron a muchos ministros, hombres de Dios luteranos, pero ninguno quiso pronunciar una plegaria por Lee Harvey Oswald. Señorita, ése es el motivo por el que tenían la máxima y más vergonzosa prisa por enterrar a mi muchacho. Robert lloraba amargamente e intentaba convencerlos de que devolvieran el cuerpo de Lee a la capilla para celebrar un breve oficio, para su comparecencia en un lugar sagrado. Por eso intervine y dije: «Si Lee es una oveja descarriada y por eso no lo queréis en la iglesia, esto va más allá de los fines de un templo. La buena gente no necesita asistir a la iglesia. Se le considera un asesino. Son los asesinos los que necesitan de la iglesia. ¿No es eso lo que predica Jesús?». Tenían tanta prisa por enterrar a Lee Harvey Oswald que olvidaron avisar a quienes transportan el ataúd hasta la fosa, de modo que los periodistas formaron un equipo para trasladar el cuerpo. Señorita, tengo muchas anécdotas. Tengo muchas anécdotas que, estoy segura, desconoce. Soy la madre del caso.

Las nubes pasaban a toda prisa. El ataúd de madera reposaba sobre las andas, encima de la fosa abierta bajo la cual se extendía una impresionante cámara de cemento a prueba de vándalos: un milenio de paz. La familia tomó asiento en sillas metálicas de tijera, dentadas, bajo un desteñido dosel. Robert Oswald se encontraba entre la viuda y la madre, y cada mujer llevaba en brazos a una de las pequeñas. Los periodistas guardaban las distancias. No se permitió la entrada de amigos, y hay que admitir que no fueron muchos los dispuestos a hacer acto de presencia. Agentes del servicio secreto y policías de uniforme rodeaban el dosel, la mayoría con las manos cruzadas e hincándose de rodillas cuando correspondía. Había guardias armados apostados a lo largo de la valla del cementerio. La broma que circulaba entre los periodistas decía que Fort Worth se ocupaba mejor de Oswald muerto que Dallas en vida. Robert se esforzaba por mantener la calma. Era un hombre disciplinado, de

ceño fruncido, con el pelo bien cortado, coordinador de ventas, trabajador infatigable que parecía mayor y más responsable que cualquier persona de veintinueve años de aquí a Texarkana, como si las ausencias escolares del joven Lee, su desertión, la licencia deshonorosa, los trabajos perdidos y todo lo que había ocurrido le hubieran puesto una armadura de por vida.

Señoría, no puedo afirmar la verdad de este caso mediante un sencillo sí o no. Necesito contar la historia. Se trata de un chico del que los demás se burlaban. Era desastroso, camisas rasgadas, y sangraba por la nariz. Quiero que me escuche. Escribiré libros sobre la vida de Lee Harvey Oswald. Tengo información que corresponde al caso. Estoy en todo el mundo. He luchado por criar a mis chicos con modestas sumas de dinero y hoy estoy en todas partes, en los noticiarios y en la prensa extranjera, y dígame, ¿dónde están los fondos para un entierro digno? Señor juez, hay relatos dentro de los relatos. Lee coleccionaba sellos en una carpeta, jugaba solo al ajedrez en la mesa de la cocina y lo enviaron a Rusia para que se infiltrara. Me colgaré una cámara al cuello y haré un archivo fotográfico de la vida de Lee, retrataré casas y habitaciones para el archivo. Le contaré todos los trabajos que tuve para criar a mis chicos, lo que me llevó a convertirme en enfermera. He visto la enfermedad cara a cara. Sé lo que significa ganar sueldos de hambre. He trabajado por nueve dólares diarios en casas ajenas, de guardia las veinticuatro horas del día. Llevé tres días mi uniforme de enfermera, y me escabullí sigilosamente de hoteles con agentes de diversas ramas de la policía secreta, seguida por periodistas de la revista *Life*, un traductor, un fotógrafo, mi nuera rusa y las dos pequeñas enfermas. Marina fuma a plena luz del día. Yo voy de uniforme y a ella le traen ropa. Por todas partes hay pañales puestos a secar. La tele dio la pista y dispararon contra Lee. Nos lo ocultaron por ser mujeres, y en el coche hacia el siguiente hotel sonó algo por la radio y el agente dijo: «No repita, no repita». Añadí: «¿Habla de mi hijo?». No me respondió e insistí: «Le han disparado a mi hijo, ¿no?». El agente dijo por el micro: «No repita, no repita». Añadí: «Respóndame, quiero saberlo». «No repita, no repita». Lo pasaron por el televisor de la habitación, pero a Marina y a mí nos impidieron ver la secuencia. Nos hicieron sentar detrás del aparato mientras los agentes se ponían frente a la pantalla y miraban. El televisor estaba de espaldas a nosotras. Entre quince y dieciocho hombre se apiñaron ante la pantalla para mirar. Nos dieron café y se quedaron mirando.

Estoy sufriendo una muerte y eso es muy duro.

Pretendo investigar este caso y presentar mis conclusiones. Pero no puedo reducirlo a una escueta declaración. Cuando él tenía dos años, una vez llegué a casa y encontré sus piernas cubiertas de verdugones rojos, pues en Pauline Street la señora Roach le azotaba. Lo metí en una institución y dormía con sus hermanos en una habitación enorme y alargada, cien chiquillos en hilera tras hilera de catres. A los diez años ya conocía seis escuelas. Investigarán los factores ambientales, nuestros traslados de un hogar a otro. Señor juez, he vivido en muchos sitios pero nunca en

medio de la mugre, jamás nos faltó de comer, nunca faltó el toque personal y cariñoso, el encanto del decorador. Nos mudamos para convertirnos en una familia. Éste es el tema de mi investigación.

Señor juez, sonrío pese a ser la madre del acusado, la que lee las falsedades que escriben sobre mi chico. Lee fue un bebé feliz. Lee tuvo un perro. Es el mismo chico que sólo asistió un mes a la Escuela Secundaria de Arlington Heights antes de ingresar en los marines, cuando vivíamos en Collinwood Avenue, y hay tres fotos del chico en el anuario escolar. Dígame, ¿por qué se elige entre tantos a este chico y se le convierte en tema de tres fotos? La gente dice: «Señora Oswald, no lo entiendo». ¿Lo entiende usted? Todo consiste en entender que la historia se prolonga indefinidamente. Esto es lo que hay que comprender. La cuestión consiste en saber cuánto tiempo hacía que lo utilizaban. Solía subir a la azotea con los prismáticos para contemplar las estrellas, y lo enviaron con una misión a Rusia. Lee Harvey Oswald es más de lo que parece. Incluso me han robado documentos. Una de las ramas de la policía secreta robó de mi hogar recortes de periódicos. A mí me ven en todo el mundo y ellos desvalijan mis recuerdos.

Apareció un ministro que pronunció unas pocas palabras ante la fosa. Era ejecutivo del Consejo de Iglesias y hacía ocho años que no celebraba un oficio. Pero quería ayudar, pese a que había olvidado la Biblia en el coche. El empresario de pompas fúnebres abrió el ataúd y Marina Oswald se acercó, besó a su marido y le puso dos anillos. Llevaba un vestido oscuro y un abrigo de paño claro, en aquel momento sollozaba, las pequeñas lloraban y los agentes de seguridad se arrodillaban y miraban hacia el cielo. Marina pensó que era extraño, cuando Jrushev visitó Minsk mientras ella vivía con Lee en la ciudad corrieron rumores de un intento de asesinato. Si hubiese dependido de Lee, si hubieran elegido a Lee para esa acción, lo habrían cuidado mejor. Al menos, de los rusos puede decirse que son capaces de cuidar de un sospechoso. Esos resentidos minutos ante la tumba remataron su abandono, salvo en lo referente a los sueños. Durante años sus sueños continuarían incompletos, privada de Alek con sus primeras ternuras, del modo en que le gustaba jugar con June Lee, de la forma en que se sentaba a mirarla durante horas. El ministro dijo: «Oh, Dios de los cielos abiertos y del universo infinito». Estaba sola con dos niñas pequeñas bajo los nubarrones que se desplazaban deprisa, era una proscrita vencida por el dolor y la pérdida que vivía en un motel junto a doce hombres armados. Intentó comprender cómo era posible que todo eso le sucediera.

Hablemos de Marina como si fuera rusa o francesa. Resulta sorprendente lo mucho que mejoró su inglés inmediatamente después de que mataran a Lee. Resulta sorprendente la rapidez con que se paseó con un cigarrillo encendido, algo que nunca vi en vida de Lee. Investigaré las fotos de Marina para cerciorarme. Señor juez, poseo un sexto sentido. La gente se sorprende ante mi percepción extrasensorial. Y si Lee Harvey Oswald le disparó al presidente, ¿por qué no me enteré mientras ocurría? Es una sensación frecuente que toda madre experimenta cuando suena el teléfono y sabe

que es su hijo. ¿Por qué no percibí que estaba asomado a una ventana con un arma en la mano cuando sonaron los disparos? El hecho de que fuera su arma no significa que disparara. Llevaré una cámara colgada del cuello. Cronometraré sus movimientos aquel día fatídico. Estoy dispuesta a darle vueltas y más vueltas a la cuestión porque hay historias dentro de la historia, hechos que la prensa no conoce. Marina sabe inglés y francés. Esta extranjera está preparada. Le trajeron ropa. Me mostraron un artículo del periódico en el que una mujer le ofrecía su hogar. Quieren que Marina reconozca la culpa de Lee y entonces se ocuparán de encontrarle un hogar. Robert siempre se pone de parte de la policía secreta. Nuestras personalidades no encajan. Es la congoja de las relaciones familiares. Señoría, olvido muchas cosas. Lee tuvo una bicicleta. Lee tuvo un perro. Al chico le dispararon cuando estaba esposado a un representante de la ley. Alguien pagó para que lo abatieran. La tele dio las instrucciones y mi hijo fue abatido. Aquí se nos plantea una cuestión moral por la que estoy en pie de guerra. Lean mi correspondencia. De mi escritorio faltan tres cartas. Desde Rusia, Lee me escribió: «Estoy demasiado aislado para leer». En la carta me agradece que le envíe libros. Pide las cosas por favor. Quiere tener noticias de su patria. Y esta carta ha desaparecido. Nuestro gobierno lo ha vigilado durante años. ¿Se enteró Lee de que lo estaban usando? Investigaré este asunto. Escúcheme, necesito narrar la historia de mi hijo. Puesto que vivo en el barrio francés, he de asimilarlo. Lee se sabía de memoria el manual de Robert. Le gustaban la historia y los mapas. El oficial de reclutamiento dijo: «Señora Oswald, en Japón y esos sitios hay menos delincuencia que aquí». Le vendió un programa. Estaba dispuesto a colar a Lee a los dieciséis años, antes del plazo legal. Lo estaban preparando. Ya habían empezado a utilizarlo. Tres fotos en el anuario y sólo estuvo un mes en la escuela. La gente dice: «Señora Oswald, ¿qué sentido tiene?». El sentido consiste en saber hasta dónde se remonta todo. ¿Cuándo empezaron a vigilarlo? ¿Les pertenecía de por vida? El sentido consiste en saber qué pasa con el chico del ataúd. Lee de traje y bonita corbata con un aspecto totalmente distinto al del hijo esperpéntico de la prensa y la tele, un muchacho robusto, de cara redonda, igual a un ruso. ¿Acaso la persona que enterraron es la misma que mataron? ¿La mataron realmente? ¿La persona que regresó de Rusia es la misma que partió? Tengo derecho a plantear estas preguntas. ¿Cuál es la estatura de Lee? ¿Cuáles son sus señas particulares, sus cicatrices? Plantearé estas preguntas en libros y en intervenciones públicas.

El 19 de julio de 1960 escribí al señor Jrushev, pues mi hijo se había perdido en Rusia. No obtuve respuesta. El 21 de enero de 1961 fui a Washington para pedirle al presidente Kennedy que buscara a mi hijo y lo devolviera a casa. Y después dicen que soy descuidada, parece un chiste. Permití que mis muchachos eligieran por sí mismos. Conduje hasta Nueva York en un Dodge viejo y destartalado. Perdí demasiadas veces al aceptar nuestra jerga occidental, cuando lo cierto es que no se cuidó de la madre. Si investiga la vida de Jesús, verá que María, su madre, desaparece en cuanto él es crucificado y resucita. ¿Dónde está la madre que crio al hijo? Y

cuando el chico muere, ¿levantan una cerca alrededor de la madre? Yo tocaba el piano de oído, de joven fui muy popular. No puedo proporcionar datos a boca de jarro. Hacen falta relatos para llenar una vida. Piense en el señor Ekdahl, que me engatusó para no concederme un divorcio digno y me obligó a ahorrar centavos de por vida. El señor Ekdahl es un relato. Marina es otro relato cuyos detalles resultan confusos. Creo a pies juntillas en mis sospechas. Sus afirmaciones, su estilo de vida, fuma, no amamanta a la pequeña. Marina tiene un administrador. Le llueven las ofertas, ¿y dónde está la madre? La revista *Life* me retrata de uniforme y con las medias caídas. He sufrido tanto como mi hijo: somos de la misma madera.

El sol estaba a punto de ponerse, la luz de la tormenta iluminaba los bordes de las nubes que se desplazaban lentamente, oscuras y apiñadas, y el cielo transmitía un cierto apremio salvaje, todo estaba electrizado. El ministro terminó de recitar un salmo y el empresario de pompas fúnebres se dispuso a bajar el ataúd. Avergonzados, los policías se ajustaron las pistoleras. La familia se puso en pie y se quedó mirando. Robert y Marina tenían la misma expresión: tierna, perdida, suplicante. Que todo sea distinto, que no ocurra, dadle una segunda oportunidad, otra vida. Marguerite, que sostenía a la pequeña Rachel entre sus brazos, mostraba una desolación tan absoluta que podía considerarse como lo único que le quedaba, todo lo que tenía y era, todo lo que había dado le fue devuelto en un traje dentro de un ataúd, pura caída y desolación, un alma asolada por la ruina. Entregó la pequeña al ministro y le rodeó la cara con las manos, sin tocarla, alejando el instante de todo dolor salvo el padecimiento personal.

Bajaron a su hijo más joven hasta la tierra roja de Texas y, por razones de seguridad, lo enterraron con otro nombre, el último alias de Lee Harvey Oswald. William Bobo.

Marina avanzó y cogió un puñado de tierra. Se persignó, estiró el brazo sobre la fosa y dejó caer la tierra. Marguerite y Robert jamás habían visto algo semejante. La belleza del gesto resultaba enternecedora. Resultaba extraño, expresivo y también atinado. Aunque desde que Robert era pequeño nunca habían coincidido en nada, ahora se agacharon juntos hacia el montículo, se bendijeron a sí mismos, cogieron tierra, alzaron los puños sobre la fosa y la dejaron caer, derramándola entre los dedos como el contenido de un reloj de arena, dejándola caer suavemente sobre el ataúd de madera de pino.

Aquí estoy, sobre la tierra, con el corazón destrozado, y miro las lápidas sepulcrales, el campo ondulado de los muertos, la capilla en lo alto de la colina, los cedros inclinados por el viento, y sé que se espera que el funeral consuele a los deudos con la cualidad de la ceremonia y del escenario. Pero yo no tengo consuelo.

Esto viene de muy lejos; los hombres se matarán entre sí y las mujeres permanecerán en pie ante las tumbas. Señorita, yo no me doy por satisfecha con permanecer en pie.

Cronometraré sus movimientos durante aquel día fatídico. Entrevistaré hasta el

último testigo. No hablo por hablar. En tanto madre del acusado, sé que debo contar con hechos. Escúcheme. ¿Sabe que asistí a clases de ruso en la biblioteca? Una vez por semana, en mi día libre, iba a estudiar, esperando de corazón que algún día Lee se pusiera en contacto conmigo, suponiendo que llegaría a hablar normalmente con Marina. Escúcheme, preste atención. No puedo vivir de pequeñas donaciones. Marina ya tiene un contrato y un escritor que redactará sus textos. Se negó a ponerse los pantalones cortos que le compré. Un domingo, en Fort Worth mi chico no tenía preparada la maleta, y al día siguiente desapareció con su esposa y su hija para irse a trabajar a Dallas, de la noche a la mañana, sin avisar a su patrón ni a su madre. Un trabajo fotográfico cuyos detalles se desconocen. Da que pensar. ¿Quién organizó la vida de Lee Harvey Oswald? Es un tema que se prolonga hasta el infinito. Lee tenía una colección de sellos. Lee nadaba en la piscina de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Solía verlo por Ewing Street con el pelo mojado. Cariño, corre a casa o cogerás un buen resfriado. Señor juez, no es que yo sea muy lista pero me las he apañado. He trabajado en muchas casas de buenas familias. He visto cómo un caballero pegaba a su esposa en mi presencia. Ocasionalmente tiene lugar un crimen en las casas de la gente bien. Este chico y su esposa rusa ni siquiera tenían teléfono o televisor en Estados Unidos. Ya podemos acabar con el mito. Escúcheme, soy incapaz de enumerar en frío. Necesito desarrollar el relato. Volvió a casa con una jaula con pie y portamacetas. Había hiedra en la maceta, estaba la jaula, el periquito, había toda una variedad de alimentos para el pájaro. El chico le compraba regalos a su madre. Se sentía demasiado aislado para leer.

Mi única educación es afectiva. Tengo que trabajar en esto a mi manera y comenzar por el día en que lo llevé a casa desde el Old French Hospital de Nueva Orleans. Estoy recitando toda una vida y necesito tiempo.

El pelo de Marguerite se veía brillante y extraño en medio del resplandor. Cayeron las primeras gotas. En aquellos últimos instantes al pie de la tumba, ella aún era una familia. Sabía que en cuanto caminaran hacia los coches, los agentes del servicio secreto la separarían de los suyos. Piense en el vacío de volver sola a casa. Piense en que no volveré a ver a las niñas. Estaba convencida de que habían desatado una campaña de aislamiento permanente. El empresario de pompas fúnebres la cogió del brazo y murmuró algo. Marguerite lo apartó.

La familia se apiñó bajo los paraguas que sostenían sus protectores y echó a andar lentamente hacia los coches. Marguerite permaneció junto a los enterradores. Querían tapar el agujero antes de que la lluvia arreciara, y trabajaron con ahínco; tres hombres lo cubrieron de tierra palada tras palada. Se acercó una pareja de policías. Los agentes del servicio secreto se aproximaron con sus caras de pizarra. Marguerite no se movió. Había cometido el error de devolver a su nieta más pequeña. Mientras la tuvo en brazos, siguió siendo una familia. Le habían quitado a su hijo más pequeño y ahora le arrebatan la nuera y las dos crías. Marguerite sintió que las piernas no le respondían. El viento hizo restallar el dosel. Se sintió vacía en cuerpo y alma. Mientras se la

llevaban de la tumba, oyó que dos chicos situados a cinco metros pronunciaban el nombre de Lee Harvey Oswald, dos chicos que habían ido a buscar terrones de tierra como recuerdo. Lee Harvey Oswald. Lo pronunciaron como un secreto que guardarían para siempre. Vio que el primer coche polvoriento se alejaba, con las cabezas apenas perfiladas en las ventanillas. Caminó con los policías hasta el segundo vehículo, donde el empresario de pompas fúnebres la aguardaba bajo un paraguas negro con la puerta del coche abierta. Lee Harvey Oswald. Pasara lo que pasase, y por mucho que tramaran contra ella, esto era lo único que no podrían arrebatarse: la fuerza veraz e imperecedera de su nombre. Ahora le pertenecía a ella y a la historia.

NOTA DEL AUTOR

Este libro es una obra de ficción. Aunque me he basado en los archivos históricos, no he intentado proporcionar respuestas objetivas a las cuestiones planteadas por el asesinato.

Toda novela que trata de un importante acontecimiento no resuelto aspira a llenar algunos de los vacíos de la versión conocida. Para conseguirlo, modifiqué y embellecí la realidad, inventé incidentes y diálogos, prolongué las personas de carne y hueso en un espacio y tiempo imaginarios.

En un caso en el que los rumores, los hechos, las sospechas, los subterfugios oficiales, los contradictorios conjuntos de pruebas y una docena de teorías laberínticas se funden, a veces de forma indiscernible, algunos pueden pensar que una obra de ficción sólo es un punto oscuro más en la crónica de lo desconocido.

Como esta novela no pretende aludir a la verdad literal; como sólo es lo que es, separada y completa, es posible que los lectores encuentren refugio en ella: un modo de pensar en el asesinato sin las limitaciones de las verdades a medias y sin dejarse abrumar por las posibilidades ni por la marea de especulaciones que con el paso de los años se acrecienta.

NOTAS

[1] En español en el original (*N. de la T.*) <<

[2] En español en el original (*N. de la T.*) <<

[3] En español en el original (*N. de la T.*) <<

[4] En español en el original (*N. de la T.*) <<

[5] En español en el original (*N. de la T.*) <<

[6] En español en el original (*N. de la T.*) <<

[7] En español en el original (*N. de la T.*) <<

[8] En español en el original (*N. de la T.*) <<

[9] En español en el original (*N. de la T.*) <<